LUIS ROMERO

TRES DÍAS DE JULIO

Tres días de Julio nos retrotrae a lo acontecido en los días iniciales de la mayor tragedia de nuestra historia contemporánea. Se trata de un viaje trepidante por la geografía española, por el que desfilan tanto los protagonistas como los actores más secundarios horas antes de que el alud de violencia y miseria cayera sobre todos ellos, justos e injustos, culpables e inocentes. Esta edición no tiene como objetivo a los nostálgicos de uno u otro bando, sino a los millones de jóvenes que no conocen los horrores de la guerra. Ojalá lean estas páginas teniendo presentes los otros conflictos que hoy sacuden la conciencia de todo ser humano decente. Verán que no nos son tan ajenos como parecen. Aquí tuvieron su versión no hace tanto tiempo. *Tres días de julio* es un testimonio en vivo y en directo de lo no debe volver a suceder.

Luis Romero

Tres días de julio

ePub r1.0

ugesan64 15.09.14

Título original: *Tres días de julio*
Luis Romero, 1967
Diseño/Retoque de cubierta: ugesan64

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

A mi hijo Javier, que.
acaba de cumplir once años

Reproducción del óleo sobre tela «Un poco más cerca» del pintor Juan Genovés que ha sido utilizado en la sobrecubierta.
Mide 0,85 x 1 m. Es propiedad del artista

PRÓLOGO

He terminado esta obra, la más larga y trabajosa de cuantas llevo escritas, más larga de lo que deseaba hacerla pero más corta de lo que podría haberla hecho, pues me ha resultado imposible utilizar todo el material recogido con esfuerzo que no sabría si calificar de placentero o doloroso, material que por su prolijidad ha amenazado con desbordarme. Sé que una vez terminada la obra es necesario escribir un prólogo, que necesito escribirlo, que debo escribirlo, pero mi perplejidad comienza ahora que me siento ante la máquina acuciado por el calendario y casi por el reloj.

En este libro, que tú lector leerás en breves horas, he tratado de resucitar aquellos tres días de julio de 1936; me ha costado tres años el escribirlo, tres años sumergido en el horror, en la tensión, en el dramatismo y en el desconcierto de aquellas fechas en que España pasó a ser un país en guerra civil, la más dolorosa de las dolorosas guerras. He vivido, escribiendo, demasiado inmerso en los acontecimientos, he reconstruido, en ocasiones con increíbles detalles, demasiadas escenas, me he identificado con muchísimos personajes, he cambiado una y otra vez de frente, he escuchado contrapuestas razones, me he indignado, asustado, estremecido, asqueado, he compadecido, odiado, amado, y la proximidad, la fatiga y el apasionamiento son otros tantos árboles que me dificultan otra vez, como me ocurrió entonces cuando lo vivía en presente aunque en distinto grado y sentido, ver el bosque. Quizás este prólogo a un libro que me ha dado ocasión a tanto averiguar, comprender y mesurar, debiera escribirlo cuando el descanso, la serenidad, la perspectiva me permitieran sacar unas consecuencias guiadas por la lógica, por la ordenación y valoración de ideas, de hechos, de consecuencias que añadieran un tono de ponderación y claridad a este balbuceo con que amenaza este prólogo convertirse.

¿Para quién escribo? Para el público, para el lector. ¿Quién es el público? ¿Quién es el lector? ¿Puedo en un prólogo escrito con premura hacerme entender de los hombres de mi generación o de la inmediata anterior, que vivieron aquellos días, y al mismo tiempo ser comprendido de los jóvenes, de quienes no los recuerdan siquiera, o de los más jóvenes aún, de aquellos que nacieron cuando de las circunstancias de aquella feroz acometida a que se entregaron —nos entregamos— sus padres y abuelos, sólo quedaban ecos que les entraban por el oído izquierdo o el derecho, pero que resultaban casi incomprensibles para ellos? ¿Puedo hacerme entender en el mismo prólogo por quienes fueron martillo o yunque al servicio de unos ideales y por quienes lo fueron para defender posiciones egoístas, ventajas económicas, bienes amenazados, cargos en peligro? ¿No será disparate aspirar a hablar con idéntica voz a quienes perdieron el hijo, padre, marido o hermano, y a quienes mataron hermanos, maridos, padres o hijos de los demás, aunque en ocasiones se trate de las mismas personas?

Me propuse antes de empezar este libro, y el propósito me ha acompañado consciente y subconscientemente a lo largo de sus setecientas páginas, escribir con imparcialidad, imparcialidad que de antemano sospecho que no a todos va a satisfacer, porque muchos aspiran a que yo escriba *su* libro, y sólo me es dable escribir *mi* libro. Creo haberlo cumplido,

aunque tampoco se me escapa que la medida de mi imparcialidad es distinta a la que pueden tener quienes se encuentran o encontraron situados a un extremo, al extremo opuesto, o en el centro. He tratado de situarme, no en medio, sino en cada uno de los puntos cuya sucesión forma la línea ideal por donde los hechos pasaron, y dar así una interpretación cuya unidad y rigor estuvieran hechos de multiplicidad. Aportar quise, en cierta medida y con las limitaciones a que cualquier obra humana se encuentra sujeta, las voces de los demás, las voces si no de todos, de muchos.

He trabajado varios años, me he entrevistado con multitud de personas que tomaron parte activa en los hechos o fueron testigos de ellos. Esas conversaciones sostenidas a lo largo de meses en la intimidad de mi cuarto de trabajo, en diversas ciudades de España, o del extranjero donde muchos de ellos viven expatriados, en sus propias casas u oficinas profesionales, en bares, por las calles, en las más diversas situaciones, han sido para mí no sólo procedimiento destinado a la consecución de un material inestimable cuya reconstrucción y ordenamiento ha resultado laborioso, sino además formidable experiencia humana y política. Un día, es posible, que me decida a escribir «el libro del libro». He dirigido centenares de cartas a los cuatro puntos cardinales de la geografía y la política, he enviado formularios que parecían policiales. Muchos destinatarios no han contestado, otros lo han hecho de manera incompleta, pero en general por este procedimiento he juntado material importante. Por correo me han llegado algunos de los principales documentos que me ha sido dado manejar con explicación detallada de hechos y circunstancias que no había hallado en los muchísimos libros consultados ni en la búsqueda paciente llevada a cabo en las hemerotecas. Un fichero considerable me sirve de auxiliar, y el material que queda y quedará sin clasificar es inmenso. Y aún está la memoria, la memoria que ha ido recogiendo lo más notable —a veces un detalle de apariencia nimia— de cuanto me era expuesto en millares de horas de conversación siempre cordial y emocionante.

Aquí debería facilitar una lista de nombres y expresar mi gratitud, como es costumbre, a quienes tan desinteresadamente me ayudaron; puedo asegurar que la lista sería larga, larguísima, y mi agradecimiento, no por descomponerse en tantos agradecimientos parciales, fuera menor. No voy a dar nombres[1]. Visité en París a un personaje que se hallaba de paso, y que en aquellos días de julio jugó un papel importante; me rogó que no revelara su nombre, deduje que por circunstancias bastante alejadas ya de los hechos de 1936. Son bastantes los que me han manifestado idéntico deseo. De no facilitar la lista completa, que en determinados casos podría revelar fuentes, y por parecerme que la discreción lo aconseja, prescindo de publicar esa larga nómina que personalmente me hubiera complacido. He manejado páginas manuscritas correspondientes a diarios de esas fechas y las memorias de algunos de los protagonistas que permanecen inéditas.

He tratado de perseguir la verdad, me he esforzado por escribir la verdad, me he aplicado en «reconstruir» la verdad y estoy seguro de haberlo conseguido en muchísimos casos a pesar de que la verdad sea de suyo escurridiza y en ocasiones subjetiva, cambiante y plural. Si es cierto que he tropezado con quienes consciente o inconscientemente han tratado de desfigurarla, regularmente arrimando el ascua a su sardina (no tanto por partidismo político como por vanidad personal), deseo con satisfacción hacer constar que en la gran mayoría de las

personas entrevistadas, la búsqueda de la verdad se hacía patente en la manera de hablarme y en la manera de escucharme. La verdad, la experiencia me lo demostró en esta ocasión a medida que iba avanzando en la recopilación de datos y testimonios, tropieza con escollos difíciles de evitar, más aún cuando se refiere a días y situaciones límite. He observado que, en general, existe confusión en la cronología de los hechos, principalmente en los horarios. Treinta años son muchos años, y por otra parte 18, 19 y 20 de julio fueron para las personas con quienes me he entrevistado, un día largo —el día más largo de los españoles, pues además se compuso de la superposición de tres— inacabable, en que mañana, tarde y noche se confundían. Inexactitudes horarias y errores de cronología han saltado a los libros, incluso a los mejor documentados, y se acentúan en aquellos que vieron la luz en el extranjero por cuanto quienes los escribieron lo hacían por lo común fiados a la memoria, en mayor medida que quienes escribieron dentro de España con documentación al alcance de la mano. También he observado —y ello no es un descubrimiento ni pretende serlo— que las interpretaciones subjetivas pueden conducir a extremos notables. Si en una escaramuza o choque hubo pocos o muchos tiros es algo de difícil aclaración; porque, en primer lugar, ¿qué son muchos tiros?, y ¿cuántos son pocos tiros? Y no hablemos de las palabras. Se repiten a lo largo de la obra expresiones como fidelidad, lealtad, coraje, prestigio… representando valores distintos y hasta contrapuestos según quien los pronuncia, piensa o escribe. ¿Cómo poner orden en esta selva enmarañada y conseguir que el lector (¿quién es el lector?) me comprenda, si las mismas palabras aún en idéntica persona han podido desplazar su significado a lo largo de los años? ¿Puedo yo, escritor que me considero imparcial, erigirme en juez y valorar conductas, actitudes, gestos? Hubo época en que mentalmente lo hice porque me creía en posesión de la verdad en terrenos en que la verdad es inestable. Por el momento no me atrevería a hacerlo, y menos después de las confidencias recibidas, de lo que se me ha dicho o de lo que se me ha callado, de lo que he llegado a averiguar, que en cierta medida me ha convertido en cómplice, en confesor, en depositario de secretos ajenos.

A la memoria se me viene uno de los principales peligros de la guerra; que no hay jueces. Los «jueces» desaparecen, se convierten en parte, y como tal juzgan, condenan y ejecutan. A nadie, que yo sepa, se le ha resucitado una vez terminada cualquier guerra. Y ahora podemos, ya que hemos rozado el tema de la muerte, aludir a la muerte que en mi libro está presente en proporción muy superior a lo que el lector, principalmente el lector joven, puede suponer. Porque si la guerra se inició el 18, 19 y 20 de julio de mil novecientos treinta y seis, y en esos días los españoles comenzaron a matarse entre sí, el ansia y la posibilidad fratricidas no se aplacaron sino mucho después. Hay mucha muerte presente en mi libro y más muerte aún que comenzará a cobrar su alcabala después de la última página.

Sabemos que el general Goded fue fusilado y que también lo fue el presidente de la Generalidad de Cataluña, el general Fanjul y el general Núñez del Prado, pero ¿son tantos los que están enterados que en igual forma murieron Arturo Menéndez, Lizcano de la Rosa y los generales Salcedo y Caridad Pita? Si he dicho que la lista de los entrevistados sería larguísima, larguísima sería a su vez la de los muertos, que también tuve intención de incluir fraccionada en forma de notas al pie de página. Murió fusilado el capitán Agustín Huelin y el teniente Ruiz de

Segalerva, y fusilados murieron Javier Bueno y Julián Zugazagoitia[2]. Ante el pelotón de ejecución cayó el general Batet (al general Molero no le fusilaron como aparece por ahí escrito, ni tampoco, creo, al general Villa-Abrille) y una de las víctimas del masacre de la Cárcel Modelo madrileña fue Gabriel Bustos, de catorce años de edad, falangista de la cuarta centuria, a quien en el libro dejamos en la comisaría de la calle Leganitos, y a quien el lector supondrá salvado; y aquí, señores, «no se salva ni Dios».

Se salvaron sí, por azares geográficos, por casualidad, por piernas, o por protección divina, aquellos que han hablado ahora conmigo, pero a quien más, quien menos, la muerte le rondó cerca. Los jóvenes y los más jóvenes, he oído decir que desaman a la generación de la guerra, a los hombres maduros, a los viejos y más viejos. Yo podría decirles que en su actitud puede haber junto a una parte de razón que no les falta, una parte de injusticia. Los hombres de la guerra arriesgaron, sufrieron y perdieron. Un hombre que ha hecho la guerra, un hombre que se ha encontrado en encrucijada donde lo físico, moral y espiritual se confunden, un hombre que ha arrostrado el trance de matar, un hombre que ha sentido la muerte ajena alrededor, quien le ha visto días, semanas, meses, años las orejas al lobo y los cuernos al diablo, merece ser considerado con cierta indulgencia. El valor físico no estoy convencido de que sea virtud tan estimable como tradicionalmente venimos considerándolo, pero sí estoy seguro de que es virtud estimable y que merece respeto. De valor no anduvo floja aquella generación[3]. Ante el paredón cayeron José Antonio Primo de Rivera, el gobernador de La Coruña Pérez Carballo y su esposa Juanita Capdevilla, el comandante López Amor y los capitanes López Varela y López Belda, y tres veces fue fusilado el «Pineda», un anarquista sevillano que había servido de modelo para un Cristo; a la tercera fue la vencida. Y es que en España hubo grandes cementerios bajo la luna y bajo el sol también. Ante las tapias de uno de esos cementerios murió Manuel Irurita, obispo de Barcelona y quienes piadosamente lo acogieron en su casa, y en Madrid, Manuel Mateo, delegado nacional de las CONS, sufrió aquella mala muerte que presentía. Cuando el diputado Ricardo Zabalza, secretario de la Federación de Trabajadores de la Tierra, se enfrentó con el pelotón, pidió, y le fue concedido, hacerlo esposado con José Gómez Osorio, último presidente del PSOE.

Estoy dando los nombres de algunas de las personas sacrificadas que pueden ser conocidas por los lectores. Muchos de los personajes que aparecen a lo largo de las páginas lo hacen con su nombre, pero asimismo son numerosos aquéllos, entre quienes jugaron papeles de importancia secundaria, especialmente si viven, a los cuales por distintas causas les he cambiado el nombre. De estas causas la principal es porque ellos mismos me lo han pedido, en otros casos porque teniendo noticia de hechos ocurridos a personas vivas o difuntas, los datos recopilados resultaban insuficientes y me he visto obligado a «novelar» —y obsérvese que no digo «inventar»— para dar vida y coherencia al personaje. Casos se dan, refiriéndose siempre a esos personajes secundarios, en que me ha parecido oportuno desfigurar alguna circunstancia, cambiarles de ciudad incluso, y desenvolver su peripecia con cierta libertad narrativa. También hay aquellos cuyo nombre no aparece o cuya circunstancia geográfica no se precisa. Estos personajes secundarios, que sólo un número restringido de lectores conseguirán identificar,

sufrirán como los otros la criba de la guerra. Algunos parecen ya marcados por el signo de la muerte, a otros la muerte les llegará en circunstancias imprevistas.

Murieron «por Dios y por España» lo mismo José, camarero de un hotel de provincias y socialista, que Enrique, sobrino del tío Iñaqui, mediocre estudiante y ardiente requeté. Al «Gravat» lo fusilaron en el Campo de la Bota, y José Miguel, hijo de don Juan García de la Concha, etc., *etc.* (nombre evidentemente inventado), apareció muerto en la cuneta de la carretera de Maudes cuando los primeros bombardeos de Madrid; le dieron el paseo junto a su tío Enrique, que disponía de amistades y dinero. Del obrero que oyó por radio el discurso de La Pasionaria y se marchó a la Casa del Pueblo, nada más se supo; su mujer lo buscó inútilmente durante varios días. Teodoro, el muchacho gaditano miembro de las JSU, alcanzó el grado de comisario de batallón en el ejército popular y murió en la batalla del Ebro, batalla en la que también fue a morir el falangista que en Madrid tuvo miedo y acudió a refugiarse a casa de su tío, junto a su prima; alistado en el ejército republicano fue sorprendido cuando intentaba pasarse. Uno de los contertulios del café salmantino desapareció de su casa y jamás se averiguó su paradero; como probablemente era masón, nadie se preocupó de colocar una cruz sobre la tierra que le cubría. Suerte más o menos semejante corrieron el tabernero sevillano que hablaba demasiado, y el médico cacereño que cuidaba una blenorragia al cacique socialista. La señora que con tanta fogosidad detestaba a La Pasionaria enviudó en Madrid; el cadáver de su marido, miembro de una familia aristocrática, fue identificado años después en Paracuellos de Jarama. Y acusado de espía, fue ejecutado el viejo funcionario que tenía prohibido por el médico tomar café y alcohol. Muertos, muertos y muertos; demasiados muertos.

En el libro se dan muchos nombres más, verdaderos, a los que se alude de pasada en distintas ciudades; entre ellos también fue importante la cosecha de la muerte. Pongamos como ejemplos, a don Castor Prieto, amigo de don Miguel de Unamuno, a Femando Vidal Ribas, que quiso ser fusilado vistiendo de etiqueta, al diputado Luis Rufilanchas, que fue a Galicia a acompañar a su familia, al teniente coronel Huertas Topete, padre de dieciséis hijos, a Vicente Ballester, militante obrero gaditano, al general Patxot, y también a los periodistas Sánchez Monreal y Díaz Carreño, y al coronel Vallespín. Y sólo doy unos botones de muestra.

Pensando que su lectura pudiera resultar enojosa he prescindido de las notas en el texto. Con las noticias verdaderas a que en sus diálogos aluden los personajes, van confundidas las falsas, producto de defectos de información, del apasionamiento o de los bulos que circulaban. El lector atento sabrá deslindar unas de otras; las noticias falsas suelen quedar implícitamente desmentidas; Podría objetarse que resultaba innecesario acumular las falsas; no lo era. Defectos de información originaron tomas de posición, adopción de medidas equivocadas o acertadas, es decir, influyeron en los acontecimientos, pero además, el grado de credulidad individual, la manera de interpretar y comentar las noticias son termómetros para señalar la idiosincrasia de los personajes. Las falsas noticias, los defectos de información fueron importantes en aquellos días.

Es posible que la lectura del libro produzca cierta sensación de confusión; que a nadie le extrañe, la confusión (palabra que se repite con machaconería en el texto) fue una de las características del momento.

Desorden, desconcierto, indecisiones, todo va un poco a la deriva, a la buena de Dios; todo se improvisa en un estado de cosas totalmente nuevo, sin precedentes válidos, sin referencias a qué acogerse. La acción decidida de los audaces, unas veces calculadores, otras intuitivos, resuelve las más variadas situaciones, y suele dar al contrario la sensación de planificación que algunos atribuyen al enemigo.

A lo largo de las setecientas páginas de este libro las escenas se repiten, las situaciones se reiteran, los tiempos del verbo también; palabras como: fusil, disparar, fatiga, avanzar, tensión, gritos, insultos, grupos, contradictorio, coraje, velocidad y muchas otras, las empleo en cada página, en cada renglón. Es fácil comprender las causas que me han obligado a hacerlo; escribo una crónica de tres días decisivos no una obra literaria de lucimiento. Hablo, escribo, de manera sencilla y directa, la única que admite el tema.

La transcripción de algunos documentos —alocuciones, bandos, etc.— rompe a veces el ritmo literario de los capítulos o escenas; me ha parecido obligado sacrificar el estilo a cambio de proporcionar al lector datos históricos que considero del mayor interés.

El teléfono figura como personaje importante. No es capricho mío ni artificio de habilidad literaria; los testimonios me lo han impuesto. En aquellos días el teléfono fue utilizado en ambos bandos tanto como el fusil. Ya lo sabemos.

Las escenas están en gran parte dialogadas. Algunos de los diálogos son transcripción fiel (taquigrafía diría, si taquigrafía hubiese empleado) de las palabras que se pronunciaron, avaladas, dictadas, por quienes las pronunciaron, escucharon o asistieron a la escena; en otras páginas están tomadas de libros, periódicos, memorias o relatos varios; en estos casos he procurado compulsar unas versiones con otras. En otros capítulos me he visto forzado a reconstruir los diálogos partiendo de los temas que se trataban, de los personajes que dialogaban y de la especial circunstancia en que lo hacían. En más de una página me ha sido posible sometérselos, junto con el resto de la escena, a la aprobación de los interesados.

Aunque no se trate de una obra propiamente histórica, aporto bastantes hechos, noticias y detalles hasta hoy inéditos o desconocidos. Posiblemente se han deslizado errores; ruego se me perdonen en mérito de lo muchísimo que la obra abarca y de la dificultad de alcanzar la verdad. Si alguno de los errores que pudieran habérseme escapado (que no serán muchos ni graves), sirviera para desencadenar relatos verídicos por parte de los interesados, el propio error habría cumplido una misión contribuyendo a desentrañar hechos históricos que de otra manera permanecerían ignorados o desfigurados. Sobre ciertos sucesos he recibido informaciones contradictorias; cuando no he conseguido poner en claro de qué parte podía estar la verdad, he prescindido de ambas informaciones. Así, por ejemplo, la detención del general Goded tras la rendición en Barcelona del edificio de la Capitanía General. En el diario madrileño *Claridad*, se atribuye a un guardia de Seguridad, natural de Baracaldo, llamado Manuel Gómez. En otras versiones, fue el comandante Pérez Farrás quien la llevó a efecto por encargo personal del presidente Companys. Su hijo Manuel Goded no fue testigo presencial de la detención y tampoco da versión directa en su libro *Un faccioso cien por cien*. Una de las incógnitas que no nos ha sido posible aclarar, es si durante la lucha ocupó alguien el monumento a Colón y estuvo disparando desde lo alto. Ambos bandos aseguran que desde arriba se disparaba contra ellos;

así ha sido publicado en distintos libros y así me lo han manifestado oralmente diferentes personas. Nadie, sin embargo, reivindicó la hazaña para sí o para los suyos; cosa que resulta un tanto extraña. Que la enorme esfera dorada que sirve de pedestal a la estatua, apareció acribillada a balazos, lo recuerdo muy bien, y es más que probable que combatientes de ambos bandos dispararan contra el lugar desde el cual suponían se Ies hacía fuego. ¿Podían rebotar algunas balas? Otro de los hechos, muy importante éste, sobre el cual no existe acuerdo y que habiendo muerto ambos interlocutores resulta difícil de poner en claro, es la conversación sostenida entre Martínez Barrio y el general Mola, o por lo menos algunos extremos generalmente aceptados. El señor Martínez Barrio negó, o proporcionó una versión distinta en un periódico mejicano, en abril del año 1940. También a partir de la cuarta edición del libro *España*, de Salvador de Madariaga, se reproduce en el prólogo una carta del citado señor Martínez Barrio en la cual se le ruega una rectificación sobre el contenido del diálogo telefónico sostenido con el general Mola. Burnett Bolloten trata ampliamente en sus notas de este asunto, y leo ahora, que en *El Pensamiento Navarro* del mismo 19 de julio ya se decía que le había sido ofrecida la cartera de Guerra al general Mola. En todo caso, ya observará el lector cómo he resuelto la escena, y dejó dilucidar este asunto a la persona o las personas que puedan dedicarle mayor tiempo y espacio. Tengo entendido que existe la posibilidad de que sean publicadas en breve las memorias que don Diego dejó escritas, y que con respecto a este punto pudieran aportar algún dato más a considerar[4].

Tres días de Julio puede también leerse por partes o fragmentariamente, pero a quien le interese informarse de lo que fueron en España aquellos días, estimo que deberá leerlo entero; el valor de cada página se incrementa con el montaje de las numerosas escenas aparentemente inconexas, con la sensación que trato de dar a través del conjunto como muestrario del todo. Los hechos aislados y en sí mismos, son significativos, pero su verdadera significación, su alcance histórico, habrá que buscarlo en el conjunto. La crisis del 18, 19 y 20 de julio de 1936, no fue obra exclusiva de un reducido número de españoles, sino de muchos, muchísimos.

La selección de las ciudades en que sitúo los hechos puede provocar descontentos. Resultaba imposible, por muy diversas razones, abarcarlas a todas. He elegido aquellas cuya inclinación a uno u otro bando creo que ejerció mayor influencia, aunque también es discutible, pues en el juego del ajedrez, por ejemplo, cualquier pieza que se juega o que no se juega puede tener suma importancia. Me he inclinado en ocasiones hacia lugares sobre los cuales poseía más directos y mejores testimonios, o explicaciones plausibles, sin contar que en algunas ciudades —Valencia, San Sebastián y Toledo, entre otras— los hechos decisivos se produjeron más tarde.

Sobre lo sucedido en la plaza de Almería, lamento no poder utilizar todo el material, recogido de labios de un moribundo, al cual deseo dedicar un recuerdo desde este prólogo. Fue, de todas las entrevistas que he hecho, la más emotiva. Gabriel Pradal, arquitecto, diputado socialista por Almería, mostró interés en hablar conmigo a pesar de la gravedad de su estado. Fui a visitarle un domingo por la tarde a un hospital de cancerología de Ville Juif, en los alrededores de París. Su estado era desesperado; una transfusión constante de sangre le conservaba unido a la vida por el precario cordón umbilical de un tubo de goma y una aguja.

Hablaba pausadamente, con estoica serenidad. Permanecí con él más de dos horas, hablando y tomando apuntes. A determinados momentos de la entrevista asistió don Valentín Fuentes, marino de guerra, exilado y sordo, que fue a visitarle. Su buque había atracado en los días del alzamiento en el puerto almeriense. Luego quedamos largo rato solos; su hija, que le asistía, salió a alguna diligencia. Entonces Pradal me confesó que sabía cuál era su fin y que estaba próximo; me dijo: «no me asusta lo que va a suceder», pero sí le dolía morir maltrecho, con la suciedad natural del enfermo que no domina bien los resortes del organismo, en una habitación de hospital y lejos de su patria. Pocos días después me llegó la noticia de su muerte. Fue la mía una de las últimas manos que estrechó, y lo hizo con fuerza. Conservo las notas que tomé, una parte considerable de las cuales no encajan en las fechas de este libro, cuyo límite fijé con posterioridad.

Podría desde este prólogo polemizar con muchos de quienes han escrito libros sobre la guerra española; he centrado la atención en estos tres días, y bastante es lo que he descubierto y averiguado. He visto deshacerse mitos que unos y otros autores van repitiendo y que no aparecen documental ni testificalmente probados de manera seria. Por ejemplo, que los sacerdotes de Barcelona dispararan sistemáticamente desde las iglesias y los frailes desde los conventos. Ni un solo testimonio fehaciente, y si se hubiese producido un caso, digo uno, esa golondrina no haría verano. Otro ejemplo también barcelonés: que la Olimpíada Popular se hubiese concebido o utilizado con intención militar, como manera solapada de introducir combatientes extranjeros en Barcelona. La organización de la Olimpíada fue larga, y la fecha del 19 de julio la señaló el general Mola, no Moscú ni ningún otro fantasma fácil de poner en circulación. Por otra parte, si algunos atletas lucharon en la calle, fueron muy pocos; la mayor parte regresaron a sus países, aunque un reducido número es cierto que quedaron incorporados a unidades combatientes catalanas, anteriores a las Brigadas Internacionales, hecho nada sorprendente dada la edad de los atletas y su ideología política. Otras golondrinas que tampoco hacen verano[5]. Que Casares Quiroga no armó a las masas es un hecho probado y reconocido en los libros escritos incluso aquí, cuando de narrar hechos se trata y no de hacer comentarios. ¿Por qué, pues, persiste la leyenda? De los numerosos testimonios que he recogido sobre el cuartel de la Montaña (una noche, me invitaron a cenar un grupo de los falangistas supervivientes) nada me induce a creer que sacaran bandera blanca con intención de ametrallar a mansalva a quienes avanzaran confiados sobre el cuartel. Como esa bandera blanca apareció, según aseguran otros testimonios, hay que suponer, conocido el ambiente que en el interior del cuartel reinaba, que su colocación se debió a la iniciativa de un grupo de soldados o suboficiales que deseaban rendirse o incorporarse al «enemigo». Así lo cree también Ramos Oliveira, el historiador socialista, y lo admiten igualmente, Broué y Témine. En vista de la mortandad que se produjo como consecuencia del hecho, nadie quiso después confesarse autor; parece perfectamente plausible. Sobre los suicidios ocurridos en el interior del cuartel, hay disparidad de criterios con respecto a su número; aquí me he permitido «novelar» en pequeña medida. En el caso concreto del coronel don Moisés Serra, me fue facilitada una versión directa que no me ha resultado posible encajar en el relato.

Un punto que considero polémico es la posible intervención extranjera en estos tres días. Nadie ha aportado pruebas suficientemente convincentes, yo tampoco las he hallado. Durante las horas que abarca este libro, parece ser que don José Giral, al hacerse cargo del Gobierno, telegrafió a León Blum, jefe entonces del Gobierno francés, pidiéndole inmediato auxilio. También en los días posteriores salen emisarios de Marruecos para Italia y Alemania[6]. No se trata; pues de intervención extranjera todavía, sino de gestiones solicitando ayudas. Mucho se ha hablado del documento redactado en Roma el 31 de marzo de 1934. (Tomo ahora los datos de *La CNT en la Revolución Española* de José Peirats; lo he visto reproducido y aludido en otros libros). El general Barrera, dos representantes de la Comunión Tradición alista y don Antonio Goicoechea, jefe de Renovación Española, visitaron a las cuatro de la tarde al jefe del gobierno italiano, Benito Mussolini; inmediatamente redactaron el acta. Teniendo en cuenta la fecha en que la entrevista se celebró, la vaguedad de los acuerdos, y que aunque quizá fueron entregadas, en calidad de ayuda, millón y medio de pesetas, no hay constancia de que el 19 de julio de 1936, hubiesen sido proporcionadas las armas que en el documento se aluden (20 000 fusiles, 20 000 bombas de mano y 200 ametralladoras) que no aparecen por ninguna parte el día de la sublevación, en que precisamente en Pamplona se padece escasez de armamento, el documento no parece suficientemente probatorio. Hugh Thomas, en una nota de su libro *La Guerra Civil española* dice que un comité carlista de guerra, adquirió importantes cantidades de armas que fueron confiscadas en Amberes, y de las cuales sólo las ametralladoras llegaron a España. El número de 150 ametralladoras pesadas y 300 ligeras que da, me parece muy elevado. Esas ametralladoras, 450 nada menos, no aparecen por ningún sitio en el momento del levantamiento. En Pamplona no estaban, en Barcelona, que yo sepa, los requetés no disponían de una sola, ni en Madrid, ni en ningún otro lugar aparece tan fabuloso número de ametralladoras. Si alguien supiera algo, que lo aclare. Por cierto que en la edición española de Hugh Thomas, por culpa de una errata, el número de ametralladoras pasa a 10 000. En la edición francesa que consulto, 10 000 son los cartuchos, cifra ésta que para abastecer 450 ametralladoras parece menos que insuficiente. Consulto el volumen de *La Cruzada* que es la fuente del dato. En efecto, habla de esas ametralladoras, pero después no vuelven a mencionarse. ¿Se trata de un error?, ¿de un rumor?, ¿se trata de un dato mal acoplado? Los cartuchos eran 5 000 000, las 10 000 eran bombas de mano. Total, que mientras no se demuestre lo contrario, dudo que esas ametralladoras se introdujeran en España antes del 18 de julio. Aún así, no sé si podría calificarse de intervención. Que un cierto número de requetés recibieron instrucción en Italia, es cosa sabida, pero que tampoco autoriza a hablar de intervención.

Ambos bandos confiaban en una eventual protección de naciones y partidos políticos simpatizantes. Que gentes de esas naciones y partidos pudieron ejercer ciertas influencias, también parece posible; pero en los días 18, 19 y 20 no se produjo lo que con verdad puede llamarse «intervención»; eso vino después.

Sobre la bibliografía utilizada tampoco hago fichas. He leído muchos libros que tratan de la guerra y he consultado numerosos periódicos y revistas de los días del alzamiento y de sus aniversarios, así como del mes que antecedió a los hechos. Renuncio a dar bibliografía. En

ocasiones un libro de centenares de páginas sólo he podido utilizarlo para concretar una hora, averiguar un nombre, o para comprobar o completar un dato. Juan García Durán ha publicado en Montevideo una *Bibliografía de la Guerra Civil Española*; consta de 6248 fichas, aunque parece que este número debe considerarse exagerado. Hugh Thomas, en su libro citado, y Herbert Rutledge Southworth en *El Mito de la Cruzada de Franco* dan una bibliografía de unos seiscientos volúmenes cada uno, bien es cierto que se ocupan de temas más amplios. Lo mismo sucede con Bolloten que declara haber consultado 2500 libros y folletos. La *Historia de la Cruzada*, dedica catorce volúmenes al alzamiento de entre 100 y 125 páginas, y de formato 32 X 25.

Deseo dar las gracias a cuantos me han prestado libros que tanto m§ han ayudado en mi labor; de otra manera me hubiese resultado muy difícil proporcionármelos y la consulta en las bibliotecas siempre se hace de forma insuficiente e incompleta. Cuando doy detalles del aspecto físico o del vestido de los personajes suelo basarlo en fotografías de aquellas fechas, en recuerdos de entonces, en descripciones que me han sido hechas.

La consulta de centenares de fotografías —quizá más de dos mil—, ha sido para mí de mucha y directa utilidad.

Los días 18, 19 y 20 de julio son fechas que pertenecen a la Historia, a la más reciente historia todavía dolorosa, en carne viva, pero no pueden ser enjuiciados con carácter de presente ni tampoco con los valores que un día —aquel día tan largo— provocaron, y si se quiere, «justificaron» los hechos.

Si se han traído aquellos hechos al presente, lo hago como procedimiento narrativo, para dar actualidad a la Historia, precisamente porque no es actual y porque una perspectiva de treinta años autoriza a servirse de semejante procedimiento.

Lo que más nos interesa de España es su futuro; el pasado se aleja irremediablemente y diría, ¡gracias a Dios!, si no fuera porque con el pasado nos alejamos nosotros mismos. Entre ese futuro en el cual ponemos nuestras mejores esperanzas y el pasado que aquí revivimos, nos consumimos en el hoy de nuestras inquietudes, trabajos, afanes e inconformismos.

Este prólogo, que debería titular «discurso», y que es a manera de soliloquio que improviso ante el lector, va alargándose y podría alargarse más, tantas son las cosas que quedan en el tintero; algunas de ellas es preferible que permanezcan en él. No me he referido a las consecuencias, a las lecciones que del libro deben deducirse. Creo que este volumen debe leerse con desapasionamiento y buena fe; cada cual sacará sus propias lecciones.

De mis conclusiones personales deseo anticipar una: a ningún precio los españoles deben repetir un 18, 19 y 20 de julio por muy gloriosas que tirios y troyanos consideren esas fechas. A ningún precio, lo repito, la máquina de matar debe ponerse en marcha porque después no hay quien la detenga. Y para evitarlo, digo yo, que los dirigentes políticos deben esforzarse en que los «enemigos» no lleguen a serlo, y se queden en «adversarios», y que éstos tienen que ser escuchados antes de que el aullido de las armas impida oírlos. Y esta actitud era válida para los días de julio de 1936 y sigue siéndolo para cualquier época.

LUIS ROMERO

Barcelona, 17 de enero de 1967.

Día 18…

epublibre.org

Madrid

Don Manuel Azaña Díaz, presidente de la República española desde hace poco más de dos meses, duerme en el suntuoso lecho de su residencia del Palacio Nacional de Madrid, el mismo que hasta el 14 de abril de 1931 se llamaba y era Palacio Real.

Su cabeza grande, blanda y pálida se agita sobre las almohadas y su brazo cuelga asomado al embozo de la sábana. Entre las persianas, que a causa de lo caluroso de la noche se han dejado entreabiertas, y a pesar de que las cortinas se hallan corridas, se filtra la luz del alba. Encima de la mesilla de noche descansan las gruesas gafas del presidente. Su ropa interior, un traje gris a rayas y la camisa blanca, están sobre una butaca.

La noche ha sido agitada: hace sólo un par de horas que Su Excelencia reposa. Las últimas horas han sido de una tensión insostenible, para él y para todos los españoles. Son la culminación de una serie de días —cinco exactamente— desde que en el cementerio del Este apareció el cadáver de don José Calvo Sotelo.

La guardia del Palacio Nacional ha sido reforzada y se han tomado precauciones. Se han instalado incluso ametralladoras y, además de la escolta presidencial, la defensa está asegurada por dos compañías del Regimiento Inmemorial número 1, y el exterior vigilado por fuertes efectivos de la Guardia Civil. Pero esta misma noche han ocurrido incidentes sintomáticos, pues ha sido preciso detener a algunos de los oficiales de las compañías de infantería, y parece que el capitán de la Guardia Civil tampoco es de plena confianza. Y, sobre todo, si se subleva la guarnición, como todo el mundo teme que ocurra, ¿de qué van a servir esas escasas fuerzas de cuya voluntad combativa nadie responde? El jefe de la Casa Militar, general Hernández Sarabia, y el comandante Menéndez, de su escolta, han tratado de tranquilizarle, pero el Palacio de Oriente está, dada su posición, expuesto a la artillería, y el que haya unos cuantos leales, un puñado de incondicionales, nada resolverá si los militares y los monárquicos y los fascistas, se deciden a atacarle. Que, salvo contadas excepciones, los militares se la tienen jurada es algo de lo cual está convencido. Los Pozas, los Sarabia, los Caminero, los Riquelme, los Núñez del Prado, son excepciones que apenas cuentan. Ni siquiera Miaja es de entera confianza.

En Marruecos el ejército se ha sublevado con unanimidad —la cosa está clara— y Romerales y Morato serán todo lo leales que se quiera, pero no han sido capaces de impedirlo. Y él, Manuel Azaña, hoy presidente de la República y ayer ministro de la Guerra, va a ser la primera cabeza de turco.

Cambia de postura, se arrebuja en la sábana, encoge las piernas sobre el abultado vientre, suspira. Más que dormir, dormita, pero avaramente se finge a él mismo que duerme, pues está agotado y mañana —hoy, sábado 18— necesitará de todas sus energías.

—Menuda patada que le vamos a pegar a ése…

Manuel Bustos alarga el mentón y apunta displicentemente hacia el Palacio Nacional que empieza a iluminarse con el alba. Una luz lechosa se distribuye a lo largo de sus fachadas.

Pepe Otero no le contesta, lleva las manos metidas en los bolsillos; el relente de la amanecida le ha enfriado. Han pasado la noche entera en el paseo de Rosales, primero en la terraza de una cervecería, luego sentados en un banco, disimulando, y la orden de concentrarse en el cuartel no ha llegado. Serían cerca de las tres de la mañana cuando Cogorro, jefe de la cuarta centuria, les ha avisado de que había contraorden y que prudentemente se retiraran a sus casas pero que procuraran mantenerse en comunicación con los enlaces.

Bustos y él se han quedado remoloneando —¡qué importaba ya una hora más o menos!— hasta que ha empezado a amanecer; han aprovechado para descabezar un sueñecillo.

En dirección al Viaducto pasa un coche a gran velocidad.

—Deben ser de las Juventudes Socialistas, seguro…

—A esos bandidos no les faltan fusiles.

Pepe Otero está cansado, decepcionado. Ha salido de su casa dispuesto a no regresar. Los militares se están rajando, y ahora él, por su culpa, tendrá conflictos con la familia. Si ya se ha armado el follón en África ¿a qué esperan los de Madrid? La sorpresa es lo que más les puede valer. Ahora mismo, con un buen fusil, disparaban contra ese auto, y a otra cosa. Lo cierto es que Pepe Otero no sabe manejar un fusil.

—Las armas nos las entregarán en el momento oportuno, en el Cuartel de la Montaña. Y se nos instruirá en su manejo.

Gabriel Bustos tiene catorce años, se vuelve hacia Otero y se le queda mirando.

—Oye, ¿tú sabes manejar el máuser?

Las gafas le aproximan la figura del muchacho, rubio, alegre, despreocupado y grave al tiempo. Bustos le contempla con cierta admiración por esos cinco años que le lleva de ventaja y porque las gafas le dan autoridad.

—¿El máuser? Desde luego. En lo que me tendrán que adiestrar es en el fusil ametrallador.

Varias parejas de la Guardia Civil patrullan por los alrededores del Palacio Nacional; ellos cruzan de acera. No les interesa que les hagan preguntas, ni que les cacheen.

—¿Y qué haremos con Azaña?

—¡Yo qué sé!

Cruzan la plaza de Oriente.

—No se ve a nadie; anoche cuando pasé por aquí estaba lleno de gente y había periodistas. Me colé entre los grupos a curiosear. Están que no les llega la camisa al cuerpo.

Gabriel Bustos es enlace de la cuarta centuria de la Falange madrileña, y Pepe Otero uno de los ochenta escuadristas de la centuria que han estado esperando órdenes en el paseo de Rosales donde se les mandó concentrarse. Cerca de mil han aguardado esta noche en distintos lugares de Madrid pero el mando les ha recomendado que se retiraran; la sublevación ha sufrido nuevo aplazamiento.

—Si vas por Arenal te acompaño…

—No, que tengo sueño; además he de estar atento al teléfono.

Pepe Otero le ve alejarse; Bustos es como un niño que jugara a guerras poniendo en ello el mayor entusiasmo.

Los barrenderos, con sus grandes escobones, van despaciosamente limpiando las aceras. Otros empleados municipales, con espuertas, recogen los montones de basura y desperdicios en las carretillas de limpieza pública. Dos mangas de riego forman efímeros arcos de agua sobre el centro de la Puerta del Sol.

Un ciudadano madrugador, al pasar ante el Ministerio de Gobernación, saca del bolsillo un viejo reloj de plata sujeto con una cadena, y comprueba la hora mirando al gran reloj de la fachada. Probablemente es un gesto que repite todas las mañanas.

Eduardo Castro, redactor del *Heraldo*, sale del café Colonial. Tras él lo hacen Haro y Guzmán, de *Libertad*. Han pasado las últimas horas de la noche en la sala que para corresponsales de prensa está instalada cu la planta superior del antiguo edificio de Teléfonos.

—Parecía que iba a ser una noche de trabajo, y ya veis… nada. Me voy a dormir, me caigo de sueño.

Los periodistas madrileños han intentado inútilmente comunicar por teléfono con Melilla, con Tetuán, con Ceuta… Las comunicaciones con Marruecos están cortadas desde ayer a las cuatro de la tarde.

A Castro le pesan los párpados; lleva una semana sin dormir apenas, y aunque noctámbulo por oficio y afición, ha llegado al límite de sus fuerzas.

—Aunque cañonearan ahí, Gobernación, creo que ni me enteraría.

Mientras Castro, a quien llaman «Castrito», se aleja con paso cansino, Haro llama a un taxi que desemboca por la carrera de San Jerónimo. Guzmán regresará solo a su casa; vive cerca. Tan grande es la fatiga que arrastra, que le da pereza hasta acostarse.

Pálidos, derrotados, van desfilando los hombres de la noche. Banderilleros, cómicos sin contrata, algunas mujeres de las calles de Jardines y la Aduana que han terminado, bien o mal, lo que llaman su trabajo, músicos, trasnochadores de toda laya. Continúan enfrascados en sus conversaciones: que si el pleito con los toreros mejicanos, que si la Sociedad de Autores, que si no es verdad que a la Patro un tipo la soltó cinco duros, que si va a formarse una nueva compañía… En algunos corros se habla de política o se comentan sucesos imaginarios. Hay quien asegura que la escuadra bombardea Barcelona donde se ha proclamado el Estat Catalá, y otro que su mujer oyó por la radio que en San Sebastián se habían echado a la calle los requetés.

Guzmán estuvo en Asturias cuando la revolución de octubre de 1934; vivió allí uno de los momentos más apasionantes, y hasta peligrosos, de su vida profesional. Lleva varios días excitado, presiente que va a ocurrir algo, no sabe qué, intuye que este equilibrio precario en que hasta ahora conviven las múltiples fuerzas antagónicas en que se divide el país, va a romperse estrepitosamente. Aunque como ciudadano le apasiona la política, y sus ideas al respecto están definidas, como periodista se siente, al mismo tiempo, un poco espectador, un mucho espectador, y le acucia una enorme curiosidad teñida de temor, por cuanto presiente que va a ocurrir de un momento a otro.

Ayer tarde estaban a la caza de noticias en el bar del Congreso un grupo de periodistas: Angulo de *El Socialista*, Femando Sánchez Monreal, director de la agencia Febus, Díaz Carreño, redactor de *La Voz*, Valentín Gutiérrez, de *El Sol*, Roncero de *Ahora*, y Manuel Ballester, de *Mundo Obrero*. Discutían sobre los temas de más señalada actualidad: la huelga del ramo de la construcción que tiene violentamente enfrentadas a las dos sindicales —la UGT y la CNT—, los rumores que corren sobre un alzamiento militar, las posibilidades de aplastarlo con que cuenta Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra.

De pronto descubrieron a Indalecio Prieto, que se asomaba al bar como si buscara a alguien. Al reconocerle salieron tras él y alcanzándole en los pasillos le rodearon. Prieto, que les conoce a todos, les observaba con sus ojos de miope asomados a sus carnosos párpados. Parecía preocupado; adelantándose a las preguntas que pudieran hacerle, les dijo que venía a reunirse con la ejecutiva del Partido Socialista, y con lentitud añadió: «La guarnición de Melilla se ha sublevado…».

Desde ese momento ya no se han dado descanso. Han corrido a los teléfonos, a la redacción, han visitado a los amigos que suponían hallarse informados, han inquirido noticias por los cuatro costados, pero las que han conseguido son vagas e incompletas. A pesar de que en los ministerios se sigue quitando importancia al hecho, parece que la sublevación alcanza a la totalidad de Marruecos.

A la puerta del café Rex, Guzmán ha tropezado con Rexach, el aviador, que se marchaba a Cuatro Vientos, pues no deseaba que una sublevación le cogiera desprevenido y le ha dado seguridades de que la aviación atacará a cualquiera que se alce contra la República.

Después, ha estado hablando con Isabelo Romero, obrero metalúrgico, secretario del comité regional de la CNT. Es hombre de ideas claras y puede considerársele intérprete del sentir de los obreros de la Confederación. Isabelo opina que Casares Quiroga se está entregando a un juego peligroso, un chantaje por partida doble. Amedrenta a las derechas con el fantasma de la revolución social y amenaza a los trabajadores con la inminencia de un golpe militar… Pero Isabelo cree que Casares Quiroga ha terminado, que la palabra la tiene ahora el pueblo, que ya está movilizándose, y que los socialistas de la UGT, y los sindicalistas de la CNT, junto con los comunistas, deben marchar unidos, como lo hicieron en Asturias. Aplastarán a los militares y a los derechistas que les secunden, pero necesitan armas y el Gobierno, que teme a los obreros, se resiste a dárselas. Y si se las entregara a alguien sería a los socialistas. A los confederales, no se las entregará nunca. Ellos mismos tendrán que dar la primera batalla para conseguirlas.

En la redacción de *La Libertad* les esperaba a los redactores la mayor decepción. En los periódicos no puede escribirse sobre la sublevación de los militares de Melilla; son órdenes terminantes de la censura. ¡Como si negando la evidencia pudiera enmendársela!

—Mi general, llaman de Tetuan al radioteléfono…

Don Sebastián Pozas Perea, general de división, inspector de la Guardia Civil, ha permanecido toda la noche en el Ministerio de Gobernación. Con la guerrera desabotonada

dormitaba en un sillón; ni siquiera se ha quitado las botas. El día de ayer lo empleó en cursar órdenes a las distintas comandancias de la Guardia Civil para asegurar la lealtad de sus jefes al Gobierno, en caso de que, como parece inminente, se produzca un golpe militar en la Península.

—¡Madrid! ¡Madrid! Habla Tetuán… ¡Madrid, oiga, Madrid! ¡Aquí el sargento radiotelegrafista! Se han sublevado las fuerzas del Tercio y los Regulares. Paso a la escucha.

El general Pozas coge bruscamente el micrófono.

—Aquí Madrid. Madrid contesta a Tetuán. ¿Está ahí el capitán de servicio? Conteste Tetuán…

—Ignoro dónde está el capitán. ¡Oiga Madrid! El edificio está rodeado por las fuerzas sublevadas… Paso a la escucha.

El ordenanza se ha acercado; el general, imperativo, le hace una seña de que se aleje y abandone la habitación.

—Oiga Tetuán, óigame bien. No admita más órdenes que las del capitán de servicio y exija que se las dé por escrito. Ése es su deber y debe cumplirlo por encima de todo.

Pozas, abrochándose la guerrera, sale a largas zancadas de la estancia, descorre una de las cortinas de su despacho y se sienta ante la mesa. Tiene los labios contraídos, se pasa la mano por el rostro, luego la deja caer pesadamente sobre la mesa. Por fin coge la pluma, la moja resueltamente en el tintero y se pone a escribir.

No se ha cortado la comunicación y sigue oyéndose la voz angustiada que sale del auricular.

—Madrid, oiga Madrid, le contesta Tetuán. ¿Qué debo hacer si me obligan por la fuerza?

El ordenanza se aproxima tímidamente al aparato; se lo acerca al oído vigilando la puerta por donde ha salido el general.

—Madrid, ¡Madrid! Me dicen que el alto comisario ha sido detenido. Están aquí, se acercan a la estación… ¡Madrid!, ¡Madrid! ¿Qué hago?

Tras un rato de silencio, silencio que el ordenanza escucha anhelante, se corta la conexión.

El general Pozas redacta con rapidez; de cuando en cuando vuelve atrás, y tacha para corregir una palabra. Los trazos son enérgicos y seguros.

> Algunas fuerzas del Ejército sublevado en África se han apoderado de la estación de Radio Tetuán, lo que comunico a las autoridades de mi Cuerpo por orden del ministro de la Gobernación, para que se consideren facciosas todas las proclamas que empezará a lanzar dicha estación, propalando noticias falsas. Las comunicaciones y órdenes emanadas del Gobierno legítimo y de esta Inspección General serán cursadas por la Estación Central. Exhorto a todos a que cumplan con absoluta lealtad el precepto reglamentario de permanecer siempre fieles a su deber, por el honor de la Institución.

Deja la pluma en la escribanía; en ese momento siente como si las fuerzas estuvieran a punto de abandonarle.

La Guardia Civil nunca se subleva, pero esta vez podría ser una excepción, y si la Guardia Civil se une a los militares, el Gobierno no podrá resistir más que unas horas. Que una parte considerable de jefes, oficiales, clases y números de la Guardia Civil están en contra del Gobierno, de la desacertada política que sigue en diversos aspectos, no es secreto para nadie.

Desde que hace unos meses Pórtela Valladares le colocó al frente de la Guardia Civil, ha tratado de «republicanizarla», pero ni él mismo está convencido de que, en caso de prueba, la republicanización sea efectiva. Hasta el momento, los jefes han hecho protestas de lealtad y aseguran que el espíritu del Cuerpo es inmejorable. ¿Y la Guardia Civil de Melilla? Ninguna noticia directa le ha llegado; cierto es que en Marruecos es distinto, las fuerzas militares son numerosas, entrenadas y dotadas; nadie puede enfrentarse con ellas. Hay que permanecer alerta y no alarmarse más de lo prudente; si la sublevación no se extiende a la Península, puede considerarse abortada. La Escuadra puede cerrarles el camino a los rebeldes; y se lo cerrará.

El automóvil, un «dodge» nuevo, de 18 HP, ronca subiendo la cuesta. Doña María de la Encarnación vuelve la cabeza. La ciudad presenta un leve perfil que el sol ha empezado a iluminar de refilón. Emergen los campanarios de algunas iglesias. A los lados de la carretera casuchas miserables y montones de basura que clasifican los traperos.

—¿Has visto, Juan, cuánta desvergüenza? ¿Qué derecho tienen esos desgraciados a detener un coche en dónde viajan personas respetables?

—Derecho, ninguno; pero estoy seguro de que iban armados…

—Y tú, sin rechistar…

—Son unos chulos esos comunistas. No me iba a exponer porque sí.

—Papá, no eran comunistas… Han dicho que eran de la Agrupación Socialista.

—Tú calla, niño. ¡Qué más da! Todos son iguales, la misma canalla.

En el interior del coche apenas pueden moverse. Viajan el padre, la madre y el hijo menor. Al primogénito le detuvieron a raíz del asesinato de Calvo Sotelo. En los transportines han colocado dos maletas, una de ellas con la plata que doña María de la Encarnación se ha negado a abandonar a pesar de las protestas de su marido. En la baca van tres maletas más. Mientras atravesaban la capital, don Juan disimulaba tras de su espalda la cartera en donde guarda documentos. Doña María de la Encarnación oculta cosidos a la faja veinticinco billetes de a mil pesetas que ayer retiraron de la cuenta corriente. Al tío Enrique, le han dejado cinco mil pesetas más, por si el hijo mayor, José Miguel, las necesitara para reunirse con ellos en cuanto salga de la cárcel.

Junto al chófer va sentada Enriqueta, la camarera: sobre sus rodillas aguanta una cesta con provisiones, pues piensan comer en ruta y no detenerse por lo menos hasta Burgos. Burgos es ciudad tranquila, allá no pasará nada, inquirirán noticias y si todo permanece en paz, continuarán camino hasta San Sebastián. De serles posible, esta misma tarde cruzarán la frontera y se instalarán en San Juan de Luz, en la finca de la abuela. En Francia pueden esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos. Tienen depositados en el Crédit Lyonnais fondos suficientes para aguantar el verano, y un año entero si fuera indispensable. Madrid se ha puesto imposible; los comunistas son amos de la calle y no respetan a nadie, y menos aún a las gentes honradas.

El pequeño mira por la ventanilla. La carretera está solitaria.

—Papá, ¿has oído lo que decían al arrancar el auto?

—No, no he oído nada, y no me interesa. Conque, a callar.

Doña María de la Encamación suspira.

—¡Cuando pienso en el pobre José Miguel, encerrado entre criminales, como si él mismo fuera un asesino, me da una pena…!

Aprieta con manos angustiadas el maletín en donde guarda sus joyas, y el notarlo ahí, seguro, la tranquiliza momentáneamente.

—Tienen que soltarle; nada le han podido demostrar. Menos mal que el tío Enrique conoce a todo el mundo y sabe bandearse entre esa gentuza. Le he advertido que si necesita disponer de las cinco mil pesetas, que disponga sin reparo. A esa chusma se la compra con dinero.

—Lo que me asusta es que es un exaltado, un romántico…

—No te preocupes, en esta ocasión le ha visto las orejas al lobo. Le servirá de escarmiento.

Adelantan a otro coche de la matrícula de Madrid también cargado de maletas.

—Otros que se van a veranear…

—Lo que me extraña es que no se marchen todas las personas decentes.

—Don Juan corre el cristal y se dirige al chófer.

—¿Va lleno el depósito?

—Hasta Burgos no necesito repostar.

—Bien, sigue con prudencia, pero aprieta el acelerador.

Vuelve a correr el cristal que les aísla del servicio.

—Me han dicho que hoy o mañana se sublevan los cuarteles…

—¿Quién te lo ha contado?

—Quien está informado. Franco está en Marruecos, y en Barcelona, a estas horas, habrán barrido de las calles a los separatistas de la Generalitat ésa; igual que el 6 de Octubre. En cuatro días la chusma saldrá corriendo.

—Ya veremos. Son muchos y están armados hasta los dientes. Has visto el descaro con que actúan.

—En cuanto aparezca una pareja de la Guardia Civil…

Doña María de la Encamación se da un suave golpe en la frente y se apresura a correr de nuevo el cristal.

—¡Enriqueta! ¡Jesús qué cabeza tengo! ¿Te has acordado de mandarle a la portera que suba cada mañana a darles alpiste a los canarios?

—Señorita, como usted no me dijo nada…

—¡Si no estoy yo en todo…! ¡Dios mío! Es que no se os ocurre nada, no pensáis.

Vuelve el rostro hacia su marido que se remueve para sacar la petaca del bolsillo.

—Hemos de parar en el primer pueblo para telefonear a Nicanora, o ponerle un telegrama. ¡Pobres canarios!

—De aquí a Burgos no paramos; allá haces lo que quieras, pero aprisa. Hasta que crucemos la frontera no podemos estar tranquilos. En cualquier momento puede armarse la de Dios es Cristo.

—¡Juaaan…! ¡Qué manera de hablar!

Manuel Azaña Díaz (1880-1940), presidente de la República Española.

Madrid. El Palacio de Oriente.

Francisco Franco Bahamonde (1892-1975), general jefe de la Comandancia Militar de Canarias. El 18 de julio, al amanecer, inició el alzamiento en Las Palmas y dirigió telegramas a las guarniciones de Marruecos, divisiones, comandancias y bases navales y una alocución a todos los españoles.

Emilio Mola Vidal (1887-1937), general jefe de la Comandancia Militar de Navarra. Conocido durante el periodo conspirativo con el seudónimo de «El Director». El 19 de julio, al amanecer, se hizo cargo de la 6.ª División y se puso al frente de los voluntarios navarros.

Francisco Largo Caballero (1869-1946), secretario general de la UGT, presidente de la Casa del Pueblo de Madrid. Desde el primer momento se mostró partidario de presentar batalla en la calle a los sublevados.

Santiago Casares Quiroga (1884-1950), presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra que, desbordado por los acontecimientos se vio obligado a dimitir en la noche del 18 al 19 de julio.

Madrid. Los guardias de Asalto son vitoreados en la calle por grupos, cada vez más numerosos, que piden armas que el Gobierno se niega a entregarles.

Las Palmas

En la Comandancia Militar se advierte mucha agitación. Jefes y oficiales entran y salen; se oye el teclear apresurado de las máquinas de escribir y los timbres inquietantes de los teléfonos.

El zafarrancho ha comenzado hace un par de horas escasamente cuando se ha presentado, vestido de paisano, el general Franco, que ayer llegó de Tenerife para asistir al entierro del general Balines. El general don Francisco Franco, comandante general de las Islas Canarias, ha venido acompañado de su ayudante, teniente coronel Franco Salgado, primo suyo, y de otros militares. Poco a poco han ido presentándose los demás complicados en el alzamiento. El general don Luis Orgaz Yoldi, que ha dirigido la conspiración en Gran Canaria, también acaba de vestirse apresuradamente de uniforme.

Del Hotel Madrid acaban de llegar doña Carmen Polo, esposa del general Franco y su hija Carmencita, todavía con ojos de sueño. Les acompañan el capitán Espejo y el teniente Martín, y pasan a instalarse en las habitaciones del comandante de estado mayor.

El general Franco, correctamente uniformado, con botas altas, ceñido su fajín rojo, disimula una cierta agitación que le conmueve. Sobre la mesa está el telegrama, garrapateado a mano, que ha desencadenado este trajín a hora intempestiva e inesperada. El mecanógrafo aguarda sentado ante la vieja «underwood». Se hace un momento de silencio. El general, vuelve a leer el telegrama: «Jefe circunscripción Melilla a comandante general Canarias. Este ejército levantado en armas se ha apoderado en la tarde de hoy de todos los resortes del mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España! Coronel Solans».

—Escriba. Diríjalo al comandante general de la circunscripción de África… Circunscripción Oriental —rectifica.

Franco Salgado y el auditor Martínez Fusset permanecen en pie. Detrás del general cubre la pared un pequeño tapiz con escena de caza. Un par de silloncitos forrados de cuero, colocados ante la mesa, permanecen vacíos.

—«Gloria al heroico ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo». Añada: «Viva España con honor».

Todos están pendientes de la voz del general y del tecleo de la máquina.

—Fírmelo: General Franco.

Consulta el reloj. Los demás hacen lo mismo.

—Féchelo, en Santa Cruz de Tenerife; 18 a las 6 y 10.

El general lee atentamente la hoja que acaba de entregarle el mecanógrafo. Encima de la mesa, un león de bronce sobre peana de azabache negro.

Alarga el telegrama a su ayudante.

—Que se curse en seguida.

Se dirige al auditor militar Martínez Fusset.

—Encárguese de que se redacten telegramas a todas las Divisiones Orgánicas, a la Comandancia de Baleares, al jefe de la División de Caballería, a las bases navales, dándoles cuenta de que hemos cursado este telegrama.

Por el corredor se oyen pasos apresurados.

—¿Da usted su permiso…?

Con la respiración agitada entra un capitán, que se cuadra reglamentariamente.

—Mi general, una compañía ha ocupado Teléfonos, Correos, Telégrafos y la estación de radio. Otra compañía sale para el aeródromo de Gando.

—Bien, capitán. Puede retirarse.

Suena un taconazo. El capitán sale del despacho, saca el pañuelo, se enjuga el sudor, y se desabrocha el cuello de la guerrera que se había abrochado apresuradamente mientras subía las escaleras.

Entra en una de las salas destinadas a oficiales. Algunos oficiales observan desde los balcones el edificio del Gobierno Civil. Numerosos paisanos, obreros en su mayor parte, forman un nutrido grupo ante el balcón principal y solicitan a gritos la presencia del gobernador.

Don Antonio Boix Roig, gobernador civil de Las Palmas, se asoma por fin. Guardias de Asalto y Guardia Civil, custodian el edificio. La manifestación, que engrosa por minutos, es pacífica aunque exaltada. La presencia del gobernador les hace prorrumpir en aplausos. El gobernador habla desde el balcón con ademán tribunicio, como levantino que es. Apenas le distinguen; sólo le ven gesticular a lo lejos.

Entra un comandante en la sala de oficinas. Los oficiales se vuelven hacia él.

—El general ha dado orden de que disuelvan a esa gente.

—Mi comandante —pregunta un teniente—. ¿Es cierto que en el Puerto de la Luz se ha declarado la huelga general?

—Sí, pero les van a dar para el pelo. Los comandantes del *Canalejas* y del *Arcila* se han ofrecido al general, y también el capitán de corbeta González Aller de la Comisión Hidrográfica, y han empezado por trincar a unos cuantos sospechosos entre las clases y la marinería de a bordo.

Suenan distantes los aplausos y vítores de los manifestantes.

Proximidades de Alicante

—¡Para, para, que nos matarán!

Suena un tercer disparo y aunque ni siquiera oyen silbar el proyectil, igualmente les asusta. El «morris» da un violento frenazo y el «hispano» que les seguía, más veloz, frena junto a ellas. Una pistola les apunta desde la ventanilla, mientras los hombres que ocupan el «hispano» bajan precipitadamente como en las películas de gangsters. Uno de ellos, vestido con mono azul, da muestras de tanto nerviosismo que les atemoriza todavía más.

—¡Las manos arriba…!

—Ustedes dos bajen del coche. ¡En seguida! ¿No oyen?

Tiene que ayudar a descender a la tía María, que es la que, a pesar de su edad, se muestra más serena.

—Y usted —se dirigen a Carmen que es la que conduce—, dé la vuelta al coche.

La pistola del joven nervioso vuelve a encañonarlas.

—¡Las manos en alto!

—Usted, ¿cómo se llama?

Vacila un instante, procura aparentar serenidad y disimular el miedo. ¿Las habrán conocido? ¿Les habrán seguido desde Alcoy, o ha sido casualidad?

—Margarita Larios…

—¿Y usted?

La tía María, tiesa en medio de la carretera, mira a los apresadores con tranquilidad, quizá con una punta de impertinencia.

—¿Yo? María Orbaneja. ¿Qué ocurre?

—Usted, baje también del auto… ¿Cuál es su nombre?

Carmen gana tiempo mientras desciende del «morris» y se acerca a su tía y a su cuñada.

—María Luisa Aramburo…

Menos mal que a Carmen se le ha ocurrido inventar un nombre… Ha dado el de quien figura como propietaria del «morris». No es mala coartada; con tal que ahora las permitan continuar a Alicante. Pero no parece que sea ése su propósito.

—Tú ponte al volante y síguenos —le dicen a uno que va en mangas de camisa—. Y ustedes tres suban con nosotros.

—¿Pero, qué ocurre, a dónde nos llevan? ¿Quiénes son ustedes?

—Menos preguntas y arriba. Ya lo sabrán.

A la tía «Ma» la colocan al fondo, y ellas dos se sientan apretadas contra los milicianos.

El «hispano» corre a gran velocidad por la carretera. Margarita Larios no se atreve a hablar; se ha vuelto para preguntar a la tía si iba bien, pero al hacerlo ha tropezado con la mirada hosca de los hombres sentados a ambos lados de la tía.

Afortunadamente no llevan encima ningún papel comprometedor, porque estos revolucionarios son capaces de registrarlas. El mensaje lo había aprendido de memoria y se lo ha repetido al capitán y al oficial que le acompañaba. El capitán era un tipo espléndido; de estar aquí, de haberlas acompañado no pasarían por este trance; las hubiera defendido como caballero que era. Pero eso son ilusiones. El capitán tenía que quedarse en Alcoy y transmitir el mensaje: «Que esperen órdenes acuartelados, y que no se echen a la calle hasta recibir las órdenes». Los oficiales eran simpáticos y agradables, y parecían tranquilos y seguros. Ahora ellas han caído en la ratonera. De alguna forma saldrán, aunque pudiera ser que estos hombres tengan por misión matarlas y esconder sus cadáveres.

A la entrada de un pueblo, un guardia civil se cruza en medio de la carretera. Distingue el tricornio charolado, el correaje amarillo y el fusil que lleva en la mano. Cerca de él, dos parejas más, y otro guardia.

—Vosotras a callar ¡y quietas!

—¡Qué ninguna se mueva, ni chiste!

El automóvil frena. El guardia civil se aproxima a la ventanilla. Otro de los guardias civiles se acerca también. Dos parejas más cubren el terreno.

—Las hemos detenido; son fascistas que pretendían escapar.

Margarita abre la portezuela de golpe y salta a tierra; el que estaba junto a ella no ha logrado impedirlo.

—Estos hombres nos han disparado. No sé a dónde nos llevan.

Desciende del auto uno de los hombres.

—Están detenidas. Tenemos órdenes…

—Si de verdad estamos detenidas, nosotras iremos con la Guardia Civil, pero con ustedes de ninguna manera, nos negamos.

Carmen también ha bajado del coche forcejeando contra los que pretendían sujetarla.

El cabo de la Guardia Civil que se ha aproximado, discute con los hombres del «hispano». La discusión es agria, pero los guardias civiles insisten.

—Nosotros las llevaremos al gobernador civil, si dicen que es él quien les ha dado a ustedes el mandato.

La tía «Ma» desciende solemnemente. Va vestida de negro y su cabello blanco lo conserva cuidadosamente peinado a pesar de lo accidentado de la noche. No parece ni siquiera fatigada.

—Señor cabo… Con la Guardia Civil vamos a donde se nos mande. Con estos hombres no, nos resistimos.

—Nosotros nos hacemos cargo de estas señoras. No se preocupen. Ahora mismo las conduciremos a Alicante. Este coche, si es de ellas, déjenlo ahí arrimado. Pediremos órdenes al respecto.

—Ustedes, señoras, vengan con nosotros…

—Como ustedes manden…

Alicante

Los dos guardias civiles que las han conducido al Gobierno Civil permanecen silenciosos. Carmen está junto a ella, pero no se atreve a hablarla; la tía «Ma», sentada en una butaca, mantiene una actitud grave, como si esperara ser recibida por el gobernador para un asunto cualquiera. Margarita Larios trata de componerse el cabello, lo mejor es causar buen efecto, sea para lo que sea. ¿Estará asustada Carmen?

En todo caso no más que ella. ¿Cómo será el gobernador? Un gobernador, aunque del Frente Popular, siempre será un caballero. No va a insultarlas. La tía «Ma» está enternecedora, levemente ridícula, metida en estas aventuras novelescas. Sus sobrinos la llaman «Pipo», y ayer se reían cariñosamente de ella, pero cuando afirmó que quería ir a Alcoy a llevar el mensaje, tras una resistencia, José Antonio accedió. Debió pensar que, al fin y al cabo, era preferible que una señora acompañara a las jóvenes, por lo que pudiera pasar. Y ya ha pasado. Están presas, o detenidas, que para el caso es lo mismo.

Desde la puerta del despacho del gobernador, un señor les hace un gesto que incluye a ellas y a uno de los guardias civiles.

—Pasen ustedes…

Ellas avanzan hacia la puerta. Pasa primero el guardia, que sostiene la puerta. Ceden el paso a la tía «Ma»; Carmen y ella entran detrás.

El gobernador no tiene aspecto terrible. Es joven; parece algo severo.

—Señor gobernador… —dice el guardia.

El gobernador hace un leve ademán para detenerle. No se ha puesto en pie ni les ha ofrecido asiento, ni siquiera a la tía. ¡Claro, están presas!

—¿Cómo se llama usted?

—María Orbaneja…

—¿Y usted?

—María Luisa Aramburo…

—¿Y usted?

—Margarita Larios…

—Muy bien, de acuerdo. Ustedes son las Primo de Rivera. Olvidan que un gobernador debe saberlo todo.

Están descubiertas. Cuando han atravesado la plaza, entre los grupos ha oído comentarios que indicaban que las reconocían. Se lo han debido de venir a contar al gobernador. Los del «hispano», desde luego, no las han identificado.

—Están ustedes detenidas. Pero no teman. Un policía las acompañará al hotel. No les estará permitido salir de sus habitaciones, allá quedan, por ahora. No se aburrirán, los balcones dan al paseo. Espero que se porten bien; sepan que estarán vigiladas.

—Señor gobernador, ¿por qué nos detienen? ¿Qué hemos hecho?

—De momento no tengo nada que aclararles más que están detenidas. No pueden quejarse, creo yo, de la cárcel que les he buscado.

—Pero, nosotras, ¿por qué…?

—Hagan el favor de esperar ahí fuera… Buenos días, señoras.

Salen acompañadas del guardia y del señor que las introdujo en el despacho del gobernador.

A José Antonio no le gustaba que fueran a Alcoy, pero no tenía con quién enviar a los militares falangistas las órdenes; ellas dos se ofrecieron. Cuando la tía «Ma» dijo que ella iría también, a José Antonio le hizo gracia. Él se resistía a que fueran, pero Carmen, que como hermana le conoce mejor, aclaró después que le notaba que se oponía por cortesía. ¿Qué debe ocurrir? Mal deben andar las cosas para que las detengan. En el hotel no lo pasarán mal, todo el mundo las conoce y son amables; queda además el recurso de las propinas. Pero no podrán visitar a José Antonio ni a Miguel. ¿Les permitirán por lo menos enviarles ropa, algo de comer, tabaco y libros? Ayer José Antonio estaba nervioso y preocupado y Miguel también lo estaba; Dicen que la sublevación es inmediata y en Alcoy, aquel capitán guapo ha asegurado que los de África se han apoderado de todo Marruecos. Y ellos, en la cárcel. ¡Dios mío! ¡Que no le ocurra nada malo a Miguel!

Margarita Larios está recién casada con Miguel Primo de Rivera, que con su hermano José Antonio, jefe nacional de la Falange Española, se halla detenido en la Prisión Provincial de Alicante.

Pamplona

En un viejo caserón que fue palacio de los virreyes de Navarra está instalada la comandancia. Por las ventanas que dan al noroeste se descubre el paseo de la Taconera, tan verde en este comienzo de verano, abajo el valle del Arga, y a lo lejos el monte de San Cristóbal con su castillo. A la entrada de la Comandancia un águila bicéfala preside el escudo imperial de piedra; la iglesia y el convento de las Adoratrices, dan a la placita un aspecto recoleto y apacible.

Don Emilio Mola Vidal, comandante militar de Pamplona, limpia una y otra vez las gafas a pesar de que no están ni sucias ni empañadas. Nota como un tic en el labio superior, un labio grande, con un surco que cae vertical desde la nariz. Instintivamente se lo sujeta con el índice; este ligero tic, que él vigila, nadie lo advierte, pero teme que le denuncie cuando está nervioso o fatigado.

La suerte está echada; va a decidirse en las próximas horas. Durante la noche ha conseguido descansar algunos momentos; debe reservar el máximo de energías pues va a necesitarlas todas y aun algunas más. Ayer, día diecisiete, viernes, le han cortado las comunicaciones telefónicas y telegráficas con el resto de la Península. Le han dejado aislado en este caserón, en esta ciudad, pero la partida ha comenzado. En Pamplona va a desencadenar la tempestad; lo hará en el momento en que él lo desee, cuando le convenga para sus fines.

Las guarniciones de Marruecos se han anticipado a lo previsto, pero allá ellos; es a Franco a quien corresponde solucionar aquella papeleta. Escasas son las noticias pero parece que los acontecimientos se desarrollan favorablemente. Yagüe, Solans, Sáenz de Buruaga, Barrón, Asensio, Beigbeder, Gazapo, Bartomeu, Juan Bautista Sánchez… ¡buenos jefes! Y buenas fuerzas las de África; aguerridas, disciplinadas y pertrechadas. Los militares del mandil, los Romerales, los Buylla, los Morato, ¡bah! En cuanto llegue Franco van a aprender lo que es bueno; no es de los que va a andarse con chiquitas. La escuadra… Ahí está la clave.

No le complace cómo se actúa en Madrid, todo es ir y venir, cabildeos y vacilaciones. Ha faltado un jefe enérgico para ponerse al frente de la guarnición; y se quiera o no, Madrid es el punto decisivo. El Gobierno, por su parte, sigue la táctica del silencio. Las fuerzas de orden público apoyarán al Gobierno en diversos puntos. Aunque son muchos los miembros de la Guardia Civil comprometidos en la sublevación, no puede confiarse demasiado en ellos; pesa y pesará el general Pozas. Sobre la Guardia Civil influye la idea de que hay un Gobierno, más o menos legítimo. Y Fanjul y Villegas; no… Madrid dará un disgusto. Habrá rápidamente que acudir a la capital con fuertes efectivos.

Su antiguo ayudante, el teniente coronel Gabriel Pozas, hermano del inspector general de la Guardia Civil, que es además subsecretario de Gobernación, se le ha presentado hace un par de días trayendo impresiones pesimistas respecto a Madrid, que viene a confirmar las suyas

propias. ¡Qué distintos ambos hermanos! Si Gabriel es buen amigo, Sebastián es mal enemigo; la prueba es que ha puesto al frente de la Comandancia de la Guardia Civil de Pamplona a un hombre como Rodríguez Medel, notorio izquierdista que puede llegar a ser una seria dificultad para apoderarse de la ciudad si le enfrenta la Guardia Civil en bloque, y hace indispensable luchar contra ella.

Ramón Mola, su hermano menor, marchó anoche a Barcelona. Llegó por la mañana, de improviso, portador de malos agüeros. Que si hay un complot para asesinarle, que si no es buena oportunidad para sublevarse. Barcelona puede ser otro fracaso, la visita de su hermano se lo ha hecho comprender. Una conspiración dirigida por un comandante y por capitanes, mucho coraje, muchas agallas, pero además ¿qué? Si Goded estuviera en Barcelona las probabilidades de éxito aumentarían. Ni Generalitat, ni «escamots», ni FAI ni la madre que los parió. Goded es hombre capaz, uno de los mejores generales del ejército. El general Legorburo es quien ha enviado a Ramón con alarmismos y desfallecimientos. Si en Barcelona el general Aranguren arrastra a la Guardia Civil y se va con la Generalidad, y Aranguren es capaz de hacerlo porque dicen que está medio gagá… Otro fallo pudiera ser Logroño, a pesar de que las últimas noticias son mejores, y Logroño queda en el camino de Pamplona a Madrid. Zaragoza es ciudad con predominio obrero, ciudad sindicalista; un hueso duro de roer. ¿Y Cabanellas? Podría dársele de lado, pero bueno es que en las divisiones donde sea posible, y Zaragoza es una de las pocas que ofrece esa posibilidad, se ponga al frente el general y sea él, precisamente, quien proclame el estado de guerra. Cabanellas es un viejo masonazo, republicano de la vieja escuela, pero en esta ocasión parece decidido. La caballería se portará bien: Monasterio, Urrutia y una oficialidad con elevado espíritu, lo garantiza.

Saca de un cajón un par de hojas mecanografiadas cogidas con un clip. Se cala las gafas de gruesos cristales y lee con delectación: «Bando». Esta tarde tendrán los ejemplares impresos; están imprimiéndolos en *El Diario de Navarra*; dentro de veinticuatro horas lo leerán con la debida solemnidad y será fijado en las esquinas de Pamplona; en ese momento empezará la verdadera aventura.

Don Emilio Mola Vidal, general de brigada y jefe de las fuerzas armadas de la provincia de Navarra. Hago saber: Una vez más el Ejército unido a las demás fuerzas armadas de la Nación se ve obligado a recoger el anhelo de la mayoría de los españoles. Se trata de restablecer el imperio del ORDEN*, no solamente en sus apariencias externas, sino también en su misma esencia, para ello precisa obrar con* JUSTICIA*, que no repara en clases ni categorías sociales [esto está muy bien; oportuno] a las que ni se halaga ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos bandos, el de los que disfrutan del poder y el de los que son atropellados en sus derechos [también es oportuna la frase]. La conducta de cada uno guiará la de la* AUTORIDAD*, otro elemento desaparecido de nuestra nación, y que es indispensable en toda colectividad humana. [¡Sí, señor!]…*

Se lo sabe casi de memoria, pero le gusta releerlo; hasta ayer ha ido dándole pequeños retoques. Las palabras destacadas en mayúsculas proporcionan un realce que entra por los ojos.

¿Cuántos voluntarios carlistas se presentarán a la hora de la verdad? De concurrir los que ha prometido Utrilla y la Junta Provincial no va a encontrar con qué armarlos; han de llegarle fusiles de Zaragoza. Mientras puedan pasar por la Ribera, porque allí sí que los hay del colmillo retorcido, aunque como se muevan habrá que hacer con ellos un escarmiento. Una vez proclamado el bando no hay pegas; se coge al que sea, se le fusila… y a otra cosa…

—¿Da usted su permiso?

—Pase…

El comandante Fernández Cordón, uniformado y recién afeitado da al entrar los buenos días. El general don Emilio Mola Vidal se abrocha el último sujetador del cuello de la guerrera que había dejado suelto.

—Mi general, telefonean de Noain que han tomado tierra tres aparatos procedentes de Getafe. Salieron con otros aviones con orden de cargar bombas en los Alcázares para bombardear Sevilla, y estos tres se incorporan a nosotros.

—Serían esos que volaron hace un rato… Pues me dieron un pequeño susto.

—Los aviadores desean presentarse a usted. Llegarán dentro de un rato… Ya tenemos hasta aviación, mi general…

Don Emilio Mola hace una pequeña mueca, casi una sonrisa, y su ayudante continúa.

—El general Núñez del Prado estará que bota.

—Y el teléfono, ¿sigue sin funcionar?

—A primera hora he intentado hablar con Barcelona; imposible. Para mí que es cosa del gobernador o del comandante de la Guardia Civil que nos ha cortado la comunicación.

—Pues que no se anden con bromas.

Al general Mola hay algo que le tranquiliza; desde hace tres días, sus hijos María Consuelo, María Ángela, Emilín y María Dolores, han pasado la frontera, y con su esposa se encuentran en Biarritz. Su anciano padre, en cambio, está en Barcelona; vive con su hermano Ramón y la familia de éste.

Cuatro meses atrás llegó a la estación de Pamplona, para hacerse cargo de la Comandancia Militar; acababan de destituirle de la Alta Comisaría de Marruecos. Hace tres meses, exactamente el 19 de abril, el comandante Fernández Cordón, comisionado por los compañeros de la UME fue a proponerle se pusiera al frente de la conspiración. Mola aceptó. Los demás comprometidos esperaban la respuesta en casa del capitán Moscoso; fue un gran día para todos. Para todos y para España entera. Y no es que el coronel Solchaga hubiese hecho un mal papel, pero Mola es Mola; el jefe indiscutible, un auténtico caudillo.

Ávila

Con cuidado de no hacer ruido retiran la reja; es de hierro, pesada. Les cuesta manejarla. Si se les cayera, los guardianes les descubrirían y estarían perdidos.

Llevan trabajando varios días; han socavado el alféizar con las cucharas, turnándose, vigilando. Nadie se ha dado cuenta y ahora van a tener la salida libre. ¿La salida? Bueno, es ahora precisamente cuando se presentarán las mayores dificultades.

Desde que les llegó la noticia de que Calvo Sotelo había sido asesinado, Onésimo Redondo dijo que a ellos iban a matarles también, y que era imprescindible fugarse de la cárcel fuera como fuera.

Consiguen retirar la reja y dejarla apoyada en el grueso muro. Hablan a la sordina. Temen ser descubiertos, están desazonados. La prisión de Ávila es un caserón que se cae de viejo, por eso les ha sido posible descalzar la reja. Al grupo de falangistas les trajeron desde Valladolid, y por el camino les dieron un susto. Creían que se los cargaban.

Cuando Onésimo ha querido evitarlo ya era demasiado tarde, uno de los falangistas se ha encaramado a la ventana libre y está escalando por encima de los retretes y el depósito de agua. González Vicen se asoma. Procuran retener la respiración. Han de procurar no perder la serenidad y obrar con la máxima cautela.

—¡Aaalto! ¡Aaaaltooooo! Las voces resuenan secas, imperativas, en los patios, en las galerías se oye el ruido de los cerrojos de los fusiles.

—¡Maldita sea!

—¡Su padre!

—¡Ya estamos fastidiados! Nos han cazado como a conejos.

Las voces conminatorias y los pasos se aproximan. Desde la ventana, González Vicen ha descubierto a los guardias de Asalto que le apuntaban, y en un movimiento automático ha metido la cabeza. No ha podido reconocer, en la penumbra, al que había saltado fuera, pero ha visto cómo se quedaba paralizado al ser sorprendido.

El director de la prisión y los oficiales se presentan pálidos, iracundos. Cuatro guardias de Asalto aparecen en la puerta fusil en mano.

—¡Venga! ¡Fuera todos! No estamos para chiquilladas.

Onésimo se muerde los labios y se endereza; los demás van recobrando la calma o aparentando, como puede cada uno, que la ha recobrado.

Delante marcha el director de la prisión, a continuación una pareja de Asalto, detrás los falangistas vallisoletanos que, encerrados en la cárcel de Ávila, acaban de ser sorprendidos; cierra una pareja de Asalto con las armas dispuestas.

—¡Hala! A la celda de castigo…

El director de la prisión está furioso. ¿Para qué le habrán enviado a estos dieciocho muchachos? Sólo disgustos pueden buscarle. Podían habérselos quedado en la cárcel vallisoletana. Ahora no tiene más remedio que empapelarlos; entre tanto en África se han sublevado las tropas, y la Falange está con los militares. Si mañana se sublevan en Ávila, éstos serán los amos de la ciudad, y no es bueno tenerlos como enemigos. Pero en esta circunstancia ha de mostrar energía. ¡Qué tiempos! Nadie sabe si al que hoy tienes encerrado en la cárcel mañana le van a hacer gobernador. Antes, por lo menos, cuando metían a un tipo en la cárcel, uno estaba seguro de que podía aplicarle el rigor del reglamento.

—¡Adentro todos, y sin chistar!

Los falangistas, en actitud desafiante, van entrando en las celdas de castigo; no protestan.

—Cierre, cierre…

Los de Asalto se han quedado a ambos lados con las amias prevenidas. Por el pasillo otra pareja trae cogido del brazo al que había conseguido salir de la celda. Mejor que no le hayan maltratado esos brutos. La cosa está que arde. El tinglado gubernamental va a saltar hecho añicos y Onésimo Redondo es de los peces gordos.

—Redondo, han obrado ustedes mal. Aquí se les ha tenido la consideración que merecían. Me veo obligado a sancionarles.

La culpa ha sido de ese maldito chivato, un «chorizo» que les ha estado viendo cómo socavaban la reja. Una vez avisado, él no podía hacer otra cosa que cumplir con su deber. En fin, el reglamento es el reglamento.

Se dirige a uno de los oficiales de prisiones.

—Usted quédese por ahí vigilando, no vayan a armar escándalo.

Y luego al sargento de Asalto.

—Hemos terminado; menos mal que la cosa no ha resultado difícil. Muchas gracias por su cooperación.

—No podían hacer nada; si intentan escapar los freíamos.

Onésimo Redondo, jefe territorial de Castilla, sabe que está a punto de efectuarse el alzamiento, y se ve aquí reducido a la pasividad, en esta celda, encerrado como una fiera, vigilado, impotente. Si en Ávila fracasan los militares y a los camaradas no les resulta posible sacarles de la cárcel, vendrán a matarles como a perros, y lo peor es que ni siquiera podrán defenderse. ¡Maldita sea!

De Pamplona a Barcelona

Ha pasado la noche al volante; está nervioso y agitado, pero no tiene sueño. Lérida y Cervera han quedado atrás, está a punto de coronar el alto de la Panadella. El sol ilumina oblicuamente viñas, olivares y los trigos recién segados.

Hay problemas que a fuerza de darles vueltas a la cabeza en vez de aclararlos se consigue embarullarlos más todavía. No hay duda de que su hermano Emilio tiene la mente más clara que él. Podría ser también que como maneja los hilos de la conspiración, y considera la situación en su conjunto, pueda permitirse sentir una mayor tranquilidad, o aparentarla. Pamplona, además, no es Barcelona. Salvo el hueso del comandante de la Guardia Civil, existe casi unanimidad entre las fuerzas armadas, y Pamplona no es población con elevado censo obrero a pesar de que las izquierdas obtuvieran un puñado de millares de votos en las últimas elecciones. Asegurada la colaboración de los carlistas, ahora que con Fal Conde se han resuelto las dificultades que se presentaban, contando también con los falangistas que, aunque no tan numerosos como los tradicionalistas, son igualmente decididos, el panorama aparece despejado. Barcelona es distinto. ¿Su hermano Emilio no acaba de comprenderlo? ¿O será que, para Emilio, Barcelona es sólo una baza que aunque se pierda pueda ser compensada ganando en otro punto? ¿No le bastará a su hermano y a los de la Junta con que la guarnición de Barcelona, echando las tropas a la calle, cree un estado de confusión que inutilice y neutralice los recursos de la Generalidad y por ende la fuerza con que el Gobierne de Madrid cuenta en

Cataluña? ¿Le habrá expuesto su hermano toda la verdad? ¿Estará la guarnición de Barcelona y los patriotas que salgan a luchar con ella, destinados de antemano al sacrificio? Emilio es su hermano, su hermano mayor, pero es militar ante todo, ¿qué otro consejo que regresar inmediatamente a su puesto podía darle?

La carretera sigue el curso de un torrente de escaso caudal. Acaba de adelantar a un camión. El sol comienza a calentar pero todavía no molesta, le falta fuerza.

Aparte de la cuestión del atentado que le habían advertido que se preparaba contra su hermano, y que estando ante él y viéndole tan seguro, tan protegido, tan rodeado de leales, casi le ha avergonzado decírselo, le ha expuesto con claridad cuál es, a su entender, la situación de Barcelona. Su hermano le escuchaba mirándole con atención a los ojos. ¿Supondrá que tiene miedo? Su deber era advertirle de que la partida de Barcelona tiene demasiadas probabilidades de perderse. El general Llano de la Encomienda está decididamente en contra de la sublevación, permanecerá fiel al Gobierno. Parece evidente que está conchabado con los separatistas, y en una división el general en jefe cuenta ¡qué caray! Goded tiene que presentarse en Barcelona para ponerse al frente de la guarnición, es lo que se ha decidido en el último momento, pero ¿cuándo llegará Goded? La actitud de la Guardia Civil es una incógnita; los capitanes se comprometieron, y el general Aranguren, jefe de los tercios de Cataluña, ¿qué hará? La Guardia Civil o una parte importante de ella puede mantenerse en la obediencia al Gobierno, es decir, al general y a los coroneles. De éstos, Brotons se sitúa abiertamente en contra de la sublevación militar, y Escobar probablemente también. En unos meses la Generalidad, el Gobierno, quien haya sido, se han dado maña para trasladar y sustituir a los jefes y oficiales de Asalto comprometidos. Y guardias de Asalto en Barcelona hay unos tres mil quinientos. ¿Cuántos de ellos se sumarán al alzamiento cuando llegue el momento de tomar una determinación?

López Varela, Unzúe, Lizcano, López Belda, López Amor, son unos tíos corajudos, no puede negárseles, pero ¿no les ofuscará el recuerdo de la fácil victoria del 6 de octubre de 1934? Entonces las circunstancias eran distintas, los alzados eran los de la Generalidad, que se salían de la ley, ahora los alzados serán ellos, los militares. No hay quien les quite de la cabeza que en cuanto aparezcan en las calles unas compañías y cuatro cañones, los de la Generalidad se meterán debajo de la cama, y «escamots» y demás saldrán arreando y perdiendo el culo. Y no será así; esta vez no ocurrirá así. Intervendrán los de la FAI, que son de pelo en pecho. De esto no se puede hablar en voz alta, les saca de quicio. La otra tarde estaban reunidos en una casa, y un capitán, que parecía hombre agudo y que acaba de incorporarse a la guarnición, les advirtió del peligro que podían representar los anarquistas —porque los anarquistas de Barcelona tienen fama, y a su modo bien ganada— si Companys les arma más de lo que están. Le fulminaron con la mirada. «Al segundo cañonazo no queda uno que haga frente». Como el capitán insistía, alguien le preguntó con intención: «¿Tú, les tienes miedo?». El capitán se encogió de hombros y no volvió a hablar en la reunión; se le notaba molesto. Comandantes y capitanes pueden dar un golpe militar, no dirigirlo. Y ni al general Burriel ni al general Legorburo se les ve emprender nada efectivo, ni parecen personas apropiadas para acción de tanto riesgo y envergadura.

Ha pasado por Jorba; Igualada aparece en lo alto, algunos campesinos en bicicleta se dirigen a sus faenas con sombreros de paja de anchas alas. Si encuentra en Igualada algún bar abierto se detendrá a tomar un café con leche. Desde que anoche salió de Pamplona no se ha detenido un instante.

También le ha advertido a su hermano de que al capitán Pedro Valdés, del Cuerpo de Asalto, y a dos tenientes del mismo Cuerpo, al ser detenidos se les han cogido documentos importantes, que en este momento deben estar en poder del Gobierno. La conspiración se ha llevado imprudentemente, con exceso de confianza en los cuartos de banderas se conspiraba o por lo menos se hacían comentarios en presencia de oficiales tibios o sospechosos de pertenecer a la UMRA. El plan, en líneas generales, parece perfecto; de los cuarteles, situados en la periferia, toda la guarnición convergerá en el centro de la ciudad y se apoderará de los edificios en donde funcionan los principales órganos gubernamentales. ¿Y si la Generalidad conoce sus planes? ¿Y si la Guardia Civil no les secunda? ¿Y si los de Asalto se les enfrentan decididamente? ¿Y si a faieros y cenetistas se les facilita buen armamento, o ellos mismos tienen ocultas más armas de las que se supone?

Hoy sábado, todavía podrían estar a tiempo, la sorpresa es elemento fundamental en cualquier golpe de estado. Su hermano Emilio les ha mandado que no se muevan hasta mañana y mañana puede ser tarde. El presidente Companys no es tonto y, por si fuera poco, está escarmentado de cuando el 6 de octubre. Los demás se hallan igualmente prevenidos. A Federico Escofet, comisario de Orden Público, le conoce bien puesto que le defendió en el consejo de guerra a que fue sometido a raíz del 6 de octubre, y está además el comandante Vicente Guarner y su hermano, el consejero de Defensa, España, y ¿por qué olvidarlo?, el propio general de la división aliado a sus enemigos. Es un error menospreciarlos, un error.

Emilio le ha hablado con calma, como si nada de lo que iba exponiéndole le fuera desconocido, como si la posibilidad de un fracaso en Barcelona entrara en el plan general. «Ramón —le ha dicho con ese tono entre paternal y autoritario que emplea para hablarle—, tu deber está en Barcelona. Yo tengo empeñada mi palabra de honor, y ante el compromiso contraído no retrocederé nunca. La orden de iniciar el movimiento está dada. Así es, que cena y descansa, que bien lo necesitas, y en seguida vuelve a tomar la carretera y vete a Barcelona a cumplir con tu deber, como yo cumplo aquí con el mío». O sea, que cada cual cumpla con su deber, ¿para qué?, ¿para conseguir el triunfo o para morir dejando a salvo el honor militar? No se ha atrevido a preguntárselo; aunque Emilio sea su hermano, en los documentos firma «El Director», y eso impone; y es posible que él tampoco lo sepa. En la guarnición de Barcelona hay decisión y entusiasmo, y, por supuesto, valor. ¿Serán suficientes? Que Dios les ampare a todos.

Como el bar Canaletas de Igualada está abierto, a pesar de lo temprano de la hora, el capitán don Ramón Mola Vidal detiene el coche y desciende a tomar un café, antes de continuar hacia Barcelona.

Barcelona

Federico Escofet, comisario general de Orden Público de la Generalidad de Cataluña, vive unos días de intensa actividad. Problemas y trabajo, a decir verdad, los ha tenido desde que hace unos meses y a petición del Presidente de la Generalidad se hizo cargo de esta Comisaría.

De que se prepara una sublevación militar en toda España, y de que la guarnición de Barcelona está comprometida, tiene desde hace tiempo pruebas irrecusables. En los cajones de su mesa guarda las listas de los comprometidos, los manifiestos, órdenes, planes y consignas, más una serie de informes, más o menos fidedignos, que le han ido facilitando oficiales adheridos a la UMRA. Se esperaba la sublevación para el 16, pero hoy, 18 de julio, está seguro de que es inminente. En África se ha producido el primer estallido, con éxito para los rebeldes por cierto. Según sus noticias sólo Tetuán se mantiene leal, por lo menos el alto comisario Arturo Álvarez Buylla. Parece ser que se combate en las calles de Larache. Se han cursado órdenes a la escuadra de que bombardeen las plazas rebeldes y a la aviación que coopere desde el aire en los ataques. Todo irá bien, salvo si la escuadra y aun algunos aviadores, que se sabe están comprometidos, se sublevan a su vez.

Con el consejero de Gobernación, José María España, y con el comandante Vicente Guarner, jefe de servicios de la comisaría, su colaborador más directo, llevan varios días tomando cuantas medidas están en condiciones de tomar, y planeando la manera de hacer frente a la sublevación militar tan pronto como se produzca.

El general de la división, Llano de la Encomienda, parece ser republicano convencido, y además masón, aunque esto último no signifique gran cosa, pero está desorientado sobre lo que pasa a su alrededor, y debido a un puntillo militar o el temor de irritar más a sus subordinados, no cesa de crearle dificultades y oponerse a las medidas que él desearía tomar, aunque carece de atribuciones suficientes para hacerlo.

Escofet cumple con un servicio civil del Gobierno autónomo de Cataluña, y aunque capitán de caballería, viste de paisano. A raíz de la intentona catalanista del 6 de octubre fue condenado a muerte y expulsado del ejército, y aunque recientemente ha sido, no solamente amnistiado sino readmitido, algunos de sus compañeros de armas, principalmente los componentes de la UME, han hecho toda clase de presiones para evitarlo, y han protestado rabiosamente de su readmisión.

Los conflictos con que se enfrenta el comisario de Orden Público no son solamente los que se derivan de tenerse que oponer a una sublevación militar, sino que los anarquistas de la FAI y los sindicalistas de la CNT, están en conflicto desde hace años con el Gobierno autónomo —con el Gobierno autónomo, con el Gobierno de Madrid, con los socialistas y con todo quisque— a pesar de que, dadas las circunstancias, desde hace unos días se ha formado un comité de coordinación, pues los anarcosindicalistas, como el resto de los partidos u organizaciones antifascistas, fueron convocados por el presidente, en atención a la gravedad de las circunstancias. Lo primero que exigen son armas, y tanto el presidente Companys, como el consejero José María España, como él mismo, saben que si se arma a los cenetistas que son gente arrojada y práctica en la pelea, Cataluña entera va a correr un grave riesgo. Si se produce la sublevación seguida de choque entre las fuerzas de orden público y el ejército, al debilitarse ambos, hará que la ciudad quede desamparada y a merced de los anarcosindicalistas, tan

peligrosos o más para la estabilidad política y para la sociedad catalana, como los propios fascistas.

Suena el timbre del teléfono y él mismo coge el aparato.

—Sí, aquí Escofet…

…

—Bien, espero…

…

—Buenos días, José María…

…

—Mira, ya sabía que iban a protestar, no hace falta que me lo digas. También protestarán al presidente, pero no podía obrar de otra manera. Les dejé pistolas, pero si llega a ser por mí, también se las hubiera quitado… Los fusiles me los trajo Guarner…

El comandante Guarner se acerca al teléfono. Sabe que está hablando con el consejero de Gobernación del peligroso incidente que esta misma noche se ha producido con los elementos anarquistas del Sindicato del Transporte, que asaltaron algunos barcos surtos en el puerto y se hicieron con bastantes fusiles y armas cortas.

—En cuanto lo supe, cambiamos impresiones con Guarner, y él en persona, al frente de una compañía de Asalto, se presentó en el sindicato.

…

—¡Que si se armó! No lo quieras ni saber. Menos mal que la fuerza se les fue en palabras y que la casualidad hizo que nadie le diera al gatillo.

…

—Sí, Durruti y García Oliver, en persona, se fueron allá para apaciguar los ánimos.

Guarner se inclina sobre Escofet, que al advertir que va a hablarle, cubre el micrófono con la mano.

—Dile que le apuntaron al pecho al propio Durruti… los suyos.

—Me dice Guarner que a Durruti llegaron a encañonarle, pero los suyos, ¿eh? ¡Fíjate cómo andaban los ánimos!

…

El capitán Escofet, comisario de Orden Público, hace signos afirmativos a cuanto el consejero de Gobernación, señor España, le dice.

Escofet tiene treinta y ocho años; su cabello es negro, ondulado y brillante, y la voz y el ademán enérgicos, arrebatados.

—Tú dile al presidente lo que hay. Si esos tíos se arman, ¡cualquiera les mete después en cintura!

…

—Ahora mismo lo vamos a hacer…

…

—Bueno, entonces, ¿de acuerdo?

…

—Gracias. Ya se lo diré a Guarner. Hasta luego.

Cuelga el teléfono despacio. Guarner, que viste también de paisano, traje azul marino con la americana cruzada, se apoya en la mesa frente a él.

—Dice que hicimos bien…

—Profundamente agradecido… Pero me jugué el tipo.

Guarner se sonríe irónicamente.

—Otra cosa; que le mandemos a Consejería los fusiles esos del somatén. Y, dice España, que si las tropas salen y los de la FAI nos cabrean mucho, que les entreguemos las pistolas que recogimos a los del Sindicato Libre cuando trincamos a Ramón Sales.

—Oye, que me den recibo de los fusiles, ¿no?

—Sí, un recibo en regla. No estoy para cuentos. Y que los trasladen custodiados por los de Asalto. No me fío de los de la FAI; andan enloquecidos detrás de las anuas.

—¿Ha dicho algo más?

—Sí, que parece confirmarse que la sublevación es para mañana…

—¿Sabes qué te digo? Que estoy deseando que explote de una vez, y que sea lo que sea.

Escofet enciende un cigarrillo. Dos ceniceros están llenos de colillas. Guarner, antes de irse, se vuelve hacia él.

—Oye, y de Escobar, ¿qué?, ¿te fías aún?

—Todo lo que uno puede fiarse de un coronel de la Guardia Civil, que además es católico, más católico que Dios… Desde que me he metido a policía me he vuelto sagaz; creo que no nos engaña. Te dije que antes de darme su palabra, antes de decidirse, se lo pensó mucho.

—Y ¿si los otros, los capitanes, los sargentos, los propios guardias no les obedecen? Sabes que los civiles son más carcas que la puñeta, y todos de derechas…

—Pero obedientes y disciplinados. La disciplina no les permite tener ideas propias. Para empezar, tenemos en Madrid al general Pozas, y ése no falla, está a favor del Gobierno. Aquí al general Aranguren, que casi me atrevería a poner la mano en el fuego que no se subleva…

—Otro carcunda, sin embargo.

—Y el coronel Brotons, ése sí es seguro. De ahí para abajo, los hay de todo. El comandante Recas y el capitán Pin desde luego fascistas ¡qué le vamos a hacer!

—Lara y Moreno Suero, con nosotros.

—Sí… Pero, anda, lárgate ya, manda esos dichosos fusiles; mejor quitárnoslos de en medio. Sólo líos pueden traernos.

Mientras se está dando en el cuarto de baño los últimos toques al peinado, oye el timbre del teléfono. Por el pasillo suenan los tacones apresurados de su hermana Pilín, que más madrugadora que ella, corre hacia el aparato.

María Teresa se mira complacida al espejo. Aunque está inquieta, su rostro no acusa esa inquietud; a su edad una noche de sueño borra todas las trazas. Recuerda que anoche trajo a Fernandito a casa de la hermana, y teme que le despierten; se asoma a la puerta del cuarto de baño para recomendar a su hermana que hable en voz baja.

—Es para ti, María Teresa. Fernando te llama. Corre, ven, a ver qué cuenta.

Con el peine en la mano va hacia el aparato; su hermana Pilín, que también está intranquila, pues desde anoche tampoco tiene noticias de su marido, se queda junto a ella.

—¡Femando!, ¡Fernando! ¿Qué pasa?

Desde la división le telefonea su esposo, el capitán Fernando Lizcano de la Rosa. Anoche, mientras estaban en el teatro Barcelona donde se representaba *Nuestra Natacha* de Alejandro Casona, en compañía de su hermana Pilín y del marido de ésta, el teniente de caballería Rafael Quiroga, vinieron a buscarles, dejándolas a ellas muy inquietas, pues saben que algo se está tramando y que ambos están metidos en lo que sea. Lizcano de la Rosa, hizo que María Teresa y el niño se trasladaran a casa de la hermana; él mismo las acompañó.

—Nada. Que estamos acuartelados, pero no te intranquilices…

—Oye, está acá Pilín, ¿sabes algo de Rafael?

—También está acuartelado …No os preocupéis.

—¿Hay jaleo?

—Me escaparé para ir a comer contigo. Ya hablaremos. Hasta luego, estoy ocupado.

Adiós, Fernando…

No le dirá nada a ella, nunca le cuenta nada. Días atrás, en la verbena del Polo, bailó con un antiguo amigo, que le dijo que se preparaba una insurrección militar y que su marido estaba muy comprometido. También estuvo metido en el lío del 6 de octubre del 34, pero no la cuenta nada. Cuando María Teresa le preguntó, él se limitó a bromear y a asegurar que su amigo era un fantasioso.

Pilín se muestra ansiosa, hace poco tiempo que se ha casado, es muy joven.

—¿Qué ha dicho, qué les ocurre?

—Nada, de verdad, que están acuartelados…

—¿Por qué no me llamará Rafael?

María Teresa regresa al cuarto de baño a terminar su tocado y su hermana la sigue.

—A mí, me dan mucho miedo esas cosas…

—Yo estoy curada de espantos. Femando asegura que es invulnerable. Ya ves; creo que me casé gracias al balazo que le pegaron en África; tuvo que venir a Barcelona a operarse. Si no, por carta, cualquiera sabe…

Las dos hermanas se ríen. Los amores de María Teresa con Fernando fueron un tanto novelescos.

—En cuanto acabe este lío, hemos de hacer que nos lleven otra vez a ver *Nuestra Natacha*. Me gustaría saber cómo termina.

—Podían haberse esperado hasta que acabara la función. Pero ¡uy!, ya sabes cómo son los militares…

María Teresa, seguida de su hermana Pilín, va a ver a Fernandito que todavía no ha cumplido dos años; anoche, al traerlo, lo instalaron en una cama turca. El niño duerme tranquilamente.

—Señor presidente, el comisario general de Orden Público está aquí.

El despacho es inmenso y suntuoso, los balcones dan a la plaza de la República, la misma que hasta el 14 de abril de 1931 se llamó de San Jaime, aunque antes también se había llamado de la Constitución. Esta plaza, situada en el corazón del barrio antiguo de Barcelona, no lejos de donde hace dieciocho siglos estuvo el foro romano, es el punto de la ciudad donde late más apresuradamente su pulso. Ahí, enfrente, está el Ayuntamiento, desde cuyo balcón el propio Luis Companys, hoy presidente de la Generalidad de Cataluña, proclamó la República, si bien una hora después, el viejo Francisco Maciá, «l'Avi», desde el balcón de este mismo despacho, proclamó a su vez la República Catalana, hecho que dio lugar a no pocos conflictos con el Gobierno provisional de Madrid. Todo, venturosamente fue solucionado, y aunque de aquellos memorables días no han transcurrido más que cinco años, a Luis Companys, a los barceloneses y a los españoles, les parecen historia lejana.

—Que pase…

Luis Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, está desasosegado. Las noticias que se reciben son malas, Marruecos está sublevado, Canarias también lo está y si es cierto que Canarias está muy lejos, en cambio Ceuta y Melilla se hallan muy próximas a Málaga, a Algeciras, a Cádiz. Y el ejército de Marruecos es aguerrido y eficaz, un ejército profesional que está deseando hacer la guerra.

—Buenos días, señor presidente…

—Mira, Escofet, la situación se complica, hemos de andar con pies de plomo, siéntate si quieres; ya sabes que entre amigos no hay protocolo.

El presidente ha observado la seguridad y la arrogancia con que el comisario de Orden Público ha entrado en su despacho, y esa seguridad se le ha comunicado en parte. Escofet es un militar, de caballería nada menos, y Companys no simpatiza con los militares en general, pero bueno es tenerlos a su lado ahora que seguramente van a empezar los tiros, y Federico Escofet es fiel amigo, decidido y más consciente que el comandante Pérez Farras, que es un poco tocacampanas.

—Señor presidente, me he retrasado cinco minutos porque Vicente Guarner ha salido para una diligencia y prefiero que la comisaría no quede sola. En cualquier instante puede producirse el chispazo. Y de Guarner me fío como de mí mismo.

—¿Ha ocurrido algo más?

—Mantenemos los cuarteles vigilados y discretamente a los principales conspiradores. Nada importante. Se han acuartelado, y como usted sabe, los oficiales, aun los libres de servicio, se han estado reuniendo en los cuartos de banderas. Me quejé al general de la división, y me contestó que no se les podía impedir… y fíjese lo que me dijo: «El cuarto de banderas es el hogar del militar…».

El comisario general de Orden Público, al pronunciar esta última frase ha caricaturizado al general Llano de la Encomienda. A pesar de que no tiene ganas de bromear, el presidente Companys sonríe.

—¿No nos estará engañando Llano de la Encomienda y luego será el primero en ponerse frente a nosotros?

—Parece que es un buen republicano…

—¡Coño! También lo era Batet.

Escofet da un pequeño respingo. El 6 de octubre de 1934, desde este mismo balcón, Luis Companys, ya entonces presidente de la Generalidad, instigado por un grupo de catalanistas exaltados, se sublevó contra el Gobierno de la República. El general don Domingo Batet, que era jefe de la división, sacó a la calle algunas tropas, que tras unas cortas escaramuzas con los Mozos de Escuadra y con escasos paisanos, muchachos del «Estat Catalá», de los muchos a los que se había armado con rifles Winchester, que les hicieron frente, cañonearon el edificio de la Generalidad, el mismo donde ahora se hallan, y el Gobierno autónomo tuvo que rendirse. Escofet, que en los últimos momentos y ya sin posibilidades de organizar una resistencia para la cual faltaban medios y espíritu, fue investido por el propio Companys como comisario de Orden Público, el mismo cargo que ahora ostenta, fue condenado a muerte y a punto estuvieron de fusilarle. A Companys le ocurrió otro tanto, aunque su situación no fue tan comprometida a fuer de civil.

—Las noticias procedentes de Madrid no son tranquilizadoras.

Escofet le tiene simpatía y apego al presidente y está dispuesto a defender la posición legal que representa; su representación emana de las leyes y de la voluntad popular, pero en esta ocasión no deja de considerarle con ojo amistosamente irónico.

—A Álvarez Buylla, alto comisario en Marruecos le han hecho prisionero. Parece que aunque se les oponga cierta resistencia en las calles y en algunos barrios se mantengan los obreros, el ejército domina Marruecos. Esta madrugada se ha rendido el aeródromo de Tetuán… Canarias en poder del ejército. La escuadra, más que dudosa. En Pamplona, aunque nada ha sucedido aún, se sospecha que el general Mola está prácticamente sublevado. Los cuarteles de Madrid son una incógnita.

Los ojos del presidente de la Generalidad, llenos de vivacidad y malicia, están hundidos en las cuencas azulencas; las manos apoyadas en los brazos del sillón denotan nerviosismo. Viste un traje claro, las puntas del cuello se le levantan y la corbata está torcida, como de costumbre. Continúa hablando, con su leve acento leridano.

—Casares Quiroga, con quien acabo de hablar, me afirma que no pasa nada. Que el ejército de la Península permanecerá fiel al Gobierno, y que si se produce alguna insurrección será brote aislado fácil de sofocar. Me ha asegurado que esta misma mañana la aviación bombardeará a los rebeldes de África y que la Escuadra hará lo mismo con Melilla y Ceuta y que bloqueará el Estrecho. Pero he conferenciado con Lluhí y con Moles, que como ministro de Gobernación debe hallarse informado, y no se muestran tan optimistas. ¿Qué pasará aquí, en Barcelona?

—Yo no lo sé, me temo que los militares se echen a la calle. Saldrán de los cuarteles hacia el Cinco de Oros, la plaza de Cataluña, y vendrán a atacarnos a la comisaría y… desde luego, a esta plaza. Con la Consejería de Gobernación éstos que le digo son sus principales objetivos. Tengo tomadas las precauciones para cerrarles el paso. A lo largo de los posibles recorridos he situado escuchas que nos advertirán por teléfono de los movimientos y composición de las fuerzas. Los de Seguridad y Asalto permanecen acuartelados. Si la Guardia Civil no nos falla…

—Y el pueblo está con nosotros; los representantes del Frente Popular me han ofrecido su apoyo. Y los de la CNT y la FAI, esta vez, están dispuestos a batirse en nuestro favor.

—Señor presidente… Yo me fío más de las fuerzas armadas. No todos los militares van a sublevarse, contamos con muchos dispuestos a mantenerse leales…

—Pero, ya sabes; se plantea lo del espíritu de cuerpo. ¿Qué ha pasado en Marruecos? No hay noticias de que haya discrepancias. Romerales y Morato se han quedado solos por lo visto.

—Aquél es un ejército colonial…

—¿Y qué puede hacerse?

—Yo, señor presidente, lamento insistir, pero si usted consigue que de Madrid nos autoricen a detener a aquellos que figuran en la lista que le entregué, me comprometo a desarticular la conspiración. Pasemos por encima del general Llano de la Encomienda, que se cierra en banda y dice que le han asegurado los jefes de cuerpo que no habrá pronunciamiento. Consiga usted de Casares, puesto que es ministro de la Guerra y presidente del Gobierno, una autorización, y aquí, en Barcelona, no ocurrirá nada, si les detenemos hoy mismo.

—Casares se muestra muy confiado, y teme que de efectuarse esas detenciones fuesen el chispazo que provocara la sedición.

—Entonces, no hay más que esperar…

—¿Y qué fue lo de anoche en el Sindicato del Transporte? Con los de la CNT conviene contemporizar, son gente resuelta y bregada y están con nosotros…

—Señor presidente. Si a los anarquistas se les arma con fusiles, que es lo que pretenden, no me veo con fuerzas ni ánimos para meterles después en cintura. Tienen pistolas y rifles, me consta, de los que cogieron cuando el 6 de octubre, que después escondieron engrasados. Según confidencias poseen incluso algún fusil… Yo no les armaría más. Imagínese que la sublevación aborta y nosotros mismos les hemos armado. ¿Luego, qué? Y si nos lanzamos a la lucha y enfrentamos al ejército las fuerzas de Orden Público, y nos cascamos unos a otros, ¿quién quedará amo del campo?

—Tienes razón. Pero están en buena disposición. Son exaltados pero no mala gente. Nos apoyan. Evitemos los incidentes.

—No habrá incidentes. Lo de ayer fue… señor presidente, hemos de mantener la autoridad y conservar el control de la ciudad.

—Bien, Escofet. La ley está de nuestra parte y debemos mantenemos en la legalidad: ésa es nuestra fuerza moral. De acuerdo. Lo que necesitaría es tener en mi poder toda la documentación del complot y el «rapport» hecho por vosotros. Quiero entregarlo en mano a alguien para que lo lleve a Madrid para intentar una nueva gestión ante el Gobierno. Lo he comentado con Lluhí, también con Moles; Casares está obcecado. Si desarticulamos el golpe en Barcelona, podemos quedarnos tranquilos; habremos cumplido con nuestro deber.

Francisco Gallardo sale de la clínica de la Merced, situada en la calle Ancha. Don Vicente le ha dado de alta de la lesión que sufrió en un dedo de la mano izquierda mientras trabajaba en los talleres. Como la herida no está totalmente cicatrizada, le ha cambiado el vendaje —lo ha

hecho Pardiñas, el practicante— y le ha dicho que no se presente a trabajar hasta el martes. En la clínica ha habido escándalo con varios obreros portuarios. Como están en huelga desde hace días, pretenden cobrar del seguro, y don Vicente les acusa de que ellos mismos se manipulan para que las lesiones no se les curen. Es posible que don Vicente tenga razón. Él ha dejado firmada el alta y se ha marchado. Antes de las doce tiene que pasar por las oficinas de la compañía de seguros, porque antes de pagarle le mandarán a recoger la firma del patrono en los recibos. Quiere que su mujer, con el dinero del semanal, compre provisiones, pan sobre todo, porque murmuran que hoy o mañana se van a sublevar las tropas. Que compre un par de botes de leche condensada para el pequeño, que si empiezan los tiros no van a ser pocos, y los tenderos se asustan y cierran sus establecimientos.

Por detrás, apresurando el paso, le alcanza Perramón, con el brazo en cabestrillo, y se pone a caminar junto a él.

—¿Qué, te dieron el papel?

Gallardo se levanta ligeramente el vendaje y le muestra al compañero la herida casi cicatrizada.

—Para el martes.

—Yo tengo aún para quince días o más. ¡Me han hecho ver las estrellas!

Antes de ir a la compañía de seguros a que le arreglen los papeles, pensaba darse una vuelta por el Sindicato Metalúrgico a cambiar impresiones con los compañeros. Perramón saca del bolsillo *Solidaridad Obrera*. Lee en voz alta el titular de la primera página. «Contra el fascismo, sí; pero también contra cualquier clase de dictadura; porque la dictadura es también el fascismo, la ejerza quien la ejerza».

—¿Qué te parece? Está bueno, ¿eh?

—No he comprado hoy la *Soli*.

Cuando termine de leerla te la presto. Esto, me supongo que va por los socialistas y compañía. Fíjate: «El proletariado se batirá contra el fascio pero nunca acatará la dictadura, sea del color que sea».

—¿No será por los de la Generalidad…?

—¡Nada, hombre! Ésos son unos desgraciados… Va por los socialistas, seguro, y por los «camaradas». No vamos a sacarles las castañas del fuego; son de cuidado.

—¿Tú sabes que aún anteayer se cargaron en Madrid a un compañero nuestro por lo de la huelga de la construcción?

—Estos días he salido poco; aunque tengo la mano fastidiada he aprovechado para hacer en casa un gallinero. Lo hemos puesto en la galería del patio. Compras tres o cuatro polluelos y con las sobras y un poco que compres de maíz, los alimentas.

—¡Calla! Que esta Navidad habrá pollos para todos. Lo has de ver…

—Por si acaso…

—Ven, te invito a un vaso.

—No, a esta hora no tengo costumbre, no me caería bien el vino.

—Pues vente conmigo al Sindicato de la Construcción.

—Pensaba pasar por el Metalúrgico.

—Vente conmigo. A ver qué nos cuenta Marianet.

Perramón consigue arrastrar a Gallardo al Sindicato de la Construcción que está próximo a la compañía aseguradora en cuyas oficinas debe presentarse. Perramón, que pertenece a los grupos anarquistas de afinidad, está bien relacionado entre ácratas y sindicalistas. Tuercen por la calle de la Carabasa. Comienza a apretar el calor, hay niños jugando por la calle; algunas prostitutas que van a sus compras en bata, despintadas y a la luz del día presentan un lamentable aspecto. Pasa un chico empujando un carretón de mano, y ellos se ven obligados a subirse a la angosta acera.

—Esta mañana, antes de ir a curarme, me han contado lo de anoche. No te puedes fiar de nadie y esos cabrones no juegan limpio. ¡Figúrate! La idea fue de Yagüe, el del Transporte. Oye, lo menos cogieron doscientos fusiles… de los barcos, hombre; asaltaron el *Manuel Arnús*, el *Argentina, Uruguay* y *Marqués de Comillas*. ¿No ves que los fascistas tienen armas por todos los sitios, escondidas y guardadas? Pues nada, que se presenta un tipo de la policía, el jefe, me creo, con unos camiones de Asalto. Y, oye, de pocas se lían a tiros. Lo que pasa es que Durruti y García Oliver se presentaron y pusieron paz. Mira, hay que obedecerles; ellos saben cosas que nosotros ignoramos. Si hemos de andamos ahora peleando, vendrán los fascistas y nos comen vivos. Pero ya les arreglaremos cuentas. Los compañeros se quedaron con algunos fusiles que escondieron, y pistolas, ¡no quieras saber!

—Pero ¿es cierto que hay armas para todos?

—Para todos, no; para muchos, sí.

Le muestra el bulto de una pistola que lleva en el bolsillo, mientras le hace un guiño de complicidad.

Por la calle de Aviñó se encaminan hacia la Vía Layetana; el Sindicato de la Construcción está en la calle Mercaders. La ciudad presenta aspecto normal. Un carro municipal va recogiendo las basuras. Las mujeres bajan a los portales con los cubos y el basurero les gasta las bromas de cada mañana. Pasan junto a una escuela. A través de los balcones abiertos ven a unos pocos niños con delantales listados de azul que cantan la tabla de multiplicar. Los demás están de vacaciones desde los primeros días del mes.

Perramón es un viejo militante; Gallardo siente hacia él cierto respeto, pues le sobrepasa en más de veinte años. Ambos viven en la Barceloneta, de eso se conocen. Perramón tomó parte activa en las luchas obreras de antes de la Dictadura. Estuvo en contra del «Noi del Sucre», a quien consideraba blando, y ahora es enemigo de Pestaña, sindicalista acomodaticio que hasta ha fundado un partido político y es diputado. Cuando nombraron gobernador de Barcelona a Martínez Anido y al general Arlegui jefe de policía, los de los Sindicatos Libres le hicieron la vida tan difícil —a su hermano le aplicaron la ley de fugas— que para salvar el pellejo se alistó en la Legión Extranjera, que acababa de fundarse en Marruecos. Le pegaron un balazo en una pierna y ahora claudica ligeramente al caminar y se ve obligado a calzar botas, que le cuestan caras y en verano le dan demasiado calor. Francisco Gallardo, aunque es joven y los jóvenes van perdiendo las costumbres tradicionales, viste de azul, como metalúrgico que es, y calza alpargatas.

Cruzan la Vía Layetana en las inmediaciones de la catedral. En la plaza donde acaban de edificar el Banco de España y el Fomento del Trabajo Nacional, un charlatán perora rodeado de un grupo de personas que le escuchan. Con palabra habilidosa y torrencial pretende vender a los curiosos unas plumas estilográficas con punta de cristal por el módico precio de seis reales. Perramón se detiene un momento al pasar, pero sigue adelante desentendiéndose de la verborrea comercial.

¿Sabes que las Islas Canarias se han sublevado?

—¿También…?

—Allí está Franco, a ése le conozco. Un tipo de cuidado; no me agradaría que estuviera en Barcelona y tuviéramos que vérnoslas con él. Oye, el tío vale…

—Lo que pasa es que tú eres un militarista…

Gallardo se lo dice bromeando, pero Perramón se pone serio.

—¿Quieres que te confiese una cosa? Ha de haber disciplina. En la lucha, el pueblo pone entusiasmo, pero la disciplina es lo principal. Yo fui cabo, sin presumir, ¿eh?, y si hay un grupo que venga conmigo, yo les diré cómo hemos de actuar. Te voy a dar un consejo, ya ves: a los disparos no hay que temerlos. De cada mil disparos toca uno, y eso nadie lo sabe.

—Si te toca a ti…

—El que lo recibe se jode, naturalmente.

A la puerta del Sindicato de la Construcción los obreros charlan y discuten. Gallardo, que ha visto la hora en el reloj del Banco de España, teme que si entra se le haga tarde. Está sin un céntimo y no desea esperar al lunes para cobrar del seguro.

—Me marcho primero a que me hagan los papeles, y si me queda tiempo pasaré por aquí.

—Entra, hombre, veremos a Marianet, es de lo mejor que tenemos entre los jóvenes. Oye, sin desmerecer a los demás.

—Prefiero que me preparen los papeles; es sábado y habrá muchos a cobrar. Estoy sin un céntimo.

—Como quieras; aquí me encontrarás.

Gallardo regresa hacia la Vía Layetana. A Perramón algunos que le conocen le gastan bromas a causa del brazo en cabestrillo.

—¿Ya te han herido los fascistas?

—Mientras que quede libre la mano derecha…

Se palpa el bolsillo de la chaqueta, les muestra el bulto de la pistola y sonríe enseñando los dientes amarillos.

—Al viejo no le cogerán desprevenido.

—Oye, ¿está arriba Marianet?

—Ha llegado hace un rato. Nos ha contestado, cuando le pedíamos armas, que si las tropas se echan a la calle habrá fusiles.

—Promesas…

—¿Sabéis, muchachos, qué armas tendremos? Las que les arranquemos a los fascistas, y si no se las dejan quitar, las que les cojamos a los «escamots», como cuando Octubre, porque a ésos sí les darán. Bueno, voy para arriba a ver qué hay de nuevo.

El Cuartel de los Docks, en el cual está alojado el Regimiento de Artillería de Montaña núm. 1, ocupa una zona suburbial separada del resto de la ciudad por la estación de Francia y el parque de la Ciudadela. Se comunica, a lo largo de la avenida de Icaria, con la plaza de Palacio, en la cual se halla la Consejería de Gobernación; tampoco está lejos de la Capitanía General, que ahora se llama División Orgánica. Los gasómetros, la estación, y el barrio portuario y marítimo de la Barceloneta, están en sus proximidades. A espaldas del cuartel se extiende una zona industrial que bordea el mar, y la barriada proletaria del Pueblo Nuevo.

Luis López Varela, capitán de la 5.ª Batería, es secretario en Barcelona de la Unión Militar Española. La UME de Barcelona ha sido una de las primeras que se han formado en las distintas guarniciones españolas, y ha funcionado con actividad y eficacia. Ha conseguido agrupar a muchos jefes y oficiales decididos y prontos a la acción. Hace algún tiempo firmaron un documento, en que los representantes de los cuerpos y armas se comprometían a secundar el alzamiento. Mucho ha conspirado la guarnición de Barcelona, pero no ha adoptado suficientes medidas de seguridad y pormenores de la conspiración han ido filtrándose hasta ser conocidos por el enemigo. En el pueblo veraniego de Argentona, en una finca perteneciente al barón de Viver, se reunieron un centenar de conjurados, principalmente militares pero también elementos civiles de los grupos derechistas que se hallan dispuestos a colaborar en el levantamiento, y acudieron representantes de los falangistas. La detención del capitán de los Guardias de Asalto, Pedro Valdés, y de los tenientes del mismo cuerpo, Conrado Romero y Manuel Villanueva, y la ocupación de listas, consignas, teléfonos, y la clave que Valdés tenía en su poder, ha sido un duro golpe. Pero, desde hoy, las tropas permanecen acuarteladas; que vengan y responderán a la fuerza con la fuerza.

Las medidas del Gobierno para contrarrestar la acción a los comprometidos en el alzamiento han sido diversas: cambiar de destino a los oficiales de Asalto sospechosos y sustituirlos por otros adictos, conceder numerosos permisos de verano a la tropa, con lo cual los regimientos han quedado en cuadro. Lo que más temen son las presiones que se están ejerciendo sobre los jefes de la Guardia Civil, y sobre algunos oficiales. Parece ser que al general Aranguren, que manda los tercios de Cataluña, a pesar de que se trata de persona de derechas, le tienen convencido, no sólo para que no se junte a sus hermanos de armas, sino, y eso sería lo más grave, para que se oponga por la fuerza a cualquier intento. En este momento, en el cuartel de la Guardia Civil de la calle Ausias March está celebrándose una reunión de jefes, presidida por los coroneles Escobar y Brotons, para determinar cuál debe ser la posición de la Guardia Civil, si permanecer fiel al Gobierno o sumarse a la causa militar. El acuerdo que se tome en esta reunión pesará mucho en cuanto a decidir la suerte del golpe que va a darse mañana en Barcelona.

Porque la orden de sublevarse mañana domingo 19 de julio, al amanecer, es decir, a las cinco de la mañana, ya ha llegado. A López Varela le han entregado un telegrama: «Mañana recibirá cinco resmas de papel». Y hoy es 18 de julio.

En la sala de estandartes, López Varela se halla reunido con el comandante Fernández Unzúe, que el 6 de octubre cañoneó y asaltó la Generalidad de Cataluña, con el capitán Valero Ocaña, el capitán Sancho Contreras, y algunos otros jefes y oficiales.

López Varela, con cierta emoción disimulada, acaba de leerles a sus compañeros el telegrama que confirma la o den de levantamiento. Todos se han quedado un momento pensativos y en seguida la charla se ha animado, pues este telegrama decisivo ha venido a romper la enervante tensión de la espera. El capitán López Varela es quien lleva la voz cantante.

—¿Qué me decís del coronel?

—No sé, unas veces parece que sí, y otras que no.

—Sospecho que va a inhibirse.

—Sí, ¿pero cómo?

—Rajándose…

—Esta mañana —dice Fernández Unzúe— me ha anunciado que se marchaba a practicar unas diligencias judiciales que le ha ordenado Llano de la Encomienda…

—Lo que hace es quitarse de en medio…

La actitud del coronel del regimiento, Serra Castells, les preocupa, pero sólo hasta cierto punto. No cuentan con él para sacar las baterías a la calle. Están convencidos de que tampoco va a oponerse, por lo menos de manera eficaz.

—Si no toma la iniciativa y el mando, prescindimos de él. ¿Estamos de acuerdo?

Los reunidos asienten. López Varela observa a sus compañeros, les ve resueltos, sabe que van a responder al compromiso, aunque el optimismo de los días pasados ha cedido un poco en vista de los acontecimientos que se vienen produciendo.

—Hay que empezar a actuar. Voy a ponerme en contacto con los jefes de los grupos civiles. En estos días han detenido a muchos paisanos pero conservo los principales enlaces. Me entrevistaré con el comandante Recas, de la Guardia Civil, a ver si nos da buenas noticias de la reunión.

—Eso sería lo mejor…

—Si me permitís —interrumpe un teniente joven— os diré que es lástima esperar a mañana. En Barcelona, convendría actuar por sorpresa. Hay demasiada gente armada, y aunque su combatividad sea dudosa, el número influye. Me han asegurado que la Generalidad está armando a los anarquistas.

Fernández Unzúe le contesta.

—Les tienen más miedo que a nosotros. Armarán otra vez a los «escamots», y con esos me entiendo yo, nos conocemos.

—Sí —dice lentamente López Varela— quizá tienes razón. En nuestros planes estaba previsto que Barcelona se alzara la primera, y apoderarnos de la ciudad y de los centros vitales por sorpresa, después, el general Mola ha dispuesto las cosas de otra manera. Ya veremos qué resulta.

—¡Vaya con el «Director»! Aquí no resultará tan fácil como en Pamplona, Valladolid o Burgos.

—También lo será. En cuanto los cañones comiencen a disparar; no quedará uno. Los de la Generalidad ya han debido preparar por dónde escaparse.

—Que no lo hagan por las alcantarillas, como lo hizo la otra vez Dencás…

—Como le coja a éste, le voy a sentar la mano. No me cae simpático.

—Bien, volvamos a lo nuestro, que cada cual se ocupe de los cometidos que tiene asignados. En general, atención a la tropa, que no se les informe de nada y que en el cuartel procure darse la sensación de normalidad.

Los reunidos se ponen en pie, y los más salen contentos y confiados de la sala de estandartes del Cuartel de los Docks.

Fernández Unzúe se acerca a López Varela.

—¿Has avisado a los demás?

—Sí, lo primero que he hecho ha sido transmitir el telegrama al comandante Mut, y a Lizcano de la Rosa; ellos saben lo que les corresponde hacer.

—¿Y Goded?

—El comandante Mut se ha de encargar de avisar al general…

—¿Cuándo crees que llegará a Barcelona?

—No lo sé. Supongo que primero proclamará el estado de guerra en las Baleares.

—¡Ya debería estar aquí!

En cuanto se abre la puerta uno de los primeros en abandonar la reunión, con el tricornio bajo el brazo y limpiándose el sudor con un pañuelo, es el comandante Recas. Los otros van saliendo detrás, acalorados por efecto de la temperatura y de la discusión. Los más parecen descontentos o decepcionados.

Un oficial, discretamente, se aproxima al comandante Recas. Éste, un poco sorprendido, se detiene. Se quita las gafas y comienza a limpiarlas nerviosamente. Dos oficiales más, de los que estaban fuera, se acercan.

—¿Qué ocurre, mi comandante?

Les observa con sus ojos miopes, tristes, y una chispa entre resignada e iracunda brilla en sus pupilas.

—Todo está perdido… Estos señores tratan de llevarnos al deshonor y a arruinar a la Patria…

El coronel Escobar sale de la sala en compañía del coronel Brotons, que va frotándose las manos. Sus palabras se pierden; a su paso se ha hecho un silencio respetuoso y hostil. Escobar aventaja en estatura a Brotons.

—… Lo contrario sería un disparate…

—Nosotros no podemos mezclarnos en política, nuestro deber es mantener el orden contra quien intente perturbarlo…

Escobar, que parece preocupado y cuyos labios se contraen curvándose ligeramente hacia abajo, observa a su compañero, y calla.

Por delante del cuartel de la Guardia Civil de la calle de Ausias March, en esta calurosa mañana de julio, vecinos y transeúntes pasan sin dar mayor importancia a lo que pueda acontecer en su interior. La Guardia Civil, goza, no precisamente de simpatía, pero sí de prestigio entre los barceloneses y entre los españoles en general. Las amas de casa, entre las cuales se encuentran esposas, hermanas o hijas de los jefes, oficiales y guardias, hacen sus compras en las tiendas de los alrededores, como un sábado cualquiera regatean, comentan, discuten sobre la subida de los precios, sobre los artistas de cine, sobre el calor; sólo muy de pasada algún comerciante aventura una vaga alusión a los rumores que circulan sobre una sublevación del ejército de África. Las familias de la casa-cuartel se muestran a ese respecto reservadas; las mujeres están terriblemente inquietas.

Valencia

—Señorita, esa conferencia que tengo pedida con Madrid, es urgente…

—Está sobrecargada la línea, no sé cuándo podré dársela…

—Oiga, ¿está ahí Blanquita?

—¿Blanquita?

—Dígala que se ponga…

A las siete y media, Lucas, de la Federación Socialista valenciana, ha recibido el telegrama que estaba esperando, procedente de Uxda, en el Marruecos francés. «Michèle ingresó clínica, operación difícil, avise papá: Étienne». El telegrama, de acuerdo con la clave convenida, significa que la sublevación en Marruecos se ha producido. Étienne, oficial del ejército francés, miembro de la Comisión de Límites, que pertenece además a los servicios del Deuxième Bureau, se halla en constante relación con los oficiales españoles que le suponen del grupo fascista de Doriot y por tanto simpatizante con ellos. Étienne, es hijo de un socialista español residente en Francia desde hace muchos años. Anteayer, también desde Uxda le advirtió por clave telegráfica que estuvieran alerta pues la sublevación se produciría posiblemente el día 18. Inmediatamente Lucas se trasladó a Madrid para dar cuenta a Largo Caballero y a Wenceslao Carrillo, únicas personas enteradas de sus relaciones con el oficial francés. Largo Caballero, que regresaba de Londres y París, poseía por su parte informaciones al respecto.

—Diga…

—¿Eres Blanquita?

—Sí, ¿qué quieres?

—Aquí Lucas, de la secretaría de la Federación valenciana…

—Dime, dime…

—Necesito hablar inmediatamente con la secretaría general de la UGT de Madrid.

—Te pongo en seguida…

—Gracias…

Ayer, 17, recibió nuevo telegrama de Étienne, confirmándole la fecha, y aunque desde anoche corre el rumor de que las tropas de Marruecos se han sublevado, es ahora cuando tiene confirmación por conducto que sabe infalible.

—Oye, Madrid. ¿Es la secretaría general?

—¿Quién habla?

—Aquí Lucas, quisiera comunicar con…

—Lucas, soy Wenceslao, ¿qué pasa? ¿Querías hablar con «El Viejo»? No ha llegado aún, le estamos esperando; dime…

—Acabo de recibir noticias de Étienne; la cosa está en marcha, del texto deduzco que debe haberse producido una cierta resistencia.

—Aquí también tenemos noticias. Radio Tetuán, la estación militar, ha dejado de emitir hace un momento; ha caído en poder de los facciosos. Parece que Franco ha llegado a Marruecos para ponerse al frente; se han captado noticias de radio Santa Cruz de Tenerife. En Madrid la UGT va a la huelga general, parece que Getafe, Carabanchel y La Montaña están sublevados; se vigilan los cuarteles. Comunicaciones y alimentación continuarán trabajando, nos conviene.

—Acá en Valencia funciona la Alianza Obrera; estamos en buena relación con la CNT y en todo vamos de acuerdo con ellos.

—En Madrid resulta más difícil. La huelga de la construcción les ha enfrentado violentamente con nosotros y la tirantez llegó demasiado lejos… En fin, esperemos que todo marche bien. Yo creo que lo que conviene es que os pongáis de acuerdo con los militares de confianza y que os mantengáis atentos a lo que ocurra en los cuarteles. Cuando venga Caballero, le diré que has llamado y él mismo te telefoneará.

—Aquí espero, en la Regional… Hasta luego, Wenceslao.

—Salud…

El general don Manuel González Carrasco se ha presentado en Valencia hace unas ocho horas procedente de Madrid; la persona que le conducía se equivocó de domicilio, de otra manera se hallaría detenido, como lo fueron anoche, por las fuerzas de Asalto y los agentes de Vigilancia, los capitanes Tió y Latorre.

Desde el amanecer, don Juan Pérez de los Cobos, propietario de la casa en que se ocultan el general y el coronel Barba, que ayer fue conminado por el general de la 3.ª División don Fernando Martínez Monje a que abandonara inmediatamente Valencia, están preocupándose de hallar un nuevo escondite donde todos se sientan más seguros. El coronel don Bartolomé Barba, jefe de la UME, y uno de sus fundadores, se ha trasladado a Valencia desde Madrid.

El día de ayer fue agitado. Dos capitanes de caballería tenían formados en el patio sus respectivos escuadrones con los caballos ensillados con intención de dirigirse a Manises y apoderarse del aeródromo. Tomaron como pretexto hacer ejercicios de tiro; hubo sospechas sobre sus intenciones, y el propio coronel del Regimiento, presionado por militares izquierdistas les obligó a permanecer en el cuartel y reintegrar los caballos a las cuadras. En la plaza de Castelar se formó una ruidosa manifestación del Frente Popular y, en general, en toda la ciudad se respira inquietud y apasionamiento.

La mayoría de la guarnición de Valencia, especialmente la oficialidad joven, está dispuesta a sublevarse. Se cuenta con la colaboración de elementos civiles de la Comunión Tradicionalista, monárquicos, afiliados a la Derecha Regional Valenciana, y falangistas, aunque de éstos, desde que hace una semana asaltaron Radio Valencia, andan muchos encarcelados y otros ocultos.

De acaudillarla sublevación en Valencia iba a encargarse el general Goded, comandante militar de las Islas Baleares, que ha mantenido contacto con la junta de la UME de Valencia.

Considerable ha sido la actividad de los miembros de la junta en lo que va de semana. Primero se trasladaron a Pamplona para entrevistarse con el general Mola y darle un ultimátum de cuarenta y ocho horas. Si en ese plazo el «Director» no iniciaba el alzamiento, la guarnición de Valencia lo haría por su cuenta y riesgo confiando en que las demás guarniciones la secundasen. Grande fue el enojo de Mola ante este conato de insubordinación, pero logró dominarse ante los enviados de la junta valenciana y les mandó que se trasladaran a Madrid a entrevistarse con el coronel Galarza que es quien debía darles las órdenes correspondientes a Valencia. En Madrid, Galarza les comunicó que Marruecos iniciaría la sublevación entre los días 17 y 18 de julio, y que debían mantenerse a la escucha de Radio Tetuán, pero que no perdieran la relación con Barcelona y Cartagena. Otro de los emisarios de la junta ha estado en Barcelona en donde ha averiguado que en el último momento, a petición de las guarniciones catalanas, el Mando ha decidido que el general Goded se haga cargo de la Cuarta División Orgánica, y que el general González Carrasco, que debía dirigir la sublevación en Cataluña, se encargue de la Tercera División, es decir, Valencia. Los emisarios se trasladaron a Palma y se entrevistaron con el propio general Goded, que les confirmó la noticia. Les dijo que se mantendría en contacto con Valencia y que permanecieran a la escucha de Radio Barcelona desde cuyos micrófonos él mismo hablaría. Les recordó sus instrucciones anteriores y se refirió a la posibilidad de una marcha conjunta desde Barcelona y Valencia sobre Madrid.

El teniente coronel Ventura Cabellos, que acababa de llegar de Palma, sin tomarse tiempo para reposar salió en coche para Madrid con el fin de traerse inmediatamente al general González Carrasco, pues las fechas del levantamiento se les estaban echando encima.

Complicados forcejeos le fue necesario sostener con González Carrasco, quien quizá despechado por el cambio de mandos hecho a última hora sin consultárselo, aseguraba que el Gobierno disponía de numerosos aviones concentrados en Getafe y bombardearía a las guarniciones sublevadas y, que en esas condiciones él se negaba a actuar hasta que la artillería de Madrid le anunciara que había neutralizado a la aviación. Los enviados consiguieron que González Carrasco se entrevistara en Madrid con otros conjurados, los generales Fanjul, Saliquet, y García de la Herrán, que acabaron por convencerle de que se trasladase a Valencia, se apoderase de la División, considerando que a Martínez Monje se le tiene por izquierdista y masón, y se ponga al frente de las guarniciones levantinas.

Pérez de los Cobos ha dado con un escondrijo para que se traslade el general y dirija desde allí las operaciones previas a su entrada en la División. Se trata del domicilio de un miembro de la Derecha Regional Valenciana, diputado provincial, don Victoriano Ruiz, exportador de frutas domiciliado en la calle de Caballeros, cerca de la catedral.

El general González Carrasco es andaluz y locuaz; repuesto de la fatiga del viaje y superado el ataque de momentáneo pesimismo que le deprimía, expone animadamente sus planes.

—Me presento en la División acompañado de los coroneles jefes de cuerpo. Ellos se quedan en la antesala; yo entro y le digo, sin más, a Martínez Monje: «Vengo a que me entregues el mando, así lo desean y exigen los jefes de cuerpo. Si lo dudas, sal, están ahí, ellos mismos te convencerán…». La cosa es sencilla, ¿no? ¿Qué va a hacer Martínez Monje si los jefes de los regimientos desacatan su autoridad? Y los del Estado Mayor, ¿están con nosotros? ¿No es así, señores?

El timbre de la puerta ha sonado largo e imperativo. Juan Pérez de los Cobos sale en persona a abrir, la conversación queda en suspenso. Le oyen hablar con alguien, en el recibidor, y comprenden que el emisario es portador de noticias graves.

Se cierra la puerta y Pérez de los Cobos regresa junto a ellos.

—Señores, hemos tenido suerte, pero tenemos que obrar con diligencia. Un policía amigo, corriendo el riesgo que pueden ustedes figurarse, se ha adelantado a prevenirme de que van a presentarse aquí para hacernos un registro. El automóvil en que usted ha venido de Madrid y el trajín de maletas ha llamado la atención y alguien nos ha denunciado. Hemos de marcharnos inmediatamente, es decir, yo me quedaré a fin de dar sensación de normalidad y despistar a la policía.

González Carrasco y el coronel Barba se despiden apresuradamente del señor Cobos, y abandonan la casa. El automóvil que les espera, les conducirá al escondite previsto. Han burlado, por segunda vez, a la policía que marcha sobre sus talones.

Desde el despacho del gobernador civil, puede verse —vigilarse— la División y los cuarteles de la Alameda. El edificio fue convento de la orden del Temple.

Con el gobernador está su hermano y secretario, que ha conseguido desalojar el despacho de los visitantes que lo invadían. A partir de las primeras horas de la mañana ha sido necesario atender a un sinnúmero de personas que venían a dar noticias, a pedirlas, a ofrecer su concurso, a exigir armas y a exponer proyectos para hacer frente a la situación que los alarmistas se complacen en exagerar.

Braulio Solsona permanece tranquilo. Amigo personal y correligionario del jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, don Santiago Casares Quiroga, mantiene desde ayer con él frecuentes conversaciones telefónicas y no piensa acatar más órdenes ni atender otras indicaciones que las que reciba directamente del Gobierno. Socialistas y anarcosindicalistas están presionando, casi amenazando, para conseguir que se les entreguen armas. El capitán Uríbarry, que secunda activamente a los extremistas, ha hecho un viaje a Madrid para conseguir del Gobierno la orden de que se arme a las organizaciones obreras UGT y CNT y a los afiliados a partidos del Frente Popular, pero el gobernador le ha frenado con una simple pregunta: «¿Y dónde están las armas?». «En los cuarteles», ha contestado Uríbarry, que es un exaltado. Braulio Solsona, gobernador civil de esta provincia y máxima autoridad dentro de ella, no está dispuesto a tolerar que se ataquen los cuarteles, sería tanto como desencadenar la lucha en Valencia, cosa

sumamente arriesgada tal como andan los ánimos entre los elementos más fanáticos de la guarnición.

Casares Quiroga le ha informado de que el Gobierno tiene en su mano los resortes del mando sin dejar de reconocer que el momento es grave. Permanecen leales las guarniciones de la Península y las fuerzas de orden público sin excepción; la escuadra bloquea el Estrecho, y la Aviación, a estas horas, está bombardeando las plazas rebeldes de África.

Por su parte, Solsona le ha dado cuenta de que en Valencia la situación aunque de exagerada tirantez no es en apariencia desesperada, y que las perturbaciones que se están produciendo proceden más de los elementos extremistas de la izquierda que de los de la derecha. Con el general de la División, Martínez Monje, puede contarse, y la mayoría de los coroneles permanecerán leales en caso de que se produjera un conato de sublevación. A través de militares afiliados a la UMRA, y de algunas relaciones personales, él mantiene comunicación con los cuarteles, y se ha informado que si es cierto que existen monárquicos y derechistas en actitud levantisca, hay entre jefes y oficiales, antifascistas convencidos, dispuestos a neutralizarlos. Los falangistas, en Valencia, son escasos; y a raíz del asalto a la emisora de radio, la organización ha sido desmontada y los elementos más peligrosos encarcelados. Don Luis Lucia, jefe de la Derecha Regional Valenciana, es hombre político de actitud templada, contrario a cualquier acción subversiva, y en cuanto a los tradicionalistas carecen en la región valenciana de la fuerza y el vigor que han conservado en otras regiones.

El presidente del Gobierno se ha mostrado de acuerdo con él; mientras no ocurra nada anormal, que se limite a mantener una discreta vigilancia sobre los militares y los derechistas, y que procure tener en mano los resortes del poder, evitando cualquier tipo de incidente con las organizaciones obreras, y que se niegue a proporcionarles armas.

Un ujier entreabre la puerta. En la antesala quedan numerosas personas, incluso militares de uniforme que han venido a ofrecerse y a manifestar su lealtad al Gobierno. Su hermano Jenaro se adelanta hacia el ujier y hablan en voz baja.

Jenaro vuelve junto al gobernador tras de cerrar nuevamente la puerta.

—Está ahí Juan Terradellas, que quiere verte…

—Ése sí, que pase…

Entra sonriente Juan Terradellas alargándole la mano. Solsona se la estrecha amistosamente. Juan Terradellas es un diputado de la Esquerra Catalana; últimamente, con Lluhí Vallescá, actual ministro de Trabajo, dirige en el Parlamento una pequeña minoría que trabaja con independencia de la disciplina de la Esquerra. Se trata de tempestades en un vaso de agua. Braulio Solsona, aunque valenciano de nacimiento, ha vivido gran parte de su vida en Barcelona donde ejercía la profesión de periodista; se considera casi barcelonés.

—Pasaba por Valencia y me ha parecido que debía saludarte y cambiar impresiones.

—¿Vienes o vas?

—Vengo de Madrid, salí de madrugada, continúo viaje a Barcelona…

—Quédate a almorzar conmigo. Aquí no pasa nada.

—¿Has hablado con don Santiago?

—Sí, le advierto muy confiado, casi diría demasiado confiado. En broma, comentó conmigo: «Su paisano está muy asustado», refiriéndose al general Batet…

—¡Ah, Batet! ¿Pues qué le sucede…?

—Que le han destinado a la División de Burgos, ¿te parece poco? Si ha de ocurrir algo, por allá empezará.

—Y hablando de paisanos, ¿estuviste con Moles? Porque supongo que un ministro de la Gobernación es quien debe de estar mejor enterado…

—¿Lo dices en serio? Me pareció algo despistado, porque desde luego las cosas no están como para tranquilizar a nadie. Por eso he dado un rodeo y me he venido por Valencia. Lluhí Vallescá me recomendó que no pasara por Zaragoza, sospecha que el general Cabanellas está comprometido en este lío. Lluhí me pareció ligeramente asustado.

—Es hombre de paz, y ministro de Trabajo…

—Y por aquí, ¿qué…?

—Por el momento no hay problemas. Esta región, tú y lo sabes, se parece a Cataluña. Más me preocupan los de la FAI que los fascistas, porque no los hay apenas, lo mismo que ocurre en Barcelona.

—De los fascistas nada temo; los militares me dan miedo…

Madrid

Benjamín Balboa, oficial radiotelegrafista al cuidado de la estación del Ministerio de Marina en la Ciudad Lineal, lleva muchas horas de servicio; el cenicero, sobre la mesa, desborda de colillas. El calor de la mañana comienza a sofocar, pero breves rafaguillas de viento, que rozan las copas de los pinares de Chamartín, traen un perfume y una frescura reconfortantes. Benjamín Balboa para aplacar los nervios lía un nuevo cigarrillo concentrándose en la faena, esforzándose por conseguir una redondez perfecta. De un golpe de lengua, humedece la banda engomada, y con los dedos, amarillos de nicotina, termina la elaboración del cigarrillo.

A la Escuadra se le han dado órdenes de bloquear las plazas sublevadas de Melilla, Larache y Ceuta. De las bases de El Ferrol y Cartagena han zarpado distintas unidades. La Aviación se dispone a bombardear Melilla y Tetuán. La sublevación del ejército de Marruecos puede hacerse abortar; todavía puede ser ahogada. Los jefes más comprometidos escaparán a Tánger y al Marruecos francés; la operación depende de la Escuadra, y lo peligroso es que en los jefes y oficiales no puede confiarse. Casi sin excepción son monárquicos, fascistas, o por lo menos simpatizantes con el movimiento subversivo y por tanto enemigos de la democracia y la República. Es de capital importancia mantener el espíritu vigilante y hacer fracasar cualquier conato de sublevación donde quiera que se presente. Benjamín Balboa ha estado en relación con diversos radiotelegrafistas de las unidades que se dirigen a sofocar el alzamiento rebelde, y hasta el momento en la Armada no se han producido síntomas de sublevación. Los oficiales subalternos, contramaestres, cabos y marinería, mantienen una discreta pero enérgica vigilancia sobre sus jefes y están dispuestos a oponerse y a reprimir, si el caso se presenta, cualquier tentativa facciosa.

España se halla en un momento decisivo, dos fuerzas antagónicas e irreconciliables se hallan enfrentadas, ya ha saltado la chispa; ganarán los más decididos, los más audaces, los más rápidos en tomar decisiones y en ejecutarlas. Benjamín Balboa guarda en el bolsillo una vieja «browning» y tres cargadores, está dispuesto a usarlos si la ocasión lo requiere.

El humo que aspira a pleno pulmón, lejos de calmarle, le excita. Los destructores *Almirante Valdés, Lepanto* y *Sánchez Barcáiztegui*, deben hallarse fondeados frente a Melilla, pues han levado anclas en Cartagena con orden de navegar a 30 nudos, y de echar a pique a cualquier buque que se disponga a pasar tropas, a la Península. Pero ¿quién se fía del jefe de la flotilla, el capitán de fragata Bastarreche?

De momento cree que sus oídos le engañan, pero no lo engañan, el texto del mensaje que acaba de trasmitir Cartagena es el siguiente: «Santa Cruz de Tenerife, el 18 a las 7.10. El general comandante militar de las Islas Canarias al almirante jefe de la Base de Cartagena. En radiograma de esta fecha digo al general jefe Circunscripción Oriental de África lo siguiente: Gloria al heroico ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor. Dígolo para conocimiento de V. E. Firmado: Francisco Franco». ¡Ya está! No queda lugar a dudas. El general Franco se ha sublevado en las Canarias y se comunica con los comprometidos en la Península.

—¡Cartagena, Cartagena! Oye, ¿qué es esto? ¿Cómo me pides que lo trasmita? ¿No comprendes…?

—Me limito a cumplir órdenes de la superioridad…

—Cartagena, ¿qué ocurre ahí? ¿Se han sublevado en el arsenal?

La comunicación con Cartagena se ha cortado. Aplasta la colilla contra el cenicero; otras colillas se extienden por la mesa. Benjamín Balboa, se pone en pie. No puede perder un instante, corre hacia el teléfono. Su precipitación es tanta que equivoca el número del Ministerio de la Guerra y tiene que volver a componerlo.

—¿El secretario del señor ministro? Le habla Benjamín Balboa, oficial telegrafista de la estación del Ministerio de Marina de la Ciudad Lineal, comuníquele que es algo importantísimo y de la mayor urgencia, debe informarse inmediatamente al señor ministro…

…

—Sí, espero…

Tamborilea con los dedos sobre la mesa, se sienta, relee el texto que él mismo ha copiado, vuelve a ponerse en pie.

—Sí, señor. Benjamín Balboa…

…

—Acaba de recibirse aquí un radiotelegrama firmado por el general Franco desde Tenerife… Le aviso a usted antes de comunicárselo al jefe de la estación, creo que es de la máxima importancia. Lo transmiten desde Cartagena…

…

—Sí, señor, sí, señor… Se lo leo en seguida.

Mientras lee, procura dar a su voz entonación tranquila. Despacio y claro va pronunciando las palabras. Nota que su propia emoción halla eco al otro extremo del hilo.

…

—No sé nada más; no creo que en el arsenal se hayan sublevado todavía; el radiotelegrafista se ha mostrado reservado.

…

—Sí, señor. En seguida… Gracias, gracias…

Benjamín Balboa llama a uno de los ordenanzas y le encarga llevar urgentemente un documento al Ministerio de la Guerra, le manda que busque un automóvil, el que sea; se trata de órdenes personales del señor ministro. Se sienta ante la máquina de escribir y empieza a poner en limpio el texto del telegrama.

Al advertir su agitación, un compañero le pregunta qué ocurre.

—¡Déjame! Ya hablaremos; el general Franco se ha sublevado en Canarias, y en la Península hay guarniciones comprometidas…

Regresa el ordenanza; tras él, precipitadamente entra el jefe de la estación, el capitán de corbeta don Castor Ibáñez, que viene pálido, indignado.

—Un momento, Balboa, ¿por qué se permite usted dar órdenes?

Se vuelve enérgicamente hacia el ordenanza, que se detiene perplejo.

—Usted ¡fuera…! Aquí no se hace nada sin que yo lo mande.

Castor Ibáñez y Benjamín Balboa se quedan frente a frente.

—¡Entrégueme ese papel! Nosotros dependemos del Ministerio de Marina; a quien debemos comunicarle el mensaje, antes que a nadie es al jefe del Estado Mayor del Ministerio, él dispondrá lo que convenga hacer. Ha cometido usted una falta gravísima…

El capitán de corbeta, con el radiotelegrama en la mano, corre hacia una de las cabinas telefónicas.

Balboa se dirige a la centralilla. Él mismo acciona las clavijas ante el estupor del marinero de servicio. El jefe del Estado Mayor, es el almirante Salas, un monárquico convencido. Balboa escucha la conversación. No se equivocaba: el almirante ordena que el mensaje se transmita a todos los buques. La Escuadra va a sublevarse. Balboa se planta decidido frente a la cabina; se palpa el bolsillo.

—Mi capitán, se guardará de cumplimentar la orden del almirante…

—¿Qué dice usted, Balboa? ¿Cómo se atreve?

—Lo que usted oye: se trata de un mensaje faccioso…

—¡Cállese! ¡Queda usted arrestado!

Balboa saca la pistola del bolsillo, la amartilla rápidamente y encañona al oficial.

—En nombre del Gobierno, queda usted detenido.

La pistola le tiembla ligeramente en la mano. El capitán de corbeta Ibáñez mira con furor el cañón de la «browning» dirigido hacia su rostro.

—¡A sus habitaciones…!

El oficial le contempla con ira y desprecio; con rabiosa energía da media vuelta.

Después de encerrarlo, Balboa se guarda la llave y la pistola que conserva amartillada en el bolsillo.

Antes que a nadie, le explica lo ocurrido a Vázquez Seco, jefe de la estación de radiotelegrafistas.

—Los de la guardia, ¿son de confianza?

—Sí, a uno de ellos lo conozco, socialista…

—Bien. Con Gutiérrez también podemos contar…

—Y con Emilio…

—Lo primero que debes hacer es telefonear a la policía y que se lleven detenido al tío ése… ¡Ah!, que el ordenanza o quien sea, vaya inmediatamente con el mensaje al Ministerio de la Guerra; lo están esperando. Encárgate tú, Vázquez, yo voy a intentar establecer comunicación con los barcos. Hablaré con los radiotelegrafistas; que vigilen a los jefes, una cuadrilla de fascistas, que les desobedezcan si es preciso, que les reduzcan, que se los carguen…

El Ministerio de la Guerra ocupa el palacio de Buenavista en la calle de Alcalá esquina a la plaza de la Cibeles y al paseo de Recoletos. Es un gran edificio rodeado de un parque arbolado, y protegido por fuerte verja. Desde el balcón del despacho del ministro se ven el Banco de España, el Ministerio de Marina, la estatua de la Cibeles y el palacio de Comunicaciones. No lejos están el Ministerio de Fomento, el de Instrucción Pública, el de Hacienda y el de Gobernación.

Casares Quiroga, ministro de la Guerra y presidente del Consejo, está sentado en un cómodo butacón con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en los del sillón. A pesar del calor, viste americana cruzada de color oscuro. Los ojos negros, vivos, hundidos y febriles, y los párpados que azulean, acentúan su expresión de cansancio.

Frente a él, en otro sillón, uniformado con cuidadosa elegancia militar, don Miguel Núñez del Prado, general de división procedente del arma de Caballería, inspector general de Aeronáutica y director de las plazas del Protectorado. Núñez del Prado es un hombre distinguido cuya energía parece atenuada por sus maneras corteses.

Antes de acudir a la entrevista requerido por el ministro ha tomado, por su parte, las medidas que ha creído necesarias. Durante el día de ayer y tan pronto como le llegaron noticias de la sublevación en África, se ha puesto en comunicación con los jefes de los aeródromos militares para asegurarse su lealtad si la sublevación prende en la Península. El coronel de aviación Ignacio Hidalgo de Cisneros, que por sus ideas políticas goza de su confianza, le ha acompañado a visitar Cuatro Vientos, Getafe y Barajas. De acuerdo con los jefes y aviadores más afectos al gobierno se han tomado las precauciones necesarias. En general, el espíritu de los aviadores es favorable al Gobierno. Esta mañana, y en vista de que el aeródromo de Tetuán ha caído también en poder de los rebeldes, han cursado la orden de que se bombardeen los objetivos de Marruecos. Estos bombardeos no pueden ser eficaces dada la poca idoneidad del material de que se dispone, pero causarán efectos desmoralizadores entre los sublevados, y

aún más entre la población indígena. El ejército de Marruecos no dispone de una sola pieza antiaérea, y los pocos «breguet» que hay allí a duras penas pueden volar.

—Lo que debemos procurar, señor ministro, es mantener localizada la sublevación. Si la Escuadra bloquea el Estrecho, con que de cuando en cuando cañonee Melilla, Ceuta y Larache, y la Aviación efectúe algunos raids, con ese castigo, y sabiéndose aislados, caerán en el desánimo y el desconcierto. El que se subleva debe tomar la iniciativa…

—Están llegando al Ministerio malas noticias. El general Franco se ha sublevado en las Canarias, ha lanzado por radio un manifiesto y se ha dirigido a las guarniciones de Marruecos, de la Península, de Baleares.

—En las Baleares está Goded. Mal asunto…

—¿Usted lo cree así, mi general?

—Por favor, continúe, señor ministro; perdóneme que le haya interrumpido…

—También se ha dirigido a las bases navales y a los comandantes de la Escuadra. Acabamos precisamente de interceptar un mensaje… En Barcelona, el presidente Companys y las fuerzas de orden público se mantienen alertas; se sospecha que parte de la guarnición está decidida a sublevarse. En Pamplona, ya lo sabe usted, tenemos a Mola. Al frente de las divisiones de Valladolid y Burgos contamos con dos generales de confianza: Molero y Batet. En Burgos hemos hecho abortar el golpe al detener al general González de Lara. Villa-Abrille, en Sevilla, también nos merece confianza, Madrid no me preocupa demasiado. Galicia, el País Vasco, Murcia y Castilla la Nueva parecen tranquilos. En la guarnición de Valencia se sabe que hay elementos exaltados pertenecientes a la UME, pero he hablado con Braulio Solsona, el gobernador civil, y me ha asegurado que no pasa nada. Zaragoza me inquieta, me consta que Mola se ha entrevistado secretamente con el general Cabanellas aunque el gobernador civil lo niega; Cabanellas es zorro viejo…

—Le conozco bien, no me parece demasiado peligroso… Yo desearía hacerle una observación, señor ministro: usted se refiere a los generales, pero un regimiento quien lo saca a la calle es el coronel, ¿qué se sabe de los coroneles? ¿Y de los comandantes? Le diré más: la compañía obedece a su capitán… Créame, la UME es peligrosa, ha hecho una labor de proselitismo a fondo; la República ha cometido bastantes desaciertos…

—Quizás yo debía haberle consultado a usted, y a algunos generales de probada lealtad. Hace cosa de un mes recibí una carta…

Casares Quiroga se levanta y se dirige a su mesa. Abre uno de los cajones y revuelve papeles.

—… del general Franco, una carta plagada de quejas y sobreentendidos. Me pareció impertinente. Yo, general, no es que sea antimilitarista, pero hay actitudes que me irritan… Quizá debía haberle contestado…

Saca tres folios mecanografiados prendidos con un clip. Se acerca nuevamente al general Núñez del Prado y le entrega la carta.

Mientras el general la lee, Casares Quiroga le observa impacientemente, pero la actitud del general no descubre sus impresiones o sentimientos. Núñez del Prado lee de prisa pero con atención.

Tenerife, 23 de junio de 1936.

Respetado ministro: es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la oficialidad parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad debida si no le hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se percibe, sin palmaria exteriorización, en los cuerpos de oficiales y suboficiales. Las recientes disposiciones que reintegran al Ejército a los jefes y oficiales sentenciados en Cataluña y la más moderna de destinos, antes de antigüedad y hoy dejados al arbitrio ministerial, que desde el movimiento militar de junio del 17 no se habían alterado, así como los recientes relevos, han despertado la inquietud de la gran mayoría del Ejército. Las noticias de los incidentes de Alcalá de Henares con sus antecedentes de provocaciones y agresiones por parte de elementos extremistas, concatenados con el cambio de guarniciones, que produce, sin duda, un sentimiento de disgusto, desgraciada y torpemente exteriorizado, en momentos de ofuscación, que, interpretado en forma de delito colectivo, tuvo gravísimas consecuencias para los jefes y oficiales que en tales hechos participaron, ocasionando dolor y sentimiento en la colectividad militar. Todo esto, excelentísimo señor, pone aparentemente de manifiesto la información deficiente que, acaso en este aspecto debe llegar a V. E., o el desconocimiento que los colaboradores militares pueden tener de los problemas íntimos y morales de la colectividad militar. No desearía que esta carta pudiese menoscabar el buen nombre que posean quienes en el orden militar le informen o aconsejen, que pueden pecar por ignorancia; pero sí me permito asegurar, con la responsabilidad de mi empleo y la seriedad de mi historia, que las disposiciones publicadas permiten apreciar que los informes que la motivaron se apartan de la realidad y son algunas veces contrarias a los intereses patrios presentando al Ejército bajo vuestra vista con unas características y vicios alejados de la realidad. Han sido recientemente apartados de sus mandos y destinos jefes, en su mayoría, de historia brillante y de elevado concepto en el Ejército, otorgándose sus puestos, así como aquellos de más distinción y confianza, a quienes, en general, están calificados por el noventa por ciento de sus compañeros como más pobres en virtud. No sienten ni son más leales a las instituciones los que se acercan a adularlas y a cobrar la cuenta de serviles colaboraciones, pues los mismos se destacaron en los años pasados con Dictadura y Monarquía. Faltan a la verdad quienes le presentan al Ejército como desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la Patria quienes disfracen la inquietud, dignidad y patriotismo de la oficialidad haciéndoles aparecer como símbolos de conspiración y desafecto. —De la falta de ecuanimidad y justicia de los poderes públicos en la administración del Ejército en el año 1917, surgieron las Juntas Militares de Defensa. Hoy pudiera decirse, virtualmente, en un plano anímico, que las Juntas Militares están hechas. Los escritos que clandestinamente aparecen con las iniciales de UME y UMR son síntomas fehacientes de su existencia y heraldo de futuras luchas civiles si no se atiende a evitarlo, cosa que considero fácil con medidas de consideración, ecuanimidad y justicia. Aquel movimiento de indisciplina colectivo de 1917 motivado, en gran parte, por el favoritismo y arbitrariedad en la cuestión de destinos, fue producido en condiciones semejantes, aunque en peor grado, que las que hoy se sienten en los cuerpos del Ejército. No le oculto a V. E. el peligro que encierra este estado de conciencia colectivo en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales, con aquellas otras de todo buen español ante los graves problemas de la Patria.

Casares saca una pitillera: se la alarga al general…

—¿Fuma usted?

—No, gracias…

El presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, golpea con el cigarrillo sobre la petaca de plata, se lleva el cigarrillo a la boca y lo enciende. Los dedos de la mano izquierda, que sostienen el cigarrillo, le tiemblan ligeramente.

Apartado muchas millas de la Península no dejan de llegar hasta aquí noticias, por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia, existe igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares, e incluso entre todas las fuerzas militares de orden público.

Conocedor de la disciplina, a cuyo estudio me he dedicado muchos años, puedo asegurarle que es tal el espíritu de justicia que impera en los cuadros militares, que cualquiera medida de violencia no justificada, produce efectos contraproducentes en la masa general de las colectividades al sentimos a merced de actuaciones anónimas y de calumniosas delaciones.

Considero un deber hacerle llegar a su conocimiento lo que creo una gravedad grande para la disciplina militar que V. E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos generales y jefes de cuerpo que exentos de pasiones políticas, vivan en contacto y se preocupen de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados.

Muy atentamente le saluda, su affmo. y subordinado, *Francisco Franco*.

Cuando termina la lectura, Núñez del Prado observa al ministro durante un instante; Casares Quiroga se turba.

—Aceptemos los hechos como son: el general Franco se ha sublevado esta mañana. Esta carta no tiene pues contestación. Resulta inútil comentarla; mi opinión es que hubiera sido preferible contestarle algo. Según mis noticias, Franco, que es un hombre muy precavido, no había entrado en la conjura… insisto en que ya es tarde para cualquier deducción o comentario. Guarde esa carta. El descontento de los militares, como clase, como casta que ustedes dicen, es cierto. No voy en este momento a criticar lo que la República ha hecho o ha dejado de hacer.

Núñez del Prado estaba ayer decidido a trasladarse a Marruecos. Conoce el prestigio que tiene dentro del Ejército y al mismo tiempo confía en su capacidad y en sus dotes de mando y persuasión. Comentó con Hidalgo de Cisneros la oportunidad de trasladarse a Marruecos reagrupando allí a los militares leales y con apoyo de elementos civiles de izquierda y las organizaciones obreras, tratar de oponerse activamente a la sublevación antes de que se generalizara; la idea parecía buena y viable. En Cuatro Vientos tiene dispuesto un avión pero al conocerse esta mañana la noticia de que los amotinados se han apoderado del aeródromo de Sania Ramiel, ha tenido que renunciar al vuelo. Se le ocurre tentar parecida suerte en Zaragoza. Cabanellas no es hombre de voluntad, y como masón y republicano, bien puede llegar con él a un acuerdo satisfactorio. Resultará fácil hallar razonamientos que le vuelvan al juicio. En Zaragoza están Monasterio y Urrutia, dos coroneles de Caballería que probablemente van a sublevar el regimiento —buen regimiento el de Castillejos, pero turbulento—. Podría tratar de ponerse al habla con ellos. En el arma de Caballería, Núñez del Prado es conocido y respetado; no van a ser tan locos como para lanzarse a semejante aventura, sin más ni más.

—Señor ministro: podría encargarme de un gestión personal en Zaragoza. Me ha dicho que ha telefoneado a Cabanellas esta mañana y que le parece dispuesto a trasladarse a Madrid a hablar con usted. En Zaragoza cuento con amigos, conozco a Vera Coronel, el gobernador civil; no le considero capaz de tomar medidas capaces de contrarrestar un golpe militar. En conversación con Cabanellas puedo pulsar algunos resortes para convencerle. En el Regimiento de Caballería de Castillejos dispongo de amigos, o de buenos enemigos si usted lo prefiere. Me considero capaz de intentar una gestión; al fin y al cabo no están sublevados.

—Puedo nombrarle por decreto inspector general de la Segunda Zona; de esta manera su visita parecerá normal. Si en el momento de llegar, Cabanellas se hallara ausente de la División por haber emprendido viaje hacia aquí, usted se hace cargo del mando y todo le resultará más hacedero.

—… Puedo estar en Zaragoza a primera hora de la tarde. Tengo dispuesto un aparato; me trasladaré con mi ayudante, el comandante León, y veremos qué es lo que puede hacerse, tanto en el caso de que Cabanellas esté allá como si ha emprendido viaje.

—Si Cabanellas viene a verme, yo le convenzo. Hemos conspirado juntos…

—También conmigo ha conspirado…

El general Núñez del Prado se sonríe, el ministro intenta sonreír sin conseguirlo.

—Yo, señor ministro, juzgo importantísima la baza de Zaragoza. Vamos a suponer que el insensato de Mola se subleve en Navarra, lo considero muy capaz, y que triunfa la sublevación. Mola va a apoyarse en los carlistas, pero en Pamplona apenas hay fusiles, no podrá armar más

que a un corto número de paisanos. Si Cataluña se mantiene en la obediencia a la República, y así espero que sea…

—Llano de la Encomienda permanecerá fiel; lo tiene prometido, y el general Pozas asegura que la Guardia Civil de Barcelona tampoco parece dispuesta a meterse en aventuras.

Se hace un corto silencio. El general continúa con voz pausada, reflexionando, como si hablara consigo mismo.

—En Madrid no temo; podría un coronel cometer una tontería, no pasará de cuartelada fácil de sofocar. En Valencia, a Martínez Monje le creo incapaz de dejarse arrastrar a una barbaridad; he hablado con el por teléfono y salvo que algunos oficiales andan soliviantados, el resto de la guarnición permanece tranquila. El recuerdo del 10 de agosto frena muchas impaciencias…

—Sin embargo, mi general, parece que Sanjurjo anda otra vez a la cabeza de la sublevación…

—Sanjurjo no me asusta. Pertenece a la vieja escuela; es lo que ustedes llaman «un militarote», de esos que caricaturiza grotescamente *La Traca*. Señor ministro, más me preocupan Franco y Goded, y el propio Mola. El general Franco es decidido y cauto en una sola pieza. Que se haya embarcado en esta aventura me da que pensar; medida y combinada debe estar la jugada. Goded es ambicioso —también con Goded he conspirado— e inteligente; buen jefe de Estado Mayor. Mucho me temo que le tengamos en contra; mal enemigo, señor ministro, mal enemigo, créame.

Casares Quiroga enciende nerviosamente otro cigarrillo y se agita en su sillón. A continuación, vuelve a relajarse aunque la pantorrilla izquierda, cruzada sobre la derecha, se agita nerviosamente en el aire.

—En Zaragoza podemos apuntarnos un tanto que les hará vacilar y tentarse la ropa antes de lanzarse a la aventura. Si Mola queda aislado en Navarra, pues Burgos tras de la detención del general González de Lara y de los otros comprometidos parece que está bajo la autoridad de Batet, si la Generalidad y la Cuarta División mantienen el orden de Cataluña, si en Valencia no pasa nada y en Madrid se repite el 10 de agosto, Mola tendrá que replegarse hacia la frontera. Oviedo lo tenemos asegurado con un comandante militar como Aranda; la amenaza de los mineros hará entrar en razón a los alborotadores si los hubiera. En caso de que la sublevación se corriera a la Península, Zaragoza es punto clave. Haré lo que pueda para evitar que el regimiento de caballería se lance a la calle. Cuento dentro del propio regimiento con persona que me pondrá al corriente de lo que ocurre. En el de Infantería de Aragón podemos confiar en el coronel Olivares; menos confianza me inspira el Regimiento 22. En Zaragoza la guarnición pesa…

—Muchos soldados están de permiso…

—Por otro lado la ciudad es hostil; el elemento obrero, muy numeroso, puede servir de contrapeso… En fin…

El general se pone en pie antes de que lo haga el ministro. Casares tiene aún entre las manos la carta del general Franco.

—Le deseo mucha suerte, don Miguel; la República y su Gobierno confían plenamente en usted…

—Gracias, don Santiago, veremos lo que puede hacerse. Quizás, al final, no pase nada. Sublevarse es cosa dura, España es republicana a pesar de que en las elecciones de febrero no podemos negar que las derechas… Bueno, ya no es momento de preocuparse de los votos; ha llegado la ocasión de poner atención a las divisiones orgánicas, a los regimientos, a las compañías…

En la puerta de su despacho, Casares Quiroga despide efusivamente al general que con paso digno atraviesa la antesala, saludando a algunos de los que esperan. Son amigos políticos, diputados, dirigentes de los partidos de izquierda, que vienen a ofrecerse, a inquirir noticias o a darlas.

El ministro habla en voz baja con el ujier, mientras estrecha manos y cruza saludos con unos y otros.

—Si viene el general Riquelme, me avisa en seguida.

Acaba de instalarse en su despacho de la Secretaría general de la Unión general de Trabajadores, situado en la calle Fuencarral. Es también presidente de la casa del Pueblo y de la Agrupación Socialista Madrileña y diputado a cortes por Madrid. Francisco Largo Caballero, uno de los políticos más influyentes y poderosos, es el único que pudiendo movilizar a centenares de miles de trabajadores de las provincias españolas está decidido a hacerlo.

Le acompaña Wenceslao Carrillo, y muchos dirigentes y militantes socialistas están continuamente entrando y saliendo del despacho para comentar la situación, dar noticias, recibir consignas, y procurar por todos los medios conseguir armamento suficiente y eficaz para las milicias socialistas de Madrid. Francisco Largo Caballero no cree en la lealtad de los militares, que insiste en proclamar el presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, el republicano Casares Quiroga. Está convencido de que están a punto de sublevarse en la Península, incluso en Madrid. También está convencido de que el Gobierno no dispone de medios suficientes para hacer frente a la sublevación y que de no lanzar a la calle a las milicias socialistas y a las masas obreras, en colaboración con las demás organizaciones izquierdistas, políticas y sindicales, los militares, los monárquicos y los fascistas, se adueñarán del poder. Una lucha a muerte se ha planteado en España; el fracaso de una intentona derechista, la desarticulación del Ejército de clase y de las fuerzas de orden público obedientes a la burguesía y a la reacción, darán ocasión a los obreros de apoderarse de los resortes del mando, o por lo menos de conseguir una posición preponderante en el panorama político español del futuro inmediato. Salvo en Cataluña, Zaragoza, Gijón, quizá Sevilla y en algunos puntos aislados de menor importancia, la Unión General de Trabajadores, es la organización obrera más numerosa, disciplinada y mejor organizada. Desde este despacho puede ordenar su movilización; ya ha comenzado a hacerlo. A pesar de que no sólo en Madrid, sino también en algunas provincias, cuentan con algún armamento, principalmente pistolas, las armas de que disponen son insuficientes para hacer frente a las fuerzas militares, ni siquiera en escaramuzas

callejeras y en el interior de las ciudades. Conseguir armas, y mantener alerta en el campo y en las ciudades a los miembros de la UGT, es su labor. El enemigo no es sólo el clero, los militares monárquicos, derechistas o abiertamente fascistas, no son únicamente los falangistas, japistas, carlistas, cedistas y demás, lo son también aquellas fuerzas liberales, republicanos y demócratas que ocupan el Gobierno y que por ceguera, imprevisión o cobardía se niegan a armar al pueblo. Contra ellos ha de librar el primer combate, un combate incruento, político, pero en el cual se verá obligado a volcar coraje y firmeza para reclamar las armas a las que el pueblo tiene derecho. Tendrá que oponerse a las maniobras de los blandos, de los legalistas a ultranza, de los demócratas que temen tanto como a los militares y fascistas, que los socialistas se adueñen de la calle, los verdaderos socialistas… Porque… y ahí está lo que más le preocupa y confunde, entre los militantes socialistas los hay que permanecen ciegos, los hay que creen con ingenuidad culpable que la situación actual puede resolverse políticamente; son quienes desean que nada cambie, los que en definitiva no anhelan en el fondo de su conciencia el verdadero socialismo, el único. Y entre ésos está Indalecio Prieto, que ha conseguido dominar en la ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, y Besteiro, profesor de lógica de la Universidad madrileña. Políticos y no luchadores obreros, son sus más sutiles enemigos.

—Hay que publicar, sin falta, en *Claridad* un llamamiento a los obreros socialistas para que mañana domingo no abandonen Madrid. Que se abstengan de salir de gira campestre; quiero decir que permanezcan en comunicación con los centros, las agrupaciones, los sindicatos…

—¿Lo publicamos como orden?

—Sí, como orden, y procurando que aparezca también en los demás periódicos. Ese insensato de Casares confía en que no va a ocurrir nada; mis noticias son que van a sublevarse muchas guarniciones, y una militarada se extiende como la pólvora. Los militares izquierdistas no podrán hacer frente a la avalancha, la Guardia Civil se sublevará también; nosotros podemos cerrarles el paso… Y eso sucederá mañana, pasado, en cualquier momento, a menos que no pueda yugularse la intentona de África, que ya empiezo a dudarlo.

—En Tablada hay aviones de bombardeo dispuestos a cruzar el Estrecho, si no lo han hecho ya; la Escuadra se dirige a todo vapor y debe hallarse a estas horas frente a Melilla, Ceuta y Larache.

—¿Y quién se fía de los mandos de la Armada, lo más reaccionario y clasista que hay en el país?

—Pero ahí tenemos infiltrada a nuestra gente más decidida…

—La disciplina cuenta mucho en la Marina… En todo caso, hemos de prevenirnos en todos los lugares; que cada pueblo, que cada ciudad, que cada hombre, estén dispuestos para obedecer y para actuar.

—¿Quiere hablar con Lucas, de Valencia? Demostraba interés en comunicar con usted, y a Valencia debemos cuidarla…

En la provincia de Valencia existen 216 agrupaciones socialistas, algunas tan importantes como las de Alcira, Sueca, Carcagente, Játiva y, desde luego, la capital. En Levante los socialistas son numerosos incluso entre los pequeños propietarios rurales; los antiguos afiliados de la región están asimilando en los últimos años a los decepcionados de aquellos movimientos

demagógicos de cepa romántica y pobres de contenido ideológico que alentaron los Soriano y los Blasco Ibáñez.

—Sí, llámeme a Lucas, quiero estar al corriente de lo que ocurre en toda España; de paso le daremos instrucciones y le alentaremos. Si en Zaragoza se sublevan, es importante que Valencia quede nuestra. En Cataluña, nosotros poco podemos hacer, ya se arreglarán los de la Generalidad…

—Si lo hacen como el célebre 6 de Octubre, estamos listos…

—En Barcelona la única fuerza que puede oponérseles a los fascistas son las masas obreras de la CNT. Hemos de ser realistas y plantear las cosas como son. Lo malo es que la Esquerra, partido burgués, el más burgués de los partidos republicanos, les tiene inquina y pánico a los anarquistas.

Francisco Largo Caballero llegó anoche a Madrid procedente de París y Londres en donde asistió a la reunión de la Oficina Internacional del Trabajo. Cuando el tren que le conducía desde la frontera francesa se detuvo en la estación de Villalba, le estaban esperando Carlos Baraibar y algunos militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas que le pusieron al corriente de la sublevación militar en Marruecos y de la actitud del Gobierno y dé algunos de los socialistas más influyentes. El Gobierno le pedía que se apeara del tren y se trasladara a Madrid en auto para evitar que, con motivo de su llegada, se organizara una manifestación que diera lugar a desórdenes o incidentes que podían ser fatales dado el nerviosismo existente.

Wenceslao Carrillo le anuncia que van a darle en seguida la conferencia con Valencia, y que ha pedido para después otra conferencia con La Coruña, para que cambie impresiones con el diputado Rufilanchas.

Largo Caballero se ocupa en la redacción de unas notas. Antes de comer quiere entrevistarse con el ministro de la Gobernación, don Juan Moles, diputado y abogado catalán, del cual está convencido no va a conseguir gran apoyo pero a quien se propone intimidar en la medida que le sea posible. A la entrevista asistirá el general Sebastián Pozas, director general de la Guardia Civil, hombre mucho más realista que el ministro y con el cual es fácil entenderse, a pesar de que confía excesivamente en resolver la situación por procedimientos constitucionales.

Suena el timbre del teléfono; Carrillo se pone al aparato.

—¿Es Valencia? ¡Oiga…! ¿La secretaría de la Federación?

—¿Quién llama?

—Wenceslao Carrillo…

—Soy Lucas, ¿algo nuevo?

Caballero se va a poner al aparato…

Largo Caballero alarga la mano y coge el teléfono, su voz es clara y convincente, el tono enérgico y seguro.

—Lucas, ¿todo marcha bien ahí?

—Buenos días, don Francisco… Hace un par de horas he dado cuenta a Carrillo…

—Sí, ya me ha puesto al corriente. Muy bien, ha actuado usted muy bien. Ahora, lo principal es que se pongan en contacto con toda la región, con Alicante, con Castellón, con Albacete. Yo

mantengo comunicación directa, pero bueno es que ustedes hagan lo propio. Otra cosa; convendría que se entrevistaran con el general de la División. Le supongo republicano; tantéenle y si les merece confianza su actitud y ven que su posición es firme, obre en consecuencia y de acuerdo con él.

—Algunos regimientos están acuartelados, pero no ocurre nada anormal.

—¿Qué hace el capitán Uríbarry? Dele recuerdos de mi parte… No dejen de movilizar a la gente, estén ustedes encima. Las comunicaciones, mucha atención a las comunicaciones; si los militares se deciden a dar el golpe, que les coja a ustedes prevenidos; perder el control de las comunicaciones sería una catástrofe…

—He hablado con Genovés de Telégrafos, todo está previsto y estaremos encima. La Alianza Obrera funciona en la región. Conmigo están Escandel, Pelufo y Cerezo, de las Juventudes; Parra y Pros, de la CNT, también nos acompañan.

—Bien, Lucas, a ver si la Alianza Obrera funciona verdaderamente como usted y nosotros deseamos…

—Don Francisco, quiero añadir algo más, creo que es importante; un compañero nuestro, capitán de Sanidad, ha sorprendido al salir de una casa, de la casa de un militar monárquico, al general González Carrasco; parece que está aquí para ponerse al frente de los sublevados; ésas son las confidencias que tenemos. Ya está enterado el Comité Militar Republicano y se ha informado al general de la División. La policía le busca y nosotros mantendremos la vigilancia; nos ha parecido muy sospechosa la presencia de semejante elemento. No se tienen confidencias de que se halle en ningún cuartel, y en los hoteles nada saben tampoco.

—Lo principal mientras puedan, es ir de acuerdo con el capitán general de la región. Escuche, Lucas, procure estar al habla con Zaragoza y Barcelona, y también con Cartagena; acabo de hablar con González Mayo y me da seguridades. Confío en ustedes. Salude a todos de mi parte.

—En Valencia nada ha de pasar, estamos prevenidos, aunque no disponemos de los medios necesarios. Se nos niegan…

—Bien, bien. Aquí sucede algo parecido; en el último momento no tendrán más remedio que dárnoslos.

—¡Ojalá sea así…!

—Salud, Lucas y hasta pronto… Muy bien todo…

—Salud…

Francisco Largo Caballero nació en Madrid, en el barrio de Chamberí, el 15 de octubre de 1869, tiene pues en la actualidad sesenta y seis años. Desde niño, se vio obligado a ganarse la vida duramente. En su juventud fue estuquista de oficio; desde el año 1890 pertenece a la Unión General de Trabajadores.

Vigo

El viajero lleva como equipaje una pequeña maleta que el botones acaba de cogerle. Cuando en la recepción del Hotel Moderno le preguntan cuál es su nombre, da el de José

Pasaván con el cual le inscriben en el registro. El único documento legal de identidad es la cédula personal y no todos los españoles se molestan en procurársela. Como profesión, ha declarado la que puede despertar menos sospechas: viajante de comercio.

El viajero es hombre de aventajada estatura, de aspecto serio, la mirada viva y observadora; viste de oscuro. Cuando le preguntan la edad, sonríe, y declara la verdad. Treinta y dos años; los cumple hoy y le parece de favorable augurio estrenar en estas circunstancias una edad nueva.

—¿Ha preguntado alguien por mí…? Por el señor Pasaván…

—No, nadie… ¿Desea subir a la habitación?

El viajero sube con el botones que le lleva la maleta. Lo primero que ha hecho al llegar a Vigo, ha sido ponerse en contacto con una camarada de la Sección Femenina a quien ha recomendado que procure reunir al mayor número posible de militantes falangistas. Necesita hablar con ellos y transmitirles las órdenes del mando de Madrid de las cuales es portador. Felipe Bárcena, el jefe local, está en la cárcel y con él otros muchos falangistas y son bastantes los que a causa de las persecuciones se ven obligados a permanecer escondidos o han abandonado la ciudad. Algunos, sin embargo, acudirán a la cita; la muchacha se ha puesto inmediatamente en movimiento.

Desde hace algunos días anda recorriendo Galicia con ánimo de reorganizar los cuadros de Falange Española, afirmar los enlaces con los militares comprometidos en el alzamiento y cumplir las órdenes de la Jefatura, que son inducir a los falangistas a secundar el levantamiento tan pronto como se produzca. La señal debe partir de La Coruña, sede de la 8.ª División Orgánica; se proclamará el estado de guerra, cosa que no hará, posiblemente, el capitán general de la región, don Enrique de Salcedo Molinuevo, ni el gobernador militar, general de brigada don Rogelio Caridad Pita, ambos de ideas liberales, sino el coronel don Pablo Martín Alonso, un monárquico sublevado el 10 de agosto de 1932 en Madrid, cuando la «sanjurjada», y que después de sufrir deportación en Villa Cisneros, ha sido amnistiado y repuesto en el escalafón.

Mientras pone en orden sus escasos efectos, el viajero recuerda su llegada a La Coruña hace unos días. No conocía otra persona a quien pudiera dirigirse, que la jefa de la Sección Femenina. Dolores Martínez Romero, y se presentó en su casa. Fue recibido por la madre, quien después de salvada la desconfianza inicial, le confesó que a su hija acababan de detenerla y que estaba en la comisaría de policía. Había que coger el toro por los cuernos, pues estando ausente Canalejo, y desconociendo el paradero del jefe provisional Roldán, sólo Dolores podía ponerle en comunicación con los demás camaradas. Empezó por dirigirse a una bombonería y compró una caja de bombones. En la comisaría alegó que era amigo de Dolores Martínez, que acababa de llegar de viaje y que al enterarse de que se hallaba detenida, le llevaba aquel pequeño obsequio, que de ser posible deseaba entregarle en mano. No tuvieron inconveniente en que se entrevistara con la muchacha, a pesar de que su detención había sido ordenada por Madrid. A Dolores Martínez se presentó con el apellido de Pasaván, pero a medias palabras llegaron a entenderse, y ella le facilitó la dirección de Roldán. Al día siguiente los falangistas coruñeses se reunieron en una buhardilla; allí quedó nombrado nuevo jefe provincial: Raúl Boo Franco.

En El Ferrol y en Santiago de Compostela, ha llevado a cabo gestiones semejantes, eludiendo los peligros que acechaban, pues los falangistas se hallan vigilados en Galicia igual que en el resto de España.

En Vigo va a comenzar la aventura. Vigo es plaza difícil; escasa guarnición militar y densa población obrera, socialista en su mayor parte, con elementos republicanos y galleguistas, e influencias de la masonería. Sin embargo, como en los demás lugares, hay que echarse a la calle y tratar por todos los medios de ganar la partida. La orden del alzamiento no puede demorarse; uno o dos días a lo sumo. En África se ha levantado el Ejército. Aunque los periódicos de la mañana lo silencian, es del dominio público. Por el momento parece que el éxito ha acompañado a la sublevación. El primer *round* se ha ganado, pues.

Desde el balcón del hotel, al cual se asoma, se descubre la animación de la Puerta del Sol, encrucijada del moderno Vigo, ciudad progresiva y en pleno desarrollo. La mañana está apacible, el cielo despejado, el calor no aprieta todavía.

Por precaución subconsciente se ha cerrado con llave. Suenan dos golpes en la puerta de la habitación; es el mismo botones que le subió la maleta.

—Abajo hay un señor que ha preguntado por usted…

Se pone la americana y se dispone a descender; sin duda es uno de los falangistas que han sido convocados. ¿Y si se tratase de un confidente, dado que la persecución contra la falange gallega ha conseguido descoyuntarla?

El desconocido, un muchacho, pasea por el vestíbulo; parece nervioso. En cuanto le descubre se dirige hacia él sin vacilación.

—¿El señor José Pasaván?

—Sí; soy el camarada José Pasaván.

El viajero ha recalcado la palabra «camarada», al tiempo que miraba a los ojos de su interlocutor.

—Mi hermana me ha avisado de que viniera, que usted quería hablamos…

—Traigo instrucciones del mando; me interesa conocer la situación de los camaradas de Vigo, saber quiénes son los enlaces con el mando militar… Vengo de Lugo, Santiago y La Coruña, donde ya hemos adoptado las medidas oportunas…

—Los camaradas —dice el joven— se reunirán dentro de una hora en el bar Derby. Me han pedido que venga a visitarle a usted… que venga a verte. Me llamo Ramón Núñez Saavedra.

Se miran de nuevo y se sonríen; entonces se estrechan la mano. Núñez Saavedra observa furtivamente hacia la recepción del hotel, y al advertir que nadie le ve, en un movimiento rápido, se cuadra y saluda al viajero con el brazo en alto. Éste contesta con breve ademán.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Desde luego…

—He hablado con Tajuelo, con Yáñez y otros camaradas que vendrán al Derby. Tu nombre, no nos aclara nada; es la primera vez que lo oímos, y aquí la policía nos anda sobre los talones.

El viajero sonríe amistosamente al joven falangista.

—Por ahora nada más puedo deciros; me llamaréis Pasaván. Podéis confiar en mí como yo confío en vosotros.

Victoria Carballo Budiño, transporta en una bolsa de lona diez cartones de «lucky strike» que esta mañana le ha entregado un marinero del *Northumberland*, cliente de la taberna de su marido, próxima a la ribera del Berbés.

Victoria se dirige a su casa; de paso entregará los cartones a un camarero del bar Derby, que se los vende a los señoritos a dos pesetas o a dos cincuenta el paquete, según las mayores o menores facilidades con que puede introducirse el tabaco de contrabando. A ella, en esta sencilla operación, le quedan cien reales, o sea cinco duros de beneficio. Su marido es quien se encarga de tratar con el marinero, un holandés bastante borracho, pues no permite que se entrevisten a solas desde que el marinero se propasó de tal manera que Victoria prefirió confesárselo a su marido, y a pesar de que le quitó mecha a lo ocurrido, la prohibió que continuaran los tratos directos. El marido asiste a la transacción y a solas no les permite ni hablar. Victoria le había consentido tomarse algunas confianzas, pues en esta clase de negocios la familiaridad resulta favorable y porque el marinero, cuyo nombre resulta muy difícil de pronunciar, es alto, fuerte y tiene los dientes muy bonitos. Bebe demasiado aguardiente, sus manos son largas con exceso y, por si fuera poco, es robusto e impetuoso.

La ciudad está animada, circulan camiones cargados de pescado, carros con mercancías diversas, muchos automóviles que claxonan; en los bancos, en las oficinas, en las tiendas entra y sale el público. El sol luce pero el calor no es excesivo. Los hombres la miran, algunos se vuelven a decirle un piropo que a Victoria le complace.

El padre de Victoria, Secundino Carballo, pescador de Bayona, murió ahogado cuando la galerna del dieciséis; apenas recuerda su voz; cuando estaba en casa cantaba, y le han contado que era alegre y vigoroso. Guarda un retrato, una ampliación desvaída, en que su padre, con grandes bigotes, parece un hombre mayor a pesar de que cuando se ahogó era bastante más joven de lo que ahora es su marido.

Al pasar por la calle de Policarpo Sáinz, observa un grupo que comenta apasionadamente un cartel que acaban de fijar en una fachada. Se acerca por curiosidad. El engrudo, todavía fresco, mancha el papel. Es un bando firmado por el alcalde: «La Alcaldía se dirige en estas horas, que la reacción quiere hacer turbias, a la opinión pública…». ¡Bah! Cosas de política. A su alrededor oye comentarios diversos.

—Las tropas amotinadas han atravesado el Estrecho…

—También se han sublevado en Barcelona…

—La escuadra está bombardeando Valencia…

—Mañana, todos a la Casa del Pueblo; en Vigo no triunfará el fascismo…

Lee el final del bando: «… el grito clamoroso que a estas horas vibra en todos los ánimos del país. ¡Viva la República!». Casa Consistorial de Vigo, 18 de julio de 1936.

Victoria sabe leer, pero despacio. Tampoco le parece demasiado interesante lo que pueda anunciar el cartel ése. Esta mañana en la taberna se discutía de política más que otros días. Dicen que en África se han sublevado los soldados, pero África está muy lejos. Un capataz del puerto, que se llama Taboada, y que entiende mucho de política, ha estado comentando que

no han de fiarse del jefe de los militares de Vigo, y que deberían de armar al pueblo. A Victoria no le hace gracia; su marido se apuntó a los socialistas y quieren que mañana vaya a un mitin en la Casa del Pueblo; ella no quiere ocuparse los domingos de la taberna y menos a la hora de misa, así es que su marido no podrá ir al mitin y anda enfurruñado. Su marido siente gran respeto por don Apolinar Torres, que manda en la Casa del Pueblo, y que como maestro nacional, es hombre instruido, pero don Apolinar no va a fijarse, entre tantos como habrá en el mitin, si su marido está o no presente. De esos mítines nada bueno puede salir.

—He estado escuchando la radio de Madrid; no ocurre nada grave…

—Pues cuando el propio alcalde confiesa que algo ha sucedido…

—Pero usted, ¿es capaz de entender lo que dice el bando ése?

—Que repartan armas…

—¿Armas? ¿Para qué? ¡Qué tontería!

Una mano la roza el muslo. Junto a ella, un señor con sombrero negro se hace el desentendido pero ha notado que el roce no era casual. El señor del sombrero negro finge leer con interés el bando de la Alcaldía.

Cuando llega al bar Derby descubre a Manuel sentado en uno de los veladores de la terraza. Ésta reunido con un grupo de amigos bebiendo cerveza. Pasa disimulando, pero Manuel, a pesar de que parecía muy interesado en la conversación, la saluda.

—¡Adiós, Victoria…!

No le contesta; Manuel es capaz de contárselo todo a los amigos, porque los señoritos son así, no respetan a las mujeres. Ocurrió poco después de su matrimonio, una tarde que llovía y ella estaba enfadada con su marido porque la noche anterior se presentó en casa borracho. A Manuel le conocía de verle, pero nunca habían hablado. Cuando se ofreció a protegerla de la lluvia con el paraguas, Victoria no malició. En el portal la besó y ella se dejó besar porque Manuel era guapo y cortés y ella estaba enfadada con su marido; pero una mujer, si quiere seguir siendo decente, no debe consentir que la besen demasiado. Aquello fue una equivocación.

Junto al mostrador, leyendo el diario, está el camarero a quien Victoria busca.

—Te traigo diez cartones…

—Dame el paquete, lo vaciaré dentro, que no lo vean los clientes. El dinero no lo tengo ahora, vente mañana y te pagaré los treinta pesos.

*

—Oye, ¿la conoces a ésa? Está de miedo…

—Sé cómo se llama…

—Ya me he dado cuenta de que no te contestaba al saludo. Es la mujer de uno que tiene una taberna allá abajo, un tío mal encarado. Con gusto le pondría los cuernos.

Los falangistas, que han sido convocados en el bar Derby, están esperando a un señor, o camarada, llamado Pasaván, que viene de Madrid, según él mismo dice, con órdenes del mando, ¿de qué mando? Porque José Antonio está preso en Alicante, su hermano Femando,

Fernández Cuesta y Ruiz de Alda también se hallan encarcelados en Madrid. El nombre de Pasaván nadie lo ha oído pronunciar nunca. ¿Quién puede ser este forastero? Si se tratara de un confidente de la policía no necesitaba rodearse de tanto misterio; en lugar de convocarlos en un café, los detenía como han hecho con otros. Lo mejor es no confiarse demasiado hasta que puedan conseguir informes del forastero, aunque no es mucho lo que saben estos falangistas de Vigo, salvo Enrique Rodríguez Tajuelo, que no ha llegado todavía, y es quien enlaza con los militares.

De todos los reunidos alrededor de una mesa del bar, el único que le ha visto es Moncho Núñez, que le ha visitado en el Hotel Moderno.

—Parece un tío más bien serio, pero me ha caído simpático. Es algo mayor, habla poco.

—¿De dónde será?

—Castellano me pareció, pero no madrileño. No sabría decir; andaluz tampoco lo es.

—Tanto mejor…

—¿Y él se presenta como enviado del jefe, de José Antonio?

—No; aunque sí ha dado a entender que le conoce personalmente. Aludía al «Mando»…

—Yo he estado en Madrid y conozco a muchos de los jefes de vista o de nombre. Pasaván no me suena… Y no puedo creer que a Galicia manden a un escuadrista cualquiera. Por lo menos a algún miembro de la Junta Política.

—¡Hombre! ¡Están presos!

—A mí me ha inspirado confianza… Hablemos, de momento, con prudencia; a él le corresponde poner las cartas boca arriba.

—Dice que viene de Lugo, La Coruña, El Ferrol y Santiago.

—Y hablando de otra cosa, ¿sabéis que el acorazado *Jaime I* navega hacia Vigo a carbonear?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ah!

—Pues si es cierto, no me da buena espina. Señal que lo mandan a África para atacar a los militares. Sólo falta que todo se venga a tierra…

—¿Y si los marinos se sublevan? Porque los marinos, que son unos caballeros, no van a ponerse a favor de esta gentuza…

—Pues que lo hagan en Vigo, que buenos cañones tiene el *Jaime 1.*

Cuando el viajero se presenta en la tertulia del Derby, se hace un silencio espectante. Ramón Núñez le presenta a los demás camaradas. No han terminado las presentaciones cuando llega Enrique González Tajuelo. Al camarero, que se aproxima a la mesa, le piden más cervezas; la mañana es calurosa y tienen sed. Uno de ellos le pregunta si tiene tabaco americano de contrabando; el camarero le entrega un paquete de «lucky» con disimulo.

José Pasaván apoya los codos sobre el velador y junta las manos a la altura de la boca, parece que se concentre antes de hablar. Los falangistas están observando.

—Como ya sabéis, vengo de Madrid. La orden que tenemos es colaborar con los militares en cuanto éstos se subleven, que será cuando proclamen el estado de guerra. En Galicia se proclamará primero en La Coruña, en la cabecera de la división, después lo irán haciendo las demás guarniciones. El comandante militar de Vigo…

—Entonces —exclama uno de los falangistas— nuestro papel es de comparsas…

La mirada de Pasaván, penetrante, interrogadora y vagamente irónica se fija en el que acaba de hablar.

—¿Contamos en Vigo con fuerzas suficientes para tomar la iniciativa? ¿Está en Vigo armada y organizada la Falange, como para hacer frente a las fuerzas de orden público, a los partidos de izquierda y a los militantes obreros?

Los falangistas se miran unos a otros en silencio. Pasaván empieza a dominar la situación.

—José Antonio, desde Alicante, ha dado orden de que colaboremos con el alzamiento militar y ha precisado de qué manera deberá hacerse en cada lugar, según la importancia y número de los falangistas que haya. Salvo demostración en contrario, no creo que en Vigo estemos en condiciones de tomar ninguna iniciativa ni de obrar por nuestra cuenta… Vamos a afrontar un momento difícil; es ocasión de colaborar con las fuerzas más o menos afines. Lo que va a plantearse, por el instante, no es nuestra revolución nacional-sindicalista desde luego, pero los momentos que se aproximan son de extrema gravedad y debemos ser realistas.

Desde la muerte de Calvo Sotelo una gran tirantez política domina la ciudad, y esta tirantez se ha intensificado cuando ayer por la tarde empezó a correr la noticia de que las tropas de Marruecos se habían alzado contra el Gobierno. La Alcaldía ha pegado un bando en los principales lugares de la ciudad. Los falangistas reunidos alrededor de un velador de café, toman ciertas precauciones para hablar; los ánimos están excitados y algunos de ellos son conocidos por sus opiniones políticas. La voz de Pasaván es lenta y grave, su actitud prudente. Por la calle pasa un camión con guardias de Seguridad armados de tercerolas. En la mesa contigua, dos señores y un marino mercante discuten de política en tonos escépticos o conciliadores.

Pasaván expone a los reunidos cuál es la situación de la Falange en Galicia, y con cierta discreción les informa de las actividades que le han llevado a Lugo, La Coruña y a otros puntos, y la manera cómo él juzga la situación militar, teniendo en cuenta que Salcedo, general de la División, permanecerá probablemente adicto al Gobierno, y más seguro aún el general Rogelio Caridad Pita, gobernador militar de La Coruña. Por lo que respecta al departamento marítimo, sus informes no son suficientes, pero no hay que perder de vista que los subalternos y la marinería están muy influidos por la propaganda comunista y que las imágenes y aún la lección revolucionaria de *El acorazado Potemkin* están presentes en la mente de todos.

De Lugo es de donde trae impresión más favorable; salvo contingencias de última hora, cree que la primera línea podrá contribuir con un millar de hombres, que no es poco teniendo en cuenta Jo reducido de la guarnición militar.

En La Coruña han quedado reorganizados los mandos provinciales; en general las falanges gallegas están descoyuntadas, además de los camaradas que se hallan encarcelados, Meleiro está en Portugal y López Suevos retirado en el monasterio de Samos…

—Os agradecería que me informarais sobre la situación local. ¿Cuál es la actitud de la Guardia Civil? ¿Y los de Asalto? Necesito que me digáis quién enlaza con los militares; necesito ponerme en contacto con quien en Vigo esté al frente de la conspiración.

Los falangistas se observan unos a otros con renacida desconfianza. González Tajuelo toma la palabra.

—Así de pronto, no podemos darte muchos datos. Si quieres me pondré en relación y lo consultaré con otros camaradas. Como supondrás, se impone cierta discreción…

—El Ejército está con nosotros —afirma impulsivamente Manuel, que fuma nerviosamente— el comandante Sánchez es un tipo que parece resuelto. Del capitán de Asalto no nos fiamos, y en cuanto a la Guardia Civil la creemos favorable…

—En contra —continúa Yáñez— tenemos a las Juventudes Socialistas, a la CNT, a los comunistas, y también, aunque son menos de temer, a los galleguistas y a los de Izquierda Republicana… Vamos, a casi todos, porque las gentes de derechas, que también las hay en Vigo, no son de acción, ni siquiera los japistas.

—Lo primero que habría que hacer —añade Núñez— es sacar de la cárcel a los falangistas, y conseguir que nos proporcionen fusiles.

Pasaván los observa nuevamente uno a uno: parece que en un instante la desconfianza se esté fundiendo.

—Precisamente es ésa una de las causas por las que necesito ponerme cuanto antes en comunicación con el mando militar; pero debo hacerlo a través de los enlaces de aquí…

González Tajuelo y los otros se miran, como consultándose; la actitud general es de reserva.

—Veremos si consigo averiguar algo. Nosotros no podemos decidir. Los militares son de trato difícil, y estando preso Bárcena…

Después de consultar el reloj de pulsera, Pasaván hace un ademán al camarero.

—Se me está haciendo tarde. Tengo que ir al convento de los padres capuchinos…

—Pero… ¿tú conoces Vigo?

—Pues no. ¿Podéis indicarme, desde aquí, por dónde se va al convento?

Cuando se acerca el camarero, no permiten que pague el forastero. Mientras se levantan de las sillas, Tajuelo se aproxima disimuladamente a Ramón Núñez Saavedra.

—Moncho, ¿por qué no le acompañas tú, y observas?

Despidiéndose de Pasaván, le estrechan uno a uno la mano.

—Oye, ¿y para qué tienes que ir a un convento? ¿No nos harás creer que los frailes guardan las armas?

—Moncho va acompañarte…

—Se trata de una visita particular; me gustaría saludar a uno de los padres que es amigo mío. No me perdonaría si se enterara de que habiendo estado en Vigo no le había visitado…

—Moncho, ¿vas a volver aquí? Nosotros nos quedamos un rato más, es temprano todavía y la mañana está perdida.

González Tajuelo se dirige a Ramón Núñez, le hace señas expresivas, y en un momento, que Pasaván no les oye, añade en voz baja:

—Observa con atención; a ver qué averiguas de éste…

Madrid

El ministro de la Guerra se pasa la mano por el rostro; se nota febril y empieza a ganarle la fatiga. Sentado ante su enorme mesa, en este suntuoso despacho, se siente empequeñecido. Las nuevas que se reciben de África son poco tranquilizadoras; la resistencia está siendo dominada y los militares son dueños de las plazas de soberanía y de todo el Protectorado. Aunque los partes son confusos y contradictorios, parece ser que algunos aviones leales han bombardeado Tetuán, pero no se observan reacciones de carácter negativo entre los rebeldes. Las radios, en poder de los sublevados, emiten noticias desconcertantes. En la Península, hasta el momento no ocurre nada, pero todo el mundo está intranquilo como si viviera sobre un volcán. Del Ministerio de Gobernación le han comunicado que de Pamplona se reciben confidencias alarmantes. El comandante de la Guardia Civil, por orden del general Pozas se dispone a concentrar en la capital a los guardias del norte de la provincia y junto con los de la capital van a trasladarse a Tafalla, pues da por seguro que el general Mola, apoyado por los carlistas, se halla presto a sublevarse. Núñez del Prado ha salido en avión para Zaragoza, a ver si pone en claro la actitud del general Cabanellas, que por los informes que se reciben de Zaragoza, también es sospechosa. Tratará de que Cabanellas venga a Madrid, pues el general es persona influenciable. Casares Quiroga está esperando que le pongan en comunicación telefónica con el gobernador civil de La Coruña, Pérez Carballo, amigo personal suyo, un muchacho de la FUE muy inteligente, en cuya competencia y lealtad confía. Casares Quiroga es coruñés y conoce a su gente; lo más probable es que en La Coruña no se altere el orden. Las sublevaciones militares se producen en Cataluña, en Valencia, en Andalucía, acaso en Castilla, pero Galicia no es tradicionalmente sediciosa.

Ha convocado al general Riquelme, que ocupa un cargo en el Ministerio; desea tantearle y estudiar con él, qué podría hacerse en caso de que en Madrid prendiera la sublevación en algunos cuarteles. Le han anunciado que Riquelme está Esperando en la antesala pero desea primero hablar con Pérez Carballo.

Suena el timbre del teléfono.

—Señor ministro, La Coruña al habla…

—¿Es usted, Pérez Carballo?…

—Sí, don Santiago, ¿qué manda usted?

—¿Cómo está ahí la situación?

—Por ahora, tranquilidad. Anoche se hizo un ensayo de movilización popular; sonaron las sirenas del puerto y la gente se echó a la calle…

—¿Dio usted la orden de que se hiciera?

—La verdad que no fui yo, don Santiago, la idea vino de los del Frente Único Antifascista; no me pareció prudente oponerme. Me presionan pidiéndome armas y a eso sí me he resistido. Prefiero que no haya excesiva tirantez. Se han declarado en huelga los metalúrgicos y los estibadores del muelle, pero no se han producido desórdenes. Para la una de la tarde, los sindicatos de la CNT han convocado a un mitin en la plaza de toros.

—Procure usted que no se produzcan desórdenes y que no se hostilice a los militares…

—Mantengo patrullando a los guardias de Asalto; los del Frente Popular, especialmente las milicias socialistas también patrullan, pero su actitud es prudente. Esta tarde pienso convocar a

los representantes de los partidos y de las organizaciones obreras para que nombren un comité que mantenga enlace permanente conmigo…

—Procure tener usted la situación en la mano, evite que le desborden.

—Señor ministro, ¿puede darme algunas noticias del resto de España? Aquí corren bulos alarmantes…

—La situación es muy tensa, pero estamos en condiciones de hacer frente a cualquier emergencia que se produzca, donde sea. El Gobierno ha tomado las medidas oportunas, estoy en comunicación constante con los gobernadores civiles y con los generales de las divisiones orgánicas. Hasta el momento todos ellos acatan las órdenes del Gobierno. En Madrid se observa malestar en algunos cuarteles, pero las fuerzas de orden público se mantienen fieles a sus jefes. ¿Qué opina usted de la guarnición de ahí, y en general de la Octava División…?

—Según mis informes, el más peligroso es el coronel del Regimiento de Zamora, un tal Martín Alonso que estuvo deportado en Villa Cisneros cuando lo de Sanjurjo; es un monárquico delirante, creo que hasta fue ayudante de Alfonso XIII.

—He tenido un cambio de impresiones con el general Caridad Pita y me da seguridades de que ahí no se moverá nadie…

—También yo he hablado con él; afortunadamente está influyendo sobre su jefe, que a mi modo de ver es monárquico. Me aseguran los que le conocen que es hombre acomodaticio y poco dado a conspiraciones. Es viejo… A mí, señor ministro, me dan más miedo los de El Ferrol. Estamos bajo el fuego de los cañones de su base naval.

—No lo ponga tan grave; los ferrolanos dispararían a gusto contra La Coruña, pero no les vamos a dar ocasión… Escuche, Carballo, si se produce algo nuevo, póngase en comunicación conmigo. Procure, discretamente, estar al habla con el general Caridad Pita, y con aquellos militares que sean de su confianza. Y sobre todo, evite los incidentes, contróleme a los socialistas, y a los anarquistas, que no me hagan barbaridades ni provoquen a los militares. Que se mantengan en guardia, que den sensación de solidaridad con el Gobierno, pero nada más… Y buena suerte…

—A sus órdenes, don Santiago…

—Salude a su esposa…

A don Santiago Casares Quiroga le tranquiliza saber que su ciudad se mantiene en orden y confía en la capacidad y juventud de su gobernador civil, que él mismo ha nombrado.

Pulsa un timbre, acude el ordenanza.

—Que pase el general Riquelme…

Cuando el general entra, el ministro se pone en pie. El general Riquelme, que es de corta estatura, avanza erguido y con cierta solemnidad; la gorra en forma reglamentaria colocada sobre el antebrazo izquierdo. Usa leguis muy lustrados. Se estrechan la mano y el ministro le muestra un sillón colocado ante su mesa.

—Mi general, le he mandado llamar para cambiar impresiones con usted, que es el único general de división destinado en el Ministerio.

—Usted dirá, señor ministro…

—¿Qué opina de la situación desde el punto de vista militar?

—Señor ministro, usted debe tener referencias más amplias y seguras que las mías. Por lo demás, salvo excepciones, no tengo mucho trato con mis compañeros de guarnición. Mi puesto en el Consejo de Órdenes Militares me mantiene apartado…

—La situación en algunos cuarteles es equívoca. En caso de producirse una sublevación en el cuartel de la Montaña y en los Cantones, ¿cómo actuaría usted para hacerles frente?

—Señor ministro, lo principal es impedir que saquen las tropas a la calle; por mucho que se subleven, si se quedan en los cuarteles, están perdidos. De disponer de artillería lo mejor es cañonearlos; los cañonazos ejercen una influencia desmoralizadora.

—Supongamos que la artillería se subleva también.

—¿Con qué fuerza contamos, entonces? Habría que recurrir a la Guardia Civil y a la de Asalto. Yo, en su caso, señor ministro, y anticipándome a que las tropas salgan a la calle y ocupen los lugares estratégicos y los nudos de comunicaciones, pues si tal sucede el Gobierno tiene la partida perdida, armaría unos batallones de voluntarios, voluntarios que deberían proceder y ser garantizados por los partidos y organizaciones del Frente Popular. A estos voluntarios los encuadraría con oficiales leales, y les daría como mandos a jefes de probada fidelidad a la República…

—De producirse la rebelión, prefiero aplastarla con los medios normales, sin recurrir a los paisanos y sin armarles. Aceptaría su colaboración como meros auxiliares, con las armas de que ellos mismos dispongan, que créame, mi general, no son pocas, desgraciadamente… Sí armamos a los paisanos, se erigirán en amos de la calle y después emplearán las mismas armas para la acción revolucionaria.

—Con franqueza, señor ministro, usted no tiene más que dos opciones, o aumentar sus efectivos con la recluta de voluntarios, que no escasearán, y a los cuales puede armarse con los fusiles que hay en el Parque…, o… esperar los acontecimientos.

—Mi general, gracias por la franqueza con que me ha dado su consejo, le agradecería que se mantenga en relación con el Ministerio; en cualquier momento podemos necesitarle. Por lo que se refiere a la formación de batallones de paisanos voluntarios, y aunque en principio soy contrario a la idea, la expondré a mis compañeros de gabinete y a los dirigentes de los partidos políticos. Únicamente en último extremo echaría mano de tan peligroso recurso.

—Puede usted contar conmigo para lo que sea, estoy a sus órdenes. Me quedaré en el Ministerio y, si me ausento, dejaré mi teléfono a su ayudante. En cualquier momento puede presentarse una situación violenta. Me han informado de que la señal de la sublevación en Madrid, será el estampido de un cañonazo que se disparará desde el Campamento…

—No lo sé, mi general; ojalá no oigamos ese cañonazo…

En la puerta se estrechan la mano y el general Riquelme abandona el despacho del ministro de la Guerra.

Vigo

Los falangistas, reunidos alrededor de un velador del bar Derby, han pedido al camarero una nueva ronda de cervezas. Manuel se desentiende de los camaradas que hacen comentarios

sobre la visita que acaban de recibir esta mañana y que les inquieta. No conocen al emisario de Madrid: puede tratarse de un agente provocador. González Tajuelo se ha resistido a confesarle que es él, personalmente, quien mantiene el enlace con los militares. La pretensión de Pasaván de ponerse en contacto con quienes dirigen la conspiración en Vigo les ha obligado a desconfiar. De tratarse de un enviado del Gobierno, cualquier imprudencia podría dar al traste con todo. Pasaván parece enterado de cuanto se refiere a la Falange; se ha referido con conocimiento a algunos de los jefes de Madrid; está al corriente de las interioridades y de las órdenes que se han cursado reservadamente. Claro que, después de las detenciones y registros practicados en estos últimos tiempos, la policía debe de estar tan al corriente como ellos mismos de los pormenores de la organización.

Por la acera, Moncho Núñez Saavedra se acerca a ellos sonriente.

—¡Todo aclarado…! —exclama mientras se sienta.

—¿Quién es?

—¡Ah! Eso lo ignoro, pero los capuchinos le han recibido con los brazos abiertos. Al llegar preguntó por el padre Solórzano, con quien por lo visto le une gran amistad.

—¡Eso es satisfactorio! —exclama Juan Yáñez.

—Yo puedo hablar con el capitán Pavón, ahora que el misterio está próximo a aclararse. Supongo que de tratarse de un socialista, o un comunista no le hubiesen recibido tan calurosamente los capuchinos… De todas maneras no nos confiemos más que por etapas y andemos con pies de plomo. Hablaré con Pavón. Tú, Moncho, puedes prevenir en el hotel a Pasaván de que le pasaremos recado.

Burgos

El «dodge», matrícula de Madrid, cargado de maletas, envueltas sobre el techo en una lona verdosa, ha cruzado Sarracín espantando caballerías y perros, provocando revoloteo de gallinas, y está alcanzando las primeras casas de Burgos.

El pequeño, que iba adormilado, acaba de despertarse. Están cansados de la alocada carrera que emprendieron cuando a primeras horas de la mañana abandonaron Madrid, carrera que no han interrumpido un instante.

—Aquí sí que hemos de detenemos. No puedo más de pis… Nos conviene tomar algo caliente, y yo necesito telefonear a Nicanora por lo de los canarios.

—Os avisé que aquí nos detendríamos un momento…

—¡Dios mío! ¡Ni que nos persiguieran!

—No nos persiguen, que yo sepa; pero hasta que pasemos la frontera ignoramos lo que puede ocurrir. Tú, que creías que tener siempre el pasaporte en regla era una bobada, ¿qué me dices ahora?

—Me acuerdo del pobre Miguel, ¡hijo mío! ¿Qué hará, encerrado entre ladrones y criminales?

—¡Mamá, mamá! ¿Eso es la catedral de Burgos?

—Sí. ¿Es hermosa, verdad?

Don Juan, con trabajos, corre el cristal para hablarle al chófer.

—Cruzas el puente donde está el arco de Santa María, tuerces a la derecha hacia el Espolón y te detienes en el primer poste de gasolina. Llenas el depósito. Nosotros iremos a cualquier café a tomar algo caliente y un bocadillo.

—Usted, Enriqueta, baje también con nosotros. Tendrá ganas de hacer pis… —dice a la doncella doña María de la Encarnación.

—Cuando termine se reúne con nosotros. No quiero detenerme más de veinte minutos. Procure en el poste de gasolina enterarse de algo; me lo contará luego. Por ahora esto parece tranquilo, ¿verdad?

—Sí, señor, parece tranquilo.

Mientras el automóvil queda repostando, se sientan en un bar; la criada coloca la silla algo retirada.

No es la hora del paseo, sin embargo, bajo los árboles algunos burgaleses deambulan y forman grupos. Junto al puente monta guardia una pareja de Asalto con tercerola. El aspecto de la ciudad es normal; unos obreros que pasan atraen la atención de don Juan; podrían regresar del trabajo.

Algunas mesas están ocupadas por señores de edad que toman su café con leche y no aparentan la menor inquietud.

—Voy a Teléfonos, quiero llamar… Cuando termine de hablar con Nicanora entraré en la catedral a rezar un padrenuestro…

—Anda, vete aprisa, y no te demores. Si no te dan la conferencia inmediatamente, no esperes, telefoneas desde San Sebastián. Y que sea sólo un padrenuestro lo que reces, que lo importante no es la cantidad sino la devoción.

—Enriqueta, ¿dónde está mi mantilla? ¡Ay, Dios!, ¿dónde la habré metido?

De una mesa próxima se levanta un caballero vestido de negro y se les aproxima. Antes de que llegue a ellos, le ha reconocido. Es Gómez, un abogado que le llevó unos asuntos de desahucio; se lo recomendó Hermida, debe ser pues de confianza.

—Don Juan. ¿Usted por aquí? Me alegro de encontrarle.

—¿Qué hay Gómez? ¡Siéntese! Estoy de paso, marchamos a veranear con la familia. ¡Siéntese! Y… cuénteme. Salí esta mañana de Madrid…

La muchacha con el niño se retira prudentemente.

—Enriqueta, vaya a dar una vuelta con el chico. Conviene que estiren las piernas.

—Pues, ¿qué hay por Madrid, don Juan?

—¿Por Madrid? Nada. Que van a sublevarse pero no lo veo claro. Por el momento la chusma se ha adueñado de la calle. El Gobierno asegura que no pasa nada, como siempre; el Tercio se ha adueñado de Marruecos.

—¿Y de Barcelona, se sabe algo?

—Nada concreto. Me dijeron que el Ejército salió a la calle y barrió de dos cañonazos a los de la Generalidad, que salieron corriendo, pero la noticia, desgraciadamente, no está confirmada. Por Madrid corren demasiados bulos; para todos los gustos. ¿Y aquí, qué hay?

—Aquí, todo bien… Ya sabe usted que están en Burgos don Antonio Goicoechea, el conde de Vallellano, Rodezno, en fin, la gente que cuenta en este desdichado país.

—¡Hombre! Me hubiese gustado ver a don Antonio. Pero no puedo detenerme; viajo con la familia.

—Y el general Dávila…

—¡Qué me dice!

—Esta noche ha sido muy agitada. Ahora mismo nos lo estaba contando en esa mesa, un amigo, hermano de un militar metido en el jaleo. Ayer se presentó en Burgos ese desgraciado de Alonso Mallol…

—¿Quién es?

—El director general de Seguridad…

—¡Valiente canalla! ¿Y a qué vino?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabe? ¡Menudo revuelo se ha armado! Le mandaba el propio ministro, Moles, ese catalán izquierdoso de las barbas de chivo. Detuvo al general González Lara y a otros militares, a la flor y nata, como quien dice, y los encerró en el cuartel de la Guardia Civil…

—Si están en el cuartel de la Guardia Civil, no hay cuidado…

—Ya se los han llevado… No sabemos adónde. El teniente coronel de la Guardia Civil, un tal Dasca, es un republicano de cuidado.

—Entonces, la cosa está que bufa…

—Espere que le contaré… La desgracia que tenemos aquí es el general Batet, un separatista, se lo aseguro… ¡Imagínese en Burgos un separatista de capitán general!

—¿Separatista? Pero si en Barcelona el 6 de octubre cascó a los separatistas de la Generalidad…

—No pudo evitarlo; y no les disparó más que cuatro cochinos cañonazos, y envueltos en algodón. Yo no estoy seguro de que sea separatista, pero masón y republicano sí que debe serlo. Una calamidad y una vergüenza.

—Los militares son nuestra única esperanza, pero la mayor parte se han vuelto republicanos; los hay acomodaticios. Ellos, a hacer carrera, y no se preocupan más que del escalafón.

—Pero espere, que falta lo mejor; lo sé de buena tinta. A media noche se reúnen con el coronel Gistau en el cuarto de banderas de San Marcial, Cebollino, de caballería, no le digo nada, Gavilán, el coronel de artillería que no me acuerdo ahora cómo se llama, y algunos otros, todos ellos de aúpa, y mandan un par de compañías al cuartel de la Guardia Civil, dispuestos a lo que sea; el teniente coronel de los civiles se achica —aparte de él, la Guardia Civil es de confianza, claro— y entran a ver a los detenidos. Pero, González de Lara, que es un caballero, el comandante Porto y unos capitanes, que son los que estaban detenidos, les dicen que es mejor no armar el lío, que es preferible no ponerse enfrente del Gobierno en acto de insubordinación, que conviene esperar las órdenes del general Mola, que es quien desde Pamplona ha de darlas a toda la Península… Total, que el incidente acaba ahí. González de Lara es un caballero, con mucha visión política. Sacarlos por fuerza era tanto como sublevarse en Burgos, y es momento de andar con sumo tiento.

—Sí, claro… ¿Y para cuándo se espera la orden?

—No sabemos, quizá mañana, según corre el rumor… Alguien me ha asegurado que van a concentrarse en Burgos falangistas de la provincia…

—Pero aquí, ¿también hay falangistas?

—Más bien en la provincia. Les manda un tal Andino, de Briviesca; está en la cárcel con otros. Gentes en general de poca categoría social, pero que con un fusil en la mano pueden ser útiles y dar guerra.

—¿No sabe usted, Gómez? A mi hijo Miguel le han metido en la cárcel… No sé si le han enredado en sus líos los de la Falange. Mi hijo es un exaltado. No estoy tranquilo, no crea…

—Si a usted le parece que puedo intentar algo…

—Se lo agradezco, he dejado encargado a mi primo Enrique, usted le conoció, creo. Está bien relacionado; se trata con todo el mundo, es medio bohemio. Le he entregado cinco mil pesetas, y confío en que pueda sacarlo. Ya sabe usted, Gómez, con dinero todo se consigue.

Esta mañana ha convocado a los distintos jefes de Cuerpo, y ni siquiera se le han presentado. Las tropas, acuarteladas, apenas le obedecen. La situación en Burgos es grave, pero con serlo, más le preocupa la de Pamplona, donde según los informes el comandante militar de la plaza, general Mola, va a sublevarse de un momento a otro con el apoyo de los tradicionalistas. Él no dispone de fuerzas para dominar la insurrección; apenas con un puñado de oficiales leales, que de ninguna manera podrán oponerse con eficacia. En un cuartel, en un regimiento, quien manda es el coronel, y los coroneles están insubordinados contra su autoridad de jefe de la 6.ª División. Anoche requirió al teniente coronel López Bravo para que se encargara de instruir las diligencias contra el general González de Lara y los demás detenidos, y López Bravo, casi abiertamente, declaró que estaba a favor de sus compañeros, que se solidarizaba con ellos. Moreno Calderón, su jefe de Estado Mayor, también se muestra de acuerdo con los insurgentes. A él mismo le han insinuado que subleve la división y proclame el estado de guerra. No lo hará; este movimiento es insensato; prometió fidelidad a la República y esta conspiración huele a monárquica, o por lo menos los monárquicos son quienes demuestran mayor entusiasmo. Nadie se decide a hablarle claro, y aquí, en su despacho de la división, está como aislado. Fidel Dávila —¡otro que tal!— también parece que anda complicado. Por el momento, con la detención y alejamiento de Burgos del general González Lara, del comandante Porto, y de los capitanes Murga y Moral, el ambiente se ha despejado un tanto. Los han conducido a Guadalajara y la maniobra, por lo rápida e inesperada, ha debido deconcertar a los conjurados. El gobernador civil, Fagoaga, es una persona honesta pero ¿hasta qué punto le obedecerá la Guardia Civil y la de Asalto?

Hace poco tiempo que el general don Domingo Batet Mestres fue destinado a mandar la 6.ª División Orgánica, y si aceptó el destino cuando el ministro de la Guerra se lo propuso, fue por espíritu de disciplina. Burgos es una ciudad imposible; está rodeado de enemigos por todas partes. Casares Quiroga se mostraba optimista; «Usted arreglará la situación e impondrá el sentido de la legalidad republicana…». Confidencialmente le han manifestado que el ministro le

había ofrecido primero a Riquelme el mando de la 6.ª División, y que éste se excusó. Riquelme, aceptó un destino en el Ministerio de la Guerra, de esos que no comprometen, y él, en cambio, está metido en este lío, en abierto conflicto con sus propios subordinados…

—Mi general, está al teléfono el señor gobernador civil de Pamplona; desea hablar personalmente con usted.

—Póngame la comunicación… Gracias, puede usted retirarse.

—A sus órdenes.

Mientras coge el aparato piensa que algo grave ha debido suceder en Pamplona, algo relacionado con el general Mola, cuando el gobernador civil quiere hablarle personalmente.

—¿Hablo con el general don Domingo Batet?

—Sí, señor, dígame usted…

—Mi general, no le llamo para discutir cuestiones de puntillo, pero aquí están sucediendo graves anormalidades. Esta mañana, el general Mola ha citado en su despacho al comandante Rodríguez Medel de la Guardia Civil, y sin ambages le ha manifestado que él y la guarnición van a sublevarse para salvar a España. Le ha propuesto que se subleve y el comandante se ha negado, naturalmente. Entonces, le ha dicho que lamentaría enfrentar las tropas con los guardias… en fin, ha sido una entrevista sumamente violenta; para mí muy significativa.

—Señor gobernador, la actitud del general Mola me parece vidriosa, a pesar de que me ha dado palabra de que no piensa sublevarse. Por mi parte, no dispongo de medios…

—Mi general, yo desearía que usted hablara con el general Mola, puesto que como a superior jerárquico le debe obediencia. Insisto en lo que le advertí al principio, que no se trata de una cuestión de puntillo o protocolo, ajena a mi manera de ser y ridícula en los momentos graves en que nos encontramos… pero en mi calidad de gobernador civil he llamado al general Mola y le he rogado que se presentara en mi despacho, para plantear claramente la situación y forzarle a definirse, pero el general se niega a acudir al Gobierno Civil pretextando que está muy ocupado. Como usted sabe, mi general, no estando proclamado el estado de guerra, el gobernador es la máxima autoridad de la provincia y es el comandante militar quien debe acudir a mi despacho…

—Sí, señor. Tiene usted razón…

—No se lo tome a mal, pero me sobran motivos para no acudir a la Comandancia. Aquí la situación es confusa y la actitud del general Mola no me inspira confianza.

—Yo hablaré con él y le ordenaré que acuda a visitarle. Haga el favor de comunicarme lo que resulte de la entrevista.

—Mi general, desearía informarle de algo anormal que ha ocurrido en Pamplona, aunque no sea de su incumbencia. Esta mañana han aterrizado en Noain tres aparatos de la base de Getafe; según mis informes tenían órdenes de dirigirse a Los Alcázares a cargar bombas para bombardear las plazas sublevadas de África. He mandado a un capitán de la Guardia Civil a detener a los aviadores y a inutilizar los aparatos porque todo esto me parece más que sospechoso. Hasta el momento todo sigue oscuro; ignoro si mis órdenes se han cumplido. Parece ser que las hélices están en algún cuartel.

—Aquí, en Gamonal, han detenido también a los tripulantes de una avioneta que procedía de Francia. Están ocurriendo sucesos anormales; hemos de confiar en el Gobierno.

—Sí, mi general. Muchas gracias.

—Daré las órdenes oportunas al general Mola; hemos de cumplir todos con la ley, sólo así saldremos adelante de esta situación difícil y comprometida. Adiós, señor gobernador.

—A sus órdenes, mi general.

Le invade la fatiga y la decepción. De un momento a otro, si Dios no hace un milagro, van a sublevarse muchas guarniciones de la Península. Que cada cual cumpla con su deber y obre de acuerdo con su conciencia. Y que Dios les juzgue a todos. Sin colgar el aparato, da orden de que le pongan en comunicación con la Comandancia Militar de Pamplona.

—Aquí el jefe de la 6.ª División; deseo hablar con el comandante militar.

—A sus órdenes, mi general…

—Me comunica el gobernador civil que se ha negado usted a visitarle.

—Mi general, no es que me haya negado, es que me es imposible salir.

—No olvide usted, Mola, que no estando declarado el estado de guerra, el gobernador civil es la única autoridad a quien debe obedecer.

—Le guardo el debido respeto y reconozco su autoridad; pero no puedo abandonar mis ocupaciones. Si a él le urge la entrevista, estoy dispuesto a recibirle aquí.

—Insisto en que es usted quien debe ir a verle…

—Pero, mi general, ¿quiere usted que me maten?

—No dramatice, el señor Menor Poblador es un caballero, le creo incapaz…

—Está muy envenenado el ambiente; créame que no puedo fiarme.

—Mi orden ya la conoce usted, más no puedo decirle; como amigo también le pido que procure suavizar las diferencias.

—Bien, mi general. Adiós.

Podría haberle dicho lo que Menor Poblador acababa de contarle sobre la conversación con el comandante de la Guardia Civil, pero una discusión por teléfono resultaría inútil. Mola puede contestarle dos cosas: sostener que es mentira o insubordinarse abiertamente. En este último caso cualquier comunicación queda rota, y así todavía se mantiene una remota esperanza. Que Mola no le obedece ni obedece al gobernador civil ha quedado demostrado.

El general don Domingo Batet se contempla la laureada de San Fernando que luce sobre el pecho y una gran tristeza se apodera de su ánimo.

Las noticias de que dispone son confusas e inquietantes. La sublevación en África no cabe duda de que, por lo menos en su fase inicial, ha triunfado. Allí está Yagüe, el que en Asturias se mostró tan capaz para operar con sus tropas, allá hay buenos coroneles y un ejército disciplinado. Los generales Romerales y Gómez Morato han sido arrollados. La República, y particularmente este Gobierno del Frente Popular, se ha mostrado impolítico con respecto a los militares, no ha sabido tratarles, darles satisfacciones; claro que son difíciles de tratar, imposibles de satisfacer. Franco está al frente de las fuerzas de Marruecos. Por culpa de unos y otros, la nación camina hacia el desastre, a la guerra civil, porque las izquierdas, y especialmente comunistas, anarquistas y socialistas, se lanzarán a la calle y armas no les faltan.

Todo hace crisis, el edificio se cuartea, la disciplina en el Ejército se ha quebrado, los capitanes desobedecen, los coroneles desobedecen, un general no manda a nadie, ni siquiera a los soldados. Aunque se le subleve la división entera él no lo hará. Los militares sirven a la nación y obedecen al poder constituido. Un militar debe colocarse frente a quienes se sublevan, y eso en cualquier circunstancia. Cuando el 6 de octubre de 1934 el Gobierno de la Generalidad de Cataluña se salió de la legalidad, él cumplió con su deber. Companys, que era su amigo, pasó a ser su prisionero. Ahora, hará lo mismo; obedecer al Gobierno, sea éste el que sea. No es quien un general de división para juzgarlo.

Discretamente se asoma Hernando, su ayudante, que al verle meditabundo y distraído, vacila un momento. Por fin, avanza hacia el general.

—Mi general, en la antesala está esperando para ser recibido, el general don Julio Mena que acaba de llegar de Madrid…

—¿Ya está aquí? No le esperaba hasta mañana. Que pase en seguida, no faltaba más.

El general don Julio Mena Zueco, que fue subsecretario del Ministerio de la Guerra, ha sido enviado a Burgos para ponerse al mando de la brigada de infantería en sustitución del general Gonzalo González Lara, detenido ayer y trasladado a Guadalajara.

Cuando entra en el despacho se estrechan la mano. Batet, tras sus gafas, permanece serio, grave; Mena, aparenta estar contrariado.

—He venido por disciplina y porque en estos momentos no nos toca otro remedio que obedecer, pero opino que el Gobierno ha cometido un error, y personalmente, la idea de sustituir a un compañero que ha sido destituido y encarcelado, no me seduce.

—Mire usted, la situación está muy complicada, más de lo que supone. El amigo González de Lara, conspiraba… La guarnición conspira. A usted se le presenta una papeleta. Yo creo que, dada la situación, lo mejor es que no espere a mañana. Esta misma tarde debe usted tomar posesión del mando. Y trate de meterles en vereda, porque de otra manera, no sé adonde vamos a parar. Ayer estuvo aquí el director general de Seguridad. Los informes del Gobierno son pesimistas, pero en caso de producirse una rebelión en la Península están dispuestos a combatirla con todos los medios.

—En Madrid domina el nerviosismo. Corren bulos a cual más alarmante; la Escuadra navega a toda máquina hacia Marruecos, a cortar el Estrecho. ¿Sabe lo de Franco?

—Sí, eso sí. ¿Pero dónde está? ¿En Marruecos? ¿Es él quien ha proclamado el estado de guerra allí?

—El Ministerio de la Guerra parece una olla de grillos. En Madrid aseguran que Carabanchel está sublevado. Hasta el momento, lo cierto es que no ha ocurrido nada. Nervios.

—Anoche se produjo aquí un conato violento. Salieron a la calle dos compañías.

—¡Caray!

—Sublevadas, si hemos de llamar a las cosas por su nombre.

El general Batet revuelve unos papeles que tiene sobre la mesa y coge un oficio que le muestra a Mena.

—Hubo un soldado muerto, por accidente; se le disparó el fusil. Querían liberar a González de Lara y a los otros arrestados. Menos mal que él se portó juiciosamente y se negó a salir…

—Todo esto es insensato. Estamos sobre un volcán; el Gobierno no se da cuenta del descontento general y aún se diría que atiza el fuego.

—¿Quiere creerme? La muerte de este soldado me ha entristecido. Tenía diecinueve años, pertenecía al Sexto Grupo de Intendencia…

El general Batet mira atentamente el oficio separándoselo un poco de los ojos.

—… Se llamaba Abilio Ramos Fuentes, era natural de Vado de Cervera, provincia de Palencia. ¡Ojalá que oficios como éste no haya que firmarlos a centenares, a miles!

Frontera portuguesa

Han terminado las formalidades aduaneras, que no han sido cortas. Les falta trasponer la barrera, pintada de rojo, amarillo y morado, que a un centenar de metros corta la carretera. Un poco más lejos está la barrera portuguesa.

El coche arranca en dirección a la raya fronteriza.

—¡Qué pesado resulta todo esto!

—Algo ocurre, don Alejandro… Su amigo tenía razón. Aquí en la frontera, precauciones; en el cruce de Ciudad Rodrigo había carabineros, civiles y policía, ¿no se ha dado cuenta de que estaban nerviosos? Y ¿al salir de Salamanca, el guardia aquél, que nos pregunta si veníamos de Madrid? Quizás a estas horas ha estallado ya la sublevación…

—No te digo que no, Mariano… o estará a punto. Lo que más me ha extrañado son aquellas parejas de carabineros a caballo que andaban por los caminos. Parecía que se fueran a concentrar a algún punto de la carretera…

La barrera pintada con los colores republicanos se alza ante ellos. Saluda formulariamente la pareja de carabineros que la acciona y vigila; mío de ellos se agacha a mirarlos.

—Hemos salido de España.

Vuelve a accionar la barrera para hacerla descender. El automóvil, levantando polvo, ha entrado en territorio portugués. El carabinero saca la petaca y le ofrece tabaco a su compañero. Hace un calor pegajoso.

—¿Sabes quién iba en ese coche? No lo dirías nunca…

—¿Quién?

—Don Alejandro Lerroux…

—¡No fastidies!

—Te lo aseguro; le he visto bien… ¿qué te apuestas?

—No me apuesto nada, pero cuando nos releven, por gusto se lo preguntaremos a los compañeros del puesto. Allá ha estado parado un buen rato; habrá presentado el pasaporte.

—Te digo que lo era…

—Pues si ése se larga es señal que va a armarse la gorda.

—Te voy a dar un consejo; lo mejor es no hablar ni palabra de política, no sabemos de qué lado van a caer las cosas.

—Yo, por mi parte, punto en boca.

Las Palmas

Motoristas, ostensiblemente armados, marchan delante; tras ellos el automóvil a toda velocidad. De trecho en trecho algunos militares apostados vigilan la carretera; el coche aminora la marcha sin detenerse, y a una seña, vuelve a acelerar. El mediodía es caluroso. El capitán Beeb está desconcertado. Los oficiales españoles que le acompañan no son habladores, y desde que ha llegado a las Islas Canarias le rodean los más novelescos misterios.

Cuando hace diez días fue contratado para este viaje, suponía que se metía en una aventura al estilo Pierre Benoit, pero todavía no ha logrado averiguar en qué va a consistir tan apasionante aventura ni cuál pueda ser su riesgo y desenlace. Conducido a tanta velocidad, escoltado por motoristas, acompañado de estos oficiales españoles, tensos y enigmáticos, se siente un poco prisionero. Beeb es un profesional y ha aceptado el riesgo; su misión es «conducir a Tetuán a cierta persona». La cumplirá.

El día 11 despegaron de Croydon, con un tal señor Bolín que fue quien hizo el contrato con la Olley Air Service Company a cuyo servicio trabaja Beeb. Le recomendaron encarecidamente que no aterrizara en territorio español. Entre los escasos pasajeros volaban dos bellas muchachas, lo cual hizo que el viaje resultara más agradable. Se proponía, los días que permaneciera en Canarias, gozar de un clima soportable y del ambiente exótico de las islas, y de la compañía de Diana, la hija de Mr. Pollard, pasajero en este extraño viaje, o de Dorothy Watson, una americana, amiga al parecer de Diana, y que ignora qué papel juega en este enredo. Pero a Beeb le han tenido prácticamente escondido. Visitas misteriosas, traslados, sobresaltos, citas; se ha entrevistado con un general, y sigue sin saber qué ocurre. El señor Bolín se quedó en Casablanca, y las chicas andan divirtiéndose por Las Palmas con dos militares.

El aeródromo es destartalado. En las pistas y el hangar han montado vigilancia algunos soldados. El capitán Beeb está convencido de que se trata de una conspiración, probablemente una sublevación militar, pero no posee suficiente información sobre política española como para averiguar cuál pueda ser el carácter de esta sublevación. La República en España tiene tendencias marcadamente izquierdistas, y por lo que sospecha, por las personas que en Inglaterra han intervenido, y por los demás síntomas que aquí y allá se le manifiestan, debe tratarse de un golpe para derribar a la República, o por lo menos al Gobierno izquierdista. A él no le parece mal, pero su colaboración es puramente profesional: trasladar a Tetuán «a determinada persona». ¿Pero, a quién y por qué causa?

En el campo de aviación, dispuesto para el despegue, está su biplano *Dragón Rapide*. Ha sonado la hora de comenzar la aventura.

El frenazo del coche les lanza hacia adelante. Los militares, por primera vez, sonríen. Los motoristas se han apartado y echado pie a tierra. Las precauciones parecen exageradas. El mar está brillante, excitado por la brisa del mediodía.

Examina los mandos, las hélices, el motor…

—¿Están llenos los depósitos?

Un mecánico español le dice:

—Todo está listo, nosotros mismos lo hemos preparado.

En efecto, se advierte que el *Dragón Rapide* está dispuesto para emprender el vuelo. Sólo falta el pasajero. ¿Quién puede ser el misterioso pasajero que mueve tan formidable aparato y del cual todos están pendientes?, todos, incluso el capitán Beeb, piloto profesional y amigo de las aventuras a lo Pierre Benoit.

En la Comandancia Militar se ha recibido el siguiente telegrama: «Coronel Sáenz de Buruaga, jefe ejército África, al general Franco. Dueños absolutos de todas las plazas de Marruecos, agradecemos de corazón el entusiasta saludo, anhelando pronta llegada ponernos sus órdenes. Puede tomar tierra en Tetuán o Larache sin consecuencias. Conviene avise salida y esperamos noticias. ¡Viva España!».

La situación en Las Palmas ha entrado en vías de solución. El gobernador civil continúa encerrado en el edificio; por el momento no es imprescindible asaltarlo o cañonearlo. Lo primordial es apoderarse de la ciudad y de los resortes que la dominan. Después, no tendrá más remedio que rendirse. La proclamación del estado de guerra, que ya se ha hecho, da el mando legal al Ejército y pone en sus manos los medios coercitivos necesarios para meter a la gente en cintura aplicándoles la ley marcial.

Como las noticias que se están recibiendo en la Comandancia señalan que algunos paisanos armados andan patrullando y se ha declarado la huelga general en Puerto de la Luz, así como que hay agitación en Telde provocada por socialistas, comunistas y demás, resulta arriesgado trasladarse por carretera al aeródromo de Gando. Por lo tanto, ha dado órdenes oportunas para que un remolcador le traslade desde el muelle de San Telmo, medio abandonado y poco concurrido, hasta la playa de Gando.

Un oficial del cañonero *Canalejas* le avisa de que el remolcador *España* está listo al pie de las escalinatas de San Telmo. Ha llegado el momento de partir. La antesala está llena de jefes y oficiales. Hernández Francés, Fontán, Martínez Fusset y el capitán. García de la Peña le acompañarán. Por tierra una compañía de escolta se traslada a Gando para evitar sorpresas y proteger el aeródromo de posibles agresiones.

En el momento de salir recuerda que su esposa y su hija están en el mismo edificio. ¿Debe o no despedirse de ellas en el instante en que se lanza a tan arriesgada aventura? Un guardia civil, Miró Mestres, le ha servido estos días de escolta personal.

—Suba y diga a la señora que voy a dar una vuelta por ahí, que regresaré pronto.

A la puerta de la Comandancia espera el automóvil. Se coloca al volante un oficial de confianza: Álvaro Martín Bencomo. Un nutrido grupo de jefes y oficiales le rodean; algunos curiosos se mantienen observando a cierta distancia. Los soldados que montan la guardia y vigilan el Gobierno Civil, también observan la escena, los que están más cerca se cuadran. Sube al auto y se pone en pie, tras de él suben los dos ayudantes.

—Nosotros no vamos a luchar por ningún partido político. Nuestra misión, la única, será labrar una nueva España frente a la anarquía, el caos, el desorden y el crimen.

Los reunidos aplauden y el coche arranca. Cuando se aleja, los militares vuelven a entrar en la Comandancia entre animados comentarios.

La inmensa plaza queda casi desierta; sólo algunos transeúntes, curiosos, la cruzan sin detenerse. Los guardias vigilan y los soldados hacen guardia apartados del Gobierno Civil, prácticamente cercado y en la Comandancia. En los mástiles de ambos edificios, a la luz del sol, las banderas ondean bajo el suave viento.

El guardia civil Miró, acaba de decirle a doña Carmen Polo de Franco, que su esposo «ha salido, por ahí», vagamente, y ella siente el ramalazo de la inquietud. Carmencita no ha dormido a pesar de las recomendaciones que le ha hecho.

—¿Adónde se ha ido?

Advierte el desconcierto, la turbación del mensajero. Hace un rato, para despejar la manifestación, los soldados han hecho allí cerca algunos disparos. La agitación es grande en la Comandancia, y aunque los que han subido a visitarla parecen aparentar tranquilidad, descubre cierto nerviosismo que se le ha comunicado.

—¿Va mal la cosa?

El comandante García González entra en aquel momento.

—El general sale ahora mismo para el aeródromo donde tomará un avión que le llevará a Marruecos. Si se asoma puede verle. Va a embarcar en un remolcador en San Telmo.

Se asoma a la ventana, Carmencita se arrima a ella. No se ha despedido. Oye unos aplausos y ve el coche que arranca. El grupo de militares que salieron a acompañarle entra en la Comandancia charlando animadamente.

Está sentado frente a la amplia ventana encarada al mar. Al agitar el vaso casi inconscientemente, tintinea el hielo. Bebe whisky por rutina y porque esta mañana siente un decaimiento que le inquieta. No se trata de ninguna enfermedad con nombre; lo que le está ocurriendo es de origen psíquico, moral. Si alguien afirmara que lo que siente es miedo, lo aceptaría aunque su miedo no es el típico de los cobardes sino un sentimiento difuso, lacerante, melancólico, un miedo entreverado de pereza.

Ante él, al alcance de la mano, un receptor de radio de formas vagamente ojivales. A primera hora de la mañana ha escuchado por la radio el llamamiento lanzado por el general Franco, que por lo visto está en Las Palmas y ha proclamado el estado de guerra. Por inercia, ha oído repetir en cuatro idiomas distintos las mismas frases. Palabrería decimonónica, que apenas ha escuchado. Le agradaría saber qué hay detrás de cuanto ocurre. ¿Una simple militarada? En la Península hasta ahora no parece que suceda nada. Las radios extranjeras han hecho breves comentarios; pero algo grave está sucediendo, y él lo presiente, lo sabe. El bando de Marruecos lo firma también Franco, y sin embargo, esta mañana estaba en la Comandancia de Las Palmas, según se lo ha comunicado por teléfono un amigo que está muy alarmado. Lejos, no sabe dónde, se han escuchado algunos disparos. La criada le ha dicho que en Puerto de la

Luz han declarado la huelga general y que los socialistas patrullan por las calles. El amigo que le ha telefoneado dice que a la madrugada se ha entrevistado con el diputado Suárez Morales, quien se muestra partidario de presentar batalla en la calle antes de que los militares se apoderen de la isla.

Vuelve a conmutar el aparato por si Radio Club de Tenerife da alguna noticia. Transmiten los últimos compases del pasodoble *Los Voluntarios*. Una voz vibrante exclama: «Aquí la Estación EAJ 43, Radio Club de Tenerife, al servicio de España y de la causa que acaudilla el general Franco». Y en seguida, otra vez: «Vamos a dar lectura al bando de proclamación del estado de guerra, que rige para las Islas Canarias desde las cinco horas de la mañana de hoy 18 de julio de 1936». Un toque de clarín le obliga a disminuir el volumen.

Don Francisco Franco Bahamonde, general de división, comandante militar de las Islas Canarias, hago saber:

Que de conformidad con lo prevenido en el artículo 36 y sus concordantes, 7, núm. 12; 9, núm. 3 y 171 del Código de justicia Militar, declaro el estado de guerra en todo el Archipiélago, y en su virtud, ordeno y mando:

Art. l.º Se prohíbe la formación y circulación de grupos de tres o más personas. Los que se constituyan serán disueltos inmediatamente por la fuerza, si desobedecieran o resistieran la primera intimación.

Art. 2.º Queda terminantemente prohibido aproximarse, sin causa justificada, a las líneas de energía eléctrica, conducciones de agua, gas, estaciones telefónicas, cuarteles, polvorines, dependencias militares, establecimientos fabriles e industriales, bancos, hospitales, asilos y cualquier edificio público. Los que lo hicieren lo verificarán individualmente, y si no justificasen la causa de su presencia, serán detenidos en el acto.

Art. 3.º No podrán celebrarse reuniones, manifestaciones, conferencias, espectáculos o cuantos actos supongan reunión pública de personas en número superior a tres, sin permiso previo de mi Autoridad.

Art. 4.º Serán sometidos a mi previa censura, y como requisito indispensable para circular, tres ejemplares de cualquier impreso o documento destinado a publicidad.

Art. 5.º Quedan destituidos los gobernadores civiles y delegados del Gobierno, Ayuntamientos, Cabildos, Mancomunidades interinsulares y cuantas Juntas de cualquier clase dependan de dichas Corporaciones. Los destituidos integrantes de ellas se abstendrán en el desempeño de su cometido a partir del instante de la publicación de este Bando, y la contravención del mismo en este sentido se reputará como suficiente para considerarles incursos en el delito de rebelión.

Con objeto de no dejar desatendidos los servicios y finalidades de aquellos organismos, los Secretarios de ellos conservarán su documentación, atendiendo las necesidades de carácter urgente, hasta tanto se personen ante ellos los representantes de mi Autoridad, quienes lo harán acompañados de las correspondientes instrucciones, a fin de normalizar con toda urgencia y personal civil la vida de dichas entidades.

Art. 6.º Queda prohibido terminantemente el cierre de establecimientos, fábricas, talleres, oficinas y cualquier otra manifestación de actividad. La cesación de ella, la rebaja de salarios concedidos, los pactos que impliquen disminución de los otorgados, la alteración de bases de trabajo, los despidos sin justificación y cualesquiera otras contravenciones, se estimarán como actos sediciosos, ya lo sean aislada o conjuntamente cometidos, y sus autores sometidos a juicio sumarísimo. Del mismo modo se apreciarán las declaraciones de huelga, abandono de trabajo, incitación a aquéllas o a éste, realización de paros y cualesquiera otras actitudes que entorpezcan las jornadas obreras. La comisión de los hechos antes enunciados, motivará el inmediato encarcelamiento de sus autores, juntas directivas, comités y demás personas que, aun sin relieve corporativo, pudieran considerarse como provocadores del movimiento, así como la clausura de las Asociaciones patronales u obreras causantes de tales actos.

Art. 7.º En el plazo de doce horas, a partir de la publicación de este Bando, los tenedores de armas cortas y largas de fuego, sustancias explosivas, armas blancas de usos distintos a los domésticos, agrícolas e industriales, estén o no provistos de licencia, deberán entregarlas en los puestos de la Guardia Civil del domicilio del poseedor, por cuyos comandantes se les refrendará la documentación o les será expedida, en su caso, de acuerdo con las instrucciones que tienen recibidas, procediendo a la recogida, reseña o inventario de las que ocuparan. Pasado este plazo, los tenedores de armas de fuego dentro o fuera del domicilio, serán considerados como rebeldes, y en igual forma los que lo fueren de sustancias explosivas, incendiarias o corrosivas.

Art. 8.º Quedan sometidos a la jurisdicción de guerra y juzgados en procedimiento sumarísimo, todos los autores, cómplices o encubridores de cuantos delitos se previenen contra el orden público en los Códigos Penal Ordinario, de Justicia Militar y Ley de julio de 1933.

Art. 9.º Quedarán a mi disposición, y a mis inmediatas órdenes o a la de los comandantes militares de las Plazas en su caso, todas las fuerzas armadas que dependan de otras Autoridades, teniendo desde este momento las que tuvieran con anterioridad la consideración de fuerza armada. Los funcionarios públicos y demás corporaciones civiles que no presten el inmediato auxilio que mis subordinados les reclamaran para el establecimiento del orden, serán suspendidos en el acto de empleo, cargo y sueldos o gratificaciones anexos, sin perjuicio de las responsabilidades en que incurrieren.

Art. 10.º Serán consideradas como presuntos reos de sedición o rebelión, las personas que se encuentren o hubieren estado en sitio de combate, y asimismo aquellos que fueren aprehendidos huyendo o escondidos, después de haber estado con los estimados como rebeldes o sediciosos y cuantos propalen noticias o informaciones tendenciosas.

Art. 11.º Hasta nueva orden queda prohibido el tráfico por carretera y en el interior de las poblaciones por medio de vehículos de tracción mecánica o animal, ya sean de propiedad particular o de servicio público, excepción hecha de los autobuses, tanto urbanos como interurbanos y tranvías. Los automóviles, motocicletas, bicicletas y demás medios de locomoción que precisaren circular, lo harán previa autorización, que se les será expedida en las respectivas Comandancias Militares.

A los efectos de términos legales, se hace la publicación de este Bando, a las cinco horas del día de hoy.

Las Palmas, 18 de julio de 1936.

Conviene poner mayor atención a este bando; es el instrumento legal por el cual llegará la amenaza, por el cual ha llegado la amenaza. A todos se les tratará como rebeldes.

Días atrás regresó de Madrid. En la capital parecen enloquecidos. Su corresponsal, que es socialista moderado, ha perdido los estribos. Se empeñó en llevarle al cementerio cuando el entierro del teniente Castillo, asesinado por los falangistas. Aquello le pareció trágico. La tormenta ha descargado; no puede jugarse con fuego. Él se quedó un poco apartado, no le gusta tomar parte en actos políticos y menos de naturaleza subversiva, porque aquello también era subversivo. Las Juventudes Socialistas Unificadas, dominadas por los comunistas, desfilaron uniformadas, militarmente, puño en alto al estilo ruso. Estaban Prieto, Lamoneda, el gordo Pedro Rico, alcalde de Madrid, el hermano de Fermín Galán, oficiales de Asalto y guardias, el teniente coronel Mangada y otros muchos. Subversión: las autoridades republicanas han perdido la brújula, se les escapa la autoridad, zarandeados por unos y otros, y eso es gravísimo. Ya se verá en qué para esto. Por la tarde un amigo, también canario, le informó sobre la otra cara de la moneda, el entierro de Calvo Sotelo. El asesinato de Calvo Sotelo, si como afirman los reaccionarios lo mandó alguien desde el Gobierno, fue un error. La vida de un hombre vale poco, y Calvo Sotelo y su política no eran particularmente simpáticos, pero su muerte fue gravísimo disparate, y si ocurrió, como parece más cierto, porque los compañeros de Castillo se desmandaron, también ha existido un fallo por parte de la Autoridad. Los falangistas viven como fieras acosadas: otra fuerza turbia, ilegal, a la que hay que reducir. ¿Hay? Hubiera habido… El que se lo contó no es persona sospechosa de simpatizar con el fascismo. Cuando, a la salida del cementerio, los manifestantes llegaron a la calle Alcalá, esquina a Pardiñas, los guardias de Asalto, que ocupaban una camioneta, echaron pie a tierra y dispararon a mansalva; tres muertos y numerosos heridos. Los mismos periódicos lo confesaron. No es que estos bárbaros tengan razón, pero muchos, muchos españoles se alegrarán oyendo el tremendo articulado del bando, y creerán que a palo limpio se restablecerá el orden.

Tras la música vuelve a leerse la proclama. Podría ser que entre líneas consiguiera sacar algo en claro:

¡ESPAÑOLES!

A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama en su defensa.

La situación de España es cada día que pasa más crítica; la anarquía reina en la mayoría de sus campos y pueblos; autoridades de nombramiento gubernativo presiden, cuando no fomentan, las revueltas. A tiros de pistola y ametralladoras se dirimen las diferencias entre los bandos de ciudadanos, que, alevosa y traidoramente, se asesinan sin que los poderes públicos impongan la paz y la justicia.

Huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la Nación arruinando y destruyendo sus fuentes de riqueza y creando una situación de hambre que lanzará a la desesperación a los hombres trabajadores.

Los monumentos y tesoros artísticos son objeto de los más enconados ataques de las hordas revolucionarias obedeciendo a las consignas que reciben de las directivas extranjeras, que cuentan con la complicidad o negligencia de gobernadores y monterillas.

Los más graves delitos se cometen en las ciudades y en los campos, mientras las fuerzas de orden público permanecen acuarteladas, corroídas por la desesperación que provoca una obediencia ciega a gobernantes que intentan deshonrarlas. El Ejército, la Marina y demás Institutos armados, son blanco de los más soeces y calumniosos ataques precisamente por parte de aquellos que debían velar por su prestigio.

Los estados de excepción y alarma sólo sirven para amordazar al pueblo y que España ignore lo que sucede fuera de las puertas de sus villas y ciudades, así como para encarcelar a los pretendidos adversarios políticos.

La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total; ni igualdad ante la Ley, ni libertad, aherrojada por la tiranía, ni fraternidad cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto, ni unidad de la Patria, amenazada por el desgarramiento territorial más que por regionalismo, que los propios poderes fomentan, ni integridad y defensa de nuestras fronteras cuando en el corazón de España se escuchan las emisoras extranjeras que predican la destrucción y reparto de nuestro suelo.

La Magistratura, cuya independencia garantiza la Constitución, sufre igualmente persecuciones que la enervan o mediatizan y recibe los más duros ataques a su independencia.

Pactos electorales hechos a costa de la integridad de la propia Patria, unidos a los asaltos a Gobiernos Civiles y cajas fuertes para falsear las actas, formaron la máscara de legalidad que nos preside. Nada contuvo la apetencia de poder, destitución ilegal del moderador, glorificación de las revoluciones de Asturias y catalana, una y otra quebrantadoras de la Constitución que, en nombre del pueblo, era el Código fundamental de nuestras instituciones.

Al espíritu revolucionario e inconsciente de las masas engañadas y explotadas por los agentes soviéticos, que ocultan la sangrienta realidad de aquel régimen, que sacrificó para su existencia veinticinco millones de personas, se unen la malicia y negligencia de Autoridades de todo orden que amparadas en un poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden y el imperio de la libertad y la justicia.

¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo?

¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con un proceder cobarde y traidor entregándola sin lucha y sin resistencia?

¡¡Eso no!! Que lo hagan los traidores, pero no lo haremos quienes juramos defenderla.

Justicia e igualdad ante la Ley os ofrecemos. Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social, llevada a cabo sin enconos ni violencias y una equitativa y progresiva distribución de riqueza sin destruir ni poner en peligro la economía española.

Pero, frente a eso, una guerra sin cuartel a los explotadores de la política, a los engañadores del obrero honrado, a los extranjeros y a los extranjerizantes, que directa o solapadamente intentan destruir a España.

En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las regiones, el Ejército, la Marina y fuerzas de orden público se lanzan a defender la Patria. La energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de las resistencias que se ofrezcan.

Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, porque las Instituciones, sean cuales fueren, deben garantizar un mínimum de convivencia entre los ciudadanos que, no obstante las ilusiones puestas por tantos españoles, se han visto defraudados, pese a la transigencia y comprensión de todos los organismos nacionales, con una respuesta anárquica cuya realidad es imponderable.

Como la pureza de nuestras intenciones nos impide el yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD.

Españoles: ¡¡¡VIVA ESPAÑA!!!

¡¡¡VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!!!

Enciende un largo cigarro y aspira el humo. El tabaco le sabe amargo como si el perfume se hubiese evaporado. Apura de un solo trago el vaso de whisky. Le ha parecido oír, a lo lejos, el tableteo de una ametralladora. Quizá sus sentidos empiecen a engañarle.

Gando

Un remolcador se aproxima a la playa. La mar está encalmada, la suave brisa apenas consigue rizarla. Los militares que esperan en el aeródromo se agitan emocionados.

—¡Ahí están…!

El capitán Beeb comprende que ha llegado el momento, todo está a punto. Las precauciones que observa en el aeródromo si por un lado le tranquilizan, en cierta medida también le inquietan. Desea levantar el vuelo de una vez.

Un bote a remos vara en la playa. Descienden unos marineros con los pantalones remangados. A las espaldas de unos de ellos, se encarama un hombre vestido de oscuro. Los militares que le acompañan desembarcan a la espalda de otros marineros. No quieren mojarse y la barca, debido al escaso fondo de la playa, no ha podido varar en seco.

Al tomar pie sobre la arena seca, el hombre vestido de oscuro se arregla la ropa y avanza decidido. Los militares le siguen; los que llegaron con Beeb se adelantan y se cuadran. Es un señor joven, de cabello oscuro y rizoso, no muy alto de estatura y enérgico de movimientos. Viste de gris, muy oscuro, con americana cruzada. Estrecha las manos de algunos de los militares que le esperaban. Uno de ellos le dice:

—Mi general, el aviador…

El hombre vestido de oscuro se adelanta hacia Beeb, mirándole a los ojos, y resueltamente le estrecha la mano.

—Soy el general Franco.

Todo sucede muy aprisa. Juntos se dirigen al aparato. Le presentan a un aviador español, Villalobos, que les acompañará. Sube el general a la cabina con una pequeña maleta; detrás lo hace su ayudante, que venía en el remolcador. Los demás, agrupados, se hacen a un lado. El general dice algo a los del grupo que le vitorean. La hélice se pone en marcha; detrás de él, una voz le dice:

—En marcha hacia Casablanca.

El funcionamiento es perfecto. El reloj de a bordo marca las dos y diez minutos.

El biplano despega sin dificultad y se aleja mar adentro.

Sevilla

En la plaza de Ponce de León, junto a Santa Catalina, una patrulla de paisanos monta guardia.

—¿Sabéis si está Martínez en el Centro?

—Sí; desde ayer no se ha movido… Y ¿qué hay por Triana?

—Allá bien, ¿y por aquí?

—Tranquilos…

—Salud…

En la calle de Santiago la gente habla de balcón a balcón, de puerta a puerta. La de López Pinto es una plazuela cerrada por tres de sus lados. Formando grupos charlan numerosos obreros; muchos de ellos están en paro forzoso. Van pobremente vestidos y calzan alpargatas. En la parte derecha de la plazuela, una antigua casa de aspecto señorial alberga la sede del Partido Comunista. Una bandera roja de pequeño tamaño cuelga del mástil.

En el zaguán un joven sentado en una silla de enea monta guardia con un rifle entre las piernas.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

Al volver el rostro, le reconoce.

—¡Ah! Eres tú… pasa.

—¿Está arriba Martínez?

—Sí, puedes entrar.

La puerta está abierta. Martínez, sentado tras una mesa entrega montones de octavillas a los camaradas que le rodean. Algunos salen precipitadamente de la habitación. Echa la silla hacia atrás y la apoya en la pared blanqueada de la cual cuelgan un retrato de Lenin y otro de Stalin.

—¿Qué hay?

—Vengo de Triana.

—Siéntate.

Le ofrece la petaca y ambos lían un cigarrillo. En un sofá, cuya tapicería está más que raída, se sienta un hombre en mangas de camisa con correaje militar. Sobre una mesa lateral, tres rifles «Winchester».

—¿Qué te trae?

—No me fío del teléfono… Hay mucha agitación en Capitanía; están presentándose jefes y oficiales. Tengo a dos hombres de confianza destacados en el Petit Café, y han observado el jaleo, también han recibido informes del cuartel de San Hermenegildo; están acuartelados y nerviosos.

—Nosotros, prevenidos.

—Bueno, no venía a eso. Como de camino hacia aquí me acerqué al Petit Café, los camaradas me pidieron que te previniese.

—El general Villa-Abrille es antifascista…

—En San Sebastián sacó las tropas contra el pueblo…

—No es que me fíe de él, por no fiarme te diré que ni siquiera de los guardias de Asalto, excepto de los que son camaradas nuestros.

—En Triana no tenemos fusiles; si ellos atacan, con pistolas no haremos nada de provecho.

—Por lo menos seis fusiles los tenéis. Y los rifles, ¿qué?

—Necesitamos más armas. Ni pistolas tengo apenas.

—Por ahora arreglaros como podáis. Si ocurre algo, un oficial de Asalto nos ha ofrecido fusiles. ¿Cuánta gente tenéis?

—Yo, personalmente, cincuenta; cincuenta de los buenos. Gente, gente, la que quieras. No pienso dar armas más que a los camaradas, los demás que se las compongan.

—¿Está por allá un tal Gallego, de la UGT, que ha venido de Madrid?

—Sí, un socialista. Nos hemos puesto de acuerdo. Buen elemento, me parece. Hemos nombrado un comité de enlace.

—¿Tienen armas ellos?

—¡Psé! Tampoco muchas que me parezca. Claro que ésos son muy cucos y a lo mejor las guardan escondidas… Pistolas sí les he visto. «Parabellum» y «star».

—Seguro que también mosquetones…

—Si pasa algo levantaremos barricadas y cerraremos el puente; está previsto.

—Cuidado con el teléfono, no os fiéis demasiado. Puede haber fascistas escuchando.

—¿De Madrid, qué se sabe?

El que estaba sentado en el sofá sale de la habitación. En la sala contigua se oyen voces y conversaciones. Martínez grita…

—¿Qué pasa ahí, no podéis callar?

—Ha llegado Angulo, de Tablada…

—¡Qué espere!

Martínez aplasta la colilla contra el cenicero repleto.

—¿De Madrid? La cosa está que arde. He hablado con José Díaz, y no creas que me ha sido fácil. En Madrid están preparados. Las células de los cuarteles comunican que los jefes están prontos a sublevarse. El Gobierno se mantiene firme. Los de Asalto y la Guardia Civil parece que defenderán la República. Las órdenes son de colaborar con las fuerzas gubernamentales y con los socialistas, también con la CNT. Pero que procuremos hacernos con armas, y conservarlas. En Asalto hay un teniente que nos las facilitará, pero a nosotros.

—¿Y de por ahí, qué se sabe?

—Malas noticias. Díaz me ha dicho que la Escuadra está dudosa. Que si los marinos se sublevan, nuestras células, apoyadas por republicanos y demás, tratarán de apoderarse de los barcos. Me ha advertido que estemos alerta. Si la Escuadra no bloquea a los fascistas de Marruecos, tratarán de desembarcar en Cádiz o Algeciras, y el camino hacia Madrid pasa por Sevilla. Cree que los militares sevillanos intentarán dar el golpe, y dice que los obreros hemos de apoderarnos de la calle y sitiarlos en los cuarteles.

En la habitación contigua siguen gritando.

—¡Anda! Dile a ése que pase de una vez.

Entra un cabo con uniforme de aviación, seguido de varios obreros y de un guardia de Asalto en mangas de camisa y con la gorra puesta.

—¿Qué hay?

—Que en Tablada hemos herido a un fascista. Un teniente fascista, que ha inutilizado uno de los aparatos…

—¿Cómo?

—Ha disparado sobre el motor con un «máuser»… Nos lo queríamos cargar, pero el coronel, que también debe ser fascista no le dejó a uno de los oficiales madrileños cuando iba a dispararle.

—Eso no importa. ¿Qué hay por allá?

—Salieron a bombardear Marruecos.

Un frenazo que se oye en la placita les hace asomar a la ventana.

—¿Qué pasa?

Desde arriba ven a un taxista acompañado de un campesino. Los que estaban en la plaza, se arremolinan y observan por las ventanillas del taxi recién llegado.

—Eh, vosotros, ¿qué pasa?

—Traemos siete «chopos». Los tenía escondidos éste…

El campesino levanta el rostro y sonríe maliciosamente.

—¿Están en buen estado?

—Los tenía envueltos y esta mañana me he entretenido en limpiarlos.

—¡Subidlos acá!

El taxista y el campesino, que lleva los fusiles como si se tratara de un niño en pañales, entran en la habitación, que se ha llenado de curiosos. El guardia de Asalto, que va en mangas de camisa, examina los fusiles accionando los cerrojos.

—Están bien…

El que ha llegado de Triana se acerca a Martínez…

—Un par de ellos me podrías dar por lo menos. Municiones tenemos.

—Anda, llévatelos y déjame en paz. Quiero tener acá las armas; así es que no me fastidies más.

Se acerca al taxista:

—Camarada, tendrías que hacerme un favor. Voy a llevarme un par de mosquetones. A los camaradas de Triana nos hacen mucha falta. No puedo transportarlos por la calle. Un paquete de forma tan alargada se haría sospechoso. Si tú me quisieras acompañar…

—Pues no faltaría más, tratándose de un camarada.

—¡Oye, Martínez! Me quedo con este par de mosquetones.

Los que ha elegido se los enseña al guardia de Asalto.

—¿Estarán bien?

El guardia les quita el cerrojo y observa la espiral del alma del cañón apuntando hacia la ventana.

—Ni pintados…

El campesino sonríe halagado.

—Los tenía envueltos, y esta mañana los limpiamos…

—Anda, vamos ya. En Triana no tenemos armas apenas. Unas pistolas. Los socialistas sí deben disponer de fusiles.

—Para ir más tranquilos, los esconderemos bajo la alfombrilla. ¿No te parece? Aunque no creo que la policía vaya a pararnos.

—No esperaba conseguir nada. He tenido suerte; prefiero dos chopos que media docena de pistolas. Si quisieran pasar el puente, defendiéndolo con un par de fusiles no hay bicho viviente que lo cruce…

—¿Por qué no me invitas a una copa, ahí en El Rinconcillo? En un periquete te llevo a Triana.

Descienden por la escalera. Una mujer que sube apresuradamente casi topa con ellos.

—¿Adónde vas, Carmela?

La mujer, que subía con la cabeza gacha, se sorprende al oír la voz y como hay poca luz y llega deslumbrada, tarda un instante en reconocerle.

—¡Qué guapa estás, Carmela!

—Tú siempre bromista; si te gusto se lo cuentas a mi marido.

—¿A qué vienes?

—Me manda él, que de uniforme no se atreve a que le vean por aquí. Quiero hablar con Martínez.

—¿Qué le quieres?

—Me ha dicho mi marido que os deis prisa, que en el Parque hay cuarenta mil fusiles y munición a porrillo. Él está de acuerdo con obreros que trabajan en la fábrica de artillería. Si asaltáis aquello, los operarios y algunos soldados os ayudarán. Dice que es la mejor ocasión, que no os la perdáis.

—¡Cuarenta mil fusiles…!

—Dice mi marido que apenas hay protección, que es fácil sorprender a la guardia.

—Anda, sube a Martínez. Hay mucha gente, pero tú pasa. Dile, si quieres, que has hablado conmigo. Que si necesita gente que me telefonee a Triana, yo llegaré en seguida. Tengo cincuenta hombres fetén.

Cuando la mujer se cruza con él, le da una palmada en las nalgas. Carmela se vuelve fingiendo enojo.

—Se lo he de contar a mi marido; te lo juro que se lo contaré.

Los hombres siguen escaleras abajo; el taxista se ríe.

—¿Quién es ésa? ¡Cuarenta mil fusiles! Ahí es nada. No tenemos tanta gente en todo Sevilla…

—Es la gachí de un sargento, buena hembra, ¿eh?

—¿Pero crees que será verdad?

—Más vale pájaro en mano. Anda, llevemos estos dos para Triana; los cuarenta mil no los tenemos aún trincados, éstos sí.

Para que el taxi pueda maniobrar en la pequeña plaza, los militantes del Partido Comunista sevillano y los curiosos que están allí reunidos, se apartan hacia las paredes. El taxi va pintado de color verde oscuro; la capota es negra. Lleva el número 6406-SE de matrícula.

En el Hotel Simón se ha vestido el uniforme y se ha ceñido a la cintura el rojo fajín de general. Instalado en esta calurosa habitación del piso alto del edificio de la Capitanía, espera la

señal. Unas horas antes ha llegado de Huelva en donde se ha visto obligado a despistar al gobernador civil, Jiménez Castellanos. En Sevilla parecen acobardados; se acuerdan del fracaso del 10 de agosto de 1932. Y ahora las circunstancias son distintas. En toda España van a producirse levantamientos; no todos van a fracasar. Le ha correspondido un cometido difícil; sublevar la plaza de Sevilla en donde los jefes de los regimientos, salvo el de artillería, no parecen decididos, en donde la Guardia de Asalto les saldrá a combatir, y la caballería se muestra contraria al movimiento, donde hay cincuenta mil, o los que sean, militantes socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos y la Biblia en verso. El torero Pepe el Algabeño, que es un salado, asegura que mil quinientos falangistas están dispuestos a colaborar con el Ejército, y un tal Barrau habla de movilizar requetés; lo cierto es que no puede confiar en los paisanos… ni en los militares. Menos mal que entre éstos cuenta con un núcleo de incondicionales, gente joven que si no se le echan atrás —y no se echarán porque están pringados hasta las cejas— pueden dar mucho juego. El general de la 2.ª División, Villa-Abrille, es un desgraciado, pero tratará de convencerle de que sea él quien proclame el estado de guerra, aunque después se le arrincone. No será capaz de arriesgarse; empezará a poner pegas legalistas. Que si la República, que si tal. ¿Qué tiene que ver la República con cuatro indocumentados que se han apoderado del Gobierno? Empezando por Azaña, ¡vaya uno! El calor se hace insoportable. Se entretiene examinando su pistola, montándola, desmontándola. Por fin le mete el cargador y se la guarda en el bolsillo del pantalón. Su ayudante, el comandante César López Guerrero, aguanta junto a él la impaciencia de la espera.

—César, por si la necesitamos usar…

—Nosotros ya estamos preparados…

Escribano, Lapatza y Arjona, se sonríen. El timbre del teléfono les sobresalta; Simón Lapatza coge el aparato.

—¿Qué hay?

—Soy Gutiérrez Flores. Dile al general que baje en seguida.

—Ahora se lo digo.

Con cierta solemnidad, casi cuadrado, el capitán Lapatza se dirige al general Queipo de Llano.

—Mi general, que baje en seguida.

El general se pone en pie, los oficiales desenfundan sus pistolas y las amartillan.

—Andando, señores…

Seguido de los oficiales, el general don Gonzalo Queipo de Llano sale a la galería que contorna el patio de la Capitanía General de Andalucía. A través de la cristalera se filtra una luz pálida, ligeramente tamizada; las paredes están teñidas de un blanco rabioso del que destacan, brillantes y multicolores, los azulejos del zócalo. Desciende por la escalera bordeada de balaustres de mármol.

En el patio, en cuyo centro crece una palmera y algunas plantas, están reunidos con el general de la división, don José Fernández de Villa-Abrille, el general López Viota, y sus ayudantes; también el comandante Cuesta, el capitán de Estado Mayor Gutiérrez Flores y otros militares. El general Queipo de Llano, mientras pasa junto al segundo de los faroles de cinco

brazos que jalonan la escalinata, mide la escena con la mirada. Alguien, tras él, grita ¡Viva España!, y otra voz: ¡Viva nuestro general!

Villa-Abrille le descubre cuando desemboca en el patio. Los que ignoraban su presencia en Sevilla, se le quedan mirando un tanto sorprendidos; quienes, por el contrario, le esperan, le acogen confiadamente. Queipo de Llano, que les aventaja en estatura, se une al grupo en actitud decidida. Villa-Abrille, es el primero que habla.

—¿Qué vienes tú a hacer aquí?

—Vengo a decirte que es la última ocasión que te doy; o con tus compañeros o con el Gobierno que está arruinando a la Patria…

—Déjate de historias, Gonzalo… Yo estoy siempre con la legalidad, con el Gobierno…

Hay que dominar la situación. O Villa-Abrille se pliega, o tiene que apoderarse por la fuerza de Capitanía. Se aproxima mucho y le mira a los ojos con energía.

—Escúchame… Traigo orden de la Junta del Ejército de levantarte la tapa de los sesos… Pero no tengas miedo… Como soy buen amigo tuyo no voy a recurrir a la violencia… Confío aún en que abomines de tus errores.

Los demás se mantienen tensos, pendientes del enfrentamiento de los dos generales.

—Te aseguro que no me asustan tus bromas. Estoy y estaré con el Gobierno, ése es mi deber.

Queipo de Llano da un paso atrás, se yergue, mira alrededor como tomando a los demás por testigos de que ha hecho cuanto podía.

—Lo siento por ti… No me quedan más que dos recursos, matarte o encerrarte… Te encerraré… Anda, pasa a tu despacho.

Los oficiales armados que apoyan a Queipo de Llano inician un paso adelante. Villa-Abrille advierte lo comprometido de su situación.

—Pasaré… Pero conste, y ustedes son testigos —dice dirigiéndose al general López Viota y a los de su Estado Mayor— que cedo ante la violencia.

—Sí, hombre, sí… ante la violencia… no te quepa duda.

El general Villa-Abrille se ve acorralado, sus acompañantes han adoptado una actitud pasiva.

Queipo de Llano se ha distendido, se siente casi bromista; la situación se ha resuelto con facilidad, nadie ha insinuado el más pequeño ademán de sacar una pistola, ni de requerir el auxilio de la guardia. Coloca una mano amistosamente sobre el hombro de Villa-Abrille y le empuja hacia su despacho.

—Ya te hemos oído lo de la violencia, pero anda pasa a tu despacho.

Detrás de los dos generales entran los demás militares.

—¿Es tu última palabra?

—Yo soy fiel a la palabra que di…

—Entonces ¡quedas detenido!

Villa-Abrille se sienta en un sillón. El general López Viota se coloca frente a Queipo de Llano.

—Yo también quiero quedar preso.

—Muy bien, pues queda usted preso…

—Y yo…

Algunos miembros del Estado Mayor del jefe de la división, se solidarizan con su general…

Del patio entra el comandante Cuesta, que conduce al comandante Hidalgo.

—Pues tú también, dentro, detenido con los generales.

Queipo está tranquilo. Todo ha sucedido en escasísimos minutos y sin dificultades. No se había trazado ningún plan; ahora es dueño de la Capitanía General de Sevilla, es decir de la 2.ª División Orgánica. Por el momento, domina el interior del edificio; ya es algo.

Avanzan a paso vivo por la calle de Canalejas en dirección a la de San Eloy. En la Casa del Pueblo están citados con Pepe Gallego, un metalúrgico madrileño de la UGT.

Andrés, obrero del ramo de la madera, perteneciente a la Secretaría Regional de la CNT, acaba de llegar de Cádiz adonde ha ido en representación del Comité Regional; se ha entrevistado con Aurelio Delgado y con Pulido; asistían también a la reunión Manuel Viñas, de Algeciras, que ha acudido con otro compañero de la Línea, con Mayo y con Vicente Ballester, de Cádiz. Ha hecho esfuerzos por convencerles de la necesidad de reforzar la Alianza Obrera, y marchar de acuerdo con socialistas y comunistas para coordinar una acción común dejando de lado viejos rencores y rivalidades. Han intercambiado sus respectivos puntos de vista. La situación es difícil; en Marruecos, según se rumorea, los compañeros son perseguidos como alimañas, se habla de fusilamientos en masa. Y lo que es peor, se tiene la evidencia de que las tropas van a desembarcar sea en Cádiz, sea en Algeciras, con complicidad de los militares. En Cádiz se han hecho gestiones cerca del Gobierno Civil, pero el gobernador se muestra confiado, asegura que no pasará nada y que en todo caso el Gobierno dispondrá de fuerzas suficientes para hacer frente a los acontecimientos. Presta atención a los del Frente Popular y se desentiende de los anarcosindicalistas, a los cuales nunca vio con simpatía porque es tan burgués como los mismos fascistas. Ha estado presente un representante de Jerez, un maestro a quien no conoce y que esta mañana a primera hora ha logrado hablar por teléfono con un miembro del Comité Nacional, que de parte de David Antona, que está detenido, les ha recomendado que prescindan de las autoridades republicanas y organicen la defensa de acuerdo con los compañeros de la UGT, socialistas y comunistas, pero que hagan valer su propia decisión y la autoridad que les confiere su número. Vicente Ballester ha declarado que en Cádiz están dispuestos a ir a la huelga general, tanto en la ciudad como en el puerto y en el campo, y que los compañeros se consideran movilizados. Han acordado que si militares y señoritos fascistas se sublevan, se echarán decididamente a la calle; los compañeros de las ciudades levantarán barricadas y las defenderán con las armas que tengan. De ser posible, se han de asaltar los cuarteles con la colaboración de los compañeros soldados y de aquellos suboficiales que pertenezcan a la CNT o sean simpatizantes. Es posible que los guardias de Asalto faciliten algún armamento, pero será en el último momento y lo confiarán preferentemente a los republicanos y socialistas; los de la Confederación tendrán que mantenerse atentos y procurarse por su cuenta el mayor número de armas y municiones, y luego no soltarlas bajo ningún pretexto. En los pueblos, los militantes cortarán las carreteras…

—Andrés, en resumen, ¿qué es lo que vamos a decirles a los de la UGT?

—Que hemos de mantener enlaces, y nombrar un comité de coordinación, si hace falta… Y después, lo de las armas.

—No sé para qué necesitamos a los socialistas; van a querernos mangonear.

—Compañero, los momentos son demasiado graves para mantener ninguna rivalidad.

Andrés sabe que José González, a quien llaman «el Zancudo», es de la vieja cepa, al padre lo fusilaron cuando lo de «la Mano Negra», y él ha envejecido sin adaptarse al momento, ni comprender la realidad de los problemas que hoy se le plantean al proletariado. Le respeta porque es un luchador veterano, que ha sufrido mucho, que nunca se ha doblegado y que goza de antiguo y general prestigio entre los peones del campo.

—Para mí, creo que unos cuantos compañeros escogidos y bien armados, por sorpresa podríamos asaltar el Parque, cargar los fusiles en unos camiones, y llevárnoslos. Una vez guardados y custodiados, nosotros los repartiríamos primero a nuestros militantes de la provincia y después a los de toda Andalucía. Si acaso, les dábamos unos cuantos a los de la UGT y otros pocos a los comunistas. A los demás, nada, que se los busquen ellos.

—Y los de Asalto, ¿crees que no intervendrían?

—Si los fusiles eran nuestros y armábamos a la gente, no me dan miedo los de Asalto.

—En la carretera de Dos Hermanas, tienen emplazada una ametralladora —dice Genaro, el más joven de los cuatro.

—Por si se sublevan los de artillería, no por nosotros.

«El Pineda» marcha tras ellos en silencio. Les acompaña por si tuvieran algún mal encuentro. «El Pineda», que es de complexión atlética, ha servido de modelo para un Cristo que ha esculpido Agustín Sánchez. Eso ha hecho que los compañeros bromearan a su costa.

—Tú, González, tienes tus ideas, pero el Comité Regional está de acuerdo en que hemos de obrar juntos con los compañeros de la UGT. Asaltar el Parque y la fábrica de artillería es una operación difícil y arriesgada. Los militares montan guardia y no resultará sencillo sacar las armas antes de que les lleguen refuerzos. He hablado por teléfono con Gallego; tenemos que planearlo despacio, estudiar el golpe y buscar el momento adecuado.

—También hay ametralladoras, me lo dijo un cabo.

—Quiero advertiros una cosa, y a ti, «Pineda», más que a ninguno. Que de esto no se hable con nadie. Hay por ahí mucho chivato suelto, y si ellos se previenen, fracasaremos y nos achicharrarán. Tampoco tiene que enterarse el gobernador, ni los de Asalto, porque están en contra de que se arme al pueblo.

—¡Calla! Si esos tíos nos tienen más miedo que a los fascistas.

—Cuando los fusiles estén en nuestras manos, ya hablaremos…

—¡Lástima que tengamos que repartirlos con los socialistas…!

—Guardia. ¡A formar!

La voz enérgica del teniente José Tormo Lobera sobresalta a los soldados que semidormitan en el cuerpo de guardia del cuartel de San Hermenegildo, en donde se aloja el Regimiento de Infantería núm. 6, llamado de Granada.

Corren los soldados a formar mientras que el corneta da los toques reglamentarios que anuncian la llegada del general de la división al cuartel.

El teniente Tormo se cuadra, consciente de la responsabilidad que contrae al rendir tales honores al general Queipo de Llano.

Don Gonzalo Queipo de Llano, que desde hace unos minutos es, por su propia voluntad y la de los demás sublevados, general jefe de la 2.ª División Orgánica, entra a pasos largos y decididos en el cuartel de San Hermenegildo. Le sigue el comandante César López Guerrero Portocarrero.

El general Queipo de Llano, que hasta hace unos minutos era director general de Carabineros, aventajado de estatura y de aspecto gallardo e imponente, devuelve el saludo al teniente de guardia y penetra hasta el patio del cuartel. El coronel del regimiento, don Manuel Allanegui, hace escasamente un par de horas ha estado reunido con los demás jefes de cuerpo en el despacho del general Villa-Abrille, quien les ha dado orden de permanecer acuartelados. Soldados, jefes y oficiales están en el patio cuando se presenta, anunciado por el toque de corneta, el general Queipo de Llano.

El coronel Allanegui que mandá este regimiento desde hace un mes, no conoce personalmente al general Queipo de Llano, pero le reconoce mientras se le acerca resueltamente y le estrecha la mano al tiempo que sonríe a los demás jefes y oficiales.

—Buenos días, señores.

Queipo de Llano, por su parte, es la primera vez que ve a este coronel, que goza de cierto prestigio dentro del Ejército. Al preguntarles al comandante Cuesta, que dirige en Sevilla los hilos de la conspiración, y a los demás militares que estaban en Capitanía una vez detenidos Villa-Abrille y López Viota, se ha enterado de que a Allanegui nadie le ha hablado dé lo que se estaba preparando. No quedaba otra solución que obrar con celeridad. El cuartel de infantería de San Hermenegildo está situado junto a la Capitanía General, en la cual y aparte de los escasos jefes y oficiales pronunciados, no ha conseguido reunir más efectivos que unos treinta hombres, entre ordenanzas, oficinistas y demás, a los cuales acaba de hacer armar convenientemente y ha arengado para levantarles la moral, sin preocuparse de averiguar cuáles puedan ser sus ideas políticas.

—Coronel, vengo a saludarle y a felicitarle por su actitud de solidaridad con nuestros compañeros de África, en estos momentos decisivos.

Allanegui, que le estrecha fríamente la mano, se pone en guardia. El nombre de Queipo de Llano es muy popular, no sólo en el Ejército, sino entre el común de los españoles. Está considerado hombre vehemente, audaz, republicano y turbulento; entre los militares se rumorea que, tras la deposición de su consuegro don Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, está indignado contra el Gobierno, y particularmente contra el nuevo presidente, don Manuel Azaña, a quien detesta.

—Yo estoy dispuesto a sostener al Gobierno.

—Mande usted formar al regimiento que vamos a proclamar el estado de guerra.

—No obedezco más órdenes que las del general de la División.

—El general de la División soy yo.

—Me refiero al general Villa-Abrille.

Queipo de Llano cuenta solamente con el apoyo de su ayudante. Los jefes y oficiales del Regimiento de Infantería núm. 6 parecen sorprendidos, si bien se solidarizan con su jefe. Suboficiales y soldados asisten como espectadores a esta discusión que, aparte de ser de incierto resultado, puede minar la disciplina que en este momento, más que nunca, interesa conservar intacta. Descubre una puerta abierta, que corresponde a la sala de suboficiales.

—¿Le importa, coronel, que continuemos la conversación ahí dentro?

Excepto algún teniente que se queda con la tropa, los demás entran en la sala de suboficiales. Queipo de Llano queda en el centro del grupo, los otros le rodean. Nuevamente se encara con el coronel.

—¿De manera que usted se coloca al lado de un Gobierno que arrastra a la ruina al país y que está vejando al Ejército como lo hace?

—Le repito que no puedo acatar más órdenes que las del general Villa-Abrille.

—Me obliga a quitarle a usted el mando del Regimiento.

Se vuelve hacia el teniente coronel.

—Desde este momento tome usted el mando del Regimiento…

—Mi general; yo estoy al lado de mi coronel.

—¿Ah, sí? Pues en ese caso, ¿a ver, quién es el comandante más antiguo?

La negativa de los jefes, que se solidarizan con el coronel Allanegui, hace la situación insostenible. Está solo y aunque la pistola que oculta en el bolsillo del pantalón, y la actitud hasta el momento pacífica de los que le rodean, no le hace desesperar, comprende que necesita algún refuerzo, y que se impone cambiar de táctica. Queipo de Llano, que es hombre franco y simpático, adopta un tono jovial, y se dirige a su ayudante.

—César, vamos a ver, llégate a Capitanía y dile al comandante Cuesta que venga; de alguna manera hemos de entendernos con estos señores. Creo que hay que poner algunas cosas en claro.

Cuando se ausenta el ayudante, Queipo se queda solo con los jefes y oficiales del Regimiento; no está seguro —y ellos también lo ignoran— si en calidad de guardián o prisionero.

Entonces se inicia una conversación amistosa. Algunos de los presentes se muestran de acuerdo con los propósitos que animan a sus compañeros de Marruecos, pero la guarnición de Sevilla, que se sublevó el 10 de agosto de 1932 a las órdenes del general Sanjurjo, sufrió las consecuencias del fracaso y está escarmentada. Argumenta el general que se trata de un caso distinto, y que, en este instante, se están alzando las guarniciones de la Península.

El comandante Cuesta se presenta acompañado del ayudante de general Queipo.

—Comandante Cuesta, ¿no me aseguró usted, que llegado el momento el coronel Allanegui y todo el Regimiento estarían con nosotros?

—Yo me mantengo fiel al Gobierno… —insiste el coronel.

El comandante Cuesta habla con el general, que se mantiene erguido y continúa dominando la situación, pero refiriéndose al coronel Allanegui.

—Nosotros, por su brillante historia militar, siempre supusimos lo contrario.

A los requerimientos del comandante Cuesta, los demás jefes se reiteran en su negativa a secundarles.

Tras las gafas del capitán Fernández de Córdoba, Queipo de Llano ha observado una mirada de simpatía.

—Capitán, ¿es usted capaz de ponerse al frente del Regimiento?

Fernández de Córdoba se cuadra.

—Sí, mi general.

—Pues haga usted tocar a escuadra.

El capitán sale al patio; en la sala de suboficiales se produce un momento de confusión. El coronel Allanegui intenta salir también, pero Queipo de Llano se interpone.

—¿Adónde va usted?

—A hablar a la tropa.

Allanegui echa mano a la pistola. Queipo de Llano le traba fuertemente con la mano izquierda mientras saca la suya que lleva amartillada en el bolsillo del pantalón.

—¡Se acabó! ¿Cree usted que no estoy decidido a matarle?

Se hallan muy cerca uno de otro; le mira rabiosamente a los ojos. Luego, sin dejar de esgrimir la pistola, aunque sin apuntar a ninguno de los presentes, se aparta ligeramente y les grita con energía:

—¡Todos presos! ¡Y síganme!

A pasos largos y decididos vuelve a cruzar la calle, acompañado de su ayudante y del comandante Cuesta, y conduciendo arrestados al coronel y a varios jefes y oficiales del Regimiento de Granada. Al salir del cuartel de San Hermenegildo ha guardado la pistola en el bolsillo.

Gonzalo Queipo de Llano (1875-1951). Al mediodía del 18 de julio se apoderó en Sevilla del mando de la 2.ª División. Hizo de la radio un arma eficaz; sus charlas comenzaron a ser radiadas aquella misma noche desde el micrófono instalado en su despacho de Capitanía.

Sevilla: Lucha en la plaza Nueva la tarde del 18 de julio. Soldados disparando contra el Hotel Inglaterra.

Sevilla: En las primeras horas del alzamiento los efectivos militares eran sumamente escasos; el ejército sólo consiguió dominar algunos puntos del centro de la ciudad.

Plaza de artillería en la plaza Nueva durante el ataque contra el Gobierno Civil, que se rindió por la tarde de 18.

Juan Fernández de Villa-Abrille, general jefe de la 2.ª División, destituido y hecho prisionero por Queipo de Llano.

Taxi matrícula SE-6406 ocupado por milicianos que se presentó de improviso, durante la lucha, en la plaza de San Francisco.
Sus cinco ocupantes resultaron muertos.

Sevilla: El día 20 llegaron por avión, desde Marruecos, primero nueve legionarios al mando del teniente Gassols y luego algunos más. Queipo de Llano les hizo desfilar en camiones y a mucha velocidad por las calles céntricas, con lo cual dio la impresión de haber recibido importantes refuerzos.

Queipo arengando a los legionarios recién llegados. A la izquierda de la fotografía, el comandante Castejón, jefe de la 5.ª Bandera, y a la derecha el comandante Cuesta.

Alicante

La suerte de España está decidiéndose. No queda posibilidad de retroceso, y él está aquí, encerrado, pues hasta el momento todos los intentos de fuga han fracasado o han sido desechados por una u otra causa. Llanitos Mora, que esta mañana ha venido a visitarle, le ha comunicado que ella misma ha oído por Radio Melilla que los militares se han apoderado de Marruecos y que el bando de proclamación del estado de guerra lo firmaba Francisco Franco. ¿Estará el general Franco en Marruecos? ¿Cómo habrá llegado? En Alicante, a su alrededor, algo extraño está sucediendo. Ni Carmen, ni Margot han acudido a visitarle a la prisión, ni siquiera la tía «Ma». ¿Obró cuerdamente confiándoles la misión de Alcoy? ¿Les habrá ocurrido algo desagradable? Los militares jóvenes y los falangistas de Alcoy estaban soliviantados y podían cometer una imprudencia. El general Mola es un perfecto organizador; sólo la coherencia, un orden riguroso, el acatamiento al mando pueden ser garantías del éxito en aventura tan arriesgada como una sublevación nacional.

En la prisión se advierte nerviosismo. Algo anormal pasa en Alicante. ¿Vendrán a rescatarle los camaradas? ¿Qué hará el general García Aldave? No es difícil organizar una operación por sorpresa para apoderarse de la cárcel; además, aquí, no se haría demasiada resistencia. Con una compañía bastaría. ¿Una compañía? Unos cuantos camaradas decididos. De ninguna manera puede él permanecer aquí dentro en estos instantes. De resultar cierto que el golpe está preparado y triunfa, él volará a Madrid; allí está su lugar y su puesto de mando. Si en los primeros momentos no se halla presente y vigilante, los militares les desbordarán. Sanjurjo, monárquico, con simpatía personal y amigo del lucimiento; Mola, reservado, autoritario, sin ideas firmes, posiblemente influido por los tradicionalistas; Franco, ¿Franco, qué? Y Goded, culto, flexible, pero ambicioso… Y no digamos, Queipo, una especie de Narváez demagogo. Puede hasta cierto punto confiarse en la oficialidad joven, en aquellos que se han aproximado a la Falange, aunque en el Ejército el espíritu militar pasa delante de las ideas. Y detrás de los generales están los Goicoechea, los Lequerica, los Rodezno, los Vallellano, los March, los Padrera, los Maura (y no don Miguel), los banqueros, los terratenientes, los grandes industriales. Sucesos y circunstancias desbordan al hombre. Él creyó tener las riendas en su mano; nadie aguanta las riendas en la mano, la historia atropella a quienes pretenden escribirla. Si no consiguen ponerle en libertad los camaradas alicantinos o los militares de la guarnición, recluido aquí, incomunicado, los acontecimientos, al precipitarse, le desbordarán. En caso de que en Madrid y en otras capitales el Gobierno se imponga, aunque sea momentáneamente, ¿qué le ocurrirá a la Falange con la Junta Política encarcelada, los jefes territoriales en las cárceles y los provinciales huidos o aprisionados, los cuadros en desorden, y anegados por la avalancha de derechistas que en estos días se han incorporado, aportando su espíritu de señoritos revanchistas?

Se pone en pie y pasea por la estrecha celda, más desesperadamente estrecha que nunca. De buena gana se daría de cabezazos contra la pared; pero hay que conservar lúcida la cabeza y no desesperar. Es el momento de la crisis. A él le incumbe la responsabilidad de haber lanzado a

los camaradas a esta tremenda aventura, confían en él, esperan de él, y él está impotente. Le esperan en Madrid, les prometió que, pasara lo que pasara, se pondría al frente cuando sonara la hora. ¿Vendrán a sacarle de esta prisión? Si hoy sábado se levantan las guarniciones, le quedan tres días para actuar; los tres días en que él ha exigido que no se nombren autoridades civiles. Y Mola se ha comprometido a cumplir el plazo. ¿Quién sabe si los militares, una vez proclamado el estado de guerra y con el poder en la mano, un poder omnímodo, cumplirán lo pactado? Los falangistas —son las condiciones acordadas— acudirán a la lucha con los mandos propios, formando unidades y sólo un tercio de sus efectivos podrá ser integrado en unidades militares. Pero en el último momento, ¿qué ocurrirá en cada provincia, en cada ciudad, en cada pueblo? Esto es en verdad una cárcel, más cárcel de lo que él mismo suponía.

Le duele el pecho, parece que le falta el aire; resuelve sentarse en el camastro. Le han incomunicado, no hay duda. Vicente, el guardián, que parece desasosegado, le ha anunciado que piensan trasladarle a la celda 10. ¿Por qué será? Disparos no se oyen. ¿Qué estará sucediendo en Alicante? Quizá sus inquietudes e incertidumbres sean ridículas, y los camaradas estén ya preparados para asaltar la cárcel, y esto sea como una corta pesadilla. ¿Tenía verdaderamente opción ante los hechos, tal como éstos se le han presentado? ¿Podía, de alguna manera, quedarse Falange al margen de este movimiento militar? ¿Cabe en España, en estos agitados días, la actitud de neutralidad? El choque violento puede aclarar o solucionar ciertas situaciones; es imprescindible restablecer el orden, la convivencia, la autoridad. ¿Y si los reaccionarios se «apoderan» del «poder»? ¿No será todavía peor? La perspectiva de una dictadura militar y derechista es gravísima amenaza para el país; sólo puede evitarse lanzándose ellos a la lucha y a la conquista del poder con todo el brío de que son capaces. La Falange, sin mandos, desorganizada, con los cuadros deshechos y desbordados por los adventicios de última hora, ¿se hallará en condiciones de controlar los acontecimientos? Y él aquí, entre cuatro paredes, sin poder ni gritar porque nadie va a oírle, a escucharle. ¡Que vengan pronto!

Aprieta los puños, aprieta las mandíbulas, bate el suelo con la punta del pie. Desesperarse resulta inútil. No le dieron opción; entre rojo y negro, ha tenido que apostar a negro, y jugárselo todo a un golpe de ruleta.

Callosa de Segura

Después de la comida se ha tumbado un momento para descansar, pero se ha quedado adormilado. A través de las persianas entran finos rayos de sol. En la huerta cantan enloquecidas las chicharras. La madre cose a la puerta, protegida por la sombra de la parra. Habla con alguien; no reconoce la voz del recién venido, que deja apoyada la bicicleta en la jamba de la puerta. Se incorpora; el forastero entra en la alcoba.

—¡Rafael! No veo. ¿Estás ahí?

—Sí, entra.

Coge una silla y se sienta frente a él. Habla en voz baja para evitar que la madre, que está fuera, le oiga.

—Me manda Antonio Maciá…

—¿Qué? ¿Ya estamos en marcha?

—Mañana, por la mañana, cuidando de que nadie se dé cuenta, los camaradas de Callosa hemos de concentrarnos en «La Torreta»; vendrán algunos de Rafal. Tenemos que llevar las armas que podamos.

—Tengo la escopeta y cartuchos con postas…

El recién llegado, orgullosamente, saca del bolsillo una pistola Astra, y vigilando la puerta, no vaya a asomarse la madre, se la muestra. Rafael la coge con muestras de admiración y apunta hacia un jarro de loza blanca que está colocado sobre la palangana.

—Por si hay follón en el camino. En Alicante iremos al cuartel y nos darán fusiles, municiones, y hasta creo que una ametralladora.

—¿Y José Antonio?

—Lo sacaremos de la cárcel y se pondrá al frente de la revolución nacional-sindicalista. Ya está enterado de que vamos para allá los de Callosa…

—¿Somos muchos?

—Todos; he visitado a Antonio Grau, a Cañizares, a Aledo, a López Mellado… Están entusiasmados. Ahora voy a ver a Mariano Sánchez, a Marcos y a José Victoria. Seremos más de cincuenta. Vendrán los carlistas de Crevillente, y los camaradas de Orihuela; además, los de la capital.

—¿Y los militares, qué?

—¿No te digo que nos darán armas?… Lo primero, nos presentamos en el cuartel… Proclamarán el estado de guerra Valencia, Alicante, Albacete y Alcoy. En Barcelona y en toda Cataluña se lanzan a la calle…

—Yo iría primero a la cárcel. Si vamos armados con escopetas y pistolas, podemos sacar en seguida a José Antonio y que él mismo nos mande.

—José Antonio tiene que marcharse a Madrid. Allá se pondrá al frente de la sublevación; los militares están de acuerdo.

Le devuelve la pistola con la que ha estado juegueteando.

—¿Quieres un trago?

—No, gracias; me voy a avisar a los demás. Si quieres, mañana te recojo y vamos juntos a «La Torreta». Mejor que lo hagamos en grupo, por si acaso…

—Con armas no le tengo miedo a nadie.

—No digas nada de lo que hemos hablado. Ni a tu madre…

—Descuida.

Al llegar a la puerta, se asoma a vigilar que no le descubra la madre de Rafael; se cuadra y levanta la mano. Se pone en pie y levanta también la mano. Ambos se sonríen.

—¡Arriba España!

—¡Arriba España!

Alza un poco la persiana y le ve marcharse en bicicleta por los estrechos caminos que bordean las acequias a la sombra leve de las palmeras.

Madrid

En la calle de la Montera y en la Puerta del Sol, grupos de gente, principalmente obreros, charlan, comentan, discuten. De los centros políticos y sindicales entran y salen los afiliados. Todo el mundo está nervioso, alarmado; los comentarios varían según la filiación política de quien los hace. Los transeúntes se miran unos a otros con desconfianza. Delante del Ministerio de la Gobernación un retén de Asalto monta guardia, pero grupos de paisanos invaden la amplia acera.

Durante la emisión de la mañana se ha leído un comunicado del Gobierno. Guzmán, que a esas horas dormía, no lo ha oído. Al trasmitirse de boca en boca el texto sufre deformaciones; deduce que lo que viene a decir es que se ha frustrado un criminal intento contra la República y que el Gobierno no ha querido informar hasta tomar las medidas oportunas para su aplastamiento; que una parte del ejército de Marruecos se ha sublevado contra el poder legítimamente constituido; que nadie se les ha sumado en la Península, y que elementos leales resisten en las plazas del Protectorado; que fuerzas de tierra, mar y aire se dirigen a sofocar a los sediciosos, y que el Gobierno, que domina la situación, dará pronto cuenta de que la normalidad ha sido restablecida. Nadie cree lo que el Gobierno declara y corren rumores alarmantes.

Guzmán se encamina a la central telefónica de la Puerta del Sol; los compañeros de prensa, que estarán mejor informados, le aclararán algo.

En Teléfonos se reúnen redactores de distintos diarios, de derechas, de izquierdas y de centro, en sus variados matices. Discuten acaloradamente, pero más que enfrentarse por ideas personales, o por aquellas que defienden los diarios en los cuales prestan sus servicios, lo que en este instante les apasiona son cuestiones informativas, profesionales.

—No hay comunicación telefónica ni con Canarias, ni con Baleares…

—El manifiesto de Radio Tetuán lo firma el general Franco.

—Franco estaba en Canarias; yo mismo he oído por Radio Tenerife una alocución…

—¿Pero tú, conoces su voz?

—¡Ah, no!

—Entonces, podía ser un *speaker*.

—Tienes razón.

—En una radio extranjera he oído que se combate en Larache, pero que Melilla, Ceuta y Tetuán estaban dominadas por los rebeldes. Se oía tan mal, que tampoco estoy seguro de que dijeran precisamente eso.

—¿Quién hablaba con Pamplona?

—No sé quién sería…

—Para el caso es lo mismo. A quien fuera, le han cortado de golpe la comunicación y no ha habido manera de restablecerla.

A las tres de la tarde el ministro de Gobernación suele recibir a los informadores. Hoy acuden ávidos de noticias, algo tiene que aclararles, si no lo hace, ellos le acosarán a preguntas.

Cruzan la Puerta del Sol, que arde bajo el sol de la tarde: suben al piso principal del Ministerio y entran en el salón llamado «de Canalejas», contiguo al despacho del ministro. Es un salón amplio y lujoso, ligeramente marchito en su decoración fin de siglo. Se asoman al balcón; la Puerta del Sol aparece inusitadamente animada, los tranvías van atestados. Es la hora de salida de algunas oficinas, que por ser sábado hoy se retrasa, el momento en que se retiran a sus casas los que se han entretenido tomando alguna copa con los amigos en bares y tabernas.

Los periodistas siguen comentando; han bajado el tono de voz.

—Me han asegurado que en Barcelona hay fregado en las calles.

—¿Sabes que Núñez del Prado ha marchado a Zaragoza?

—¿Para qué?

—No se fían de Cabanellas…

—¿Cómo? ¡No me digas…!

—Están armando con fusiles a los miembros de las Juventudes Socialistas…

—En la radio del Ministerio de Marina de Ciudad Lineal ha habido esta mañana una ensalada de tiros. Unos me han contado que eran los comunistas y otros que la han asaltado los de Falange.

—Veremos qué nos cuenta hoy el señor ministro…

—Nada que sea verdad; ya has oído el comunicado.

En lugar del ordenanza que suele abrirles la puerta para que pasen al despacho del ministro, se presenta el subsecretario de Gobernación, señor Ossorio Tafall. Es joven, de mediana estatura, ligeramente socarrón, gallego y correligionario de Casares Quiroga. Las derechas le consideran, de alguna forma, complicado en el asesinato de Calvo Sotelo. Hombre de palabra fácil, a pesar de lo dramático de las circunstancias aparece sonriente ante los periodistas.

—El señor ministro les saluda a ustedes; le resulta imposible recibirles como sería su deseo. Se encuentra desbordado por el trabajo. Bien… Ustedes conocen la nota de esta mañana. ¿Cierto? Ahora mismo haré que les repartan una segunda nota con ruego de que la publiquen en los periódicos de la noche… Supongo que todos habrán reservado el espacio… En definitiva nada nuevo; tranquilidad en la Península. En Marruecos la situación continúa incierta. Han salido fuerzas para apoyar a las unidades leales. El Gobierno agradece todas las adhesiones y ofrecimientos que se le han hecho por parte de los partidos y organizaciones sindicales. La mejor y más eficaz manera de colaborar con el Gobierno es apoyándole y garantizando la normalidad de la vida ciudadana. Esa normalidad será un mentís para quienes pretenden crear un clima de confusión. Gracias a las medidas de previsión del Gobierno se ha desarticulado un amplio movimiento de carácter subversivo, principalmente militar. Hemos tomado urgentes y radicales medidas. Se ha detenido a varios generales; al general González de Lara, en Burgos, por ejemplo. Aquí en Madrid, se están practicando detenciones. El Gobierno está sobre aviso. La policía, en Burgos, se ha apoderado de un avión extranjero, que parece que tenía como misión introducir en España a uno de los cabecillas de la rebelión, cuyo nombre, por ahora, no les aclaro, pero que ustedes deben conocer. En fin, la sublevación se limita a Marruecos y dentro de unas horas se anunciará que ha sido sofocada. Una intentona descabellada, que no tendrá repercusiones en ningún punto de la Península.

—¿Ni siquiera en Navarra? —pregunta uno de los informadores.

—¿Por qué, en Navarra?

—Corre el rumor de que el general Mola se ha sublevado con apoyo de los carlistas…

La actitud del subsecretario de Gobernación cambia súbitamente. Al formularle la pregunta se ha puesto en guardia y la semisonrisa se ha borrado de su rostro. Estalla colérico.

—¡Mentira! ¡Nieguen eso; es una falsedad! El general Mola, comandante general de Navarra, es leal a la República. Si alguno de ustedes lo duda, le responderé que hace sólo unas horas ha hablado personalmente con el señor ministro.

Los periodistas se despiden decepcionados. El Gobierno sigue la táctica del avestruz. Bajan discutiendo por la escalera.

—Azaña ha pasado parte de la mañana conversando con Sánchez Román.

—Quizás intenta constituir un gobierno de concentración nacional…

—¡Pues buena se va a armar! Sánchez Román no forma parte del Frente Popular.

—Los socialistas están armados, y no consentirán que se pacte con los fascistas.

—¡Hombre, fascistas! Yo creo que don Felipe es un republicano aunque de tendencia moderada.

Al salir por el portalón del Ministerio de Gobernación, la luz que reverbera sobre el pavimento les obliga a entornar los ojos. Por un instante los comentarios se interrumpen.

Sevilla

El calor es tan fuerte que agota; es preciso sacar fuerzas de reserva para mantener viva la energía y no decaer.

Después de vencer la resistencia inicial, el general Queipo de Llano ha conseguido que el comandante Gutiérrez Pérez se haga cargo del mando del Regimiento de Granada. Cuando ha formado la tropa se ha dado cuenta de que los batallones se hallan en cuadro. Los efectivos presentes no llegan a doscientos hombres. Villa-Abrille y los demás prisioneros están recluidos en una habitación, y por ahora permanecen tranquilos. Como la puerta carecía de llave, ha dado orden al cabo Miguel Prieto y a dos soldados, de que los vigilen estrechamente y que hagan fuego si alguien intenta escapar. Este cabo parece un muchacho resuelto; por otra parte los detenidos están desmoralizados y no son de temer. Habrá que trasladarlos a lugar más seguro antes de que reaccionen.

La situación es sumamente grave; si el enemigo se decide a tomar la iniciativa no podrán hacerle frente. Los guardias de Asalto, numerosos y adiestrados, disponen de tres coches blindados sumamente eficaces para la lucha callejera y capaces de ejercer un efecto desmoralizador. Por el momento al nuevo capitán general de Andalucía no le obedece más que la guardia de Capitanía, reforzada por ordenanzas y escribientes, y los menguados efectivos del Regimiento de Granada. Una compañía mandada por el capitán Rodríguez Tresellas ha salido, apresuradamente, a proclamar el estado de guerra; se hará prescindiendo de solemnidades; lo pegarán a brochazos de engrudo en unas cuantas esquinas. No hay tiempo ni es ocasión de florituras. Mucha suerte será si no se cargan a la compañía.

El comandante Cuesta y algunos jefes y oficiales forman su estado mayor provisional.

—Señores, hemos de obrar con suma urgencia. Lo primero es defendernos porque de un momento a otro podemos ser atacados. Con los hombres de la compañía de destinos, que se ocupen las azoteas, principalmente las de la plaza Gavidia; hay que mantener despejada la plaza y *sus* alrededores pase lo que pase. En San Hermenegildo se habrán tomado las disposiciones correspondientes, ¿no?

—Sí, mi general; pero le advierto que ausente la compañía del capitán Tresellas quedan unos cuarenta hombres en el cuartel.

—Son suficientes; que no se pierda contacto con ellos, y atención a las callejas… Lo que importa es apoderamos del Gobierno Civil; tan pronto como se proclame el estado de guerra, como general de la división me corresponde hacerme cargo del mando. Que el comandante Núñez reúna fuerzas de intendencia, las que pueda, una compañía, y que se dirija al Gobierno Civil y conmine, en mi nombre, al gobernador a la entrega de poderes. Así, por las buenas.

—Mi general, el comandante Núñez no está avisado ni sabe… Esta mañana con los demás jefes de Cuerpo se ha reunido con el general Villa-Abrille, aquí mismo… Claro que es un buen militar y de derechas.

—Pues ya es suficiente. Usted, capitán Escribano, redacte una orden y mande a un voluntario que se la lleve pitando.

—Mi general, los efectivos del segundo grupo de Intendencia son de 189 individuos de tropa, de los cuales 29 se encuentran destacados en el Parque; hay que descontar además los permisos y si hubiera bajas por enfermedad.

—¡No hacen falta tantos! Una batería de cañones escoltada por otra a pie después de apoderarse de Correos y la Telefónica puede apoyar a los de Intendencia. Y que un escuadrón montado acuda a la plaza Nueva. Allá nos vamos a jugar las castañas. Ya verán ustedes… Coloquen aquí el plano de la ciudad.

Sobre la mesa extienden un plano de Sevilla.

—Mi general, la caballería no parece estar de acuerdo con nosotros.

—Lo estará; telefonearé al coronel Mateo… Y si no se pone a mis órdenes, lo destituyo. ¡La caballería se me va a mí a insubordinar!

Han sido cursadas órdenes para que a estas mismas horas un capitán de Ingenieros se dirija con unos cuantos hombres a reforzar la guardia del Parque y Fábrica de Artillería. El edificio y lo que en él se custodia es de importancia vital; si los de Asalto lo toman antes y distribuyen las armas entre socialistas, afiliados a la CNT y comunistas que andan por la calle o reunidos en los centros, la partida está perdida. La rapidez y la audacia es lo único que puede salvarles.

—¿Cuántas ametralladoras me han dicho que hay en San Hermenegildo?

—Seis, mi general, y un cañón de acompañamiento.

—Perfectamente.

—Mi general, don Ramón Carranza espera ahí fuera.

—¡Qué bien! Ya tenemos alcalde. Que pase en seguida, y si viene don Pedro Parias, que pase también; no podemos gobernar una provincia sin nombrar, inmediatamente, un gobernador civil, porque el que hay ahora va a durar poco.

—Vámonos para casa que esto se va a poner feo. Va a armarse la reoca.

Coge del brazo a su mujer y aprietan el paso. Las voces se acercan «¡Viva España!». «¡Viva el Ejército Español!». Parroquianos y camareros se asoman a la puerta de los bares, los vecinos a los balcones. El comercio, debido a la hora, permanece cerrado.

—En la oficina me han asegurado que se ha sublevado el general Queipo de Llano.

—No corras tanto, que no puedo seguirte con estos tacones.

Por la calle de las Sierpes avanza una manifestación, poco nutrida, formada por un puñado de jóvenes, que gritan y se dirigen al público que les observa con indiferencia o con hostilidad.

Junto al matrimonio, que se ha detenido un instante, un corrillo de obreros comenta.

—¡Ya vienen los señoritos!

—¡Anda, pues que no les van a dar para el pelo!

Delante de los manifestantes corren algunos chiquillos a los que cualquier espectáculo divierte. «¡Arriba España!», gritan levantando el brazo al estilo fascista; los más tímidos, y un reducido número de entusiastas, entre el público de la calle, corresponde a los vivas.

—Van armados…

—Allá, uno ha sacado una pistola.

—Vámonos de prisa a casa. No se organice un tiroteo y nos coja en medio.

—¡Espérate! Deja que los veamos y entendamos lo que gritan.

El grupo va engrosando, pero su actitud despierta escaso eco. Los jóvenes visten bien a pesar de que las corbatas y los cuellos se han desbocado con la agitación. Las chaquetas blancas, veraniegas, desabrochadas, resaltan agitándose bajo la luz cegadora del sol, amortiguada a trechos por los toldos que cubren la calle.

A la puerta de un bar hablan el limpiabotas y uno de los camareros.

—Ése es Leopoldo Parias… Y sus hermanos… Y don Ignacio…

—¿Quién?

—Sí, hombre, don Ignacio Cañal.

—Ahí van don Carlos Llorente y don Alfonso Medina…

—¡Todos los fascistas…!

—Van hacia el Círculo de Labradores.

—Despertarán a los socios… están siempre adormilados…

—Tanto mejor si no despertaran nunca. Cuando abren un ojo es para hacer algún daño, y si abren la boca para arruinar a un cristiano.

Los jóvenes manifestantes se aproximan.

—¡Todos los buenos españoles a la calle! ¡Hacen falta hombres! Va a comenzar el movimiento salvador. ¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Viva el Ejército Español!

—¡Viva!

—¡Arriba España!

Empuja ligeramente a su mujer para que se meta dentro del bar.

—Nos tomamos una caña. Estos tíos me van a comprometer; he visto a José Ignacio Benjumea, no quiero que me descubra él a mí.

En el mostrador el camarero está sirviendo a unos clientes que no se han movido a pesar del barullo. La mujer les pregunta.

—¿Qué pasa, lo saben ustedes?

—¡Qué va a pasar! ¡Ya lo ve; los señoritos que se divierten!

El marido le da un tirón disimulado del brazo para que se calle. Ha contestado un hombre de mediana edad, con un cigarrillo a medio apagar entre los labios. Viste una chaqueta holgada, con los bolsillos llenos de papeles y el cuello sudado y no muy limpio.

—Don Federico —le dice otro más joven—, parece que en el cuartel de San Hermenegildo ha habido jaleo.

—Se han creído que los de África van a venir acá y va a ocurrir lo contrario. Mi hijo, que está en Tablada, me ha contado que están llegando aparatos de Madrid y que han bombardeado Tetuán y Melilla, que la Escuadra les hará migas.

—Pero en Tablada ocurrió algo…

—¿Que si pasó? Pues claro; que se cargaron a un fascista que estropeó un avión. Le pegaron cuatro tiros allí mismo, y a otra cosa…

La voces se alejan. Entran el limpiabotas y el camarero.

—Están delante del Círculo de Labradores. Obligan a salir a los socios, no sé para qué. ¡Si ésos del Círculo al primer disparo no podrán ni correr siquiera!

En voz baja le dice a su mujer mientras procura ocultar el número del *ABC* que lleva en la mano:

—Anda, vámonos.

—¿Sabéis quién está en Sevilla? ¿A qué no? Pues nada menos el célebre Rexach, el mejor aviador que tenemos en España. Ése sí es un tío. Donde pone el ojo pone la bomba. A los de Marruecos se les va a caer el pelo.

—Yo no le conozco…

—¿Que no lo conocéis ustedes? A republicano no hay quien le gane.

—Más que el comandante Ramón Franco no lo será…

—Pues su hermano, el de infantería, se ha sublevado en Canarias. Mi compadre lo ha oído por la radio.

—Amigo, no confundir. Hay hermanos y hermanos…

Delante del Círculo de Labradores se agolpa el público; se dan vivas y mueras.

—Vamos por esa otra calle. Prefiero dar un rodeo. Son unos exaltados. El ordenanza que esta mañana ha pasado por el Pumarejo contaba que los obreros están armados, que ha visto hasta fusiles. Y en Triana ¡no digamos!

—No pasará nada… Si yo fuera hombre, me iba con éstos.

—¡Tú estás loca!

Por la calle de Tetuán desembocan en la plaza de San Fernando. El asfalto despide un calor insoportable. En el centro de la plaza está instalado un cine veraniego. De pronto descubren a

unos soldados con la bayoneta calada que observan atentamente hacia las bocacalles y vigilan azoteas y balcones.

—Retrocedamos…

—¡Si no pasa nada!

Un cabo y un soldado pegan un cartel con engrudo en una fachada. Escasean los curiosos, apenas circulan vehículos. Los viandantes apresuran el paso y se enjugan el sudor.

Un capitán y un teniente dirigen la operación; se les advierte intranquilos. Unos pocos curiosos esperan a que se retiren los soldados; tímidamente se aproximan al bando.

—Vamos a ver qué dice.

Tras breve resistencia, él accede; no ocurre nada anormal. A la puerta de la Telefónica un retén de guardias de Asalto se protege del sol. Apresuradamente, para terminar pronto, leen:

Españoles: Las circunstancias extraordinarias y críticas por las que atraviesa España entera; la anarquía, que se ha apoderado de las ciudades y de los campos con riesgo evidente de la Patria, amenazada por el enemigo exterior, hacen imprescindible el que no se pierda un solo momento y que el Ejército, si ha de ser la salvaguarda de la Nación, tome a su cargo la dirección del país, para entregarla más tarde, cuando la tranquilidad y el orden estén restablecidos, a los elementos civiles preparados para ello.

En su virtud, y hecho cargo del Mando de esta División, ordeno y mando:

1.º Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División.

2.º Queda prohibido terminantemente el derecho a la huelga. Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los directivos de los sindicatos cuyas organizaciones vayan a la huelga o no se reintegren al trabajo los que se encuentren en tal situación a la hora de entrar el día de mañana.

3.º Todas las armas largas o cortas serán entregadas en el plazo irreducible de cuatro horas en los puestos de la Guardia Civil más próximos. Pasado dicho plazo, serán igualmente juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas todos los que se encuentren con ellas en su poder o en su domicilio.

4.º Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los incendiarios, los que ejecuten atentados por cualquier medio a las vías de comunicación, vidas, propiedades, etc., y cuantos por cualquier medio perturben la vida del territorio de esta División.

5.º Se incorporarán urgentemente a todos los cuerpos de esta División los soldados del capítulo XVII del Reglamento de Reclutamiento (cuotas) de los reemplazos de 1931 al 35, ambos inclusive, y todos los voluntarios de dichos reemplazos que quieran prestar esté servicio a la Patria.

6.º Se prohíbe la circulación de toda clase de personas y de vehículos que no sean de servicio público, desde las nueve de la noche en adelante.

Espero del patriotismo de todos los españoles que no tendré que tomar ninguna de las medidas indicadas en bien de la Patria y de la República. El general de la división, *Gonzalo Queipo de Llano*.

—Vamos a casa. No me gusta el ambiente; se masca el follón.

—¿Te has fijado? «Para el bien de la República». ¿Qué nos importa a nosotros el bien de la República?

—Queipo de Llano es republicano, todo el mundo lo sabe…

—¿Y por qué no han mandado a Sevilla a otro general que no lo fuera?

—¡Yo qué sé…!

—Me parece que esto va a ser salir de Málaga y entrar en Malagón.

Cuando terminada la lectura atraviesan la plaza, los soldados han desaparecido. En la avenida algunos tranvías han sido abandonados por sus conductores. A la puerta de Correos y Telégrafos, la pareja de civiles de guardia permanece tranquila, como si no afectara cuanto sucede a la rutina del servicio que prestan.

Ciudad castellana

Después de comer toma café en el saloncito de este hotel provinciano. Los muebles de mimbre que pintaron de blanco hace años, amarillean. Grandes macetas metidas en recipientes de latón bruñido sostienen palmeras enanas. Mientras toma café y fuma un faria, aprovecha para pasar en limpio las notas de pedido que los clientes le han hecho esta mañana.

José, el camarero, toma precauciones para que nadie oiga lo que va a decirle.

—Don Jaime, perdóneme que me meta donde no me llaman.

—Diga, José…

—Usted es forastero y no conoce las costumbres de por aquí.

—Algo si las conozco; hace cuatro años que recorro esta zona y dos veces por temporada paso a visitar la clientela.

—Que en Cataluña las cosas son distintas; allá hay más democracia. Ustedes los viajantes, van a lo suyo, pero yo me conozco el percal. Si admite un consejo, ándese con cuidado con el capitán, no discuta con él. ¡Créame, don Jaime!

—Si es hablar por hablar. Cada cual tiene sus ideas y usted sabe que yo…

—¿Qué me ha de contar? No se fie, que corre muy mala leche por ahí y que no está el horno para bollos. Van a sublevarse y están viniendo fascistas de la provincia.

—Bueno, pero a mí…

—Que no se fie don Jaime, que al capitán le conozco mejor que usted. Anduvo por Asturias después de la revolución, y mientras les sirvo a la mese le he oído contar cosas que ponen los pelos de punta. Y a usted le tiene entre los ojos. No puede tragar a los catalanes desde lo del Estatuto. ¡Créame!

—Oiga, José, me parece que usted exagera. He discutido sin faltar a nadie… Yo no defiendo que hayan matado a Calvo Sotelo, pero, francamente, no me resultaba simpático

—Mejor que se lo calle. Usted no conoce a la gente de esta ciudad. Si les dejan la mano libre ¡Dios no coja confesados! Usted es forastero y nadie necesita enterarse de si usted piensa blanco o negro. Lo malo es los que somos de aquí. A mí o me perdonan que pertenezca a la Casa del Pueblo. Y yo, pobre de mí, no me meto con nadie, pero cada cual tiene derecho a sus ideas. Yo estoy con don Indalecio Prieto que es un tío de talento. En cambio, mi hermano pequeño, ya ve usted, es de la Falange. Que cada cual haga lo que quiera, eso digo yo. Esta ciudad es imposible. Sin ir más lejos, el otro día, don Manuel hablaba de usted con el capitán, antes de comer —oiga, se lo cuento con mucha reserva, no me comprometa por lo que más quiera— y oí que decía: «Ése es un escamot, seguro; ¿no se ha fijado usted el acento catalán que tiene?, ni siquiera lo disimula…», y don Abilio va y contesta: «Pues que no se me ponga por delante». Claro que son habladurías, pero mejor es andar prevenido.

—Vivimos en un país libre…

—No sé lo que será su tierra, don Jaime, pero lo que es aquí estamos rodeados de carcas de la peor especie.

—Yo bien he hablado de política con don Ramón, el de Novedades a Precios Fijos, y no me ha parecido nada carca.

—¡Toma, como que es de los de Martínez Barrio!

—Mire, José, en cambio, cuando lo del Estatuto me dejó de comprar, García, don Guillermo, ya sabe usted. Al año siguiente volvimos a entrar en relaciones comerciales. No es por decirlo, pero llevo el mejor género…

—Don Guillermo es de los de Gil Robles, pero no es mala persona.

—Nunca he discutido con él de política. Yo, en cuanto entro en una tienda y veo un Sagrado Corazón, o algo parecido, pues me callo. Me gusta respetar las ideas de los demás. El viajante ha de transigir con el cliente. José, no voy a engañarle, soy de la Esquerra…

—No lo diga por ahí, créame. Ahora no se trata de perder un cliente. Están a punto de sublevarse. No se repita lo que en Asturias. Y vaya con cuidado con el capitán y los de su mesa.

—No llegará la sangre al río… De todas maneras, gracias, José.

Tras una vacilación, don Jaime saca un faria del bolsillo y se lo alarga a José, camarero del hotel.

Sevilla

Comienzan a oírse disparos, no muy nutridos pero que atemorizan; a algún lado irán a parar las balas, y al que le cojan por medio está listo. ¿Quién dispara y contra quién? Nadie es capaz de contestar a esta doble pregunta sin riesgo de equivocarse.

Enrique Cerezo, soldado de cuota, cumple su servicio militar destinado en el Grupo de Intendencia. Esta mañana, como de costumbre, se ha presentado en el cuartel; al mediodía no le han permitido salir a comer con su familia. Ahora se encuentra en la plaza de San Francisco, frente al edificio de la Audiencia, en posición de «en su lugar descanso», en alineación un tanto relajada, formando parte de una compañía incompleta, mandada nada menos que por un comandante. Otra de las secciones se ampara tras el edificio del Ayuntamiento, y un compañero que ha venido adonde están ellos, les ha contado que se ha asomado por el Arquillo y que la Telefónica la ocupa un retén de guardias de Asalto y que le parece haber visto ametralladoras. Los soldados, a los cuales no se les han dado explicaciones de por qué se les ha traído aquí pertrechados, hacen conjeturas. Afirman que a la compañía de Intendencia se le mandará entrar por la fuerza en la Telefónica. Añaden que vendrán nuevos efectivos y atacarán, por las buenas o las malas, el edificio del Gobierno Civil que está detrás del Hotel Inglaterra, al otro lado de la plaza San Fernando.

A los soldados les inquieta permanecer a pie firme y en descubierto sabiendo que en el Ayuntamiento están reunidos los concejales del Frente Popular, y que desde dentro del edificio los guardias municipales pueden dispararles a mansalva.

Hace aproximadamente una hora han sufrido una penosa experiencia. En el cuartel se ha presentado un paisano que ha hablado con el comandante Núñez. Entre suboficiales y soldados se rumoreaba que se trataba de un capitán de caballería retirado que se llama Parladé. Con cierta precipitación les han mandado formar con armas, correaje y dotación de munición completa, les han hecho subir en camiones y conducido hasta el Gobierno Civil. Un piquete de guardias de Asalto les ha dado el alto encañonándolos. El comandante y un teniente que iban

con ellos en los camiones han hablado con el oficial que mandaba a los guardias, y el comandante se ha metido en el Gobierno Civil. Los guardias de Asalto les miraban en actitud amenazadora y algunos para asustarles les apuntaban con las armas; hasta les han dirigido palabras injuriosas, calificándoles de fascistas. Los soldados, ignorantes de cuanto sucedía, estaban desconcertados y atemorizados.

Enrique Cerezo cotiza para Falange Española pero nunca se lo ha tomado demasiado en serio. Ahora que Joaquín Miranda, Jiménez, los hermanos Vázquez y otros muchos están encarcelados, la Falange en Sevilla apenas puede decirse que exista, y menos para él que está cumpliendo su servicio militar.

Entre los soldados se murmura que la compañía está sublevada como los de África, y que en Sevilla manda Queipo de Llano. Pero son rumores. También se dice que el general Mola ha salido de Pamplona para atacar Madrid, que la caballería se ha sublevado en Valencia y que de Tablada se han apoderado los comunistas y despegan aviones para bombardear Melilla.

Frente al Gobierno Civil han pasado un mal rato. Uno de los guardias ha dicho, dirigiéndose a ellos, que los fascistas eran unos hijos de puta. Como el guardia, ignoraba que él cotiza para Falange, el insulto no le alcanza, a pesar de que algunos compañeros sí están enterados. Él mismo ignora si debe o no considerarse afiliado y si le afecta la disciplina del partido o si el hecho de hacer el servicio militar le excluye de cualquier obediencia ajena al Ejército. A fin de cuentas no está seguro de si debe darse por insultado o no, por las soeces palabras del cochino guardia de Asalto que, además, empuñaba una pistola ametralladora que utilizaba para reforzar su chulería.

Al cabo de un rato el comandante ha salido del Gobierno Civil, ha subido a uno de los camiones y han arrancado. Los soldados correspondían con escaso entusiasmo a los ¡Viva la República!, que lanzaban los de Asalto, y no por falta de simpatía a la República por parte de muchos soldados, sino por el tono agresivo y de «trágala» con que lo gritaban los de Asalto, que son unos matones. Varios levantaban el puño cerrado, pero hasta ese extremo no han llegado los soldados. Los tres camiones han conseguido escapar, porque escapar era lo que hacían, y a los soldados les han conducido al cuartel de San Hermenegildo. El comandante Núñez y los oficiales han pasado al edificio de la división, donde, todo el mundo rumorea, que está el general Queipo de Llano que, destituido Villa-Abrille, se ha hecho cargo del mando.

Esta mañana, durante la instrucción, les han enseñado a cargar y descargar los mosquetones; como bisoños que son, pues hace una docena de días que se han incorporado a filas, ninguno ha disparado un tiro. Salvo alguno que pueda ser cazador, las armas les son totalmente extrañas.

Formando parte de un pelotón con el fusil en mano y el machete a guisa de bayoneta, despliegan y avanzan lentamente hacia el edificio de la Telefónica. El teniente Antonio Santa Ana de la Rosa les manda y conduce. Los guardias de Asalto inician la retirada hacia el interior. Hace un calor intenso y a Cerezo le resbala el sudor por el cuello y la espalda. El edificio de la Telefónica es alto; la fachada de piedra combinada con ladrillo rojo le recuerda otros edificios

que se levantaron cuando la Exposición Ibero-Americana, que se inauguró cuando él era todavía niño. En algunas ventanas descubre sacos terreros y cañones de armas que se asoman sobre los improvisados parapetos. Los uniformes azul marino de los guardias de Asalto le parecen amenazadores, impresión que viene agravada por el incidente que les acaba de ocurrir frente al Gobierno Civil.

Suena un disparo cuyo estampido conmueve toda la plaza. Los pies se le paralizan un instante; supone que su parálisis es la parálisis de los pies de todos los soldados de la compañía de intendencia. Suenan nuevos disparos y, de pronto, rompen en descargas cerradas. Los proyectiles silban sobre su cabeza, pasan junto a sus oídos, chocan contra el empedrado. Los soldados despliegan. Con la confusión producida por las descargas y el estruendo, le parece haber oído la voz de: «¡Cuerpo a tierra!». No sabe dónde echarse. Un árbol le proporciona menguada e insuficiente protección. El alcorque es refugio incómodo y escaso. Se arroja al suelo; nota, aunque indoloro, el golpe en codos y rodillas. «¡Fuego, a discreción!». Muy próximos suenan disparos que le aturden y ensordecen. Intenta cargar el fusil pero no se atreve a moverse por temor a que la cabeza le quede al descubierto. Silban los proyectiles por todos sitios, las hojas de los árboles se rasgan y caen. Sus compañeros se han diseminado; uno de ellos se parapeta en el ángulo del Ayuntamiento, se asoma, dispara rodilla en tierra, y vuelve a esconderse; la bala pasa por encima de Cerezo y la explosión del fusil le conmueve. Un sargento grita: «¡Eh, muchachos! Traedle acá, ¿no veis que está herido?». Se da cuenta de que desde hace un instante oía unos quejidos.

Ha conseguido cargar el fusil. Con cuidado va cambiando de posición hasta que logra disparar en dirección a la Telefónica sin apuntar apenas. El retroceso le desconcierta y el estampido le ensordece. Huele a pólvora y la sed le seca la garganta que empieza a picarle.

Agachados, muy cerca de él pasan dos soldados; cogiéndole uno de las piernas y otro de los brazos trasladan al soldado herido que va cubierto de sangre. No se atreve a cambiar de postura y no puede observarles bien; le ha parecido que se trata de uno que se llama Solaño.

De nuevo dispara, esforzándose por acomodar mejor la culata del fusil al hombro. Esta vez, aunque sólo fugazmente, ha llegado a ver el edificio de la Telefónica. La tarde transcurre pesada, calurosa; por este ángulo de la plaza hay bastante humo. Los soldados disparan desordenadamente. Desde la Telefónica los guardias de Asalto replican también sin ton ni son a sus disparos.

La manifestación obrera, que procede de Triana, avanza siguiendo la orilla del Guadalquivir. No son muchos los manifestantes y marchan en formación abierta y actitud recelosa.

—¿No te lo decía yo? Éstos son comunistas; escucha cómo van cantando la *Internacional*.

—Por mí pueden cantar misa, que no he de acompañarles.

—Le dije a Andrés que nos dejáramos de monsergas y que los confederales actuáramos por nuestra cuenta. Gallego, ese metalúrgico de la UGT que mandaron de Madrid, asegura que ellos tenían ya dispuesto el asalto del Parque de Artillería. Total, que los socialistas y los comunistas se quedarán con las armas.

—No será tanto, que los compañeros que vamos acá tampoco somos mancos.

—Mejor íbamos solos los de la CNT.

—Tú no digas nada; estoy de acuerdo con muchos compañeros de Triana para que si agarramos las armas, sin decir a nadie ni pío, telefonearles y que se presenten en el Parque de Artillería con camiones y con gente armada. Cargaremos las ametralladoras por narices y las llevaremos a nuestros sindicatos; a ver qué guapo nos las quita después.

Por la orilla del río se oyen disparos aislados. Hacia el centro de Sevilla el tiroteo es más intenso; de cuando en cuando destacan las series de una ametralladora. A mucha altura vuelan palomas y golondrinas. Los manifestantes van cantando la *Internacional*, y levantan el puño. A su paso, salvo algunos obreros que les demuestran su simpatía y mujeres del pueblo que les animan, se cierran balcones y ventanas.

Pasan ante la plaza de toros de la Maestranza y siguen por el paseo de Colón casi desierto. Del Guadalquivir sube una calina adormecedora. Tienen que entornar los párpados a la luz que les ciega.

Las puertas del Parque de Artillería están cerradas; los manifestantes se disponen a forzarlas.

—Esos cabrones están dentro; los huelo. Vente y pongámonos a reparo. No me gusta esta manera de atacar al descubierto.

Sacan las pistolas y se arriman al quicio de una puerta. Los que forman el grupo más numeroso, al compás de los gritos de ¡UHP! ¡UHP!, se aproximan al Parque con desconfianza. Por las ventanas del piso bajo han visto cruzar algunos soldados. Unos tiros de pistola son disparados contra el edificio; arrecia el griterío. Asoman los cañones de unos fusiles apoyados en los repechos, y se oye la voz de mando: «¡Fuego!». La calle se llena de humo y estruendo. Algunos manifestantes caen al suelo, y los demás corren en medio de una gran confusión; en seguida suena otra descarga. Los atacantes se dispersan; sólo unos pocos disparan sus pistolas mientras se retiran.

Ellos están desenfilados, pero no suficientemente ocultos en caso de que alguien se asome a las ventanas del Parque, pues el quicio que les protege es poco profundo. Genaro, el más joven de los dos, aprieta la espalda contra la puerta cerrada, mientras el «Zancudo» con la pistola que ha sacado del bolsillo, una «star» del 9 largo, comienza a disparar rabiosamente contra las ventanas del edificio militar.

Suenan voces de auxilio y blasfemias. Con dificultades retiran a alguno de los heridos. Otros no se mueven, parecen muertos. Con el rostro terroso, sujetándose el vientre con ambas manos, la camisa y los dedos ensangrentados viene hacia ellos Pepe Izquierdo, un muchacho panadero de las Juventudes Socialistas que vive en Triana. Busca su protección; los ojos le bailan aterrorizados.

—Voy herido, ayudadme…

El «Zancudo» le coge por el brazo y le arrima a la pared cubriéndole con su propio cuerpo.

—¡Ahora veréis, bandidos!

Coloca otro cargador en la pistola, y de nuevo lo vacía con rabia.

Espaciados y amedrentadores contestan los fusiles. La calle va quedándose desierta.

—¡Me muero! ¡Me parece que me muero! —grita el herido.

Genaro le sostiene; los casquillos de la «star» rebotan contra el suelo, las jambas y la puerta. Uno de los casquillos le ha asustado al rozarle en un hombro.

—Genaro —dice el «Zancudo»—, me marcho de Sevilla; voy a recorrer la provincia; traeré acá miles de peones, y verás cómo acabamos con esta canalla.

—¿Todos ésos… estarán… muertos?

—Pues claro, ¿qué te crees, que tiran con caramelos?

Pepe Izquierdo da una arcada y empieza a arrojar sangre por la boca. Los mira asustadísimo, implorando ayuda, pidiéndoles que le digan que sus heridas no son graves, que no va a morirse. El rostro se le ha quedado blanco.

—¿Qué hacemos con éste?

El «Zancudo» carga de nuevo la pistola y se la coloca en el pantalón, sujetándosela con el cinto.

—Cógele bien y vamos a llevarle donde podamos; hay que sacarle de aquí.

—No, no… ¡ay… ay…!

Desoyendo sus quejidos, pasan los brazos del herido sobre los hombros de ellos y sujetándole como pueden, corren para ganar el paseo de Colón y desenfilarse del fuego de los soldados que defienden el Parque.

Parado junto a una esquina hay un automóvil en el cual están metiendo a tres heridos. Pepe Izquierdo gimotea débilmente. Al retirar las manos del vientre, le ha salido el paquete intestinal que cuelga sanguinolento. Cuando llegan, el automóvil se ha marchado al hospital.

—Compañeros, ¡echadnos una mano…!

Uno de los que acuden a ayudarles empuña todavía la pistola.

—¿Dónde podemos llevar a éste? Va malherido.

El de la pistola, le coge por los cabellos y le echa hacia atrás la cabeza. Guarda el arma en el bolsillo y con el pulgar y el índice le separa los párpados.

—¿Malherido? ¡Ya está difunto…!

Le arriman a la pared y le colocan en el suelo con cuidado; el pantalón deshecho por los balazos se le ha caído de la cintura. Los intestinos le cuelgan. Una mujer que, con precauciones, sale de una casa, al verle vuelve a entrar, y en seguida se aproxima con un trapo blanco. Pepe Izquierdo, panadero de Triana, afiliado a las Juventudes Socialistas, tiene cara de niño; de niño muerto. La mujer se santigua y le cubre el rostro con el paño blanco.

—¡Pobrecillo!

El «Zancudo» empieza a proferir blasfemias y amenazas, parece haber enloquecido. Un viejo herido en un brazo se acerca a ellos. Ha perdido una de las alpargatas y cojea. Intenta bromear por la pérdida de la alpargata, pero el dolor le contrae la boca y acaba haciendo una mueca.

—¡Pobrecillo! Venga acá, que sangra demasiado.

La misma mujer se acerca al herido y le acompaña hacia su casa. El viejo, un obrero portuario a quien Genaro conoce, al pasar le dice:

—Más de diez muertos, he contado… ¡Es horrible! Menos mal que me han cascado en el brazo izquierdo si me aciertan en el derecho, me quedo sin pistola… igual que he perdido la alpargata.

El «Zancudo» arranca a correr en dirección al Parque. Genaro no puede retenerle y le sigue a cierta distancia, procurando no quedar al descubierto.

—¿Adónde vas? ¡Qué te van a arrear!

Le ve desmedrado, grotesco. Los pantalones, que le quedan anchos se los sujeta con un cinto de cuero gastado; los brazos flacos cubiertos de vello gris, la cabeza angulosa y semicalva; tiene los hombros estrechos, huesudos, y la piel morena y reseca del campesino viejo. Pistola en mano se coloca plantado, abierto de piernas, frente al edificio del Parque de Artillería. Comienza a vaciar el cargador; los disparos suenan escuetos en la tarde. Los que estaban recogiendo a los heridos o pretendían levantar a los muertos se retiran apresurados a refugiarse en esquinas y portales.

—¡Hijos de perra, traidores! ¡Bajad a la calle, si sois hombres!

Estira ambos brazos; en la mano derecha esgrime agresivamente la pistola. Suena un disparo; el «Zancudo» cae hacia atrás dando un bote. El choque de su cuerpo contra el pavimento resuena. Queda boca arriba, con los ojos abiertos; la pistola se le escapa a varios metros de distancia. En el suelo se forma un charco de sangre que crece muy de prisa.

—«¡Zancudo!». «¡Zancudo!».

A Genaro le da miedo acercarse. Lo contempla desde un lugar desenfilado. Tiene un orificio pequeño en mitad de la frente y el cabello empapado en sangre. Un muchacho arranca a correr ágilmente; recoge las pistola y regresa a toda velocidad, a guarecerse.

—Compañeros, regresemos a Triana; en la Torre del Oro hay soldados también. Cuidado con ellos y con sus fusiles.

Permanece un instante mirando al «Zancudo». Está muerto, nada puede hacerse por él. Lo mejor es regresar a Triana. No se oye ningún disparo por los alrededores, y se ve poca gente; empiezan a salir a la calle algunos vecinos. Dos hombres fornidos llevan en la «sillita de la reina» a un obrero herido en la pierna. El herido sostiene en la mano una pistola. Un señor, bien vestido, con chaqueta de hilo blanco y corbata se les acerca.

—¡A ver, tú! Trae esa pistola… No sé cómo son ustedes así. ¡Qué catástrofe! Ocurrírseles atacar al Ejército…

Le quita la pistola. El herido no opone resistencia. El señor de la americana blanca se la guarda en el bolsillo tras de examinarla con golosa curiosidad.

Por el paseo de Colón se oye la campana de una ambulancia que pasa a todo correr en dirección al Parque de Artillería. Un momento después pasa otra ambulancia. Sobre el blanco de las carrocerías destaca el rojo vivo de las cruces.

Genaro, que camina de prisa, nota una angustia viva en el pecho; se siente zarandeado y conmovido. Nadie le ve; se arrima a una pared y se pone a sollozar, a golpes, sin poder contenerse.

Barcelona

Fernando se ha presentado a comer más tarde de lo que había prometido cuando ha telefoneado desde la división. Lo importante es que haya venido. También ha comido en casa Rafael Quiroga, teniente de caballería, casado con su hermana Pilar. Los dos hombres han hablado de sus asuntos con apasionamiento y preocupación; sólo después les han hecho caso a ellas. Su hermana espera un niño; Fernando y María Teresa tienen un pequeño de dos años.

El «studebaker» sube por la calle de Balines; acaban de cruzar la Diagonal. Fernando, que conduce con una sola mano, la lleva abrazada, y la mira de cuando en cuando con ternura. Es rubio; sus ojos, de un azul verdoso, cuando se encoleriza oscurecen. Van a su casa en la calle de Balmes, más arriba de la plaza Molina; Fernando, que tiene que regresar en seguida a su servicio en la división —se ha escapado una hora para verles a ella y al niño— desea que recoja las joyas y algunos objetos de valor y que regrese de nuevo a casa de la familia pues en Barcelona pueden producirse sucesos en que se verán mezclados.

María Teresa le mira con temor o incertidumbre. Finge hallarse despreocupado, pero ella sabe que está inquieto, y mucho, y que como nota que en este momento le observa, simula para tranquilizarla.

—Tengo miedo, Fernando, ¿qué puede ocurrir?

La mira y sonríe; esa sonrisa la tranquiliza momentáneamente.

—No seas tonta, no te asustes. Ya sabes que he pasado momentos difíciles, esta vez será igual. En agosto haremos un viaje al Norte, a casa de los Quiroga, con Rafael y con tu hermana. Nos divertiremos y entonces ni nos acordaremos de todo esto. ¿Ves como es una bobada preocuparse ahora?

Han atravesado la plaza de Molina. A la derecha en una estación de servicio hay unos hombres parados.

—¿Ves ese grupo? Vienen a por mí. Pararé un instante, saltas del coche y te metes en el portal; en casa recoges lo que sea y te vuelves en taxi a casa de Pilín. No puedo detenerme.

Frente al portal el coche, que había acelerado, da un frenazo. Ella abre la portezuela.

—¿Cuándo me llamarás?

—Así que pueda…

Nota el brazo de él que la rodea mientras la besa. La punzada de miedo que segundos antes la paralizó, ha desaparecido. El abrazo se afloja.

—Baja rápido…

—Ten cuidado. No te expongas demasiado.

—Ya sabes que las balas me conocen…

El «studebaker» arranca y desaparece Balmes arriba. Asustada entra corriendo en el portal. Se detiene abrumada por una congoja que la conturba el ánimo. Se ha marchado; ella está sola, ¿qué pasará?

La cabina del ascensor le parece terriblemente pequeña. Saca el pañuelo del monedero y se enjuga las manos y la frente. Cuando se acuerda de los hombres apostados en la estación de servicio, se apresura a pulsar el botón como si tratara de escapar de ellos.

Madrid

En la logia Matritense, instalada en el número 12 de la calle del Príncipe, se hallan reunidos algunos militares pertenecientes a la UMRA; los hay afiliados a diversos partidos y algunos apolíticos. Unos visten de uniforme, sea del Ejército o de los guardias de Asalto, otros de paisano.

—Acabo de hablar con Díaz Tendero, en el Ministerio, y me asegura que Queipo de Llano se ha sublevado en Sevilla; se lucha en las calles y los obreros son dueños de los barrios.

—Mi mujer ha telefoneado a su hermana, y resulta que a mi cuñado, que ya sabéis que es comandante, le han detenido. No se ha atrevido a darle demasiados detalles por si alguien escuchaba; la caballería se mantiene leal.

—Está allá de coronel Mateo…

—A los de Seguridad y Asalto les manda Loureiro. Darán su guerra, porque no es de los que se achanta.

—Ya sabéis cómo son los sevillanos… Y los que destinan allá, por lo visto, se contagian. Queipo, a quien conozco muy bien de cuando lo de Cuatro Vientos, es un megalómano. Salta como la pólvora y es audaz hasta lo increíble pero se arrugará, ya lo veréis. ¿Cómo va a entenderse con las derechas de Andalucía, las más retrógradas de toda España? Que ya es decir.

—Desconfía de Queipo; si le saben adular transigirá con lo que sea, y si le conviene se hará monárquico.

—Está muy desacreditado.

—El capitán Díaz Tendero me ha informado de que el gobernador civil resiste, pero que da la sensación de hallarse acobardado.

—Lo que tendría que hacer es armar a los socialistas.

—Yo, si fuera el gobernador, entregaría fusiles a los anarquistas y verían la que se armaba. A los señoritos sevillanos les iría de perlas un escarmiento.

—Se rumorea que han detenido a López Viota; no me lo explico; es un derechista… Yo, por lo menos, le tengo conceptuado como un meapilas a juzgar por lo que mi cuñado me ha contado.

—En Sevilla ocurrirá igual que cuando la sanjurjada. No os preocupéis, mucho ruido y pocas nueces. ¿Y qué me decís de Cabanellas?

—Ya debe estar allá el general Núñez del Prado; le hará entrar en razón.

—¿Qué se sabe de Barcelona?

—Llano de la Encomienda es republicano, pero la opinión general es que habrá pronunciamiento.

—He hablado personalmente con Pozas y con el ministro de Gobernación, les hemos ido a ver para un asunto. El general Pozas cree que en Cataluña la Guardia Civil se mantendrá fiel al Gobierno en caso de pronunciamiento; además están los de Asalto…

—Hay ahora buena oficialidad; han tenido que hacer algunos traslados pero las dificultades se han salvado.

—¿Y los asturianos, qué?

—Un tren de mineros viene hacia Madrid, ¿no lo sabéis? Asturias, en caso de que el follón se generalizara, será uno de los bastiones más firmes de la República…

—¿De la República? Vosotros jugáis con las palabras. Yo entiendo por República la de los republicanos. No estoy de acuerdo con vosotros.

—¿De qué republicanos me hablas? ¿De Queipo? ¿De Cabanellas? ¿De Lerroux y los suyos? No, amigo, prefiero a los mineros asturianos, a los obreros catalanes y vascos, a los campesinos andaluces, a los militantes de las Casas del Pueblo, desde luego. Y si me apuras, a los comunistas, a los anarquistas…

—Para hacer abortar cualquier intentona sediciosa en Asturias, no hacen falta mineros revoltosos. Se basta Aranda.

—¡Hombre, ése sí! Oviedo, por lo menos, lo tenemos seguro, pero ¿y Gijón?

—Aranda, si llega el momento, se impondrá en Asturias. Su presencia es una garantía para la República y para nosotros, una doble garantía.

—Pozas, por lo que hace a Pamplona sólo confía en el comandante de la Guardia Civil.

—¿Quién es?

—Un tal Rodríguez Medel. No le conozco. Si la situación en Pamplona se pone fea —de Mola no se fía nadie, ni el propio Batet— se replegará con los guardias de la comandancia de Navarra a Tafalla; allí consolidará un núcleo de resistencia.

—No está mal pensado, hay que asegurar la retaguardia y en la ribera navarra hay un plantel de republicanos…

—Y socialistas…

—Según Pozas, en Pamplona hay escasez de fusiles. Para el caso de sublevación, conviene aislar Navarra de Aragón, pues en el Parque de Zaragoza se guardan no sé cuántos miles de fusiles.

—En Zaragoza está Núñez del Prado… Y de gobernador Vera Coronel, un chico de Elda, fabricante de zapatos, que vale mucho, además… para nosotros es de confianza.

—Ya que habláis de fusiles, ¿qué ocurre en Madrid?

—Que en la Montaña están acuartelados…

—Sublevados diría yo. Es un semillero de fascistas. Casares Quiroga vive en la luna, vaya…

—Pues que se subleven, les daremos para el pelo.

—¿Sabéis lo que os digo? Que lo mejor es que todos los fascistas y monárquicos se sublevaran de una puñetera vez; así quedaría limpio el Ejército. Cabría la posibilidad de organizar un ejército republicano de verdad, que es lo que el país necesita.

—Pero ¿estamos nosotros, quiero decir, el Gobierno, en condiciones de hacer frente a una sublevación generalizada?

—Por supuesto que no. De la Guardia Civil, gran parte se sublevará también.

—Nosotros contamos con un apoyo más poderoso; el pueblo. El pueblo vencerá, no lo dudéis; nadie es capaz de avasallarle, y al pueblo español menos.

—Oye, no nos largues un mitin…

—El pueblo no necesita más que armas y que se encuadre el paisanaje con una oficialidad sana y leal. Se forman unos batallones, y ya pueden salir los fascistas de los cuarteles que en la calle se les batirá. Y si se meten en los cuarteles, pues peor para ellos.

—Nosotros estamos desde esta mañana intentando hacernos con las municiones del polvorín de Retamares, antes de que los fascistas se apoderen de ellas. Pero nos hacen ir de Herodes a Pilatos.

—¿Habéis estado en la división?

—Sí. Venimos de allá…

—¿Y qué dice Miaja…?

—Yo me armo un lío. En la división ocurre algo anormal. Hemos hablado con el coronel Peñamaría que se ha mostrado descortés y amenazador…

—Como fascista que es…

—Pero es que Miaja… No sé… no querría…

—¿No irás a decir que Miaja… también…?

—Desde luego que no… Pero hace aguas… ¡Yo no sé! En la división el ambiente está enrarecido. Hemos tenido una bronca. Me da la sensación de que entre el coronel y dos capitanes que están allá, Jover Luque y ese otro… Oye, tú, ¿cómo has dicho que se llamaba el otro de artillería?

—Julián Peña…

—¡Ah sí! Pues que tienen a Miaja acorralado. Apenas nos lo han dejado ver; actúan ellos en su nombre.

—Lo que hemos de hacer es mantener contacto con los mandos de confianza, y con el Ministerio de la Guerra.

—Pero tengamos preparados a hombres que llegado el momento estén dispuestos a luchar contra quien sea. Mangada está reclutando gente. En el Parque les darán fusiles; hay cinco mil con los correspondientes cerrojos.

—Como que en el Cuartel de la Montaña guardan el resto de los cerrojos. Hasta cincuenta mil, nada menos.

—No me digáis que en España no ocurren cosas extraordinarias. Los fusiles almacenados en el Parque; y un coronel cualquiera controla los cerrojos.

—A mí, Mangada no me merece confianza. Es un chalado…

—Es hombre leal y valiente…

—Un chalado que sólo disgustos puede darle al Gobierno. ¿Quién le manda a él organizar milicias? Y además, un tipo vegetariano, esperantista, espiritista, etc., no me digáis que no está como una cabra…

—A veces un loco soluciona una situación que un cuerdo no es capaz de resolver.

—Otra cosa: ¿no sabéis que el ministro ha enviado a su ayudante…?

—¿Quién es?

—El comandante Díaz Varela…

—Buen elemento…

—… al Cuartel de la Montaña a reclamar los cerrojos. Y el coronel Serra se ha negado…

—¿Así, en redondo?

—Dándole largas; que si el honor militar, que si con esos fusiles se armará a los comunistas y servirán para que combatan al Ejército… ¡En fin! Lo de siempre, ya sabéis.

—¡Vaya con don Moisés Serra, que se nos sube al Sinaí!

—Hay mucho follón; Casares Quiroga, ahora, empieza a sospechar de los del Cuartel de la Montaña…

—¡Caramba con el señor ministro, tiene olfato de Sherlock Holmes…!

—Ya era hora; a ver de una vez si demuestra energía…

—A mí me recuerda al sacristán de Écija, que a los cuarenta años ya se refocilaba con las mujeres como un hombrecito…

Sevilla

Han instalado dos ametralladoras «hotchkiss» en los ángulos del Ayuntamiento, y una tercera en la parte central de la plaza Nueva. Al disparar producen un estruendo, entrecortado, que apaga el estampido de los fusiles. El comandante Núñez ha recorrido los puestos de los tiradores para animarles y darles instrucciones; que dejen de disparar al tuntún y procuren economizar las municiones; que presten atención a los balcones del Hotel Inglaterra y que no hagan fuego más que cuando descubran al enemigo; que vigilen, por si aparecieran guardias de Asalto por la desembocadura de la calle de Bilbao, o por la de Madrid, pues están en el Gobierno Civil y tratarán de hostilizar a la tropa. Cuando Cerezo le ha confesado que es la primera vez que maneja el fusil, se ha sonreído y le ha preguntado: «¿Y todavía no has aprendido?». No sabe qué hora es, ni cuánto tiempo ha transcurrido desde que tratándose de proteger en el alcorque de un árbol ha hecho su primer disparo contra el edificio de la Telefónica. La Telefónica se ha rendido después de un breve cañoneo, y unos cuantos soldados han ocupado las azoteas. En este momento se trata de apoderarse del Hotel Inglaterra que cubre el edificio del Gobierno Civil, lugar este último en donde se halla el gobernador y los jefes del Frente Popular.

En los balcones del Hotel Inglaterra no se descubre alma viviente aunque, de cuando en cuando, una ligera humareda hace suponer que alguien dispara. Las ametralladoras producen enormes desconchados en la severa fachada de piedra gris. Este furioso batir de las máquinas debe tener por objeto impedirles que descubran que están instalando dos piezas de artillería, en el centro de la plaza, disimulándolas detrás de la estatua de Fernando el Santo y de las instalaciones provisionales del cine veraniego. A Claudette Colbert, vestida de Cleopatra, las balas le han agujereado el escote.

Cerca de ellos se abre un balcón; un señor calvo que lleva puesta una chaqueta de pijama a rayas azules, grita dirigiéndose a los soldados:

—¡Viva España! ¡Viva el glorioso Ejército Español!

No sabe qué hacer; levanta el brazo en señal de saludo. El señor del pijama y una rubia que se asoma tímidamente tras él, les aplauden, pero el ruido de sus aplausos apenas se oye entre el estruendo de las máquinas. Cuando se hace el silencio los aplausos alborotan la plaza.

—Ya le daría yo a ése de los vivas… ¡Qué baje, si le gusta esto! ¡Valiente cabrón!

El cabo Juanillo, que es partidario de las izquierdas, está peleando valerosamente. Ha sido de los primeros que ha entrado en la Telefónica, y antes, durante el asedio, ha estado disparando cuerpo a tierra casi al descubierto. Con mucho más entusiasmo y coraje que él, que al fin y al cabo cotiza para la Falange…

Los concejales izquierdistas del Ayuntamiento, que estaban reunidos en sesión se han rendido al comandante Núñez, y los guardias municipales han sido desarmados sin oponer resistencia. El alcalde y los concejales izquierdistas están prisioneros dentro del edificio. La verdad es que si se defienden y disparan contra la tropa les acribillan; afortunadamente la fuerza municipal no se ha mostrado belicosa.

Desde hace rato no ha vuelto a hacer aparición el carro blindado de los guardias de Asalto; ése sí que les metía miedo. La situación ha mejorado; se han presentado a apoyarles unos cuantos guardias civiles, soldados de ingenieros y los artilleros con sus piezas.

Oye el silbido de una bala; instintivamente se protege tras la esquina, acciona el cerrojo, apunta hacia una de las ventanas y dispara. Suenan descargas de fusilería y se reanuda el tableteo de una de las ametralladoras. Del hotel comienzan a hacerles fuego y el tiroteo se generaliza. Pasado un instante vuelve a ceder; ya sólo se oyen disparos aislados, y detonaciones que llegan de lejos, de cualquier punto de la ciudad.

Otro susto se lo ha dado un taxi. De improviso ha aparecido por detrás de ellos, echándoseles encima. Apenas ha tenido tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Era el momento en que la situación estaba más comprometida y no le resultaba fácil cubrirse del fuego adversario Guardias civiles y soldados han disparado contra el coche que asomaba por las ventanillas un trapo rojo a manera de bandera y los cañones de unos fusiles que no han tenido ni tiempo ni ocasión de utilizar. A los ocupantes del taxi les han acribillado. El vehículo ha hecho una falsa maniobra y ha ido a detenerse junto al arquillo renacentista del Ayuntamiento. Es un taxi de color verde con la capota negra. La matrícula la distingue desde aquí: SE-6406. Resulta fácil confundirse, muchos taxis se parecen entre sí y Cerezo tiene la cabeza espesa. Cuando le sorprendía la madrugada en casa de «La Mora», para regresar a su domicilio cogía un taxi que le parece que es este mismo. El taxista, simpático y dicharachero, solía detenerse en el bar de cerca de «La Mora»; él tenía que esperar a que el chófer terminara la partida de dominó, y entretanto solía invitarle a una copa. Por curiosidad se ha acercado a ver los cadáveres, pero ha retrocedido espantado. Al abrir la portezuela el conductor ha quedado colgando, tenía la cara deshecha y cubierta de sangre. Imposible reconocerle. El que estaba sentado junto al chófer, en cambio, parecía un muñeco de cera; los ojos abiertos y un agujero en mitad del cuello. En la mano sostenía un mosquetón. Unos guardias civiles les quitaban las armas a los cadáveres.

El primer cañonazo, le coge desprevenido y le sobresalta. La plaza Nueva entera ha retumbado y han oído estrépito de cristales rotos.

El cabo Juanillo se burla de Cerezo.

—Menudo susto te han dado…

—¿Susto? Que me han pillado desprevenido.

Cada vez que suena un disparo parece que va a hundirse el mundo. Grandes boquetes se abren en la parte derecha de la fachada del Hotel Inglaterra. Saltan cascotes entre polvo y humo. La plaza huele a pólvora y parece que la luz del sol disminuya de intensidad. El tiroteo arrecia. Los soldados y los oficiales se mueven más confiadamente; el enemigo no replica, o lo hace con poquísima eficacia.

Van y vienen rumores que los enlaces se encargan de difundir.

—La caballería está con nosotros, acaba de salir un escuadrón.

—Esta noche llegará a Sevilla el Tercio…

—España entera ha caído en poder del Ejército…

—¿Pero, a quién defendemos? —pregunta el cabo Juanillo.

Un sargento rechoncho, que apunta cuidadosamente el fusil y se dispone a hacer fuego, le contesta:

—A la República, muchacho; no a la del Frente Popular, desde luego. Estamos a la orden del general Queipo de Llano, un verdadero republicano si los hay.

—¡Ah, bueno! Es que hasta ahora no me había ni enterado; y si me arrean un tiro en el coco tengo derecho por lo menos a saber por qué me lo pegan.

—Pues a mí, defender a la República no me hace demasiada gracia, aunque sea esa República de orden que venga a dar su merecido a todo bicho viviente —exclama un soldado de cuota, hijo de un terrateniente.

Llega corriendo un oficial que empuña una pistola. Le siguen algunos soldados y tres o cuatro guardias civiles.

—¡Muchachos, a por ellos! ¡Vamos allá, que son nuestros!

Los artilleros se afanan adelantando las piezas. Ellos corren detrás del oficial. La plaza ha quedado en silencio; el sol ilumina la parte alta de los edificios; comienza a declinar la tarde. Por la calle de Méndez Núñez suenan disparos y algunos soldados se detienen y buscan reparo en los entrantes de las fachadas. El oficial se vuelve.

—No es nada, ¡coño! ¡Vamos a por ellos! ¡Seguidme!

Se inicia un movimiento general de las tropas que ocupan la plaza en dirección al Gobierno Civil cuyo edificio queda oculto y protegido por el Hotel Inglaterra. El comandante Núñez se pone en cabeza acompañado de algunos oficiales.

En la esquina de la calle de Bilbao se detienen. Frente al Gobierno Civil se hallan aparcados dos de los coches blindados que utilizaban contra ellos los guardias de Asalto; parecen abandonados, inofensivos. El suelo está cubierto de cascotes. No se ve a nadie y la calle presenta un aspecto medroso. En el balcón del Gobierno Civil atada a un palo cuelga flácida una sábana blanca.

Briviesca

Su tío José está preso en Burgos, pero asegura que hoy mismo le sacarán de la cárcel porque los falangistas y los militares se sublevarán. Los camaradas de la provincia están alertados, son numerosos y resueltos; campesinos, hijos de comerciantes, estudiantes. Los hay entre los diecisiete y los treinta años. Su tío José es de los mayores, por algo es el jefe. Antonia cumple los encargos de su tío que la ha nombrado jefa de la Sección Femenina. Le lleva a Burgos las listas de los afiliados de la provincia, pues esta misma noche tienen que salir enlaces a convocar a los militantes de las JONS locales. El sello provincial, lo ha envuelto cuidadosamente entre la ropa, y también oculta la camisa de su tío con los distintivos del mando. Lo más peligroso es la pistola; si se la encuentran, la detendrán, y si por detenerla la policía se apodera de las listas habrá mucho lío y puede fracasar la movilización.

Así mismo su tío ha mandado que trasladen a Burgos a los dos niños. Desea tenerlos cerca por lo que pueda suceder y porque si en Briviesca ocurriera algo malo, no fueran a ejercer represalias sobre los pequeños. A su tío se la tienen jurada; una noche, cuando regresaba a Briviesca, le dispararon y tuvo que abrirse paso con una mano al volante y en la otra la pistola. Lo malo es que los dos pequeños están enfermos, tienen fiebre, y a ella no le queda tiempo de consultarle si los traslada o no. Los ha envuelto en una manta, y teniendo en cuenta que a esta hora la temperatura es suave, y que Burgos no dista más que cuarenta kilómetros, les ha metido en el coche.

Humberto conducirá, y ella cuidará de los niños quedándose junto a ellos en el asiento de atrás. Le ha recomendado a Humberto que no corra, por si acaso.

Cuando enfilan hacia la salida del pueblo en el reloj de la Colegiata dan las siete. Los niños acurrucados junto a ella la miran asustados. Se santigua; que todo salga bien y que Dios los proteja.

Su primo Humberto se vuelve alarmado y aminora la velocidad.

—¡Antonia, Antonia! Hay guardias en el fielato. ¿Qué hacemos?

—Adelante. Nos han descubierto y sería peor retroceder. Lo llevo todo bien escondido. Disimulemos.

A marcha lenta se aproximan al fielato en donde están detenidos un camión y dos coches de turismo que circulaban por la carretera general de Irún a Madrid. Parejas de guardias civiles y de Asalto, obligan a descender a los ocupantes de los automóviles, les piden la documentación y registran los vehículos.

—¡Estamos arreglados!

—Para aquí.

Una pareja de la Guardia Civil, con el fusil al hombro y la cogotera del tricornio bajada pues el sol aún se deja sentir, se les acerca.

—Hagan el favor de bajar…

Humberto, tras de accionar el freno de mano, desciende y deja abierta la portezuela. Antonia acomoda a los niños en el asiento.

—Vosotros, quietecitos un momento…

—¿Adónde van ustedes? —pregunta uno de los civiles.

—A Burgos; la señorita… es mi prima… y llevamos…

—Documentación… Y la suya también…

El guardia examina la documentación que le presenta Humberto de la Torre y una vez examinada se la devuelve.

—Su cédula, señorita…

—Es que yo… no la llevo…

—¿Cómo se llama usted?

—Antonia González. En Briviesca me conoce todo el mundo…

—Ustedes las mujeres se creen dispensadas de llevar documentos. Sepa usted que la cédula personal es obligatoria para todos los españoles mayores de dieciséis años, hombres y mujeres indistintamente…

—Sí, señor. Es que, como viajo con mi primo, creía que no… y tenemos prisa porque acompañamos a dos niños enfermos…

Uno de los guardias ha abierto la portezuela; se ha acercado también un cabo de Asalto, que introduce la mano en las bolsas de la portezuela delantera y hurga en el paquete de las herramientas. El guardia civil, que tiene el ceño adusto y usa el bigote de los veteranos, observa a los niños que le miran intimidados. Les da un suave pellizco en la mejilla y les dedica un gesto cariñoso y bonachón que tranquiliza a los pequeños. Cierra la portezuela; al pasar junto al de Asalto le pregunta.

—¿Hay algo sospechoso?

El cabo de Asalto le contesta con signos negativos.

—Pueden seguir.

—Gracias… Pero ¿es que ocurre algo?

—Sigan y no pregunten tanto…

Humberto tarda un momento en conseguir que arranque el coche. Antonia se sienta entre los dos pequeños y les abraza como para protegerles. Los guardias hacen señas a un camión que viene por la carretera para que Se detenga.

Cuando se han alejado del fielato, Antonia mete la mano entre el asiento y el respaldo. Palpa un objeto frío y suspira aliviada.

—Vamos de prisa, Humberto, hasta que lleguemos a Burgos no estaré tranquila. ¡Qué susto me han dado!

—Pero, oye, ¿la Guardia Civil estará con nosotros, supongo?

—Cualquiera sabe. Los jefes parece que no. Los demás, o por lo menos la gran mayoría, sí. Eso cree el tío José, que aunque me cuenta bastantes detalles ya sabes que es reservado.

—Por el momento no parecen estar a favor de nadie. Me temo que si encuentran lo que va escondido nos meten en la cárcel.

—¡Ah, desde luego! Mañana será otro día.

Zaragoza

Ha caído en la trampa; cuando se ha dado cuenta era demasiado tarde para evitarlo. A pesar de que en el despacho de don Miguel Cabanellas, general en jefe de la Quinta División, el

ambiente y la conversación mantienen apariencias correctas, el general Núñez del Prado advierte que el cerco va apretándose a su alrededor.

No debió de haberse movido del Gobierno Civil; allá estaba el gobernador Vera Coronel, que no le ha parecido hombre con categoría suficiente para enfrentarse con las circunstancias pero que cuenta con elementos para defenderse. Ha venido a meterse en la boca del lobo. El fallo ha consistido en dejarse convencer por el general Álvarez Arenas, que le ha asegurado que Cabanellas y los demás jefes deseaban sostener con él un cambio de impresiones. Algo escurridizo ha percibido en su actitud y ha sospechado. No ha sido su perspicacia la que ha fallado; le ha perdido un exceso de confianza en sí mismo. Debía haberle obligado a Álvarez Arenas a jurar por su honor que no se trataba de una encerrona. Aunque Cabanellas se muestra amable y los otros deferentes, de sobra se da cuenta de que está prisionero de una guarnición sublevada. Estos oficialillos fascistas le detestan, como también le detestan Monasterio y Urrutia. ¿Por qué? ¡Grandeza y servidumbre de las armas! No puede entregarse; estos bárbaros, en cuanto declaren el estado de guerra, son capaces de fusilarle. ¿Por qué? ¡Ah, por lo que sea! Por francmasón, por izquierdista, porque han matado a Calvo Sotelo, cualquier pretexto les parecería suficiente para mandarle al paredón. Necesita mantener la cabeza lúcida y tratar de salir de este atolladero en que cada minuto que transcurre se encuentra más metido.

—Escucha, Miguel: me doy cuenta del estado de ánimo de los oficiales, especialmente de los jóvenes. Tú sabes lo que es el Ejército y nosotros hemos sido también jóvenes; y turbulentos, por cierto. Comprendo la actitud de muchos y te confieso que en cierta medida no dejan de tener razón. La actuación del Ministerio de la Guerra ha sido guiada con los pies. Azaña es un hombre culto, ponderado, buen orador, lo que quieras, pero se atrajo demasiados enemigos, más de los que merecía…

Los ojos del general don Miguel Cabanellas le observan complacientes, distraídos, de vez en cuando, como si meditara, se pasa la mano por las blancas barbas que le dan aspecto apostólico. No le escucha apenas, está preocupado; en dos ocasiones ha salido del despacho para parlamentar con los insurgentes. Los jefes, por su parte, entran en el despacho sin respeto. Cabanellas sabe que no le obedecen, que está desbordado, y ante él se siente ligeramente avergonzado. Si le exigen su cabeza, se la dará. Ni la hermandad que le debe, podrá evitarlo. Una casualidad, un golpe de suerte es lo único que puede salvarle. Este viejo de la barba apostólica y la mirada amistosa, declarará el estado de guerra. Vera Coronel, que es bastante ingenuo, confía en los guardias civiles y en los de Asalto, por lo menos en algunos de ellos, pues otros demuestran hallarse en rebeldía.

—Estoy convencido de que Azaña va a formar nuevo Gobierno. Antes de venir a Zaragoza, he oído por Madrid que Martínez Barrio, ya ves, un hombre de centro y de plena garantía para nosotros… va a presidir un nuevo Gobierno moderado. Es decir, se va a inaugurar una política centrista, y si es necesario se proyecta dar entrada a militares en el Ministerio…

En Zaragoza una fuerza podría enfrentársele el Ejército pero no es posible recurrir a ella; hacerlo es tanto como entregarse. Si se armara a los militantes de la CNT, encuadrados por unos cuantos oficiales leales, unidos a las fuerzas de orden público, más algún batallón o

regimiento cuyo jefe pudiera hacerse con el mando y no se plegara a los fascistas, estos desgraciados iban a recibir el palo que se merecen.

Estira las piernas para cambiar de postura. Juguetea con el bastón, golpeándose suavemente en los leguis lustrados. Miguel Cabanellas habla sin concretar. Ninguno de los dos se atreve a plantear la situación tal como la ven.

—Si tú, Miguel, estás dispuesto a trasladarte a Madrid, a parlamentar con el ministro, yo me quedo aquí, en calidad de rehén, si así quieres llamarlo…

—¿Yo, a Madrid? No puedo…

—¿No te dejan…?

—Estoy en malas condiciones físicas… Además, ¿te has dado cuenta de cómo está aquí la guarnición de soliviantada? Mi presencia al frente de la división es indispensable, hoy más que nunca.

No cede, aunque probablemente es demasiado tarde. Si él se pusiera al frente de la división, la guarnición no le obedecería. Quince días atrás, destituyendo por aquí, arrestando por allá, hubiese podido intentarse hacer abortar la conjura. Cabanellas y los suyos deben actuar de acuerdo con Mola. A él le han atrapado; está a merced de unos militares que van a sublevarse; mal asunto. Y si el Gobernador recibe a última hora órdenes de armar a la CNT y se organiza una batalla en las calles, será peor, porque la misma dureza de la lucha justificará los excesos, y en caso de que los de la CNT se apoderen de la ciudad, ¿quién y con qué fuerzas les desalojaría después del Gobierna? No hay salida, entre unos y otros, sin que nadie quede exculpado van a arrastrar a España al más negro de los desastres, y muchos, él sin duda, serán triturados… Pero hay que batallar hasta el último instante, y él no dispone de más armas que la palabra.

—Lo mejor es que regrese a Madrid en el avión y les dé cuenta de cómo andan por aquí los ánimos. Hay que buscar una solución satisfactoria para todos. Nosotros, como generales, debemos estar moralmente al lado de nuestros compañeros de armas…

—Da usted su permiso…

Un capitán de Estado Mayor, entra y se cuadra. Sin apenas prestar atención al general Cabanellas a pesar de que es a él a quien se dirige, mira retador al general Núñez del Prado.

—Mi general, comunican del aeródromo de San Gregorio que varios oficiales y un pelotón de soldados se han apoderado del campo y de sus instalaciones. Comunican también que el aparato «dragón» del general Núñez del Prado, ha sido inutilizado. Mi general, en nombre de todos los compañeros deseo hacerle constar que hace tres horas se ha cursado un telegrama a las demás guarniciones de España comunicándoles que la 5.ª División se suma al alzamiento de África.

Han dejado la pequeña camioneta estacionada en la calle de la Cadena, más disimulada, menos concurrida que la plaza de San Miguel, en la cual radica el Comité Regional de la CNT y el Sindicato de la Construcción en cuyo local se han reunido numerosos militantes. Los confederales han ido a reclamar armas al gobernador; por el momento no les ha ofrecido más

que algunas pistolas, que tienen que pasar a recoger nada menos que a la Policía. Como si la Policía, que les conoce, fuese a entregarles armas a los de la CNT.

Pueyo y José suben por la escalera y se dirigen a la puerta de un cuarto, situado al fondo, donde Miralles está de guardia, sentado en un sillón desvencijado. Exhibe ostensiblemente una larga «parabellum» y dos cargadores sujetos en el cinturón. Al cuello se ha anudado un pañuelo rojo y negro. A Miralles, le ha gustado siempre la exhibición. Es un compañero en el que puede confiarse para negocios en que la cabeza no sea indispensable; cualquier diferencia cree que se resuelva con el dedo en el gatillo.

—¿Qué? ¿Están preparadas las cajas? —le pregunta Pueyo.

—Pasad, pero que no os vean ésos; si se enteran de que tenemos acá material, van a asaltar esta pequeña santabárbara…

Les abre la puerta, enciende la luz, una débil bombilla amarillenta, y vuelve a cerrar la puerta. Es un cuarto interior de reducidas dimensiones con toscas estanterías de madera, muebles viejos, unas garrafas polvorientas, banderas enrolladas, y diversos trastos.

Retira unos sacos y descubre las pistolas; son «star» del 9 largo, cuidadosamente engrasadas.

—¿Qué me decís? —pregunta Miralles.

Pueyo se apresura a limpiar una de las pistolas con un trozo de arpillera, mientras la contempla gozosamente.

—Ya empezó el reparto; ésta para mí.

—Son veinte, vosotros haced con ellas lo que queráis. A mí, plin. Tengo aquí a mi compañera —dice Miralles golpeándose en la «parabellum».

—Carguemos rápido; la situación puede complicarse y los compañeros esperan impacientes. En el Coso patrullan parejas de Asalto que me dan mala espina.

Les alarga unas cajas de cartón con etiquetas comerciales, unas cajas de aspecto inocente. Luego les señala un montón de virutas finas arrimadas a un rincón. Miralles tenía que haberse encargado de preparar las cajas, pero ha preferido entregarse a una guardia tan feroche como inútil, que es lo que le agrada hacer. Miralles es catalán; cuando la represión de Martínez Anido en Barcelona cambió de nombre y se vino a Zaragoza donde trabajó algún tiempo en la construcción. Desde entonces, y hace de eso quince años, ha pasado largas temporadas en la cárcel y otras escondido o huido; en el ramo de la construcción, sumándolos todos, no han sido muchos los días que ha trabajado. A Pueyo no le resulta simpático, a José tampoco; es uno de esos elementos imprescindibles en una organización, pero más que luchador de ideas, lo que le pasa es que le gusta darle al dedo. En los medios sindicales de Zaragoza le conocen y le temen; basta que le vean merodeando una obra, si se ha dado la orden de paro, para que los obreros la abandonen. Frente a Miralles no hay esquirol que se atreva. Pero a él, le causa cierta repugnancia.

—Anda, Pueyo, date prisa. Y tú, Miralles, ¡caray!, podrías echarnos una mano…

—Compañero, yo sé lo que tengo que hacer, soy el responsable del armamento.

—No se te caerán los anillos, digo…

—Se me caerá la pija…

—¡Calla, Pueyo! No discutas con éste… ¿Dónde están los cargadores?

—Aquí los tenéis. Y en esa caja balas sueltas. Cargadores me trajeron treinta; proyectiles unos quinientos. Si no los desperdiciáis pueden dar juego. Con buena puntería os podéis cargar a unos cuantos.

—¿Tienes por ahí una cuerda?

Bajan con apuros por la escalera y se cruzan con muchos compañeros. No sospechan lo que transportan en estas cajas porque de sospecharlo se armaría gran revuelo. Procuran disimular su peso para no hacerse notar. Miralles ha cerrado la puerta, ha vuelto a sentarse en el sillón desvencijado; no ha sido capaz de echarles una mano.

Uno de los que suben les detiene; le conocen de las Delicias.

—José, ¿has oído decir que don Manuel Pérez Lizano, ha dado orden de repartir armas en la Diputación?

—¿Cómo os creéis semejantes cuentos? Don Manuel, como el gobernador, como Cabanellas, como el arzobispo son iguales; burgueses de los pies a la cabeza. Lo mismo me dan republicanos que monárquicos. No confío en ellos.

Un viejo con mono azul sube la escalera a toda prisa comentando a voces con los del descansillo.

—Acabo de hablar con el hermano de un brigada de caballería paisano mío; en el cuartel del Torrero están sublevados…

La iglesia de San Miguel destaca su campanario mudéjar. Aprieta el calor a pesar de que el sol está próximo al ocaso. Antes de salir a la plaza dan una mirada. No se descubre gente sospechosa ni uniformes.

—Anda, vamos para la camioneta.

—¿No habrá nadie vigilando?

—Policías y chivatos no faltan en Zaragoza…

—Pues que no nos joroben y nos quiten estas veinte señoritas…

—Muchos tendrían que venir para que yo se las entregara. Llevo la mía amartillada…

—Si quieres, doy algunas vueltas con la camioneta para despistar si alguien nos vigila o pretende seguimos.

—Nada; tú tira por el Coso y que sea lo que sea. Si ves muchos guardias juntos giras por cualquier bocacalle. Lo mejor es simular confianza y tragarse el miedo.

En la calle de la Cadena acomodan las dos cajas de cartón entre unos sacos de algarrobas y procuran disimularlas lo mejor que pueden.

Pueyo se sienta al volante. José saca la pistola del bolsillo y se la mete entre la camisa y la piel. La camioneta arranca. El viejo «renault» no puede correr mucho. Al desembocar en el Coso observan una animación anormal pero no distinguen uniformes azul marino ni los brillantes tricornios de la Guardia Civil.

—Compañero, ha llegado el día. O ellos o nosotros. Nos lo vamos a jugar todo a cara o cruz, pero como la Confederación se lance, ni militares, ni señoritos, ni curas, ni civiles, ni la madre que los parió, podrán con nosotros. La Revolución Social será un hecho.

Sevilla

—Me gustaría saber quién ha dicho antes que los fascistas son unos hijos de puta…

Cerezo empuña el fusil con la bayoneta calada. Los guardias de Asalto, que acaban de rendirse en el Gobierno Civil, depositan fusiles, cartuchos y pistolas y otras armas en un montón, vigilados por soldados de intendencia. A él se le han calmado la rabia y el miedo, tiene la sensación de haber vencido y experimenta una plena seguridad en sí mismo, como nunca le había ocurrido. La rabia le ha desaparecido al ver a los guardias asustados, impotentes, arrojando las armas, descendiendo por las escaleras con los brazos en alto. Pero le complace darle a éste un susto, un escarmiento que le cure del matonismo.

—¿No serías tú quién lo ha dicho? ¡Tú! No te hagas el desentendido…

Le señala con la punta del machete-bayoneta. El guardia, que está despojándose de las cartucheras, le observa de reojo.

—¿Yo? ¿Yo, qué?

—Sí, tú, tú… ¿No eres el que antes, ahí fuera cuando estábamos en el camión has dicho que los falangistas eran unos hijos de puta?

—Yo no he dicho nada de eso; yo estaba en el interior del edificio.

—Si ahora te dijera que soy falangista, ¿qué?

—A mí, ¿qué me cuentas? Yo no sé nada. Me han mandado aquí de servicio; la política no me interesa. Me debes confundir con otro.

—Me alegro de que no hayas sido tú, mejor para ti, créeme…

Le ha metido el miedo en el cuerpo; ya es suficiente. Podría insultarle, pegarle un culatazo si quisiera, escupirle. Los guardias de Asalto nunca le fueron simpáticos desde que al poco de proclamarse la República, cuando hacía el primero de Leyes, los estudiantes organizaron una manifestación pidiendo vacaciones, y de improviso se presentó la camioneta de la Guardia de Asalto, cuerpo que acababa de crearse entonces, y se apearon antes de que pudieran huir. Le acorralaron entre dos guardias y le midieron las costillas con las porras.

Un grupo de prisioneros rodeado de oficiales desciende por la escalera. Algunos militares llevan desenfundadas las pistolas. El comandante Loureiro, jefe de la Guardia de Seguridad y Asalto, viste de uniforme. Los demás de paisano. El cabo Juanillo señala a uno de ellos, bastante joven, que anda con la cabeza gacha.

—Ése, míralo, es el gobernador…

El grupo de prisioneros y los oficiales que les escoltan sale a la calle. Varios coches se ponen en marcha.

—A Capitanía los llevan… Queipo de Llano es un tío; se ha hecho el amo de Sevilla. El Ejército es lo que pita, muchacho. Y Queipo de Llano es un republicano de una sola pieza.

Juanillo, el cabo, se muestra ufano. Está haciendo formar a los guardias prisioneros. Como algunos tardan en obedecer, los músculos de la garganta se le contraen y se le hinchan las venas de tanto como les grita.

—¡Alinearse, he dicho! ¡Que no me tenga que poner serio!

Barcelona

Cuando llega al apeadero del paseo de Gracia, sus hermanos están esperándole. Saludan formulariamente al policía de escolta, y juntos se dirigen hacia el andén. Faltan cinco minutos para que pase el exprés de Madrid; ya debe de haber arrancado de la estación de Francia.

Desde que a media mañana ha decidido regresar a Madrid para reintegrarse a su puesto de subsecretario del Trabajo, se diría que está más tranquilo. Viene del Palacio de la Generalidad de Cataluña en donde se ha despedido del presidente Luis Companys y de los demás consejeros que se hallaban reunidos. El presidente le ha abrazado y todos han procurado animarle; sin embargo, uno de ellos al despedirle le ha dicho: «Puede que no nos veamos más», y aunque comprende que es una frase tonta de las que se pronuncian porque sí, no le ha causado demasiada gracia.

En Barcelona se rumorea que el general Cabanellas está dispuesto a sublevarse en la 5.ª Región Militar, o sea, en Zaragoza.

Ha telefoneado al Ministerio de Trabajo y ha conseguido hablar con Lluhí Vallescá, que se ha alegrado al Enterarse de que regresa a Madrid. Le ha comunicado que la capital, hasta el momento, permanece tranquila, pero que circulan los bulos más alarmantes, que se advierte una gran tensión entre los militares reaccionarios y también entre comunistas y socialistas y que, como consecuencia de ello, la inquietud es general.

Siente emoción al despedirse de sus hermanos, como también se ha emocionado al hacerlo de su novia. Juan Casanellas es el diputado más joven de la Esquerra Catalana y uno de los más jóvenes del Parlamento Español.

Su equipaje se reduce a una pequeña maleta y una cartera de mano; hace pocos días que ha venido de Madrid, donde reside desde que ha sido nombrado subsecretario del Trabajo. En la cartera de documentos guarda un abultado sobre y una carta personal que le ha confiado el presidente de la Generalidad pasa ser entregados en mano a don Santiago Casares Quiroga. No ha leído esos documentos; el presidente le ha dicho que se trata de los papeles que la policía barcelonesa ha cogido a uno de los militares complicados en la conjura y que son altamente comprometedores, y, sobre todo, reveladores. La detención de ciertos elementos y el traslado de algunos oficiales de Asalto comprometidos o sospechosos, permiten a los consejeros y al propio presidente confiar en la posibilidad de que en Barcelona y en toda Cataluña aborte la sublevación; aunque nadie está demasiado tranquilo al respecto.

Juan Casanellas bromea con sus hermanos; en los inicios de una carrera política, que promete ser brillante, se enfrenta con una situación inesperada.

—No os inquietéis. Los militares nunca se sublevan antes del amanecer. Es su hora predilecta, reglamentaria diría, y los militares son gente de principios. El expreso pasa por la estación de Zaragoza hacia las tres de la madrugada.

—¿No hubiera sido mejor ir en auto?

—Lo he pensado; como se pasa por muchos pueblos, resulta aún más expuesto. Cualquier jefe de puesto de la Guardia Civil puede sublevarse por su cuenta, y un diputado catalanista, subsecretario del Trabajo por añadidura, es presa codiciable…

—Quizá tengas razón.

El convoy avanza por la zanja de la calle de Aragón; los raíles trepidan. Un señor de poca estatura, correcto, bien trajeado se les acerca. Es Arturo Menéndez, director de Seguridad cuando la sublevación de Sanjurjo, en agosto de 1932, el mismo que empuñando un fusil y al frente de un pelotón de guardias de Asalto salió contra los insurgentes, pero también el mismo a quien se hizo responsable, con gran escándalo en el Parlamento y en la Prensa, de los sucesos de Casas Viejas en los cuales murieron en forma irregular cierto número de anarquistas.

—¿Cómo está usted? No sabía que estuviera en Barcelona…

—¿Y usted, don Arturo? Para Madrid, supongo…

—Sí… si llegamos…

La locomotora les ensordece. El andén se llena de vapor. Seguido de sus hermanos y del policía de escolta buscan el coche-cama. Saca el billete del bolsillo y comprueba si corresponde el número del vagón. Arturo Menéndez, saluda a los hermanos, y le dice:

—Nos veremos en el vagón-restaurante. Tenemos que hablar.

Abraza a sus hermanos. Entrega el billete y la maleta al empleado de «Wagons-Lits». En el tren viajan menos pasajeros que de costumbre. El policía, que ha subido tras él, se aleja por el pasillo adelante. Casanellas se queda en la plataforma. El tren para breves minutos en el apeadero. Suena, agudo, el silbato del jefe de estación. Arranca el convoy.

—Adiós, Juan…

—Que todo te vaya bien…

Agita la mano; con la otra agarra la cartera de documentos de la cual no ha querido desprenderse.

—Todo saldrá bien; acordaos de lo que os he dicho. No pasará nada…

El convoy humeante, dando resoplidos se introduce en la oscura zanja de la calle de Aragón.

Mientras lía un pitillo se ha sentado en el borde de una sepultura. No quiere abandonar el cementerio hasta que anochezca. Escondidas en un nicho guarda un par de tercerolas, una escopeta de caza, un rifle, y seis pistolas. Las meterá en un saco y bajará a la ciudad a entregárselas a los compañeros del Partido Obrero de Unificación Marxista. Una grata sorpresa y un regalo digno de las gloriosas vísperas de la Revolución.

Su oficio, desde hace algún tiempo, es el de sepulturero y su apellido Frey. Con el chisquero enciende el cigarrillo. La tarde declina; el sol se ha ocultado detrás de San Pedro Mártir. Desde acá, no se divisa la ciudad porque los barceloneses no desean, desde la ciudad, ver el cementerio; miedo puro. Algunas barriadas se asoman; Casa Antúnez, la parte extrema de Collblanc que linda con Hospitalet. Por la llanada del Llobregat hay diseminadas industrias que destacan entre las cuidadas huertas.

Antes de la puesta del sol ha cumplido con el último trabajo de la jornada; una mujer de bastante edad; entierro de tercera, una corona. Los hijos sudaban con el cuello apretado por la corbata, con los trajes teñidos apresuradamente de negro. Gente de medio pelo. Dos cochinas pesetas de propina.

En otro nicho tiene guardados sus ahorros; cerca de mil duros. Un nicho es más seguro que el mejor banco. Nadie sospecha de semejante escondite. Igual que las armas. Aquí la policía no viene a meter sus puercas narices.

Se pasa la mano por la mejilla; barba de tres o cuatro días, una barba áspera y entrecana. Escupe y sigue chupando el cigarrillo. Él se quedará con el rifle y con una de las pistolas; no faltaba más. La escopeta de caza para el gato. Y las tercerolas meten demasiado ruido y su retroceso es fuerte. En el rifle se cargan veinte balas. Balas de plomo que se ha preocupado, una a una, pacientemente pues tiene un centenar, de hacerles un par de hendiduras en forma de cruz. Así, cuando chocan con un cuerpo duro, se abren. Al tío que le cogen por medio va listo.

Un compañero se le aproxima; le llaman «el Alegre Divorciado». Quiere desprenderse de él; en cuestiones de armas no puede confiarse en nadie.

—¿Qué, Frey, te vienes para abajo y tomamos un vaso?

—No, me quedo…

—Te invito; he tenido un pez gordo y los herederos, que debían estar contentos, me han soltado un par de pavos de propina. Lo celebraremos.

—Me quedo. Espero a alguien…

—¡Hombre, haberlo dicho!

«El Alegre Divorciado» es un punto gracioso, veterano en este oficio. Está separado de su mujer pero vive con otras dos, madre e hija, ambas de buen ver, que le cuidan de maravilla. Nadie sabe cuál de ambas es su amante o si lo son las dos. Lo único malo es que le pegan, tuvo que confesárselo a los compañeros a la tercera o cuarta vez que vino marcado. Es un hombre muy gracioso; lo que más celebran los compañeros de profesión es la expresión de tristeza que es capaz de poner mientras trabaja en presencia de la familia, que se acentúa en el momento en que, gorra en mano y terminada la faena, se acerca a darles el pésame y a reclamar discretamente le propina. Entonces es troncharse. Y en cuanto la familia da media vuelta y sale de la calle de nichos, «el Alegre Divorciado» da unas zapatetas mientras hace cortes de manga a diestro y siniestro. Frey y él son buenos amigos aunque les distancian cuestiones de creencias, pues «el Alegre Divorciado» cree en Dios aunque no lo tema, desde luego.

Vuelve a encender el cigarrillo que se le ha quedado apagado entre los labios. Guarda el chisquero y se rasca rabiosamente la cadera. Es la cicatriz de uno de los balazos; cuando hace calor y suda, le pica y le pone frenético. Cuatro balazos lleva en el cuerpo; tiene que agradecérselos a la policía. Son cicatrices antiguas, de cuando no militaba en el comunismo disidente, sino que pertenecía a los «Jóvenes Bárbaros», en la época en que Lerroux era Lerroux. Entonces tenía pocos años y Barcelona no era esta ciudad triste que es ahora. A Frey no le dolía el estómago, nunca disponía de una peseta, pero el vino y el aguardiente corrían a chorro abierto, y no le faltaban mujeres ni bríos para disfrutarlas.

Los fascistas, que se han sublevado en África, tienen intención de sublevarse también en Barcelona. Tanto peor para ellos, los «niquelarán» a todos, y si perdonan la vida a alguno, le caparán. ¡Mala raza, mala raza…! Si a él le nombran jefe del cementerio, cargo que no ambiciona, desde luego, abrirá una zanja bien grande, y luego, vengan paletadas de cal viva.

Apoyado en uno de los nichos de la fila inferior, ha dejado un pico y una palanca; en cinco minutos retirará la lápida y cargará con las armas. Un regalo para los camaradas. Bajará a la ciudad, con cuidado de que no le sorprendan los guardias, que aunque digan lo que digan, son fascistas, desde el momento en que son guardias, y distribuirá las armas. Aquí no subirá más, ni aunque le quieran nombrar director del cementerio. Subirá, sí, una vez, a buscar sus ahorros, y con mala suerte, le subirán una segunda con los pies por delante. Frey desea que le entierre, cuando le llegue la hora, «el Alegre Divorciado» que, por lo menos, es un tío con chispa.

Las huertas del Prat y de Gavá, cortadas por la vía férrea, se pierden en el macizo de Garraf, camino de Madrid. Humeando y a mucha velocidad, un tren se aleja. Desde aquí parece un juguete.

Arroja la colilla y se ajusta el cinturón. Mira a su alrededor, calles y calles con altas construcciones de nichos, panteones, tumbas, cruces, muchas cruces, demasiadas cruces. Todo quisque se pone encima una cruz, por si acaso… Y es que cuando le ven los cuernos al toro, a muchos que presumen de incrédulos se les encoge el culo.

Pamplona

Se despoja de las gafas y se aprieta suavemente los gruesos párpados. Un pequeño reposo —un minuto de silencio mental— al cabo de este día tan ajetreado. En el despacho de la Comandancia, están a su lado esperando órdenes, el coronel García Escámez, moreno, con patillas pronunciadas y de complexión recia, su ayudante, comandante Fernández Cordón, el capitán Lastra y el capitán Vicario, que en estos días de conspiración son como su sombra, y los tenientes Dapena y Tomé, los más jóvenes y entusiastas.

No desea que sus subordinados sorprendan en él este gesto de cansancio, aunque sea fugaz. Están viviendo las últimas horas de la desesperante espera; mañana, al amanecer, se proclamará el estado de guerra y todo habrá concluido, o mejor dicho habrá comenzado. Con los campos delimitados, se jugará fuerte pero cara a cara. Ya era hora.

La plaza de Pamplona está asegurada, la tiene en sus manos. Por su despacho, han desfilado para recibir las últimas instrucciones, el coronel Solchaga, que manda el Regimiento de Infantería número 23, el teniente coronel Galindo, jefe del Batallón de Montaña, Ochoa de Zabalegui, comandante de los carabineros, el cuerpo que se supone más izquierdista, el capitán Atauri de la compañía de Asalto, cuerpo que también proporciona dolores de cabeza a los comprometidos en otras guarniciones, el comisario de Policía y hasta el jefe de la Guardia Municipal. Único fallo: el comandante de la Guardia Civil, que se ha negado a secundar los planes de la guarnición y se obstina en permanecer fiel al poder constituido. La entrevista con el jefe de la Guardia Civil ha sido tirante y desagradable, pero él le ha advertido que se atenga a las consecuencias. Salvo dos jefes y un capitán, la Comandancia de la Guardia Civil está dispuesta a sublevarse en pleno.

Del gobernador civil, Menor Poblador, no se preocupa; está reunido con sus secuaces, izquierdistas del Frente Popular, nada, cuatro gatos, a pesar de que en Pamplona hay más zurdos de los que algunos sospechan y en las elecciones quedó demostrado. Le han informado

de que han trasladado un par de ametralladoras al Gobierno Civil; no le importa, no tienen defensa posible, mejor que huyan, así le evitarán sentarles la mano con dureza. García Escámez, quería meter un cañón de acompañamiento en una casa próxima el edificio del Gobierno Civil y tenerlo preparado. No hace falta tanto; una ametralladora sí que la han emplazado, en previsión; llegado el caso con unas ráfagas resultará suficiente. Pamplona no es Madrid, ni Barcelona, ni siquiera Zaragoza, y sin necesidad de contar con los elementos civiles dispone de fuerza sobrada para apoderarse de la ciudad, aunque la Guardia Civil se le llegara a poner en contra. Mañana vendrán los requetés; dificultades y politiqueos que se han prolongado hasta última hora han sido superados. Los tradicionalistas se han empeñado, y ¡de qué manera!, en que formarán unidades independientes y en que llevarán bandera monárquica; él ha cedido, al fin y al cabo, no le importa. El movimiento en toda España se hará —y en ese sentido ha cursado órdenes a las guarniciones— bajo bandera republicana, y al grito de ¡Viva la República! La forma de Gobierno es secundaria, el quid está en las personas que gobiernen, y en las leyes por las cuales el país se rija. Una incógnita todavía.

Los tradicionalistas tienen orden de concentrarse mañana en Pamplona; le han prometido seis mil hombres. ¿Cuántos acudirán de verdad? García Escámez saldrá al frente de una columna, hacia Logroño, Soria y Madrid. Antes de que regresara a Zaragoza, esta tarde ha hablado con el jefe de los tradicionalistas aragoneses, Jesús Comín, hombre enérgico que tan pronto como se subleve Cabanellas (Cabanellas está haciendo aguas, menos mal que Monasterio, Urrutia y Álvarez Arenas le están encima) cargará fusiles y cartuchería del Parque de Zaragoza y los traerá a Pamplona. Veremos cómo se las compone el diputado Comín, porque entre Zaragoza y Pamplona quedarán no pocos socialistas sueltos.

De buena gana mandaría que despejaran el despacho y le dejaran solo con su ayudante, pero le resulta imposible atender a todo, tal es la maraña que en estas horas decisivas le envuelve. Los teléfonos no paran de sonar desde que la comunicación se ha restablecido. Le traen descifrado un lacónico telegrama de San Sebastián, lo firman los tenientes García Benítez y Leoz; «Saldremos sea como sea, pero saldremos». No parece muy optimista el comunicado; en San Sebastián hay hombres resueltos. Otro telegrama cifrado procedente de Bilbao: «Jefes en contra, saldremos mañana». Y los nacionalistas, ¿qué harán? ¿Cuál será finalmente su actitud cuando se hallen ante hechos consumados? El teniente coronel Muga, que fue a Soria, ha regresado: Soria está a punto. El capitán de aviación Atauri ha salido para Logroño. El último enlace enviado a Madrid también ha regresado después de entregar a Rafael Galcerán la orden para los falangistas, y a Serrano Súñer el mensaje de Franco: Franco… ¿Dónde estará Franco? Desde Pamplona resulta imposible oír Radio Tenerife; se ha recibido el telegrama. ¿Habrá llegado a Marruecos? ¿Y el loco de Ansaldo, irá a Lisboa a traer a Sanjurjo? Mañana le espera en Pamplona.

Esta misma noche han de presentarse en la Comandancia los primeros requetés armados. Como fuerza combatiente son una incógnita. Sus abuelos se batieron con coraje, y sus bisabuelos; pero estos jóvenes, ¿serán buenos soldados? Entrenados sí lo están. Seis mil hombres es una cifra respetable, y si llegan los fusiles de Zaragoza tanto mejor. En los batallones, junto a los soldados de reemplazo, causarán efecto; entre la tropa predominan los

asturianos, y no escasean los militantes de partidos u organizaciones extremistas. Si a alguno le acudiera una mala idea la proximidad de los requetés le servirá de freno.

El coronel García Escámez se ha ausentado del despacho. A media noche telefoneará al general de la IV División, al dichoso Llano de la Encomienda, duro de pelar con su trasnochado legalismo. ¿Quién ha dicho que pretenden derribar la República? Si Llano se decidiera a alzarse con la división de Cataluña, el general Aranguren no se le enfrentaría con la Guardia Civil y la baza de Barcelona podría ganarse. Su hermano Ramón, ha regresado muy decaído a Barcelona. ¿Qué podía decirle? Las noticias de Sevilla son confusas; Queipo para pronunciamientos se las pinta solo. Saldrá adelante, es un audaz. También parece que Córdoba ha secundado a Queipo.

En el patio de la propia Comandancia, se gritan mueras confusos: «¡Abajo los traidores!». «¡Mueran!». Pronuncian su nombre; es demasiado el barullo para comprender qué sucede. Suben por las escaleras. ¿Qué puede ocurrir? ¿Se tratará de un motín provocado por un grupo de irresponsables? Se crispa por un instante. ¿No se tratará de un atentado contra él…?

—Comandante, salga a ver qué pasa ahí fuera.

Advierte movimiento en la antesala. Fernández Cordón cierra tras él la puerta. Se domina; hay que estar tranquilo, o aparentarlo; pase lo que pase.

—Mi general… Un brigada de la Guardia Civil y algunos números desean hablarle… Han matado al comandante Rodríguez Medel…

—¿Cómo?

—Sí, ahora mismo…

—Hágales pasar…

—A sus órdenes mi general, se presenta el brigada…

—Díganme, ¿qué ha ocurrido?

Tanto el brigada de la Guardia Civil como los números que le acompañan están visiblemente excitados; uno de ellos, tan pálido que parece que vaya a desmayarse. El general Mola les mira a través de los cristales de sus gafas; lo hace afablemente, para que no se sientan violentos ni intimidados.

—Hable usted, brigada…

—Mi general… El comandante Rodríguez Medel, obedeciendo las órdenes del Frente Popular, nos ha hecho formar en la explanada del cuartel. Había dispuesto camiones y hecho cargar en ellos cuatro ametralladoras, bastantes pistolas ametralladoras «máuser», muchos cartuchos y la Caja de la Comandancia. Mi general, ¡querían trasladarnos fuera de Pamplona, a combatirles a ustedes! Nosotros nos habíamos juramentado para no hacer armas contra nuestros compañeros, nuestros hermanos del Ejército…

—Bien. ¿Qué ha ocurrido entonces?

—El comandante, apoyado por el comandante Friara y por el capitán Fresno, se negaba a decirnos adonde se nos llevaba. Entonces, mi general, se ha armado barullo, un compañero ha hablado en nombre de los demás, el comandante ha sacado la pistola, se han cruzado algunos disparos, un compañero ha sido herido y el comandante, que escapaba, ha caído a la puerta… ¡muerto! Nosotros hemos venido a decirle, mi general, que estamos a sus órdenes para que nos mande…

Los demás guardias prorrumpen a hablar, dando cada uno interpretaciones personales del suceso. El general Mola les corta la palabra y se pone en pie. Un hecho grave; la Guardia Civil amotinada, aunque sea a su favor.

—Vamos para allá, hay que poner orden en el cuartel.

Se dirige a uno de sus ayudantes.

—Me voy al cuartel. Busquen al coronel Beorlegui, y que se presente inmediatamente en la Comandancia de la Guardia Civil para hacerse cargo del mando. Luego veremos.

El general Mola abandona su despacho seguido de su ayudante y de los guardias civiles.

San Sebastián

—¿Por qué no os quedáis a comer?

—Imposible, deseo cruzar la frontera esta misma noche y dormir en San Juan de Luz.

—Encarnita y el chico pueden cenar en casa, a Concha le encantará y el servicio que se quede también en casa, en un momento se les prepara algo. Tú y yo, con cualquier pretexto, podríamos irnos a una tasca; hablaríamos largo y tendido, acabas de confesarme que habéis comido de bocadillos, unas «kokochas» por ejemplo, no te sentarían nada mal…

—No insistas; me excusas con tu mujer. Necesito marchar en seguida. Encarna ha ido a rezar al Buen Pastor; al chico le he mandado con la camarera a ver al «aña» que vive en el Antiguo.

Del Urumea vienen unas rafaguillas frescas y húmedas. La terraza del Café de Madrid está concurrida; en las mesas se habla de política y se comenta apasionadamente la situación.

Don Juan García de la Concha y Eguiloz de los Cobos ha llegado procedente de Madrid, de donde ha salido a primeras horas de la mañana con su familia. En Burgos ha recibido informes optimistas de la situación; desea confirmarlos en San Sebastián, para lo cual se ha citado por teléfono con Iñaqui, primo segundo suyo, en la terraza del Café de Madrid. Iñaqui, que viste americana gris perla y pantalón blanco de franela, le ofrece un cigarrillo «camel» que él rechaza cortésmente porque fuma picadura de habano que le enrollan a máquina en papel grabado con sus iniciales.

—¿Qué noticias traes tú, que vienes de Madrid?

—Háblame primero de San Sebastián…

—Lo de aquí es demasiado complicado; hablaremos después. Empieza tú.

—Muy sencillo; la chusma es dueña de la calle, el Gobierno no sólo lo tolera, lo alienta. Pero se les va a acabar pronto la chulería, en cuanto salgan unas parejas de la Guardia Civil a caballo y repartan cuatro cintarazos. Si no les basta, las tropas, que están acuarteladas, les darán para el pelo. ¿Quieren sangre? Sangre tendrán. Azaña, Prieto, Largo y compañía, ya tienen preparadas las maletas. Puede ocurrir que en Madrid haya jaleo por todo lo alto; en Burgos están prevenidos. Don Antonio, don Pedro Sáinz Rodríguez y otros muchos se han reunido allá. Rumores corren de que se espera a don José…

—¿Qué don José?

—¿Quién iba a ser? Don José Sanjurjo… Me lo han comunicado con el mayor sigilo gente que puede estar enterada.

—Aquí la situación es confusa; las personas sensatas, las que tenemos algo que perder, empezamos a estar asustadas. Por confidencias, sé que entre los jefes militares no hay acuerdo. El comandante militar de la plaza es don León Carrasco, excelente persona, amigo personal de don Alfonso, no te digo más… Hay rivalidad con el jefe de ingenieros el teniente coronel Vallespín. Las órdenes han de llegar de Pamplona; en el último momento los tradicionalistas han dado la conformidad al movimiento. En Guipúzcoa quienes lo estropean todo son los nacionalistas: Irujo, Leizaola y demás.

—¡Nada más nefasto que los separatismos! ¿No hay en España una capital? ¡Madrid! ¿Entonces, qué quieren? ¿No hay un idioma? El español, como su nombre indica. ¿A qué tanto cacarear en dialecto?

—¡Hombre! No hay que llevar las cosas tan lejos. Los nacionalistas, al fin y al cabo, son gentes de posición, personas que tienen qué perder; después de las elecciones se trató de formar un frente único con los partidos de orden, dejando a un lado diferencias; se invitó a los nacionalistas y acudieron. Después… Para mí, que Prieto les ha convencido con la pejiguera del Estatuto.

—Que no anden jugando; se sabe de buena tinta que socialistas y comunistas están preparados para implantar en España los soviets…

—Oye, entre nosotros, ¿qué son en realidad los soviets?

—De fijo no lo sé; pero ¡ya puedes figurarte! Largo Caballero ha estado en Rusia. Moscú le ha proporcionado los fondos necesarios para financiar la revolución en toda España.

—A mí, me preocupan los nacionalistas, como personas de peso y católicos que son. En las elecciones consiguieron cincuenta mil votos. Me preocupan, claro, los anarquistas, los comunistas, los socialistas que son muchos y que en la provincia, en los centros obreros, gozan de poderosa influencia, y disponen de armas… Los nacionalistas se han reunido esta mañana en el Gipuzko Buru Batzar. Una vergüenza que sacerdotes como don Policarpo o el padre Aristimuño estén a favor de un gobierno de laicos, masones e incendiarios de conventos.

—No comprendo cómo el Papa no interviene…

—Buena medida sería ésa… pero Roma está muy lejos, allá están tranquilos; tienen a Mussolini.

—¿Y las fuerzas de orden público?

—Ahí está mi inquietud. El jefe de la Guardia Civil, un tan Bengoa, es de la situación. Carabineros hay más de quinientos en Guipúzcoa; conque no te digo, con ésos no se puede ni contar…

—Estarán diseminados por la costa y puestos fronterizos.

—¡Tanto peor!

—La guarnición decidirá. En cuanto oigan cuatro tiros saldrán como conejos.

—¿Qué se dice de África, tú que tienes noticias frescas?

—El general Franco se ha puesto al frente de la Legión y se dispone a cruzar el Estrecho; son las últimas noticias que me ha dado en Vitoria un amigo.

—En Guipúzcoa son muchos los izquierdistas, y el número también cuenta. En apoyo de la guarnición están, sin embargo, los jóvenes; la juventud sana donostiarra, los hijos de las buenas familias, se hallan dispuestos a colaborar con las tropas.

—¿Sabes que a mi hijo Miguel le han encarcelado?

—¡Qué me dices!

—Sí, se ha metido con los falangistas. No me hace gracia, es un romántico, un exaltado; le han llenado la cabeza de aire. Pienso que la cárcel será lugar más seguro que la calle.

—¿Por qué no os quedáis a cenar? Se os está haciendo tarde.

—Te lo agradezco, pero no insistas; en cuanto Encarna venga de sus devociones, pasaremos a recoger al pequeño y salimos zumbando. Mi madre política nos espera en San Juan de Luz. Con Encama vendremos durante la Semana Grande; entonces nos invitas…

—Voy a comunicarte algo importante, pero reservadísimo. Las tropas están acuarteladas; ahora mismo hay reunión en los cuarteles de Loyola. No me extrañaría que mañana por la mañana se proclame el estado de guerra.

—¿Y te lo llevas callado? Ahora me marcho tranquilo, sé que no hago falta; porque te confieso que me iba con un pequeño resquemor, no fuera a parecerle a nadie que lo del veraneo era pretexto para hunde la quema.

Pamplona

De dos en dos sube los escalones. Carlista, hijo de carlista y nieto de carlista, Jaime del Burgo, jefe del Tercio de Requetés de Pamplona, tiene veintitrés años. La orden de sublevación acaba de serle comunicada y es consecuencia de la que a su vez ha cursado el príncipe Javier de Borbón Parma, en nombre y como regente de su tío el rey, que reside en Viena, y don Manuel Fal Conde, a quien se espera en Pamplona de un momento a otro: «La Comunión Tradicionalista» se suma con todas sus fuerzas, en toda España, al movimiento militar para la salvación de la Patria, supuesto que el Excmo. señor general director acepte como programa de Gobierno el que en líneas generales se contiene en la carta dirigida al mismo por el Excmo. señor general Sanjurjo de fecha 9 último. Lo que firmamos con la representación que nos compete. Con impaciencia, con verdadero anhelo esperaba la orden del alzamiento, no podían esperar más, de no haber llegado, él mismo hubiese sacado a la calle a los requetés de Pamplona que se consumen en idéntica impaciencia.

En el comedor familiar sus padres, hermanos y hermanas rezan el rosario. Jaime, que es el primogénito, cruza una mirada de inteligencia con el segundo, Antonio, que tiene el grado de sargento en la organización militar carlista. El padre le hace un signo disimulado de que se acerque. Está apoyado en el aparador; a su espalda el reloj con su tic-tac acompaña la monótona sucesión de avemarías, y un retrato de don Carlos VII preside la estancia. Nota la mirada interrogante del padre, y en voz baja, apenas balbucea:

—Sí, es hoy…

El padre observa de soslayo a la madre y a los siete hijos que rezan; el menor tiene sólo cuatro años, apagando la voz, le dice:

—Yo también iré…

La mirada entre interrogante y severa de la madre corta el murmullo. Jaime del Burgo intenta rezar y no lo consigue; años hace que espera este momento; desde muy joven él y sus compañeros se han estado preparando; ejercicios en las sierras de Andía y Urbasa, en Belzunegui y Maquirrain, instrucción militar y manejo de armas en Italia. Y la orden de movilización ha llegado; mañana saldrá al mando del Tercio de Pamplona. Observa a su padre; le ha tocado vivir una época oscura para la causa del carlismo, su padre fue un luchador que sufrió persecuciones y detenciones pero su momento ha pasado.

—Santo Dios, Santo Fuerte, Santo inmortal —invoca la madre.

—Líbranos, Señor, de todo mal —responden los demás.

Largo y laborioso ha sido el forcejeo sostenido entre el general Mola y Fal Conde, aquél pretendiendo que, para atraerse el mayor número de colaboraciones dentro del Ejército el alzamiento se hiciera respetando la bandera republicana, incluso no planteando problemas de forma de Gobierno, y Fal Conde exigiendo la bandera roja y gualda. A fuerza de tirantez llegaron a romperse las relaciones: afortunadamente en el último momento han logrado un acuerdo, impuesto por el general Sanjurjo, navarro él, que será jefe del futuro Estado a título provisional. Los requetés lucharán bajo su propia bandera y las unidades militares que tengan encuadradas compañías de requetés no usarán ninguna bandera.

—Ahora un padrenuestro por el triunfo de nuestra Santa Causa…

—Padre nuestro que estás en los cielos…

La oración toma el ritmo acelerado que le imprimen los hombres, que esta noche están deseando acabar pronto con el rezo.

—¡Amén!

Todavía los pequeños arrastran el amén cuando el padre se encara decididamente con el hijo.

—Yo voy con vosotros…

Jaime del Burgo, montañero curtido en ascensiones a las sierras, en las escaladas, en el rigor militar que ha impuesto clandestinamente a su vida de paisano, observa a su padre desde sus veintitrés años.

—Papá… eres un poco viejo…

Sevilla: En los barrios de San Marcos, San Julián, La Macarena, San Bernardo… se levantaron barricadas para oponerse a las fuerzas del ejército que el 22 por la noche se apoderaron de toda la ciudad.

El comandante de E. M. José Cuesta Monereo, cuya intervención fue decisiva en los días del alzamiento..

Triana, a la orilla derecha del Guadalquivir, también ofreció tenaz resistencia. Banderas blancas en los balcones anuncian su rendición.

Pamplona: Grupo de falangistas equipados a toda prisa.

Pamplona: Durante la mañana del domingo, 19 de julio, se presentaron en la capital de Navarra millares de voluntarios carlistas que inmediatamente pasaron a formar unidades militares o a integrarse en las del ejército.

Desfile en la plaza del Castillo de los voluntarios requetés procedentes de todas la tierras navarras.

Pamplona: Los requetés navarros tenían su cuartel general en el Círculo Carlista. Los falangistas se apoderaron a las 7 de la mañana del día 19 del local de Izquierda Republicana, donde se instalaron.

Comandancia de la Guardia Civil. En esta puerta fue muerto a tiros el comandante José Rodríguez Medel, el 18 por la tarde.

Sevilla

El capitán del Estado Mayor, Manuel Gutiérrez Flórez, le ha mostrado una cuartilla, borrador de un diario de operaciones. Dice así:

> 18 de julio de 1936. — A las nueve de la noche el Ejército es dueño de la calle Jesús del Gran Poder, plaza del Duque, calle de Tetuán, plaza Nueva, avenida de la Libertad, calle de San Femando, avenida de Borbolla y paseo de la Palmera. El resto de la capital se halla en manos de los extremistas. Simultáneamente a la ocupación del centro de Sevilla por las tropas, las turbas armadas se apoderan de los barrios de San Julián, San Marcos y La Macarena.

La situación no puede considerarse brillante, a pesar de que los puntos principales de la ciudad estén dominados o batidos por el Ejército. La misma Capitanía no queda demasiado segura; durante la tarde ha habido un fuerte tiroteo y hasta el comandante Álvarez Rementería se ha puesto a manejar una ametralladora. Disparos se oyen en toda la ciudad; incluso en las zonas dominadas la circulación resulta peligrosa pues disparan desde las azoteas. Los sindicatos han declarado la huelga general y las izquierdas, por lo menos anacorsindicalistas, socialistas y comunistas han movilizado resueltamente a sus partidarios. En cambio, de las personas de orden, son pocas las que hasta ahora se han presentado. Unos cuantos falangistas, algunos requetés, y otros voluntarios, a los cuales se arma y encuadra en el Cuartel de Infantería. Alguien ha propuesto sacar de la cárcel a los falangistas presos; será necesario organizar una pequeña expedición, pues la cárcel se halla en un barrio dominado por los extremistas, y por ahora no hay fuerzas para distraer. Obligando pistola en mano a telefonear al comandante Loureiro, jefe de los de Asalto, a quien han traído prisionero desde el Gobierno Civil, se ha conseguido rendir al cuartel de Asalto, pero algunos de los guardias aún resisten. La lucha se ha endurecido y ha habido un momento de sumo dramatismo cuando el general ha amenazado a los doscientos guardias apresados en el Gobierno Civil primero con fusilarlos a todos, y después con diezmarlos. Está ardiendo San Bernardo, otras iglesias y algunas casas de personas pudientes y de derechas. Si el golpe fracasa como ocurrió cuando Sanjurjo, nadie va a escapar con vida.

En Cádiz, López Pinto ha sacado a las tropas y el general Varela se ha fugado del castillo de Santa Catalina. El gobernador civil resiste, y se lucha en las calles; la pelota está en el tejado. La base naval de San Fernando se ha sublevado y apoderado de la ciudad. Parece ser que en Jerez de la Frontera las fuerzas armadas dominan la situación. En Córdoba, la artillería ataca al Ayuntamiento y al Gobierno Civil, y se ha proclamado el estado de guerra.

La caballería se ha apoderado de la emisora de radio, que aunque custodiada por la Guardia Civil seguía en poder de los elementos subversivos.

Una de las primeras jugadas, que ha sido de capital importancia, ha consistido en apoderarse del Parque de Artillería. Lo ha conseguido el capitán Corretjer con unos pocos soldados. En un fuerte tiroteo, se les han hecho muchos muertos y heridos a los comunistas que lo atacaban con intención de apoderarse de las armas que en el Parque se custodian. Si llegan a hacerse con ellas, a estas horas estarían sitiados por una fuerza desorganizada pero

numerosísima. Desde que se ha rendido a media tarde el Gobierno Civil, está allí don Pedro Parias a quien el general ha nombrado gobernador; pero se ha quedado casi solo. A don Ramón Carranza le ha nombrado alcalde, y ocupa el Ayuntamiento. Habrá que hacer frente a la huelga general. En Triana la Guardia Civil se mantiene acuartelada, pero el pueblo es dueño de la calle. Lo mismo ocurre en San Julián, en la Macarena, en San Bernardo y en las demás barriadas obreras.

No le resultaba simpático el general Queipo de Llano, pero está admirado, viéndole actuar. Tiene una audacia ilimitada, mano dura, y ejerce el dominio sobre cuántos, amigos y enemigos se acercan a él.

A Chacho Benjumea le han matado a primera hora de la tarde en la calle Tetuán; le han disparado desde un coche en que iban guardias de Asalto. Ayer noche, mismo, estuvo con Chacho. Pero en estas diez últimas horas han sucedido tantas y tan tremendas cosas que los sentimientos se han adormecido y, o no reaccionan o lo hacen irregularmente y a destiempo.

Para aislar a los revolucionarios de Triana se ha levantado el puente de San Telmo y el de la Corta Tabla. Queda el de Isabel II, pero lo baten las ametralladoras. Con igual fin se han enviado voluntarios mandados por el capitán Alarcón de Lastra. Igual que él, se han presentado bastantes oficiales y jefes retirados; a todos se les reincorpora inmediatamente al servicio activo.

El aeródromo de Tablada sigue siendo una incógnita… y un peligro. Esta tarde un avión ha lanzado octavillas revolucionarias; menos mal que no ha arrojado bombas.

Observa movimiento y agitación por los pasillos. Un compañero se asoma a la puerta.

—El general va a hablar por radio, ¿quieres venir a oírle?

—¿Dónde?

—Ahí, en el despacho del ayudante. Vente…

El despacho está lleno; lo ocupan casi todos los jefes y varios oficiales y paisanos. El general se sienta ante la mesa, en el brazo de un sillón. Han instalado un micrófono de la emisora Radio Sevilla. Un señor de paisano, que según le han dicho es amigo del general, le acerca el micrófono. Cuando el general le hace signos de que está dispuesto, exclama con brío: «Sevillanos, españoles, os va a hablar el general de la Sexta División, don Gonzalo Queipo de Llano. ¡Atención!». El general carraspea, estira ligeramente el cuello y rompe a hablar con voz firme, aunque emocionada.

Sevillanos: ¡A las armas! La Patria está en peligro y, para salvarla, unos cuantos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un movimiento salvador que triunfa por todas partes.

El ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese Gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú.

Por orden de la Junta de Generales, he tomado el mando de la Segunda División Orgánica, ya que el general Villa-Abrille se ha mostrado insensible a los peligros que amenazan a la Patria y a las exhortaciones del compañerismo. Todas las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado por teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles.

El general Villa-Abrille, todas las autoridades de Sevilla y cuantos simpatizan con él y con el titulado Gobierno de Madrid están detenidos y a mi disposición.

El general Mola, con fuerzas de Navarra, y el general Saliquet, con las de Castilla la Vieja, avanzan sobre Madrid por los puertos de Somosierra y del León.

Las guarniciones de Galicia dominan fácilmente algunos focos revolucionarios que no tardarán en extinguirse.

La guarnición de Navarra domina también a los gubernamentales por todas partes, sobresaliendo en entusiasmo la guarnición de San Sebastián.

También está comprometida en el Movimiento la guarnición de Valencia, actuando con espíritu verdaderamente admirable la de Alicante, en la que toman parte, como un solo hombre, infantes, Guardia Civil, Guardia «de Seguridad» y Carabineros.

Tan sólo permanecen a la expectativa las guarniciones de Madrid y Barcelona, debido a que los jefes de cuerpo, principalmente, son hechura del compadrazgo. Estos milites deben sus destinos a la influencia de los numerosos jefes políticos que nos desgobiernan y no tienen otro ideal que su codicia de ascensos, incluso en perjuicio de otros compañeros más dignos que ellos, sin preocuparles ni poco ni mucho los sagrados intereses de la Patria. No importa: la realidad habrá de imponerse a todos, a los tibios como a los débiles, y por último, tendrán que unirse con la mayoría del Ejército, a fin de salvar a España librándola de la canalla que la deshonra y la conduce a la ruina.

Más aún: la Marina de Guerra, siempre fiel a los latidos de la Patria, se encuentra en masa con nosotros. Gracias a su ayuda, el traslado de tropas de Marruecos a la Península ha de ser rapidísimo y pronto veremos llegar a Cádiz, Málaga y Algeciras las columnas gloriosas de nuestro ejército de África, que avanzarán sin reposo sobre Granada, Córdoba, Jaén, Extremadura, Toledo y Madrid.

¡Sevillanos!: la suerte está echada y decidida por nosotros y es inútil que la canalla resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas del Tercio y Regulares se encuentran ya en camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España! ¡Viva la República!

Los presentes han escuchado en silencio. Al terminar, el general les mira como con asombro. Suenan algunos aplausos.

—Así se habla…

—Muy bien, mi general…

Él sale sin emitir comentarios y regresa al despacho que le han asignado provisionalmente.

Casáblanca

Han cenado frugalmente en el mismo aeródromo de Casablanca donde han aterrizado tras de hacer escala en Agadir, poco después de cerrar la noche. Bolín, que les esperaba impaciente en Casablanca, está en la cabina telefónica hablando por conferencia con el marqués del Mérito que se halla en Tánger.

El general Franco, que viste de paisano, se ha afeitado el bigote y usa gafas oscuras; le acompañan el piloto, capitán Beeb, el ayudante del general, teniente coronel Franco Salgado y el aviador Villalobos. La noche serena, cálida, aliviada por la brisa, templa los nervios. Cuando Luis Bolín termina la conferencia se acerca respetuosamente al general Franco.

—Mi general. Recomienda que no aterrice en Tánger… Supone además que el aeródromo está vigilado por el enemigo con malas intenciones y Tánger es ciudad internacional…

—¿Cuál es la situación en los aeródromos de Marruecos?

—En Larache hay instalaciones eléctricas; puede aterrizarse durante la noche, De no presentarse usted en Larache a lo largo de la noche, le esperarán en Tetuán a primera hora de la mañana.

—Aterrizaremos mañana en Tetuán. Vamos ahora a descansar.

—Mi general, hay un hotel aquí cerca…

—Pues, andando para allá.

La Granja

Al caer la noche ha refrescado. En la Sierra pronto se olvidan las temperaturas caniculares de Madrid. Ayer se instaló en este Real Sitio, en el cual va a veranear por primera vez, el

exministro del Gobierno provisional de la República, don Miguel Maura con su familia. La villa que han alquilado se halla situada a la salida del pueblo yendo para Segovia.

La familia está cenando alrededor de la mesadla conversación salta de uno a otro en forma desordenada; a veces contesta a alguna pregunta que le dirigen o hace una observación, otras preguntas quedarán por contestar y otras observaciones sin formular, pues don Miguel Maura, preocupado por los rumores que corrían ayer por Madrid y que se han ido desgraciadamente confirmado a lo largo del día de hoy, se desentiende un tanto de los demás. España, salvo que un milagro enderece y resuelva la situación, se encuentra en una encrucijada peligrosa.

Hace cuatro días justos fue a despedirse de su amigo, el general Rodríguez del Barrio, a quien recientemente han operado de cáncer con resultados solamente medianos. Le encontró en bata, desmejorado, aunque durante la conversación pareció animarse. Comentaron la situación política, y el general le hizo, con cierto sigilo, pasar a otra habitación. Sobre una gran mesa había un mapa en relieve de la mitad norte de España. Le señaló con el dedo Pamplona y exclamó como quien revela un secreto: «De ahí vendrá la salvación para todos». Como durante la conversación se había referido a Mola con algunos sobreentendidos, y como tanto el general Cabanellas como el general Queipo de Llano le han hablado diversas veces de un movimiento militar que se prepara, ha comprendido el sentido de la frase. «Son ustedes unos locos, unos insensatos», le replicó; pero el general Rodríguez del Barrio insistía: «Espere usted unas horas y lo verá».

La sublevación de África, ¿tendrá una réplica inmediata en Pamplona? ¿Dónde más? Rechazó la tentación de dirigirle preguntas indiscretas; la conclusión que dedujo es que, a pesar de lo precario de su salud, Rodríguez del Barrio sigue de cerca el complot militar.

Los políticos creen disponer de fórmulas para salvar al país de la catástrofe, fórmulas de Violencia preferentemente. Queipo como Cabanellas, vienen desde hace tiempo tratando de atraerle a la conspiración y se ha negado siempre. Él tiene su propia fórmula, la que ha propugnado en los seis artículos publicados en *El Sol*; implantación de una dictadura nacional republicana: *regida por los hombres de la República, por republicanos probados que unidos y juramentados para no escindirse ni separarse hasta terminar su labor, antepongan el interés supremo de España y de la República a toda mira partidista y de clase, gobiernen para toda la nación y acometan la obra de construir el Estado. Dictadura, en que los hombres representativos del régimen que figuren en el Gobierno ocupen los puestos para los que les califica su preparación, su historia o su vocación, sin miramientos a jerarquías ni entorchados, con la sumisión propia de quienes, requisados, se movilizan al servicio del alto interés nacional*.

Advierte que está rememorando palabra por palabra, uno de sus escritos, y se complace en ello. Nadie ha hecho caso de la solución que propugnó, la única que puede sacar a la República, y por tanto a la nación, del atolladero en que se ha metido por sus propios pecados. Sigue recordando el texto: Gobierno de plenos poderes, limitándose a sí mismo, como lo hizo el Gobierno provisional de la República, sus propias atribuciones por los postulados eternos y sagrados de la equidad y de la justicia, pero dispuesto a renovar rápida y radicalmente cuanto hay de viciado, corrompido o inservible en el acervo de la legislación española.

Resulta inútil y suicida mantener la apariencia de unos principios de democracia pura que los mismos encargados de mantenerla se ven obligados a violar cuando no la atropellan por capricho, por orgullo o por pasión partidista. Le disgusta el papel de profeta, pero el artículo terminaba con una profecía, o vaticinio, para el caso de que la política del gobierno no se enmiende, vaticinio que afectará a todos los republicanos, es decir a la mayoría del pueblo español. Era éste: «De fuera vendrá quien de casa nos echará». El vaticinio expresado por medio de un dicho popular, ¿lo formula él, o es algo que está en el ánimo de millones de españoles? ¿Ha comenzado a cumplirse la desdichada profecía?

Finge prestar atención a la conversación familiar; desea evitar que adviertan que está distraído y, más aún, preocupado. No lo consigue; las ideas tiran de él con fuerza; le arrastran, él es un padre de familia pero también un político, por nacimiento, por herencia y por vocación.

José Antonio Primo de Rivera, desde la prisión de Alicante, le ha escrito hace veinte días una carta deferente y afectuosa. Se refiere a los artículos, y los elogia. José Antonio es persona de fino instinto y razona con la habilidad que le confiere su profesión de abogado. Trata de atraerle a su campo, señala cuánto puede haber de común entre ellos, e intenta minimizar lo que les separa. ¿Hasta qué punto estará José Antonio comprometido en la sublevación? En el último párrafo de la carta, hace la misma profecía, aunque quizá más y mejor matizada. Lo recuerda con precisión porque en estas horas es preciso recordarlo todo, medirlo y meditarlo, una y otra vez.

Pero ya verás; ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún la pereza mental de nuestro pueblo (en todas sus capas) acaba por darnos o un ensayo de bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro.

¿Se estará aún a tiempo de hallar soluciones válidas y sensatas? Pero ¿qué lugar ocupa la sensatez en la escala de valores de los que gobiernan o de los que aspiran a gobernar por la fuerza?

La camarera entra en el comedor; con cierta emocionada solemnidad entreverada de doméstica confianza, le dice:

—Don Miguel, le llama al teléfono el señor presidente de la República.

Se limpia la boca con la servilleta que arroja en seguida sobre el mantel. Ante la sorpresa de su esposa e hijos, se dirige a largas zancadas hasta el teléfono.

El presidente de la República le habla desde el Palacio de Oriente.

—Amigo Maura, están aquí reunidos conmigo los hombres representativos de la República. Como usted sabe, la situación puede calificarse de grave. Le agradeceré que se ponga inmediatamente en camino y acuda a la reunión. Nos urge tomar determinaciones; el alzamiento militar está en marcha y la República en peligro.

—Señor presidente; yo estoy dispuesto a salir ahora mismo para Madrid, pero deseo que conste que mi posición es clara y terminante. Sólo veo una solución factible y usted la conoce; la que he expuesto en los artículos publicados en *El Sol*. Dictadura republicana, o dictadura de los republicanos, si usted lo prefiere. De no ser para estudiar la manera de llegar a esa solución, mi presencia ahí está de más…

—En principio, y todo es cuestión de estudiar fórmulas viables y satisfactorias, su idea merece mi beneplácito. Voy a exponer a los demás su propuesta; somos aquí muchos y necesitamos aunar criterios diversos. Yo mismo le telefonearé con el resultado, tan pronto como me sea posible decirle algo.

—Me tiene a su disposición, don Manuel, siempre que mi idea sea en principio aceptada como base de un acuerdo…

—Buenas noches, y manténgase en todo caso dispuesto.

Madrid

Se coloca decididamente ante el micrófono que han instalado en un despacho del Ministerio de Gobernación. Lleva en las manos unas cuartillas que ha improvisado cuando ha sido requerida para que dirigiera la palabra al pueblo de Madrid y al de toda España en nombre del Partido Comunista.

Es de mediana estatura y edad, morena, con algunas canas, de tez blanca y carnes todavía firmes. Nació en San Julián de Musques, en Vizcaya, de familia de mineros y está casada con un viejo luchador socialista asturiano, obrero metalúrgico.

Con los demás miembros del Comité Central del Partido Comunista, se hallan reunidos y en febril actividad desde hace muchas horas. El Partido vive momentos de peligro e incertidumbre, pero también quizás ha llegado su momento.

El locutor se acerca al micrófono. Ella, con las cuartillas en la mano, mira hacia arriba, se desentiende de los que la rodean, y escucha las palabras que con voz firme y solemne pronuncia el locutor:

—¡Atención, atención! Aquí Unión Radio de Madrid en sus micrófonos instalados en el Ministerio de Gobernación. ¡Atención, atención! Dolores Ibárruri, diputada por Asturias, os va a dirigir la palabra. ¡Atención! Habla Dolores Ibárruri…

El locutor se retira y alarga la mano cortésmente como invitándola a aproximarse al micrófono.

Dolores Ibárruri entorna los párpados, se pasa rápidamente la lengua por los labios, se acerca al micrófono, y rompe a hablar con voz vibrante, firme, dramática, mientras el cuerpo se mantiene rígido y la garganta enrojece y late. La mano que le queda libre se agita, crispándose, distendiéndose, con elocuencia:

Trabajadores, antifascistas, pueblo laborioso: todos en pie, dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo. A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular, es conocida por todos la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias se sigue luchando con entusiasmo y coraje, unidos los trabajadores con las fuerzas leales a la República. Al grito de «El fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de Octubre», comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, soldados y todas aquellas fuerzas fieles a la voluntad del pueblo, van destrozando a los traidores insurrectos que han arrastrado por el fango y la traición el honor militar de que tantas veces han hecho alarde.

Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren, por el fuego y el terror, sumir a la España democrática y popular en un infierno de terror. Pero no pasarán.

—¡Cierra ya esa radio! ¡No sé cómo eres capaz de escuchar a semejante mujerzuela…! Me crispa los nervios.

España entera está en pie de lucha.

—¡Calla tú, y no escuches si no quieres! Yo necesito oír esa sarta de disparates, para cargarme de ira, no quiero que me remuerda la conciencia cuando llegue el momento de sentarles la mano. ¡Déjala hablar, que por la boca muere el pez!

En Madrid el pueblo está en la calle dando calor con su decisión y espíritu de combate al Gobierno para que llegue hasta el fin, el aplastamiento de los reaccionarios y fascistas sublevados.

—Es una arpía; no sé cómo una mujer puede ser tan rematadamente mala. Claro que es fea como un monstruo, la vi en una fotografía. Y vieja…

Jóvenes, en pie para la pelea. Mujeres heroicas, mujeres del pueblo, acordaos del heroísmo de las mujeres asturianas…

—Pues a ésta se le va a caer el pelo. Hay que escarmentarles de una vez, y en seguida; que no pase como cuando lo de Asturias, que luego se les ha perdonado la vida a todos, y mírales como lo han agradecido.

… luchad también vosotras al lado de los hombres para defender el pan y la tranquilidad de vuestros hijos amenazados. Soldados, hijos del pueblo, firmes como un solo hombre al lado del Gobierno…

—Esta mujerzuela, si pudiera, nos mataría a todos. Envidia que nos tienen, eso es todo, la pura envidia. No habiendo religión, ni creencias, ni cultura, los hombres se vuelven como animales. Ahí tenemos la prueba…

—Calla de una vez, y déjame escuchar… ¿Qué religión ni cultura van a tener éstos? Si son como bestias… Hay que hacer un escarmiento, pera de los gordos. No ha de quedar títere con cabeza. ¡Que vaya, que vaya hablando…!

… al lado de los trabajadores, al lado del Frente Popular, de vuestros padres, de vuestros hermanos y compañeros; luchad por la España del 16 de Febrero; acompañadlos a triunfar.

En la sala hay dos grandes ventanales entreabiertos. Largos visillos y un estor los protegen. Sobre una consola dos candelabros de bronce sin bujías y en la pared una cornucopia. En marco dorado y ostentoso, un cuadro que podría ser de Madrazo o de alguno de sus imitadores; un caballero con breve melena, bigote y mosca, apoyado en una mesa. La pechera y el vientre, que se confunden, cruzados por una banda de seda, y el pecho cubierto de brillantes condecoraciones. De las paredes cuelgan otros cuadros. Hay además un tresillo isabelino y un piano de cola. Los sillones ingleses forrados de cuero oscuro, desentonan del resto de los muebles, y el aparato de radio se halla junto a los sillones sobre una mesilla oscura, colocada junto a un cenicero de latón sostenido por alto pie de madera torneada.

Trabajadores de todas las tendencias: el Gobierno ha puesto en nuestras manos los elementos de defensa precisos para que sepamos hacer honor a nuestra obligación de impedir para España la vergüenza que supondría un triunfo de los sangrientos verdugos de la represión de Octubre. Que nadie vacile; que mañana podamos celebrar la victoria. Listos todos para la acción. Cada obrero, cada antifascista, debe considerarse un soldado en armas.

Desde que el discurso he comenzado, le presta emocionada atención. La mujer le observa desde el otro extremo de la mesa cubierta con un hule verde desteñido, roto en las cuatro esquinas, mientras zurce calcetines. Como el balcón permanece abierto y en la calle algunos vecinos están sentados en taburetes a la puerta de la taberna, se oían sus voces, pero desde que el discurso ha comenzado, las voces han enmudecido; sólo un murmullo aprobatorio parece subrayar el final de los párrafos.

Parte un pedazo de pan con los dedos y lo empapa cuidadosamente en la amarilla yema. Se lo lleva a la boca con fruición pero distraídamente, y lo mastica con cuidado.

Pueblo de Cataluña, Vasconia, Galicia, españoles todos: A defender la República democrática; a consolidar la victoria lograda por el pueblo el 16 de febrero.

—¡Qué gran mujer ésta! ¡Qué corazón tiene!

Ella sigue cosiendo. No le gusta que Mariano se meta en jaleos. Su hermano, que es albañil, lleva muchos meses parado por culpa de la huelga de la construcción, y mientras sus hijos están pasando auténtica hambre; los domingos les trae a comer a casa, pero a ella tampoco le es posible hacer milagros. Mejor que su marido no se meta en líos. La mujer que habla por la radio tiene razón en lo que dice, pero a los obreros siempre les toca perder y recibir los palos.

El Partido Comunista os llama a todos a la lucha. Os llama a todos, trabajadores, a ocupar un puesto en el combate para aplastar definitivamente a los enemigos de la República…

—Es formidable. ¡Tiene razón! No podemos quedamos con las manos cruzadas…

—Los políticos siempre parece que tengan razón…

—La Pasionaria no tiene nada que ver con los políticos. Es una mujer del pueblo, una mujer que habla nuestro idioma. ¡Cállate ahora!

… y de las libertades populares. ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del Pueblo!

Con el tenedor y ayudándose con el pan va comiéndose la clara. Cuando la termina, rebaña concienzudamente el plato.

Ella le mira de reojo. En mala hora se le ocurrió conectar el aparato de radio. Al regresar del trabajo le gusta escucharla; este aparato lo han comprado a plazos. Hoy apenas han dado música ni nada, sólo proclamas, noticias, alarmas, citas de los sindicatos, amenazan… los

obreros pierden siempre, les tocará otra vez perder. Mientras su marido se salve y después no se quede sin trabajo…

Se pone en pie, se ajusta el cinturón, descuelga la chaqueta de la percha y se le echa al hombro. Ella le mira pero sin decirle nada.

—Salgo un rato. Me voy a llegar a la Casa del Pueblo.

Cuando advierte el rostro dolorido de su mujer, busca una explicación, una disculpa.

—Irán todos los compañeros; no puedo faltar.

Valladolid

Ha hecho que le arrimen a la cama el aparato de radio, y desde media tarde se afana en buscar emisoras que den noticias, principalmente las de Madrid. A las emisoras de Barcelona, con las que también ha tratado de conectar, les falta potencia. Desde la cama, a través de los cristales de la ventana, que al anochecer su esposa ha cerrado porque la temperatura refresca, se descubre la torre de Santa María la Antigua.

El médico le ha prohibido fumar; la tarde la ha pasado fumando y no han valido de nada las protestas y lamentaciones de su esposa. Cuando por la mañana se ha puesto el termómetro tenía sólo treinta y siete con seis, pero durante la tarde le ha subido seguramente; se ha negado a dejarse tomar la temperatura. Desde hace más de una semana guarda cama con fiebre gástrica, sometido a dieta rigurosa.

En la ciudad hay tiroteo; no parece que se trate de verdadera lucha, más bien de paqueo o de fugaces escaramuzas. Ha pedido a su mujer que saliera a la calle a averiguar noticias, pero ella no se entera de las cosas. La Guardia de Asalto se ha amotinado contra sus jefes esta tarde, y los números se han negado a trasladarse a Madrid adonde el Gobierno les enviaba. Unos cuantos guardias en camiones, acompañados de algunos militares, principalmente uno que se llama Pereletegui, según le ha precisado don Cleofás, el vecino, de los retirados de la ley Azaña y otros en activo, que es más grave, y jóvenes fascistas y derechistas de la JAP han estado alborotando por las calles.

Su mujer misma ha visto falangistas con camisa azul y mosquetones —escopetas, ha dicho ella— y don Cleofás cuenta que han asaltado el centro de la CNT y matado a los que estaban dentro. Le ha preguntado si lo ha visto con sus ojos; don Cleofás refiere que lo ha contado a última hora un ordenanza del despacho que andaba horrorizado. Don Cleofás, en el fondo y aunque lo oculte, simpatiza con las derechas; aunque liberal es cobarde y timorato. Militares y fascistas le atemorizan, ¡naturalmente!, y a los curas no los traga porque se quedaron con la mejor tajada de una herencia que le correspondía, pero tampoco se inclina a favor de las izquierdas aunque alardea de que votó al Frente Popular en febrero. ¿Será verdad o no será verdad? En la Casa dél Pueblo se han concentrado fuerzas populares y los políticos están reunidos con Lanvín, en el Gobierno Civil, pero Lanvín no toma decisiones. A pesar de que se ha declarado la huelga general, su propia mujer le ha dicho que las tiendas estaban abiertas y que funcionaban tranvías. Circulan rumores sobre tiroteos gordos y sobre muertos, pero nadie le ha dado informes concretos.

En la capital la cosa está que arde, reanima escuchar las radios madrileñas. Todo son llamamientos a los obreros y discursos de los auténticos patriotas, no de los tramposos que lo son de boquilla para defender intereses personales o para chupar del bote en cargos pingües. Ha hablado la Pasionaria que, a pesar de pertenecer al Partido Comunista, no deja de ser española como la que más, y han leído los decretos por los cuales se expulsa del Ejército a los generales traidores; Queipo, Cabanellas y Franco, y otro decreto anulando el estado de guerra en donde los facciosos lo hayan proclamado sin derecho a hacerlo, han disuelto las unidades insurrectas, con lo cual queda desmontado el falso aparato legal que pudieran invocar los militares sublevados. No se duerme don Santiago Casares Quiroga. En Madrid es donde les van a dar para el pelo, y no digamos en Barcelona, porque los catalanes tendrán defectos, pero no se casan con militares ni con fascistas. Y si a Companys y a los suyos se les encoge el ombligo como les ocurrió el 6 de octubre, allí están Durruti, García Oliver, la Montseny, Ascaso y miles de obreros detrás de ellos; puestos a malas ¡qué arda Troya y que todo se vaya al carajo! Así aprenderán los clericales, los derechistas, los enemigos de la democracia y del pueblo.

A escuchar Radio Valladolid se niega. Los fascistas se han apoderado de la emisora y hace un par de horas han empezado a vociferar como energúmenos, calificando al gobierno legítimo de «antiespañol». ¿Por qué? ¿Quiénes son ellos para decidir el grado de españolismo de nadie? «¡Arriba España!», es el grito que se han inventado, y lo utilizan para excitarse al apretar el gatillo de las pistolas…

Los guardias de Asalto amotinados, las tropas, o mejor dicho los oficiales y jefes, amotinados, los derechistas alborotando, los falangistas armados, los curas bendiciéndoles a todos ellos. Una noche triste se viene encima de los españoles. Alguien permanecerá leal, quizás el general Molero, y no faltarán jefes responsables en el Ejército, y en las fuerzas de orden público que hagan honor a su juramento de fidelidad a la República, y están los obreros de la Casa del Pueblo, los ferroviarios, y el conjunto de los buenos vallisoletanos, liberales, que también los hay. La réplica vendrá, y esos disparos algo indican. Y si el pueblo de Valladolid no es capaz de reaccionar con suficiente energía, Madrid enviará tropas leales de refuerzo. En Sevilla, según las últimas informaciones, Queipo ha fracasado; aquí sucederá lo mismo, lo mismo.

—Tómate la medicina, es la hora…

—Ya voy, ya voy. Han destituido a los traidores, y se disuelven las unidades sublevadas. Les van a machacar. ¡Ya era hora!

—¡Cálmate! ¡Mejor sería que trataras de dormir! Deja la radio.

—Si estoy tranquilo, mujer. Es que todos éstos, los canallas que andan a gritos, los que tú has visto armados, los que don Cleofás ha oído contar que asesinan a los obreros sindicalistas, son los criminales que mataron a nuestro pobre Antonio, ¿lo oyes?

—¡Calla, por Dios! No sabemos quiénes le mataron. Fue durante un tiroteo…

—No lo sabrás tú… Los falangistas fueron. Lo que ocurrió es que la policía y los jueces, no quisieron enterarse. Como esta vez pierdan la partida, no habrá compasión. Sabremos quién fue el asesino y quiénes sus cómplices. Y la pagarán…

—No me recuerdes aquello… No puedo soportarlo…

—La pagarán, como hay Dios, o mejor dicho, como no hay Dios.

—¡Calla, no blasfemes! No mezcles a Dios en esto…

—¿A qué Dios? Porque los que se dicen amigos de tu Dios, asesinaron a tu propio hijo…

La mujer sale llorando de la alcoba. A su hijo Antonio le mandaron a estudiar a Madrid, les costaba mucho sacrificio pagarle la carrera, pero deseaban que se ausentase de Valladolid en donde se había significado como miembro de la FUE. Le enviaron a Madrid para alejarle del peligro, y fue a morir a Madrid, en un tiroteo. Según manifestó la policía, le encontraron una pistola; también él había disparado. Se ha quedado solo. Acciona el conmutador de la radio. Está fatigado, cubierto de sudor, como si la fiebre le hubiera deprimido. Ya no siente rabia, apenas dolor, sólo cansancio. Dócilmente se traga la pastilla y bebe medio vaso de agua; luego apaga la luz. Otra vez está llorando; la enfermedad le debilita porque de no ser así, no lloraría.

Los disparos suenan espaciados y distantes.

Al general Saliquet es la primera vez que le ve, pero no le cabe duda de que se trata de él. Corpulento, algo torpe de movimientos y con enormes bigotes grises que casi le cubren la boca. Además, va vestido de general. Le acompañan otro general, que debe ser Ponte, un teniente coronel de caballería, varios militares y algunos paisanos, entre ellos el abogado Estefanía, dirigente de la JAP.

El capitán Gómez Caminero, que manda esta noche la guardia, y que es quien les ha facilitado la entrada al edificio de la división, se cuadra ante el general Saliquet.

Tal como le han mandado, él sube tras el general Saliquet, escoltando a los militares. Van a entrevistarse con el capitán general, o sea, con el jefe de la división, don Nicolás Molero Lobo. No sabe si se trata de convencerle para que proclame el estado de guerra, de aprisionarle, o simplemente, si pretenden cargárselo, porque los ánimos están exaltados, y desde aquí mismo se oyen tiroteos por la ciudad, y alguien ha comentado que «en la guerra, como en la guerra». Por su parte, va dispuesto a todo, también a disparar; no será la primera vez que lo hace, aunque las circunstancias actuales son mucho más graves, solemnes diría; el hecho de hallarse en el edificio de la Capitanía General impone.

En la antesala del despacho del jefe de la división, se detienen un instante. Saliquet se mantiene erguido, con las manos en la espalda, lo que hace_que destaque más la potente curva de su vientre. Cambia impresiones con el general Ponte y con el teniente coronel, que le han dicho que se llama Uzquiano. No consigue entender las palabras del general que le salen confusas de debajo del bigote.

Hasta que ayer le informaron de que estaba escondido en una finca próxima a Valladolid, nunca había oído hablar de este general. Resulta que es catalán, nacido en Barcelona, y que está en la reserva, pues Azaña le consideró desafecto a la República. Parece viejo, debe tener más de sesenta años. Hizo la guerra de Cuba; en África, cerca de Xauen, le mataron a un hijo, militar también, que combatía con él. Según afirman, es hombre de empuje.

La puerta del despacho del general de la división ha quedado abierta después de entrar el general Saliquet. Los demás, que permanecen en la antesala, se muestran inquietos y procuran

escuchar el diálogo que ambos generales sostienen dentro. Algunos se han aproximado descaradamente a la puerta; él, como civil, no se atreve a tanto, no le parece correcto. Una dependencia militar es lugar en que se siente extraño e intimidado. Si el golpe fracasa y le detienen, ¿cómo justificará su presencia aquí, armado además? Los generales discuten. Se aproxima a un capitán.

—¿Qué pasa, mi capitán?

—Que el movimiento militar se extiende por toda España y Valladolid es nuestro. Le dice que se sume. Y el general Molero le contesta que cuenta con fuerzas leales y que no traicionarán su juramento a la República.

—¡Para juramentos estamos ahora!

A la antesala llega la voz del general Molero, a quien sólo conoce por haberle visto presidiendo actos oficiales.

—… Lo que me pides es muy grave; tengo que consultar primero con el ministro de la Guerra.

El general Ponte y los militares agrupados a la puerta, se impacientan.

La voz de Saliquet se oye más confusa, como si al hablar expulsara aire.

—… no podemos perder tiempo.

Los militares han irrumpido en el despacho; por otra puerta, han entrado dos ayudantes del general Molero. Uno de ellos se llama Rioboo, le conoce de vista, siempre le ha chocado el nombre. Los militares discuten entre sí; él se queda en la antesala, para discutir no sirve y los militares no le escucharían. Preferiría andar por las calles a tiros con los socialistas, que no estar aquí, encerrado, pisando alfombras y en este ambiente que se le cae encima, presenciando cómo unos caballeros de uniforme se disputan el mando de la VII Región Militar.

La discusión sube de tono; el general Saliquet le advierte al general Molero que le va a detener. Molero pulsa un timbre; requiere a la guardia. Disputan a voces; uno de los ayudantes apoya a Molero. Estefanía ha penetrado en el despacho con los militares. Él mete la mano en el bolsillo y empuña la pistola, por si acaso. Suenan disparos. Cuando avanza hacia la puerta, un cuerpo se le viene encima. Estefanía se desploma en sus brazos, suenan gritos y más disparos y el despacho se llena de humo de pólvora. Deja estirado a Estefanía sobre la alfombra de la antesala. Parece muerto; un balazo en mitad del pecho. Del despacho llegan quejidos, insultos, imprecaciones, vivas. Entra con la pistola amartillada. Dos hombres ensangrentados están en el suelo, uno de ellos apoyado en un sofá. El teniente coronel Uzquiano se ha sentado y sangra por la rodilla. Huele a pólvora.

—¡Abran los balcones! —ordena el general Saliquet.

Entra un aire nuevo que empieza a despejar el humo. Todos se agitan desconcertados. El capitán general está herido. Uno de los militares que le ha disparado, se acerca respetuosamente, casi cariñosamente.

—Mi general, ¿cómo se encuentra usted?

Rioboo y el otro ayudante de Molero, yacen malheridos. Uno de los que han entrado con Saliquet, arrodillado, les examina las heridas y hace gestos de impotencia.

Guarda la pistola y se dirige al general Saliquet.

—Mi general, el señor Estefanía me parece que está muerto, lo he dejado en la antesala.

—¡Vaya por Dios…!

Apresuradamente se presentan en el despacho un general y un coronel. Al asomarse a la puerta se detienen un instante como asustados. Avanzan y se cuadran ante el general Saliquet, que ha recobrado su aplomo.

—A sus órdenes, mi general.

—Que se convoque a los jefes de cuerpo. Hemos de tomar urgentemente las medidas necesarias y proclamar el estado de guerra.

En la antesala, sin atreverse a entrar, se asoman unos soldados de la guardia y un sargento, que han acudido al ruido de los disparos.

—Hay que evacuar a estos hombres, en seguida, que se les conduzca al hospital. Tú, Molero, quedas además detenido; lo siento de veras, pero ya ves la que se ha organizado…

—El señor Estefanía, ¿está muerto?

—Usted Uzquiano, vaya al hospital a que le curen…

—Mi general, no es nada. Si me lo permite me quedo con usted.

—Como usted quiera, Uzquiano, necesitarles les necesito a todos.

Extrae el proyectil de la recámara. No sabe qué hacer allí, sobra; ni siquiera ha disparado. Pasa a la antesala. Urge liberar a los camaradas de la cárcel. Si el golpe fracasa, les matarán; la jugada ha sido fuerte, de momento han ganado.

El general Saliquet pregunta algo en voz baja a uno de los ordenanzas que ha acudido, y se dirige por el pasillo a la derecha.

El cadáver de Estefanía va empalideciendo. Un grupo de militares y soldados, le contemplan. Uno de ellos, que le conocía, comenta:

—¿Sabéis que tenía que casarse mañana?

En este instante se da cuenta de que las piernas le tiemblan ligeramente. En la calle se está combatiendo y su puesto está en la calle. Su misión en Capitanía ha terminado. Siente unas enormes ganas de orinar. Busca el retrete. Está ocupado; oye un pedo. La puerta se abre violentamente. Queda un momento embarazado. Levanta la mano y saluda.

—A sus órdenes…

Madrid

—¡Armas, armas, armas…!

El grito acompasado, se ha convertido en música elemental cantada por millares de voces. Las calles y callejas que rodean la Casa del Pueblo están abarrotadas de gente, obreros en su mayoría. De todo Madrid están acudiendo afiliados al local de la calle de Piamonte, atendiendo unos a los requerimientos de la radio, otros por iniciativa propia. Hombres y mujeres de Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias, ferroviarios, metalúrgicos de Vallecas, albañiles y peones de la construcción empujados a la miseria por la prolongada huelga, proletarios de los Barrios Bajos, del Pacífico, los que trabajan la madera, el vidrio, el cuero, el papel, los productos químicos, empleados y dependientes que se han quitado la corbata para estar a tono en esta

noche proletaria, artesanos que han cerrado a media tarde los talleres, miembros uniformados de las Juventudes Socialistas, hombres de la Guindalera, de Chamberí, camareros que abandonaron el servicio, tranviarios, los del cerro de la Plata, fontaneros, vendedores ambulantes, mozos, picapedreros, peones de obras públicas, electricistas, impresores, herreros, los de la fábrica del gas, los poceros, chóferes, carreteros, madrileños todos de] centro, de los barrios, del suburbio, han improvisado este monótono y elocuente orfeón.

—¡Armas, armas, armas…!

Corre la voz de que están sublevados en el Cuartel de la Montaña y en el campamento de Carabanchel, y en Getafe, y en Alcalá. En Sevilla se han sublevado y en Córdoba, Cádiz y Algeciras también; y en Marruecos y en Canarias, y se sublevarán en Pamplona, en Burgos, en Valladolid. Ha sonado la hora del pueblo, su hora, la que esperaban hace años, la que les han prometido sus líderes, la hora esperada desde hace siglos. El entusiasmo es contagioso. Lo arriesgarán todo, y vencerán.

Ellos no han arrojado la primera piedra, no han disparado el primer tiro, no han derramado la primera sangre.

—¡Armas, armas, armas…!

Defenderán a la República, que se tambalea y derrotarán a sus peores enemigos, a los militares, a los curas, a los ricos, a los burgueses, a los fascistas. Cuando les hayan barrido, llegará el momento de la revolución proletaria que se les tiene prometida. Nada ni nadie podrá oponerse al arrollador ejército del pueblo. Y ellos, ellos serán el ejército del pueblo. El gobierno de burgueses liberales, se opone a que se les entreguen armas; las irán a buscar allá en donde estén. Necesitan jefes que les conduzcan, militares del pueblo que les encuadren y guíen. La victoria la ganarán luchando, como se consiguen las verdaderas victorias.

—¡Armas, armas, armas…!

Burgos: Emilio Batet Mestres (1872-1936) (izquierda), general jefe de la 6.ª División que fue depuesto y encarcelado la noche del 18 al 19. José Andino (arriba), jefe provincial de Falange que firmó la orden de movilización de las JONS locales y fue sacado de la cárcel en la misma noche. Fernando Moreno Calderón, Jefe de E. M..

En la mañana del domingo se cantó el «Salve Regina» frente a la catedral; los tradicionalistas desfilaron con la bandera roja y gualda.

Valladolid: Onésimo Redondo (1905-1936) (izquierda), fundador de las JONS y jefe territorial de FE de Castilla. La Academia de Caballería (arriba) fue cedida a las milicias falangistas. Onésimo Redondo organiza las primeras centurias. El 18 de julio (abajo) se inició el alzamiento en Valladolid con un motín de los guardias de Asalto.

Toledo: Proclamación del estado de guerra en Zocodover.

Salamanca: En la Plaza Mayor, Francisco Bravo, jefe provincial, arenga a los falangistas.

El general Andrés Saliquet Zumeta (1877-1959) que en la noche de 18 al 19 se apoderó de la 7.ª División.

En Ávila lectura del bando.

Zaragoza: Miguel Cabanellas (1862-1938) (izquierda), único de los jefes divisionarios que se sumó al alzamiento. El general Miguel Núñez del Prado (derecha) se trasladó a Zaragoza en avión el 18 para oponerse a la rebelión militar, pero fue

apresado y su gestión fracasó

Arturo Menéndez, exdirector general de Seguridad, apresado en la estación de Calatayud y conducido a la capital. Cañones ante el edificio de Capitanía.

Expreso Barcelona-Madrid

Los pueblos pasan tan aprisa que no resulta posible averiguar el nombre de las estaciones. Unas cuantas bombillas encendidas, y en seguida la oscuridad sobre los campos. Las ventanas del «wagón restaurant» van entreabiertas para que penetre un poco de aire fresco, aunque sea acompañado de humo.

Sentado a la mesa, frente a él, está cenando Arturo Menéndez, capitán de artillería y exdirector general de Seguridad. Tiene una frente amplia que se confunde con su calva prematura y rotunda. Ha enmudecido un momento mientras corta el muslo de pollo que el camarero acaba de servirle.

Arturo Menéndez le ha confesado que es portador de una lista de militares adictos al Gobierno, destinados en distintas guarniciones, que pueden ser de suma eficacia para contrarrestar la acción de conspiradores y rebeldes. Dispone además de un código secreto para comunicarse con ellos, y mantener la comunicación incluso en aquellos lugares en que pudiera triunfar el movimiento faccioso. A pesar de ello, Arturo Menéndez se muestra bastante pesimista. Noticias de última hora, recibidas poco antes de haberse encontrado con él en el apeadero del paseo de Gracia, agravan su pesimismo.

Es opinión general que Mola va a sublevarse. Esta tarde han ocurrido incidentes; no se sabe cómo, pero en Pamplona ha resultado muerto el comandante de la Guardia Civil, el único jefe afecto al Gobierno. En Valladolid y en Burgos se acentúa el malestar y se esperan acontecimientos. En el mismo Madrid se registran síntomas de agitación entre los elementos militares desafectos. Se desconfía de Cabanellas, a quien se le supone rodeado de militares peligrosos.

—Cabanellas es el clásico militarote a la antigua usanza. Poseo información de Zaragoza, donde estuve la semana pasada y mantuve contactos con elementos de la policía que me son adictos. La policía hará resistencia y en la ciudad predominan republicanos y sindicalistas; pero en Zaragoza la guarnición tiene mucho peso. Amigo Casanellas, estoy llegando al convencimiento de que usted y yo cometemos una imprudencia arriegándonos a pasar por Zaragoza; si se han sublevado a estas horas, por de pronto, usted y yo lo íbamos a pasar mal.

—Tengo mi teoría al respecto. ¿Ha observado usted que los militares nunca se sublevan antes del amanecer? No creo que el general Cabanellas falte a la regla. Los militares son hombres de principios, incluso cuando se trata de faltar a sus principios.

—Lleva razón, amigo Casanellas, aunque como capitán no llego a las alturas en donde esos principios se santifican…

Arturo Menéndez se sonríe y Casanellas también. Piensa que quizá no debiera haber bromeado a costa de los militares; no se acordaba de que Arturo Menéndez lo es. Sin embargo, cuando se alude a los militares como casta, automáticamente se elimina de forma mental a los demócratas, a los izquierdistas, y éstos, por su parte, tampoco suelen darse por aludidos.

—No negará que es así. Los pronunciamientos se fraguan durante la noche, y al amanecer se sacan las tropas a la calle. Por Zaragoza pasaremos antes de las cuatro, durante la primera fase: arenga patriotera a las tropas en los cuarteles.

—Queipo se ha sublevado a mediodía. Y, aun cuando su teoría fuese cierta, un error nos costaría la cabeza. Lo sensato es que ahora mismo, cuando paremos en Reus, abandonemos el tren y regresemos a Barcelona. Allá los dos estaremos más seguros. ¿Qué decide, amigo Casanellas?

—Escuche. Bromas aparte, no le falta razón; pero nuestra situación es distinta. Yo tengo un cargo en el Gobierno de la República y en estos momentos difíciles mi obligación está en Madrid. Soy portador de una carta y de documentos que me ha confiado el presidente Companys para el jefe del Gobierno. Usted, en este momento no ocupa ningún cargo político, y puede prescindir de su viaje a Madrid. Si yo lo hiciera, sería cobardía.

—¿Desean café los señores?

Mientras, reflexionando, bebe la pequeña taza, ve pasar la estación de Morell. El expreso ha perdido velocidad; se aproximan a Reus.

—Estamos viviendo un momento grave, no podemos ninguno de nosotros actuar o dejar de actuar por cobardía, pero… no debemos arriesgarnos porque sí… La idea de abandonar este tren en Reus no es descabellada.

Juan Casanellas, diputado de Esquerra Republicana y subsecretario de Trabajo se levanta de la mesa.

—Me voy a dormir; si continuara hablando con usted, al final es posible que me convenciera y que bajara en Reus. Y no quiero que eso suceda.

Se estrechan la mano. Arturo Menéndez se queda sentado, tomando su café y fumando un cigarrillo. Se sonríen. Casanellas abandona el vagón restaurante. Encuentra al policía de escolta charlando con el empleado en la plataforma.

—Buenas noches. Hará el favor de despertarme a las ocho y media.

—Que descanse, don Juan…

—Hasta mañana…

Cierra el compartimiento. Está cansado y tiene sueño. Renuncia a leer. Abre la pequeña maleta. El pijama de seda le proporciona una sensación de frescura sobre la piel que le alivia de un día de calor. Una vez acostado, apaga la luz; no tarda en dormirse.

Sevilla

—Anda, ponnos otra copa…

—Yo no les entiendo a ustedes… ¿A quién defendéis ahora?

—Pon la copa y calla. Hoy es día para dejar tranquila la «mui», que por la boca muere el pez.

Han entrado un momento a la taberna y están apoyados en el mostrador. Patrullan junto a una pareja de civiles, pero como el sector permanece tranquilo han decidido venir por turnos a tomarse una copa de aguardiente. A ellos les han devuelto cartucheras y mosquetón, y están

prestando servicio. Vigilan la avenida de Colón y los «pacos» de las azoteas, pero a los «pacos» no hay quién los descubra. Disparan por hacer ruido y sembrar alarma. El general Queipo de Llano les ha hecho pasar un mal rato. Les amenazaba con fusilarles a todos —y el tío era capaz de hacerlo— luego ha dicho que les diezmaría —y el tío también es capaz de hacerlo— y por fin les ha obligado a dar unos ¡Vivas a España!, y les ha mandado a patrullar. ¿En qué acabará esto? Aquí nadie sabe nada; lo mejor es extremar la prudencia, porque la situación está fea y por menos de nada le ponen a uno de cara a la pared…

—Digo, el general Queipo de Llano, ¿está con la República o con qué? Porque los señoritos monárquicos y los fascistas se ponen a su favor; muchos se presentan en Capitanía… Ustedes los habréis visto, ¿no?

—Yo no he visto a nadie ni me importa. Soy un guardia que obedezco, y basta…

—Muy bien… pero un hombre, ¡creo yo, vaya!, tiene su corazón y sus ideas, digo.

Su compañero, Sánchez, que está acobardado, se ha bebido la copa de un trago y le hace gestos de que se larguen. Después de la escena de Capitanía, en cuanto han roto la formación, ha tenido que correr al retrete como un loco, y aún no se le ha retirado la palidez del rostro.

—Cada cual tiene su corazón y sus ideas, y él se las sabe, pero me parece que esta noche lo mejor es callar, ¿me oyes, amigo? El plomo anda barato.

Sánchez se impacienta.

—Vamos afuera, que los civiles nos esperan. Nadie me quita de la cabeza que les han mandado junto a nosotros para vigilarnos.

—Tienes razón, Sánchez, a eso les han mandado.

—¿Cuánto debemos?

El tabernero les mira con ironía un tanto despectiva.

—Nada; invita la casa. La casa tiene a mucha honra invitar a los heroicos defensores de la República…

—Oye, tú… Menos cachondeo…

—Nada de cachondeo; he oído por la radio que el general daba vivas a la República, y el Himno de Riego es aval de republicanismo.

Sánchez sale a la calle. El tabernero, coge por el brazo al otro guardia y le habla al oído.

—A mí no me engañas. Te conozco y sé quién eres. Por Radio Madrid acaba de hablar la Pasionaria. ¡Tendrías que haberla oído! Una mujer con un par de pelotas. El jaleo no se ha acabado. Vosotros, mucho cuidado, no hagáis el tonto. Esto es un castillo de naipes; ya me entiendes…

Suenan disparos de pistola. Los civiles, que están en la acera, descargan los mosquetones apoyando la culata en la cadera y sujetándola bajo el brazo.

La pareja de Asalto corre a juntarse con los guardias civiles.

—¿De dónde caray disparan?

—De esa parte, pero no hay manera de ver nada.

Silba una bala; otra rebota sobre el empedrado a un par de metros de donde están.

—Cuidado, que tiran a dar…

—¡Su madre!

Buscan refugio en los quicios. Observan hacia lo alto. Nada se distingue. El tiroteo se generaliza en todo el barrio. Ellos disparan hacia las azoteas. Desde el mostrador, el tabernero, les está observando. Una mujer corre aterrorizada de un lado a otro de la calle.

—¡No se mueva! Quédese ahí, que la van a dejar como un colador.

Él tira al aire; esta lucha es estúpida. Esta fatigadísimo y no ha cenado. En el Gobierno Civil les han dado unos malos bocadillos al mediodía. Alguna copa de cazalla que se beben les entona el estómago. ¡Que se vayan al diablo! Hasta que la situación se aclare lo mejor es disimular. Con los guardias civiles ni hablar de política, cualquiera sabe qué pie calzan.

Cuando a primera hora de la tarde se ha presentado en el Gobierno Civil un comandante de intendencia y unos soldados, le ha dado mucho coraje, y como sabía que entre los soldados la mayor parte eran señoritos de los de cuota, ha dicho que los fascistas eran unos hijos de puta. ¡Nunca lo hubiera dicho! Cuando se han rendido, o mejor dicho, se han rajado, les han desarmado allá mismo, y uno de los soldados le ha reconocido. Debía de ser un fascista porque el tío ha empezado a mascullar que si tal y cual. Ha negado que fuera él quien lo hubiese dicho. No ha insistido; a pesar de ser fascista, era un buen muchacho.

¿Tiene él derecho, aunque simpatice con los socialistas, a decir que los fascistas son unos hijos de puta? Pues no. Cuando estuvo de permiso en el pueblo se enteró de que su hermano se había apuntado a la Falange con Onésimo Redondo, y es que allá, en Castilla, por lo que le contó su hermano hay muchos falangistas que no son señoritos. Y, su madre, la pobre, tendrá otros defectos, pero de puta no puede acusársele.

Cesan los disparos y la calle queda en silencio. La mujer que se había refugiado en una puerta, les llama con voz medrosa.

—¿Puedo salir?

—Salga, señora, pero métase ya en casa. No es hora de andar por la calle.

—Vaya aprisa…

—Es que tengo un niño enfermo y he ido a la farmacia…

La mujer pasa junto a ellos aligerando el paso; el miedo le hunde el cuello entre los hombros. Con las manos agarra un pequeño frasco envuelto en papel blanco y sujeto con una goma; lo protege cubriéndolo como si deseara formar con las manos una coraza contra los balazos.

El tabernero, baja la puerta metálica y la deja a media altura. Desde el interior, a los guardias les llega confusa la voz de la radio; a los primeros compases de *La Internacional*, la música se corta en seco.

Provincia de Burgos

Suben por una calleja empinada y oscura. En la plaza, ante la iglesia, alumbra una pequeña bombilla y otra junto al Ayuntamiento.

Si no le acompañara el jefe local de las JONS le hubiera resultado imposible convocar a los camaradas. En el interior del Ayuntamiento había luz encendida; el jefe local le ha dicho que estaban reunidos los concejales del Frente Popular. Al salir de Burgos se ha echado al bolsillo

una pistola y viene dispuesto a cumplir las órdenes que le han sido transmitidas, a cualquier precio.

—¿Quién es este Jiménez?

—Un carpintero, muy majo. Acaba de casarse…

—¿Queda lejos su casa?

—No, ahí mismo, en esa calle que sube por la derecha.

—Lo mejor es que tú procures acompañarles hasta Villadiego. Quiero decir que vayáis juntos. Tú los mandas. Supongo que allí esperarán camiones. A las nueve en punto tenéis que presentaros en Burgos. Ni antes ni después.

—Y el que dirige todo, ¿es el general Mola?

—Eso creo, pero nosotros sólo reconocemos por jefes a nuestros propios mandos. Ellos se entenderán directamente con el Ejército.

—¿Has visto a Andino?

—Está en la cárcel. Las órdenes que traigo son de él.

Se detienen ante una casucha de un solo piso. Está cerrada y no se descubre ninguna luz por las rendijas. El jefe local golpea enérgicamente la puerta.

—¡Jiméeenez! Abre…

Transcurrido un momento se oye ruido detrás de la ventana. Cuando se abre, asoma un muchacho despeinado en camiseta.

—¿Qué pasa? Me has dado un susto.

—Ábrenos.

Entran en una carpintería modesta. Una bombilla rojiza protegida por una tulipa de cartón cuelga del techo. Jiménez se ha puesto el pantalón pero no la camisa. Tiene cara de sueño.

—Te presento al camarada Renedo; acaba de llegar de Burgos con órdenes.

Le alarga un trozo de papel escrito a máquina.

—Mañana, a las nueve, todos en Burgos. Se formarán centurias, se las armará y saldremos para Madrid o para donde haga falta.

Jiménez acerca el papel a la bombilla y lee: «Al portador de la presente, delegado de esta Jefatura Provincial, obedecerás en lo referente a la concentración que se proyecta. Burgos, 18 julio 1936. El jefe provincial». En vez de firma hay un sello en negro. «Jefatura Provincial» y en el centro el Yugo y las Flechas y las letras FE JONS. La fecha, 18 de julio, viene escrita a lápiz.

Deja el papel sobre el banco de carpintero, se cuadra, levanta la mano.

—A tus órdenes.

Corresponde con el mismo saludo, y le pregunta.

—¿Tienes armas?

—Escopeta.

—Mejor que la lleves por si tenéis algún encuentro por el camino. En Burgos se os proporcionarán fusiles y ametralladoras.

Por la escalera de madera que comunica la carpintería con el piso, se oyen unos pasos y una voz femenina.

—¿Pasa algo?

—Nada, Aurora, vete a dormir. Ahora mismo subo.

El jefe local espera que los pasos se alejen. Baja el tono de voz.

—Dentro de un par de horas te presentas en las eras. ¿Tienes camisa azul, tú?

—Sí…

—Pues la llevas puesta.

—Me marcho, aún me quedan por recorrer varios pueblos y al amanecer tenemos que concentrarnos en Villadiego.

Estrecha la mano de Jiménez y sale de la carpintería con el jefe local. Cuando están en la calle, Jiménez se asoma a la puerta y le pregunta en voz baja:

—Y de José Antonio, ¿qué se sabe?

—Por ahora nada. Esperamos que saldrá de la cárcel de Alicante y que en una avioneta aterrizará en Madrid a ponerse al frente de los camaradas madrileños. Lo tiene prometido.

Vuelven a descender por la calleja. Al desembocar en la plaza, un grupo de hombres que salen del Ayuntamiento se despiden y toman por distintas direcciones. Un labrador bajo, robusto, con la boina encasquetada, pasa junto a ellos.

—Salud…

—Buenas noches, José.

Cuando se han alejado unos pasos, el jefe local le dice:

—Este pertenece a la Gestora, socialista… Pero es tío de mi mujer. No sé qué habrán estado tramando.

—Es igual, lo mejor es que vosotros salgáis de noche y con las armas que tengáis. Pase lo que pase, a las nueve de la mañana nos concentraremos en Burgos los camaradas de la provincia. Lo ha mandado el jefe.

—Nosotros no faltaremos.

—Me voy a Castrogeriz. Espero que mañana nos encontraremos en Villadiego.

—¿Quieres que te acompañe? Es peligroso andar de noche…

Saca la pistola del bolsillo y se la muestra.

—Mejor es que te quedes aquí y que procures que no falte ninguno.

—Tienes razón. Vas en buena compañía.

San Sebastián

Ayer, en Ameraun, caserío cercano a Andoain, se celebró una comilona con motivo de la reunión del Consejo de Administración de una entidad papelera de Tolosa, del cual es presidente don Manuel Irujo, navarro, de Estella, diputado por la provincia de Guipúzcoa. El jueves por la noche Manuel Irujo salió de Madrid.

En Ameraun se jugó a la pelota, se comió y se bebió lo suyo, y los del Consejo estuvieron reunidos en cordial compañía con los comerciantes, madereros, miqueletes, caseros, médicos y otras personas de los alrededores. Uno de los jugadores de pelota y comensal fue el célebre boxeador Paulino Uzcudun. Por la noche, en Andoain, unos ferroviarios le dieron a Irujo la noticia de la sublevación del ejército de África; noticia que por el momento tenía más bien

carácter de rumor. La tensión política durante los últimos días ha sido tan grande y se insiste tanto en considerar la posibilidad de un alzamiento militar de carácter derechista y aun fascista, que cualquier rumor podía responder a una realidad. Con Irujo estaba José María Lasarte, otro de los diputados por Guipúzcoa de la minoría nacionalista vasca. Ambos se trasladaron a San Sebastián y visitaron al gobernador civil de Guipúzcoa, don Jesús Artola, de Izquierda Republicana, que carecía de información precisa y de instrucciones. Se mostró optimista y les declaró que si de verdad se había producido un brote faccioso sería sofocado rápidamente. Cuando los diputados nacionalistas le preguntaron cuál suponía él que podía ser la actitud de la guarnición donostiarra en caso de que el eventual levantamiento militar se corriera a la Península, les contestó que nada ocurriría y que consideraba al comandante militar de la plaza persona de confianza, muy arraigado en la ciudad.

Manuel Irujo ha pasado la mañana intranquilo y agitado. Ha celebrado numerosas entrevistas; ha vuelto a visitar al gobernador, ha mantenido contacto telefónico con los órganos rectores y con personalidades del Partido Nacionalista que radican en Bilbao, ha asistido a la reunión en el Gipuzko Buru Batzar donde se ha discutido la posición que el Partido Nacionalista Vasco debe adoptar en caso de que el golpe militar se extienda, ha redactado un manifiesto, leído por los micrófonos, en el cual se exhorta a militares y civiles a que mantengan fidelidad al Gobierno legalmente constituido y se opongan a cualquier movimiento subversivo.

El dilema que se les plantea a los nacionalistas es grave. De extenderse por la Península el movimiento militar faccioso y si las derechas españolas lo apoyan, como todo hace prever que ocurrirá, al Gobierno lo apoyarán no sólo los republicanos, sino las extremas izquierdas desde socialistas a comunistas y anarquistas. Resultará que los nacionalistas vascos se hallarán luchando contra fracciones políticas con ideologías afines en muchos puntos, y aliados a quienes se encuentran más distanciados política y socialmente, con aquellos de los cuales puede decirse que son sus más encarnizados enemigos. Un punto decide, un punto primordial, que situado en el fiel de la balanza, ha inclinado las decisiones con unanimidad; las derechas españolas y los militares se oponen a la autonomía de Euzkadi, de la misma manera intransigente que lo hicieron con el Estatuto Catalán, mientras que las izquierdas, en cualquiera de sus grados, apoyan las legítimas aspiraciones de los nacionalistas. Lo mejor es que nada grave suceda, que el golpe militar de África se disuelva como el humo o las pompas de jabón; de otra manera el Partido Nacionalista se verá enfrentado con situaciones muy difíciles y penosas. La fuerza que en toda Vasconia tienen socialistas, comunistas y anarquistas creará graves conflictos el día en que la autonomía sea un hecho, con militares o no.

Al despacho del gobernador civil han ido acudiendo representantes de los distintos partidos políticos que componen el Frente Popular y de las organizaciones sindicales extremistas que también ofrecen su apoyo al Gobierno. Hablan, discuten, cada cual aporta novedades más o menos fantásticas, rumores que han cogido al vuelo por la calle, y que se mezclan con noticias que pueden ser ciertas. El gobernador Artola es el primero que carece de información; de Madrid no llegan instrucciones; en Madrid nada saben. Los extremistas piden armas; van a repartírseles unas pistolas. El comandante militar, coronel Carrasco, ha declarado que la guarnición está acuartelada y que se mantenía fiel al Gobierno. Al ser requerido para que

entregara fusiles, se ha negado; afirma que el Ejército debe conservar y custodiar las armas, y que no existe ningún motivo que aconseje su entrega. Razón tiene el coronel Carrasco, salvo en el caso de que a los acuartelados les dé la idea de sublevarse.

Aparte de las noticias que se reciben, generalmente cargadas de tono pesimista, lo importante será conocer exactamente cuál es la situación real, o por lo menos averiguar hasta el límite que sea posible.

—Señor Artola, los diputados por Guipúzcoa, como ya le hemos hecho constar, deseamos prestarle nuestra colaboración y que ésta sea eficaz. Puesto que San Sebastián se halla en el centro mismo de Vasconia, resultaría útil que supiéramos qué ocurre en las provincias que nos rodean. Si usted me lo permite, yo mismo puedo, desde aquí, ponerme en contacto con los gobernadores de Bilbao, de Vitoria y de Pamplona; como diputado puedo hacerlo. Lo que sucede más allá de las provincias vascas compete al Gobierno de Madrid…

—Puede usted llamar, señor Irujo.

Mientras descuelga el aparato, diputados, jefes de los partidos políticos, representantes de las sindicales, el teniente coronel de la Guardia Civil, que asiste a la reunión, el propio gobernador, se le quedan mirando; se ha hecho un silencio expectante.

Madrid

La redacción y los talleres del diario *La Libertad* están en la calle de la Madera, n.º 8, muy cerca de la red de San Luis, en el mismo corazón de la capital.

Los redactores han pasado la tarde y las primeras horas de la noche recorriendo la ciudad en busca de noticias, y más que noticias lo que han captado son rumores. En general, reina el pesimismo, la preocupación y el desconcierto. La impresión es que el Gobierno ha dejado de existir, convertido en fantasma inoperante; la idea de que las galeradas deben ser sometidas a la censura, es decir, que la verdad que está en la calle habrá que silenciarla, les llena de consternación.

Cuando a las seis de la tarde ha aparecido *Claridad*, órgano de los socialistas de Largo Caballero, una sacudida de emoción ha recorrido la capital. *Claridad* no ha pasado por censura ni se ha sometido a la verdad oficial. Los titulares proclamaban: «Un movimiento insensato y vergonzoso». Muchos de los redactores lo han comprado y ahora lo leen aquellos que no lo han adquirido. «Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado contra la República». Y a continuación, en letras más pequeñas: «Las fuerzas de tierra, mar y aire de la República, se dirigen contra los sediciosos para rechazar con inflexible energía el movimiento». Antonio Hermosilla, el director, comenta, y no le falta razón, que *Claridad* es de Largo Caballero, y Largo Caballero es Largo Caballero. *La Libertad* es un diario republicano y deben mantenerse en la obediencia del Gobierno.

Guzmán se ha sentado ante su mesa. No ha tomado reposo desde que al mediodía se lanzó a la calle. Procura ordenar las ideas, aunque el lugar no parezca el más apropiado, pues en la redacción comentan y discuten las noticias y los bulos que pueden considerarse más plausibles. Unas y otros se pueden agrupar en dos grandes corrientes: los que hacen referencia a la

sublevación militar propiamente dicha y los políticos, que se caracterizan por aludir a las diferencias que existen entre republicanos y socialistas moderados de una parte y socialistas de Largo Caballero y comunistas por otra. Los anarcosindicalistas actúan por su cuenta, aunque coinciden con los de la UGT y Largo Caballero en que únicamente el pueblo en armas es capaz de oponerse a los facciosos.

—Los hechos hablan por sí mismos. Dentro de doce horas la rebelión se habrá corrido a lo largo y a lo ancho de la Península. Esto obedece a un plan preconcebido, escalonado.

—Lo peor —sostiene Haro— es la sensación de impotencia que da el Gobierno.

Aun siendo sumamente grave la situación, cabría confiar si Casares Quiroga estuviera a la altura de sus bravatas y desplantes. Desde el banco azul, en pleno Congreso, se declaró beligerante contra el fascismo; beligerancia que ahora que ha llegado la ocasión, no aparece por ninguna parte.

Carbonell acaba de llegar impresionado de la Casa del Pueblo e influido por el ambiente que allí se respira.

—Para lo único que sirve Casares es para impedir que los trabajadores se armen. Y es nada menos que presidente del Gobierno y ministro de la Guerra.

—Armarles sería la revolución —protesta Somoza Silva.

—Y no hacerlo es abrir las puertas al fascismo.

Todos discuten, todos opinan, entre los redactores no coinciden las opiniones, salvo en un punto; su repulsa a la rebelión militar. Pertenecen a diferentes partidos o se sienten atraídos por distintas fracciones políticas.

—Hay que elegir entre dos riesgos, y el Gobierno lleva doce horas inhibiéndose.

—¿Qué doce? ¡Veinticuatro!

Por la capital corre insistentemente un rumor y hay señales evidentes de que puede tratarse de algo más que de un rumor. El propio Guzmán lo ha recogido de diversas fuentes y especialmente en la plaza de Oriente, entre los periodistas que montan guardia frente al palacio presidencial. El jefe del partido de la Unión Republicana, presidente de las Cortes, y gran oriente de la masonería, el diputado sevillano don Diego Martínez Barrio, ha sido requerido por Azaña y ha conferenciado largamente con él. También ha estado con el presidente de la República, y eso resulta todavía más difícil de interpretar satisfactoriamente, don Felipe Sánchez Román, prestigioso abogado y hombre político que acaudilla el Partido Nacional Republicano, de significación centrista, que no quiso adherirse cuando las elecciones de febrero al Frente Popular, ni aceptó su programa.

La creencia de que el Gobierna de Casares Quiroga se halla en crisis está extendida por los círculos políticos de Madrid. Por la tarde, el Gobierno ha estado reunido, y a la reunión han asistido también los dirigentes de las dos fracciones socialistas: Prieto y Largo Caballero. Largo Caballero ha salido indignado de la reunión.

Gómez Hidalgo y Somoza, que pertenecen al partido de Unión Republicana, están convencidos de que sólo don Diego Martínez Barrio, al frente del Gobierno, puede enderezar la situación.

Luis de Tapia, con su chalina romántica, que pergeña las coplas que han de aparecer mañana en la sección cotidiana, interviene en la discusión.

—Encargar a Martínez Barrio de formar Gobierno será un error más, acaso irreparable. Hace falta un hombre decidido, no un pastelero con pretensiones de Maquiavelo.

Gómez Hidalgo le replica acaloradamente.

—Sólo él puede conseguir que los militares desistan de su actitud. No todos los que se han sublevado son monárquicos, ni fascistas. Bastará que se enteren de que don Diego ha sustituido a Casares Quiroga, para que la mayor parte de los rebeldes deponga las armas.

—Lo contrario ocurrirá. Su nombramiento en estas circunstancias equivale a una confesión de impotencia que envalentonará a los enemigos.

Alejandro de la Villa llega en este momento de la Dirección General de Seguridad, que está en la calle de Víctor Hugo, no lejos de la redacción.

—¡Es un caos! Me vuelvo allí porque es mi deber esperar si surge alguna información, pero nadie está en su puesto. Nadie se fía de los demás. Muchas órdenes se dan y no se cumple ninguna. El desbarajuste. Si la salvación de la República depende de la Dirección General de Seguridad, aviados estamos.

Luis de Tapia no ha encontrado tema a propósito para sus coplas de mañana. Lo mejor es esperar a la madrugada, a última hora. Saldrá a la calle, tomará un café, imaginará un tema vibrante; tiene que esperar no inspiración para sus rimas fáciles y populares sino a encontrar el tema adecuado.

El momento es caótico. Mientras los militares van sublevándose en distintas ciudades, que probablemente terminarán siendo todas aquellas en que haya guarnición, republicanos y socialistas andan cabildeando en reuniones en las cuales preside el desacuerdo y el desconcierto.

La izquierda socialista y los anarquistas que saben lo que pretenden y adonde van, agrupan la mayor parte del pueblo de Madrid. Los comunistas también están decididos y organizados. Y el Partido Obrero de Unificación Marxista se ha manifestado por los micrófonos decidido a la acción. Guzmán, antes de meterse en la redacción, ha pasado por la calle de la Luna, por el Comité Regional de la CNT. Allí hay armas y decisión, allí se aprestan a la lucha, allí se preparan bombas rudimentarias, y allí han decidido que si al amanecer no han conseguido por las buenas que el Gobierno ponga en libertad a militantes tan destacados como David Antona, secretario del Comité Nacional, a Cipriano Mera, del de la Construcción, a Teodoro Mora, y a los demás, ellos mismos irán a libertarles.

Las discusiones de la redacción son estériles, hay que salir a la calle en busca de la noticia, y esta noche habrá noticias. A pesar de que las órdenes recibidas en el periódico son de que se cierre y aparezca a su hora y que sea sometido a la censura, quizás en el último momento, Hermosilla, que ha prometido que hablará con Zugazagoitia, director de *El Socialista*, y con los directores de periódicos afines, se decida a saltarse a la torera la censura. En tal caso, sí puede tener interés la información que se capte.

Ayer, tras de haber sido informados en los pasillos del Congreso, del levantamiento militar, dos compañeros de la prensa, Fernando Sánchez Monreal, de la agencia Febus, y Díaz Carreño,

redactor de *La Voz*, salieron en coche hacia Andalucía, desde donde pensaban intentar llegar a África. Él estuvo a punto de acompañarles. Alguien le ha dicho que habían telefoneado desde Córdoba, anunciando que el regimiento de artillería parecía dispuesto a sublevarse. Sánchez Monreal y Díaz Carreño han anunciado que se quedaban en Córdoba a esperar los acontecimientos, pues el gobernador civil, Antonio Rodríguez de León, es redactor de *El Sol* y por tanto, amigo. A última hora de la tarde, parece confirmarse que la guarnición de Córdoba se ha sublevado, que han cañoneado el Gobierno Civil y se han apoderado del edificio. No se comprende, por cuanto las noticias que ellos daban es que tanto la Guardia Civil, como la de Seguridad y Asalto, estaban con el Gobierno y que el pueblo había invadido entusiásticamente las calles cordobesas. Le inquieta y preocupa la suerte que hayan podido correr sus compañeros. La profesión de periodista está mal remunerada, en cambio tiene sus riesgos que en momentos de apasionamiento y violencia aumentan. Si en España se prepara un gigantesco Octubre, Luis Sirval, el periodista sacrificado en Asturias, no va a ser un caso único sino encabezamiento de una larga lista. No hay que compadecerse a uno mismo, por lo menos no hay que compadecerse demasiado.

Valladolid

No se ha acostado, que aunque se acostara, la intranquilidad no la permitiría dormir. Tambores y trompetas la obligan a asomarse a la ventana para comprobar que no le engañan los oídos. El ejército está en la calle, lo sacan a luchar contra los obreros. Desde que su Miguel anda metido en política no le da más que disgustos. ¡Tanto que ha luchado ella, desde que se quedó viuda, para sacarlo adelante! A su marido, que era ferroviario, enganchador de oficio, le destrozó un vagón cuando su Miguel acababa de cumplir los tres años; a ella le pagaron unas pesetas de indemnización que pronto se terminaron, y hasta que su Miguel se puso a trabajar en la harinera y a ganar un menguado jornal, tuvo que quebrarse la espalda fregando los suelos del cine y las escaleras de las casas pudientes, para que el hambre no se les llevara a los dos a la tumba. Algunos sábados, y no le avergüenza el recordarlo, tenía que mostrarse cariñosa y complaciente con hombres que le entregaban una parte del semanal recién cobrado. ¡Y que la llamen puta por eso! Porque nadie la ayudó, porque tenía que alimentar a su Miguel y darle escuela y comprarle delantales, pantalones, botas para la lluvia y alpargatas para el verano, y aunque pasara el día y la noche fregando Valladolid entero, no ganaba bastante.

Ahora su Miguel se lo agradece así, dándola sustos y sobresaltos que en cuanto se forma algún disturbio en la ciudad no le llega la camisa al cuerpo. Tan pronto ha despachado la comida, Miguel ha marchado a la Casa del Pueblo. Ella, en seguida, ha ido a mirar a una caja de zapatos de cartón en donde él esconde la pistola y unas balas. No estaban. Su Miguel se ha marchado armado, y por la ciudad se oyen disparos. Si salen los soldados es que los sacan contra ellos, contra los de la Casa del Pueblo, contra su Miguel.

Estaba tan impaciente que ha bajado a la cantina a beber un vaso de vino y a enterarse de lo que se rumorea. Los hombres creen que va a estallar la revolución, porque los militares y los ricos de toda España se han puesto en contra de la República. Un ferroviario, que llegaba muy

asustado, ha contado que en Capitanía los militares andaban a tiros unos contra otros, pero que en las calles los obreros dominan y cachean a los que pasan porque muchos señoritos salen armados. No entiende lo que ocurre, a pesar de que como la conocen y la aprecian, tratan de explicárselo. Los guardias de Asalto se han puesto contra la República, y muchos fascistas y monárquicos de los ricos, han ido dando vivas y mueras por las calles del centro, y los señores les aplaudían desde los balcones. Contaban en la cantina que mineros asturianos bajarán a ayudar a los obreros de Valladolid, y que en Madrid los socialistas se han hecho los amos.

Teme por su hijo desde que un señor que estuvo con ella una noche, un policía, la dijo en secreto que su Miguel estaba amenazado por los fascistas desde que mataron a un estudiante de ellos. Su Miguel no se metió en nada, ella está segura de que su Miguel nos es capaz de matar a nadie. ¡Qué va a matar! Llevan armas por jugar, porque lo ven en el cine; tontadas de críos.

Hacia la estación suenan disparos; no está tranquila. Se echa un mantoncillo sobre los hombros y sale a la calle. A la puerta de la cantina los hombres parecen asustados o indecisos. Echa a andar por las calles oscuras y solitarias. Tropieza con un grupo de obreros. Procura rodear, no vayan a preguntarle adonde va a estas horas. Un señor le advierte que no pase por cerca del Ayuntamiento, que hay jaleo. Los disparos no la asustan a ella.

De la calle de Santiago viene el sonido de trompetas y tambores; desde su ventana se oían muy distantes. En una taberna que aún está abierta bajan el cierre metálico. Muchas personas se asoman a los balcones. Por la calle de Santiago desfilan soldados con la bandera y un capitán al frente. Desde los balcones les aplauden; gritan ¡Arriba España!, y ¡Viva España! Esos soldados deben de ser fascistas, porque en los balcones y en la calle saludan como los fascistas.

El capitán manda detenerse a la tropa. Forman los soldados con los machetes colocados en la punta de los fusiles. Muchos del público gritan y dan vivas al Ejército. El capitán saca un papel, redoblan los tambores; los que andan por la calle se acercan para escuchar mejor. Ella se aproxima también, no la van a hacer nada. Suena un clarinete y callan las voces. El capitán lee en voz alta:

Bando.

Don Andrés Saliquet Zumeta, general de División y jefe de las fuerzas armadas de la séptima División.

Ordeno y mando:

Artículo 1.º Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División y, como primera consecuencia, militarizadas todas las fuerzas armadas, sea cualquiera la autoridad de que dependían anteriormente, con los deberes y atribuciones que competen a las del Ejército y sujetas igualmente al Código de Justicia Militar.

Artículo 2.º No precisarán intimación ni aviso para repeler por la fuerza agresiones a las fuerzas indicadas anteriormente ni a los locales ni edificios que sean custodiados por aquéllas, así como los atentados y «sabotajes» a vías y medios de comunicación y transporte de toda clase y a los servicios de agua, gas y electricidad y artículos de primera necesidad. Se tendrá en cuenta la misma norma para impedir los intentos de fuga de los detenidos.

Artículo 3.º Quedan sometidos a la jurisdicción de guerra y tramitados por procedimientos sumarísimos:

a) Los hechos comprendidos en el artículo anterior.

b) Los delitos de rebelión, sedición y los conexos de ambos; los de atentado y resistencia a Tos agentes de la autoridad; los de desacato, injuria, calumnia, amenaza y menosprecio a los anteriores o a personal militar o militarizado que lleve distintivo de tal, cualquiera que sea el medio empleado, así como los demás delitos cometidos contra el personal civil que desempeña funciones de servicio público.

c) Los de tenencia ilícita de armas o cualquier otro objeto de agresión, utilizado o utilizable por las fuerzas armadas, con fines de lucha o destrucción. A los efectos de este apartado quedan caducadas todas las licencias de uso de armas concedidas con anterioridad a esta fecha. Las nuevas serán tramitadas y despachadas en la forma que oportunamente se señalará.

Artículo 4.º Se considerarán también como autores de los delitos anteriores los incitadores, agentes de enlace, repartidores de hojas o proclamas clandestinas o subversivas; los dirigentes de las entidades que patrocinen, fomenten o aconsejen tales delitos, así como todos los que directa o indirectamente tomen parte en atracos y robos a mano armada o empleen para cometerlos cualquier otra coacción o violencia.

Artículo 5.º Quedan totalmente prohibidos los «lock-out» y huelgas. Se considerará como sedición el abandono del trabajo y serán principalmente responsables los dirigentes de las asociaciones o sindicato a que pertenezcan los huelguistas, aunque simplemente adopten la actitud de brazos caídos.

Artículo 6.º Queda prohibido el uso de banderas, insignias, uniformes, distintivos y análogos que sean contrarios a este bando y al espíritu que lo inspira, así como el canto de himnos de análoga significación.

Artículo 7.º Se prohíben igualmente reuniones de cualquier clase que sean, aunque tengan lugar en sitios públicos, como restaurantes o cafés, así como las manifestaciones públicas.

Artículo 8.º Serán depuestas las autoridades principales o subordinadas que no ofrezcan confianza o que no presten el auxilio debido y sustituidas por las que se designen.

Artículo 9.º Quedan en suspenso todas las leyes y disposiciones que no tengan fuerza de tales en todo el territorio nacional, excepto aquellas que por su antigüedad sean ya tradicionales. Las consultas resolverán los casos dudosos.

Artículo 10.º Los reclutas en caja y los soldados de primera y segunda situación de servicio activo y los de reserva que sean acusados de delitos comprendidos en este bando o en el Código de Justicia Militar, quedan sometidos a la jurisdicción de guerra.

Artículo 11.º Los jefes más caracterizados o más antiguos de la Guardia Civil, Carabineros, Seguridad y Asalto, con mando, se harán cargo del mando civil en los territorios de su demarcación, siempre que en ellos no haya fuerzas del Ejército, a quienes compete en primer lugar.

Artículo 12.º Quedan sometidas a la censura militar todas las publicaciones impresas de cualquier clase que sean. Para la difusión de noticias se utilizará la radiodifusión y los periódicos, los cuales tienen obligación de reservar, en el lugar que se les indique, espacio suficiente para la inserción de las noticias oficiales, únicas que sobre orden público y política podrán insertarse. También quedan sometidas a la censura todas las comunicaciones eléctricas, urbanas e interurbanas.

Artículo 13.º Queda prohibido, por el momento, el funcionamiento de todas las estaciones radioemisoras particulares de onda corta y extracorta, incurriendo los infractores en los delitos indicados en los artículos 3.º y 4.º

Artículo 14.º Ante el bien supremo de la Patria, quedan en suspenso todas las garantías individuales establecidas en la Constitución, aun cuando no se hayan consignado especialmente en este bando.

Artículo 15.º A los efectos legales, este bando surtirá efecto inmediatamente después de su publicación.

Por último, espero la colaboración activa de todas las personas patrióticas, amantes del orden y de la paz, que suspiraban por este movimiento, sin necesidad de que sean requeridas especialmente para ello, ya que siendo, sin duda, estas personas la mayoría, por comodidad, falta de valor cívico o por carencia de un aglutinante que aúne los esfuerzos de todos, hemos sido dominados hasta ahora por unas minorías audaces, sujetas a órdenes de Internacionales de índole varia, pero todas igualmente antiespañolas. Por eso termino con un solo clamor, que deseo sea sentido por todos los españoles y repetido por todas las voluntades: ¡Viva España!

Valladolid, 18 de julio de 1936.

El general de la División,
Saliquet

Ha escuchado la lectura sin atreverse a chistar. Cuando, terminado el bando, unos soldados pegan con engrudo los carteles en la pared, los que escuchaban prorrumpen en gritos, vivas y aplausos. Son fascistas y ricos; unos, que visten la camisa de los falangistas, saludan levantando la mano. Mira asustada a su alrededor; observa cómo algunos no aplauden. Descubre un señor sin corbata pero convenientemente trajeado, que la inspira confianza. Cruzado de brazos, se mantiene retirado de los demás.

—Oiga, señor. ¿Qué significa esto?

El hombre la mira primero y la examina despacio; en voz baja y afectuosa la contesta:

—¿No lo ha oído usted? Que están dispuestos a fusilar a quien se les ponga por delante…

—¿Es que ahora mandan ellos?

—Aquí, en este momento, sí… Pero…

El hombre vuelve a mirarla. Los soldados se alejan marcando el paso al son de trompetas y tambores. Paisanos entre los cuales hay mujeres, les siguen dando gritos. En los balcones suenan aplausos.

—… Nadie sabe cómo puede acabar. En Madrid el Gobierno domina la situación, y en Andalucía los militares han fracasado. ¡Váyase a casa! En cualquier momento pueden empezar los tiros, y como empiecen no va a quedar uno para contarlo. Créame. ¡Márchese!

—Es que estoy asustada por mi hijo…

—¿Dónde está su hijo?

—No lo sé; me dijo que iba a la Casa del Pueblo…

—Métase en casa y no lo comente con nadie. Su hijo ya sabe lo que hace… supongo.

—Sí, ya me voy… Como usted me diga… Y muchas gracias, señor…

De Oviedo a León

El humo que penetra por las ventanillas abiertas, al provocarle un acceso violento de tos, le despierta.

—¿El túnel de Busdongo?…

La tos convulsiva le conmueve y le enrojece el rostro; ha respirado humo hasta el fondo de los pulmones.

Muchos de los compañeros continúan adormilados. El vagón, alumbrado por mortecinas lucecillas, que debido a la escasa presión de la locomotora parece que estuvieran a punto de apagarse, le parece un lugar inesperado.

—No llegamos aún a Puente de los Fierros…

Pepe Álvarez, de cuarenta y dos años, minero de Turón, sentado junto a él, no ha dormido; entre las piernas sujeta el mosquetón que le han dado —o que él ha conseguido— en Soto del Rey. Los que acompañaban a Amador Fernández, que fue compañero suyo cuando Amador trabajaba de picador de carbón, han distribuido unas cuantas armas largas muy disputadas entre los expedicionarios.

A Ignacio le produce envidia el mosquetón de Álvarez, aunque, como lo tuvieron bajo tierra desde octubre del 34 y no lo engrasaron bastante, se le nota oxidado. Ignacio dispone de una pistola: la ha traído él desde Sama.

—Bien dormiste, guaje…

—Tú no duermes de miedo a que te birlen el fusil…

—No tengo sueño. Y no ha nacido el que me lo quite.

La locomotora resopla a lo largo del inacabable túnel. No saben qué hora es; entre sueño y aburrimiento las horas se hacen elásticas.

El convoy, que marcha hacia Castilla, se formó en la estación del Norte, en Sama de Langreo. Embarcaron en estos vagones cerca de quinientos mineros de la cuenca para dirigirse a Oviedo. Casi todos son socialistas afiliados a la UGT; hay bastantes comunistas y un corto número de trotsquistas del POUM, más algún anarquista aislado. En Asturias en general y en la cuenca minera en particular, desde la revolución de octubre de 1934 los obreros han formado

un frente único, agrupado en la Alianza Obrera que, con fisuras, se ha venido manteniendo coherente.

El tren minero se detuvo en Soto del Rey, donde se les han incorporado compañeros de Mieres, de Turón, y algunos que procedían del mismo Oviedo y hasta de Gijón. Amador Fernández y otros dirigentes les han venido a decir que en Oviedo no existe problema, que el Ejército mantiene fidelidad al Gobierno y que mineros y obreros de la industria son dueños de la ciudad.

El peligro apunta en Madrid, y quizás en Castilla, en estaciones que el tren ha de atravesar. Al peligro han de acudir los mineros asturianos, cuya sola presencia asustará a los fascistas, a los militares, a los burgueses, y si fuera preciso, a los republicanos timoratos. Nadie en España tiene el prestigio de combatiente de la Revolución como el proletariado asturiano.

Demostraron cumplidamente de qué eran capaces; pueden presentar como ejecutoria larga lista de muertos en las barricadas o ante los paredones.

Álvarez procede de Oviedo; cuenta del entusiasmo que domina en la capital asturiana. Ha traído un ejemplar de *Avance*, que se ha publicado sin censura; explica cómo la mecha que ha ardido en Marruecos, y va a extenderse por la Península, únicamente es capaz de apagarla el proletariado en armas.

—La calle Uría y los alrededores de la estación del Norte estaban repletos de compañeros: querían marchar a Madrid. Primero salió un convoy. Nosotros subimos en el expreso, hasta que en Soto del Rey nos mandaron cambiar a éste. Viene un teniente de Asalto: Lluch.

Un metalúrgico de la fábrica de Mieres, que dormitaba junto a ellos y que acababa de espabilarse, les pregunta:

—¿Para cuándo llegamos a Madrid? Ya voy harto de viaje.

—Ni se sabe…

—Depende de lo que hagan los de Valladolid…

—Muchos fascistas hay en Castilla…

—Pues que se preparen, que en cuanto lleguemos los asturianos…

—Que se aten las alpargatas, que van a tener que correr.

—Compañeros, no me dejasteis terminar. Hay muchos fascistas en Valladolid, pero los ferroviarios son socialistas…

—¿Habrá chigres en Madrid?

—En todo el mundo los hay. En Madrid, si viven allá asturianos, digo yo que tiene que haber chigres y sidra…

—Es que si no hay chigres me apeo del tren.

Han salido del túnel; el humo se disipa rápidamente. Por las ventanillas entra un aire fresco que les alivia la respiración. La locomotora resopla Puerto Pajares arriba. En el extremo posterior del vagón, los que van jugando una partida de cartas, arrancan a cantar:

Al pasar por el Puertu,
Puertu Payares,
me encontré con un vieyu
llindaba vaques…

Con ambas manos apoyadas en la boca del fusil y descansando el mentón sobre el dorso de las manos, Álvarez se queda pensativo. Como si hubiera reflexionado explica:

—Yo estuve en Madrid cuando las quintas, y me revientan los madrileños. Voy con ganas de repartir estopa…

—Algo te harían —dice Ignacio—. ¿Te quitaron la novia?

—Hablo en serio… Estuve en los calabozos de la Dirección General de Seguridad… ¡Me cago en su padre!

—No eran madrileños los que te atizaron…; los guardias serían gallegos…

—No lo decía por eso; es que los madrileños no me gustan. Hasta entre los compañeros nuestros los hay gilipollas, como ellos dicen.

Ignacio se recuesta de nuevo contra el respaldo de tabla, y trata de reanudar el sueño. En Soto del Rey, donde han hecho una parada prolongada, se metieron en un chigre cercano a la estación; han bebido unas cuantas botellas de sidra y han cantado hasta enronquecer. De la guerra le gusta la jarana, los cantos, el compañerismo, y también, si se tercia, pegar tiros. Esto último lo supone; con tal fin se ha embarcado hacia Castilla o Madrid, hacia donde los asturianos hagan falta. Tantas horas en el tren, y a marcha tan lenta, ¡eso sí que le fastidia!

San Sebastián

—Vamos a resumir la situación. Menor Poblador no contesta desde Pamplona; podemos suponer sin temor a error, que como esperábamos, el general Mola está sublevado. De Bilbao, Echevarría Novoa comunica impresiones que calificaremos de optimistas; no cree que la guarnición de Vizcaya se subleve. Vitoria, dudoso. Yo diría malo. Y ahora les pregunto a ustedes y me pregunto: ¿y San Sebastián?

La interrogante del diputado Manuel Irujo vuelve a encender la discusión. Las opiniones se dividen, se propugnan soluciones más o menos extremistas según quien las lanza a la palestra. Al gobernador se le escapa el dominio de la situación. Hay quien exige que las organizaciones obreras sean armadas, para lo cual debe conminarse a los militares a que entreguen el armamento. Otros temen que si los cuarteles de Loyola se sublevan, la ciudad y el propio edificio del Gobierno Civil resultarán excelente blanco para la artillería, oportunidad que no será desdeñada.

Irujo medita: Pamplona, Navarra entera, probablemente, se ha sublevado. En Estella habita su familia; su madre, su hermano, su hija… En Pamplona tiene un hermano ingeniero de montes.

La situación general es tan grave que cualquier preocupación personal pasa a segundo término. Lo principal es buscar soluciones, formular planes, conocer los del enemigo. Hay que decidirse a coger el toro por los cuernos.

—Puedo telefonear a los cuarteles de Loyola, si la idea les parece aceptable. El teniente coronel Vallespín es amigo mío. Creo que lo mejor es interrogarle sobre sus propósitos, por las buenas… con la natural diplomacia.

Las discusiones se reproducen; la tónica es la confusión, y la divergencia de criterios y actitudes. Los sindicalistas pretenden alzar una barricada en la calle Larramendi. A la Guardia Civil de la provincia se le han cursado órdenes de concentrarse en la capital.

Coge el aparato, de nuevo utilizará el teléfono como arma incruenta de combate. Consigue línea con los cuarteles de Loyola. El teniente coronel Vallespín, de ingenieros, se pone al habla.

—¿Cómo está usted? Soy Manuel Irujo.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Bueno… ya sé que corren por ahí vientos de fronda. ¿Qué piensan hacer?

—Verá usted, señor Irujo; nosotros, como militares, estamos con el Ejército…

—¡Naturalmente! Pero es que el señor gobernador civil desearía…

—Nosotros no reconocemos más autoridad que la de nuestros superiores; del señor gobernador civil no recibimos órdenes. Con usted hablamos, usted es un diputado, tiene una representación, y es persona de orden…

Se ha hecho el silencio; otra vez escuchan. Manuel Irujo frunce la frente. Unas frases de cortesía, palabras ambiguas que a nada comprometen, terminan con la conversación. En Loyola no están sublevados; pueden sublevarse en cualquier momento.

Burgos

Está comprometido con el general Mola a que la provincia de Burgos proporcionará seis mil combatientes de la Falange desde el primer momento del alzamiento. Durante el mes de julio se ha mantenido cierta tirantez —o un estira y afloja— entre José Andino, jefe provincial de Burgos, y el general Mola, a quien los conspiradores militares llaman «El Director» porque dirige el levantamiento en la Península. El comandante de infantería Luis Porto Rial, arrestado hace un par de días, con el cual ha mantenido secreta relación, directamente o por mediación del capitán Muga o del teniente Garriga, ha hecho diversos viajes a Pamplona a parlamentar con el general Mola.

José Andino, que desde el día 13 se encuentra encerrado en la prisión provincial, tiene en cuenta las consignas que ha recibido del jefe nacional, las únicas que debe y piensa acatar incondicionalmente. José Andino no olvida la orden del 24 de junio, en que el jefe nacional previene a los provinciales sobre extralimitaciones cometidas por algunos de éstos en su colaboración con el Ejército; y recuerda las instrucciones «reservadísimas» de fecha 29 de junio, por eso hizo saber a Mola que el día 20 de julio, a las doce en punto quedaría roto todo compromiso entre los falangistas burgaleses y el Ejército, de no haberse producido para ese momento la sublevación. Fue entonces cuando Mola le dijo malhumorado al comandante Porto que servía de enlace: «Ya que la Falange de Burgos se pone en esa actitud, ¿con cuántos hombres cuenta?». Esto ocurría en Pamplona el día 11 de julio, y Porto, que regresó a Burgos, hizo un nuevo viaje a Pamplona con la respuesta: «Seis mil hombres a las cuatro horas; doscientos en el momento de la movilización, más un centenar para distribuir las consignas». Advirtió que le recordara al «Director», el compromiso de abstenerse de nombrar autoridades civiles en los tres primeros días. Mola contestó que conforme, y que el levantamiento se

produciría antes de la fecha señalada por la Falange. Al día siguiente de recibir la respuesta, Andino fue encarcelado, pero ha conseguido mantener enlaces con el exterior gracias a la complicidad de algunos guardianes, a las visitas de su mujer y su sobrina, y principalmente a Honorato Martín Cobos, abogado burgalés que había militado en las filas moderadas del republicanismo maurista y que tras defender profesionalmente a los falangistas ha ingresado en sus filas y resulta magnífico colaborador.

Le consta que en un arrebato exageró la cifra, y que no le será posible movilizar tantos hombres; muchos sí estarán presentes en Burgos mañana por la mañana a las nueve en punto; ya han sido despachados los oportunos enlaces. La Falange ha de actuar con audacia y rapidez para no ser desbordada por las fuerzas derechistas y reaccionarias que cuentan con poderosas influencias y que están más próximas a la ideología, o por lo menos al sentir, de los jefes militares; aunque gran número de oficiales jóvenes se sienten atraídos por la Falange. A Burgos han acudido políticos profesionales de tendencia monárquica y reaccionaria: Sainz Rodríguez, Yanguas Messía, el conde de Vallellano, Goicoechea, y otros, que se opondrán con todas sus fuerzas a la revolución nacional-sindicalista.

La Falange se ha visto atrapada entre dos fuegos y la iniciativa les ha sido arrebatada. Es tarde para intentarse nada; resulta forzoso colaborar con eficacia en el golpe militar; del empuje y coraje de los falangistas en las horas que se aproximan dependerá el futuro político de España. No es hora pues de vacilaciones y sí de mantenerse vigilantes y dispuestos a no dejarse atropellar por enemigos ni aliados.

En esta celda de la prisión provincial están detenidos con él más de una docena de camaradas. Por precaución ha mandado apagar la luz; la ventana da a unos descampados hacia la parte de Santa Águeda; estas noches había en la garita un centinela, pero ha sido retirado; podrían desde el exterior atentar impunemente contra ellos.

Martín Cobos, con pretexto de visitarle, le ha comunicado las últimas noticias. A la madrugada se proclamará el estado de guerra; en el cuartel de San Marcial, donde Cobos ha estado por la mañana hablando con el coronel Gistau y otros jefes; puede decirse que se hallan sublevados, y la Junta Militar permanece en sesión permanente; los falangistas se han apoderado de Radio Valladolid; en Andalucía se han sublevado las guarniciones. Para ordenar la movilización de los falangistas de toda la provincia han salido de Burgos el hijo del teniente coronel Gavilán, a quien acompaña Andújar; recorrerán Briviesca, Aranda, Trespaderne, Villarcayo, Roda de Duero y Dueñas; Femando Renedo, Villadiego y Castrogeriz; y han salido otros para el resto de la provincia. Antonia, su sobrina, ha llegado de Briviesca con sus dos hijos, noticia que le ha tranquilizado, pues en Briviesca podrían ejercer alguna represalia contra ellos. Las calles de Burgos, a la hora en que Martín Cobos le ha visitado, estaban animadas y en el ambiente ha observado gran nerviosismo. Patrullaban socialistas y otros elementos de izquierda, algunos con camisas o insignias de uniforme; con los falangistas se han producido incidentes no graves. Los dos jefes de la Guardia Civil se inclinan a favor del Gobierno; la casi totalidad de la oficialidad, suboficiales y números, les ofrecen resistencia pasiva. Y la noticia más importante: tan pronto sea posible, les sacarán de la cárcel.

En cuanto se ha ausentado Honorato Martín Cobos los camaradas de la celda le han asaeteado a preguntas; le ha parecido conveniente mantener una actitud de reserva que en momentos en que la suerte pende de un hilo es la única sensata.

Durante un rato ha conseguido dormir; la tensión y la fatiga de los últimos días, que ha culminado en estas horas, le han rendido. Carmelo Valenciano que duerme, a su lado, es quien más ha pugnado para sonsacarle. Los camaradas están convencidos de que algo importante está ocurriendo.

Le parece oír un sonido lejano de tambores; incorporado en el petate, afina el oído. Resulta difícil precisar de dónde procede pero sí parece un redoble.

—¡Eh, despertad! ¡Muchachos!

Los más están soñolientos, y se desperezan sin comprender por qué les despierta.

—¿Pasa algo?

—¿No oís, como trompetas y tambores?

—¿Tambores?

—¡Callad! Si parecería…

—¿No podéis callar un momento?

—Sí. ¡Son las tropas!

—¿Quién sabe lo que ha podido ocurrir?

Los tambores sólo pueden ser el Ejército; si a estas horas de la noche ha salido de los cuarteles, tiene que ser sublevado.

—¡Muchachos, ha llegado nuestra hora!

Oyen voces confusas, gritos. Intentan escuchar con atención, están desasosegados. Puestos en pie, tienden el oído, crispan las manos.

—Juraría que dicen ¡Viva Azaña!

—¡Qué va! ¡Arriba España! Lo he entendido clarísimo. ¡Son los nuestros!

—Pues yo no entiendo palabra… ¡Callad!

—Se insultan…

De fracasar el golpe o si los socialistas se les han adelantado, es que vienen a la cárcel a buscarles y no tienen escapatoria.

—¡Camaradas! Estemos prevenidos; no nos entreguemos con vida en caso de que vengan a por nosotros.

—Pero si lo que gritan es ¡Arriba España!

—Por si acaso; mantengámonos prevenidos. Yo no lo oigo tan claro.

Algunos se arman con los pies de hierro que sirven de soporte a los petates. El ruido y las voces se aproximan por el corredor. Con el director de la prisión, vienen el comandante Pastrana, de intendencia, que forma parte de la Junta Militar, el comandante Castillo, de artillería y otros militares, paisanos y oficiales de Prisiones.

—¡José María Andino!

—Yo soy…

—Puede usted salir, queda en libertad…

—Señor Andino, traigo orden de llevarlo conmigo —dice el comandante Pastrana— pero me han puesto dificultades… Hemos proclamado el estado de guerra. El Ejército es dueño de Burgos.

—No es que me oponga —replica el director de la prisión— es que necesito una orden por escrito del señor gobernador.

—¿De qué gobernador?

—Yo no abandono la prisión si no salen conmigo mis camaradas. Estamos presos injustamente.

—A eso sí que me es imposible acceder.

—Mire usted, mejor que no nos ponga demasiadas pegas…

Han abierto la reja; se arremolinan. El director y los oficiales de prisiones intentan mantener el orden y sujetar la puerta enrejada. El comandante Pastrana se impacienta; Andino se obstina y discute.

—Hemos de salir todos. ¿Qué razón hay para que estemos en la cárcel?

—Pues que salgan. ¡Sea!

—Es que el procedimiento es ilegal.

—¡Tranquilícese, yo me hago responsable! Señores, todos afuera.

La celda se queda vacía. Marchan a lo largo de los corredores, descienden por la escalera que conduce a la puerta principal; uno empieza a cantar, los demás le corean. Los que no conocen bien la letra del himno, la tararean.

Cara al sol, con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva…

Junto a él va sentado su ayudante Hernando, a quien también han detenido. Los oficiales que le conducen en este automóvil eran hasta hoy sus subordinados; ahora le tratan con dureza exceptuando un hilo de deferencia que no son capaces de cortar. Viste de paisano —le han obligado a cambiarse de ropa al desposeerle del mando— con el uniforme le han despojado de la poca autoridad que todavía podía esgrimir. Están completamente obcecados.

Las calles burgalesas aparecen desiertas. Comprende que les conducen al cuartel de San Marcial; el coronel Gistau se habrá erigido en cabecilla insurrecto. Desde primeras horas de la noche han hecho prisionero al general Mena. El pobre Mena ignoraba que venía a meterse en la boca del lobo, que eso es Burgos en este momento. Hacia el Espolón suenan trompetas, aplausos, vítores. Todo esto puede llevar al desastre de una guerra fratricida. El general Mola le dio palabra de que no iba a sublevarse; ya debe haberlo hecho a estas horas. Cuando poco antes de ser destituido ha intentado comunicar con él por teléfono, no ha conseguido que se pusiera al aparato. ¿Y Madrid? ¿Qué ocurrirá en Madrid? ¿Y en Barcelona? ¡Cómo las circunstancias lo gobiernan todo! De hallarse al frente de la división de Cataluña, estaría al lado de Companys y del Gobierno de la Generalidad, al cual se vio obligado a combatir en octubre de 1934… Pero entonces fueron ellos quienes se sublevaban contra el poder legítimo.

Hernando, que va callado y entristecido, se ha portado lealmente con él; le acompaña camino del cautiverio. Cruzan un camión abarrotado de paisanos que dan vivas, o mueras, ¡qué más da!

Trata de poner en orden sus pensamientos; las últimas horas han sido tan agobiantes y dolorosas, que casi ha resultado aliviado cuando Algar y Aizpuru le han conminado a que se diera por preso. —¡Hay que ver! ¡El comandante Algar y el teniente coronel Aizpuru, detenerle a él, al general de la división!— ese instante tremendo, era culminación y fin de unas jornadas insostenibles. ¿Y su jefe de Estado Mayor? ¡Un hombre como el coronel Moreno Calderón en quién horas antes hubiera confiado a pies juntillas! Hasta el último momento le han ofrecido a él, que se pusiera al frente de la insurrección, proclamara el estado de guerra y organizara una columna para marchar contra Madrid. ¡A él; al general Batet! Se ha negado. Sólo al final, despechados, le han echado en cara su republicanismo. ¿Republicanismo? En cierta medida; acata el Gobierno legal, al cual ha jurado fidelidad. Cuando la Monarquía era la forma legal de gobierno, la acató también.

Parece que han detenido al gobernador civil, y que se han adueñado de la ciudad. Ha oído comentar a los que le vigilaban, que Saliquet se había hecho cargo de la división de Valladolid. ¿Será cierto? No ha querido preguntar; no ha querido rebajarse a preguntar… ¿Qué habrán hecho con Molero? ¡Dios, qué desastre, qué desastre!

La Granja

—¿Don Miguel Maura? Le llama de nuevo el presidente de la República.

—¡Diga, diga, amigo Azaña! Sí, soy yo mismo…

—Buenas noches; le he hecho esperar la respuesta pues deseaba hablarle sin testigos. A su propuesta se han adherido la mayoría: Martínez Barrio, Giral, Prieto, Besteiro, Viñuales, Amos Salvador, Fernando de los Ríos, Sánchez Román… Pero, amigo Maura, Largo Caballero ha manifestado que él se oponía, y que desencadenaría la revolución social. Una amenaza que no se si puede calificarse siquiera de velada…

—En ese caso, señor presidente, es completamente inútil que vaya a Madrid. Porque cualquier otra solución es, a mi modo de ver, inaceptable…

—Hemos de esforzarnos todos, amigo Maura; con la oposición decidida de las masas obreras con que Largo Caballero nos ha amenazado, no podíamos intentar nada. Amigos y enemigos nos hacen la jornada difícil.

—Lo comprendo, pero no puedo ni quiero intervenir en lo que venga. No me alcanza la menor responsabilidad en el actual estado de las cosas. No pienso mezclarme en el desenlace. Adiós, amigo Azaña; le deseo buena suerte.

Madrid

Acaban de correr voces de que la dimisión del Gobierno es un hecho y de que Martínez Barrio va a formar uno nuevo a base de republicanos del centro con exclusión de los socialistas.

Guzmán ha decidido desentenderse de los rumores políticos; ha llegado a la convicción de que esta noche las noticias importantes no vendrán de las cámaras y antecámaras ministeriales, sino de la calle, de los centros sindicales. Se dirige a la calle de la Luna, al Comité Nacional de la CNT.

En los alrededores del edificio se observa mayor aglomeración que a primeras horas de la noche y grupos de obreros, evidentemente armados, detienen y registran los vehículos que transitan por los alrededores.

A la puerta del Comité tres automóviles esperan con los motores en marcha. Encuentra a Isabelo, que sale precipitadamente.

—Si quieres que hablemos, vente conmigo. Tengo mucha prisa.

Apretándose se colocan junto al chófer de uno de los coches. Arrancan. Enfilan por la Gran Vía y se dirigen hacia la Cibeles. El asiento de atrás lo ocupan tres hombres que no se preocupan de ocultar sus pistolas colocadas en el cinto. Los cafés y bares permanecen abiertos, como si en el centro de la ciudad los madrileños se hubieran lanzado a la calle. En las aceras corros de hombres que gesticulan. Junto a la verja del Ministerio de la Guerra se agolpa mucha gente, y retenes de guardias de Asalto mantienen la vigilancia.

—Vamos a Usera —dice Isabelo—, hace rato que nos esperan.

Toman por el paseo del Prado, que está casi desierto. El conductor, que fuma silencioso un cigarro, pisa a fondo el acelerador. Otro de los coches va pegado al de ellos, y los faros del tercero se reflejan en el espejo retrovisor.

—Tú que eres periodista, ¿sabes que intenta formar Gobierno Martínez Barrio?

—Esos rumores corren…

—No son rumores, es cierto. Al general Miaja le ponen en Guerra, los demás son republicanos moderados y masones. Entra en la combinación Sánchez Román, un puro derechista. Quieren pactar con el enemigo. Supongo que fracasarán y tendrán que dimitir; nos ahorrarán a los obreros el trabajo de echarles por la violencia.

—¿Qué obreros, los de la CNT?

—Y los ugetistas, y los comunistas. Hasta los socialistas de Prieto están empezando a abrir los ojos, y muchos republicanos se manifiestan contrarios a ese Gobierno que aún no se ha anunciado oficialmente. Es un golpe bajo, una sucia maniobra.

Vuelve a observarse animación en la Glorieta de Atocha; se ven muchas personas en las aceras, en los bares, yendo de un lado a otro, escuchando las radios cuyos altavoces trabajan al máximo volumen transmitiendo consignas, discursos, noticias.

En la estación de Delicias, los obreros vigilan los accesos; se advierte que se trata de guardias organizadas. Isabelo le explica a Guzmán:

—Los comités obreros se han hecho cargo de las estaciones. Los ferroviarios controlan el movimiento de trenes y viajeros.

En la plaza de Legazpi, entre el mercado central y el matadero, encuentran unos camiones atravesados formando barrera. Un pelotón de paisanos armados les hacen señas de que se detengan. Frenan violentamente. Los de la barrera levantan el puño y ellos contestan en igual forma.

—¡Salud, camaradas!

Mientras Isabelo habla con los de la guardia armada, militantes de las Juventudes Socialistas, y les muestra unos papeles, Guzmán observa que tras las tapias del matadero se asoman hombres armados con escopetas. Están protegiendo a los de la barrera, que tienen que actuar a cuerpo descubierto. De estos últimos un par de ellos llevan rifles, los demás pistolas.

Los tres automóviles atraviesan el Manzanares; en la orilla opuesta comienza el barrio de Usera. Parece que sus habitantes están en la calle. En la plazoleta, que se abre al extremo del puente, se reúne una muchedumbre. Muchos, entre los cuales —a pesar de lo avanzado de la hora— no faltan las mujeres y aun los chiquillos, se afanan en formar barricadas con los adoquines que han levantado del pavimento y con enseres y materiales diversos amontonados al efecto.

De los grupos que vigilan la carretera en dirección a Villaverde y Getafe, unos van armados y otros no disponen de armas.

Cuando los automóviles frenan, se acercan y les rodean.

—¿Traes eso, Isabelo?

—Menos de los que quisiera. Tendréis que arreglaros de momento. Procuraremos hacernos con más.

Bajan de los coches. Isabelo, que hace años que vive en el barrio de Usera y conoce a todos los militantes, se encarga de la distribución de una treintena de fusiles que han descargado del coche. Todos gritan, piden, protestan, empujan, pero Isabelo los distribuye de uno en uno, eligiendo, puesto que los solicitantes sobran, a aquellos compañeros que supone pueden manejarlos mejor y con mayor decisión. La distribución se hace exclusivamente entre los afiliados a la CNT.

Por la carretera de Andalucía llegan dos coches. Apagan los faros. Son los compañeros de Villaverde y Getafe que patrullan por la carretera y mantienen el enlace con Usera. Cada automóvil lo ocupan seis hombres armados de pistolas.

—Hola Isabelo…

—¿Qué hay por Getafe?

—Siguen acuartelados, pero no se han movido. Los tenemos vigilados.

Isabelo se vuelve hacia los ocupantes del tercer coche que vino con ellos, del cual no han descargado las armas.

—Vosotros, con los compañeros, transportáis los fusiles a Villaverde. Yo me marcho.

Los del comité de Villaverde le preguntan cuántos fusiles les va a entregar.

—Por el momento una docena, y bastante munición. Os lo podéis llevar todo.

Guzmán observa a su alrededor. En la plaza y calles adyacentes hay aparcados otros automóviles y camiones. Y mucha gente que parece hasta divertida.

—¿Todos son de la CNT?

—¡No, hombre! Esta vez vamos juntos, como cuando lo de Asturias. Estamos con los comunistas, los socialistas y hasta con los republicanos. Lo que ocurre es que cada cual se arma por su cuenta, y ten por seguro que los socialistas son los que se han llevado la mejor parte en el reparto.

—¿Pero y los guardias? Ya conoces las órdenes de Casares.

—Nadie le hace caso a ese desgraciado… ¡Anda, vamos! A Martínez Barrio, si sigue por el mismo camino, le ocurrirá otro tanto.

Arrancan, y al pasar frente al puente de la Princesa, Isabelo le muestra una camioneta con guardias de Asalto, estacionada y con los faros apagados. Algunos guardias se han tumbado sobre los bancos; otros, en tierra, confraternizan y charlan animadamente con los paisanos que les rodean.

Bordeando la orilla del río siguen por la calle de Antonio López hacia el puente de Toledo.

Durante una hora recorren los barrios del sur y sudoeste de la ciudad y llegan hasta las alturas de Carabanchel y el Campamento. Las calles principales están concurridas, destacamentos de paisanos armados vigilan barricadas levantadas en puntos estratégicos. En los cruces se han instalado controles. Descubre bastantes uniformes, camisas e insignias de las milicias socialistas, pero los más visten de paisano, en mangas de camisa o con monos de trabajo. Hay aquí más fusiles que en Usera y algunos ciñen correajes. Aviadores de Cuatro Vientos han entregado subrepticiamente fusiles y munición a los socialistas. En los alrededores de los círculos socialistas, de los ateneos libertarios, de los radios comunistas, de los centros republicanos, la afluencia es considerable. Reclaman armas, reciben consignas, montan guardia. Coches veloces transmiten órdenes instrucciones.

En algunos puntos se detienen y bajan. En otros se limita Isabelo a hablar con algún compañero desde la ventanilla del automóvil.

—¿Y los guardias civiles, qué?

—Acuartelados; sabemos que acatan el Gobierno. Los de Asalto, ya sabes, se muestran más comunicativos. Si los militares se sublevan, estarán con nosotros.

—De los guardias civiles, ¿qué se dice por aquí?

—Que esta vez no se pondrán contra el pueblo…

En los Carabancheles, en los puentes de Segovia y Toledo, lo que más preocupa son los regimientos acantonados; se teme que de un momento a otro emprendan la marcha sobre Madrid.

Es tarde; regresan hacia el centro de la ciudad. Guzmán debe reintegrarse al periódico. Le ha impresionado el cinturón revolucionario que ciñe a la capital. Isabelo comenta:

—Cuatro Caminos, Tetuán, Las Ventas, Vallecas, todos los barrios se encuentran en pie de guerra; si quieren lucha la tendrán. Las organizaciones obreras controlan las barriadas.

—Isabelo, sé que no le tienes demasiada simpatía, pero te voy a repetir una frase de Indalecio Prieto, que como sabes es un rato inteligente. La escribió hace unos días en *El Liberal* de Bilbao…

—Dímela, no estoy en contra de nadie. No es momento de antipatías ni enemistades. ¿Qué dijo?

—«Si la reacción sueña con un golpe de estado incruento, se equivoca».

Isabelo se ríe y le da un golpe amistoso con el codo.

—¡Hay que ver! ¡Qué bien decís las cosas los que escribís en los periódicos!

Málaga

—¡Soldados! ¡Guardias! Este movimiento iniciado por el Ejército lucha sólo por una España digna y mejor. Para que veáis que nos hemos levantado por estos principios, yo beso la bandera y hago pasar a mis soldados por debajo de ella. ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército!

—¡Vivaaaa!

—¡Viva Españaaa!

—¡Vivaa!

—¡Viva la República!

El teniente Francisco Ruiz de Segalerva, que a pesar de que lleva varias horas peleando conserva impecable el uniforme y mantiene su aspecto juvenil y deportivo, inclina la cabeza y besa la bandera. Después, bajo la enseña tricolor que él mismo sostiene con la mano, desfilan una docena de soldados cuyos mosquetones todavía están calientes de los disparos. El capitán Huelin se ha mantenido en posición de firmes junto al teniente de Asalto Mora, que al frente de un piquete de guardias de los que defienden el Gobierno Civil, ha venido a parlamentar con las fuerzas atacantes, formadas por una compañía del Regimiento de Infantería n.º 8, el que antiguamente se llamaba de Vitoria, algunos números de la Guardia Civil, y unos cuantos paisanos.

—Bien, muy bien —exclama complacido el teniente Mora.

—Entonces, adelántate y comunica al gobernador que voy a hablar con él directamente.

Agustín Huelin Gómez estaba hoy de capitán de cuartel en el de Capuchinos, y ha recabado el honor de salir al frente de la compañía encargada de proclamar el bando del estado de guerra; la tercera del primer batallón. La compañía está bastante incompleta, sus efectivos son menguados igual que le ocurre al regimiento a causa de los permisos de verano. El capitán Huelin, fuerte de cuerpo e impetuoso de ánimo, ha servido en el Tercio y posteriormente como oficial de Guardias de Asalto. Entusiasta partidario del alzamiento, ha intervenido en su preparación, al igual que el teniente Ruiz de Segalerva.

A tambor batiente, precedidos de la banda de trompetas, la tercera compañía salía del cuartel a proclamar el estado de guerra. En los primeros instantes se ha producido desconcierto entre el público que llena las calles, afecto en su mayoría a las izquierdas, puesto que los bienpensantes y gentes de orden se han refugiado en sus casas. La compañía ha sido vitoreada y saludada con el puño en alto, corría la voz de que iban a embarcar al puerto para acudir a Marruecos a sofocar la rebelión. Después, el público ha comenzado a mostrarse agresivo, y los puños más que en saludo se alzaban en son de amenaza. La banda de trompetas tocaba el pasodoble de *Los Voluntarios*, mientras que centenares de personas, muchas de las cuales procedían de los barrios del cinturón, entonaban rítmicamente: ¡UHP! ¡UHP! ¡UHP!, grito de guerra que se ha popularizado en toda España a raíz de la frustrada revolución proletaria de Asturias.

Al llegar a los barrios burgueses, les han animado con algunos tímidos aplausos, pero demasiados balcones se cerraban previsoramente a su paso. Málaga es ciudad acusadamente

izquierdista; las personas de derechas, pacíficas de suyo, están más que nunca amedrentadas. La noticia de la sublevación de Marruecos —Melilla pertenece a la provincia de Málaga y está muy próxima, al otro lado del Estrecho— ha indignado y alertado a las organizaciones obreras, que se han lanzado unánimemente a la calle con armamento escaso, heterogéneo y quizá no demasiado eficaz, pero muy amenazador.

El primer incidente ha surgido con unos oficiales de Asalto, comprometidos secretamente en el alzamiento, al observar el capitán Huelin la pasividad que adoptaban ante la actitud de los guardias que descaradamente confraternizan con el pueblo hostil. Frente a la Comandancia Militar y con la solemnidad de rigor, el bando ha sido leído.

El comandante Delgado Jiménez y otros militares se han añadido a la pequeña tropa. La corta distancia que separa la Comandancia del Gobierno Civil ha resultado difícil y accidentada. Les han causado algunos heridos y se han visto obligados a disparar contra los numerosos paisanos que desde diversos puntos les hostigaban. La tropa, entre cuyos componentes no faltan los simpatizantes con las izquierdas, se ha portado disciplinadamente, pues los paisanos no han escatimado exhortaciones violentas para que se amotinaran. Hasta el momento no ha sucedido; ni se ha señalado el más leve síntoma.

Han seguido por la Alameda hacia el parque en dirección al Gobierno Civil, que ocupa el edificio neoclásico de la Aduana construido durante el reinado de Carlos III.

En el interior del Gobierno Civil se hallan reunidas las principales autoridades del Frente Popular protegidas por guardias de Asalto; les han recibido con una descarga de fusilería y fuego de ametralladora que les han causado quince bajas; de ellas tres muertos.

En ese momento se ha hecho preciso desplegarse, echar cuerpo a tierra y protegerse con el arbolado, las plantas y los bancos del paseo. Y ha comenzado la batalla. Fuerzas de la Guardia Civil, situadas al otro lado del edificio de la Aduana, cooperan activamente al asedio; otra sección de infantería ataca por la parte de la calle del Císter.

Las últimas horas de la tarde y las que van transcurridas de la noche han sido sumamente agitadas y peligrosas, pero la ventaja se inclina a favor del Ejército. Guardias civiles se han apoderado de la Telefónica desplazando a los de Asalto que por orden del Gobierno la custodiaban. Hacia las ocho de la noche un oficial al mando de una sección se ha instalado en la Alameda para rechazar a los grupos armados que desde las callejas inmediatas a la Catedral y desde la desembocadura de la calle de Larios amenazaban u hostigaban el flanco y retaguardia. Tres cadetes, que pasaban en Málaga sus vacaciones y se han añadido al pequeño destacamento que manda el capitán Huelin, han resultado heridos. Unos pocos paisanos, falangistas, con un brazalete distintivo, y un oficial de carabineros disconforme con la actitud pasiva y expectante de los demás componentes de su Cuerpo, se le han incorporado. En la calle de Larios se han producido algunos incendios y entre el mido de los tiroteos, las campanas de la Catedral tocaban a rebato. La ciudad se ha ido tranquilizando poco a poco, y el fuego de los defensores del edificio de la Aduana ha decrecido. Por el contrario, las fuerzas atacantes crecen y en este momento, apuntando hacia el Gobierno Civil hay un cañón del 7,50, dos morteros y varias ametralladoras, con lo que la amenaza es más viva y peligrosa para los sitiados. El cuartelillo de Carabineros de la Parra, les cubre la retaguardia, y asegura la posibilidad del

desembarco de fuerzas del Tercio que se rumorea acudirían desde Melilla. En el Hospital Noble, algunos paisanos y guardias de Asalto se han parapetado y disparan, pero el edificio es atacado eficazmente por la Guardia Civil.

El comandante militar, general Patxot, telefoneando reiteradamente al gobernador civil, ha conseguido convencerle de que enviara al teniente de Asalto Mora, con bandera desplegada, en calidad de parlamentario. Pero el capitán Huelin desea parlamentar directamente con el propio gobernador.

En otros puntos de la ciudad prosiguen las escaramuzas; aquí la tregua ha sido aceptada por ambas partes. Acompañando al capitán Huelin se dirigen al Gobierno Civil el teniente Ruiz Segalerva, un número de la Guardia Civil y García Moyano, jefe de la JAP, que también forma parte de los atacantes. Al teniente coronel don Ramón Reviso Pérez, que debía hacerse cargo del Gobierno Civil en nombre de la autoridad militar, una vez sometido, han tenido que evacuarlo por haber sido herido en el combate.

Atraviesan el patio de estilo renacentista, y el capitán Huelin sube por la escalera principal. Guardias de Asalto en mangas de camisa y paisanos armados, le abren paso sin manifiesta hostilidad. En el rellano de la escalera principal le espera el gobernador civil rodeado de otras personas, probablemente dirigentes de los partidos y organizaciones obreras, y de algunos oficiales de Asalto. Entre estos últimos conoce al teniente Mora y al capitán Molina, antiguos compañeros suyos.

El capitán Huelin se adelanta hacia el gobernador, don José Antonio Hernández Vega.

—Señor gobernador, en nombre del Ejército le exijo la entrega del mando y la rendición de este edificio.

—Como gobernador civil, yo soy la única autoridad legítima. La declaración del estado de guerra no ha sido ordenada por el Gobierno al cual yo represento…

El capitán de los guardias de Asalto interrumpe con vehemencia el parlamento.

—Aquí no se rinde nadie. Mientras quede un guardia de Asalto no consentiremos en la entrega.

—Señores, piénsenlo mejor —dice ponderado el capitán Huelin—. No quiero derramar más sangre inútilmente. Dentro de media hora vendré a saber la respuesta definitiva.

Da media vuelta; al pie de la escalera se incorpora a los demás parlamentarios que le esperaban. Lentamente atraviesan el patio. Tras de ellos van cerrándose las filas de los guardias de Asalto que empuñan fusiles y tercerolas. Sin volver la cabeza regresan a sus posiciones en el Parque. Entre ambas fuerzas contendientes se hace un silencio expectante roto sólo por disparos aislados.

Madrid

Le pesan los párpados y le pesa todo el cuerpo, pero no son momentos para rendirse al desfallecimiento sino para mantenerse lúcido hasta la exasperación. Casares Quiroga se ha derrumbado, y ahora que él acaba de pasar al primer plano de la escena nacional, comprende lo que le ha ocurrido a su antecesor tras de cuarenta horas de tensión. Debajo de sus ojos

azulean dos grandes bolsas que destacan la palidez y blanda apariencia de los trazos del rostro. Casares Quiroga es un «señorito jaque de la calle Real de La Coruña», como le calificó Calvo Sotelo, su implacable adversario en pleno Parlamento (Calvo Sotelo muerto, Casares fracasado) y él, Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, diputado por Sevilla y jefe del partido de Unión Republicana, ni es jaque, ni gallego, ni quisiera ser señorito: es un político, un negociador. Ha llegado su momento; el presidente de la República le ha encomendado la formación de un Gobierno de centro para hacer frente a la desesperada situación en que, por sus pecados, se halla sumida la República, y para tratar de detener o cuando menos de frenar la insurrección militar que ha prendido en media España y está a punto de prender en la otra media, si él no se muestra capaz de remediarlo.

La responsabilidad que ha caído sobre sus espaldas no es ligera. Diego Martínez Barrio se ha convertido en el «clavo ardiendo» al cual la República Española, por arte de su presidente, se ha cogido con desesperado afán. Si fracasa en su intento, nadie podrá echárselo en cara pues aunque es cierto que a estas horas de la madrugada tiene algunas bazas en su poder, son insuficientes para hacer frente a la catástrofe, no que se avecina, sino que está aquí. De un lado de la barricada el general Mola, jefe, según parece, de la sublevación militar por lo menos en la Península (que lo de África aún se presenta más difícil) y del otro lado Francisco Largo Caballero, que según transcurren las horas va demostrándose que es quien domina las fuerzas socialistas, peligrosamente organizadas y armadas. Con el general Mola y los militares insurgentes, se alinean los tradicionalistas, poderosos en Navarra y menos en otros puntos, los falangistas, pocos en número y desorganizados a causa de la batalla que desde el Gobierno se les ha dado, pero terriblemente decididos; también los monárquicos y los partidarios de Gil Robles, numerosos e intransigentes. Con Largo Caballero, además, de los socialistas de izquierda, se alinean, por contrarios a cualquier intento de acercamiento y decididos a la acción revolucionaria, los comunistas, escasos en número pero organizados y preparados y los anarcosindicalistas, encarnizados enemigos de socialistas y comunistas hasta hace veinticuatro horas, combativos por naturaleza. Muchos republicanos, izquierdistas exaltados, van a ponerse en contra de su intento de Gobierno moderado. Él cuenta con las personas sensatas, con cuantos en España repudian el extremismo y la violencia, con las fuerzas de orden público o con importantes masas de éstas, como jefe que es del nuevo Gobierno, y puede confiar asimismo en las fracciones del Ejército aún no sublevadas, una fuerza considerable aunque, por diversas razones, problemática.

No es factible lo que el presidente Azaña deseaba y le ha encomendado tratara de hacer: un gobierno de concentración nacional, que hubiera sido el arma ideal para oponer a las principales razones de los insurrectos. No se ha conseguido. Pasando por encima de la opinión de Indalecio Prieto, los socialistas se han negado a integrarse en ese nuevo Gobierno, y al negarse ellos tampoco puede encomendar carteras a los catalanes de la Lliga Regionalista, muy burgueses pero gente de paz, y menos a los agrarios de Martínez de Velasco, lindantes con la Acción Popular de Gil Robles, que hubieran servido de puente con las fracciones descaradamente derechistas. De Miguel Maura, también ha tenido que prescindir; el propio Azaña le ha comunicado su decisión de no participar en el Gobierno. Marcelino Domingo y él,

son los pivotes sobre los que ha de girar el gabinete; Felipe Sánchez Román, prohombre republicano que no firmó el pacto del Frente Popular, representa dentro del ministerio la voluntad de apertura hacia la derecha y el propósito de dar satisfacción en la medida de lo posible a los españoles no extremistas. Pero… los derechistas a ultranza les consideran izquierdistas encubiertos —ni siquiera encubiertos— y en cuanto a los verdaderos izquierdistas les motejan de pactistas y de vendidos a las derechas. Esta situación es la que hay que superar y sólo podrá conseguirlo apuntándose inmediatamente un éxito.

Algún tanto favorable ya se lo ha apuntado nada más iniciada su gestión. Primero, el hecho de haber conseguido formar un gobierno exclusivamente republicano: con un ministro de la Guerra, el general Miaja, que si no es hombre de gran prestigio dentro del Ejército, en cambio no se ha significado políticamente y fluctúa entre ambos bandos; con un ministro en Gobernación, Augusto Barcia, más efectivo que el recién dimitido Moles, apoyado por el general Pozas, íntegro en su republicanismo e influyente sobre los jefes de la Guardia Civil. Y en los demás ministerios, nombres prestigiosos políticamente no demasiado desgastados: Justino Azcárate, Ramos, Lara, Blasco Garzón, Giral, Lluhí, Feced, Giner de los Ríos, Álvarez Buylla y Marcelino Domingo; es decir, un equipo coherente unido por lazos de hermandad, y reforzándolo la figura de Sánchez Román, que aunque no con excesivo entusiasmo, ni siquiera con optimismo, está dispuesto a librar la batalla de la pacificación del país antes de que corra a chorros la sangre y resulte imposible detenerla.

La lista del nuevo Gobierno ha sido leída por radio, a pesar de que la constitución oficial no tendrá lugar hasta las seis de la mañana. Dispone pues de unas horas por delante para maniobrar y para contrarrestar las protestas que, según le han informado, se están produciendo en las calles. Largo Caballero, Margarita Nelken, José Díaz y los extremistas, las provocan y fomentan; pero si consigue lo que se propone, es decir, que los militares paralicen su acción durante unas horas, cuando el Gobierno tome posesión se habrá convertido en pacificador y árbitro. Después se verá lo que puede hacerse para salir adelante. Es cuestión de hablar, parlamentar, de negociar, en suma; y a él no le faltan influencias en las distintas provincias ni entre los militares y en el seno de los institutos armados. Que le concedan autoridad, tiempo y ocasión; lo demás corre de su cuenta. Azaña ha venido en su busca cuando se ha visto con el agua al cuello, pero el propio Azaña es en gran medida responsable de que el poder haya ido a parar al medio del arroyo.

Ha iniciado sus gestiones; para bien o para mal, su nombre lo conocen cuantos a estas horas están jugando y descubriendo sus cartas. A Queipo de Llano le ha parecido inútil dirigirse; no se entenderían, pero él tiene noticias de cuál es la situación en Sevilla; los rebeldes dominan sólo el centro y aún en forma precaria. Sevilla fue también aparentemente dominada por Sanjurjo el 10 de agosto de 1932, y su poder se vino abajo cual castillo de naipes. Como sevillano, conoce a su gente; Sevilla es mucha Sevilla. Ha comunicado, en cambio, con el general Patxot, que ha sublevado Málaga. Los malagueños luchan en las calles y la situación es por lo menos tan incierta como la de Sevilla. Por el momento ha conseguido apaciguar al general Patxot, que le ha prometido retirar las tropas de la calle y acuartelarlas en espera de los acontecimientos. También con el comandante militar de Granada ha parlamentado satisfactoriamente, pues el

general Campins es razonable. Como Huelva, Jaén y Almería se mantienen leales, los focos en Andalucía se reducen en este momento a Sevilla, Cádiz y Córdoba, donde se han sublevado el regimiento de artillería y la Guardia Civil. Mientras la escuadra bloquee a los de África, Andalucía deja de representar el enorme peligro que hubiera sido de formarse un puente sobre el Estrecho.

También por teléfono ha hablado con Cabanellas; pero Cabanellas o está ya sublevado y no se atreve a retroceder, o se halla rodeado de subordinados que le manejan a su antojo. Sus palabras no habrán dejado de influirle; el peligro para las gentes de orden de Zaragoza, consiste en que si fracasa el alzamiento militar puede desencadenarse una tremenda reacción anarcosindicalista, posibilidad que no ha de dejar de amedrentarles y obligarles a actuar con tiento. Martínez Monje en Valencia y Llano de la Encomienda en Cataluña, se mantienen leales y en tal sentido le han dado seguridades, a pesar de que jefes y oficiales jóvenes de ambas guarniciones no dejen de inquietarles. En Galicia no se ha alterado el orden; los mandos militares obedecen al Gobierno. Castilla la Vieja se ha sublevado; no hay parlamento posible con los rebeldes; una baza en contra que habrá que encajar. Tiene que decidirse y coger al toro por los cuernos. El toro se llama Emilio Mola Vidal, gobernador militar de Navarra, y según las informaciones oficiales y personales, jefe de la insurrección. Al general Miaja, amigo personal de Mola, que acaba de telefonearle, le ha confesado que estaba alzado y que había asumido el mando de la 6.ª Región Militar después de destituir y aprisionar en Burgos al general Batet. El general Mola es hombre difícil, de carácter complejo, pero no es carca ni derechista rabioso; exaltado bajo la frialdad de su apariencia, no se trata de un espadón cerril, más bien se le considera progresista. Ganarse a Mola, atraérselo al pacto sería decisivo; la jugada maestra. ¿Qué argumentos puede esgrimir para convencerle de que deponga su actitud? Lo mejor sería ofrecerle la cartera de Guerra, porque lo primero que hay que procurar es apaciguar el ánimo soliviantado del Ejército. Un peligro apunta; si Mola entra en el Gobierno, socialistas, comunistas, anarquistas y demás, que están sobre las armas y en guardia, no retrocederán y se lanzarán a la acción revolucionaria. En ese caso, nada se habrá adelantado; los del centro serán triturados y los militares y sus partidarios, que no hay que olvidar son muy fuertes, se considerarán traicionados. Ofrecerle un Ministerio a un militar sublevado, es sumamente peligroso desde el punto de vista político, y sin embargo, ésa sería la manera de evitar el choque armado con el Ejército.

La mayor dificultad estriba en que la solución ha de llegar antes del amanecer, antes de que en otras guarniciones salgan las tropas, antes de que las Juventudes Socialistas, comunistas y anarquistas se apoderen de ciudades y pueblos y se produzcan choques y violencias generalizadas e irreparables, antes de que él y su Gobierno tomen oficialmente posesión. No puede dejarse vencer por la fatiga ni por el desánimo.

—Haga el favor, tengo que hablar con la Comandancia Militar de Pamplona, con el general Mola. Es urgentísimo; coja el teléfono y no lo deje de la mano hasta que me haya conseguido la comunicación.

Al dimitir el gobierno de Casares Quiroga, el presidente de la República encargó a Diego Martínez Barrio (1883-1962) la formación de un gobierno que trató de constituir con republicanos moderados. Se puso además en relación directa con algunos de los generales sublevados y se cree que llegó a ofrecer a Mola la cartera de Guerra. Ante la negativa de este último y la presiones de la izquierda socialista, apoyada por comunistas y anarquistas, el gobierno Martínez Barrio no llego prácticamente a nacer.

En las calles de Madrid se formaron manifestaciones hostiles a un gabinete que se calificaba de pactista.

José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), fundador y jefe nacional de Falange Española de las JONS. El 18 de julio se hallaba encarcelado en la prisión provincial de Alicante desde la cual, por medio de enlaces, mantuvo contacto con el general Mola con quien había acordado que durante los tres primeros días del movimiento se abstendría de nombrar autoridades civiles, que los falangistas conservarían su propios mandos y sólo un tercio de sus efectivos sería puesto a disposición de los jefes militares. Deseaba trasladarse en avión a la capital para ponerse al frente de los falangistas madrileños. Una tentativa de los de Callosa de Segura para liberarle, fracasó al ser detenidos los que formaban la expedición, en las inmediaciones de Alicante.

Carta que dirigió a Miguel Maura, jefe del partido Republicano Conservador pocos días antes del alzamiento.

Madrid: El general de división Rafael Villegas Montesinos (izquierda), inicialmente designado jefe del alzamiento en Madrid, en cuyo cargo fue sustituido por el general Fanjul. El teniente coronel Mangada (derecha), que atacó los cuarteles del cantón de Carabanchel y organizó inmediatamente una columna para dirigirse contra Ávila.

El general Miguel García de la Herrán (1880-1936) (izquierda), jefe de la sublevación en los cantones de Madrid. Fue muerto el día 20 en Carabanchel. Ignacio Hidalgo de Cisneros (derecha), comandante de aviación que jugó un importante papel en aquellos días.

Vitoria

En su despacho del cuartel de Flandes, el teniente coronel Camilo Alonso Vega, que manda el regimiento, se halla perplejo, al borde de la decepción. Precisamente en el momento en que parecía que todo se había solucionado de manera satisfactoria.

Después de unos días de espera e impaciencia, cuando esta noche ha sido convocado por el general García Benítez, sabía que desde el Ministerio de Gobernación se había cursado orden de que fuese detenido, por indicación del propio ministro de la Guerra. Aunque los jefes de cuerpo confiaban en el general García Benítez, la circunstancia de estar emparentado con el presidente de la República les ha obligado a mantener discretos recelos. Al recibir la orden de presentarse ha comprendido que había llegado la hora de arriesgar fuerte. El capitán Olivé, con doce sargentos de entera confianza, se ha apostado en las inmediaciones de la Comandancia dispuesto a entrar a rescatarle por la violencia si a las tres horas no había salido. La entrevista con el general no ha podido ser más favorable. La guarnición de Vitoria va a sublevarse a las siete de la mañana de acuerdo con el general Mola. Los tradicionalistas, muy numerosos en toda la provincia de Álava, la Acción Popular, y Renovación Española, les apoyarán. Hace un momento ha regresado al cuartel y cuando, ilusionado, ha comunicado la noticia a los oficiales reunidos en el cuarto de banderas y esperaba reacción cálida y entusiasta, nadie le ha contestado, sus palabras han quedado flotando en el aire.

Sin embargo, sea cual sea la actitud de la oficialidad, su regimiento proclamará el estado de guerra. Hace demasiado tiempo que viene conspirando en pro de este movimiento patriótico para que en el último instante vacile. Los oficiales tendrán que obedecerle. ¿Adónde han ido a parar tantos entusiasmos? Porque aquellos a los cuales consultó, se mostraban impacientes. Es cierto que ninguno ha hecho demostración externa de oponerse, o de desaprobar la resolución.

A la puerta de su despacho, que ha quedado abierta, se asoman el comandante mayor Saleta Goya y el teniente Ibáñez, dos precisamente con quienes no había contado.

—¡A tus órdenes…!

Les mira fijamente, casi con severidad; en cualquier caso está dispuesto a imponer su autoridad.

—Vengo a decirte que pase lo que pase, estoy a tu lado en esta hora de la verdad.

—Y yo, mi teniente coronel. Y todos…

Barcelona

Una ametralladora «hotchkiss», dos fusiles ametralladores checoslovacos, y numerosos rifles «Winchester», con munición abundante, están limpios y preparados en una de las habitaciones de un piso de la calle Pujadas número 276, casi esquina a Espronceda, en la barriada del Pueblo Nuevo. En este piso, donde vive Gregorio Jover, se halla reunido el Comité de Defensa Confederal.

Juan García Oliver, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso han llegado a la reunión con dos horas de retraso. Esta última reunión, que más puede calificarse de vela de armas, había sido convocada para las doce de la noche. El teniente de aviación Servando Meana les ha prestado un automóvil para que se trasladaran desde la Consejería de Gobernación. Lo han hecho a mucha velocidad y con las armas apercibidas; comprendían que los demás compañeros estarían inquietos por su retraso, como así ha ocurrido. Ante la Consejería de Gobernación se ha formado una especie de manifestación de militantes de la CNT que reclamaban armas. García Oliver, Durruti y Ascaso han tenido que asomarse a uno de los balcones que dan a la plaza de Palacio. García Oliver les ha hablado para ordenarles disolverse y les ha recomendado que se dirigieran a las cuarteles de San Andrés y que esperaran allá la ocasión de apoderarse del armamento. Veinticinco mil fusiles, ametralladoras, y aun quizás algún cañón puede ser el botín que mañana caiga en manos de la CNT y la FAI, si sus planes se cumplen. El teniente Meana y otros oficiales de Aviación, que han mantenido contacto con ellos desde hace tiempo, han hablado con el teniente coronel Díaz Sandino, jefe de la Base Aérea del Prat del Llobregat. Tan pronto como las tropas se subleven y salgan de los cuarteles, la aviación despegará para atacarlas. Los cuarteles y la maestranza de San Andrés serán bombardeados con cuidado de no hacer explotar los depósitos de armamento y munición. Los miembros de los comités de barriada de Santa Coloma, San Andrés, San Adrián del Besós, Clot y Pueblo Nuevo, apoyados por los cuadros de defensa y militantes en general, se lanzarán al asalto, volando si es preciso las puertas con dinamita. Díaz Sandino lo sabe y ha dado su acuerdo. En la maestranza de San Andrés se guardan, además, millones de cartuchos.

Gregorio Jover distribuye pan y butifarra a los compañeros y les sirve unos vasos de vino. Las medidas han sido tomadas; los comités, los cuadros de defensa, los militantes de la ciudad permanecen alerta, cada uno conoce cuál es la misión que debe desempeñar llegado el momento. Las sirenas de las fábricas, en donde los fogoneros montan guardia, y las de los barcos surtos en el puerto, darán la señal de alarma. Los miembros del Comité de Defensa Confederal esperan a que los militares salgan de los cuarteles, lo cual, según las noticias que ellos tienen, ocurrirá al amanecer.

Ahora que Juan García Oliver se ha sentado en una silla, advierte la fatiga de estos días de actividad, nerviosismo y esfuerzo llevados hasta el límite. Desearía relajarse, reposar, porque antes de un par de horas, actividad, nerviosismo y esfuerzo tendrán que traspasar cualquier límite y prolongarse hasta el final de una lucha a muerte, de la cual lo pasado es únicamente el prólogo. No consigue adormilarse, ni consigue serenarse, ni consigue apartar las preocupaciones como ahora desearía. El alimento le ha reconfortado; el vino oscuro y seco de Falset parece que le reanime; pero, atención, hay que conservar la mente despejada, los sentidos atentos y el ánimo dispuesto.

Durante semanas, durante meses, han estudiado cuidadosamente el plan. Antes de las elecciones de febrero estaban convencidos de que la guerra civil resultaría inevitable a corto plazo. Algunos militantes del anarquismo y del sindicalismo, en vista de las circunstancias por que la nación atravesaba, deseaban salir del apolitismo tradicional y acudir a las urnas para apoyar electoralmente a las izquierdas burguesas o socialistas. Ni lo aconsejaron ni lo

desaconsejaron; permitieron que cada cual obrara según sus convicciones. Los resultados finales serían semejantes si triunfaban las derechas reaccionarias o las izquierdas. En caso de que los trabajadores se abstuvieran de votar, como lo hicieron en otras ocasiones, ganarían las derechas. Ello equivaldría al triunfo legal del fascismo español, al cual habría luego que combatir en la calle y con todas las armas. Si las izquierdas triunfaban, las derechas derrotadas e inconformes se lanzarían a la conquista del poder mediante el acostumbrado golpe de estado militar. Igual habría que hacerles frente en la calle y con todas las armas. Los acontecimientos han venido a darles la razón; su planteamiento político era más realista que el de los políticos profesionales.

Siendo la CNT una confederación de confederaciones regionales, autónomas y casi independientes, ellos pudieron planear el contragolpe exclusivamente en Cataluña, en Barcelona. Madrid es la capital política de la nación; Barcelona su capital industrial y proletaria. Su censo obrero y su tradición revolucionaria le dan prestigio y primacía. Si en Barcelona triunfa la masa obrera, su ejemplo será seguido en las demás capitales españolas.

Comenzaron por organizar en cada barriada un Comité de Defensa, lo cual les ha permitido mantener comunicación constante con sus respectivos delegados. A estos delegados les han dado consignas de última hora, y han tratado de coordinar su acción con las de las Juventudes Libertarias y Mujeres Libres, con el fin de evitar que estas organizaciones tomen iniciativas fuera del plan trazado. Igual indicación se les ha hecho a los grupos anarquistas. Va a librarse una batalla decisiva contra fuerzas organizadas, armadas y obedientes a una disciplina secular.

De acuerdo con la Federación Local de Sindicatos de Barcelona y con el Comité Regional, se ha acordado que la CNT no irá a la huelga general; mejor es dar a enemigos y amigos sensación de normalidad hasta el último momento.

Por medio de confidencias que les han llegado procedentes de los cuarteles y tras de estudiar sobre el plano de la ciudad la situación de éstos y de los demás edificios militares, conocen la probable actuación del enemigo. Tienen estudiada la red de alcantarillas y los puntos de fácil acceso y traslado y, lo que es más importante aún, el tendido eléctrico, y han tomado las medidas necesarias para poder privar de energía a cualquier sector que a ellos les interese.

A los militantes les han dado orden de que permitan a las tropas salir a la calle sin hostigarlas. Este éxito inicial les reforzará en la certeza de que apenas van a encontrar oposición. Probablemente los soldados saldrán con dotación no superior a los cincuenta cartuchos. Una vez que las tropas se hallen alejadas de sus cuarteles respectivos, comenzará un hostigamiento metódico y continuado. Cuando los soldados hayan agotado la munición y este hecho, agravado por el aislamiento en que se hallarán, comience a desmoralizarles, se les exhortará a voces para que se revuelvan contra sus jefes o que, por lo menos, les abandonen y deserten. A los grupos de defensa y a los comités se les ha recomendado que colaboren con las fuerzas de Asalto, pues se confía en que luchen al lado del Gobierno y, llegado el caso, que confraternicen con ellas; con respecto a la Guardia Civil, sobre cuya actitud final existen dudas y recelos, se les ha indicado que no la hostilicen, salvo en caso de que disparen contra ellos, entonces debe ser combatida igual que los soldados.

Han trabajado activamente, creen que ningún extremo ha dejado de ser previsto, estudiado, discutido y resuelto. Por eso, los miembros del Comité de Defensa Confederal permanecen casi en silencio, consumiendo grandes cantidades de café que les mantendrá desvelados, esperando el momento, templando impaciencias, perfeccionando mentalmente detalles de los planes, recordando.

Les va mirando uno a uno; podría ocurrir que fuera la última vez que les viera; a casi todos les conoce de antiguo, veteranos luchadores, hermanos casi, o más que hermanos. Francisco Ascaso fuma nerviosamente un cigarrillo; como siempre está pálido; de sus labios fríos y apretados emana como una desconfiada sonrisa. Durruti también parece sonreír, sus cejas foscas, el entrecejo fruncido, las arrugas obstinadas de la frente, no consiguen borrar del rostro la expresión de hombre-niño; con sus ojos grises y vivos repasa el armamento. Ricardo Sanz, alto, fuerte, rubio, permanece en actitud impasible; Gregorio Jover, a quien por su cara achinada llamaban «el Chino», parece más chino que nunca; con los dedos juega con las ringleras de balas de pistola que lleva al cinto. Los ojos algo saltones de Aurelio Fernández tratan de descubrir, observándole a él, la gravedad de las circunstancias, como si su rostro fuera un termómetro; mantiene correcta compostura; de todos ellos es el único que se preocupa de vestir bien. Son luchadores avezados al riesgo de la pistola enemiga y al manejo de la propia; madurados en la lucha revolucionaria. Dos nuevos elementos, jóvenes ambos, han sido incorporados al Comité de Defensa; Antonio Ortiz y «Valencia». Ortiz desearía hablar, comunicarse con sus compañeros silenciosos, el cabello se le arremolina en bucles; «Valencia» se siente impresionado y orgulloso de estar entre ellos; erguido en la silla fuma cigarrillo tras cigarrillo.

Han hecho cuartel general de esta barriada porque muchos de los miembros del Comité habitan en ella. Desde la habitación en que se hallan reunidos se ve de refilón el campo de fútbol del Júpiter; las calles están vigiladas por elementos de confianza; dos camiones esperan en la calle de Pujadas junto a la valla del campo de fútbol. Juan García Oliver vive a cincuenta metros escasos, en el 72 de la calle Espronceda, casi esquina a la de Llull; Ascaso cerca de la de San Juan de Malta en las inmediaciones del local de «La Farigola», donde se ha reunido días atrás el pleno de los delegados de los Comités de Defensa de Barriada con el Comité de Defensa de Barcelona; Durruti, vecino del Clot, habita a menos de un kilómetro de distancia.

Una ametralladora «hotchkiss», dos fusiles ametralladores checoslovacos y numerosos rifles esperan limpios y dispuestos. En un saco guardan las pistolas que el teniente Meana, nombrado enlace entre la aviación militar y la Consejería de Gobernación, ha conseguido reunir en el edificio del antiguo Gobierno Civil, y les ha entregado a escondidas para distribuir entre los militantes que no posean arma propia.

Un viejo reloj de pared, comprado en los Encantes, parece prolongar los minutos, las horas de esta irritante espera.

—Ese cabrón se nos cuela dentro…

—Yo desde tan lejos no distingo.

Apostados en la esquina de las calles de Aragón y Tarragona, vigilan el cuartel de caballería de Montesa. Perramón, que manda el grupo, ha salido hasta el centro de la calzada y a pesar de lo deficiente del alumbrado le parece que el muchacho ha desaparecido en el interior del cuartel. A punto ha estado de disparar la pistola pero la escasez de luz y la distancia no le permitían hacer puntería; por otra parte las órdenes que le ha dado Mariano Vázquez, en el sindicato de la Construcción, han sido no disparar sin extrema necesidad, mantener la vigilancia y, eso sí, detener a cualquiera que entre o salga del cuartel. El tipo se le ha colado; y tiene la evidencia de que son varios los que a lo largo de la noche están metiéndose en este cuartel. Paisanos jóvenes, que como van en mangas de camisa no se distingue si son o no obreros. Antes han pasado tres; les han dado el alto desde la acera opuesta, pero como caminaban protegidos por la sombra que proyecta el muro del matadero no les distinguían; uno de ellos ha contestado que pertenecían al ramo del agua. Les han dejado pasar y cuando se hallaban a cierta distancia han apretado a correr. Ha disparado un par de veces, pero amparados por los árboles de la calle se han metido en el cuartel. Deben ser fascistas; como atrape a alguno le va a limpiar los forros, y después, averigua quién te dio.

—Estamos haciendo el ridículo. Tú, y tú también, os camufláis detrás de aquellos árboles y no me dejáis pasar ni a Cristo. Al tío que sospechéis que va al cuartel, os lo cargáis y andando.

—¿Y cómo sabemos que va o no al cuartel?

—¡Eh! Perramón… Demasiado te gusta a ti dar órdenes…

—Si no hay disciplina no conseguiremos resultados prácticos. Y vosotros, aunque sea un amigo, aunque sea vuestro padre, por aquí no pasa si no enseña el carnet confederal.

—¿Y si es socialista, o de la Esquerra, comunista, o del POUM?

—Entonces me avisáis y yo decidiré. Situaos allá en la esquina de Vilamarí; hemos de dominar todas las calles.

Hacia la cárcel Modelo suenan tres disparos de pistola. Perramón se adelante hacia media calle y escucha.

—No sé qué será; del cuartel no responden.

—¿Ves al centinela?

—Chico, yo no lo veo; estará metido en la garita. Me dan ganas de acercarme a comprobarlo.

—No ganaremos nada y es un riesgo. Mejor no alarmarlos; que se confíen. Nosotros a vigilar.

Las calles barcelonesas en estos barrios en donde la ciudad empieza a diluirse, están casi desiertas. Los vehículos, requisados en los garajes o cogidos en la propia calle, ostentan pintados en grandes letras blancas las iniciales CNT, FAI, y circulan enloquecidos.

Los oficiales, aunque deferentes en apariencia, le conducen casi a empellones. No puede resistirse. Aislado en medio de insurgentes, nadie le obedece. El capitán Mercader acaba de enfundar la pistola; hace un par de minutos le ha disparado a la cabeza. La bala ha pasado

ligeramente alta. Si tiraba a darle, la puntería le ha fallado, si trataba de asustarle desde luego lo ha conseguido.

El general de brigada de Infantería, don Ángel de Sampedro Aymat, apenas nota el suelo bajo sus pies. La situación en que se halla es tan nueva y desesperada que le ha desconcertado. Los oficiales del Regimiento de Infantería de Badajoz, le han desacatado violentamente, y lo conducen arrestado. Están sublevados, son unos insensatos.

—No saben ustedes lo que hacen…

—Mi general; lo hacemos por el bien de la Patria. Todos 1c queremos a usted…

—Pues bien me lo demuestran. Nunca creí que este regimiento se sublevara.

El capitán Pedro de Mercader, el capitán Oller, el comandante López Amor, hasta el teniente coronel Raduá… Están amotinados, y los demás oficiales y la tropa, y hasta paisanos que se han introducido dentro del cuartel. ¡La hecatombe!

—¿Dónde está el coronel?

—Mi general, venga con nosotros. Al coronel ya lo verá, no tema.

Llano de la Encomienda, general de la división de Cataluña, le ha llamado para encomendarle que tratara de aplacar a los jefes y oficiales más turbulentos de los regimientos de infantería: Alcántara y Badajoz. Primero se ha dirigido al núm. 14, el de Alcántara, cuyos cuarteles están situados detrás del parque de la Ciudadela. El coronel del Regimiento, Críspulo Moracho, en cuyo coche estalló una bomba de la cual milagrosamente escapó ileso, se halla ausente de Barcelona. El teniente coronel Roldan le ha dado la impresión de que simpatiza con los sublevados. Después de muchos forcejeos sostenidos con algunos de los jefes y oficiales, ha conseguido cumplir a medias una de las órdenes del general Llano de la Encomienda; leerles el decreto del Gobierno por el cual se licencia a los soldados cuyos jefes se subleven y se les dispensa de la obediencia. La ha cumplido a medias porque tras la negativa del teniente coronel Roldán a hacer formar la tropa, ha tenido que conformarse con leerles el decreto únicamente a los que estaban de guardia. ¡Menuda papeleta le han soltado! Llega aquí, y los del Regimiento de Badajoz, que parecen más exaltados e insubordinados, por poco no le matan; y le han detenido. ¡Vaya por Dios! A sus años, a él, a quien todo el mundo estima, que no se mete en política y que ni siquiera da la razón a unos o a otros; porque la verdad es que unos y otros tienen un poco de razón y el Gobierno se las trae… Llano le ha comunicado que Casares ha dimitido y que se ha formado nuevo Gobierno de carácter moderado, al frente del cual figura Martínez Barrio. Sublevarse a estas fechas es un disparate propio de jóvenes exaltados e inexpertos, y puede acarrear funestas consecuencias porque el Gobierno, el que sea, dispone de medios y dentro del Ejército tampoco existe unanimidad. Cuando venía aquí, en un coche que el propio Llano le ha enviado a los cuarteles del parque (allá la gente parece que ha quedado bastante apaciguada) ha visto paisanos que patrullan discretamente. No se han atrevido a detener el coche. Esos paisanos, que deben ser peligrosos elementos revolucionarios, le dan mala espina. Las cosas no aparecen claras ni mucho menos, pero si el jefe de la división le da una orden, tiene que cumplirla, es su obligación. Personalmente estima a estos excelentes oficiales, a pesar que desde hace cinco minutos el termómetro de su estima

ha descendido muchos grados. ¡Mira que dispararle a la cabeza! Y después le ha encañonado, y el capitán estaba tan nervioso que le ha asustado. ¡Caray, y cómo no!

—Mi general, pase ahí. Le agradeceremos que no se mueva ni intente escapar, es inútil.

—Estáis locos; os repito que estáis locos.

La puerta se cierra y oye la llave que acciona la cerradura. La habitación está alumbrada con una sola bombilla. El general don Ángel de Sampedro, se enfrenta con una situación absolutamente nueva en su larga carrera militar. ¿Qué hace un general cuando sus subordinados le encierran en una habitación?

Una voz más bien quejumbrosa suena a su espalda.

—¡Mi general! ¿Qué hace usted aquí?

El coronel Espallargas, jefe del Regimiento, se pone en pie y se aproxima a él.

—¡Espallargas! ¿Usted también?

—Sí, mi general, sí… Siéntese, ahí tiene una silla…

—¡Qué barbaridad!

—Mi general, me han desposeído del mando. Llegué al cuartel y ordené que expulsaran a los paisanos. ¿Los ha visto usted? Lo menos hay cincuenta o más. No sé quiénes son: monárquicos o falangistas de esos… Se han revuelto contra mí… hasta mi ayudante.

—Están amotinados… Yo creía poder convencerles. Mire, Espallargas, vengo de Alcántara y allí las cosas se presentan mejor. Elementos soliviantados los hay, pero otros parecen razonables. En Madrid se ha formado un nuevo Gobierno; lanzarse a una aventura de este género es una insensatez.

—No sé; no veo claro cómo acabará semejante aventura.

—¿Y quién lo dirige?

—Por lo que deduzco y ya sospechaba, el comandante López Amor.

Burgos

Acababa de dormirse cuando le han despertado requiriéndole para que se presentara en el Gobierno Civil, como secretario judicial que es de Burgos. Se ha vestido precipitadamente y ha acudido al despacho del gobernador civil, en donde están reunidos numerosos militares y paisanos, algunos políticos de significación derechista, y personas que ostentan diferentes cargos.

En la mesa del gobernador Fagoaga, que según ha oído contar ha sido detenido tras su destitución, está sentado el general Dávila, a quien estos días ha visto paseando de paisano, pero que en este momento viste uniforme. Como si estuviera preocupado, agacha la cabeza calva, y sus grandes bigotes le ocultan el gesto de la boca. Junto a él, permanece en pie el teniente coronel Gavilán, de caballería, anguloso, decidido. Rumorean que ha sido él quien primero se ha hecho cargo, hace escasamente una hora, del Gobierno Civil de la provincia. Están presentes militares cuyos nombres desconoce; a algunos, en cambio, les tiene vistos, como al comandante Pastrana.

Viniendo del hotel se ha enterado de que las tropas proclaman el estado de guerra; significa que la temida —o esperada— sublevación se ha producido en Burgos. En el Gobierno Civil han sido detenidos con el gobernador —él habló hace pocos días con Fagoaga y se mostraba confiado, optimista— el teniente coronel Dasca, de la Guardia Civil, Avellaneda, secretario de Fagoaga y otros. Habrá que tratar de salir con bien de este atolladero.

—Señores —dice el teniente coronel Gavilán con voz seca— los momentos son graves y exigen actitudes claras. Esperamos contar con todos ustedes, con la colaboración de ustedes en este movimiento militar cuyo único fin es la salvación de la Patria.

El comisario de Policía don Ramón Capella asiente. El alcalde, don Luis García Lozano, pertenece al partido republicano conservador de Miguel Maura. Es un hombre joven de aventajada estatura, bien trajeado, de maneras corteses. Traga saliva y con voz segura, exclama:

—Yo, señores, tengo que hacer constar que soy, he sido y seré siempre republicano.

Las miradas se dirigen hacia él; la declaración del alcalde produce espectación.

—Aquí no se trata de eso —responde Gavilán—. No es cuestión de monarquía ni república. Nos hemos levantado para echar al Gobierno del Frente Popular que ha triunfado en las elecciones por medio del fraude, como ustedes saben. Tiempo quedará de acordar sobre las demás cuestiones.

El general Dávila hace signos aprobatorios mirando hacia el teniente coronel Gavilán, que se ha expresado resueltamente.

García Lozano parece respirar más tranquilo.

—En ese caso, cuenten incondicionalmente conmigo.

La sesión pública ha terminado; las autoridades que no han sido depuestas y encarceladas continúan en sus puestos por el momento. Todos se juntan; algunos se abrazan o se estrechan las manos. Alguien grita un ¡Viva España!, que es coreado. El general Dávila, lentamente se pone en pie; la mayor parte de los reunidos desocupa el despacho.

Está cansado, desalentado; lo mejor que puede hacer es retirarse a dormir al hotel. Mañana por la mañana se informará sobre el desarrollo de los acontecimientos. Un señor, a quien apenas conoce, se le acerca; se trata de un monárquico adinerado e influyente.

—¿Qué hay amigo Vilaplana? Por fin ha llegado nuestra hora…

—Juanito viene para acá con los del Tercio…

—¿Qué Juanito?

—Juanito Yagüe, ¡hombre! Un soldado de los mejores que ha dado esta tierra.

Las calles están animadas, anormalmente animadas. Las recorren grupos que dan vivas y mueras, muchos saludan con el brazo en alto, al estilo fascista italiano; han aparecido paisanos armados y patrullan guardias civiles y de Asalto. Aunque no muchas, se ven mujeres que vitorean con idéntico entusiasmo que los hombres o presentan expresiones de arrobo como si asistieran a una procesión.

El general Mola le ha telefoneado para comunicarle que el general Sanjurjo llegará mañana a Burgos con el fin de ponerse al frente del alzamiento. Y a él, José Moreno Calderón, le ha nombrado jefe de su Estado Mayor. Según le ha recalcado el propio Mola, es el primer nombramiento que hace, lo cual supone un alto honor.

Los últimos días y especialmente las últimas horas han sido de excesivo desasosiego; apenas le queda tiempo ni se siente tranquilo como para intentar una recapitulación de los hechos. Gracias a Dios, se han desarrollado de forma satisfactoria. Las vacilaciones sobre el éxito del golpe que se produjeron a raíz de la detención y traslado del general González de Lara y de los demás comprometidos, se han ido disipando. La población civil, por las noticias que le llegan, colabora con entusiasmo. Las tropas son dueñas de la ciudad; algunos falangistas, monárquicos y gentes pertenecientes a organizaciones de derecha, se han sumado al movimiento. El jefe de los falangistas, a quien han sacado de la prisión, asegura que a primeras horas de la mañana se presentarán en Burgos cerca de seis mil hombres entrenados y aptos para las armas. Podrá organizarse una poderosa columna y enviarla hacia Madrid de acuerdo con el plan previsto. Burgos va a ser, provisionalmente, la capital del alzamiento.

Al general Batet, jefe de la división, no ha habido más remedio que destituirle y detenerle. Él, personalmente, es enemigo de la violencia y ha hecho lo posible por evitarlo, para lo cual trataba de convencer al general a quien estima y respeta, de que se pusiera al frente de la división. Sus gestiones han resultado estériles y se ha visto obligado a aceptar los hechos. El coronel Gistau, del regimiento de San Marcial, se ha hecho interinamente cargo de la división hasta que llegue el general Mola, y el general Dávila, que estaba retirado, se ha instalado en el Gobierno Civil.

El gobernador civil, el presidente de la Diputación y el jefe de la Guardia Civil, teniente coronel Dasca, han sido detenidos con otros afectos al Gobierno. La situación de la provincia es incierta; mañana, a medida que vaya aclarándose y se reciban informes, se tomarán las medidas oportunas para dominarla. El general Mena también fue arrestado ayer, tan pronto como se presentó en el Cuartel de San Marcial; acababa de llegar enviado por el Gobierno de Madrid. Pero ¿quién gobierna en Madrid? Se dice que al general Miaja le han nombrado ministro de la Guerra, que Pozas cursa órdenes desde Gobernación, que Martínez Barrio es el nuevo jefe del Gobierno… ¡Bah! De Navarra, de Castilla, de Cataluña y Aragón, de Levante, saldrán columnas que convergerán en la capital, mientras que el ejército de Marruecos atravesara el Estrecho y se unirá a las fuerzas que en Andalucía ha levantado Queipo de Llano. En pocos días sólo resistirán focos aislados. Faltan noticias de Asturias, de Galicia, de Castilla la Nueva, de Extremadura. Todo se resolverá como se acaba de resolver en Burgos con la ayuda de Dios, para la salvación de España.

—Mi general, telefonean de Palencia.

—¿Quién llama?

—El general Ferrer…

—Deme el aparato.

El coronel Moreno Calderón, tiene el pelo gris y usa bigote con pequeñas guías, sus facciones regulares y nobles, denotan fatiga; procura mantenerse desvelado.

—A sus órdenes, mi general. Soy el jefe de Estado Mayor de la Sexta División…

—Aquí el general Ferrer; le llamo desde el cuartel de Villarrobledo.

—¿Cómo está usted, general? Soy el coronel Moreno Calderón. Ha sido necesario destituir al general Batet; el general Mola vendrá de Pamplona para hacerse cargo de la división, cuyo mando ha asumido.

—Por acá la situación anda revuelta. El coronel González Camó ha regresado de Madrid con órdenes del Gobierno; he tenido que encerrarle. El gobernador civil ha mandado concentrarse a elementos extremistas de la provincia; campesinos, mineros, ferroviarios de Venta de Baños y por si fuera poco han repartido explosivos entre los dinamiteros. Semejantes preparativos hacen suponer que vamos a ser atacados. En el Gobierno Civil se agrupan retenes de Seguridad, de carabineros, de guardias civiles, hasta facinerosos socialistas con armas…

—Mi general, adelántese usted y proclame el estado de guerra; saque a la calle a la caballería. Aquí ya lo hemos hecho con pleno éxito.

—El espíritu de la oficialidad es excelente y la tropa responde.

—Pues adelante y suerte, mi general.

—Adiós. Voy a tomar rápidamente las disposiciones. Una vez leído el bando volveré a llamarle.

Cuelga el teléfono y se relaja un instante. Mañana, dentro de unas horas, el general Sanjurjo —¡vaya con Sanjurjo!— llegará a Burgos. Habrá que tributarle la acogida que merece. Burgos sabrá responder a su tradición de españolismo y catolicidad. Si Batet tiene una laureada, Sanjurjo tiene dos.

Pamplona

Un requeté uniformado, tocado con una boina roja, que monta guardia junto a la garita en posición de «en su lugar descanso», cuando le ve acercarse se pone «firmes» y le saluda llevándose la mano derecha al pecho a la altura de la bayoneta y dando un taconazo. Le corresponde con un saludo que puede parecer demasiado rígido en un paisano aunque como en su caso lleve boina, camisa militar, correaje y pistola al cinto.

Esta noche en la Comandancia Militar montan guardia catorce requetés al mando del capitán Manuel Barrera y González de Aguilar. Otros ochenta jóvenes de la Comunión Tradicionalista uniformados y armados, están distribuidos por el edificio, dentro del cual se halla el general Mola con cuantos forman su «estado mayor». Mola ha destituido al general Batet del mando de la Sexta Región Militar y se ha hecho cargo de la jefatura, trasladándola, siquiera sea provisionalmente y en virtud de los acontecimientos, de Burgos a Pamplona.

Al muchacho que está de centinela le conoce del Círculo Tradicionalista; no recuerda su nombre; quería preguntarle si están dentro el coronel Rada y el teniente coronel Utrilla, pero le parece recordar que las ordenanzas prohíben dirigir la palabra a un centinela.

Militares y carlistas custodian el edificio; no puede producirse ninguna sorpresa. Sube apresuradamente las escaleras. Esta noche en la Comandancia se está seguro, entre amigos.

—Buenas noches, teniente; ¿qué hay de nuevo?

—Están reunidos con el general…

—En ese caso, esperaré…

—¿Qué se dice por aquí?…

—¡Ah claro, usted no lo sabe!

—¿El qué?

—Acaba de telefonear Martínez Barrio…

—¿Por qué, Martínez Barrio?

—¿No está enterado? El Gobierno de Madrid ha dimitido, y Azaña ha nombrado a Martínez Barrio presidente del Consejo…

—¿Y qué nos importa a nosotros lo que hagan en Madrid?

—Nada, pero Martínez Barrio ha telefoneado muy amablemente al general, porque el hombre es tan cortés como masonazo, y ha empezado que si patatín que si patatán…

—¿Pero qué?

—Pues que consideraba que las cosas habían llegado a un extremo intolerable, que los generales habían dado oportunamente un toque de atención, que todo podía arreglarse…

—¿Arreglarse, qué?

—Eso es lo que el otro iba diciendo, y el general le daba cuerda… «Que si Azaña le había nombrado jefe del Gobierno para restablecer el orden y la autoridad, que si escucharían las justas reivindicaciones del Ejército, que si en el fondo estaban de acuerdo y no era necesario llegar a la violencia…».

—¡Qué tío carota!

—Pues espere, que falta lo mejor… Le ha ofrecido el Ministerio de la Guerra en el nuevo gabinete, ¡figúrese!

—Imposible. ¿Usted lo ha oído?

—No, pero me lo han contado…

—¡Ah, bueno! Y el general, ¿qué ha contestado?

—¿Qué iba a contestar? Pues muy amablemente también, porque cuando quiere, a diplomático no le gana nadie, ha contestado que los remedios que España necesita, sólo el Ejército puede dárselos.

—El Ejército, apoyado por los buenos españoles…

—Las palabras exactas no las conozco. Entonces Martínez Barrio ha dicho que esta negativa podía desencadenar la guerra civil, y el general le ha replicado que ellos la habían desencadenado, y con muy buenas palabras le ha colgado el teléfono.

—Ya no debía ni haber hablado.

Las ventanas dan a un patio oscuro; en un banco dormitan sentados varios soldados con el fusil entre las piernas. Unos perros invisibles lanzan aullidos lastimeros. Tras un corto silencio el teniente reanuda la conversación. Ellos dos pasean a lo largo del corredor. Cuando pasan ante

la puerta de la antesala la ven llena de militares y paisanos que fuman y toman café. La puerta del despacho del general permanece cerrada.

—Antes, el general Miaja también ha telefoneado dos veces.

—¿Quién es Miaja?

—Un asturiano, buen hombre, amigo del general, estuvieron juntos en África; manda la división de Madrid y hasta parece que le han nombrado ministro de la Guerra…

—¿Cómo, ministro de la Guerra? Entonces no lo entiendo. ¿Iba a haber dos ministros si el general llega a aceptar, que era tanto como suponerlo loco?

—No sé, tiene usted razón… La verdad es que la primera conversación fue un poco en cachondeo, pero después, Miaja, que se ve que había telefoneado a Vitoria, cuando le dijeron allí que tenían orden de proclamar el estado de guerra ha dado un bote y ha vuelto a llamar al general Mola. Entonces todo se ha puesto en claro. Por las buenas le ha dicho que estaba sublevado y que él era el jefe de la 6.ª División Orgánica, porque Batet estaba preso y destituido.

—En ese caso, ¿estamos ya oficialmente sublevados?

—Usted lo dice. Hemos puesto las cartas boca arriba.

—¡Ya era hora! Así no habrá más aplazamientos. Por otra parte, al amanecer se presentarán en Pamplona los tradicionalistas de Navarra en pie de guerra.

—Las noticias de Barcelona y Valencia no son buenas. El coronel García Escámez ha comunicado con el general Martínez Monje y con el de Cataluña, Llano de la Encomienda; ese par se echan atrás.

—Serán masones, seguro…

—No lo sabría decir… lo cierto es que no se puede contar con ellos; menos mal que las guarniciones están a punto, tanto en Barcelona como los valencianos.

—¿Y Bilbao?

—Mal se presenta. El coronel García Escámez ha telefoneado también al jefe del Garellano, y el tío que nones. De canalla para arriba no se ha dejado nada en el tintero, nunca le había visto tan enfadado. Pero en cambio en San Sebastián tengo entendido que el espíritu es excelente. Y una cosa: ¿se sabe algo de los fusiles de Zaragoza? He oído que ha de traerlos el jefe de ustedes…

—No sé nada; pero en ese caso, llegarán.

—Es que parece que andamos cortos de fusiles y se va a formar en seguida una columna para tomar Madrid.

—Eso, eso es lo que hay que hacer sin perder más tiempo. Aprenderán en Madrid de una vez que con los navarros no se juega.

La puerta del despacho del general se abre y ellos se aproximan a la antesala. En el patio, los dos perros siguen aullando lastimeramente.

Zaragoza

Al girar desde el Coso a la plaza de San Miguel, la pequeña camioneta «Chevrolet» que conduce José, ha estado a punto de volcar; los ejes, las cámaras, la carrocería toda han crujido. En la plaza, entre los que han acudido a causa de la reunión del Comité regional, la llegada ha causado cierta alarma. Un viejo con chaqueta oscura y pantalón claro muy ancho, ha sacado la pistola y se ha colocado ante el vehículo, obligando al conductor a dar un frenazo.

Pueyo asoma la cabeza irritado; su pelambrera morena y rizosa se agita.

—¿Qué pasa? Métete eso donde te quepa. ¿O es que somos fascistas?

El viejo de los pantalones anchos levanta la mano izquierda en ademán de protesta mientras se mete el arma entre el pantalón y la camisa.

—¡Y yo, qué sé!

Dejan la camioneta, allí mismo, donde han frenado. José y Pueyo descienden. En la parte de atrás vienen dos pasajeros; uno de ellos, con cuello y corbata, es un militante de la UGT que han recogido en la calle de Estébanez por donde han pasado para ponerse de acuerdo anarquistas y socialistas del barrio de las Delicias, pues habían surgido entre ellos algunas diferencias. Este militante socialista, empleado del Gobierno Civil, trae noticias recientes. En la plaza diversos corrillos de militantes discuten acaloradamente. Otros han salido para los barrios llevando consignas. Mañana se declarará la huelga general en Zaragoza; lo han decidido las organizaciones obreras en vista de la pasividad del gobernador civil, que no hace más que dar largas, mientras que según confidencias que se reciben, los militares permanecen acuartelados, a punto de sublevarse.

José distingue a García, del Sindicato Metalúrgico; se acerca a él.

—Te traigo a este amigo de la UGT, que trabaja en el Gobierno Civil.

García es un veterano militante de la FAI que goza de autoridad entre sus compañeros, autoridad que ha aumentado desde que se distinguió en la organización del reciente pleno nacional que tuvo lugar en Zaragoza.

—¡Anda, cuéntale!

—El Gobierno de Madrid ha enviado esta mañana al general Núñez del Prado; Cabanellas y su pandilla le han detenido.

—¿Bueno, y qué?

—Que Núñez del Prado es un general republicano y venía a yugular la insurrección.

—Escucha amigo, estamos hartos de generales republicanos. Primero son generales; republicanos lo son si les queda tiempo y humor.

—Yo no lo veo así… Lo cierto es que en los cuarteles están sublevados. Ha llegado al Gobierno Civil una confidencia: en el cuartel de caballería han entrado durante la tarde unos doscientos paisanos: fascistas y de derechas. Hacen la instrucción y les están armando. Les juntarán con los soldados del reemplazo porque no se fían de ellos; y saldrán a la calle.

—En la calle les esperaremos.

—En el cuartel saludan brazo en alto, a lo fascista; no hay duda. El soldado que vino a informar, les ha visto.

—Serán monárquicos…

—No, de la Falange y de los tradicionalistas.

—Tal para cual.

Pueyo permanece retirado. Del edificio de la CNT salen más militantes. Es muy tarde y la mayor parte de los obreros zaragozanos no han dormido. Nadie piensa en dormir, se espera que el domingo sea un día agitado. Tienen que mantenerse alerta.

José saca la petaca y ofrece cigarrillos. El socialista de la corbata se ha quedado mohíno. José toma la palabra.

—Y aún hay más. Un comandante de Asalto se ha presentado al gobernador y ha declarado con desfachatez que estaba a favor de los militares.

—Eso lo dirá él. Los de Asalto no digo que estén con nosotros, nunca lo estuvieron, pero obedecerán al Gobierno. Y ya lo sabéis; en Madrid la Confederación se ha colocado al lado del Gobierno y éste ha dado orden de que no se nos moleste. Si llega el momento, los números y las clases no obedecerán a los jefes que son fascistas como todos los militares.

Los grupos se agitan. Un obrero subido a un banco les arenga. Empiezan a andar, no son muy numerosos; como un centenar.

—Venid con nosotros. Vamos por el Coso hacia la plaza de 3a Independencia. Conviene hacer una demostración de fuerza.

—Yo no quiero abandonar la camioneta. Me esperan en las Delicias.

—Como quieras…

El socialista de la corbata y Pueyo suben con él en la camioneta. Maniobra entre los grupos y enfila el Coso.

—La verdad, el García ése no resulta amable…

—No le hagas caso, es un buen compañero. Algo seco, así en el trato.

—Será eso… Pero os digo que si Núñez del Prado llega a tomar el mando de la división, en Zaragoza no ocurre nada. Yo mismo se lo he oído al señor gobernador. Y Vera Coronel no es tonto, y está en contacto telefónico con Madrid continuamente. Con su razón lo diría.

De una bocacalle asoman cuatro guardias de Asalto con los fusiles en la mano. Uno de ellos avanza hacia el centro de la calzada. Pueyo exclama:

—¡No pares, acelera!

Sortea al guardia. Confusamente oyen voces de alto que el ruido del motor acalla. Pisa a fondo el acelerador y se sitúa en la parte izquierda de la calzada que está peor alumbrada. Pueyo, que va en la parte de atrás, asoma la cabeza para hablarles.

—¡Hay más guardias en las bocacalles!

Al llegar a la calle Blancas, se mete por ella y frena. Bajan los tres a mirar. Pueyo y José echan mano a las pistolas. El empleado del Gobierno Civil no lleva armas. Está asustado.

—Parece que quieran cerrar la calle.

A causa de la distancia no distinguen bien. Avanzan unos pasos en dirección a los guardias. Ven a los compañeros que se aproximan por la calle del Coso; los de Asalto les cortan el paso. Se oyen gritos. Suenan disparos; de mosquetón y de pistola.

—¿Nos habrán traicionado los guardias?

—Yo me marcho al Gobierno Civil. No quiero estar tanto rato ausente.

—Espera a ver en qué para esto y te acompañamos…

—Prefiero regresar a pie…

El empleado del Gobierno Civil se escurre por las callejas desiertas. Suenan más disparos. Ellos no distinguen lo que sucede aunque perciben barullo.

Dos hombres corren hacia ellos. Una descarga de fusilería, y uno de los que corría cae al suelo. El otro se refugia en un quicio y dispara con la pistola. José y Pueyo se le acercan. Pueyo ha disparado también. José le detiene.

—¿A quién tiras?

—Disparan contra nosotros…

Los guardias apuntan sus armas hacia un grupo bastante numeroso que, manos arriba, están contra la pared de un edificio. Dos números les cachean.

El obrero que disparaba viene hacia ellos. Le chorrea sangre y su rostro está muy pálido. José no le conoce aunque supone se trata de un militante.

—Compañeros, me han herido.

Arrimándose a las paredes le ayudan a caminar hasta la camioneta. Desde la mitad de la calle una pareja les da el alto. Como no se detienen, los guardias les disparan y corren tras ellos. Suben precipitadamente y la camioneta arranca. El herido, que es muy joven, solloza.

—Nos han traicionado…

Pueyo le coge la pistola y se la guarda en el bolsillo. Saca un pañuelo y le cubre la herida.

—Los de Asalto nos han traicionado. Ha sido una trampa. Creíamos que estaban de parte del pueblo…

La camioneta rueda por las calles desiertas.

—Han matado a García, venía a mi lado corriendo. Nos acababan de detener y escapamos los dos. Han matado a otros…

El herido habla a sacudidas.

—Oye José… De buena nos hemos librado, si llegas a detenerte los guardias nos cazan.

—No podemos fiamos de ningún uniforme; ésa es la puñetera verdad.

Bruscamente el herido cae sobre el volante. José le rechaza con el codo, y se derrumba de lado.

—¡Tú! Que no me dejas conducir y vamos a pegarnos una castaña…

Pueyo le levanta la cabeza. Luego se le queda mirando.

—José, este chaval la ha palmado…

Madrid

Los redactores se apresuran a terminar las últimas gacetillas. Corren las estilográficas sobre las cuartillas, se corrige, se enmienda, se le quita mecha a cualquier noticia. La censura se ha mostrado tan implacable como en días pasados; así que apenas puede publicarse nada que tenga interés.

—¿Sabéis la última frase de don Manuel Azaña? —pregunta en voz alta un redactor—. En el Gobierno actual hay dos cadáveres: Gobernación y Presidencia y Guerra…

—Ésa es una frase histórica…

—Desde luego, con ella el presidente de la República condenaba al Gobierno de Casares Quiroga.

—Si no lo digo por eso. Es histórica por lo antigua, muchacho; lo menos hace cuatro horas que ha sido pronunciada.

—¡Vaya! Me has chafado la guitarra…

Ya están tirados los titulares: «¡Viva la República Española!». Y debajo: «¡El Frente Popular al lado de los Poderes Públicos!», y luego: «¡La vida por la República democrática!».

Después de la entrega de los últimos originales se anima la tertulia; el descontento es general y abarca desde la situación política hasta la actitud de la censura.

—Nos hemos molestado en escribir para que lo lean los censores. Un público de gran cultura…

Hermosilla, el director, tras de consultar con los directores de otros diarios afines, ha decidido someter el número a la censura. Julián Zugazagoitia, que es el director de *El Socialista*, le ha convencido al comunicarle que él lo haría también; considerando la gravedad de las circunstancias opina que no conviene crearle más dificultades al Gobierno, sea el que sea.

—El que está más indignado por lo del Gobierno Martínez Barrio es Isaac Abeytúa, y eso que dirige un periódico azañista, y al fin y al cabo si se forma el gobierno es porque el propio Azaña lo ha querido.

—Pues don Diego —dice Gómez Hidalgo que hasta hace un momento ha estado en la Presidencia— nos ha prometido para esta misma noche la lista del nuevo gabinete.

—¿Es cierto lo que se dice, tú lo sabrás, que el general Mola va al Ministerio de la Guerra y Queipo de Llano a Gobernación? Bonito Gobierno para una República.

—No digáis insensateces. Os hacéis eco de los rumores más absurdos. ¿Sabéis de dónde salen esos rumores? Los lanzan Largo Caballero y Margarita Nelken desde la Casa del Pueblo.

—Entonces ¿te atreverás a sostener que no es cierto que ha hablado por teléfono con los generales rebeldes?

Gómez Hidalgo se acalora; en cuanto dé fin a su trabajo en la redacción se propone regresar junto a Martínez Barrio en cuya capacidad política confía.

—Quieren que comprendan su error y que la revolución que temen no pasa de ser un fantasma. Su presencia al frente del nuevo Gobierno, así como la de Sánchez Román, demuestra a las claras que no existe el cacareado complot comunista para adueñarse del régimen. Lo del complot comunista es un bulo que han propalado los monárquicos para asustar a los timoratos y justificar a sus ojos el pronunciamiento.

—Claro que es pura fantasía; un cuento para asustar a los tontos. ¿Cuántos comunistas hay en España? Ni ellos mismos lo creen; así que no es don Diego quien va a convencerles.

—Y ¿sabes qué?, amigo Gómez, que esta intentona de Martínez Barrio va a ser contraproducente. Dará a los facciosos una impresión de debilidad, si a la primera amenaza la República forma un Gobierno dispuesto a pactar con ellos.

—Estáis equivocados. Depondrán las armas al convencerse de que no hay amenaza de revolución.

—Sin el apoyo de las masas, es decir de la UGT y de la CNT, ese gobierno va a durar lo que un caramelo a la puerta de una escuela —dice Fernández Evangelista.

El redactor jefe sale de su despacho y se dirige a Gómez Hidalgo.

—Es inútil, no podemos esperar más; tenemos que cerrar. La lista del nuevo Gobierno no la dará don Diego hasta que los periódicos hayan comenzado a tirar. Como mañana lunes no se publican, disponen de unas horas de silencio para maniobrar.

Entra nuevamente en su despacho y empieza a corregir galeradas. Luis de Tapia, en el último momento ha llegado con sus «Coplas del día».

«Ante los graves asuntos *¡Todos juntos!* ¡contra bulos y barruntos! *¡todos juntos!* ¡Sin vaselina y sin untos! *¡todos juntos!* ».

Sonríe levemente; estas coplas que le ha entregado el autor cuentan con lectores incondicionales; son una forma ingenua de publicidad política que resulta eficaz. Sigue corrigiendo la galerada.

«Con fiel contacto de codos *¡juntos todos!* sin pasteles ni acomodos *¡juntos todos!* ¡Todos juntos en un haz… y la paz! *desde el viejo hasta el rapaz* en defensa del Poder *¿Quién pondrá alegre su faz?* Pronto lo vamos a ver».

Día 19…

epublibre.org

Barcelona

Acaba de amanecer; ya se distinguen los rostros unos a otros; la arquitectura seudomedieval de los modernos cuarteles del Bruch destaca contra un cielo lívido. Las formaciones se han relajado y los oficiales requieren a sus hombres y les ordenan incorporarse a las filas y mantenerse dispuestos a la marcha.

En cabeza, la compañía que manda el capitán López Belda, cuya misión es dirigirse a la División Orgánica, situada al otro extremo de la ciudad, en el paseo de Colón, frente al puerto, y actuar allí de acuerdo con los sublevados. Esta compañía ha sido solicitada, sin embargo, por el propio jefe de la división, general Llano de la Encomienda, con intenciones opuestas, o sea, para apoyar su adhesión al Gobierno de la República. Mandan las secciones de esta compañía los tenientes Manrique y los alféreces Ojeda y Casterad. En calidad de añadidos, un grupo de paisanos de diversas edades y condiciones a los cuales se les ha equipado con uniforme y armamento militar. La mayor parte pertenecen a Falange Española o a fuerzas afines.

De la pequeña columna formada en el patio, se ha hecho cargo el comandante mayor del regimiento, don José López Amor, que pertenece a la Junta Regional de la UME y ha sido uno de los principales organizadores del alzamiento en Barcelona y en la Cuarta División.

Forman la columna, una compañía de fusiles, una de ametralladoras, dos piezas de acompañamiento con sus secciones, otra compañía de fusiles, una sección de morteros, los carros regimentales con la impedimenta, y a retaguardia dos secciones más de fusiles, integradas por voluntarios civiles pertenecientes a Falange y a organizaciones patrióticas que se han sumado al alzamiento.

Los oficiales mandan cubrirse a los hombres; incluso los paisanos, salvo los más jóvenes que también los hay, se mueven con rigor militar. Una oleada de emoción recorre las filas. Los oficiales que van a quedarse en el cuartel presencian los preparativos. Los soldados miran con curiosidad a estos paisanos con guerrera militar, casco y correaje, algunos de los cuales cuentan con treinta o más años de edad mientras que otros no han entrado en caja.

—¡Aaatención! ¡Fiiiirmes!

Junto a la puerta de entrada del cuartel, el oficial de guardia da la voz:

—¡Guardia, a formar!

Con lentitud que el momento solemniza, se abren las dos hojas de la puerta que da al exterior.

—¡Deee frenteee! ¡Maaar!

Primero sale la compañía que forma en cabeza; a continuación la columna de López Amor. Se oye acompasado el ruido de las pisadas, pues en el cuartel se ha hecho un silencio absoluto. La guardia forma a la puerta con el fusil sobre el hombro; y el oficial alza el sable en posición de saludo.

Cuando las dos secciones de falangistas salen por la puerta, la cabeza está llegando a la Diagonal.

—¡Altooo!

Resuena un múltiple taconazo. Y en seguida, la voz de mando.

—¡Armas al hombro! En columna… ¡Maaar!

Otra vez se ponen en marcha. El día nace sobre Barcelona cuyo caserío se ilumina espléndidamente. En primer término y a nivel más bajo se distinguen los barrios obreros: Sans, Collblanc, la Torrassa. Más distante y de frente toda la ciudad, de donde emergen las torres de las iglesias, destacando las agujas de la Catedral. A la derecha, al fondo, la silueta de Montjuic con su castillo, y una alargada franja de azul incierto: el mar.

La Diagonal, que se llama avenida del 14 de Abril, desciende recta y en ligera pendiente hacia el centro de la urbe.

Los oficiales saben que a la guarnición de Barcelona le ha llegado su turno y se lanzan con espíritu deportivo, aunque no exento de inquietud, a la aventura. Los oficiales con mando en esta columna se llaman: Luis Oller, José Seco, Bartolomé Borrás, Juan Ruiz Hernández, Alfonso Oliveda, José Montúa, Plácido Navarra, Pedro Mercader, Ricardo Alea, Ricardo García Sopeña, Julio Visconti, José González Fleitas, Ramiro Vizán y Arturo Gotarredona. Unas horas antes en el interior del cuartel han detenido a su coronel, al general de la brigada de infantería y a otros jefes y oficiales. Algunos de ellos quizá disimulan inquietudes que lindan con el temor, pero los más confían en obtener un triunfo fulminante sobre las escasas fuerzas que el Gobierno pueda oponerles; a los paisanos de las organizaciones políticas y sindicales, apenas les consideran dignos de tomarse en cuenta.

La casas de la ciudad van acercándose. El nerviosismo ha cedido; por aquí no se ve apenas a nadie; algunas personas que les observan desde lejos no demuestran hostilidad, si acaso una actitud curiosa. Barcelona parece casi dormida en estas primeras horas dominicales.

De pronto, no se sabe dónde, lejos, suena un disparo. Después, la calma y el silencio del amanecer.

Madrid

Acaba de radiarse la noticia de que don Diego Martínez Barrio ha formado un nuevo Gobierno. Un Gobierno de personalidades republicanas, del cual quedan excluidos los socialistas; como ministro sin cartera figura don Felipe Sánchez Román, de clara tendencia centrista. Los rumores que corrían por Madrid se han hecho, pues, realidad y el descontento salta ruidosamente a la calle.

A pesar de lo avanzado de la hora, las calles del centro se llenan de una multitud vociferante y agresiva. Las manifestaciones convergen en la Puerta del Sol, frente al edificio de Gobernación, pero otros madrileños, ante el Ministerio de la Guerra, en la calle de Alcalá, expresan alborotadamente su reprobación.

Militantes socialistas de la Casa del Pueblo, comunistas de los radios de las barriadas, republicanos que no aceptan la fórmula de compromiso, camiones con gente armada, coches que han sido requisados por las organizaciones obreras, banderas rojas con la inscripción UHP, obreros de la Confederación Nacional del Trabajo, mujeres; increpan, amenazan, vociferan. La palabra traición corre de boca en boca; se pronuncian discursos a cargo de oradores

improvisados y violentos; se agitan en alto fusiles que salieron de no se sabe dónde; pañuelos rojos al cuello, insignias revolucionarias, y más increpaciones y puños alzados al estilo marxista.

Amanece en la capital de España. La calle pertenece a quienes protestan contra el Gobierno recién formado; los guardias de Asalto no se la disputan y adoptan actitudes pasivas o participan en las manifestaciones hostiles. Otros madrileños, aquellos que a la lucha prefieren la componenda, duermen, o de andar por la calle se expresan con prudente circunspección. Muy numerosos son, también, aquellos que han pasado la noche a la escucha de Radio Sevilla, de Radio Ceuta, los que han captado el mensaje de Radio Tenerife, los que han escuchado la proclama de Radio Valladolid; refugiados en sus casas los más duermen inquietos, más que inquietos acobardados. Un insignificante porcentaje espera órdenes para enfrentarse con las armas en la mano a quienes son o parecen dueños de la ciudad. Y hay muchos aún, pues acá vive un millón de madrileños, a quienes cuanto ocurre les desazona, asusta o asquea. Pase lo que pase y gane quien gane, suponen que la nación no mejorará, pues las pasiones políticas al exacerbarse sólo males, muertes y depredaciones pueden acarrear.

Se dan vivas, se dan mueras, se amenaza, se insulta. Miles de personas excitadas, sin dejarse vencer por la fatiga o el sueño, alzando puños, enarbolando banderas, pistolas o fusiles, se dirigen por la calle del Arenal hacia el Palacio Nacional en donde el presidente de la República, también insomne, comienza a sospechar que ha dado un paso en falso.

Barcelona

—Bueno, Vicente, ya estamos metidos en el fregado.

—¿Qué dicen?

Federico Escofet, ha colgado el teléfono lentamente, como para dar tiempo a que la tremenda noticia se posesione de su ánimo, o para descansar un momento de la dramática espera a que lleva horas sometido.

—El Regimiento de Pedralbes se ha sublevado. Tres compañías de fusiles, una de ametralladoras más un par de secciones de acompañamiento con sus dos cañones vienen por la Diagonal…

La espera ha terminado; ha sonado la hora de actuar. Todo está previsto, dispuesto. Pero están enfrentados a un enemigo que también, es de suponer, que todo lo haya previsto y dispuesto.

El comandante Vicente Guarner, su amigo, diplomado de la Escuela de Guerra y jefe de Servicios de la Comisaría, se halla frente a él. Se miran un instante, Una vez más se inclinan sobre el plano de la ciudad, el mismo en el cual estos días han estado estudiando sus proyectos y los que le suponen al enemigo.

—Aquí tenemos establecido un puesto —Guarner señala con el dedo en el plano—, los Mozos de Escuadra que custodian el Palacio Real de Pedralbes.

—Es cierto, comprobemos.

Descuelga de nuevo el aparato; cualquier inquietud ha desaparecido.

—Póngame con la guardia del Palacio Nacional…

—¿… de Montjuic?

—No, hombre, no; del Palacio de Pedralbes. Del Palacio Real…

El general de la división le había prometido que si llegara a sublevarse alguna unidad de la guarnición, él se encargaría de reducirla con las tropas que permanecieran leales. No conseguirá hacerlo; va a sublevarse la guarnición entera, o gran parte de ella. ¿Podría tratarse de una añagaza de Llano de la Encomienda? No lo cree. Más bien exceso de confianza, imprevisión, desconocimiento de lo que está sucediendo a su alrededor.

—Aquí el comisario general de Orden Público. Que se ponga el cabo…

—Soy yo mismo, señor Escofet…

—¿Qué hay por ahí? ¿Han visto pasar tropas?

—Sí, señor… Aún les estoy viendo… Una columna…

—Esté usted tranquilo. Dígame, ¿qué fuerzas son?

—De Pedralbes, infantería del Regimiento de Badajoz… Delante marcha una compañía, algo separada. Después, otra compañía de fusiles, detrás una de ametralladoras, luego dos piezas de acompañamiento con sus hombres. Y todavía otra compañía, y dos secciones más cerrando la marcha… Oiga, señor Escofet, van elementos civiles; con guerrera y correaje, algunos con casco, casi todos llevan los pantalones de paisano y unos brazaletes…

—¿Cómo cuánta gente, en conjunto?

—No los he contado; más de quinientos. Un batallón que diríamos…

—¿Ha ocurrido algo?

—Señor Escofet, nosotros, obedeciendo sus instrucciones, no nos hemos dejado ver. Antes de llegar aquí, me parece que han detenido un coche.

—Muy bien. Mantengan la vigilancia; si hay alguna orden especial para ustedes, se la daremos.

—A sus órdenes…

El comisario de Orden Público se pone en pie y se quita despacio la americana.

—Amigo Guarner, quítatela tú también. Nos toca trabajar de firme.

—Tú dirás por dónde empezamos.

—Oiga, póngame en comunicación con el general de la división. Es muy urgente.

Mientras espera con el oído pegado al aparato, tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Mi general, soy Escofet, delegado general de Orden Público. Le llamo para comunicarle que las tropas del Regimiento de Infantería número 13 han salido sublevadas. Tengo la evidencia de que el resto de la guarnición les seguirá. De acuerdo con lo convenido le dejo a usted reprimir el movimiento. Pero me veo obligado a advertirle, que si observo muestras de deslealtad dispongo de medios para ocupar la división.

La voz del general suena cansada, dolorida.

—Señor Escofet, no tiene derecho a dudar de mi lealtad —hace una pausa, la voz baja de tono—. Le confieso, sin embargo, que carezco de medios para dominar la revuelta.

—Entonces, mi general, le comunico que yo asumo la dirección.

No le da tiempo a contestar; corta la comunicación. Escofet frunce las cejas y contrae los labios.

—Guarner, si no nos damos prisa en menos de media hora les tenemos a la puerta. Y los demás cuarteles también nos mandarán a su gente para zumbarnos. Nos lo hemos de jugar todo a cara o cruz, y muy de prisa.

El patio del cuartel de Montesa, es amplio, empedrado de adoquines y rodeado de arcadas; sobre las arcadas corren las galerías del piso superior.

Desde hace casi una hora están formados tres escuadrones, a pie, y el escuadrón incompleto que mandará el capitán Indart, retirado por la ley Azaña, que esta noche se ha incorporado al cuartel. El último escuadrón se compone de unos ochenta voluntarios, incluidos varios tenientes y brigadas de complemento barceloneses.

A Felipe Villaró le han proporcionado una guerrera; como es de escasa estatura le cae demasiada larga y ha tenido que doblarse las mangas. También le han entregado un gorro, cartucheras y mosquetón. Al salir del almacén se ha llenado las cartucheras de municiones. El brigada del almacén comentaba que facilitarles calzado, pantalones y leguis resultaría demasiado complicado y que tal como van, se les identifica sobradamente. Los oficiales de complemento, Vidal-Ribas, Batlló, Miguel Ángel Luna, y otros a quienes no conoce, van correctamente uniformados, elegantemente uniformados.

A Felipe Villaró, de quince años de edad, le avisaron ayer sus compañeros de la Comunión Tradicionalista para que se concentrara por la noche en el quiosco de bebidas situado frente a la Universidad.

La arenga del coronel Escalera ha producido malestar, principalmente entre los elementos monárquicos y tradicionalistas, a causa de que ha terminado con un ¡Viva la República! No han venido aquí, ni se muestran dispuestos a jugarse el tipo por defender ninguna República que es de lo que parece se trata. El general Burriel, que manda la brigada de caballería ha salvado la situación lanzando un ¡Viva España!

Dada su edad y su corta estatura los compañeros le gastan bromas. Lo malo ha sido que en el momento de alistarse, de sentar plaza como voluntario en el Ejército español, formalidad a la cual han tenido que someterse los paisanos, no le admitían por falta de edad. Un brigada ha solucionado la dificultad; le ha inscrito como corneta. Una argucia legal; por fortuna no le han dado el instrumento, porque él, desde luego, no lo sabe tocar. Tampoco sabe disparar un fusil, pero eso se aprende más de prisa.

Como están en su lugar descanso charlan unos con otros. La tropa de reemplazo no parece en general animada; sólo los soldados de cuota demuestran mejor estado de espíritu. Con el regimiento formado han preguntado si había alguien que no deseara secundar el movimiento, precisando que no iba contra el régimen y sí contra el Gobierno. A un cabo que ha dado un paso al frente le han desarmado y enviado al calabozo. Por lo menos que uno pueda fiarse de los que lleva atrás.

Llegar al cuartel ha sido una aventura. Las calles de la ciudad estaban invadidas por obreros y militantes de izquierda que patrullaban armados. Por precaución ha dejado la americana en casa, y en ella la documentación. Mientras que él y otros requetés se reunían en el quiosco de

bebidas de la plaza Universidad, rondaban por allí grupos hostiles. Han pasado un mal rato, pues a cada momento, unas veces amenazadoramente y otras con campechana pero equivocada camaradería, les exigían que se identificaran. Contestaban nombrando el primer sindicato que les venía a la memoria y una vez se les ha ocurrido contestar que eran una pandilla de amigos que festejaban la noche del sábado yendo a una casa de mujeres.

A medida que se acercaban al cuartel de Montesa las calles aparecían más desiertas y la vigilancia ejercida por los extremistas resultaba más peligrosa. Han optado por dispersarse. Por suerte, los obreros que patrullaban parecían intimidados por la proximidad del cuartel al cual no se acercaban demasiado. Al amparo de la oscuridad los últimos metros los ha atravesado a la carrera. Ha oído algunos disparos. La puerta del cuartel estaba cerrada y por la mirilla le han exigido la consigna: «Fernando Furriel Ferrior», con lo cual le han abierto el portillo. En el interior, directivos de las organizaciones políticas, les iban identificando. A los requetés de Sans no Ies ha sido posible incorporarse; se supone que les han cortado el camino. Aquí no hay tantos voluntarios como esperaba.

El cabello oscuro y ensortijado le asoma bajo el gorro. Conoce a bastantes compañeros de la Comunión; el resto deben ser falangistas. Los jefes y los oficiales se agitan. Se ha hecho de día; las paredes del patio presentan un color rosado. Suena un cornetín agudo, imperioso. ¡Firmes! Los tambores redoblan. O él es bajo o el mosquetón demasiado alto. No entiende los toques de cornetín hace los movimientos que ve ejecutar a los demás. Su escuadrón marcha en cabeza. Las puertas del cuartel se abren. Inician la marcha. La guardia, con su oficial al frente, forma en el corredor de salida. Procura marchar lo mejor que puede, batiendo el brazo izquierdo hasta alcanzar con la mano la altura del cerrojo. Quizá no marca el paso como es debido.

Al salir a la calle Tarragona, giran hacia la izquierda. Bastantes paisanos les observan, parecen como sorprendidos por la salida de los escuadrones. Los paisanos se han retirado a las aceras y les miran, ¿con hostilidad?, ¿con curiosidad interrogante? Prefiere no verlos. ¡Adelante y sea lo que Dios quiera! Desde hace un par de horas se ha convertido en un soldado —o cometa— y obedece.

Abiertos en dos filas marchan con el fusil al brazo bajo los copudos árboles. Los paisanos se retiran hacia las bocacalles; no huyen ni se alejan.

Los ladrillos rojos de la plaza de toros de las Arenas presentan tonalidades pálidas; al fondo la plaza de España. Ya es de día.

Las fachadas deslucidas de la calle de Pujadas, de la calle Espronceda, de la calle Llull se han iluminado con un color pálido que las unifica y embellece. Los hombres, numerosos y armados, que ocupan los alrededores del campo de fútbol del Júpiter, en la barriada del Pueblo Nuevo, se han teñido, en sus ropas de obrero y en sus rostros, de tonalidades semejantes.

Veinte militantes han sido seleccionados para que acompañen a los miembros del Comité de Defensa Confederal; todos ellos de plena confianza y de valor y destreza cumplidamente demostrados en las luchas callejeras. En los dos camiones requisados han cargado las armas.

Ricardo Sanz y Antonio Ortiz instalan la ametralladora dispuesta para hacer fuego en el primero de los camiones.

—¡Compañeros! ¡El Comité de Defensa de Sans acaba de comunicar por teléfono que de los cuarteles salen las tropas a la calle!

El enlace ha llegado a la carrera jadeando para comunicar la noticia.

A los balcones empiezan a asomarse vecinos madrugadores que se mantienen espectantes, solidarios o asustados. Militantes de la barriada afluyen hacia las inmediaciones del campo del Júpiter. Los que disponen de pistolas se complacen en exhibirlas; los demás las piden. Cuantas quedaban disponibles han sido distribuidas.

—¿Qué hacemos? ¿Esperaremos a las sirenas? —pregunta Durruti a los compañeros del Comité.

Los chóferes ponen en marcha los motores. A lo lejos se oye un trémolo prolongado, como una ululante llamada. Se hace el silencio mientras escuchan las sirenas.

—¡La señal!

El ulular crece de volumen y se aproxima; las sirenas de las fábricas, próximas o distantes, van incorporándose a la alarma. El aire mañanero del barrio vibra con apremiante rebato. Más vecinos se asoman a los balcones, los hombres se agitan con inquietud e impaciencia. Los miembros del Comité de Defensa Confederal y los compañeros que componen la escolta suben a los camiones.

—¡Viva la FAI!

—¡Viva la CNT!

—¡En marcha!

Las instrucciones han sido dadas, las armas están dispuestas; los camiones arrancan con lentitud. Los que ocupan los camiones levantan las armas y las enseñan con entusiasmo; la bandera roja y negra de los anarcosindicalistas, clavada en un listón de madera, se despliega.

Al desembocar en la rambla de Pueblo Nuevo los seguidores aumentan en número y exaltación. Los motores en primera marcha, roncan. Los dirigentes confederales muestran los fusiles ametralladores que desencadenan el frenesí revolucionario de los militantes. La ametralladora les garantiza la decisión y la seguridad con que los líderes acuden a la lucha. Desde la calle, desde balcones y azoteas la militancia sindicalista y el público simpatizante reconocen a Durruti, a Ascaso, a García Oliver, a Gregorio Jover, a Ricardo Sanz… Avanzan sobre la ciudad dispuestos a cerrar el paso a los fascistas y a desencadenar la revolución, la revolución libertaria. Las sirenas convocan a la movilización obrera. Su sonido prolongado, insistente, proletario e inquietante procede de los distritos pobres de las barriadas del cinturón industrial.

Los militantes anarcosindicalistas han pasado la noche en los sindicatos, en los centros, en los Ateneos Libertarios. Las sirenas anuncian que las tropas sublevadas avanzan a su vez sobre el centro de la ciudad, y que ellos, armados o desarmados, deben acudir a combatirlas. Los de Sans, Hostafrancs y Collblanc, los «murcianos» de la Torrassa, los cenetistas de Casa Antúnez, se dirigen hacia la plaza de España y el Paralelo, hacia el cuartel de Ingenieros de Lepanto. Operarios textiles de La España Industrial, metalúrgicos de Escorsa y Siemens, huelguistas de Lámparas Z, albañiles, curtidores, empleados del matadero, basureros, peones, algunos

menestrales de los que cantan en los coros Clavé, los desheredados acogidos a las barracas de Montjuic, los que por las noches tiroteaban el polvorín, vecinos del Pueblo Seco acuden a la movilización. Paisanaje de la antigua villa de Gracia, de tradición federal y revolucionaria, trabajadores de los talleres, de las hilaturas, empleados de las cocheras de los tranvías, dependientes de comercio, confederales o del POUM, socialistas, catalanistas o comunistas adelantan hacia el Cinco de Oros, hacia la Diagonal, hacia los límites de su barrio, levantan barricadas, vigilan las vías de comunicación y las encrucijadas. Los desarrapados de las barracas del Monte Carmelo descienden hacia la ciudad y se unen a los habitantes de las calles a medio urbanizar, a los de Poblet, a quienes en el Guinardó escucharon la palabra y vivieron en la vecindad de Federico Urales, o de su hija, la Federica Montseny. Los discípulos de Francisco Ferrer Guardia, los seguidores del mataronés Peiró, los que acataron a Pestaña, quienes viven al norte y al oeste de la ciudad: Horta, la Sagrera, Santa Eulalia de Vilapiscina, San Andrés del Palomar y el Campo del Arpa, los que trabajan en las industrias nuevas y en las antiguas, los obreros de La Maquinista, los ferroviarios, los del ramo de la madera, los operarios de Fabra y Coats y Rottier, mecánicos de la Hispano-Suiza, peones buenos para cualquier oficio, los sin trabajo, convergen hacia los cuarteles y la maestranza de San Andrés, cuya conquista les dará anuas suficientes para dominar la ciudad entera. Los de San Martín de Provensals, el Clot, la Llacuna y Pueblo Nuevo, los de las Fundiciones Girona, los afiliados al ramo del Agua, los de las papeleras, los de la fábrica Cros y las centrales eléctricas, los del gas y las industrias químicas enlazarán con los de la Barceloneta, pescadores, cargadores del muelle, metalúrgicos del Nuevo Vulcano, con los ferroviarios del Norte y MZA, con los «trinxeraires» y gitanos del Somorrostro. Todos ellos han escuchado el ulular de las sirenas.

Los dos camiones avanzan por la calle de Pedro IV, hay entusiasmo y también recelo. Algunos vecinos, gente pudiente, comerciantes, menestrales conservadores o pacíficos, ven desfilar con temor esta caravana, pero en estos barrios nadie se atreverá a atacarla, ni a mostrar pública desaprobación; hasta la indiferencia podría resultar peligrosa.

—¡Viva la CNT!

—¡Viva la FAI!

—¡Muera el fascismo!

—¡Abajo el clero!

La batalla se librará en el centro, en el corazón del casco antiguo. Cuentan con el apoyo de los militantes de Santa Catalina, de San Pedro de las Puellas, del Borne, del antiguo Arrabal donde el Noi del Sucre cayó acribillado. Los porteros, los limpiabotas, los camareros, los que trabajan en las obras públicas, numerosos militantes que habitan en los barrios burgueses, en el Ensanche, en San Gervasio, en la Bonanova, acudirán también a apoyarles.

Los camiones avanzan en orden de batalla y en desfile triunfal; los ocupantes agitan las armas y enronquecen para darse coraje y comunicárselo a los demás. Primero harán un alto en el Comité Regional, en la calle de Mercaders, después proyectan instalar su cuartel general en plena Rambla, en la plaza del Teatro, con el fin de dominar el casco antiguo.

Hay balcones que se abren para dar vivas, hay balcones que se abren para observar con desconfianza, malhumor o espanto, hay balcones que se cierran. El ruido de las sirenas ha

despertado a muchos barceloneses del extrarradio y a muchos del centro, que dormían con sueño ligero e intranquilo.

Los dos camiones, seguidos de muchachos que corren, van quedándose atrás y se relevan, cruzan por el Arco del Triunfo y toman por la mesocrática Ronda de San Pedro. Aquí hay que gritar más fuerte y amartillar las armas.

—¡Viva la FAI!

—¡Viva la CNT!

—¡Mueran los fascistas!

La calle Magdalenas a estas horas suele estar poco concurrida. Los que forman el pequeño grupo, todos vestidos de paisano, caminan con paso vivo. Delante van dos policías de escolta con las manos en el bolsillo y las pistolas preparadas; otros policías cierran la comitiva. No han tenido más encuentros que una vieja que posiblemente acudiría a alguna misa matutina y unos excursionistas, cargados con grandes mochilas, que no les han hecho caso ni les han reconocido.

El presidente de la Generalidad de Cataluña, don Luis Companys y Jover, se dirige a la comisaría de Orden Público con un cortísimo séquito. Pepe Guarner camina al lado del presidente. Tan pronto como se ha tenido noticia de que las tropas de la guarnición se han echado a la calle, el comisario de Orden Público ha creído que lo prudente era que el señor presidente abandonara el Palacio de la Generalidad y se trasladara a la Comisaría. El edificio está defendido; cuentan con la protección de dos compañías de guardias de Seguridad que han quedado por el momento de retén. Uno de los primeros objetivos de los militares, tratando de repetir la suerte del 6 de octubre del 34, es apoderarse de la persona del presidente, de los consejeros y de los edificios del Gobierno autónomo de Cataluña y Ayuntamiento de la ciudad.

Companys ha accedido inmediatamente al requerimiento y ha seguido a Pepe Guarner. Conserva un penoso recuerdo de la jornada del 6 de octubre, del cañoneo y de su detención. La lucha se plantea en el terreno militar, se impone pues dejar la iniciativa a los militares y a las fuerzas de orden público, que también son militares.

Esta vieja calle de empedrado desigual corre más o menos paralela a la Vía Layetana. Entrarán en la Comisaría de Orden Público por la puerta lateral.

En los alrededores de la comisaría se advierte animación. Coches que llegan y parten a gran velocidad, las grises camionetas descubiertas de los guardias de Asalto, algunos automóviles en los cuales con pintura blanca han escrito: «CNT-FAI», ocupados por obreros armados con rifles, carabinas, y pistolas. Los guardias que custodian las puertas no dejan entrar más que a pequeños grupos; los demás deben permanecer en la calle.

Tan pronto como le anuncian la llegada del presidente, Federico Escofet, que le esperaba, acude a recibirle.

El presidente está inquieto; inclina la cabeza hacia un lado y mira a Escofet.

—Ahora eres tú quien has de actuar…

—Le he dado mi palabra de que si se producía una sublevación, la venceríamos. No hablaré más hasta que lo haya conseguido.

Suben apresuradamente hacia el despacho de Escofet en donde unos electricistas están terminando de instalar un micrófono.

—Señor presidente, le cedo mi despacho. Hágame el favor…

—¿Hay novedades?

—Están en la calle la infantería de Pedralbes, la caballería de Montesa, los dragones de Santiago; de la artillería de San Andrés, poca cosa, un par de camiones. Se espera que de un momento a otro salga la artillería de montaña del cuartel de los Docks, quizá también los Ingenieros y el Regimiento de Alcántara.

El presidente se sienta y apoya ambas manos sobre la carpeta de cuero repujado. Escofet, que permanece en mangas de camisa, parece dominado por un optimismo exagerado. Hay que confiar en él.

Málaga

La noche ha ido transcurriendo con alternativas diversas, pero desde que ha amanecido cunde el desaliento y el desconcierto. Nadie se explica qué ha podido ocurrir que justifique la actitud del mando, una actitud pasiva, como si el general Patxot no deseara que se rindiera el Gobierno Civil. Por más que el capitán Huelin y los oficiales pretendan disimularlo, los soldados perciben que algo anormal sucede. Ha estado solicitando la orden de disparar los dos cañones contra el edificio de la Aduana en donde está instalado el Gobierno Civil; la orden no llega. El teniente Fernández Nespral, que manda las piezas de acompañamiento, insiste en que no pueden ser disparadas sin orden escrita del propio general. Transcurrida la media hora de plazo que había dado a los sitiados, el capitán Huelin y los parlamentarios han vuelto al Gobierno Civil. La actitud de los asediados era distinta. Parecían más animados, hasta tal punto que el gobernador le ha conminado a que pusiera fin al ataque y mandara retirar la tropa al cuartel. Naturalmente, no le ha hecho caso y ha continuado el fuego. Asaltar un edificio como la Aduana, defendido por fuerzas armadas con fusiles y ametralladoras, no puede hacerse sin un derroche de hombres de los que ni siquiera dispone; por eso ha esperado vanamente la orden de utilizar el cañón. Disparándoles unos cuantos cañonazos está seguro de que se rendirán, y si no lo hicieran, entonces será el momento de dar el asalto con menor riesgo y mayores probabilidades de éxito.

Las noticias que han ido recibiendo eran contradictorias y señalaban las alzas y bajas que ha ido experimentando el termómetro de los ánimos y las esperanzas. El ejército domina en Algeciras, en Córdoba, en Sevilla, se lucha en Cádiz, en Granada; un destructor a toda máquina viene a Málaga con refuerzos del Tercio. Pero la radio, que sigue en poder del enemigo —¿por qué no se habrán apoderado de la emisora?— no solamente la emplean para darse ánimos, sino que anuncia a voces que el alzamiento ha fracasado en España entera, y aunque sea mentira contribuye a desmoralizar. Para conseguir el permiso de utilizar los cañones ha enviado diversos enlaces a la Comandancia; regresan desalentados, y lo que es peor, sin la anhelada

orden. En cambio, son portadores de noticias pesimistas. Corre, por ejemplo, el rumor de que en el destructor *Sánchez Barcáiztegui*, que debía llegar a media tarde con refuerzos, se ha producido una insurrección de la marinería, y que viene dispuesto a bombardear Málaga si la ciudad se halla en poder del Ejército. El edificio de la Telefónica de nuevo ha caído en manos de los guardias de Asalto. Fuerzas de la Guardia Civil que cooperaban en el ataque contra el Gobierno, en un momento dado se han retirado. ¿Qué ocurre? Es difícil averiguarlo desde aquí. Alguno de los enlaces, en voz baja ha comentado que el general Patxot está muy pesimista y que desea que la lucha sea lo menos cruenta posible, para que en caso de que el movimiento fracase las represalias no sean tan duras. Se sabe que se ha resistido a admitir la cooperación de voluntarios civiles, sobre todo falangistas, que estaban esperando la orden de incorporarse al ejército, y que para no exasperar al pueblo y quitar al golpe toda apariencia fascista, se ha negado a poner en libertad a los falangistas presos.

A los soldados que estaban en el cuartelillo de La Parra, y que en cierta medida les cubrían la retirada, les han ido a buscar en un camión y les han reintegrado al cuartel.

Resulta cada vez más difícil sacar fuerzas de uno mismo cuando escasean los elementos con que alimentarlas, porque ningún signo de aliento ha llegado en las últimas horas. «Pacos» enemigos que se habían filtrado entre los árboles del parque han ido enmudeciendo al amanecer. Todavía él y sus hombres dominan la situación; debería desoír las órdenes, empezar a cañonazos y lanzar a su gente sobre el Gobierno Civil. Pero en el ejército la disciplina es la única fuerza cierta; sin disciplina, lo que él está haciendo es simple y gratuita insubordinación contra el poder constituido. Su única fuerza moral consiste en acatar las órdenes, por incomprensibles que resulten.

Siguen parapetados en los jardincillos y tras los árboles. La farola del puerto, que durante la noche les barría rítmicamente con sus ráfagas de luz, se ha hecho invisible.

Con precauciones y a paso ligero se acerca un enlace; debe de proceder de la Comandancia. Quizá trae la anhelada orden y estas horas hayan sido como pesadilla que la luz del día disipe. El capitán Huelin se adelanta hacia el enlace; éste se cuadra.

—¿Qué hay?

—Mi capitán, de orden del general que retire usted todas las fuerzas al cuartel de Capuchinos, y que no se dispare un solo tiro, salvo en caso de extremada necesidad, si las tropas fueran agredidas o la situación se presentara muy grave.

Madrid

Ser en estos momentos secretario de Unión Republicana, el partido que capitanea don Diego Martínez Barrio, resulta casi peligroso dada la agitación popular que contra él se manifiesta. Su impopularidad, atizada por socialistas, comunistas, anarquistas y muchos republicanos de izquierda, atizada incluso desde la radio, no puede ser más evidente.

Con Pedro Rico, el obeso y campechano alcalde de Madrid, han salido del Ayuntamiento en donde han cenado y pasado la noche, por una puerta falsa. No desean ser reconocidos; equivaldría a ser agredidos o por lo menos abucheados.

La gente continúa en las calles formando grupos vocingleros y manifestaciones irregulares que llevan de un lado a otro su agresiva protesta. Patrullas armadas, socialistas, miembros de las Juventudes Unificadas, algunos con armas largas, recorren la ciudad en taxis y en camiones con banderas y pancartas.

El secretario se ha enterado de la formación del nuevo Gobierno, no por don Diego que debía haberle avisado inmediatamente de recibir el encargo, sino por otros conductos. Sostuvo una conversación telefónica con el propio Sánchez Román, hombre inteligente, ponderado, catedrático de Derecho Civil de la Universidad, que no se mostraba demasiado optimista, pero que le ha manifestado que creía cumplir con su deber colaborando en el Gobierno republicano-centrista que se estaba gestando.

Terminada la reunión del comité del partido, en el local de la calle Marqués de Cubas, y después de otra reunión con el Comité Nacional del Frente Popular del cual forman parte Marcelino Domingo por Izquierda Republicana, Cordero por el Partido Socialista, Amaro del Rosal por la UGT, José Díaz del Partido Comunista, y Ángel Pestaña, que por hallarse en Barcelona no ha podido asistir, y en compañía del propio Pedro Rico ha visitado al jefe. Martínez Barrio mostró con ellos una reserva tal, que a pesar de las evidentes gestiones y consultas que se llevaban a cabo en sus narices, no les habló francamente de lo que se tramaba, por lo cual, enfadados, decidieron marcharse.

—¿Qué te parece? El ambiente de la calle habla por sí solo.

—Don Diego ha perdido los estribos…

—Pues hemos de procurar que los recupere. Ya es tarde para componendas. Tú lo sabes bien, a raíz de la muerte de Calvo Sotelo, yo fui de los que en la reunión del Comité Nacional con la minoría de las Cortes, propugné por que se retirara la moción de que nuestros representantes en el Gobierno dimitieran en caso de que no se restableciera el orden público. Y fue don Diego, quien cuando hace un mes, al aprobarse la moción no se atrevió a cumplirla. Ahora parece que los papeles se hayan trocado. Pero ya es tarde, demasiado tarde. Presentar la moción tras lo de Calvo Sotelo equivalía a desarmar al Gobierno, a dar la razón a las derechas que desde aquel día están sublevadas.

—La política es un arte. Lo de Calvo Sotelo ha sido de lo más criminal, pero hecho consumado; se imponía dar la cara. Desde entonces no podemos hacerles el caldo gordo a los que son nuestros enemigos declarados.

—¡Y tan enemigos! Estoy inquieto por el pobre Fernández Gil. Ayer, espera, no, anteayer, que ya no sé en qué día vivo, me telefoneó desde la Delegación del Gobierno de Melilla. Estaba asustado, pero no pudo explicarme claramente qué ocurría; «cosas raras» me dijo, y es que la sublevación había estallado. Temo por su suerte. Ya sabes cómo son allá y el odio que algunos le tienen a la masonería. Por la tarde intenté comunicar con él; no me fue posible.

—Casares pasará a la historia como un hombre nefasto. ¡Ojalá que a don Diego no le ocurra lo mismo!

—No me digas, hombre. Si se veía venir de lejos. Hace ya bastante tiempo fuimos con Ángel Rizo a visitar a Casares. Rizo, como director general de la Marina Mercante, y por lo que tú sabes, estaba perfectamente informado de cuanto se tramaba en la Armada. Pues bien, no le

hizo caso; Rizo se enfadó, y Casares me dijo; «¿Tú también crees en brujas?». ¿No hay para arrearle?

—Yo no sé… Hace dos días aún lanzaba frases como ésta: «Si se sublevan los militares, yo con los guardias, o con escobas, les meteré en cintura».

—Pues ayer estaba deshecho. Fui con González de Sicilia, el que fue director de Enseñanza, diputado por Sevilla…

—Sí, ya le conozco, hombre…

—Fuimos a darle cuenta de los acuerdos de la Directiva. Ya sabes, aconsejar al Gobierno que se incautara inmediatamente de todo el material móvil de ferrocarriles, y del material de carreteras y que lo concentrara en Madrid, dada su posición geográfica y tratarse de la capital. Y exigirle que tomara iniciativas, que eso es lo que debe hacer un gobierno que se precie en todo momento y más en circunstancias como las actuales. Estaba hundido en un sillón; Esplá era quien atendía al teléfono. «No nos queda más que pegarnos un tiro…». ¡Bandido! —pensé yo—. Pégatelo tú que tienes la culpa. Te aseguro que no se lo dije por respeto y porque el mal ya no tenía remedio.

—Y don Diego; ¿no habrá retrasado ocho horas más la reacción del Gobierno? De un Gobierno que prácticamente no existe desde que se inició la sublevación.

—No hay Gobierno, sólo los partidos, bien o mal, funcionamos. Y lo que no me gusta tanto pero debo reconocerlo, las organizaciones sindicales. Sin ir más lejos, ayer me llamó desde Córdoba, Rodríguez de León —¡figúrate!— para decirme que tenía los cañones emplazados frente al Gobierno Civil. ¿Yo qué iba a decirle? Que si no podía resistir que se rindiera, pero sólo ante un acto directo de fuerza. ¿Por qué me llamó a mí? Porque no hay autoridad, no hay Gobierno.

—Por este camino se nos comerán a todos… Yo había hablado con él por la mañana para pedirle noticias… Me dijo que el jefe del tercio de la Guardia Civil había venido a ofrecérsele. De Córdoba no se ha sabido más…

El automóvil frena. El chófer municipal desciende y les abre la portezuela. En este barrio las horas del amanecer transcurren tranquilas. Unas señoras acuden a la misa matutina con las mantillas puestas y el devocionario en la mano.

Tardan en abrirles la puerta Aparece soñoliento Arturo Martínez. Una escasa luz penetra por las persianas entornadas. La casa está silenciosa.

—Queremos ver a don Diego…

—Ha mandado que no se le despierte hasta las seis, en que tomará posesión del Gobierno. Se ha echado un instante; estaba cansadísimo…

—¡Todos estamos fatigados! ¡Cómo secretario exijo la presencia del jefe del Partido!

—Bueno, no chilles así…

—No chillo; es que los acontecimientos no dan espera.

Se corren unas cortinas y don Diego, con aire reposado, sale arreglándose la corbata y abotonándose el cuello.

—Usted va a tomar posesión del Gobierno a las seis de la mañana. ¿Dónde? Pedro Rico y yo venimos de la calle. Los centros oficiales están rodeados de multitudes hostiles. Nunca hubo gobierno más impopular. Paisanos armados patrullan por Madrid.

Martínez Barrio, se arregla la americana y se la estira. Les observa tranquilamente con ojos pocos expresivos. Está cansado, un poco encorvado. Descuelga el teléfono y marca un número.

—Pues verá usted lo que yo hago…

Sus movimientos son pausados, seguros. Al volverles a mirar hay en su mirada un punto de reproche.

—¿Ministerio de la Guerra? Aquí Diego Martínez Barrio; quiero hablar con el señor ministro de Justicia, con el señor Blasco Garzón… Sí, está ahí; tiene que estar.

La pausa hace el silencio más evidente.

—Manolo, di a esos señores que yo ya no soy presidente. Sí, que no puedo presidir un Gobierno cuando el Frente Popular se echa a la calle en contra. Diles que ahora mismo voy a dar cuenta al presidente de la República de que dimito.

Ha hablado pausadamente, con el acento andaluz que le caracteriza. Sin dar lugar a respuesta, cuelga el teléfono.

—Don Diego, ¿quiere usted que le acompañe?

—No, gracias. Vayan ustedes a descansar y a afeitarse. Convoque al Comité del Partido para las diez de la mañana.

Oviedo

La noche ha transcurrido relativamente en calma. Ayer sábado fue un día agitado, aunque no se produjeron incidentes graves. Los obreros de la ciudad y los de la cuenca minera anduvieron patrullando por las calles, desfilando, manifestándose. En el diario socialista *Avance*, que dirige Javier Bueno, se publicó la noticia de la sublevación militar, lo cual hizo que los ánimos se caldearan. En el Gobierno Civil, alrededor del gobernador Liarte Lausín, un aragonés perteneciente a Izquierda Republicana que hace pocos días que ocupa el cargo, se hallan reunidos los jefes del Frente Popular, diputados y elementos políticos o sindicales. Entre los reunidos destaca el líder socialista González Peña, cuya intervención en los sucesos revolucionarios de octubre de 1934 hizo que fuera condenado a muerte; ha sido amnistiado y puesto en libertad por el Gobierno izquierdista que ha asumido el poder después de las elecciones de febrero.

Por la tarde, desde los balcones de *Avance* se han pronunciado discursos y ha habido gritos de «¡UHP!», coreados por las masas con entusiasmo; se han dado vivas a Rusia y a la revolución de Octubre. No ha habido desórdenes graves y a pesar de que los obreros, muchos de ellos armados, han merodeado por los cuarteles no han efectuado manifestaciones directamente hostiles contra el ejército ni los institutos armados. La excitación en la ciudad y en todo Asturias resulta alarmante.

El capitán Loperena permanece de guardia en la Comandancia Militar de Asturias, por si llegara algún aviso urgente o se produjera algún hecho importante. Únicamente en este caso

tiene órdenes de despertar al coronel don Antonio Aranda Mata, que como otros jefes y oficiales de su Estado Mayor duerme en el mismo edificio, y que hace muy poco rato se ha retirado a descansar después de pasar la noche en vela y sostener diversas conferencias telefónicas.

Ayer salió para Madrid un tren con mineros y una columna de camiones que se formó delante del diario *Avance*. El objetivo de estas columnas es reducir a los que en Valladolid parece que se han sublevado, y marchar después sobre Madrid para ayudar a los obreros de la capital y al Gobierno.

El coronel, un hombre reservado que a nadie da explicaciones sobre la actitud que piensa adoptar ante los hechos, se ha mostrado partidario de que estas expediciones se llevaran a cabo. Ayer por la tarde, vestido de paisano, se fue a Gijón. También desde ayer ha dado órdenes a los puestos de la Guardia Civil de la provincia para que se trasladen a la capital, excepto a los de Gijón. Considerando el hermetismo del coronel, y que ellos apenas se mueven del edificio del Gobierno Militar, aunque les llegan diversos rumores que circulan, no pueden hacerse idea clara de la situación. Tanto las radios de Madrid como la de Oviedo dan signos de nerviosismo por más que pretendan simular una seguridad que por algún lado debe flaquearles.

La temperatura ha refrescado al iniciarse el domingo 19 de julio; las horas que se aproximan serán decisivas, tienen que serlo; de prolongarse la situación de ayer se haría irresistible.

Suena el timbre del teléfono, el capitán Loperena se pone al aparato.

La voz de la telefonista, una voz de mujer, inesperada a estas horas y en tales circunstancias, le desconcierta:

—Llaman desde Bilbao…

—Póngame la línea…

Una voz firme, segura, pregunta desde el otro lado del hilo:

—¿Quién está ahí?

—El capitán Loperena…

—Aquí el general Mola…

—A sus órdenes, mi general. ¿Llama usted desde Bilbao?

—Llamo desde la Comandancia Militar de Pamplona; deseo hablar con el coronel Aranda…

—Sí, mi general; si espera un momento voy a despertarle en seguida.

—Le espero.

La telefonista ha dicho que la comunicación procedía de Bilbao y él se había alegrado. La presencia del general Mola en Bilbao sería excelente síntoma. Mientras se dirige a despertar al coronel, recuerda que no hay línea directa con Pamplona sino que pasa por Vitoria y Bilbao.

—¡Mi coronel! ¡Mi coronel! El general Mola al aparato.

El coronel Aranda se levanta en pijama como está y se calza unas babuchas. Sin precipitarse se encamina al despacho y se alisa el cabello con las manos. Al sentarse saca las gafas del bolsillo del pijama y se las coloca.

—Diga, mi general.

—Esta noche me ha llamado por teléfono don Diego Martínez Barrio, parece ser que le habían nombrado jefe del Gobierno. Ha hablado en tono conciliador. Que había que evitar una lucha fratricida, que era necesario dar satisfacción a los militares. Parecía dispuesto a nombrarme ministro de la Guerra…

—Y usted, mi general, ¿qué le ha respondido?

—Mire Aranda, yo le he contestado que era demasiado tarde. Ésa es la verdad… A las siete de la mañana pienso sublevarme…

El capitán Loperena, que permanece atento, percibe la gravedad de la conversación. Cualquiera podría escucharla y entre las telefonistas las hay de ideas izquierdistas y todas ellas están sindicadas. La conversación pueden escucharla no sólo en Oviedo, también en Bilbao, incluso en la propia Pamplona; él, como navarro que es, sabe que en Pamplona tampoco faltan izquierdistas.

—… ¡Oiga, mi general!… ¿Pamplona? Oiga… Pamplona…

El coronel se impacienta y cuelga el teléfono.

—Loperena: hágame el favor de restablecerme la comunicación con Pamplona…

Con voz lenta, pero como si no se tratara de nada importante, añade:

—Deseo decirle al general Mola que Oviedo también va a sublevarse…

—Mi coronel… ¿Me permite una observación?

—Diga usted…

—El hilo telefónico no es directo; muchas personas pueden escuchar la conversación, ¿no podría hablarse de forma más velada?

—Tiene usted razón; cuatro ojos siempre ven más que dos. Diga usted mismo a Pamplona que pueden contar con el coronel y con la guarnición de Oviedo.

Cuando el coronel Aranda se retira a sus habitaciones, el capitán Loperena se sienta a la mesa. Al coger el aparato nota un pequeño vértigo. Se pasa la mano por la mejilla rasposa; es un día nuevo pero como la noche ha transcurrido en vela no ha advertido que está en «mañana»; tiene que afeitarse.

—Aquí la Comandancia General de Asturias… Señorita, por favor, se ha cortado la comunicación con Pamplona… Haga el favor de ponerme con la Comandancia Militar, es urgente… espero.

¿Con qué fuerzas contará el coronel? ¿Quién se atreve a preguntárselo? El regimiento de Milán está en cuadro; sus efectivos no pasarán de seiscientos hombres. Bien armados sí lo están. Dos baterías del 8,50. Y en Gijón el regimiento de Simancas y los Zapadores; pero todos ellos con efectivos reducidísimos a causa de los permisos veraniegos. Ayer cursó la orden de concentración a los guardias civiles, una fuerza segura. ¿Los de Asalto? El comandante Ros es un izquierdista exaltado, y entre la oficialidad los hay de todos los colores. Los de Asalto son los mimados del Gobierno… En la fábrica de Trubia están reparándose unos cañones y el coronel habló con el director. ¿Acordarían algo?

—Señorita, por favor, estoy esperando, ¿qué sucede con esa comunicación de Pamplona? Le he dicho que es servicio oficial y urgentísimo.

La ciudad pertenece a los revolucionarios. Les pertenece por el momento porque si el coronel ha tomado una resolución, señal que tiene prevista cualquier contingencia. En un momento se han disipado las dudas que podía haber sobre el coronel Aranda sin cuyo concurso nada podía emprender la guarnición de Oviedo. ¡Ya está! Claro que por el momento, el capitán Loperena, ayudante del coronel Aranda, es el único que está enterado.

Córdoba

La ciudad de Córdoba puede decirse que está dominada, pero solamente su casco urbano. A las seis de la tarde han salido tres baterías a proclamar el estado de guerra. En doce horas se han apoderado del Gobierno Civil, del Ayuntamiento, Teléfonos, Telégrafos, Correos, la Radio. Aunque en los barrios obreros se mantienen resistencias aisladas, van reduciéndose poco a poco, según las noticias que le llegan.

Ciriaco Cascajo Ruiz, coronel del Regimiento de Artillería Pesada número 1 y gobernador militar de Córdoba, ha pasado la noche en vela en su despacho del cuartel de Artillería. Cuando hacia las dos y media de la tarde de ayer telefoneó desde Sevilla el general Queipo de Llano, para decirle que proclamara el estado de guerra y se apoderara de la población, contaba con escasísimas fuerzas. El jefe del tercio de la Guardia Civil, coronel Marín y el teniente coronel Mariano Rivero del mismo cuerpo, estaban en contra; también lo estaba el capitán Tarazona, jefe de los guardias de Asalto, y, por si fuera poco, algo así como la mitad de los ciudadanos y la población obrera en masa con sus jefes, jefecillos y autoridades. Ha sido necesario emplear la mano dura, y habrá que seguirla empleando con rigor; con contemplaciones y buenas palabras no se domina al pueblo, y menos a estos cordobeses tan pervertidos por las doctrinas disolventes que les vienen pregonando impunemente durante años, a estos cordobeses insubordinados que no respetan la religión, la propiedad, ni el orden, los tres puntales de cualquier sociedad que se respete.

Por medio de una estratagema ha conseguido que la Guardia Civil se pusiera del lado del ejército, baza que ha resultado decisiva. Unos cuantos paisanos, por lo común hijos de buenas familias, han colaborado con las tropas, pero en el primer instante los paisanos que se le han ofrecido no han sido muy numerosos. Las fuerzas vivas, quienes en Córdoba representan algo, porque algo tienen que perder, apoyan la acción del ejército que es la única salvaguarda de sus vidas e intereses.

Desde el momento en que ha empezado a clarear, ha ido ordenando los distintos informes que aislados iba recibiendo, y que por sí mismos parecían tener interés relativo.

Están aquí reunidos algunos de sus colaboradores más próximos; tomadas las medidas necesarias, va a retirarse a descansar unos instantes pues durante el día de hoy habrá que dominar, como sea, los núcleos rebeldes y consolidar los frentes exteriores. Antes quiere hablar a los reunidos y exponerles cuál es la situación.

Coge un lápiz y se pone en pie delante del mapa; los demás le rodean en actitud respetuosa y espectante.

—Señores, la situación más o menos es ésta…

Se hace un corto silencio; el coronel Cascajo se inclina:

—Hacia el sur, tenemos al enemigo enfrente, aquí.

Con el lápiz traza una línea sobre el plano.

—Como verán, a dos pasos. Según nuestros últimos informes son guardias de Asalto, que han enviado a combatirnos. Les hemos ganado por la mano… de momento. Por el este, la situación se despeja algo; dominamos hasta el puente de Alcolea, que como ustedes saben es importante, incluso desde el punto de vista histórico. Las Cumbres están situadas a trece kilómetros. Dominamos una cabeza de puente. Nuestra artillería bate carretera y ferrocarril, para el caso de que Madrid envíe tropas contra nosotros.

A medida que nombra los lugares va trazando rayas, más o menos enérgicas según el diapasón con que hace los comentarios.

—Hacia aquí, noroeste, o norte, somos menos afortunados. Los tenemos metidos en casa, en la Venta de Pedroches. En cuanto a la comunicación con Sevilla, está cortada. Por lo demás, Carmona, Posadas, Fernán Núñez, el Carpió… están en poder del enemigo. Entre Córdoba y Madrid no podemos contar con ningún apoyo. Guarniciones, ciudades y pueblos permanecen a favor del Gobierno.

El lápiz termina de trazar líneas alrededor de la ciudad. Eduardo Quero Goldoni, teniente coronel de caballería retirado que acaba de reincorporarse al ejército, y que ha mantenido los principales contactos con Queipo de Llano, se inclina sobre el mapa.

—Estamos sitiados.

El comandante ayudante Rodríguez de Austria y el señor Cruz Conde, una de las figuras sobresalientes de la ciudad, se inclinan a su vez. Con voz reposada mirándoles uno a uno, el coronel Cascajo, retirando el mapa y enrrollándolo, les dice:

—Sí, señores: en efecto, estamos sitiados; pero romperemos el cerco.

Cádiz

El sol comienza a asomarse entre Puerto de Santa María y el Puerto Real; todavía no se refleja en la bahía cuyas aguas mates permanecen encalmadas. Un destructor y un barco mercante están entrando en la dársena. Hacia la plaza de las Cortes y el Ayuntamiento suenan detonaciones.

Ruperto Andrade ha pasado la noche en una azotea de la calle de San Francisco; cuidando de no ser descubierto y apoyado en el muro blanqueado que protege la caja de la escalera, mantiene la vigilancia. Ruperto Andrade pertenece al sindicato portuario de la UGT; es hijo de un cabo de infantería de marina que murió cuando la epidemia de gripe y de una pescadora de Chipiona.

Su compañero, un mozalbete de las Juventudes Socialistas empicado de una empresa naviera, se ha quedado dormido tumbado en el suelo con la cabeza envuelta en la americana. No quiere despertarle, el chico está agotado.

Ayer anduvieron a tiros por las esquinas, hostilizando a los artilleros que atacan al Gobierno Civil, y cuando vieron el humo de los incendios del centro, se fueron para allá. Los almacenes *La*

Innovación y otros establecimientos ardían. Le desagradó el espectáculo; hechos semejantes deshonran la revolución. Tampoco conviene asustar demasiado a los burgueses, por lo menos a los burgueses de izquierda, y no es prudente echarse encima más enemigos de los que tienen, que no son pocos ni mancos. Comprende que quienes padecen hambre y privaciones aprovechen los tumultos para saciar el apetito o para apoderarse de lo que hallan más a mano, pero, una de dos, o el pueblo sale triunfante de esta prueba, en cuyo caso a nadie le faltará lo que precise y merezca, o fracasa, en cuyo caso el paredón y el vergajo dictarán la ley, y el hambre se convertirá en enfermedad crónica para el pueblo gaditano. De buena escaparon cuando de pronto un pelotón de señoritos fascistas aparecieron acompañados de unos guardias civiles a tiro limpio. Pudo salvarse gracias a que maneja la pistola con habilidad, pero al muchacho, que se llama Teodoro, le arrinconaron. Libró gracias a su edad y a que, como escribiente que es, usa zapatos y corbata. A última hora, consiguió una pistola para Teodoro y aquí han pasado la noche, manteniendo la alarma en el barrio y dándole gusto al gatillo, que de munición por ahora no carecen.

Por la parte de atrás, se oyen disparos de pistola y unos mosquetones les replican desde la calle. Da con el pie un suave empujón a Teodoro, que se remueve y asoma la cabeza despeinada y los ojos soñolientos.

—¡Niño! A ver si despiertas de una vez.

—¿Es tarde?

—¡Digo, ni sabes dónde estamos, apostaría una peseta!…

Teodoro se incorpora; Andrade le detiene para evitar que se asome demasiado; no conviene que les descubran.

—Oye, Ruperto, ¿qué son esos barcos?

—Nada bueno, me parece. No distingo a la gente que está sobre cubierta; a soldados me huelen. Mientras no sean del Tercio que nos los manden de África…

Cuando Ruperto se asoma, descubre a un grupo de militares que con algunos guardias civiles y paisanos disparan entre los árboles contra las casas y en dirección a unos tinglados del puerto desde donde les tirotean. Un pelotón de carabineros permanece en actitud pasiva; los del grupo se acercan a ellos. Están muy alejados para intentar hacer puntería con las pistolas; no merece la pena desperdiciar la munición.

—Juraría que aquél, con la gorra roja de regulares, es el general Varela.

—¿Es él quien dirige lo de Cádiz?

—¡Qué sabemos! También el general López Pinto y otros muchos jefes. A Varela le dejaron escapar ayer del castillo de San Sebastián. Como sea él quien manda nos va a jeringar, que yo bien le conozco.

Apoyándose en la baranda de la azotea, y después de apuntar un rato Teodoro hace un disparo de pistola en dirección a los del muelle.

—¡Premio para ti! No ves ¡so chalado!, que desde aquí no les alcanzas. Y menos con tu puntería, que no es buena ni para barracas de feria…

Los que han cruzado el muelle parece que discutan con los carabineros, luego todos juntos marchan hacia el destructor que efectúa las últimas maniobras de atraque. En cubierta van

apareciendo soldados, que prorrumpen en gritos y agitan los fusiles sobre sus cabezas tocadas algunas con feces rojos, que ahora se distinguen sin temor a errar.

—¡Maldita sea! ¿Te quieres jugar algo a que son regulares? Pues estamos apañados. De África vienen, seguro.

—¿Tú crees que son moros?

—Como la madre que los parió… Y el tipo de la gorra roja seguro que es Varela.

—Son muchos. Y detrás viene ese otro barco con más tropas.

—Esto no me gusta nada, niño. Mala gente los moros; les gusta mojar el cuchillo, les gustan la rapiña y las hembras. Si el gobernador Zapico y los demás no se espabilan y les cortan el paso, en Cádiz las vamos a pasar «morás». El general tiene dos laureadas y ésas no se ganan así como así; mientras que nosotros no tenemos mando ni disciplina, ni armas como las suyas.

El general Varela fue compañero de su padre cuando ambos servían en la infantería de marina, en San Femando. Más adelante ingresó en la Academia de Infantería, le destinaron a África y ha hecho una gran carrera. Su madre se enorgullece de que un general fuera compañero de su marido, cuando ambos eran cabos, aunque ocurriera cuando Teodoro no había nacido, o cuando en todo caso era muy pequeño.

Se echa la gorra hacia adelante tratando de que la visera le proteja del sol pero como está tan bajo no lo consigue y coloca una mano a manera de pantalla para distinguir lo que ocurre en el muelle.

Del destructor han lanzado la escalerilla y han bajado unos oficiales que se abrazan con los que esperaban en tierra. Ahora descienden las compañías de soldados moros, con sus uniformes de color verdoso, sus cartucheras, los pantalones amplios y caídos, tocados con feces o turbantes. Forman en el muelle. Está atracando el mercante, que también transporta tropas, aunque parecen menos numerosas, salvo que vayan en las bodegas.

—Un tabor…

—¿Y qué es un tabor…?

—Como un batallón. Estamos perdidos, niño, nos van a apiolar a todos.

Hacia el Gobierno Civil crepita una ametralladora, luego se oyen descargas de fusilería, luego, nada. Un coche circula por el paseo de Canalejas con un trapo blanco visible, a manera de banderola; detrás marcha una ambulancia, tocando una campanilla.

—¿Y qué podemos hacer?

—Nada, Cádiz es una ratonera. Desde Puerta de Tierra, del fuerte de la Cortadura y de la fábrica de torpedos, nos cortan la salida. No hay más que resistir, y esperar; pueden llegarnos auxilios de Madrid, o de la Escuadra.

—Somos muchos, en Cádiz…

—Sí, muchos, pero no todos se han presentado en la Casa del Pueblo. Me parece que más de uno y más de dos se han metido debajo de la cama. Yo te digo una cosa; mientras tenga a ésta en la mano, no me rindo. Y si quieres creerme, niño, haz tú lo mismo. Estos rifeños no perdonan ni a su padre.

Ya están descargando la impedimenta. Los oficiales dan órdenes. En cabeza se coloca el grupo de militares, guardias y paisanos que ha ido a recibirles. Cruzan a paso ligero; los moros

se despliegan en guerrillas. Entre los tinglados suenan disparos. Del vapor comienzan a desembarcar más tropas marroquíes.

—¿Ves, Teodoro? Cuando pasen por ahí, procura hacer puntería; dispararemos. Cuidado que no te descubran. El lugar es desventajoso para ellos, pues está además batido desde el Gobierno Civil; para nosotros es el más próximo. Si tuviera un máuser, me cargaba una docena.

Dirigen las pistolas hacia un ángulo, junto a unos edificios por donde tienen que pasar los del tabor.

—Niño, buena puntería y suerte; que como no les cerremos el paso, nos jugamos el pescuezo.

Ambos comienzan a disparar. Teodoro lo hace apresuradamente, con furor. Ruperto, apunta primero y luego tira. Sabe que la distancia es excesiva, pero no puede hacer cosa mejor. De las azoteas, de unos tinglados, de la estación, se abre un fuego nutrido pero escasamente eficaz. En un momento las fuerzas recién desembarcadas comienzan a disparar, al aire unos, apuntando un poco al tuntún otros, mientras alcanzan el paseo y lo cruzan a brincos. Todo Cádiz es un tronar de armas y hasta la azotea sube el olor de la pólvora.

Oviedo

—¿Comandancia general de Asturias? Oiga… No se retire, le pongo Pamplona.

El capitán Loperena se inclina sobre el aparato, y levanta la voz.

—¿Pamplona? ¿Hablo con la Comandancia Militar?

—¿Quién llama? Aquí el comandante Fernández Cordón.

—A sus órdenes, llamo de Oviedo. Loperena, capitán ayudante.

Tengo un mensaje del coronel Aranda para trasmitirle.

—Diga, diga, capitán…

—Que puede el general contar incondicionalmente con el coronel y con la guarnición de Oviedo.

—Un momento, capitán, un momento…

En Pamplona hablan en voz baja junto al teléfono. Inmediatamente suena la voz del general Mola, con el mismo tono pausado.

—Dígale al coronel que le felicito… Y que me felicito. Mucha suerte, y un abrazo.

Barcelona

Al llegar al paseo de San Juan, toman por la calle de Córcega. En primer término está el monumento a Jacinto Verdaguer; en la parte baja del paseo se ve el Arco del Triunfo y más allá las verdes frondas del parque de la Ciudadela. El coronel Francisco Lacasa Burgos marcha al frente del Regimiento de Dragones de Santiago. En cabeza, la plana mayor; a continuación tres escuadrones incompletos, con secciones de ametralladoras, y algunos militares que se han incorporado voluntariamente a esta fuerza. Doscientos paisanos, que habían prometido

concentrarse en el cuartel, no se han presentado. Quizá no les haya sido posible hacerlo, debido a la estrecha vigilancia a que el cuartel de Numancia ha sido sometido durante la noche.

A unos seiscientos metros se halla el cruce de la vía Diagonal y el paseo de Gracia. En ese cruce, que popularmente se conoce con el nombre de Cinco de Oros, se eleva un obelisco en memoria de Pi y Margall, el insigne republicano federal. Desde ese punto bajarán por el paseo, hasta la plaza de Cataluña, centro vivo de la ciudad, en donde convergerán con fuerzas de Infantería y con las del Regimiento de Caballería de Montesa.

Poco después de la salida del cuartel, han sido hostilizados por algunos paisanos, pero han repelido a tiros la agresión y los paisanos se han retirado. Entre los oficiales que se han incorporado voluntariamente figura un médico, el capitán Cárdenas; su presencia les tranquiliza.

La sección de ametralladoras del capitán Ortega Costa la manda el alférez Hurtado.

El tramo de la calle Córcega que recorren pertenece al barrio burgués y mesocrático que caracteriza a la Barcelona media, aquí habitan las gentes de orden, las que dan pulso a la ciudad. Los balcones permanecen entornados, los vecinos duermen, una ciudad tan trabajadora es justo que descanse durante las primeras horas de un domingo. Son los obreros quienes permanecen desvelados y dispuestos a jugárselo todo. Y los obreros también trabajan. Ellos, los militares profesionales, van a arriesgar la vida para sacar las castañas del fuego a los burgueses que no madrugan ni por curiosidad.

No se oye más que el ruido de los pasos, el choque de las cantimploras con la guarda de los machetes y toses aisladas, quizá nerviosas. Esta tropa, unos doscientos cincuenta hombres, marchan en dirección al Cinco de Oros, lugar que en el plan primitivamente previsto debían incorporárseles dos compañías de guardias de Asalto. El alférez Hurtado, ignora si va o no a producirse esa incorporación. Por lo que tiene entendido los de Asalto se han colocado en contra del Ejército. Por si fuera necesario emplearlas, lleva convenientemente engrasadas sus «hotchkiss».

Al cruzar una de las calles que descienden en dirección al mar observa a derecha e izquierda; hay que prevenir las emboscadas. En la Diagonal se alza un edificio grande como palacio o castillo coronado de agujas cónicas, rematadas por caprichosos pararrayos. A esta hora, en tan singulares circunstancias, este edificio, cuyas torres reflejan los primeros rayos de sol, parece fantástico, una broma incongruente o adivinanza en que nada es lo que parece. Se diría que jugaran a soldados en un decorado de mentirijillas.

Al mando de sus dragones camina el coronel rodeado de los jefes y oficiales de la plana mayor.

Hacia la plaza de Cataluña han sonado unas descargas. Un ramalazo de inquietud le ha sacudido. El alférez Hurtado observa con atención a unos hombres que se ocultan tras los árboles. El escuadrón de Dragones de Numancia que manda el capitán Ortega Costa, que ha tomado la delantera, está próximo a desembocar en la Diagonal. El alférez Hurtado observa un poco inquieto a su alrededor.

Estampidos atronadores se superponen como si fueran uno solo que llenara la calle y la hiciera inhabitable. Disparan de los balcones, de los terrados, desde detrás de los árboles.

Aparecen corriendo unos paisanos que se echan al suelo para disparar. Guardias de Asalto, con sus uniformes azules hacen fuego desde las esquinas; luego desaparecen. Tabletean ametralladoras invisibles. Suena un grito detrás; uno de sus hombres se ha llevado las manos al rostro; la sangre le resbala entre los dedos. Más allá ha caído otro soldado, los demás se tiran a tierra, corren a refugiarse en los árboles, a protegerse con los salientes de los edificios. Los escuadrones que vienen detrás se despliegan rápidamente. Silban los proyectiles y se estrellan contra los troncos o chasquean al romper las hojas de los plátanos, rebotan en las paredes, arrancan chispas de los adoquines.

Los caballos portadores de las ametralladoras se espantan; los soldados han abandonado a uno de ellos que corre despavorido, otro yace en el suelo pateando al aire.

—¡Emplazad las máquinas!

Nadie le oye, nadie le escucha. Los que están enfrente se envalentonan y se asoman a disparar; hay muchos guardias de Asalto, y por el paseo de Gracia se vislumbran docenas de paisanos que corren de un lado a otro, se parapetan donde pueden y disparan. La calle entera va llena de proyectiles.

—¡No dejéis los caballos sueltos!

Le cuesta desenfundar la pistola; junto a él se derrumba un cabo, otro soldado queda tendido, desangrándose, al amparo de un árbol.

—¡Comandante, comandante!

Un soldado conduce herido al comandante Rebolledo. El teniente Puig de Cárcer ha caído derribado por el fuego enemigo.

Algunos de los soldados disparan. Desde un entresuelo unos guardias de Asalto tiran al descubierto. El alférez Hurtado hace fuego con la pistola y la pistola suena infantilmente entre las descargas de fusilería y las ametralladoras que les están barriendo.

Una voz pide socorro; nadie puede atenderle. Si por lo menos consiguiera emplazar las máquinas. Descubre un mosquetón abandonado en el suelo, y corre a recogerlo; la pistola resulta inútil. Ve caer a otro oficial herido.

Se vitorea a la República, se dan vivas a la FAI, se les insulta. De nuevo se asoma apuntando uno de los guardias de Asalto del entresuelo. Cuando quiere echarse al suelo es tarde. Un golpetazo en el pecho le derriba; advierte que no puede sostenerse en pie.

El mosquetón al chocar contra el adoquinado produce un ruido a hierro roto.

Los Dragones de Numancia se repliegan de árbol en árbol.

—¡Han matado al alférez Hurtado!

El estruendo de las descargas no deja oír las voces, y nadie puede prestar demasiada atención a las palabras.

La tercerola arde. Como su cañón es corto mete un ruido infernal. ¡Menudo susto les han dado a los militares! No esperaban el ataque y les han hecho trizas. Segismundo Tardienta pertenece a la caballería de las fuerzas de Seguridad. Una sección de su escuadrón ha combatido pie a tierra; el resto ha quedado en reserva en la parte alta del paseo de Gracia. Tres

compañías de Seguridad y numerosos paisanos se han apostado en esquinas, terrados, balcones, árboles, bancos y demás lugares que pudieran servir de parapeto y han abierto fuego. Los soldados han caído como moscas; los oficiales y unos cuantos «caloyos» han aguantando el tipo. La calle de Córcega ha quedado convertida en un hospital. A ellos les han hedió tres o cuatro heridos nada más. ¡Buen golpe!

Los paisanos que han tomado parte en el choque intentaban acosar a la tropa pero detrás venían refuerzos y les han rechazado. Los paisanos no saben luchar, y con pistolas no se combate; las pistolas son útiles para escaramuzas o para atracos, porque más de uno de los que disparaban deben de ser atracadores de la FAI. Las cosas van así, y hoy —¿por cuánto tiempo?— estos tipos les apoyan a ellos, a los guardias. ¡Vivir para ver!

El cabo de Seguridad Segismundo Tardienta se reagrupa con los compañeros de su sección, y con las tercerolas en la mano se dirigen hacia el café Vienés, a la entrada de la calle Salmerón, en donde ha permanecido el resto del escuadrón montado. Segismundo Tardienta, que fue sargento de caballería en la guerra de África nada quiere saber de la política. Obedece a sus jefes; sus jefes le han mandado disparar contra la tropa y ha disparado. Si le mandan disparar contra estos desarrapados, lo hará. Para eso le pagan y a eso le obliga el uniforme.

Los paisanos se han quedado disparando desordenadamente, malgastando municiones y dando vivas a la República, a la FAI, a Cataluña y a la madre que los parió; si no llega a ser por la fuerza pública, se los comen. Regimiento de Dragones de Santiago, ¡buena tropa! Conoce a alguno de sus jefes de cuando estuvo en África; ahora que en el combate ni les ha distinguido, ni de distinguirlos hubiera dejado de cascarles.

En cuanto él se ha dado cuenta de que traían ametralladoras, ha comprendido cuál era la jugada; disparar contra los caballos y evitar darles ocasión de emplazarlas. Y apuntar contra los oficiales, que una unidad sin oficiales y sin sargentos no vale un pito.

La tercerola le calienta la mano, suda, se ha desabrochado la guerrera. Sus compañeros están satisfechos; Melquíades y Guerra son más fascistas que la puñeta pero a la hora de darle al gatillo no le hacían ascos. Y es que la guerra es eso; te plantan un tío delante y así sea tu padre, le arreas y a otra cosa; y así tiene que ser y así será por los siglos de los siglos.

Los compañeros aprietan el paso, después emprenden la carrera; los oficiales les hacen señas de que se apresuren. Él tiene demasiados años y se resiste al «paso ligero»; para no correr a pie ingresó en las fuerzas montadas.

Continúa el tiroteo pero con menor intensidad; una de las compañías de asalto se reagrupa, los paisanos meten demasiado ruido. Varios automóviles arrancan con los heridos en dirección al Hospital Clínico. Hacia la plaza de Cataluña se oyen también disparos. De la Diagonal donde se cruza con la calle Balmes a medio kilómetro escaso de distancia, han llegado unos paisanos anunciando que se han cargado a los soldados que venían en dos camiones. Artilleros de San Andrés sublevados, según parece. Los tíos, que eran de la CNT, traían máuseres, correajes y los cascos puestos. Con alpargatas y trajes de mahón, o en mangas de camisa; la pinta de los paisanos resultaba singular y poco reglamentaria. Esto parece una mascarada; los hay con pañuelos rojos y negros, y hasta con banderas clavadas en un listón de madera. Pura juerga revolucionaria.

—¡Atención! Abróchense las guerreras. ¡A caballo!

—Preparados.

Los oficiales transmiten órdenes; corre la voz de que una sección va a dar una pequeña carga para sorprender por detrás a los facciosos. Acaricia a «Lagartijo», un bayo de seis años, el mejor del escuadrón salvo los caballos de los oficiales. Él, que entiende un rato de caballos, le echó el ojo en seguida y no ha parado de maniobrar hasta que lo ha conseguido.

Con ruido de cascos sobre el pavimento el escuadrón se pone en marcha. Mujeres y hombres armados les vitorean y levantan el puño. Hay guardias que corresponden saludando con el puño en alto. ¡Que los bomben a todos con sus saludos y sus zarandajas! Curiosa gente estos revolucionarios. Antes ha descubierto entre ellos a un tipo viejo, en mangas de camisa, con una «parabellum» en una mano y en la otra un hatillo hecho con un pañuelo de hierbas. En el hatillo llevaba el hombre sus cartuchos; hacía la guerra por su cuenta. Pero el puñetero tenía puntería. Él le ha gritado: «¡A los caballos, a los caballos de las ametralladoras…!». El otro no le ha hecho caso y cuando los soldados han empezado a zumbar fuerte, ha dado media vuelta y se ha largado.

Suenan muy próximas las detonaciones. Algunos caballos comienzan a espantarse. Calle abajo se descubre la amplia avenida de la Diagonal. Desde las esquinas los de Asalto disparan contra el ejército; aquí también hay paisanos. El capitán del escuadrón de Seguridad cambia impresiones con los oficiales de una compañía de Asalto; corre la voz de que tienen a los soldados medio acorralados. Recuerda la carga de Targuist; aquélla fue una carga de caballería. Nada tan hermoso como el arrancarse los caballos, ponerlos a galope y, sable en mano, repartir tajos a diestro y siniestro. En esta ocasión los Dragones de Santiago han cometido la torpeza de salir a pie, como si fueran «pipis» de infantería. Ahora sabrán a costa de sus propios huesos lo que es una carga.

La primera sección del escuadrón se pone en movimiento; Segismundo afloja las riendas, se afianza en los estribos. Van a cogerles por retaguardia; no les esperan. Redoblan las detonaciones. Comienza el galope; atención a los árboles y al empedrado resbaladizo. Los que les protegían con su fuego cesan de disparar. Ya tienen delante a los militares; están ocultos detrás de los árboles, cuerpo a tierra, en los quicios. «Lagartijo» se revuelve, alza las manos; delante caen dos caballos; las balas silban. Patalea herido otro caballo, el humo desconcierta. Los cascos baten el empedrado levantando chispas. Un jinete vuelve grupas, varios caballos corren enloquecidos sin jinete; un guardia se derrumba cubierto de sangre. Oficiales de caballería salen al centro de la calle con mosquetones y disparan a quemarropa contra los guardias. Los caballos se encabritan; aquí y allá distingue en el suelo uniformes azules. Algunos paisanos que avanzaban al amparo de los jinetes retroceden huyendo. «Lagartijo» se le escapa de entre las piernas; le faltan fuerzas para retenerlo. ¡Maldita sea! Se coge el vientre con las dos manos; el golpazo contra el suelo le conmueve y atonta. Siguen sonando disparos; los cascos de un caballo le pisan la pantorrilla y el muslo. Le ha quedado el rostro apoyado contra los adoquines; la sangre formando regueros geométricos corre por los pequeños cauces de las junturas.

El frenético galopar de caballos se va alejando y los disparos suenan cada vez más distantes.

Segismundo Tardienta se ha clavado las uñas en el vientre; nota las manos húmedas y calientes como si estuvieran muy lejos. Esto no es Targuist, son Dragones de Numancia, ¡malditos sean!, aunque combatan pie a tierra. Arrastrándose, trata de ganar el alcorque de un árbol.

Caballos enloquecidos recorren las calles cercanas al Cinco de Oros. No pueden detenerlos, pasan en tropel de un bando a otro. Uno de ellos arrastra a un guardia que cuelga muerto del estribo con el uniforme hecho jirones y la cabeza ensangrentada batiendo contra los adoquines. Los soldados de Santiago tratan de detenerlos pero no lo consiguen. Un guardia de Seguridad desestribado se esfuerza por dominar a su caballo desbocado, cruza entre los soldados sublevados, y entra de nuevo en la zona ocupada por los suyos. Unos paisanos se colocan delante y haciendo aspa con los brazos pretenden detenerle; cuando el caballo llega se ven obligados a apartarse precipitadamente para no ser atropellados. Guardia y caballo van a estrellarse contra las gradas del obelisco que ocupa el centro de la plaza. Hay caballos que se revuelcan en el suelo sobre charcos de sangre, otro pisa sus propias tripas que le cuelgan. Dos paisanos trasladan en volandas a un guardia herido. Los paisanos que avanzaban han retrocedido a todo correr y han vuelto a parapetarse. Los caballos relinchan. Uno que galopa por el paseo de Gracia choca contra un banco de piedra y cae alzando las patas traseras en un brinco circense. Un grupo de caballos corre de un lado a otro butiondo los cascos con ritmo obsesionante. Los guardias que han resultado indemnes se reagrupan en una calle desenfilada. Jadean jinetes y caballos; varios han sufrido heridas leves. Unos paisanos traen a «Lagartijo» que avanza penosamente, claudicante, con la pata rota. Un hombre corpulento que dice que está empleado en el matadero, les asegura que el caballo ya no sirve para nada y que hay que sacrificarlo; apoya la pistola en la frente de «Lagartijo» y dispara. El animal se sacude de arriba abajo y cae al suelo; todavía un instante agita las patas coceando al aire.

La revista *Match* les ha enviado a Barcelona para que hagan la información de la Olimpíada popular que hoy domingo va a inaugurarse con un solemne acto. Es una Olimpíada popular, democrática, o mejor aún antifascista, que se celebra en España, precisamente en la progresista Cataluña, como réplica de las Olimpíadas que están celebrándose en el Berlín nazi. Atletas de toda Europa, atletas socialistas, comunistas, atletas demócratas, o marxistas disidentes, se han congregado en Barcelona durante estos días.

Los dos periodistas, alemanes de origen y huidos de su patria por razones de raza e ideas, duermen en la misma habitación del hotel Victoria. El balcón, que da sobre la plaza de Cataluña, ha quedado abierto de par en par pues la noche española y mediterránea es calurosa. Ha amanecido, pero el cansancio del viaje es tan considerable que continúan durmiendo a pesar de la luz que entra por el balcón.

Unos estampidos les despiertan: primero nada dicen, ni siquiera los comentan. Tratan de reanudar el sueño y no lo consiguen, pues los estampidos se repiten. Antes de hablarse, de comunicar al compañero la inquietud o el desagrado dejan perezosamente transcurrir unos minutos.

—¿Qué son esos ruidos? Parecen disparos.

—¿No sabes lo aficionados que son los españoles a la pólvora? Cualquier acontecimiento lo festejan con estampido de cohetes y petardos. Estuve hace unos años en Valencia haciendo el reportaje de unas fiestas que celebran. Queman unos muñecos —debe ser en memoria de la Inquisición, supongo— y no había quien aguantara lo que llaman tracas. Mucho más ruido que aquí.

—Pues no van a dejarnos dormir. ¿Y si cerrásemos el balcón?

Los estampidos suenan bajo el balcón, en la misma plaza. Aunque lo cierren no podrán dormir, es demasiado el ruido y la proximidad. Resulta grato quedarse remoloneando en la cama. La inauguración está anunciada para la tarde; antes saldrán a visitar la ciudad. Han observado una gran pasión política; los compañeros barceloneses les hablan de conflictos y problemas que para ellos son difíciles de comprender por sus complicaciones y matices. España, por ejemplo, es el país donde hay más anarquistas y mejor organizados. ¡Eso en pleno siglo XX!

Los cristales del balcón saltan hechos añicos y caen al suelo con estrépito. Han oído el chasquido de otro balazo que ha astillado la madera de la contraventana.

El más joven de los dos periodistas se arroja al suelo; el compañero no tiene, por el momento, ni siquiera ganas de reírse. Transcurrido un instante lo hace con complacencia y el que se había arrojado al suelo se abochorna.

—Ha sido tan de sopetón…

Con precauciones se aproximan al balcón. Soldados con casco y bayoneta calada vigilan mirando hacia balcones y azoteas. Por la parte baja de la plaza, guardias de uniforme azul marino y obreros que empuñan pistolas. En la esquina de la Rambla, en una casa con cúpula de pizarra, ondea la bandera norteamericana; ayer un «yankee» les dijo que aquello era su consulado. Guardias y paisanos mantienen prudente distancia. Se advierte que los soldados les han rechazado del centro de la plaza. Por la acera de enfrente, no lo distinguen bien a causa del arbolado y de la anchura de la plaza, unos paisanos corren llevando cogido por piernas y brazos a un herido. Un oficial del ejército con la pistola en la mano avanza por la acera debajo mismo del balcón; le siguen varios soldados vestidos con guerreras de uniforme y pantalón y zapatos de paisano.

—Fíjate, mira ahí…

Entre los árboles descubren que en el centro de la plaza están emplazando dos pequeñas piezas de artillería de campaña. Los soldados sujetan a los mulos que los disparos espantan.

—¡Hemos de fotografiar esto…!

—Pero ¿de qué se trata?

—Ya lo ves; o el ejército se ha sublevado o los obreros se han lanzado a la acción revolucionaria. ¿No recuerdas los comentarios de ayer, a la llegada?

Se visten en un santiamén; cogen las máquinas y los rollos disponibles y abandonan la habitación.

Mientras corren por el pasillo hacia la escalera el tiroteo se ha generalizado.

—Muchos tiros se oyen, ¿no nos matarán?

—Los reporteros disfrutamos de siete vidas… Y la ocasión es única. El mejor trabajo de nuestra vida. ¡Ya lo verás, amigo!

Palma

Se cumplen hoy diez días de que el escritor Antonio Espina ha llegado a Palma de Mallorca en calidad de gobernador civil. Antonio Espina tiene cuarenta y dos años de edad y ha publicado varios libros de poesía, ensayo, novela y cuentos. Después de su experiencia como gobernador civil de Ávila había decidido abandonar la política activa y dedicarse con mayor intensidad a la literatura, principalmente al libro sobre Ángel Ganivet en el cual trabaja. Amós Salvador, antiguo ministro de la Gobernación, fue quien le convenció un día que se encontraron en los pasillos del Congreso de que aceptara el cargo en Palma de Mallorca. En su brillante carrera política el gobierno de Palma puede representar ventajoso escalón. Lo cierto es que desde la caída de la Dictadura no ha publicado ningún libro más; sólo mantiene su colaboración en *El Sol*.

Desde su despacho, a pesar del aislamiento, de la soledad en que se sabe, pues el edificio salvo la presencia de los representantes de los partidos del Frente Popular está semiabandonado, percibe el nerviosismo de la ciudad. Sonríe mentalmente cuando recuerda que don Amós Salvador le convenció de que el gobierno de Palma era cargo sumamente tranquilo y la isla de Mallorca excelente lugar para pasar el verano.

El agente de policía señor Roldán le tiene informado de la situación. A pesar de que el estado de guerra no ha sido declarado, la sublevación ha estallado en la ciudad. En distintos lugares céntricos, paisanos armados pertenecientes a las Juventudes de Gil Robles, y más aún falangistas con camisas azules y brazaletes, patrullan armados con fusiles y correajes. Los militares se los han entregado.

Esta reunión en su despacho es como velatorio; lo triste es que el papel de difunto le corresponde a él, no precisamente al escritor Antonio Espina, sino a la autoridad que representa al Gobierno de la República.

Sus relaciones con el general Goded, las pocas que ha tenido en tan escasos días, han sido cordiales; el gobernador militar le había causado una impresión favorable. En su primera entrevista no dejó de halagarle que el general le conociera y aun que leyera sus artículos de *El Sol*. Un militar que lee *El Sol*, en principio ofrece ciertas garantías. Pero en los días de su llegada las circunstancias eran muy distintas. La isla está dominada por las derechas, tanto por los amigos de don Juan March como por los continuadores de la política maurista; nada, sin embargo, hacía suponer que pudiera desembocarse en un estado de tensión como el alcanzado en estos últimos días. La chispa fue la noticia de la muerte de Calvo Sotelo. Por confidencias ha sabido que causó honda sensación y que fue comentada con exaltación en los cuartos de banderas.

El jueves ha recibido un telegrama cifrado pidiéndole que sondeara al general Goded y averiguara su actitud y la del resto de la guarnición en relación a un movimiento militar que parecía inminente y lo era, puesto que ya se ha producido. Cuando le expuso la situación,

Goded se mantuvo tranquilo y cordial pero ambiguo. No consiguió arrancarle promesa firme de apoyo al Gobierno. El general se escudaba afirmando que él creía que en Madrid se hallaría solución satisfactoria para el lamentable estado de cosas a que se ha llegado.

Ha mantenido comunicación con el ministro de Gobernación y con el subsecretario, Ossorio Tafall. Las instrucciones que le han dado: que responda al bando del estado de guerra con la huelga general. Reunido con el Comité del Frente Popular han efectuado un balance de fuerzas; la impresión ha sido desoladora. Nadie se atreve a contar con la Guardia Civil a pesar de que estén a sus órdenes, y en cuanto a los carabineros por hallarse diseminados en diminutos destacamentos en toda la isla, hace que tampoco pueda contarse con ellos. Ante los jefes políticos y sindicales ha hecho constar que son ellos quienes deben adoptar medidas para que la huelga general se lleve a efecto.

Estaba informado de que la orden de sublevarse les llegaría a los militares por medio de un telegrama expedido desde la Península. Un telegrafista le entregó un comunicado que había interrumpido. Redactado en clave, se aludía a un parto, pero ¿no pueden haber enviado varios telegramas semejantes por diversos conductos?

Ayer, todavía, por hilo directo consiguió hablar con Ossorio Tafall y con Carlos Esplá; le costó trabajo conseguir comunicación con Madrid. Les informó de la situación en la isla, de su ambiente de inquietud, a pesar de lo cual ningún hecho se había producido que anunciara la sublevación. En Madrid reinaba la misma inquietud y le pareció que sus interlocutores estaban agobiados. Es la última vez que ha conseguido comunicar con el Gobierno; durante la tarde de ayer dejaron de funcionar las comunicaciones.

No hace aún veinte horas que telefoneó el general Goded y sus respuestas fueron igualmente ambiguas: «Subordinación a la autoridad militar». A medida que transcurrían las horas se ha sentido mas aislado e inseguro en este despacho. Trató de hablar con Barcelona y tampoco lo consiguió; la isla se halla incomunicada con el resto de España.

El viernes envió a su esposa y a los dos niños a casa de una familia amiga pues había recibido la confidencia de que el teniente coronel de ingenieros García Ruiz se proponía asaltar el Gobierno Civil.

Acompañándole en su despacho, están el abogado Feliu, Ferbal, Ferrer Sans, García y algunas personas cuyo nombre ni siquiera recuerda a pesar de que le fueron presentadas a su llegada a la isla.

De la antesala proviene un barullo intranquilizador; no le queda tiempo de prevenirse. La puerta se abre violentamente y entra un oficial empuñando una pistola; le acompañan tres más. Se pone en pie; el oficial y el gobernador quedan frente a frente. La palidez del oficial debe ser reflejo de la que en su propio rostro deben ver los demás.

—Señor gobernador; tengo orden de detenerle. Resigne pues el mando.

Los representantes del Frente Popular se han apartado; observan a los oficiales y muchos ojos se dirigen a la pistola desenfundada.

—Ustedes, señores, son testigos de que no resigno el mando, de que me es arrancado por la violencia.

Los presentes no son capaces de disimular su desconcierto; se enfrentan con una situación nueva de la cual no hay precedentes. Al salir de su despacho la antesala se halla ocupada por personas desconocidas; algunos ciudadanos visten camisa azul. Le abren camino sin manifestaciones de hostilidad. Cuando llegan a la puerta de la calle observa agitación en el Born. Sube en un automóvil y se sienta junto al oficial, que al salir del despacho ha enfundado la pistola. Los que le acompañan, militares también, ocupan otro coche que arranca cuando se pone en marcha el suyo, y les sigue como escoltándoles o vigilando al gobernador civil de Palma de Mallorca.

Barcelona

No se ha atrevido a desembocar en la plaza de España ocupada por soldados de caballería. El automóvil que lleva pintados letreras de «Viva la CNT-FAI» ha bajado por la calle Méjico sin que se hayan producido encuentros desagradables ni sorpresas.

Perramón ha pasado la noche vigilando el cuartel de caballería de la calle de Tarragona. Al amanecer han salido formados a pie tres escuadrones del Regimiento de Montesa. De acuerdo con lo convenido se ha replegado con sus compañeros hacia la plaza de España. Allí, hay un cuartel de Asalto cuyos guardias suponían se inclinarían al lado del pueblo, pero cuando las tropas se han presentado les han permitido instalarse en la plaza y emplazar dos ametralladoras sin hacerles resistencia ni molestarles. Los soldados han comenzado a exigir la documentación y a cachear a los paisanos que circulaban por la plaza o permanecían en las aceras. Ante el peligro de que cogieran a alguno armado, han decidido retirarse hacia la desembocadura de la calle de Cruz Cubierta y carretera de la Bordeta. Vigilan en cierta medida la prolongación de la amplia Gran Vía donde se impone mayor prudencia, pues a retaguardia, en dirección al Prat, queda el cuartel de ingenieros de Lepanto. Los confederados mantienen bloqueadas a las tropas por este lado de la ciudad y controlan las comunicaciones con Sans y las barriadas del sudeste de la ciudad, así como la carretera de Madrid y Valencia.

Antes de que las tropas ocuparan totalmente la plaza, Perramón ha cogido un automóvil que requisaron en un garaje y, con Almendralejo y Huguet, han ido por el Paralelo hacia el centro de la ciudad.

En el comité regional han cambiado impresiones con Mariano Vázquez, y cerca de la Jefatura de Orden Público, en la Vía Layetana, ha encontrado a algunos compañeros y también a Gorkin y a Gironella del POUM, discutiendo con los de la Generalidad por el asunto de las armas. Un tiroteo les ha obligado a refugiarse en un portal varios minutos. Disparaban ocultándose en las azoteas; el enemigo no ha dado la cara.

El regreso lo ha hecho por Miramar y Montjuic para evitar el posible encuentro con las tropas sublevadas. Al pasar ante la piscina municipal ha oído un fuerte tiroteo que procedía del Pueblo Seco; los compañeros del Sindicato de la Madera que probablemente le han cortado el paso al ejército.

Trae media docena de fusiles que después de muchas discusiones ha conseguido. Le han encarecido que intente cerrar a las tropas el paso a Sans, y que estreche la vigilancia sobre los cuarteles de Lepanto. Se espera que los aviones de la base del Prat ataquen a los fascistas.

Militares rebeldes han alcanzado la plaza de Cataluña; les acometen compañeros, apoyados por guardias de Asalto y por algunos socialistas y pequeños burgueses catalanistas. Alrededor del monumento a Colón hay tiroteo, y se han visto obligados a rodear por las callejas del casco antiguo y ganar el Paralelo por la calle Conde del Asalto.

La Confederación está en la calle con armas o sin ellas; y los guardias de Asalto y Seguridad, excepto éstos de la plaza de España que no comprende qué hacen, se han puesto al lado del pueblo y de la Generalidad.

Abandonan el coche en la calle de Cruz Cubierta. Los compañeros se le acercan. Gregorio Peña, que trabaja en la fábrica de cementos Sansón, al descubrir los fusiles pretende quitárselos. Perramón no puede manejar un fusil con el brazo escayolado, pero desea encargarse personalmente de la distribución.

—¡No los toques! Traigo órdenes del Comité Regional… Coge uno para ti; atrás van municiones. Almendralejo y Huguet se quedan con otro par de mosquetones.

Un hombre moreno con patillas se le acerca.

—Compañero, dame uno a mí. Serví en el ejército y soy tirador de primera. Estoy en el piquete de cerca del bar La Pansa.

—Es cierto —interviene otro—; yo lo sé, que fue tirador de primera; he leído los papeles.

Perramón le alarga uno de los fusiles. Los demás se arremolinan reclamando.

—Yo también soy tirador de primera.

—¡A mí, uno!

—Ése no es de Sans; los fusiles deben ser para nosotros.

Un mozalbete ha pasado corriendo a través del grupo, ha cogido uno de los fusiles y sin siquiera preocuparse de la munición, escapa. Por más que le gritan no consiguen detenerle.

Los dos que le quedan se los entrega a un viejo que presenta papeles demostrando que es carabinero retirado, y a un compañero del ramo de la Construcción recién llegado a Barcelona, cazador furtivo en un pueblo de Extremadura.

—¿Qué dice Durruti?

Perramón no ha visto a Durruti; pero sabe que utilizando su nombre refuerza su propia autoridad.

—Que economicemos munición, que tiremos sólo sobre seguro. Y que vigilemos también a los de Asalto.

—¿No podéis proporcionarme algún arma? Soy republicano de toda la vida…

—No hay más armas, compañero. Que te la den los tuyos…

—Es que no pertenezco a ningún partido…

Es un hombre de unos cuarenta años en mangas de camisa, de aspecto mesurado. Calza zapatos limpios y el pantalón se advierte planchado.

—Mira, compañero… Yo no te conozco. Aseguras que eres republicano, muy señor mío… Pero no sé qué decirte.

—Soy escribiente en el matadero… Aquí cerca queda mi casa…

—Yo le conozco, es buen elemento. Vive frente a mi casa; su mujer es planchadora.

—¿Eres escribiente, dices? Pues verás…

Saca un carnet de notas arrugado, y con un lápiz, después de humedecer la punta con la lengua anota un teléfono.

—Te vas a ese bar y quedas atento al teléfono. Si ocurre algo, te avisaré en seguida. Es el Sindicato de la Construcción; tienen guardia permanente. Tú les telefoneas de parte de Perramón.

Suenan disparos de pistola; les contestan fusiles y unas ráfagas de ametralladora. De las esquinas hacen fuego contra la tropa y los soldados replican. Dos minutos después cesa el tiroteo.

El mozalbete que escapó con el fusil, se acerca corriendo a los del grupo.

—¡Balas! ¡No tengo balas!

Perramón levanta el brazo como si fuera a pegarle un revés.

—¡Desgraciado! ¡No te doy cuatro tiros porque me das lástima! ¿Quién te ha dado permiso para coger un arma? Si no hay disciplina entre nosotros, no haremos nada de provecho.

Intenta arrebatarle el fusil pero el muchacho lo agarrota y defiende.

—Yo sé disparar, tengo buena puntería.

—¡Vete, que no te vea! Dile a aquél, a Huguet, de mi parte, que te entregue un paquete de cartuchos. ¡Y como te vea desperdiciarlos, te vuelo los sesos!

El muchacho sale escapado hacia la desembocadura de la calle en donde están montando guardia.

Hombres y mujeres desarmados, vagan, esperando la ocasión de proporcionarse un arma. Perramón los observa, mira hacia el pavimento de adoquines y las vías del tranvía. Lo mejor será cortar las calles por medio de barricadas.

—¿Dónde se ha metido «El Gravat»?

—Está en el bar…

—Que venga ahora mismo.

«El Gravat» es un hombre maduro, lleva anudado al cuello un pañuelo rojinegro y se toca con gorro militar.

—¿Tú no trabajas ahora en el Fomento de Obras?

—Para servirle a usted, mi capitán…

Se cuadra militarmente caricaturizando el saludo. Los demás se ríen. Su rostro moreno aparece picado de viruelas.

—¡Déjate de bromas! Vas a encargarte con todos éstos de levantar una buena barricada; desde aquí hasta aquella pared. Dejáis un paso estrecho por el lado.

Espantado, viene corriendo Gregorio Peña.

—¡Han llegado dos camiones con artillería! Emplazan un cañón junto a la fuente. ¿Qué hacemos?

—Corre al bar, y avisa al escribiente que dice que es republicano. Que telefonee en seguida al Sindicato de la Construcción y que lo comunique.

«El Gravat» se pone a liar un cigarrillo. Los presentes se quedan observando a Perramón.

—¿Qué miráis? Ahora mismo, a construir la barricada… ¡Bien resistente! ¿Qué hacéis ahí quietos? ¡Vosotras también, a trabajar! Y tú, «Gravat», no te duermas… Voy a averiguar qué es eso de los cañones.

Llueven proyectiles de los cuatro puntos cardinales. No consigue averiguar de dónde les disparan, pero oye los silbidos y el chasquido de las balas que revientan alrededor, en los árboles, en el suelo, en los bancos de piedra. No parecen tocar a nadie; la compañía se ha desparramado y avanza lentamente, pues cada cual busca protegerse del fuego enemigo.

El alférez Casterad ha dicho que les disparaban carabineros parapetados en el edificio de la Aduana; él no los descubre, pero los muy cabrones tiran a dar. También llegan proyectiles de arriba, del monumento a Colón, y de la parte de Casa Antúnez, y de los tinglados del Puerto. Atarazanas y Dependencias Militares permanecen en poder del ejército; ellos tienen que incorporarse a Capitanía según les ha dicho el capitán López Belda que les manda.

—¡Arriba, muchachos! Corran desplegados…

Si le han de pegar un tiro, que acabarán pegándoselo, mejor es que sea haciendo algo, porque si se quedan aquí clavados les acribillarán como a conejos indefensos. Abandona el pobre refugio de un árbol no muy grueso y aprieta a correr en dirección al edificio de Dependencias Militares. Un oficial que se asoma al pórtico les hace señas de que se refugien. Junto a él corre un sargento, que cada dos o tres pasos se vuelve y, sin detenerse, dispara hacia la Aduana. Luys Santamarina, escritor y camarada, forma parte del grupo. Por la Rambla zumban las balas en dirección al puerto. Detrás de él cae un soldado herido y los camaradas lo recogen.

En su vida ha pasado tanto miedo. Cuando llega a Dependencias Militares dejan de zumbar los proyectiles. Se detiene jadeante en el pórtico. En la puerta hay varios militares conversando. Alguno de los soldados y falangistas de la compañía de López Belda se meten en el interior del edificio. El pecho le duele de fatiga; no tiene edad de andar en estos trotes.

—¡Eh, vosotros! No os metáis dentro, hemos de ir a Capitanía.

Se ajusta las cartucheras y deja abierto el cerrojo del mosquetón para que el cañón se enfríe. No sabe qué hora es, debe de ser temprano. El monumento a Colón, las «golondrinas» amarradas al muelle, los vapores, la vía férrea, los tinglados; nada parece haber cambiado, y sin embargo ha adquirido de pronto un aspecto distinto, trágico. No se descubre a nadie; si acaso una silueta que pasa a la carrera amparándose en donde puede. El ruido de los disparos y la soledad convierten en insólito este lugar de costumbre tan concurrido. El domingo pasado vino por aquí de paseo con sus hijas. A sus cuarenta y tantos años ha cruzado la misma Puerta de la Paz entre disparos, disparando él mismo, vestido con una guerrera de soldado que le viene estrecha, con estas cartucheras y este gorro del cual hace una hora los amigos se guaseaban. A ninguno de ellos les quedan ganas de reír.

Los rezagados van llegando bajo un fuego que amengua. Los oficiales que están a la puerta, discuten.

—Disparan desde lo alto del monumento. Venían proyectiles de arriba.

—Podríamos emplazar una ametralladora y batirlo.

—Está blindado…

—¿Y quién habrá ahí arriba?

—¡Yo qué sé!

—De la FAI… o guardias…

—A mí me parece que identifico disparos de una máquina o por lo menos un fusil ametrallador.

—Habrá que andar con ojo, porque nos domina de todas todas…

De las ventanas del edificio de Dependencias Militares parten también disparos que mantienen despejado el primer tramo de la Rambla.

Ayer noche, para cumplir las órdenes que le habían dado, se reunió en Casa Escaño, una taberna de la calle Euras, con un grupo de amigos falangistas; tomaron unas copas y después en taxi se trasladaron al cuartel de Pedralbes. Encontraron a muchos conocidos: Eduardo Cassou, Fernández Ramírez, Ferrer, Fontes, García Teresa, Miró, Soler Mestres, Ribes, Enrique Castillo, Put, Sacasa, Armenteros, Poblador y otros a quienes conoce de vista.

Les han vestido hechos unas fachas, más ridículos todavía quienes como él ya tienen la licencia absoluta y peinan canas. No podía dejar de acudir a esta cita, siempre estuvo presente en donde ha habido jaleo, desde los tiempos en que María Fócela cantaba en el Goya lo de «Banderita tú eres roja, banderita tú eres gualda» y venían los catalanistas a armar escándalo; una noche arrojaron a uno de ellos al patio de butacas. Más adelante repartió estacazos en tiempos de la Unión Patriótica. En fin, que a sus cuarenta y tres años no podía rajarse, y aquí está y que sea lo que Dios quiera. Porque lo de hoy, la verdad, parece serio y peligroso.

Al amanecer han salido formados de Pedralbes y han seguido por la Diagonal, después han bajado por la calle Urgel y al llegar a la Gran Vía los de la columna de López Amor han tomado hacia la plaza de la Universidad, y ellos han continuado por Urgel y la Ronda de San Pablo. En el Paralelo les han tiroteado los del Sindicato de la Madera de la calle del Rosal. El capitán les ha dicho que no se entretuvieran en contestar, que lo importante era llegar a Capitanía adonde acuden de refuerzo. Han tomado por la calle de las Flores y después por la de Vila Vilá; lo gordo ha empezado al cruzar el Paralelo y meterse en el paseo de Colón por delante de las Atarazanas. Esos trescientos metros se le han hecho quilómetros, y menos mal que lo cuenta.

Los de la primera sección se reagrupan. López Belda es un tío templado y da ánimos; parece que con él no vayan los tiros.

—¡Preparados! Vamos a continuar hacia Capitanía. Como disparan desde la plaza de Antonio López procuren arrimarse a las paredes. Mucha atención a los tinglados y a la verja del Puerto, pueden haberse parapetado…

Van a jugarse otra vez el pellejo; les zumban de todos sitios y los faieros les acechan desde detrás de la verja, a cubierto. Tiran con pistola; en cambio los carabineros, si eran carabineros los que disparaban de la Aduana y de detrás de unos vagones de mercancías, ésos sí que daban miedo. Aunque si te cascan lo mismo dará que la bala sea de pistola que de fusil.

—Salgan de uno en uno, a paso ligero…

El paseo de Colón permanece desierto. Al final se descubre la estatua del marqués de Comillas, y al fondo, como el día está claro, la verde arboleda del parque.

Chascan los balazos en el zócalo de la pared; resulta inútil y aun peligroso detenerse; sigue corriendo con el fusil en la mano. Está demasiado viejo; ha llevado mala vida, beber, fumar, trasnochar, mujeres cuando las ha conseguido, y el naipe y los amigotes. No le cuadra correr como un soldadito de veinte años.

En una esquina se detiene con un sargento, dos soldados, y otro de los paisanos voluntarios. Recogen del suelo a uno que no sabe si está herido o muerto.

—Tiremos contra los tinglados. Apunten, ¡fuego!

El sargento da las voces reglamentarias. Frente a ellos sobre la cerca que corre a lo largo de la zona portuaria, han surgido pequeñas humaredas que denunciaban otros tantos disparos.

—Hay guardias por ahí. ¡Ojo! —les grita uno con gafas—. He visto uniformes azules.

—Hagámosles un par de descargas más. Pero apuntadme bien…

Una gran bandera cuelga del mástil de Capitanía. Al sol naciente destacan sus tres colores; rojo, amarillo y morado. El edificio de la división, en donde podrán resguardarse y no luchar con desventaja, a cuerpo limpio como lo hacen, dista un centenar escaso de metros.

Por fin ha conseguido línea con Palma de Mallorca. El general Fernández Burriel, jefe de la brigada de caballería, ha asumido el mando del alzamiento en Cataluña hasta que se presente para ponerse al frente el general Goded, designado por el mando supremo. Iba a asumirlo el general Legorburo, de artillería, pero por antigüedad le corresponde a él.

El general Fernández Burriel telefonea desde el despacho del coronel del Regimiento de Caballería de Montesa; están con él el propio coronel Escalera y varios jefes y oficiales. Acaba de presentarse un capitán que le ha dado cuenta de que el primer escuadrón, que manda el teniente coronel Mejías con los capitanes Ortega y Aguilera, queda en la plaza de España, que han ocupado sin resistencia, y que los guardias de Asalto del cuartel que hay en la misma plaza no se han opuesto y colaboran al mantenimiento del orden, alejando a algunos paisanos armados que cubren las entradas de Sans. Ha habido tiroteos que han producido una baja a poco de abandonar el cuartel. El capitán de artillería, Sancho Contreras, del cuartel de montaña de los Docks, ha llegado con dos piezas que han sido emplazadas para hacer frente a los revoltosos si se deciden a acometer. Las noticias son pues halagüeñas.

—Deseo hablar con el general Goded… El general Fernández Burriel que le llama desde Barcelona…

Lo importante es que venga pronto Goded y se haga cargo del mando; a Goded que es el jefe le corresponde asumir la responsabilidad y tomar las iniciativas pertinentes.

—Mi general. Esto marcha. Las tropas de caballería, de infantería y de artillería están en la calle y van cumpliendo sus objetivos.

—La radio de ahí, que sigue en poder de la Generalidad, da a entender que están siendo batidas, y que no progresan; lo estoy oyendo.

—En algún punto se ha tropezado con dificultades, pero proseguirá el avance.

—¿Y los guardias?

—Mi general, ahora mismo acaba de llegar un capitán de la calle; está conmigo. Me informa que la situación es satisfactoria, por lo que él mismo ha comprobado. Que los de Asalto confraternizan con el ejército, salvo excepción que haya podido producirse.

—General. ¿Hay con usted algún jefe?

—El coronel del Regimiento de Montesa, Escalera…

—Le conozco; que haga el favor de ponerse…

¿Será que el general Goded no confía en lo que le está diciendo, o será muy amigo de Escalera? Escucha lo que dice el coronel. Parece que Goded se queja de que no le hayan mandado por radio el mensaje convenido. Quizá debían haberse apoderado de Radio Asociación, que en verdad está animando a los contrarios. Puesto que el mando supremo ha designado a Goded que venga pronto a dirigir lo de Barcelona, que se responsabilice y que sea Goded quien se encargue de lidiar con Llano de la Encomienda, que desde la división está obstaculizando las operaciones, y que por el hecho de ser el jefe de la división y mostrarse de acuerdo con el Gobierno, con la Generalidad y con el populacho que anda libremente por la calle, les está colocando a los patriotas en situación ilegal.

El coronel Escalera le entrega el aparato.

—El general Goded desea hablar nuevamente con usted.

Quizá la impresión que le ha dado a Goded peque de optimista; de lo que ocurre en el conjunto de la ciudad tiene ideas poco concretas. La lucha se está generalizando, pero nadie podrá en definitiva oponerse al ejército en armas; la Guardia Civil, por el momento, ha adoptado una actitud pasiva, neutral.

—Mi general, yo creo que sería conveniente que viniera usted lo más deprisa posible…

—Estoy esperando la escuadrilla de hidros que tiene que llegar de Mahón y se está retrasando. Pero, dígame una cosa, Burriel, ¿cuál es, en resumen, la actitud de Llano de la Encomienda?

—Un desastre; ya lo preveíamos. Está contra nosotros descaradamente; no hace más que estorbar nuestros planes con toda la mala fe.

—¿Pero dónde está, que puede hacerlo?

—En la división…

—¿Cómo en la división? ¿Libre?

—Nuestra gente le vigila, claro…

—¡Eso no puede ser! Hay que detenerle en seguida.

—¿Qué hago, entonces?

—Trasládese a la división sin perder un momento y proceda contra él.

—Lo haré, pero le esperamos a usted…

El general Fernández Burriel, golpea el aparato. La comunicación se ha interrumpido.

—Oiga, Goded… Mallorca, ¡óigame…!

Lo cuelga con gesto contrariado; los demás le observan.

—Se ha cortado la comunicación.

No lejos del cuartel se oye el estampido del cañón. Los cristales del despacho retiemblan.

—Es en la plaza de España.

—Mi general, son las piezas del capitán Sancho Contreras. Habían decidido disparar si los paisanos les agredían. Levantaban una barricada a la entrada del barrio de Sans.

Los oficiales comentan con satisfacción la intervención de la artillería.

—Señores, voy a trasladarme a la división. Hay que proceder con energía contra el general. Lo lamento, pero con su actitud nos está perjudicando gravemente.

Suenan unos golpes a la puerta.

—Da usía su permiso…

Un cabo del tercer escuadrón se abrocha rápidamente la guerrera. Las manchas de sudor bajo las axilas, el rostro congestionado y la respiración entrecortada denotan que ha corrido un gran trecho. Al cuadrarse da un taconazo.

—A sus órdenes. Me envía el capitán García Valenzuela. El tercer escuadrón se encuentra detenido en el Paralelo. Nos hostilizan por todos sitios; hemos sufrido muchas bajas. El capitán Santos Villalón, gravemente herido, ha podido ser evacuado. Un capitán de guardias de Asalto está con nosotros pero los números mantienen una actitud equívoca. Los paisanos disparan de las calles laterales y nos hallamos casi al descubierto. Les hemos causado también muchas bajas.

—Y esos dos cañonazos, ¿qué han sido?

—Nuestros. Pasaba corriendo por la plaza de España. Apenas me he detenido. Una barricada con paisanaje, que cerraba esa calle ancha que va a Sans, ha volado por el aire hecha trizas; he visto paisanos que saltaban con ella. Al desaparecer la polvareda, el suelo ha quedado cubierto de muertos…

—Señores, ¿está ahí el coche blindado? Vamos para el Paralelo y de ahí a la división. Espero que tengamos el paso libre.

Barcelona: Luis Companys Jover (1883-1940), presidente de la Generalidad de Cataluña. En la madrugada del 19, y a poco de salir las tropas de los cuarteles, se traslado a la Comisaria General de Orden Público donde permaneció hasta después de la rendición de Capitanía.

El 19 de julio, al amanecer, se subleva la guarnición de Barcelona. Las fuerzas de Asalto que dependían del gobierno autónomo, se enfrentan decididamente al ejército. En las calles del Ensanche estos guardias se parapetan, tras los caballos muertos, de una batería del Regimiento 7.º ligero que fue finalmente aniquilada.

Manuel Goded Llopis (1882-1936), general jefe de la Comandancia de Baleares, que se hizo cargo de la 4.ª División, instalándose en Capitanía, donde fue hecho prisionero.

Parapeto ambulante improvisado por guardias de Asalto.

Frente a la Comisaria General de Orden Público, guardias civiles y paisanos armados.

Heridos en la Ronda de la Universidad. Las tropas estaban a escasos metros.

Miembros de los sindicatos obreros y de los partidos del Frente Popular se echaron a la calle en la madrugada del 19, colaborando con los guardias de Asalto.

Cadáver de un paisano no lejos del edificio de Capitanía.

Escena en la Vía Layetana. Un cañón tomado a los artilleros.

Palma

Mientras sube las escaleras del palacio de la Almudaina observa la anormal animación; llegan y salen militares y paisanos con camisas azules de uniforme y armas. El sol da sobre las palmeras y las tiñe de un verde amarillento.

La antesala del general Goded está ocupada por altos jefes de la guarnición que charlan animadamente en corrillos, algunos de ellos ostentan sobre el pecho sus condecoraciones.

Le miran sin hostilidad, con curiosidad; otros ni siquiera saben que es el gobernador depuesto hace unos minutos. Comunican al general que don Antonio Espina ha llegado. En seguida se abre la puerta; el general le hace signos de que pase.

—Lamento, señor Espina, haber llegado a una situación tan dramática; esperaba que todo pudiera resolverse de otra manera. Siéntese, haga el favor.

Goded, de uniforme, con la pistola al cinto, le examina con sus ojos oscuros, inquisitivos, inteligentes. Su actitud es cordial. Antonio Espina siente una fatiga atroz, una decepción ilimitada que apenas le deja espacio para preocuparse por su situación personal, por su inmediato porvenir.

—General Goded, a pesar de todas las previsiones, usted ha secundado la acción militar…

—Las circunstancias excepcionales por las que atraviesa España lo justifican todo. Nos hallamos en una situación dificilísima y debemos actuar con decisión. Señor Espina, no tengo nada que ocultarle, dentro de un momento salgo para Barcelona para ponerme al frente de la guarnición… Una papeleta difícil… Tan difícil, que si fracaso…

El general Goded por un momento se ha quedado pensativo; en ademán rápido se lleva la mano al pecho fingiendo disparar una pistola. Espina ha perdido su capacidad de asombro. Los dos se miran y callan. ¿Qué podría decirle? A pesar de la aparente corrección, ¿no es acaso su prisionero?

—Confío en que todo salga como esperamos para bien de nuestra Patria. Y de nosotros mismos…

—Yo, mi general, no sé qué contestarle…

—Señor Espina, voy a abandonar Palma y antes desearía arreglar algunas cosas. Usted, momentáneamente, será recluido en el castillo de San Carlos… Lo siento, por otra parte estará más seguro allí. Querría, si no le parece mal, ocuparme de su familia. Mandaré un ayudante mío a comunicarles lo ocurrido y cuál es su situación hasta que podamos resolver algo; y al mismo tiempo ofrecerme a su esposa para lo que necesite.

De nuevo se miran a los ojos. Su familia está albergada en lugar seguro, pero ¿para qué ocultárselo? Su mujer, sus hijos… Vinieron ilusionados a esta isla; ¿quién sabe qué aventuras les tocará correr? Esto es sólo el primer capítulo.

De la cartera saca una tarjeta y apunta en ella la dirección y el nombre de los amigos en cuya casa se alojan.

—Tenga; le agradeceré que les tranquilice; si lo consigue…

El general Goded coge la tarjeta, la lee y la deja sobre la mesa.

—Haré que le acompañen dos oficiales. No sé cuánto tiempo tendrá que durar su arresto —el general le mira y sonríe—. Ustedes me han declarado la huelga general.

Como si fueran dos amigos que hubiesen estado tratando de algún negocio, salen juntos del despacho y cruzan entre los militares que ocupan la antesala. Junto a la escalera el general Goded le estrecha la mano.

—Que los dos tengamos suerte… si eso es posible.

En la calle le deslumbra el sol. El teniente Ramonet y otro oficial le acompañan. El público se acerca a mirarle. Suben al automóvil. Suenan algunos silbidos; el automóvil arranca. En la ciudad se oyen tiros dispersos.

Pamplona

Desde el amanecer han comenzado a presentarse en la plaza del Castillo los requetés navarros. El sol se alza sobre esta anchurosa plaza rodeada de soportales como tantas plazas españolas, a esta anchurosa plaza donde convergen los caminos del antiguo reino de Navarra. La Diputación foral preside la plaza cuyo centro ocupa un provinciano quiosco de música. Muy cerca de la plaza del Castillo sobre el suelo una placa testimonia el lugar en que hace cuatro siglos cayó herido el capitán Íñigo de Loyola.

Huele a gasolina, a aventura, a campo, a sudor. En las primeras horas de la mañana una compañía del Regimiento de América, mandada por el capitán Luque, ha dado lectura frente al hotel *La Perla* al bando firmado por el general Mola proclamando el estado de guerra.

Desde la tarde de ayer, por toda Navarra de sur a norte y de este a oeste, ha circulado la orden de concentración: «Cúmplase la orden del 15; mañana en Pamplona a las seis», y de boca en boca por los campos, por los bosques, a lo largo de los ríos, por villas, pueblos y caseríos, en iglesias, en círculos carlistas, en tabernas, en las casas, en los establos ha corrido la consigna pronunciada con júbilo en voz alta, sin recatarse ya: «Al amanecer en Pamplona». Desde que ha roto el alba están llegando en camiones, en coches de línea, en autos, a pie, los requetés navarros. Vienen con sus boinas rojas, con camisas caquis, con bandas, con albarcas, con alpargatas, con botas montañesas; vienen con cananas de cazador, con mantas terciadas, con morrales, con botas de vino, con vivas, con canciones. Los requetés navarros, hijos y nietos de carlistas, con revólveres, con escopetas, con pistolas, con viejos e inservibles fusiles, se presentan en la plaza del Castillo con ruido de motores, con saludos, con banderas desplegadas. Sobre el pecho lucen medallas, escapularios con el «detente bala», cruces, sagrados corazones. Han abandonado los ganados, las herramientas, la cosecha, las mujeres, los hijos. Los de Villava se han presentado con el Ayuntamiento al frente; a los de Lumbier les acompaña también el municipio en pleno, el juez y el cura.

Por carreteras, por caminos; de las sierras de Andía, de Urbasa, de Roncesvalles, de las sierras de Leyre y Arrigorrieta descienden los montañeses; de Tafalla, de Olite, de Corella, de Fitero, acuden mozos de la Ribera. «Al amanecer todos en Pamplona». Son un ejército civil, abigarrado, con banderas rojigualdas, porque ellos, tradicionalistas, no acatan la República, como no acataron, de abuelos a padres y de padres a hijos, la monarquía isabelina o alfonsina.

No llevan los más, por demasiado jóvenes, cartilla militar con la indicación de «Valor, se le supone». Van llegando procedentes de Sangüesa, de Aoiz, de Mendigorría. Remontando el Camino de Santiago acuden los de Estella, y los de Puente la Reina; convergen en la plaza del Castillo con quienes en sentido inverso siguen la ruta jacobea; los de Huarte, Valcarlos, Burguete. Van presentándose los de Roncal, Ochagavía, Isaba, los de Peralta, Arguedas, Echarri-Aranaz, los de Irurzun, Santiesteban. Artajona ha concurrido con todos sus hombres.

Como para una romería, como para los sanfermines, como para las ferias, los autobuses de línea marchan hacia la capital: La Lumbierina, El Ega, La Salacenca, La Sangüesina, La Estellesa, la Baztanesa… Leñadores, aserradores, pastores, los de tierra de pan, los de tierras de vino, hortelanos, curtidores, herreros, los comerciantes de las villas, carniceros, ebanistas, contrabandistas, los buhoneros, los esquiladores, los toneleros, albañiles, labradores, los que injertan, los que cavan, los que siembran, los que podan, los que siegan, los que vendimian.

En secreto llevan años instruyéndose para la guerra y vienen dispuestos a hacer la guerra. Acuden los padres, los hijos, los hermanos, los primos, los amigos. Curas y sacristanes, abogados y médicos, estudiantes, letrados e iletrados, van presentándose en la plaza del Castillo.

Con los de la boina roja, jóvenes con camisas azules, todos hablan, discuten, forman. Del centro de Izquierda Republicana se han arrojado a la plaza retratos y papeles; los falangistas han izado en su balcón la bandera roja y negra, y en el centro carlista, en la misma plaza cuelga la bandera con los colores rojo y amarillo, no la bandera tricolor de la República.

El público corre, se arremolina, aplaude. Del centro carlista, uniformado y marcando el paso, sale el tercio de Pamplona; lo manda Jaime del Burgo, un joven de veintitrés años.

Están aquí, y si no han llegado, llegarán, porque, «Al amanecer todos en Pamplona»: los de Cirauqui, Mañeru, Valtierra, Murillo, Leiza, Ujué, San Martín de Unx, Beire: los carlistas navarros.

En sus canciones, en sus medallas, en sus banderas, en sus gritos, en sus boinas, en sus alpargatas, en sus rosarios, en sus botas de vino, en sus jaculatorias, en sus macutos, en sus mantas, en las postas de sus cartuchos, en el punto de mira de sus fusiles, traen a su Dios, a su Patria, a sus Fueros y hasta a su Rey.

Madrid

Desde la ejecutiva le ha llamado por teléfono Enrique Puente, jefe de la «motorizada», para comunicarle que Martínez Barrio ha fracasado en su intento de formar Gobierno y que se está formando uno nuevo a base de republicanos con aquiescencia y apoyo de socialistas, comunistas, de la Confederación Nacional del Trabajo y de los demás grupos, y que Prieto ha decidido que entreguen armas a las milicias socialistas, pues el Gobierno por sí mismo no dispone de medios suficientes para hacer frente a la insurrección que se corre por las guarniciones de España. Van a formarse batallones de voluntarios; conviene que las armas sean entregadas a los socialistas.

El teniente coronel jefe del Regimiento núm. 1 de Zapadores, del cantón de Carabanchel, está convencido de que armar a las milicias socialistas y a otros grupos afines es la única medida sensata que puede tomarse. Con pistolas, escopetas y armamento de fortuna, el pueblo madrileño no podrá oponerse a la sublevación que de un momento a otro va a producirse. Uno de sus capitanes, que ha estado en la división, le ha informado de que el coronel Serra, jefe del Regimiento de Infantería del cuartel de la Montaña, se ha resistido a entregar los cuarenta mil cerrojos correspondientes a los fusiles depositados en el parque de artillería. En el parque hay cinco mil fusiles más con sus cerrojos y munición suficiente, pero el ministro de la Guerra tampoco parece predispuesto a entregarlos. Habrá que decidirse a obrar por cuenta propia y asumir el riesgo, pues mientas tanto los de la UME actúan. En su propio cuartel ha observado que un grupo de oficiales mantienen una actitud equívoca. Como el cantón en su conjunto puede considerarse dudoso, y para evitar sorpresas, anoche les mandó que no se quedaran acuartelados, que no había necesidad, y que se marcharan a sus casas. No quiere conspiraciones en sus propias narices.

Los efectivos del batallón muy reducidos, lo están más aún debido a los permisos de verano; puede prescindir de unos cuantos fusiles que está dispuesto a entregar a los socialistas del Centro del Oeste. Con Enrique Puente han acordado que vengan a buscarlos en un camión. En este momento el Gobierno se halla en crisis, no hay nombrado ministro de la Guerra, y en la división el mando anda vacante. Podrían exigirle responsabilidades, pero se están produciendo sucesos de considerable alcance y probablemente van a seguirse otros muchos más graves; cuando todo se ponga en claro, su conducta aunque antirreglamentaria quedará justificada. Y si la rebelión fascista triunfa, no ha de preocuparse, bastante comprometido se hallará, entregue o no entregue los fusiles.

Acostado, ha dormitado un momento, y ahora se afeita ante el espejo de su habitación. En la puerta suenan unos golpes.

—¿Da usted su permiso?

—Adelante…

Un cabo, con cartucheras y machete se asoma a la puerta. Debe ser el de guardia; parece espantado o desconcertado.

—Unos paisanos desean verle; dicen que vienen a buscar armas. Traen un camión…

—Dígales que esperen…

El cabo vacila, le observa con ojos inquietos mientras termina de rasurarse el mentón. El cabo continúa en la puerta sin decidirse a marchar.

—¿Qué ocurre, cabo?

—Mi teniente coronel… Esos paisanos van armados; llevan pistolas al cinto.

—Es igual, no se preocupe; que esperen.

Hoy va a ser un día decisivo; cada cual viene obligado a arriesgar en su medida. Él arriesgará, ya está arriesgando.

Después de enjugarse la cara se coloca la guerrera y el correaje, se ajusta la funda con la pistola dentro, y se dirige hacia el patio.

El camión ha quedado en la parte de afuera de la reja; cinco hombres le esperan; no les conoce, supone que deben ser los que Puente le envía. Podrían adoptar una actitud más discreta y no exhibir las pistolas; resulta innecesario y tiene aires de provocación. Si les descubren los oficiales fascistas van a poner el grito en el cielo.

Con ademán enérgico les detiene antes de que le saluden puño en alto como ha advertido pretendían hacer. No le gustan demostraciones políticas en el interior del cuartel; podrían originarse incidentes.

—¿Vienen ustedes del Centro del Oeste?

—Sí, a buscar fusiles…

—¿Han traído un camión? ¿No es eso?

Dos capitanes, uno de ellos el que hoy está de cuartel, permanecen junto a él.

—Podríamos proporcionarles para armar un par de compañías…

Unos cuantos oficiales desembocan en el patio y se vienen hacia donde ellos están. El capitán Pelegrí, Álvarez Paz, Becerril y otros oficiales de complemento. Precisamente aquellos a quienes ordenó se retiraran a sus casas.

—¿Van a entregarse armas a esos tipos?

—Mi teniente coronel, nosotros nos oponemos a que salgan armas de este cuartel…

—Señores, ¿qué formas son ésas de hablarme? Yo soy quien aquí da órdenes…

—Nosotros hemos decidido durante la noche, y estamos de acuerdo en lo que debe hacerse. Lo primero; de ninguna manera entregar armas a los revolucionarios. Estamos dispuestos a salir del cuartel y tomar posiciones en los puentes sobre el Manzanares para prevenir cualquier ataque que pueda venir de Madrid.

Los paisanos se retiran en actitud expectante. Los oficiales se muestran excitados. El teniente coronel ignoraba que estuvieran en el cuartel. Cuando hubiesen llegado, la entrega estaría hecha y las actitudes airadas carecerían de eficacia. El teniente coronel don Ernesto Carratalá procura conservar la sangre fría. La situación es comprometida; conviene no perder los nervios. Desde distintos puntos del patio acuden más oficiales y unos brigadas; por su actitud comprende que le son hostiles.

—Exigimos que se requiera al teniente coronel Álvarez de Rementería para que se haga cargo del batallón…

—¿Han terminado ustedes, señores?

Despacio, dominando la impaciencia, la ira y el temor, se vuelve hacia el capitán de cuartel.

—¡Entreguen a estos hombres cuatrocientos fusiles…! ¡Lo mando yo!

—¡Canalla!

—¡Traidor!

—¡De aquí no saldrá un fusil…!

Los oficiales se enfrentan unos con otros. Ha advertido manos que se dirigen a las pistolas. Grita con energía.

—¡Los fusiles saldrán, porque lo mando yo! ¡Soy el jefe de este cuartel! ¿Lo entienden? ¡Ustedes están amotinados!

Ve el cañón de la pistola dirigido hacia él y oye las detonaciones. Se le nublan los ojos y se derrumba. Suenan aún varios disparos más. Amortiguado, oye el ruido de las botas militares pisando sobre el pavimento y más gritos y disparos. Con brusquedad, oscurece.

—Don Fernando, otro telegrama. De Palencia…

—¿Qué dice?

Coge el telegrama que le alarga su secretario; acaba de recibirse de Palencia; será el último, como los demás que han ido recibiéndose. Lo lee: «A las siete y media declarado el estado de guerra. ¡Viva la República!». No lleva firma; sabe que lo ha cursado un funcionario antes de que las comunicaciones se corten definitivamente. Han llegado redactados en parecidos términos telegramas de Huesca, de Jaca, de Ávila, de Pamplona.

Recuerda en la memoria el mapa de Castilla la Vieja y León; Valladolid y Burgos están sublevados, ahora Palencia; Salamanca, según parece no se hará esperar. Don Fernando Varela se ha quedado solo en el Ministerio de Comunicaciones del cual es subsecretario. ¿Quién será ahora ministro? Lluhí Vallescá, que lo ha sido durante unas horas, se encuentra reunido en palacio con el presidente de la República y con numerosas personalidades políticas. Según las noticias que va recibiendo parece que, en el nuevo gabinete, Comunicaciones lo ocupará Bernardo Giner de los Ríos, de lo cual se alegra porque son amigos y correligionarios. Continuará en el puesto de subsecretario.

—Don Fernando…, Ramírez acaba de llegar de palacio. ¿Sabe usted lo que se cuenta, pero auténtico? Que al dimitir don Diego, Azaña le ofreció formar Gobierno a Ruiz Funes y que éste exclamó: «Si usted me obliga, señor Presidente, me tiro por la ventana».

—Y lo de Giral, ¿es un hecho?

—Siguen reunidos. Están allá Prieto y Largo Caballero…

—Voy a llamar. Mientras ellos discuten media España se subleva y no se toma ninguna medida eficaz…

En el Ministerio de Comunicaciones, situado en el mismo edificio que Correos y Telégrafos, montan la vigilancia exterior fuerzas de la Guardia Civil. Como no les merecen confianza, pues se teme que la Guardia Civil se sume al alzamiento, se tiene el propósito de armar a los funcionarios que pertenezcan a los sindicatos de la UGT y de la CNT. De todas maneras, cualquier decisión depende de las orientaciones que dé el nuevo Gobierno.

Madrid esta mañana parece más tranquilo; quizá sea porque los madrileños han necesitado tomar unas horas de descanso después del enorme nerviosismo de la última noche.

De Antonio Boix, gobernador civil de Las Palmas, a quien él mismo avisó de la sublevación del ejército en África, no ha recibido más noticias. Otro de los que vivían confiados y que probablemente habrá ido a parar a la cárcel. Por la radio se han recibido nuevas de Barcelona; la Generalidad y los obreros hacen frente a las tropas sublevadas. Barcelona es pieza importante. ¿Podrán resistir al ejército? Las noticias lanzadas por radio, parecen demasiado optimistas. Lo decisivo será Madrid; y nadie sabe lo que ocurre en Madrid. De acuerdo con don Mateo Silva, delegado del Gobierno en la Compañía Telefónica, han cortado las comunicaciones

entre los cuarteles. Que los conspiradores no hallen demasiadas facilidades. A los enlaces cada vez se les hará más peligroso circular por las calles vestidos de uniforme.

¿Qué harán tantas horas reunidos? ¿Estarán suficientemente enterados de lo que está ocurriendo en la nación? ¿O se desentenderán de los hechos, discutiendo de minucias políticas? En este momento cuanto no sea tomar medidas enérgicas contra la sublevación, puede calificarse de minucia. ¿Debe poner en conocimiento del ministro —¿pero quién es el ministro?— lo que está sucediendo en Aragón, en Castilla? ¿Lo sabrán como él?

—Necesito comunicar con el Palacio Nacional.

—En seguida le pongo, don Fernando.

—Oiga, ¿el Palacio Nacional? Aquí el subsecretario de Comunicaciones. Es importante que hable con el señor ministro de Comunicaciones.

—¿Qué señor ministro?

—Póngame con Secretaría.

—Momento…

—Diga. ¿Quién llama?

—Varela, subsecretario de Comunicaciones.

—¿Qué hay? Soy Ignacio Bolívar.

—Quería hablar con el ministro…

—En este momento no hay Ministerio ni ministros, pero dime qué quieres por si podemos hacer algo.

—Querer, nada. Estoy recibiendo telegramas más que alarmantes. Pueden estar ahí reunidos tranquilamente y la nación sin Gobierno, pero diles, si te escuchan, que esta mañana se han sublevado Huesca, Jaca, Pamplona, Ávila, Mallorca y ahora, Palencia… De Barcelona no digo nada; les supongo enterados.

—Sí, la noticia ha caído como una bomba, pero no parece que la lucha se presente desfavorable. Lo de Pamplona también se ha comentado. De los demás lugares no sé. Pasaré nota. ¿Algo más, Fernando?

—¿Te parece poco? ¿Qué tal por ahí?

—¡Vaya noche! Idas, venidas, consultas, alarmas.

Cuando suena, largo e impaciente, el timbre de la puerta, se sobresaltan. Están intranquilos y cansados; han pasado la noche reunidos en casa de Carlos Pérez Villaverde, en la calle del Almendro, los unos charlando, los otros dormitando en sillas o divanes. Doce falangistas de la 4.ª Centuria esperan órdenes para entrar en acción.

—¿Quién puede ser?

Los que tienen pistolas echan mano a la culata. Carlos, con precaución, se dirige hacia la puerta y la abre; los demás aguantan la respiración. Oyen risas en el recibidor.

—¡Es el chaval…!

Gabriel Bustos Plaza, enlace de la Centuria, de catorce años de edad, llega con instrucciones del jefe, Fermín Cogorro. A Bustos, un muchacho alegre, rubio, decidido, le acogen con

simpatía. Esperan la orden de incorporarse al cuartel, es decir, de comenzar la lucha. El subjefe de la Centuria toma la palabra.

—¿Cuáles son las órdenes?

—Malas. Que os disolváis, que cada cual se retire a su casa y que allí esperéis nuevas órdenes.

—¡No hay derecho! Parece un juego.

—¡Es la segunda noche que pasamos así…!

—Acabarán cazándonos como a ratas…

También él está indignado; la noche anterior la pasaron en el paseo de Rosales, expuestos a que les detuvieran los guardias o miembros armados de las Juventudes Socialistas que patrullaban. Ayer por la tarde, de orden del subjefe nacional de Milicias, pues Aznar, que es el jefe, no se halla en Madrid, les ordenaron que se concentraran en algunas casas de afiliados o en tiendas, y ahora, nuevamente les mandan que se disuelvan, mientras las fuerzas gubernamentales y los revolucionarios se adueñan de la calle. Ésta no es manera, los falangistas han sido demasiado perseguidos y castigados en los últimos meses, muchos de ellos, casi todos los mandos, están encarcelados o se ven forzados a vivir a salto de mata, huyendo de la policía. Si no se toman pronto decisiones, irán cayendo uno tras otro. Sin embargo, hay que acatar las órdenes, sean las que fueran; Gumersindo García como jefe de Milicias que es en este momento sabrá lo que conviene hacer. Trata pues de imponerse a la decepción y a las protestas de los demás y de acallar en su interior su propia decepción y su propia protesta.

—Marchémonos; la cosa se ha aplazado nuevamente. Cada cual a su casa, y mantengámonos tranquilos. Me parece que ahora va en serio; no hay que impacientarse.

—Sí, hasta que no quedemos uno…

—¿Qué hacen los militares? Lo que veo es mucho despiste. ¿Por qué no nos metemos de una vez en los cuarteles, y se nos arma como se nos tiene prometido?

—¿Sabéis lo que os digo? Que de los puntos de la Falange el que mejor cuadra ahora es el 26. Hemos perdido la iniciativa, los militares van a la suya, y maldito el caso que hacen de nosotros.

—Camarada, son órdenes del mando. José Antonio, desde Alicante es quien ha decidido…

—Bueno, acabemos de una vez…

De uno en uno, o por parejas, para no infundir sospechas en el vecindario, se van retirando.

Pepe y Gabriel Bustos salen juntos para cambiar impresiones.

—Pues yo sí me creía que iba en serio, palabra. He presenciado cómo instalaban sacos terreros y una ametralladora en el Ministerio de Marina. Y las puertas estaban cerradas.

—Sí, están tomando muchas precauciones…

—Y ahora, ¿qué excusa les doy en casa? Tantas idas y venidas se van a hacer sospechosas a los vecinos. En una de ésas, alguien va a denunciarme; saben o sospechan que soy de Falange…

—No tardarán en circular nuevas órdenes. Lo peor es la radio; está berreando todo el santo día. A mí no me hacen caso porque soy muy joven, pero si fuera por mí, ya la habríamos asaltado para hacerla callar por lo menos. Está desmoralizándonos. No dan más que noticias falsas. Dicen que en Barcelona derrotan al Ejército… Sí… sí… a mí con ésas…

Pasan ante la catedral de San Isidro; los escasos fieles salen con expresiones inquietas. Paisanos con brazaletes rojos, algunos de ellos armados de fusil, vigilan a los devotos y les observan con hostilidad. Los que salen de la iglesia parece que tengan prisa por regresar a sus casas; no se forman los grupos de costumbre.

Calatayud

Al despertarle los golpes dados a la puerta del compartimiento, lo primero que hace es mirar el reloj. El empleado de «Wagons-Lits» se ha equivocado, es demasiado temprano. Insisten en la llamada. Algo anormal ocurre; se acuerda de la rebelión y de que el convoy ha estado detenido por avería de la locomotora, cerca de la estación de Mora de Ebro. Se pone en pie y alza las cortinas de la ventanilla. Están parados en una estación y el andén vigilado por numerosos guardias civiles. Los golpes en la puerta se hacen imperativos. Abre; asoma un señor desconocido.

—Soy el jefe de policía de Calatayud; he recibido órdenes de Zaragoza para que detenga el tren. En Madrid la situación está muy grave y no es prudente que usted continúe el viaje.

—Mi obligación es llegar a Madrid; soy subsecretario del Trabajo. Vea usted la credencial… Agradezca a su jefe de mi parte el interés que se toma, pero dígale que me es imprescindible presentarme en Madrid…

—Lo siento, señor subsecretario. No puedo permitir que el tren continúe si usted no se apea. Debo cumplir las órdenes de mis superiores. Si se niega a bajar tendré que telefonear al gobernador civil y después cumpliré las instrucciones que reciba, sean las que sean.

El tono de firmeza con que se expresa el jefe de policía no deja lugar a dudas. Es inútil resistirse; lo mejor es abandonar el tren a las buenas. De no hacerlo, bajará a las malas.

—En ese caso… Le agradeceré que me deje vestir.

Cuando el jefe de policía sale del compartimiento, cierra la puerta. Saca de la cartera los documentos que le ha entregado el presidente Companys, los dobla y los guarda en el bolsillo interior de la americana. En el otro bolsillo lleva diez billetes de a mil pesetas.

La situación comienza a complicarse aunque tampoco aparece claro en qué consiste la complicación. Guarda sus efectos en la maleta. Con rapidez se lava y se peina pero no se entretiene en afeitarse.

Cuando sale al pasillo descubre un cordón de guardias civiles a lo largo de la estación. Al extremo del pasillo, Arturo Menéndez está rodeado de paisanos que deben ser policías.

Descienden al andón. Los viajeros, asomados a las ventanillas, les miran desconcertados.

A la salida de la estación se ha reunido bastante público que comenta apasionadamente. Han reconocido a Arturo Menéndez.

Primero arranca un coche con policías. En el segundo auto suben Arturo Menéndez y él, con el jefe. Detrás, dos camiones con los guardias civiles que se han retirado de la estación.

El pitido de la locomotora anuncia que el convoy sigue viaje hacia Madrid. Los tres van en silencio. De reojo observa a Arturo Menéndez que no le mira a él. Con disimulo se palpa el

bolsillo de la cartera donde guarda los documentos que le ha confiado el presidente de la Generalidad.

Pamplona

Al entrar en la catedral humedece los dedos en la pila del agua bendita y hace la señal de la cruz. Están celebrando misa en el altar mayor. En los confesonarios, filas de jóvenes carlistas de los que han llegado de los pueblos esperan turno para confesarse. Las confesiones no son largas; con las prisas que impone la movilización prestos son despachados con las correspondientes absoluciones.

Salvo que haya por casualidad alguien de Tafalla, no es fácil que le reconozcan. Esta penumbra le favorece; resulta difícil identificar a nadie aquí dentro. Se ha citado en el claustro con Ignacio Muniain, pero mejor le va a esperar aquí; es preferible que hablen dentro, a media luz, que exponerse a que les descubran cuchicheando en el claustro.

Observa a los que entran por la puerta principal para ver si descubre a Ignacio antes de que salga al claustro; entre tanto observa a los requetés. Van vestidos de muy distintas maneras, en su conjunto más que soldados le parecen cazadores. Muchos usan bandas y botas de montañero, o llevan cananas. Los hay muy jóvenes y otros viejos. Casi todos son campesinos; aunque algunos visten con cuello y corbata. Desearía observar de cerca uno de esos escapularios bordados; no se atreve, no vaya su curiosidad a hacerle sospechoso; debe ser uno de esos chismes en que pone «Detente, bala, el Corazón de Jesús está conmigo». No ha visto nunca uno de esos amuletos, ha oído hablar de cuando las guerras carlistas, y estos bárbaros van a resucitar los tiempos de Zumalacárregui y del cura de Santa Cruz con todos sus horrores. Un tradicionalista joven, un jayán achaparrado y de anchas espaldas detiene por el brazo a un muchacho espigado, con la nuez de Adán muy abultada, casi barbilampiño, que lleva la boina sujeta a la hombrera de una camisa militar. Por curiosidad escucha la conversación.

—A confesar, ¿eh?

—Sí, prefiero hacerlo en Pamplona.

—¿Por qué no confesaste de madrugada con don José?

Ambos se miran con picardía; el de las espaldas anchas le interroga con los ojos y el más alto disimula con malicia.

—No tuve tiempo…

—Tuviste tiempo.

—Prefiero confesar aquí.

—Yo sé por qué no has querido confesar con don José.

—Nada sabes tú…

—¿Que no? ¿Te crees que no te vi por las mieses con la sobrina?

—¡Calla, calla! Anda, vete por ahí.

El barbilampiño se aleja hacia otro confesonario. El achaparrado a la sordina le dice mientras se aleja.

—Os vi, sí señor. ¡Y que no está buena ni nada la moza!

De buena gana fumaría un cigarrillo, pero aunque hace más de quince años que no pone los pies en la iglesia, recuerda que no está permitido fumar dentro; en el claustro, en cambio, sí puede fumar.

Descubre la obesa figura de Ignacio. Ya no sería capaz de correr en los sanfermines. Ni él tampoco; lo hizo dos años seguidos cuando regentaba una escuela en el barrio de la Rochapea, durante los primeros tiempos de la Dictadura.

—Ignacio…

—Hola; me habías asustado.

—Mejor hablamos aquí dentro que hay tanta gente y nadie se da cuenta.

Cada vez que pasan ante algún altar, y más si creen que alguien les observa, se santiguan e inician una genuflexión.

—Tengo malas impresiones de San Sebastián. Lo mejor es que nos larguemos a Francia.

—¿Y qué hago con la mujer?

—Que siga en la taberna; a ella nada van a hacerla.

—Pero la frontera estará vigilada. Acá ni los carabineros son republicanos. Ya ves lo que ha ocurrido; los guardias civiles se cargaron ayer a su propio jefe.

—¡Déjale! Lo malo es que se nos van a cargar a nosotros si no ponemos tierra por medio. Lo sé de buena tinta; han hecho listas.

—¿Y tú crees que a la mujer no le pasará nada?

—Escucha, entre vuestros parroquianos, ¿los habrá de todos los colores?

—Sí, pero los más, socialistas… Claro que algunos carlistas vienen también a beber… Lo malo es que en cuanto sepan que me he largado se van a meter con ella, y ella que es así, alegre, o por lo menos lo parece…

—Ignacio; no te preocupes por pequeñeces; no te va a faltar, y menos en semejantes circunstancias. Peor sería que la dejes viuda.

—En eso llevas razón.

Eligen para sentarse unas sillas frente al altar mayor, en las últimas filas; hablan en voz muy baja.

—No podemos perder un minuto. El taxi está dispuesto. Con que nos lleve a Elizondo, tengo allá un compañero que contrabandea y está a bien con los carabineros.

—Y el taxista, ¿es de confianza?

—Votó las derechas y es conocido en toda Navarra. Él sabe de qué pie cojeo, lo sabe muy bien pero somos amigos. De ti diré que eres un viajante. ¿Tienes la cédula?

—Sí, acá la llevo.

—¿No me conocerá de la taberna?

—Es difícil; hay tantas en la ciudad.

—Bueno. Y una vez en Francia, ¿qué hacemos?

—¡Ah!… Habremos salvado el pellejo. Podemos esperar a ver cómo se resuelve lo de Guipúzcoa.

—Pues a mí los nacionalistas vascos no me hacen demasiada gracia.

—No podemos permitirnos el lujo de elegir.

—Y dinero, ¿qué llevamos?

—Yo llevo quinientas pesetas…

—Bueno, hecho. Voy a buscar dinero y a despedirme de la familia.

—Ignacio; no te demores. Esta madrugada ya han detenido gente. Yo te espero acá. Le estoy tomando gusto a la iglesia.

—Oye, ¿y si para despistar nos colocáramos uno de esos escapularios?

—Anda, no te guasees. Y vuelve pronto.

Al tintineo de la campanilla se arrodilla como los demás, aunque procura con disimulo apoyar el trasero en el banco. Abate la cabeza fingiendo devoción y se da fuertes golpes en el pecho.

Ayer se vino a Pamplona donde resulta más probable pasar inadvertido. Se ha quedado a dormir en un prostíbulo en donde le conocen pero no saben quién es ni cuáles puedan ser sus ideas políticas. Alguien le avisó de que en el círculo carlista de Tafalla habían dicho refiriéndose a él: «A ése hay que cargárselo el primero».

Navarra va a convertirse en un coto; esta mañana ha visto cómo los carlistas acudían a Pamplona. Se les va a armar. Dicen también que el coronel García Escámez, que estaba destituido, mandará una columna para atacar Madrid. Allá es distinto, allá está el Gobierno, y Largo Caballero y las Juventudes Unificadas; y Zabalza, un navarro de buena ley. Que vayan, que vayan para allá que aprenderán lo que es bueno. Ni con los escapularios, ni con los cristos, ni con los fusiles saldrá uno vivo. ¡A ver si se hace una limpieza de carcundas, que falta le hace a esta tierra! Por fin se han quitado la careta; por todos lados se ven banderas monárquicas.

Que Ignacio vuelva pronto y que los dos tengan suerte. Una vez en Francia pueden estar tranquilos. Si conviene pasarán por Behovia a Guipúzcoa, aunque hay que averiguar de qué lado caen en definitiva los nacionalistas vascos, que carcas también lo son un rato largo.

Las rodillas le duelen, se santigua y se sienta en el banco. De buena gana liaría un pitillo porque se le come la impaciencia.

Barcelona

De madrugada le han despertado las sirenas que vibraban sobre las azoteas de la Barceloneta. Era la señal convenida. No ha querido despedirse de su mujer; ha mirado a su hijo, que dormía en un cesto en donde le han improvisado una cuna.

Las calles eran un hormiguero de compañeros que se desfogaban en gritos y discursos. El concejal del distrito Hilario Salvado, de la Esquerra les animaba, pero los de la Confederación no le hacían demasiado caso. Primero ha corrido la voz de que los guardias de Asalto repartían armas en la comisaría. Cuando ha llegado habían terminado de distribuirlas. En el Sindicato Portuario un vecino de su calle que tenía dos, le ha entregado un «Winchester» y le ha colmado de balas los bolsillos de la chaqueta. No sabía manejarlo, pero en un momento lo ha aprendido. Resulta sencillo; le ha advertido que no se asuste al disparar, pues tiene mucho retroceso.

Un guardia de Asalto que está junto a él se ha quitado la guerrera y dispara en mangas de camisa. Desde la barricada disparan varios guardias pertenecientes al 16 Grupo de Asalto;

tienen mejor puntería que ellos. Otros guardias de Asalto ayudados por unos compañeros del Vulcano han convertido la antigua plaza de toros en fortín, y desde allí han batido a los artilleros de los Docks, que venían confiados por la avenida de Icaria. Debe haber por lo menos dos o tres compañías de Asalto con ametralladoras y todo, pero de la CNT no habrá menos de medio millar, aunque muchos ni siquiera de pistolas disponen.

La barricada la han levantado los obreros portuarios. Es resistente y les cubre bien. En dos puntos la han destrozado los cañonazos, pero la han reparado en seguida. Los cañones con que les han disparado son de poco calibre. Más miedo da el ruido que efectos causan los proyectiles.

La explanada que hay frente al depósito franco del Puerto, a la entrada de la Barceloneta, estaba llena de pacas de papel que habían desembarcado de un buque, y sirviéndose de las carretillas eléctricas han construido esta formidable barricada que cierra la avenida de Icaria, y cortaría el Paseo Nacional en caso de que pretendieran, y consiguieran, seguir adelante.

El fuego se ha encalmado un tanto. En la avenida de Icaria se ven volcados los armones y caballerías muertas. Desde aquí se descubren también cadáveres que no han podido retirar; algunos son de paisanos que venían en cabeza con unos oficiales. Varios militares se han refugiado en el economato de la estación; las piezas de artillería disparan pero con dificultades porque en cuanto se mueven los artilleros desde todos sitios les acribillan. Los de Asalto y los obreros tienen tomadas esquinas y azoteas, y les hostilizan parapetados tras los vagones de la estación de mercancías y desde cualquier sitio.

Francisco Gallardo Cruz, obrero metalúrgico, es la primera vez que dispara un arma de fuego, es la primera vez que ve morir hombres, es la primera vez que mata o trata de matar; en poco más de una hora que defiende la barricada se siente seguro, como si nunca se hubiese ocupado en otro quehacer. Hoy es el día grande de los obreros, el mundo va a cambiar, terminará el hambre, la miseria, la explotación, la injusticia. Una nueva era comienza a amanecer. Lo han dicho por radio, lo ha leído en pasquines, en octavillas, en los periódicos; se lo repiten todos, todos están convencidos de que así es.

Los días pasados como estaba de baja en el seguro debido a un pequeño accidente en la mano del que acaba de curar, se ha ocupado de instalar en el patio de su casa un gallinero. Perramón, un viejo militante anarquista a quien ayer acompañó hasta el Sindicato de la Construcción, le dijo: «Estas Navidades habrá pollos para todos». La frase le impresionó, la considera un símbolo; el gallinero doméstico le parece inútil.

Ha vuelto a generalizarse el fuego. A su derecha un viejo del Clot, que trabaja en la Maquinista, dispara con una «parabellum». Los de Asalto se abstienen de hacerlo; no se distingue al enemigo. Una de las piezas de artillería abre fuego; ven el humo pero no se sabe adónde ha ido a parar el proyectil. Contra la barricada dispara una ametralladora de los militares. Hacia la parte del Instituto Náutico del Mediterráneo un grupo de obreros retira un herido. Lo colocan tras la casilla y unas mujeres lo rodean. Se acerca un automóvil y lo cargan en él.

—Malo —dice el guardia— si han de atravesar el paseo de Colón, les van a asar; tiran de Capitanía y tienen batida la plaza de Antonio López. Yo soy de la 48 Compañía; a primera hora

en la plaza de Antonio López, a la sección de ametralladoras del teniente Martínez les han asado desde allí o desde el monumento a Colón, porque arriba han subido elementos del fascio. En Correos tenemos destacada a la primera compañía de Seguridad; son los que tiran con tercerola.

—Yo no distingo las armas. Si el coche atraviesa rápidamente, no le alcanzarán.

—En todo caso, a quien le toca, le toca.

Perciben un movimiento de expectación que les obliga a volver la cabeza. Miran a quienes acaban de descender de un auto negro con grandes letras CNT-FAI, que cubren casi toda la carrocería.

—Durruti, ése es Durruti.

Gritos de ¡Viva Durruti! ¡Viva la CNT!, llegan hasta la barricada.

Gallardo le mira. A pesar de su fama es la primera vez que le ve, salvo en un mitin de la Monumental al cual asistió con unos compañeros. En la mano lleva una pistola ametralladora, y otra pistola al cinto. Los que le acompañan van armados con fusiles y pistolas. A reparo de la pequeña barraca situada junto a la vía férrea que comunica con el puerto, se pone a hablar con el capitán de Asalto.

En el momento que comenzaba la batalla un avión ha bombardeado el cuartel de Artillería y les ha ametrallado volando a escasa altura. Comprobar que la aviación está de su parte, ha dado ánimos a todos los combatientes antifascistas.

De detrás de un montón de mulos muertos se alza inesperadamente un soldado y comienza a correr hacia unos mojones que hay en la acera de la derecha. Una lluvia de balas le abate.

—A ése le tenía yo vigilado; disparaba parapetado detrás de los mulos muertos. Quizás hay más —dice uno de los guardias.

Tres mulos con cajas de municiones sobre los lomos, con sus sirvientes, se dirigen a la carrera hacia las piezas. Están muy distantes, pero abren fuego para impedirles que lleguen. En las azoteas, las ametralladoras manejadas por los de Asalto se muestran más eficaces. Una explosión seguida de otras les ensordece. El mulo salta, las cajas de munición vuelan rodeadas de humo. Caen el mulo y el sirviente que le conducía del ronzal. Otro de los mulos se derrumba; detrás se protege el artillero que le despoja rápidamente de las cajas. El tercero de los mulos ha conseguido cruzar la avenida y se ha puesto a cubierto.

El oficial de Asalto con Durruti y los anarquistas se asoman a la barricada para observar lo que ha sucedido. Arrecian los disparos. Una ametralladora rebelde les bate; los proyectiles pasan demasiado altos. Los soldados se mueven. Arrastrándose han salvado las municiones del mulo herido, y otros han conseguido recoger al soldado que no parecía estar muerto. El fuego se generaliza por ambas partes. Gallardo dispara su rifle; uno de los bolsillos de su chaqueta azul de mecánico está repleta de balas. El viejo del Clot se pone a hablar mientras dispara. Durruti y su escolta tiran desde la barricada. Se abre fuego desde el depósito franco, desde los terrados. Suena nuevamente el cañón y un proyectil explota cerca de una ventana del depósito. Ha silbado sobre sus cabezas; todos se han agachado.

—Durruti vive en el Clot. Mi mujer conoce a su compañera que se llama Emiliana. Tienen una niña que a veces viene a jugar a casa, con mis nietas. Es un tío cojonudo. Estaba recién

operado de hernia y se largó del hospital. Es duro como el hierro. Y listo; no se le escapa nada. Emiliana le contó a mi mujer, porque ellas son amigas, que el otro día fue a visitarle Pérez Farrás…

—¿Quién —pregunta el guardia entre disparo y disparo—, el de los Mozos de Escuadra?

—Sí, el que tuvieron condenado a muerte.

—Entre los jefes se ve que se lo tenían hablado.

Como silban las balas, Gallardo se agacha para protegerse la cabeza mientras va introduciendo balas en la recámara del rifle. Cuando la tiene repleta, mete la mano en el bolsillo para contar las balas que le quedan. Once, sólo once; le parece recordar que le han dicho que en la recámara caben veinticuatro.

El viejo retrocede de golpe. Le ve los ojos muy abiertos. La «parabellum» se le cae de la mano. En mitad del pecho tiene un orificio por el que sale la sangre a borbotones. El vello gris se empapa de sangre. No puede sujetarle; el obrero cae al suelo y se queda mirándole. La boca, medio desdentada, también queda abierta, asombrada.

Apoya el rifle en las pacas de papel y se arrodilla. El guardia se cubre mejor agachándose un poco.

Mujeres y unos paisanos de los desarmados se han acercado al muerto. Cuando busca la pistola, ha desaparecido. Un muchacho le registra los bolsillos y saca de ellos unas cuantas balas. Le mete la mano entre la faja y el pantalón y encuentra otro puñado de balas manchadas de sangre.

Durruti y los que van con él se aproximan.

—¿Quién era?

—No sé. Dijo que vive en el Clot cerca de tu casa y que conoce a tu familia.

—Mira a ver si lleva el carnet. ¡Está muerto!

Del bolsillo de atrás del pantalón sacan un carnet de la CNT y se lo entregan a Durruti. Lo abre y lo lee. Uno de los que están con él observa por encima del hombro.

—Ya sé quién es… ¡Mala suerte! Que se lo lleven. Mirad si tiene algo de valor encima; se lo entregaré a la familia.

Le alargan dos duros en plata y una peseta. Durruti se lo guarda en el bolsillo junto al carnet confederal.

—Ánimo, compañeros. Han caído muchos y muchos hemos de caer todavía, pero la victoria es nuestra. En la plaza de Cataluña y en la de la Universidad les tenemos cercados. Les hemos detenido en el Cinco de Oros y en el Paralelo. Les tenemos cortada la Rambla y dominamos en el casco antiguo. Y aquí, ya lo veis.

—¡Viva la FAI! ¡Viva Durruti!

—¡Viva la CNT!

El guardia de Asalto levanta el mosquetón y grita:

—¡Viva la República!

Durruti con los de su escolta se aleja. Le ven despedirse del capitán de Asalto, que estaba aún junto a la casilla. Monta en el automóvil y parte a toda velocidad.

Francisco Gallardo se mira la manga manchada de sangre. Recuerda a su mujer, a su hijo recién nacido.

Siente ganas de orinar y se dirige hacia uno de los gruesos plátanos situados a espaldas de la barricada. Advierte el impacto de una bala a la altura de la cabeza, y se cambia a otro árbol más propicio. Un cabo de Asalto les grita a los obreros:

—¡Economizad la munición! No estamos en una verbena.

Tres horas llevan luchando por la posesión de la plaza Cataluña y la suerte continúa indecisa. Lo que resulta cierto es que el ejército y los falangistas que le apoyan están inmovilizados y sólo pueden comunicarse, y aún en forma precaria, con las tropas de infantería y caballería que ocupan la plaza de la Universidad.

A una distancia como de quinientos metros, en dirección al Hotel Ritz, suena el estampido de los cañones, y en momentos que en la plaza se calma el tiroteo se oye el fragor de una batalla. Si son los artilleros del Séptimo Ligero que vienen de San Andrés, está claro que no progresan.

Permanecer en el centro de la plaza resulta cada vez más difícil; les disparan desde todos lados. En el edificio de la Telefónica, en sus ventanas, en su terraza, en su cúpula, numerosos guardias de Asalto mantienen una posición dominante. Tiran también desde el Banco de Vizcaya, desde la embocadura de la Rambla, desde la calle Fontanella, y desde los terrados de la parte baja de la plaza. Los guardias son muchos y los paisanos innumerables y sumamente audaces se arriesgan en continuas incursiones que no permiten distraerse un instante. La parte alta de la plaza y sus edificios los domina el ejército, y en el casino militar también han entrado unos falangistas mandados por un teniente; asimismo han ocupado la casa de la «Maison Dorée».

Del medio de la plaza dispara la batería de acompañamiento que manda ahora el teniente Acevedo. El fuego de estos pequeños cañones, que tanta confianza les dieron cuando venían en la columna, les ha decepcionado. Después de disparar contra la Telefónica y otros edificios sólo han conseguido hacerles unos desconchados. La ineficacia de los cañones ha envalentonado a los que están dentro, a los cuales ha podido amedrentar el estruendo de los primeros disparos.

Al comandante López Amor, que antes había sido herido levemente, lo han hecho prisionero unos oficiales de Asalto que han irrumpido de la calle Fontanella de manera imprevista. Él los ha visto; no ha podido disparar; arriesgaba darle al comandante. En un coche se lo han llevado en seguida. Ha muerto el capitán Mercader; y se cuentan numerosos muertos y heridos. En distintos puntos de la plaza quedan tendidos cadáveres de paisanos que ni siquiera ha sido posible retirar. Los atacantes han llevado buena paliza.

Él es sargento; no participaba del entusiasmo de los oficiales y voluntarios, pero cuando un hombre se echa a la calle, tenga razón o no la tenga, se bate como hombre. Si todo este follón acaba bien —y ahora empiezan a asaltarle dudas— con la de tíos que se han rajado, con las bajas y demás, le ascenderán a brigada. Eso si antes no le pegan un tiro, que la intención de guardias y paisanos a las claras se manifiesta.

Parapetado en la fuente ha observado que manteniéndose alerta, y a pesar de lo avanzado de la posición, no es fácil que le den. Queda un poco descubierto con respecto a quienes les tiran desde las azoteas de la calle Pelayo, pero están lejos y los árboles dificultan la visibilidad. Con tres soldados y un par de paisanos, uno de ellos excelente tirador, baten un trecho de la calle Fontanella, por donde a veces pasan enemigos desprevenidos; entonces les disparan. Han tumbado a varios; otros salen corriendo; se ve que los paisanos se renuevan, de otra manera no serían tan tontos.

Con el fusil en la mano, agachado y protegiéndose con la balaustrada y los setos, viene uno de los paisanos. Viste pantalón negro y va con la guerrera remangada. Le reconoce en seguida; esta noche le ha encontrado en Pedralbes, y se han comido en la cantina un par de huevos fritos con un chusco cada uno. Es Castillo, que hace unos años sirvió en el Regimiento de Jaén, cuando él estaba destinado allí. Como Castillo era boxeador, y a él entonces le daba por el boxeo, iban juntos a entrenarse al «Boxing Club», en la calle Riera Baja.

—¡Párate ahí y escucha! Este espacio está batido, pásalo corriendo.

Castillo le obedece. Observa hacia el edificio de la Telefónica y arranca a correr. Son unos pocos metros; los cruza indemne, y se sienta a su lado.

—Vengo aquí un rato…

—¿Dónde estabas?

—En el casino; acá hay más hule.

—Como mejor soldado te portas que cuando estabas conmigo ¿eh?

—Es que el un-dos, un-dos, y aquellas monsergas me reventaban… ¿Sabes quién ha entrado primero en el casino militar?

—¿Quién?

—Pues este cura.

Uno de los soldados, que está observando hacia la calle Fontanella, se vuelve hacia ellos.

—Mi sargento, junto a la esquina se ha detenido un camión con gente de la FAI, o lo que sean. Les veo de refilón.

—Vamos a darles un susto.

Puestos en pie abren fuego. Los paisanos desaparecen. El camión se pone en marcha, retrocede y sale de su vista.

Mientras desayunaban, Castillo le ha contado que se ha casado y tiene un hijo; pero su buen humor continúa intacto. El 6 de octubre anduvo también con ellos; se agregó a su compañía, y como no salían del cuartel porque no hizo falta, se marchó aburrido.

—¿Cómo están esos bíceps? —le pregunta el sargento.

Aprieta el brazo, dobla el antebrazo, el tejido de la guerrera se pone tenso a la altura de los bíceps.

—Toca, toca; mejor que nunca; estoy en plena forma.

De haber boxeado bien hubiese llegado a campeón, porque fuerte lo es un rato largo.

—Sí, te mantienes en forma.

—¿Sabes que han matado a otro de los oficiales de las piezas?

—Hernández Brioso; y a Gotarredona le han herido. Nos están cascando de lo lindo.

—Tampoco somos mancos. Les hemos hecho más del doble de bajas que ellos a nosotros.

—Sí, pero son cinco o diez veces más. No lo veo claro, esto…

—¡Nada, hombre! Pan comido…

Vuelven a sonar cañonazos muy próximos.

—Ya están ahí los nuestros.

—Mucho rato hace que están ahí los artilleros; pero no avanzan.

Procura deslizarse a lo largo de las fachadas. Viene del Cinco de Oros, en donde han detenido el avance de los soldados de caballería de los cuarteles de la Travesera, y les han hecho muchas bajas. También han caído, muertos y heridos, muchos compañeros y los guardias, sobre todo los de a caballo, han recibido un palo. Las tropas se han replegado al interior de un convento de la Diagonal y han ocupado algunas azoteas. Unos cuantos guardias civiles se les han incorporado; no hay quien se entienda. Como allí ha quedado tanto personal y los de Asalto son numerosos, ha decidido incorporarse a los que luchan en el casco antiguo. A la hora de comer, podrá hacerlo en casa de su hermana que vive en la calle Valldoncella. Desde ayer por la noche no ha probado más bocado que almendras y aceitunas que había en un bar.

En el Cinco de Oros peleaban unos cuantos de UGT y de los comunistas, que son cuatro gatos pero que disponen de mejores armas. Entre ellos le ha parecido ver a Lina Odena, una chica guapa vecina de un pasaje de la calle Muntaner próximo a su portería. Es portero de profesión y se ocupa de una casa cuyos vecinos son burgueses y fascistas; buenas personas por lo demás. El 6 de octubre estuvo paqueando desde la azotea; los vecinos supieron que era él —¿quién si no es capaz de hacerlo en aquella casa?— y no lo denunciaron. Puede que le tengan miedo.

La Ronda de San Antonio está desierta. En la calle Poniente han levantado una barricada. Cuando esta madrugada ha pasado por aquí viniendo del Sindicato de la Construcción en donde ha pasado la noche, estaban moviendo los adoquines; ha encontrado a algunos compañeros del barrio. Los soldados montan guardia en la plaza de la Universidad. Conviene pasar disimulando, como si fuera un simple ciudadano; correrá si le dan el alto. Palpa la pistola disimulada en el bolsillo. Respira a fondo y cruza. En la esquina de la Ronda un pelotón de soldados vigila con los fusiles al hombro; ni siquiera le miran.

Al llegar al cine Goya desde detrás de la esquina le dan el alto. Un soldado le encañona con el fusil. No le ha dado tiempo a reaccionar. Unos metros más allá, otros soldados se ponen en guardia. Por precaución levanta las manos; le han atrapado como a un idiota.

—¡Acérquese!

No se trata de un verdadero soldado; viste una guerrera desmesurada para su edad y estatura. Es casi un niño; los pantalones son de paisano. Le mira a los ojos para intimidarle, pero la mirada del muchacho es decidida y como probablemente tiene miedo resulta más peligroso. Los demás soldados con los fusiles en la mano se limitan a vigilar. Paso a paso se aproxima.

—Póngase de espaldas.

Le ha arrebatado la pistola. Si no fuera por los otros soldados, aprovecharía para escapar; pero si lo intenta le acribillarán aquí mismo.

Por debajo del gorro militar le asoma una cabellera negra y ensortijada. Están muy cerca uno del otro; con el fusil le continúa encañonando.

—La documentación.

La única documentación de que dispone es el carnet confederal y no es lo más a propósito para mostrarle. Lo saca y se lo entrega. El muchacho ha guardado la pistola en el bolsillo de la guerrera. Sin quitarle el ojo de encima echa un vistazo al carnet y frunce el ceño.

—¿Adónde va usted?

La pregunta es ingenua, ¿o será, por el contrario, malévola? No tendrá más de dieciséis años. La ropa militar parece un disfraz en este chiquillo y el fusil un juguete peligroso. Señala la barricada ¿para qué mentir si le ha atrapado con las manos en la masa?

—Ahí… Es que vivo en este barrio…

Mientras le habla le mira a los ojos; no consigue adivinar cuáles puedan ser sus intenciones. Y sabe que está jugándose la vida. Desde que ha amanecido el plomo anda barato en toda la ciudad.

—Pues siga; sin correr y con las manos en alto.

—¡Eso sí que no! Si me quieres disparar, dispara. No me dejaré matar por la espalda.

—¿Por qué le iba a matar? Me quedo con su carnet y su pistola. Usted vaya adonde quiera. ¡Andando!

Parece decir verdad. Gira lentamente sin perder de vista las manos del muchacho y el dedo que apoya en el gatillo. Empieza a caminar despacio en dirección a la barricada. Levanta levemente los hombros como si le protegieran la cabeza. Cuenta los pasos, dos, cinco, seis… doce, catorce. No le ha disparado. Siente unas ganas locas de apretar a correr, pero se contiene. Los de la barricada le observan espantados. Tampoco se atreve a volver la cabeza, respira con dificultad.

Cuando alcanza la barricada, de un salto se refugia tras los adoquines.

—¡Salvaste, amigo! Creí que se te cargaba.

Al volverse, descubre las manos del soldado y su fusil que asoman por la esquina.

—¡Qué miedo me ha hecho pasar el chaval ése! ¡Préstame una pistola! Me ha quitado la mía y el carnet…

Antes de disparar contra el muchacho desea avisarle. Que se cubra mejor. En la barricada permanecen atentos; nadie dispara. Un compañero le alarga un revólver.

—Te presto el mío, se lo quité hace dos noches a un sereno de la calle Ancha. Yo tengo una «star».

Coge el revólver y hace dos disparos al aire. El muchacho comprenderá que ha ganado la barricada y que la pequeña tregua ha cesado. De golpe, todos se ponen a tirar contra la esquina. Les contesta el fuego de un mosquetón que retumba por la calle de Poniente abajo.

Así no se hace una sublevación; esto se está convirtiendo en juego de niños o en controversia de salón. El capitán Fernando Lizcano de la Rosa, que ha colaborado en la preparación del alzamiento con el comandante López Amor, con los capitanes López Varela y López Belda, no está de acuerdo con la manera con que están actuando.

El general de la Cuarta División Orgánica, don Fernando Llano de la Encomienda, en su despacho de la Capitanía de Barcelona rodeado de su estado mayor, de su ayudante, de algunos de los oficiales que en este momento se hallan en el edificio, discute acaloradamente con ellos. Unos están sublevados, otros apoyan al general en su propósito de mantenerse fiel al Gobierno; los más parecen desconcertados. La acción militar que se desarrolla en las calles debería dirigirse desde la división. No solamente no sucede así sino que el general, a quien no se ha desposeído del mando, utiliza el teléfono para transmitir órdenes de oponerse a los movimientos del ejército, para tratar de impedirlos, dificultarlos y combatirlos. Y en las calles se está derramando no poca sangre.

Al edificio de Capitanía ha llegado el general Burriel, que por ser el más antiguo de la plaza se ha puesto al frente del movimiento hasta que se presente en Barcelona el general Goded. No parece suficientemente decidido a actuar con la energía que el momento requiere. Lo que se impone hacer, sin más dilación, es encerrar al general Llano de la Encomienda y obligar a los tibios a que tomen partido decidido. Y al que no secunde incondicionalmente la acción del ejército, detenerlo inmediatamente. Pierden horas en discusiones, en cabildeos, y entre tanto la situación de las tropas no es tan buena como se esperaba. Firmes se mantienen en la plaza de España y en las de Universidad y Cataluña; pero les hostilizan y han sufrido bajas. Los artilleros de San Andrés se abren paso a través del Ensanche; no han enlazado con los de la plaza de Cataluña ni se han apoderado de la Comisaría. A López Belda, que ha traído una compañía desde Pedralbes, le han tiroteado. Y ellos mismos, en la división, ¿no están acaso semicercados? El propio general Burriel y los que le acompañan no han conseguido llegar sin apuros. En la plaza de Antonio López, a lo largo del muelle, en Colón y por las callejas que dan a la parte trasera de Capitanía y a la iglesia de la Merced, paisanos armados, guardias de Asalto y carabineros, les hostigan. Les han hecho tres muertos y varios heridos. Como él, López Belda es partidario de la acción, pero aquí hay un general, coroneles, tenientes coroneles, comandantes; tampoco es cosa de insubordinarse.

El general Burriel, acompañado del comandante Rico, del capitán García Valenzuela y del teniente Noailles, entra en el despacho. El general Llano de la Encomienda, pálido y malhumorado, se pone en pie. Burriel se le acerca en actitud amistosa. La misma que ha intentado mantener en la conversación telefónica que ha sostenido con la división desde el cuartel de Montesa.

—Vamos a arreglar las cosas. Declare usted el estado de guerra y yo haré que las tropas se retiren a sus cuarteles.

—Yo no puedo declarar el estado de guerra sin orden del Gobierno…

—¡Todas las guarniciones de España se han levantado contra ese Gobierno! Declare usted también el estado de guerra.

—Le he dicho que me es imposible hacerlo. Además sería inútil; las fuerzas de orden público obedecen a la Generalidad. No acatarían mi decisión.

—Usted debe intentarlo.

—¡No! Y además, general Burriel, en vista de su actitud, considérese arrestado desde ahora.

Este diálogo no tiene sentido para el capitán Lizcano. ¿Para qué tantas contemplaciones? ¿Es el general de la división? Pues se le destituye sin más. ¿O discutiendo van a convencerle? Hay que cortar esta escena. Avanza hacia el jefe de la división; se nota alterado, colérico, le han agotado la paciencia.

—¡Usted, mi general! ¡Usted es quien debe ser detenido!

Los ojos del general se fijan iracundos en él. Todavía cree que están obligados a acatarle; todavía supone que puede intimidarle, pero no le intimidará, por lo menos a él.

—Usted también queda arrestado, capitán. Y además, le arranco esa condecoración de la cual es usted indigno.

Los dedos del general avanzan crispados hacia la laureada que luce en el pecho. ¡Eso no! Echa rápidamente mano a la pistola y la desenfunda. Está dispuesto a cargarse al general o a quien se atreva a tocarle la laureada.

El coronel Moxó, el coronel Cañadas, y el propio general Burriel, se interponen. Una mano suave pero enérgica se apoya sobre su brazo; enfunda la pistola. Las palabras le salen violentas, insultantes.

—Aquí, el único indigno es usted, mi general.

—¡Cálmese Lizcano! No quiero violencias —le advierte Burriel.

Oficiales y jefes, amistosamente, tratan de apaciguarle y le separan del grupo. Él se aleja mascullando.

—¡Traidor! ¡Traidor!

—Todo se resolverá…

—Es una canallada lo que me ha hecho el general…

Ya se calma, ya se está calmando; no matará al general de la división, que discutan, que continúen discutiendo hasta que se harten, y entre tanto que las tropas sigan peleando en las calles a cuerpo descubierto, a la defensiva, inmovilizadas. Él no tiene razón, es un impulsivo, un simple capitán. Pero a la laureada nadie le pone la mano encima; se la ganó en Sidi Messuad hace doce años, y si ese tío vuelve a atreverse, le vuela la cabeza. Además, les hará un favor a todos los españoles.

—Como no venga pronto Goded estamos perdidos.

Sale del despacho del general. Lo que está ocurriendo es absurdo; desde la calle les tirotean, a lo lejos se oyen ametralladoras, fusiles, cañonazos. Terminado el incidente continúan discutiendo en el despacho del general jefe de la Cuarta División.

Madrid

El secretario de Unión Republicana, vuelve a casa de don Diego Martínez Barrio. Ha conseguido dormir profundamente poco más de un par de horas; el descanso le ha infundido nuevos ánimos. Conoce la noticia de que Giral ha formado gobierno; pocos cambios salvo quedar fuera de la combinación ministerial don Diego y Sánchez Román. Éste es un gobierno de lucha, el único que permiten las circunstancias por que atraviesa la nación. Pero, don José Giral, ¿será el hombre que exigen las circunstancias?

Sube en el ascensor, llama al timbre. Le hacen esperar. Tiene convocado al comité del partido; necesitan tomar acuerdos en consonancia con los momentos que se avecinan agravados por el fracaso del intento de don Diego.

—¿Está don Diego?

—No, señor; ha salido para Valencia…

—¿Pero no ha dejado ninguna carta para mí, o una nota…?

—No, señor…

—¿Ni un recado?

—Sólo ha dicho eso, que a quien viniera a preguntar por él se le comunicara que se ha marchado a Valencia.

Algunos compañeros dormitan, o duermen sin recato apoyados en las mesas de la central telefónica que para uso de la prensa hay en la Puerta del Sol. Guzmán se aguanta a fuerza de café; la mañana va avanzando. Tras las manifestaciones que se han producido contra el Gobierno de Martínez Barrio, y al anunciarse que se había formado uno nuevo presidido por Giral, ha decrecido la animación. Los madrileños están fatigados, demasiadas horas sin dormir, mucho nerviosismo, mucha incertidumbre, y esa sensación de peligro, de que «algo» va a suceder.

Desde las cabinas, corresponsales de provincias o de las agencias extranjeras tratan de hacerse entender a voces o inquieren noticias. Éstas se suceden a tanta velocidad que las unas devoran a las otras. A nadie le extraña nada; los hechos más notables, pequeños o grandes, se alejan a velocidad increíble, no en el plazo de días sino en el de horas, en el de minutos casi. Los periodistas a pesar de que pueden retirarse a sus casas, pues mañana lunes no aparecen los diarios, tienen aún ánimo de discutir, por lo menos aquellos a los cuales les restan fuerzas. Comentan las novedades, las desmenuzan, a sabiendas que muchas de ellas resultarán ser falsas. Es la profesión por la profesión; mañana no hay periódico pero se mantienen aquí, desvelados, más allá de su deber, porque el ansia de saber les devora aunque la noticia o el comentario no vaya destinado a la letra impresa. Cuando el martes salgan nuevamente los periódicos todo habrá cambiado; en Madrid y en España entera será distinto. Qué será, nadie lo sabe; cada cual hace conjeturas de acuerdo con sus posiciones políticas, con su carácter, con la medida de su cansancio, con sus deseos o sus terrores.

Del cuartel de Pontejos, situado detrás del Ministerio de Gobernación, salen varias camionetas descubiertas con guardias de Asalto armados, llevan ostensiblemente instaladas ametralladoras en la parte delantera. El público de la Puerta del Sol les vitorea; muchos

levantan el puño, los guardias también levantan el puño. Un compañero que fuma junto a la ventana abierta, lo comenta con los demás periodistas. Llegan hasta la sala voces de ¡UHP, UHP, UHP!, rítmicas, obsesionantes, confiadas, agresivas. A medida que el ruido de los motores se aleja, el UHP va disminuyendo hasta extinguirse.

¿Sabéis la que se armó de madrugada en el local de la Agrupación de Izquierda Republicana, ahí en Mayor, 4? Han abroncado al pobre Marcelino Domingo; el hombre estaba desconcertado. Algunos afiliados han roto los carnets y se los han arrojado a la cabeza. Ha tenido que salir del local protegido por los más sensatos, o por viejos amigos…

—Le está bien empleado. ¿Por qué se prestaba a la maniobra de Martínez Barrio? —dice un redactor de *Mundo Obrero*.

—Lo mejor, me lo ha contado un amigo que se llama Remis, que estaba allá; el bueno de don Maree no deseaba entrar en el Gobierno; le dijo a Azaña que estaba dispuesto antes que a ser ministro a servirle de ordenanza…

Horas y horas oyendo frases, comentarios, sucesos; lo que más le ha impresionado ha sido su circuito por la periferia madrileña durante la noche. El nombramiento de don José Giral como jefe del nuevo Gobierno ha causado júbilo, no tanto por la personalidad del nuevo presidente, figura más bien gris, del que se sabe que es hombre de ciencia, serio y muy adicto a Azaña, sino porque venía a cerrar el paso a Martínez Barrio y a su posición pactista.

De una de las cabinas sale un periodista de *El Sol* que se dirige en voz alta a todos.

—Están luchando encarnizadamente en las calles de Barcelona. El pueblo en armas apoya a la Generalidad. La aviación ha permanecido leal al Gobierno y bombardea y ametralla a los rebeldes.

—La CNT se ha lanzado a la calle; no se repetirá lo del 6 de octubre.

—¿No? Ya lo verás, en dos horas los militares serán dueños de la población. Los anarquistas son indisciplinados, individualistas, caóticos… —comenta el redactor de *Mundo Obrero*.

—Las noticias que me han dado es que están oponiendo una resistencia muy dura…

—Lo mismo dicen de Sevilla… Y Queipo sigue graznando por la radio.

—Pero en Barcelona ocurre al contrario; quien habla por radio es la Generalidad, que no ha cesado de lanzar órdenes, consignas…

—Os aseguro que la suerte de la República se decide en las calles de Barcelona. Tenedlo por cierto…

—¡Hombre! Yo supongo que se decidirá en Madrid, vaya, me lo parece…

—¡Calla! Que esto no es el fútbol, no seas hincha…

—Tiene razón, si en Barcelona se derrota a los militares, ¿tú crees que van a sublevarse en Madrid?

—¿Qué noticias hay de Zaragoza? Si se les casca en Barcelona y en Zaragoza, donde también la CNT tiene preponderancia…

—No os fiéis de los anarquistas; mucho ruido y pocas nueces —insiste el redactor de *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista.

Sudando, con la americana al brazo y el cuello abierto, llega un compañero.

—En la calle de Torrijos se ha armado una ensalada de tiros. Ha habido varios muertos.

—¿Qué fue?

—Nada, se ve que un camión de las Juventudes ha topado con un grupo de la Falange. ¡Imagínate! Cuando los guardias han comparecido, lo que hacía falta era la Cruz Roja…

—¿Y los mineros? ¿No venían de Asturias unos trenes?

—Eso se dijo; pero como les hayan pescado en Valladolid…

—Hay noticias de que han pasado Valladolid y están llegando.

—Buen refuerzo, los asturianos; aunque por el momento no creo que les necesitemos… Los madrileños…

—¡Ya estás otra vez con tu cuento! Los de Madrid no son ni más ni menos que los catalanes o los asturianos…

—¡Anda ya! De Madrid al cielo…

Antes de retirarse a descansar, desea cruzar a Gobernación por si consigue alguna noticia. Y tomará otro café, porque se derrumba. Está cansado de discutir, de oír discutir a los compañeros.

Desde lejos advierte a un hombre alto, fuerte, de mandíbula voluntariosa, que con aire resuelto sale del Ministerio de Gobernación y se detiene un instante como si el sol le molestara. Tiene unos treinta años de edad; es David Antona, secretario del Comité Nacional de la CNT. Acaba de salir de la cárcel en donde ha permanecido unas semanas a causa de los conflictos relacionados con la huelga de la construcción. Le conoce, le considera uno de los hombres clave del momento; la CNT cuenta en Madrid con numerosos afiliados, y resulta para él más asequible, y aún más dada la casualidad del encuentro, que los hombres de Gobierno o que los socialistas que, como Largo Caballero, permanecen atrincherados entre sus partidarios, o los comunistas, como Díaz o La Pasionaria, más herméticos y difíciles.

Se aproxima a David Antona; si sale de Gobernación alguna noticia podrá darle, alguna noticia reciente.

—Sí, el general Pozas se ha «dignado» recibirme. Ahora mismo he estado hablando con él.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que le he anunciado que si no ponía en libertad a los compañeros presos, asaltábamos la Modelo. No podemos gastar tiempo ni andar con bromas. Necesitamos en la calle a Teodoro Mora, a Cipriano Mera a Buitrago, a los demás compañeros…

Otros militantes se acercan; sin duda le esperaban en las inmediaciones de la puerta. Como también se aproximan algunos curiosos, echan a andar, en dirección a la calle Mayor.

—¿Y cómo ves la cosa?

—Muy sencilla. Tanto los militares como el Gobierno lo hacen lo peor que saben. Si los fascistas se sublevan hace un mes, por sorpresa, nos cogen desprevenidos y nos machacan. Incluso anteayer cuando empezaron en África. Pero al ir escalonando las guarniciones, han dado ocasión al Gobierno para prevenirse. ¿Lo ha hecho? Pues no; el Gobierno ha sido más torpe aún que sus enemigos. Pudo anticiparse deteniendo a los jefes cuyos nombres son conocidos, y desarticularlo todo. Pudo armar resueltamente al pueblo y asaltar los cuarteles. Están perdiendo miserablemente el tiempo. Casares y Martínez Barrio pasarán a la posteridad como los enterradores de la República.

—Entonces ¿tú lo ves perdido?

—De ninguna manera. Además de las derechas y del gobierno republicano-burgués, queda alguien con quien nadie ha contado aún seriamente: el proletariado revolucionario. Los fascistas lo usaban como coco para justificar su propósito de sublevarse; Casares, como fantasma para meter miedo a la burguesía. Unos y otros sabrán lo que es. El pueblo ya está combatiendo en Barcelona y en otras ciudades, y combatirá en Madrid, pero si lucha no será para defender ideales ajenos sino los suyos propios, los de los trabajadores revolucionarios. Eso, apúntalo, que no se le olvide a nadie.

Continúan bordeando la Puerta del Sol, formando grupo. Antona a veces se detiene y acciona para subrayar sus palabras.

Junto a un quiosco de periódicos un obrero en mangas de camisa, se dirige en voz alta a un auditorio de medio centenar de personas que le interrumpe y vitorea.

El general don Joaquín Fanjul y Goñi, refugiado provisionalmente en casa de sus cuñados los señores de Rodríguez Hernani en la calle Mayor 86, está desconcertado. Tiene el encargo de apoderarse del mando de la Primera División pero nadie le ha dado órdenes concretas y permanece casi incomunicado con los miembros de la Junta Militar, o, lo que es peor, mal comunicado. Son las once de la mañana y el calor aprieta. A la inquietud de los últimos días y de la última noche ha sucedido una relativa calma, que en el aislamiento en que se halla le parece aún más amenazadora. Considerando el ambiente de la calle, de la cual le llegan noticias continuamente, el tono de las emisiones de radio que escucha impaciente y de los periódicos, el Gobierno secundado por los partidos políticos que han armado a sus afiliados, domina Madrid. Los informes son confusos, más rumores que noticias. Hace un par de días en casa del general Villegas, presidente de la Junta Militar, que tiene asignada la misión de hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, se encontró con Saliquet que salía hacia Valladolid para sublevar aquella división. Parece que ya lo ha hecho; lo mismo Mola en Pamplona y Cabanellas en Zaragoza. Los periódicos reconocen que Queipo de Llano se ha apoderado de Sevilla, a pesar de que alardean de que será pronto sofocada la rebelión. La situación de la Escuadra es incierta pues las noticias que circulan son contradictorias. Las tropas luchan en las calles de Barcelona. Valencia, para donde salía González Carrasco, a quien también encontró en casa de Villegas, no tardará en sumarse al alzamiento. Pero Madrid… ¿qué pasa en Madrid? ¿A qué es debida esta espera? ¿Por qué la guarnición y los paisanos permanecen inactivos mientras el Gobierno moviliza fuerzas, detiene a los patriotas tanto civiles como militares, y les aísla? Aprovechando las fiestas de San Fermín, Fanjul estuvo en Pamplona y habló con Mola. El general Mola es reservado; de la entrevista sacó la impresión de que no confiaba en el éxito que pudiera alcanzarse en la capital. Pero con una guarnición importante, cuarteles de fácil defensa, contando con la colaboración de los falangistas, numerosos y entrenados en la lucha callejera, de los tradicionalistas, de los jóvenes monárquicos y de la CEDA, aseguradas importantes complicidades en la Guardia Civil y en la de Asalto, ¿a qué esperan? Bueno es que vengan columnas de Navarra, de Castilla, de Aragón, de Levante y de Andalucía, pero ¿no sería

preferible que 1 golpe se diera en la misma capital, aunque no fuese decisivo? La presencia de una de esas columnas o la noticia de que se aproximaba serían suficientes para resolver la situación, decidir a los vacilantes y provocar la huida de los enemigos. No se comprende esta inactividad, el desconcierto, el ir y venir de enlaces —¿enlaces de quién?— mientras el gobierno domina los ministerios, las comunicaciones, la ciudad y los suburbios, y se apresta a dar la batalla. De los cuarteles le llegan, filtrados, informes contradictorios; ni él ni nadie saben qué es lo que está sucediendo.

El general Fanjul, vestido de paisano, se acaricia las blancas barbas y pasea inquieto, enjaulado, en una ciudad hostil, una enorme ciudad, la capital de España, clave natural del éxito del alzamiento, de esta vasta conspiración militar de la cual él mismo es una de las piezas importantes.

¿Cuál es la actitud de Miaja? Por un momento pareció que se podría contar, si no con su colaboración activa, con su actitud pasiva, pero ayer le nombraron ministro de la Guerra. ¿Qué significado puede atribuirse a la crisis política de ayer? Un nuevo Gobierno de republicanos se proclama abiertamente beligerante mientras la calle está dominada por socialistas, anarquistas, comunistas. Él debe hacerse cargo de la división, situada enfrente de la casa en que se ha instalado, pero ¿con quién cuenta dentro de ella? El coronel Peñamaría, jefe de estado mayor, ¿domina el edificio y tiene en su mano los resortes del Mando? Le han dicho que se ha instalado Riquelme, enviado por el Gobierno, pero tampoco sabe si la noticia es cierta. Si el coronel Serra, en el cuartel de la Montaña, está prácticamente sublevado como así parece, y teniendo en cuenta las excelentes condiciones del edificio y las órdenes circuladas entre los paisanos de que se concentren allí, dado también que allí se guarda armamento más que suficiente ¿no será preferible y más seguro instalar el puesto de mando en la Montaña? Hay que resolverse a actuar; en las filas gubernamentales también debe cundir el desconcierto y la indecisión; hay que lanzarse a la acción antes de que ellos se organicen y hagan inventario de sus propias fuerzas, aunque no les será posible hacerlo con exactitud pues desconocen los hilos de la conspiración a despacho de confidencias y barruntos. Al general don Joaquín Fanjul le conocen; por ese motivo ha de permanecer aquí oculto, cruzado de brazos.

¿No sería preferible que aprovechando el desorden, escapara de Madrid y se dirigiera a Burgos? En Burgos la situación se presenta clara. Dedicado a la política activa, Fanjul es ante todo militar. Debe hallarse en lugar donde pueda ejercitarse la acción, y Burgos parece apropiado. Mas ¿cómo llegar a la capital de Castilla la Vieja?

Llaman a la puerta; pueden descubrirle en cualquier momento. La policía se muestra particularmente activa y diabólicamente eficaz. Luciana, su cuñada, abre con precaución.

—Un señor pregunta por ti…

—¿Le has dicho que estoy?

—No, le he dicho que esperara. Viene de parte del general Villegas…

—¡Ah, entonces salgo!

Conoce al emisario, es sobrino de Villegas, el teniente Calvo, de carros de combate que actúa de enlace.

—Mi general, el asunto esta en marcha; debe usted presentarse en la división y tomar el mando…

—Un momento, teniente; he tenido tiempo de reflexionar. Tomar el mando de la división no me parece difícil si contamos con elementos suficientes, pero ¿de qué fuerzas disponemos para su defensa? El edificio no reúne condiciones, y hay que suponer que seremos atacados. Usted viene de la calle, ¿qué piensa?

—Pues… que sí, que seguramente atacarán…

—Entonces ¿no resultará más prudente establecer el puesto de mando en el propio cuartel de la Montaña, un edificio dominante, sólido, con tropas y armamento en su interior…? ¿No es la Montaña dónde tiene orden el paisanaje de concentrarse?

—Mi general… yo… Mi tío me ha encargado…

—Regrese adonde esté su tío y comuníquele mi opinión; que si no ve inconveniente para ello, es en la Montaña donde prefiero establecer el mando de la Primera División.

—A sus órdenes, mi general. Volveré rápidamente con la respuesta.

Valencia

En los alrededores de la plaza de Tetuán donde se halla el edificio de la División de la 3.ª Región Militar se han congregado hasta medio centenar de jefes y oficiales de las distintas armas, que esperan la llegada del general González Carrasco y del comandante Bartolome Barba para irrumpir con ellos en la división y forzar al general Martínez Monje a que proclame el estado de guerra o a destituirle si se niega a hacerlo.

Entre los militares predominan los de caballería; también se han añadido los dos oficiales de aviación que han venido de Cartagena a buscar ejemplares del bando para llevárselos, y representantes del Cuerpo de la Benemérita. El momento es el más oportuno; junto al jefe de la división se encuentra el general don Mariano Gamir Uríbarry, favorable ocasión para trincarlo y matar dos pájaros de un tiro.

Se han tomado precauciones, y uno de los elementos con que cuentan es la sorpresa. Ni el general ni el jefe de estado mayor ni los enemigos o tibios, que no faltan en la división, les esperan y en cambio sí les esperan los conjurados. Desde el local de la Derecha Regional Valenciana, que ocupa un palacio situado frente a la división, un número considerable de paisanos pertenecientes a este partido, reforzados por algunos falangistas y requetés, están dispuestos a despejar la plaza a tiros si las circunstancias lo requieren. El local fue asaltado días atrás como represalia a que elementos de Falange se apoderaron por unos instantes de los micrófonos de Radio Valencia, pero afortunadamente el centro fue autorizado a abrirse de nuevo. Es un excelente lugar, emplazado donde precisamente en este momento les hacía falta. Un verdadero milagro.

Joaquín Maldonado va en busca del general y del comandante Barba que se encuentran escondidos en el piso del dependiente de un comerciante de frutas, miembros ambos de la Derecha y personas de absoluta confianza. Hace unos instantes y aunque la hora, once de la mañana, estaba acordada de antemano pues ayer la señaló el propio general, le han

telefoneado el siguiente mensaje: «Está lista la expedición de fruta». Espera pues encontrarle dispuesto. En la Gran Vía de Germanías han quedado en el automóvil tres amigos que con su hermano y él darán escolta a González Carrasco.

Probablemente llegarán sin novedad pero desde ayer las calles valencianas por las cuales patrullan guardias de Asalto y obreros no presentan aspecto tranquilizador.

En el número 2 de la calle de Cádiz es donde vive Juan Borrero, el empleado del exportador de frutas. Por una escalera angosta sube hasta el último piso. La emoción y lo empinado de la escalera le cortan la respiración. Con el general y el comandante se encuentra también Victoriano Ruiz, patrono de Borrero. González Carrasco aparece vestido de uniforme y con el fajín rojo ciñéndole la cintura.

—Mi general, abajo está esperándole el coche…

—Pero ¿dónde está el comandante Arredondo? Había quedado en venir con usted.

—Le espera con los demás, en la plaza de Tetuán. Están todos dispuestos.

—¡De ninguna manera! Esto no puede ser. Antes de hacer nada necesito hablar con él; tiene que comunicarme informes del mayor interés.

El comandante Arredondo no tiene que darle informes; nada nuevo ha sucedido. Está todo dispuesto y es el general quien tiene que ponerse al frente para dar el golpe en Capitanía. Los de la Derecha, a pesar del telegrama de Lucia, su jefe, adhiriéndose al Gobierno, están en su local y dispuestos. Según los mensajes recibidos en clave la guarnición de Barcelona se habrá sublevado a las cinco de la mañana y la de Pamplona a las siete. Joaquín Maldonado está metido en la conspiración y en los últimos días las gestiones que viene realizando le han puesto al corriente de los diversos hilos que la mueven. Es él quien en un saco ha recogido los ejemplares impresos del bando, y ha efectuado numerosas misiones de enlace. La resistencia del general González Carrasco, esta resistencia que opone a colocarse al frente de quienes confían en él y le esperan, cuando tan dificultoso ha sido anudar tantos hilos, le irrita y desconcierta.

—Insisto, general Carrasco, en la plaza de Tetuán está Arredondo, y los demás le esperan a usted; su posición allá es comprometida.

—Me niego a ir antes de hablar con Arredondo. Y, además, como se está haciendo tarde, lo mejor será que se aplacen los preparativos hasta nueva orden.

¡No es posible! ¿Por qué razones se vuelve atrás este hombre? ¿Qué puede inducirle a provocar este retraso? El movimiento en Valencia fracasará, en algunos regimientos los jefes permanecen indecisos, la Guardia Civil se niega a tomar la iniciativa, el enemigo está preparado y cuenta en la propia guarnición con elementos tan decididos como el comandante Pérez Salas, el capitán Uríbarry de la Guardia Civil, el capitán Atiliano Sierra. Observa al comandante Barba que parece irritado.

—Pero, mi comandante, diga usted algo…

—¡Aquí nadie tiene nada que decir! Soy el jefe y no admito discusiones. Vaya usted a Capitanía y dé cuenta a Cañada y a los demás jefes de que se aplaza. Y Arredondo que venga inmediatamente a verme.

Víctor Ruiz, que le acompaña hasta la puerta, le habla en voz baja.

—Esperaba escuchar por radio la voz triunfante de Goded, desde Barcelona. No sólo no ha hablado, sino que los de la Generalidad anuncian a voz en grito que están descalabrando a los militares; le ha causado una profunda impresión. Por si fuera poco, él creía que serían los jefes de cuerpo quienes le acompañarían…

Maldonado desciende lentamente la escalera. Le domina una decepción inesperada, y le produce un amargo disgusto tener que avisar que el golpe se ha aplazado, que el riesgo asumido ha sido inútil. Desearía que esta oscura escalera no se acabara nunca.

Después de que el sacerdote ha terminado las tres avemarías, ha añadido padrenuestro, avemaría y gloria para que Dios les conserve en paz y tranquilidad tanto sus personas como el honesto disfrute de su hacienda a ellas y a los suyos. Doña Vicenta está asustada por el giro que toman los acontecimientos, por el ambiente revolucionario que ha observado en la ciudad y por las noticias que llegan a su hogar. Esta mañana su hijo ha salido de casa con mucho misterio y se ha negado a revelar adonde iba. Por las calles se pasean armados obreros y gentes de mala vida y los guardias en vez de llevarles a la cárcel se muestran de acuerdo con ellos; en cambio se dedican a perseguir y atemorizar a personas católicas, de familias conocidas y que poseen bienes de fortuna. España vive en el desbarajuste y la anarquía adonde la han arrastrado los malos gobernantes, los sin Dios y sin Patria, vendidos a Rusia, los que no teniendo donde caerse muertos pretenden empobrecer a los demás, en una palabra, los demagogos, como acertadamente dice su marido. Los campesinos, los obreros, los menestrales han perdido el respeto a los que son más que ellos, se insolentan, exigen en lugar de conformarse con lo que les dan, pretenden vestir, comer y vivir como los ricos y enmendar la obra de Dios que ha hecho ricos y pobres para que se amen los unos a los otros. La envidia, la lujuria, porque todos los republicanos, socialistas y comunistas son personas sin principios, de vida desarreglada, la calumnia, la pereza, porque se trata de obreros que en vez de trabajar hacen huelga y van a los mítines, el orgullo, el desagradecimiento, los pecados capitales en general les dominan y Dios permite tanto oprobio para probar a los buenos y que entren con mérito en el reino de los cielos.

Cuando se pone en pie las rodillas le duelen; ofrece el sufrimiento al Sagrado Corazón de Jesús y a las benditas ánimas del purgatorio. Antes de salir echa cinco céntimos en el cepillo de santa Teresita del Niño Jesús, santa que le inspira particular devoción.

La luz de la calle la obliga a entornar los párpados. Ha metido los dedos con demasiada fuerza en la pililla de agua bendita y se los enjuga disimuladamente con el pañuelo. Hoy han asistido menos fieles al santo sacrificio de la misa, tienen miedo, rumorean que el populacho amenaza con quemar las iglesias y se asustan. Aunque las quemaran, los buenos católicos tienen la obligación de oír misa los domingos y fiestas de guardar y dejarse quemar dentro si hace falta, dejarse quemar para dar testimonio de la fe como hizo santa Juana de Arco, aunque fuera francesa; y si destruyen los templos los cristianos rezarán en las catacumbas.

—Doña Vicenta, ¿va usted para casa?

A ella no le acaba de caer en gracia Margarita, pero no se atrevería a hacerle mal papel; su marido es procurador y se ha encargado con buen tino de algunos negocios familiares. Margarita no es valenciana, ni nada se sabe de su familia que se murmura que no es más que de medio pelo, de Burgos, de Valladolid o de por allá. Su marido, listo y competente como profesional, es un buenazo, y muchos sospechan que le engatusó y que la historia de Margarita allá en su tierra no es lo limpia que fuera de desear aunque desde que se casó y vive en Valencia nada malo se ha averiguado de su conducta. Viste bien y es guapa, hay que reconocerlo, pero una belleza seca, no como la de las valencianas que, como todo el mundo sabe, son las mujeres más guapas de España y aun del extranjero.

—Le acompaño a usted…

—Margarita, ¿qué te ha parecido el sermón?

—Muy bien, desde luego; sólo que Juan dice siempre que sería preferible que los curas no se metieran tanto en política…

—Según lo que tu marido entienda por política. La Iglesia tiene el deber de defender a los católicos, al culto, predicar el respeto que se debe a la persona y a los bienes del prójimo. La obligación del sacerdote es denunciar a los ladrones aunque se llamen a sí mismo diputados, ministros o lo que quieran llamarse…

—Tiene usted razón, doña Vicenta, lo que ocurre es que a Juan le parece que resulta peligroso para el propio clero y en estos tiempos todavía más. Las cosas andan revueltas. ¿Se ha enterado usted del telegrama de don Luis Lucia que ayer leían por la radio?

—Yo no escucho las paparruchas que tienen la desfachatez de decir por la radio; liviandades o sandeces; pero anoche en casa mi marido y mi hijo discutieron sobre ese asunto. ¿Tú oíste qué decía el telegrama?

—Lo oí por casualidad; lo repitieron varias veces. Después estando Juan en casa lo volvimos a oír…

—Bueno, ¿y qué decía exactamente?

—Pues que él, como exministro, como presidente de la Derecha Regional Valenciana y como español… por encima de la política y demás… que se ponía al lado del Gobierno y de la República…

—¡Lo que nos faltaba por oír!

—Juan opina que a lo mejor no es verdad, que es una treta de don Luis que es político hábil…

—Lo mismo dice mi marido, o que se lo han inventado los del Gobierno para desconcertar a los crédulos y desunir a la gente de orden. Mi hijo nos ha dicho que va a encontrarse con Costa Serrano y que nos contará la verdad…

—Al fin todo se sabe.

Pasan por delante de un bar a cuya puerta están sentados unos obreros. Uno de ellos en voz alta y descarada exclama:

—Si todas las beatas fuesen como ésta, me apunto a la misa y hasta a las cuarenta horas.

Margarita finge no haber oído pero doña Vicenta la mira de reojo con severidad, como si tuviese la culpa.

—¡Gentuza! ¡Ya les darán su merecido! Y eso que tú no puedes quejarte, salvo la grosería. Aunque si te cogieran, ya te puedes imaginar lo que harían contigo estos bárbaros. Les han deformado el cerebro, el poco que tienen, estoy segura que a mí me ven como a esas horripilantes caricaturas que pintan en *La Traca*, y ¡vaya!, me parece que soy una persona normal.

—¡Ay, doña Vicenta, yo no leo ese papelucho, ni quiero mirarlo, publican hasta obscenidades…!

—Su odio hacia Dios, hacia sus mandamientos y hacia las personas que tienen algo que perder les lleva a considerarnos como a brujas. Una nación sin cultura y sin principios va derechita a la ruina. Yo te digo Margarita, y la experiencia sirve para algo, que el mundo camina hacia una hecatombe y que no me extrañaría que se acercara el Anticristo. Si es cierto que ese telegrama lo ha puesto Luis Lucia, no tiene nombre. Mi marido está indignado. Yo le conocí a Luis cuando joven, entonces era lo que se dice un adalid de los buenos y andaba a tiros con los de Blasco Ibáñez, Soriano y toda la chusma que ha deshonrado a la región valenciana.

Paseando han llegado a la plaza de Tetuán. Observan que en grupos, o desparramados hay numerosos militares.

—Algo preparan. ¿No te parece Margarita que la actitud de estos valientes muchachos es sospechosa? ¡Ojalá!, ojalá se decidan según los rumores que corren.

Margarita se vuelve a mirarlos. Van, vienen, vacilan, simulan que pasean, que se encuentran.

—No les mires así, hija, que van a pensar mal de ti… Volvamos atrás, prefiero dar un rodeo a que nos coja en medio alguna algarada. Ahora que hemos oído misa, será mejor que nos metamos en casa; lo que me inquieta es que mi hijo ha avisado de que no vendrá hoy a comer, le he preguntado adónde irá y no ha querido contestarme. ¿No sé para qué los hijos se han de meter en estos líos que sólo pueden traer disgustos a las pobres madres?

Valencia: La noche del 11 de julio (izquierda) los falangistas asaltaron la radio. Como réplica se formó una manifestación y fue saqueado el local de la Derecha Regional Valenciana. El capitán Uríbarry (derecha) arenga a soldados y milicianos en la plaza de toros.

Jerez de la Frontera: Falangistas en el patio del cuartel el día 20 de julio. Obsérvese que algunos carecen d fusil todavía. Al frente está José de Mora Figueroa, jefe provincial, que durante los do días anteriores luchó en Cádiz con cuarenta voluntarios gaditanos en apoyo del ejército sublevado por los generales Varela y López Pinto. El 18 se alzaron también la Base Naval de San Fernando y Algeciras; en la La Línea se produjeron sangrientos choques. El 19 desembarcaron en el puerto de Cádiz las primeras fuerzas del ejército español de Marruecos.

Después de algunas vacilaciones se incorporó Granada al movimiento militar. Del Gobierno Civil se apoderaron elementos militares, guardias y falangistas el 20 por la tarde.

Agustín Huelin Gómez mandaba las fuerzas que por la tarde del 18 proclamaron el estado de guerra en Málaga y atacaron el Gobierno Civil. En la mañana del 19 recibieron la orden de retirarse al cuartel.

Segovia

Don José Sánchez Gutiérrez, coronel del Regimiento de Artillería Ligera número 13, se halla reunido en su despacho con el gobernador militar y director de la Academia de Artillería. En el aparato de radio emisor-receptor instalado en el cuartel de la Guardia Civil se ha recibido una comunicación que les ha desconcertado un tanto: «Declare usted el estado de guerra en la Plaza. Saliquet». La confusión viene de que el general de la Séptima División con cabeza en Valladolid, a la cual pertenecen, es el general Molero. Saliquet es un general de infantería que no figura en las escalas del ejército; debió de pedir el retiro. Por otro lado, están informados de que en Valladolid, ciudad con la cual están incomunicados desde ayer por la tarde, se ha proclamado el estado de guerra.

Los jefes y oficiales a los cuales los dos coroneles han consultado, manifiestan diversidad de opiniones. Unos, más exaltados y jóvenes propugnan por que el estado de guerra se declare inmediatamente, los más sosegados o políticamente tibios, se inclinan por que se esperen noticias de lo que ocurre en Madrid, pues la radio de la capital está transmitiendo discursos revolucionarios y briosos, y propalando noticias del resto de España poco alentadoras. Las noticias pueden no ser ciertas, la misma radio se contradice, pero la guarnición de Madrid por el momento no se ha sublevado. Y Madrid está demasiado próximo a Segovia.

En Segovia todo está dispuesto; ha sido nombrado un comandante de la Guardia Civil para sustituir al gobernador civil, don Adolfo Chacón de la Mata, republicano moderado que ha mantenido la provincia en orden si se la compara con las demás provincias españolas. En Segovia no se ha hostigado a los militares, Chacón ha tratado más bien de contemporizar con ellos.

Por orden del Ministerio les obligaron a enviar a Madrid los treinta y seis camiones que formaban el parque móvil de la Escuela de Automovilismo del Ejército, lo cual les hizo suponer que el Gobierno empezaba a tomar medidas y a prevenirse. No pudieron evitar que los camiones salieran para la capital.

Llaman con los nudillos a la puerta. El ayudante del coronel Sánchez se asoma.

—Mi coronel, fuera espera el teniente Feijoo, de Asalto. Tiene una noticia urgente que comunicarles a ustedes.

Los dos coroneles se miran intranquilos; no se dicen una palabra.

—Que pase.

El teniente Feijoo entra con la gorra en la mano y se cuadra ante la mesa. Está pálido; en la voz se advierte la emoción.

—A sus órdenes. Acabo de detener al gobernador civil.

Burgos

Al pasar por el Espolón dos escuadrones de caballería han sido vitoreados por los burgaleses, que se han lanzado a la calle desde primeras horas de la mañana. En la ciudad se ha

oído trompetería y tambores; camiones con paisanos armados recorren las calles, se dirigen a los cuarteles o mantienen la vigilancia. Hay falangistas con camisa azul marino o vestidos de paisano con brazalete, hay de los llamados Legionarios de Albiñana, que visten camisa azul celeste, hay de la JAP y de Renovación Española; también tradicionalistas con boina roja.

—¡Viva el Ejército español!

—¡Viva España!

—¡Arriba España!

Bajo el arco de Santa María, atravesando la plaza Mayor, por la calle de la Paloma, por todas las calles que conducen a la catedral hombres y mujeres se apresuran; ha corrido la voz de que va a celebrarse en la catedral un acto de acción de gracias por el triunfo del Glorioso Alzamiento Nacional. En los balcones han comenzado a aparecer colgaduras. Burgos presenta el aspecto de un día de fiesta grande. Los amigos al encontrarse se felicitan. No siempre la actitud es sincera; tampoco faltan burgaleses que se han encerrado en su casa apenados o asustados.

—¿Qué noticias tiene, don Arturo?

—¡Magníficas! La gentuza de Madrid sigue vociferando por la radio, pero de toda España van a salir columnas y les van a aplastar. No escapará ni uno de esos canallas.

—¿Está enterado de que el coronel Gistau organiza, aquí en Burgos, una columna?

—Yo he oído Radio Valladolid. España se alza en armas. ¿Y su hijo?

—¡Cómo los buenos! Les han cedido el cuartel de Intendencia, y están formando compañías, centurias como les llaman…

—Mola saldrá hoy de Pamplona al frente de los requetés.

—¿Se sabe algo de Barcelona y de Valencia?

—¡Nada! Pan comido. Queipo domina Andalucía y el ejército de Marruecos ha pasado el Estrecho y Franco se dirige, a marchas forzadas, sobre Madrid. Por eso chillan, como las ratas.

—¡Hombre! Tengo ganas de echarme en cara a don Acisclo, a ver si sigue tan republicanote como de costumbre.

—Sí, tendrá gracia; me temo que le dejen cesante. Será muy lamentable, porque en el fondo don Acisclo es una excelente persona. ¡Qué le vamos a hacer!

En las afueras, en los puntos estratégicos, se han montado guardias de paisanos armados que usan como distintivo un brazalete blanco, improvisado con el yugo y las flechas de Falange y un número. De los pueblos de la provincia acuden a concentrarse los falangistas con armamento rudimentario —pistolas o escopetas de caza— o sin armas. Saludan levantando la mano al estilo fascista, y el público les contesta en idéntica forma.

La plaza de Santa María, situada ante la fachada de la catedral, se va llenando de burgaleses. Mujeres con mantillas y grandes escapularios sobre el pecho, muchachas jóvenes, hombres con gorros militares, con correajes, con camisas azules, con boinas rojas. Escuadras portadoras de banderas rojas y negras causan cierto asombro. Van presentándose militares y autoridades civiles. Les aplauden con entusiasmo. Unas mujeres rezan en voz alta.

—¡Viva el general Mola!

—¡Viva España!

—¡Viva el Glorioso Ejército Español!

—¡Arriba España!

—¡Viva el Cid Campeador!

Las filas se abren en movimientos de espectación y los aplausos suenan más fuertes.

—¡Viva España!

—¡Vivaaa!

Los requetés del círculo tradicionalista burgalés, tocados con boinas rojas, marchan en formación con una enorme bandera rojigualda desplegada.

—¡Viva la bandera española!

—¡Viva!

Las mujeres lloran; muchos hombres saludan a la bandera monárquica con el brazo extendido, los que llevan sombrero se descubren, los militares se cuadran.

Un señor, de los que se han descubierto, le dice a otro en voz baja:

—¿Lo ve usted? Son monárquicos. Ya verá como estos cabrones nos endosan un rey…

—Calle usted… pueden oírnos.

Los aplausos y vítores se prolongan. De pronto, obedeciendo a una consigna invisible que se transmite a lo largo de la abarrotada plaza, se hace un silencio.

—¿Cuándo llega el general Sanjurjo?

—No se sabe. Dicen que hoy mismo.

Voces agudas, voces graves, voces bien entonadas y otras que desentonan, prorrumpen en todo el ámbito de la plaza:

Salve Regina,
Mater Misericordiae,
vitae et dulcedo…

Los burgaleses congregados en esta plaza entonan la salve con recogimiento, con unción religiosa unos, con fervor patriótico otros, con rigidez militar algunos, con indiferencia o hipocresía los menos.

Cuando termina el himno religioso, mientras las campanas de la catedral voltean, los burgaleses penetran por las puertas abiertas de par en par. La bandera rojigualda ondea sobre las cabezas.

Oviedo

El sol no calienta demasiado; la temperatura es agradable. Entre las frondas del parque de San Francisco el coronel Aranda pasea pensativo con las manos cruzadas a la espalda, lo que debido a su obesidad le obliga a forzar los brazos hacia atrás.

El capitán Epifanio Loperena acompaña al teniente coronel de estado mayor don Pedro Ortega, a quien ha ido a buscar a la comandancia por orden del propio coronel.

A las ocho de la mañana, el coronel y él se han trasladado al Gobierno Civil. Les ha recibido el gobernador, que estaba reunido con políticos pertenecientes a los partidos izquierdistas. Por las tazas de café vacías, por los ceniceros repletos, por las copas de licor, se advertía que habían pasado allá la noche. Ha reconocido a los líderes socialistas González Peña y Belarmino Tomás, que son los más populares e influyentes particularmente en la cuenca minera, también a

Graciano Antuña, a Amador Fernández, a un diputado comunista que no sabe cómo se llama, y a los republicanos Maldonado y Menéndez. Había otras personas a quienes no conoce. El gobernador, Liarte Lausín y los demás se han mostrado deferentes con ellos y les han ofrecido café, que el coronel y él han aceptado, y luego un cigarro puro pero el coronel no fuma. El gobernador ha expuesto en pocas palabras la situación según los informes que posee. Loperena ha procurado mantenerse un poco retirado, lo cual le ha permitido observar a los presentes. El que más seguro se mostraba era el coronel; se ha expresado con aplomo asegurando a los reunidos que en Oviedo nada ha de suceder, que él está dispuesto a mantener el orden y que para hacerlo cuenta con medios. A continuación les ha tranquilizado al manifestarles que en Madrid se había formado un Gobierno moderado presidido por Martínez Barrio, que parecía posible que Mola ocupara una cartera, y que se imponía buscar un equilibrio de fuerzas para conseguir la estabilidad política de que tan necesitada anda la nación.

Cuando el coronel Aranda les ve llegar y cuadrarse, suspende el paseo y se detiene ante ellos.

—A sus órdenes…

No hay nadie por los alrededores, de propósito ha elegido este lugar ameno y discreto para meditar y para mantenerse durante un rato alejado de los demás. La calle de Uría y la de Toreno, están animadas; los que acuden a las misas dominicales se cruzan con grupos de obreros y camiones cargados con gente de la cuenca minera o de las fábricas del extrarradio.

—Escuche Ortega, busque al teniente coronel Lapresa de la Guardia Civil. Le dice usted de mi parte que se ponga en comunicación con todas las cabeceras de compañía y que apresuren su concentración en Oviedo. Ayer se cursaron las órdenes, pero es preciso que estén aquí esta tarde sin falta. Que lo hagan como sea, pero que vengan. Que procuren evitar cualquier incidente; si resulta imprescindible, que levanten el puño. Les quiero aquí, en Oviedo. Eso es lo importante.

Málaga

Enormes llamaradas y espesa humareda se alzan en el luminoso y azul cielo malagueño a mayor altura que el castillo de Gibralfaro. La calle de Larios se ha transformado en una antorcha. La tea y la gasolina hicieron el primer trabajo, después se convirtieron en combustible, puertas, telas, muebles, cuadros, libros, techumbres artesonadas, vigas.

De madrugada las tropas se replegaron a los cuarteles. Han quedado dueños de la calle, dueños de la ciudad, ha sonado la hora de la destrucción, de la purificación, de la venganza, de la irresponsabilidad. Guardias y carabineros en mangas de camisa o en camiseta, gritando los mismos vivas y los mismos mueras que ellos, recorren las calles con el puño en alto, en camiones, con banderas rojas, con banderas tricolores, sin banderas.

A la ciudad han acudido campesinos, con escopetas, con pistolas, con hoces, con navajas; han requisado los camiones de los amos, de los transportistas, los automóviles de los señoritos sobre los cuales han pintado letreros o iniciales proletarias. Son los desarrapados, los hambrientos, los humillados, los que en la plaza del pueblo esperaban que vinieran los

capataces de los señoritos a alquilarles por jornada, son los del pan escaso, del aceite escaso, de los vestidos livianos, los que viven hacinados, los que mendigan, los que se prostituyen, los que llevaban baja la cabeza.

Arde la calle de Larios de punta a punta, arde el Casino Mercantil, arde el Aéreo Club, arde la Sociedad Malagueña, arden las mansiones, los comercios, arden los automóviles. Suenan disparos, el saqueo es libre, quienes durmieron sobre jergones de paja, arramblan con colchones de miraguano, los que apoyaban la cabeza sobre la chaquetilla enrollada, cargan con almohadones de pluma, las mujeres se apoderan de sábanas de finas telas primorosamente bordadas, los chiquillos de relojes de pared o de viejas armas de las panoplias, los hombres cargan con trofeos de caza, con sombreros de copa, con botellas de vinos exquisitos que beben a cuello libre. Cantan *La Internacional, La Marsellesa, La Joven Guardia*, desentonando, confundiendo, tarareando las letras o improvisándolas. Blasfeman. Por las ventanas, antes de que el fuego dé con todo al traste, salen cornucopias, cuadros con hermosos marcos, sillones, tapices, máquinas de escribir, relojes de bronce, arañas de cristal, figuras de porcelana, alfombras persas, ropa interior de mujer. Cristos de marfil, armarios de luna, sillas Luis XIV, sillas Luis XV, sillas Luis XVI, abrigos de astracán, árboles genealógicos.

La humareda oscurece el sol, brindan y danzan las pavesas, vuelan cartas de amor, plumas de avestruz, acciones de las compañías vinícolas, letras de cambio, cartas de recomendación.

—Han prendido fuego a la farmacia de Caffarena…

—En el Perchel mataron a un tendero de comestibles…

—Si a ésa la echo mano, me la voy a calzar tres veces seguidas.

—El fuego se ha corrido a la carpintería…

—¡Mejor! Más leña…

—¿De dónde venís, camaradas?

—De Estepona…

—Yo, de Almargen…

—Ésos son los de Campillos.

—¡Viva Campillos!

—¡Viva Rusia!

Los techos se derrumban, caen paredes, saltan hechos añicos los cristales. Han asaltado los comercios de ultramarinos, corren las botellas, se disputan los jamones, las latas de conserva. Han asaltado también las armerías. La muchedumbre aclama a los marineros de dos destructores que se han sublevado contra sus jefes y los han apresado.

—¡UHP!

—¡Viva la FAI!

Algunos malagueños salen espantados de sus casas amenazadas, corren a ocultarse, son descubiertos o no lo son, son insultados, golpeados, vejados o pueden escapar a la furia de sus enemigos.

—¡Mueran los fascistas!

—¡Mueran los curas!

—¡Mueran los señoritos!

—¡Mueran los militares!

Han triunfado, han ganado, nadie podrá disputarles la ciudad y tienen derecho a su disfrute, a destruirla, a imponer su ley. Hay barrios reservados para las gentes pudientes, hay barrios con hermosos jardines, con chalets, con flores, con mujeres hermosas y arrogantes, con hombres omnipotentes hasta hace unas horas, con niños bien nutridos, educados, cuidados por nurses extranjeras, barrios silenciosos, cómodos, con hermosas vistas y buen olor.

—¡Camaradas…! ¡Vamos a La Caleta!

—¡Y al Limonaaaar…!

Cogen latas de gasolina, montan en coches, en taxis, en camiones, enarbolan banderas, fusiles, hoces, estacas, pistolas.

—¡A ése, a ése…!

—¡Cogedle, es un fascista…!

—¡Atrapadle… que no se os escape…!

Suenan disparos.

Anuncian que están quemando el Registro de la Propiedad y la noticia llena de alegría a una muchedumbre de desposeídos; nada tienen, nada tuvieron nunca. ¿Por qué no iban a alegrarse?

—¡La tierra para el que la trabaja!

León

Cuando hace un par de horas han llegado a la estación de León, había mucha gente esperándoles y se han producido escenas de entusiasmo. Habría algún republicano pero la mayor parte eran compañeros socialistas con pancartas dándoles la bienvenida. Estaban reunidos además los que desde Oviedo y desde la cuenca minera asturiana venían en autobuses y camiones que se han anticipado al ferrocarril. Obreros metalúrgicos, los de las fábricas azucareras, los de la construcción, campesinos de los alrededores, los aclamaban; y muchas mujeres que ponían una nota alegre y han hecho concebir a los más jóvenes ilusiones que poco a poco se han ido esfumando. Les esperaban también mineros de Villalbino, La Bañeza, Fabero; bastantes son asturianos que trabajan en las minas de León.

La ciudad pertenece a los mineros asturianos. Primero han hecho una demostración de poder en plena calle que habrá espantado a los fascistas, a los de la CEDA, monárquicos y demás gentecilla clerical y derechista que en León, como en cualquier otro lugar, no faltan, y al mismo tiempo habrá levantado el ánimo a los luchadores obreros. En el cuartel de Infantería les han suministrado pan, chorizo y unas latas de conserva, y han repartido fusiles aunque no ha habido suficientes para todos, porque los asturianos recién llegados son numerosos. Corre la voz de que la Guardia Civil les entregará más fusiles. Asimismo corre la voz de que está en León un general muy antifascista, Gómez Caminero, dispuesto a conservar para la tropa —que si hubiera tenido intención de sublevarse la presencia de los asturianos les hubiese hecho desistir— sólo los fusiles imprescindibles y a distribuir los demás al pueblo.

Ignacio está reunido con un grupo de amigos, a los cuales se ha añadido un leonés que trabajó en Sama, en «El Bodegón», taberna en donde a falta de sidra beben tinto de la tierra, que les viene de perilla ahora que con el chorizo cuartelero se les calentó la boca.

—Hemos hecho guardia toda la noche en la Casa del Pueblo. Yo no digo que vuestra venida no haya causado efecto, pero acá en León, nos bastamos para reprimir lo que sea. Hasta el teniente coronel de la Guardia Civil, un tal Muñoz, está con nosotros… Y en la aviación contamos con elementos adictos.

—No hay que confiarse demasiado. Ya veis lo que ha ocurrido en Valladolid…

—Es que en Castilla hay mucho fascista.

—Pues se les va a caer el pelo en cuanto lleguemos allá los asturianos. Menos mal que por ser tierra llana podrán correr.

Están cansados, han dormido mal en el tren. Comen unas morcillas pasadas por la sartén. Las paredes de esta taberna están decoradas con pinturas.

—Tienen mérito estos cuadros, ¿eh? Los hizo un compañero nuestro, un pintor joven de quien los entendidos aseguran que llegará lejos…

Ignacio observa las pinturas; los demás se sirven otra ronda de vino.

—Sí, son buenas…

—Además, si el pintor es socialista…

—Tienen mérito, se nota…

—Yo no entiendo de arte, pero me gustan.

—Y otra cosa, ¿quién viene con vosotros?

—Un capitán de Asalto, de Gijón, un teniente que se llama Lluch, Otero, el hermano de González Peña, Dutor…

—¿Pero, adónde vais, de verdad?

—Pues nadie lo sabe. A Madrid, dijeron… Tendremos que entretenernos cascando de paso a los de Valladolid.

—¿Y en Oviedo, qué?

—¿Qué va a ser? Allá han quedado González Peña, Amador Fernández, Antuña, los republicanos… No hay peligro. Nadie cree que el gobernador militar intente cometer una tontería, pero si lo hiciera, en media hora barríamos a los fascistas. Tenemos más armas que en el treinta y cuatro.

—Pues muchos fusiles no traéis…

—Nos dijeron que nos los daríais en León; nos han entregado una miseria, unos doscientos.

—Compañeros, no perdamos de vista que acá no sobran las armas, y que las necesitamos nosotros. No vais a llevaros todos los fusiles los asturianos.

Valladolid

Al tercer cañonazo han acordado rendirse. Los sótanos están atestados de mujeres y niños, y los hombres disponen de escasas e insuficientes armas. La Casa del Pueblo no es el fortín que habían supuesto; es una trampa. El doctor Garrote así lo ha confesado, y aunque algunos

exaltados dicen que podrían continuar defendiéndose, los más son partidarios de entregarse. Las mujeres con su miedo han influido negativamente en el ánimo de todos.

Hay bastantes heridos; a él le han alcanzado en el brazo izquierdo que le sangra. Una mujer acaba de vendarle con un pedazo de sábana. La confusión es mucha; se abre el portillo y los parlamentarios, con pañuelos blancos, salen a la calle. Están acorralados por soldados de Farnesio, guardias de Asalto y numerosos paisanos de las organizaciones derechistas. No tenían escapatoria; han obrado cuerdamente al rendirse.

Suenan aún disparos aislados; al pasar oyen o desoyen injurias y amenazas. Avanzan con las manos en alto. Lo importante es salvar la vida. La artillería ha abierto gruesos boquetes en la Casa del Pueblo y desde la torre de la catedral una ametralladora les batía; no podían resistir ni escapar.

Él se ha adelantado a sus compañeros; agita el pañuelo en la mano izquierda. De las esquinas, de las ventanas, de todos sitios se asoma gente mejor armada que lo estaban ellos. ¿A quién tendrá que dirigirse? Le miran torva, amenazadoramente. No se propondrán matarles a todos; son más de quinientos reunidos dentro de la Casa del Pueblo. Están a merced de los vencedores, harán de ellos lo que quieran. Como de los seis que han salido a parlamentar, tres van malheridos, él se destaca. Descubre a un oficial y a él se aproxima. El oficial se planta cerrándole el paso.

—Nos entregamos. Dentro hay heridos, mujeres y niños…

—¿Y no os da vergüenza haber metido ahí a vuestras mujeres? ¿Qué esperabais pues? ¡Sois unos cobardes…!

Aprieta las mandíbulas y calla; el oficial, tras desfogarse en el primer impulso, parece que se ha calmado.

—Tú vas a volver adentro. Si se continúa disparando no habrá compasión para nadie. Les ordenas de mi parte que dejen todos las armas amontonadas, y que salgan en grupos de diez con las manos en alto. ¡Y mucho cuidado!

Los demás se han detenido; uno de los heridos con voz quejumbrosa pide que le llevan al hospital. Él asiste a la escena como si estuviera borracho; el brazo le duele horriblemente, lejos, separado del cuerpo. Ve las ametralladoras, los fusiles, los ojos amenazadores. Baja la vista; es un vencido.

—Sí, señor oficial.

—Pues andando.

Da media vuelta y rehace el camino hacia la Casa del Pueblo. De su mano izquierda cuelga el pañuelo blanco, uno que le han prestado porque el suyo está empapado en sangre.

Los demás, con las manos en alto quedan en calidad de rehenes alineados frente a una pared. Camina como sonámbulo; apenas nota si sus alpargatas pisan o no sobre el suelo.

No oye el disparo. La bala le rompe la cabeza y cae al suelo muerto.

—¿Quién caray ha disparado? ¡Al que dispare sin que se le dé orden, me lo cargo!

La organización se ha desmoronado. En el cuartel están armando a los fascistas. En la estación resisten los ferroviarios, pero empiezan a acosarles. Ha conseguido hablar con el abogado y diputado socialista Landrove, un hombre de talento, catedrático de la Universidad que se muestra muy pesimista. Largo Caballero, de regreso de Londres, se detuvo en Valladolid y ellos se reunieron con él. La opinión de Caballero era que en caso de que se produjera el golpe militar convenía a toda costa dominar la ciudad para cortar las comunicaciones. Miguel corre hacia la Casa del Pueblo; en su interior hay numerosos socialistas armados entre los cules se cuenta el doctor Garrote. Tiene que convencerles de que salgan a la calle, de que no se queden encerrados. Primero han sonado tres cañonazos, luego, tras un silencio, tres más; le parecen de pésimo augurio; la artillería pertenece al ejército.

En una cantina establecida en los bajos de su casa se ha citado con Mejías, de quien casi nadie sabe que sea militante socialista; le ha encargado que recorra la ciudad para informarle de lo que ocurre. Por las calles, apenas se ven socialistas y en cambio ha tenido que esquivar patrullas de paisanos derechistas, y automóviles con fascistas que vestían camisa azul. En las proximidades del Ayuntamiento, militares y guardias estaban con los de Falange; ha dado un rodeo para no topar con ellos.

La cantina tiene la puerta entornada. Mejías, apoyado en el mostrador, fuma mientras lee, o finge leer, *El Diario Regional*.

—¿Qué hay, Mejías?

Anastasio, el dueño de la cantina, le mira de reojo y le sirve como cada día un vaso de blanco.

—Miguel, creo que es preferible que no te dejes ver por aquí… La situación se ha puesto más que fea. No quiero compromisos.

Anastasio es de ideas republicanas; cuando las elecciones no disimulaba sus simpatías por el Frente Popular. Hoy se le advierte muerto de miedo. No piensa hacerle caso.

Coge *El Diario Regional* que le tiende Mejías. Está fresca la tinta de imprenta. Lee apresuradamente. De cuando en cuando, Mejías le habla en voz baja; Anastasio no disimula su inquietud. «Ya no es delito gritar ¡Viva España! El Frente Popular se ha derrumbado bajo el peso de sus propias iniquidades». Los titulares vienen en letras grandes; destaca el ¡Viva España! «La sangre de Calvo Sotelo, mártir de España…».

—¡Bah, zarandajas…!

Continúa leyendo: «Las fuerzas gubernativas y del ejército, entusiásticamente compenetradas con el pueblo. ¡Viva España! ¡Arriba España! España sobre todas las cosas y sobre España, Dios».

—Escucha, Miguel; ¿recuerdas que telefonearon de Madrid comunicando que venían para acá dos diputados nuestros?

—Sí; Lozano y Maestre…

—Pues me he enterado por la novia de un cabo, que esta noche, al llegar, les detuvieron casi por casualidad frente al cuartel de caballería; venían en el taxi de un compañero de la UGT; cuando mostraron las credenciales de diputado les encerraron en seguida.

—¡Da igual! Nos las compondremos solos…

Anastasio se ha retirado al otro extremo del mostrador y friega unos vasos. Mejías aprovecha para hablar a Miguel en voz baja.

—Fuerzas de caballería y una compañía de falangistas han entrado en el Ayuntamiento y ocupado la plaza Mayor.

Miguel se encoge de hombros mientras pasea distraídamente la vista sobre el bando firmado por el general Saliquet. ¿Quién será este general? Conoce el texto del bando; está pegado en algunas esquinas.

—Han atacado y cañoneado la Casa del Pueblo. Al primer parlamentario que ha salido le han disparado, no se sabe quién y se lo han cargado. Ninguno más quería regresar con la orden de rendición, han obligado a uno a que volviera a decirles que salgan los que están dentro. Van a rendirse, si no lo han hecho aún.

—¡Es igual! Hemos de resistir…

> … los bravos muchachos de Falange Española, de Acción Popular, de Renovación, tradicionalistas, voluntarios de España y una porción de hombres patriotas y de derechas, las fuerzas de Guardia Civil, Seguridad y Asalto, las tropas de la guarnición y la gente asomada a los balcones han fundido sus almas, sus anhelos…

—Miguel, es cierto, todos se han puesto en contra. A los presos de derechas les sacan de la cárcel.

—¿Llevas pistola?

—Yo no…

—Vamos para la Casa del Pueblo antes de que sea tarde; no creo que se hayan rendido. Necesito hablar con Garrote.

—No podremos ni acercamos. He visto soldados de caballería y a centenares de paisanos armados. Nos detendrán si nos descubren por allá.

—Hemos de intentarlo, Mejías; tú quédate, si quieres, o si tienes miedo…

—No tengo miedo, pero es inútil. Tendríamos que escapar o que escondemos y esperar a ver cómo acaba esto. Quizás el Gobierno mande tropas de Madrid…

Miguel paga los dos vasos. Al tabernero le complace comprobar que van a marcharse.

—De buena gana cerraría el establecimiento, pero como ha circulado la orden de huelga general no quiero que crean que cierro por ese motivo y me las cargue con todo el equipo. Y tú, Miguel, eres muy joven; no quiero meterme a dar consejos a nadie, pero…

En las proximidades de la Casa del Pueblo encuentran a unas mujeres que vienen llorando. Una de ellas trae a un niño en los brazos.

—¿Qué pasa, adónde vais así?

—¡Qué mal rato! ¡Qué horror!

—¡Nos han disparado con los cañones!

—¿Y los hombres?

—¡Pobrecillos!

—¡Ay, el mío está allá, y no he podido ni despedirme!

Mejías se dirige a la que representa estar más tranquila que es la que lleva al niño; la coge del brazo, parece atontada.

—Tú eres Consuelo, ¿no? Cuéntanos. ¿Qué pasó…?

—Un horror. ¡Qué espanto! A nosotras nos han dejado marchar. Les tienen en la calle de Enrique IV, con las manos en alto. ¡Ay, señor! No sé si querrán fusilarlos…

El niño rompe a llorar; se desabrocha la blusa, saca el pecho y le mete el pezón en la boca.

—Disparaban los cañones desde la calle de la Galera. Hubo heridos que daba pena verlos y muertos. ¡Qué miedo hemos pasado!

—Y el doctor Garrote, ¿dónde está?

—No lo sabemos…

—¡Mal rayo le parta, que mi marido está preso y no sé qué le van a hacer!

Las mujeres se alejan llorando y lamentándose. En la desembocadura de la calle aparecen soldados con las armas prestas.

—Volvamos atrás.

—Yo sigo; querría averiguar qué ha sido de Garrote. Estas mujeres estaban acobardadas; no hay que hacerlas caso.

—Fíjate que no se oyen disparos; ha de ser cierto lo que cuentan.

—¡Quédate aquí! Voy a llegarme hasta la esquina.

Miguel saca la pistola, la amartilla, vuelve a metérsela en el bolsillo.

Empuñando el arma oculta, avanza a pasos cautos hacia la desembocadura de la calle por donde cruzaban los soldados. Desde algunos balcones aplauden a la tropa.

A doña Soledad el susto la ha paralizado de tal manera que ni siquiera se ha retirado de la ventana a la cual se hallaba asomada. El tiroteo ha sido corto. Uno de los que iban en el auto ha quedado herido; sangraba por el rostro que daba pena verle. Apenas se han detenido, y cuando han comprobado que el muchacho estaba muerto en mitad de la calle, han partido a toda marcha camino del hospital a curar al herido. El muchacho ha caído con tres balazos en mitad del pecho. Una vecina que ha dicho que conoce a la madre y que vive cerca, se ha empeñado en que tenía que correr a avisarla. Nadie se ha atrevido a tocar al difunto. Va en mangas de camisa, con unos pantalones grises bastante nuevos y calza zapatos. Doña Soledad no le conoce; unos vecinos creen que trabajaba en una fábrica de harinas y que pertenecía a las Juventudes Socialistas. Deberían llevárselo antes de que venga la madre y lo vea. Ha habido demasiados muertos en Valladolid; como si los hombres se hubieran vuelto locos se han estado matando unos a otros. En la casa número dos, la explosión de un cañonazo ha destrozado los cristales de una ventana. Ella ha pasado el rato rezando. ¡Qué horror!

El muchacho, cuando desde el coche le daban el alto, ha sacado la pistola del bolsillo y se ha puesto a disparar contra los del automóvil que entonces han contestado con la pistola grande

que tiraba tan aprisa. La pistola del muchacho se la han quitado cuando ya estaba muerto, y se la han quedado los del auto. El herido del coche también parecía joven; no se le veía la cara porque se la tapaba con las dos manos; y le salía mucha sangre. A saber si no morirá. Doña Soledad estaba en la ventana, curioseando, ahora que parecía que ya se habían terminado los disparos, sobre todo los cañonazos que tanto la asustaron.

Una mujer avanza sola por el centro de la calle. Los que rodean al cadáver se hacen a un lado, se retiran. Es una mujer de unos cuarenta años, lleva el pelo teñido, las faldas ceñidas y demasiado cortas. Las manos, con los dedos muy abiertos, las separa del cuerpo; su expresión es de loca con los ojos absortos y la boca entreabierta. Cuando llega cerca del cadáver da un terrible grito. Doña Soledad se queda paralizada en la ventana; le horroriza presenciar lo que va a suceder pero carece de energías para separarse y meterse en la alcoba.

Los gritos resuenan en toda la calle; la mujer se ha arrodillado junto al cadáver.

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Miguel, hijo mío!

Es un grito prolongado, rabioso, agónico, inhumano. Y las palabras empiezan a escapar a borbotones, desordenadas, tan pronto son quejas entre sollozos, tan pronto imprecaciones feroces, tan pronto frases entrecortadas y cariñosas.

—¡Me lo han matado! ¡Me lo han asesinado! ¡Cobardes! ¡Criminales! ¡Yo lo parí de mis carnes! Era mi hijo, Miguel, yo lo traje al mundo. ¡Me lo habéis matado! Lo llevaba en mi vientre; nació de mi marido, no de cualquier hombre. ¡Hijo, hijo, hijo…! ¡Maldita sea yo que lo parí, que lo traje al mundo! Un niño era, un niño, lo llevaba en mis brazos. ¡Me lo han matado! Él no hizo nada malo, nunca, era muy bueno, por eso lo habéis matado, como a Nuestro Señor Jesucristo. ¡Miguel, hijo, hijo mío!

Solloza abatida, arrodillada. Algunos vecinos que se le aproximan para consolarla tratan de separarla del cadáver del hijo.

—Señora… tranquilícese…

—Hay que avisar a una ambulancia para que lo retiren de aquí.

—¡Pobre mujer!

—Venga usted… entre en nuestra casa.

—No se desespere…

—¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Malditos seáis! ¡Mil veces malditos! ¡Dejádmelo, es mi hijo Miguel! Yo sola le alimenté, yo sola le cuidé, le hice un hombre, y ahora está muerto… ¡Muerto! ¡Asesinos! ¡Os matarán a vuestros hijos, a vuestros nietos! ¡Todos, todos, moriréis de mala muerte! ¡Miguel, hijo, hijo mío!

Apresurados, vienen dos camilleros de la Cruz Roja. Los vecinos se retiran a los portales.

—Que le hagan un entierro como se merece, que le entierren como a la gente. Yo pagaré lo que sea, tengo dinero, puedo pagar lo que me pidan. ¡Miguel, hijo mío! ¡Hijo!

Alicante

La mañana está calurosa; en el paseo frente al puerto corre una brisa que alivia del rigor del sol. Las palmeras se mecen suavemente. Sentados en la terraza de un bar procuran que la reunión tenga el aire normal de los domingos.

Acaban de salir de misa, y aunque en Alicante existe una gran pasión política, nada ha ocurrido todavía. De boca en boca circulan rumores para satisfacer todos los gustos. Ayer por radio se dio un comunicado firmado por la Comisión provincial del Frente Popular. De Barcelona llegan noticias contradictorias; los que han escuchado la emisora catalana se muestran decepcionados. A creer lo que dicen, la Generalidad y las fuerzas populares que la apoyan están derrotando al ejército en la calle.

—Yo no los creo; he escuchado la radio de Barcelona y ellos mismos se contradicen. Por ejemplo han dicho que sólo un regimiento de caballería se ha sublevado. Demasiados gritos histéricos para quienes van ganando.

—No nos engañemos, si los militares triunfaran, se habrían apoderado de la emisora; no iban a ser tan tontos.

—Llevas razón…

Comentan las noticias de carácter local. Ayer salió para Madrid una compañía de guardias de Asalto; uno de los oficiales se negó alegando que estaba enfermo. La tía, la hermana de José Antonio Primo de Rivera, y Margot, la mujer de Miguel, que está recién casado, fueron detenidas en la madrugada de ayer en la carretera; se hallan recluidas en la habitación del hotel por orden personal del gobernador civil.

Había corrido la voz de que esta mañana se iban a sublevar las fuerzas del Regimiento de Infantería n.º 4, en los cuarteles de Benalúa y que marcharían sobre la ciudad. Tenían que unírseles la Guardia Civil y parte de los carabineros; nada absolutamente ha sucedido. Los de Asalto y patrullas de obreros vigilan las calles y son los amos de ellas.

Están esperando a Vicente, porque Vicente, a través de su cuñado que es militar y está dentro de la conspiración, podrá informarles mejor de la situación.

—Ayer por casualidad oí a Queipo de Llano. ¡Tiene chispa el tío! Habló por Radio Sevilla. Por lo que deduje la situación no está despejada. ¡Pero tiene un aplomo! Dijo que iba a fusilar a Miaja en cuanto le echara el guante.

—¿Por qué al general Miaja precisamente?

—¿No sabes que esta noche hubo un Gobierno presidido por Martínez Barrio? Miaja figuraba como ministro de la Guerra.

—Pues de todo eso ni me he enterado…

—¡Claro! Ese Gobierno fue sustituido hace unas horas por otro.

—Entonces, sepamos ¿quién es el presidente?

—Giral, el boticario que era ministro de Marina…

—¿Y Prieto y Largo Caballero?

—No sé. Lo forman republicanos; un gobierno bastante insípido, si queréis que os diga la verdad. El general Pozas en Gobernación…

—Para lo que va a durar semejante Gobierno…

—Escuchad, que no os he explicado lo más gracioso… Queipo de Llano, que por la noche se oía clarísimo, dijo que habían desembarcado moros en Cádiz, que una columna de guardias civiles que enviaba el Gobierno desde Huelva se le ha sumado, que a todas las autoridades de Sevilla les iba a aplicar la ley marcial y que las tenía trincadas. Y luego, escuchad, que tiene mucha gracia, con una voz así, fuerte que tiene, dijo: «Espero que en pocos días España ha de verse libre de tantos granujas e invertidos como se habían apoderado de las riendas del poder…».

—¡Tiene razón, el tío!

Vicente se acerca a la mesa con aire receloso. Viste una americana de hilo blanco muy bien planchada; en la mano un sombrero de paja flexible. Cuando se sienta, el camarero se aproxima.

—¿Qué le sirvo, don Vicente?

—Tráigame un café…

Espera a que el camarero se aleje, es radical-socialista furibundo; ni aun conociéndole de toda la vida se fían de él en cuestiones políticas.

—¿Qué hay?

—Cuenta ya…

—Ahora mismo he hablado con mi cuñado. Los oficiales están descontentos. Hay mar de fondo. El general García Aldave les da largas. Estaba preparado para hoy, como en Barcelona. ¿Sabéis que Goded se ha sublevado en Mallorca?

—Pero en Barcelona parece que no marcha bien…

—Cuestión de horas… A lo que iba. Me ha dicho mi cuñado que los de Valencia se están retrasando y que por eso García Aldave espera a que empiecen en la cabeza de la división. Entre tanto, él no se atreve.

—Es demasiado viejo para estos trotes…

—Cabe la sospecha de que Martínez Monje sea masón y se oponga solapadamente a cualquier intento. Mandan a Valencia un general de Madrid. Pero lo más grave es lo que ha ocurrido con unos paisanos de Crevillente y de Orihuela. Mi cuñado estaba con el capitán Meca, ya sabéis, el ayudante del general. Pues va y se le presentan el farmacéutico y el médico de Crevillente diciéndole que los tradicionalistas van a presentarse en el cuartel.

—¿Quién era, don Luis Padiar?

—No recuerdo el nombre… Sí, sería él. Eso es, Padiar. Y al cabo de un momento de Orihuela, que vienen no sé cuántos, y que el barón de la Linde, con Senén y don Luis García, llegan en un coche con una ametralladora escondida. Mucho cuidado, que no se nos escape una palabra de lo que os cuento.

—No tengas cuidado…

—¿Y qué han hecho?

—Meca tocaba el cielo con las manos; el tinglado se le venía abajo. ¡Imaginaos, si les descubren! La ciudad está vigiladísima, los policías andan como sabuesos.

—¿Y cómo se las han arreglado?

—No sé. Han tenido que volverse apresuradamente. Les habrán hecho regresar desde medio camino. Se han quedado muy preocupados.

—¿Cómo se presentan sin órdenes?

—¿No os digo que todo estaba dispuesto para hoy? Al echarse atrás los de Valencia, se olvidaron de avisar a los paisanos. Y lo peor es que mi cuñado está preocupado; le parece que también tenían que presentarse los de Callosa de Segura, falangistas dispuestos a sacar de la cárcel a Primo de Rivera.

El camarero le sirve el café.

—Estaba fría la máquina…

—¿Qué, qué se dice por ahí? —le pregunta don Vicente.

—Ya ve usted. Andan mal las cosas; acá en Alicante, nada. No pasará nada; nos conocemos todos, y somos amigos…

Los de la tertulia sonríen un poco forzados; el camarero se aleja.

—Buen tunante está hecho ése…

—A Primo de Rivera seguramente le vendrán a buscar en un avión desde Madrid; allá la Falange sí que es fuerte y está organizada.

—También el Gobierno, no nos hagamos demasiadas ilusiones.

Palma-Barcélona

Los cuatro hidroplanos «Savoia» han dejado a la izquierda el macizo de Garraf y la verde llanada del Llobregat. El mar permanece en calma, no se advierte movimiento en el puerto, la ciudad se extiende entre el mar y la montaña. Montjuic con su castillo y el Tibidabo son dos puntos ciertos de referencia.

Junto al general Goded, pilota el hidro el teniente de navío Martínez de Velasco. Al sobrevolar el muelle de la Aeronáutica Naval no descubren la señal convenida; una gran cruz blanca. En los demás hidros, viajan su ayudante, el comandante Lázaro, el capitán Casares, y su hijo Manuel, con los respectivos pilotos. Manuel ha insistido en que deseaba formar parte de esta arriesgada aventura. Si por una parte su compañía le da calor, por otra parte hubiera preferido hallarse solo, no arriesgarle, porque hay algo evidente y es que en Barcelona los hechos no se producen como debieran.

A la mirada interrogante de Martínez de Velasco contesta por señas; el ruido de las hélices y del motor apenas dejan oír. Observarán la ciudad desde lo alto por si algo pudieran deducir de lo que se vea. Los demás aparatos les siguen; vuelan a escasa altura.

Hermosa ciudad en este mediodía soleado, hermosa ciudad con su barrio antiguo del que emergen los campanarios góticos, con su cuadrícula geométrica, sus anchas plazas, sus avenidas y parques, sus barriadas de chimeneas, sus barrios residenciales con quintas y jardines que trepan por las faldas de los montes.

En la medida que le ha sido posible, mientras se ocupaban de resolver los asuntos de Palma, ha prestado atención a las radios barcelonesas, principalmente a Radio Associació de Catalunya, de donde estaba convenido que se daría la señal para que él se trasladase a Barcelona. La señal

que esperaba no ha sido dada. A través de Radio Associació, y a despecho del nerviosismo con que se lanzaban consignas, arengas y noticias que podían ser o no del todo ciertas, ha quedado evidenciado que el Gobierno de la Generalidad continúa dominando la situación. En el acento de quienes vociferaban desde los micrófonos, se advertía un punto de entusiasmo que difícilmente puede fingirse. ¿Por qué los sublevados no se han apoderado de las emisoras? El general Burriel le ha transmitido por teléfono noticias optimistas; los regimientos están en la calle desde el amanecer; pero ha transcurrido la mañana y las emisoras continúan en poder del Gobierno. Ante la opinión pública, tan importante desde el ángulo psicológico, los militares se han rebelado y el poder legítimo, aunque amenazado, continúa representándolo la Generalidad de Cataluña y el Gobierno de la República. Nadie, ni siquiera la radio, convencerá a los partidarios decididos de ambos bandos; las palabras enardecerán a unos y descorazonarán a los otros. La masa neutra, por conformismo o por temor, se inclinará ante quien más vocifere. Barcelona es una ciudad enorme; la masa neutra sumará cientos de miles de personas. Está sucediendo lo contrario que ha sucedido en Palma. Va a resultar altamente difícil enmendar la situación a menos que las tropas tomen iniciativas más eficaces, y que les sea posible realizarlas.

Algunas avenidas y calles aparecen desiertas, en otras se ven barricadas y elementos que parecen paisanos, detrás de ellas. No puede oírse el estampido de los disparos; pero se descubren signos de lucha. En los edificios oficiales ondea la bandera catalana, señal que se resiste en ellos. La Consejería de Gobernación y la Generalidad son fáciles de identificar desde el aire. Los paisanos que se mueven de un lado a otro, pueden hacerlo gracias a que las calles en su conjunto no han sido dominadas por el ejército. Resulta difícil hacerse cargo dando unas vueltas sobre la ciudad, de cuál es la situación, pero varios son los síntomas que concuerdan para producir una impresión pesimista. El edificio de la división está frente al puerto; hay que amarar y trasladarse a Capitanía a tomar el mando. No puede dejarlos abandonados; quizá se esté a tiempo aún de enderezar la situación.

En una nueva pasada sobre la Aeronáutica Naval descubren la señal blanca. Han acudido a esperarle; han visto e identificado los hidroplanos. Se impone dar la cara a lo que venga.

Hace señas a Martínez de Velasco de que descienda. El hidro en que va su ayudante se les adelanta en el amaraje. Le parece distinguir soldados y marinería formados en el muelle. Mejor hubiese sido que su hijo Manuel se quedara en Palma con la familia. La dársena se aproxima velozmente; contrae el cuerpo. Pase lo que pase ha de ponerse al frente de las tropas que se baten en las calles; es su deber, son su gente.

Barcelona

De no llegarle refuerzos no podrá continuar la resistencia y está convencido de que esos refuerzos no le llegarán. La plaza de Cataluña está ahí, a un paso; no podrá alcanzarla. En la plaza de Cataluña están luchando sus compañeros; cuando se producen momentos de calma oye el tableteo de las ametralladoras, las descargas de la fusilería; ha escuchado el estampido de los cañones de acompañamiento. En caso de que los de infantería lucharan con éxito,

hubiesen acudido a ayudarle; no lo hacen, y del paseo de Gracia lo que llegan son paisanos armados y también más guardias de Asalto. Quinientos metros le separan del objetivo asignado a su batería; apoderarse de la comisaría de Orden Público. Se han convertido en quinientos kilómetros.

El capitán Reinlein, pistola en mano, se protege con un copudo árbol de la calle Diputación; los pocos artilleros que le quedan en pie se baten desde los quicios, los árboles o detrás del blindaje de los cañones; poco a poco van desanimándose. Son demasiados los muertos, los heridos a los que apenas ha sido posible prestar asistencia. Los atacantes aumentan en número, en energías y en eficacia.

Los mulos han caído muertos en el combate. Guardias de Asalto enemigos los han amontonado para formar un parapeto desde el cual les hostilizan. Cinco horas llevan aquí moviéndose, o intentando moverse en un espacio demasiado reducido. Han disparado las piezas, ha llegado a luchar cuerpo a cuerpo con unos paisanos que les han atacado y que han matado al capitán Montesinos. De un pistoletazo, tras de luchar a brazo partido, ha tumbado al que capitaneaba a los facinerosos. Sobreponiéndose a su propio desfallecimiento se ha esforzado por animar a la tropa. ¡Ahora se siente cansado y desanimado!

Anteanoche le telefoneó el capitán López Varela, del l.º de Montaña, anunciándole que la guarnición de Barcelona se iba a sublevar como lo habían hecho las de Marruecos y lo harían las del resto de España.

En el cuartel, la idea se ha aceptado unánimemente, empezando por el general Legorburo jefe de la brigada de artillería y siguiendo por el coronel Llanas Quintilla, que manda su regimiento, el 7.º Ligero. Comandantes, capitanes y tenientes se mostraban de acuerdo. Y él también; la República se ha metido en un callejón sin salida, es imprescindible sacarla de ese callejón, empresa que sólo el ejército es capaz de llevar a cabo.

Pero esto se ha convertido en una carnicería; ha muerto Montesinos, ha muerto Serrés, muertos y heridos por todos lados. A muchos enemigos se han llevado por delante, porque también ellos han tirado a dar.

Antes de amanecer se han presentado en el cuartel casi doscientos paisanos que se incorporaban para salir con las baterías a la calle. Eran monárquicos; entre ellos bastantes «niños bien». Le han encargado que les arengara y lo ha hecho a su manera; sus palabras han terminado con el ¡Viva la República! reglamentario. Parece que les ha sentado mal; y ha resultado necesario que los jefes parlamentaran para aplacarles. Afirmaban ellos que no se jugaban el tipo por defender la República; él tampoco se lo juega, ni lleva a sus hombres a que se maten por defender la Monarquía, ni a los monárquicos. Total, que se han quedado en el cuartel y que los sufridos soldados han venido a que les achicharren como les están achicharrando.

Antes que lo hiciera su batería, han salido del cuartel un par de camiones con cincuenta hombres mandados por el capitán Dasi; se ignora qué ha podido ocurrirles. De estar en su destino, la plaza de Cataluña, hubieran hecho lo imposible por tomar contacto con ellos; conocen el estampido de estas piezas, y no han dado señales de vida. Si por lo menos pudiera

averiguar cuál es la situación general; la radio, que se oye por los balcones abiertos, da a entender que el movimiento militar está fracasando. Y los indicios lo confirman.

Por la calle Diputación avanzan a cuerpo descubierto varios paisanos y tres guardias de Asalto, uno de ellos en camiseta, los otros dos con la guerrera desabotonada.

—¡Fuego! ¡Fuego, sobre ellos!

Dispara su pistola; cae uno herido. Los artilleros, fatigadísimos y desalentados, disparan por defender su vida. Los paisanos se detienen; se echan al suelo, se protegen, y disparan. Saltan rotas las hojas de los árboles. Desde balcones y azoteas arrecia el fuego enemigo. Les acechan por todas partes. Las piezas sin munición sirven como parapeto. Dan vivas a la República, a la FAI, a la CNT, a Cataluña libre. En cuanto se lancen decidida y coordinadamente sobre ellos, no podrán resistirles ni un minuto; y acabarán haciéndolo tarde o temprano.

En la mañana del 19, y tras de haberse apoderado de la ciudad de Palma, Goded, con su hijo y su ayudante, se trasladó en hidroavión a Barcelona para ponerse al frente del alzamiento militar de Cataluña. Aquí le vemos en el momento de abandonar Palma de Mallorca.

Barcelona: El consejero de Gobernación José María España, entre el general Aranguren, de la Guardia Civil y el jefe del aeródromo del Prat, Díaz Sandino, en el balcón de Consejería de la plaza de Palacio en la mañana del 19.

urísima. Aspecto del Gobierno Militar inmediatamente después de su

dos del Hotel Colón; al fondo otros prisioneros.

El comandante Enrique Pérez Farrás, condenado a muerte a raíz de los sucesos de octubre de 1934 y amnistiado después, tomó parte activa en la lucha del 19 y 20 en Barcelona; aquí le vemos rodeado de milicianos.

Guarnición provinciana

Ha aprovechado este momento de calma para tratar de oír en el aparato de radio de su pabellón, único lujo que le permite su sueldo de teniente coronel con cinco hijos, las estaciones de radio de Marruecos y Canarias, que son las que dan noticias que a él puedan interesarle. También ha conseguido escuchar Sevilla, pero le molesta la manera chabacana con que se expresa Queipo de Llano, le parece impropia de un militar.

Cuando oye que la estación de Río Martín, de la Guardia Civil de Tetuán, va a emitir un comunicado, presta la máxima atención y se inclina sobre el aparato. Está tan intranquilo estos días, que el cigarrillo le resulta insípido y el ardor de estómago no le deja vivir. Entre unos y otros le traen a mal traer. Si todos se inclinaran al mismo bando —¡qué más da el Gobierno o eso que llaman Movimiento salvador de España!— él seguiría la suerte de sus compañeros y que fuera lo que Dios quisiera.

La voz llega clara aunque débil desde el fondo del sutil tejido, dorado y verde, que cubre el altavoz.

Divisiones de España. Estaciones de África. Del Sahara. Bases de la Marina española. Fuerzas de la Guardia Civil, Seguridad y Asalto:

Al tomar en Tetuán el mando de este glorioso Ejército, envío a las guarniciones leales para con su Patria el más entusiasta de mis saludos. España se ha salvado. Podéis enorgulleceros de ser españoles, pues ya no caben en nuestro solar los traidores. Andalucía, Castilla, Galicia, Navarra, Aragón, Canarias, Baleares, con sus guarniciones y fuerzas de orden público, están estrechamente unidas con nosotros. Sólo queda en la capital un Gobierno aterrado, pidiendo auxilio a las masas revolucionarias y lanzando sus aviones a bombardear poblaciones civiles indefensas, habiendo causado víctimas inocentes de mujeres y niños, ni una sola de militar. Desmanes éstos que no quedarán sin enérgico castigo.

Si algunos, por ignorancia, se mantienen alejados del Movimiento salvador poco les queda para entrar en el camino de la Patria. Elegid bien el momento y podréis aliviar la ausencia anterior. Al final exigiremos cuenta estrecha de las conductas dudosas o traidoras y expulsaremos de las filas del Ejército e Institutos armados a cuantos no sientan a España y hagan armas contra los buenos españoles.

Fe ciega, no dudar nunca, firme energía sin vacilaciones, pues la Patria lo exige. El Movimiento es arrollador y ya no hay fuerza humana para contenerlo.

El abrazo más fuerte y el más grande. ¡Viva España! del General Franco.

Cuando la alocución leída por el *speaker* termina, conecta con radio Tánger que por lo menos da música. Vuelve a encender el cigarrillo apagado, querría pensar, que le dieran tiempo para pensar, para decidir. ¿Por qué tiene él ahora, a sus años, que decidir? No tiene más que obedecer a sus jefes, así le enseñaron que era su deber. Él es militar para luchar contra los enemigos de su patria, sus enemigos en el exterior. Luchó contra los moros porque era su deber y a eso se había comprometido, pero en cuestiones de política no quiere meterse. Comienza a envejecer, si asciende a coronel no pasará de ahí, se casó siendo ya mayor y sus hijos están en plenos estudios.

El comandante Rodríguez hace tiempo que viene tanteándole. Por lo que deduce debe estar afiliado a la UME. Una tarde, en el casino estuvo hablándole de la conspiración, y como no le veía muy decidido, le leyó unas instrucciones que le pusieron los pelos de punta, venían a ser una advertencia para los «tímidos y vacilantes» y decían que el que no estaba con ellos estaba contra ellos y que sería tratado como enemigo y terminaba «para los compañeros que no son compañeros el movimiento triunfante será inexorable». El general Franco, aunque con palabra

más medida, viene a dar a entender algo parecido. Por su parte, el Gobierno amenaza y no sin razón a quienes se subleven, y de fracasar el golpe los comprometidos serán fusilados o por lo menos expulsados del Ejército. ¿Qué hará él, adónde irá si le expulsan, unos u otros? ¿Quién mantendrá a su mujer y a sus hijos? Monárquicos, republicanos, socialistas, a él le dejan frío, tan malos son unos como otros y la milicia debe ser, por principio, apolítica. Si la guarnición decide sublevarse y el movimiento fracasa, el comandante Rodríguez es rico y está casado con mujer rica; puestos en el peor de los casos, que un Consejo de Guerra le condenara a muerte y le fusilaran, su familia no sufrirá estrecheces, pero ¿y él, en caso parecido? Por otra parte el comandante es hombre de ideas, él no lo es; su única idea es la disciplina, el cumplimiento del deber, la lealtad. ¿La lealtad, a quién? En la Academia Militar no le enseñaron punto tan principal y en las numerosas guarniciones en donde ha ido gastando botas y botas, tampoco ha conseguido aprenderlo. Lealtad a la Patria; la cosa estaba clara en Marruecos, por ejemplo, o si España, como algunos pretendían y deseaban, hubiese entrado en la guerra europea, contra alemanes o contra aliados, la lealtad a la Patria aparecía clara, pero ahora… El comandante le ha hablado de lealtad, pero también lo ha hecho el coronel, un hombre digno, con un historial magnífico, masón como todo el mundo sabe, aunque eso no significa gran cosa, y que cree que las izquierdas regenerarán la nación. Uno habla de lealtad y el otro también, dándole significados opuestos. Ambos tienen razón y ninguno de los dos tienen toda la razón.

Los capitanes parecen unánimes en su deseo de sublevarse; entre los tenientes está Martínez, que es socialista, y al cual dejan de lado como si estuviese apestado; a Alfonso parece que le tienen convencido o atemorizado; en cuanto al comandante mayor le temen, saben que conoce sus maquinaciones y que está en tratos con el jefe de la Guardia de Asalto y con los políticos que han armado a su gente, y lo que es más grave, que puede llevar al regimiento a una situación revolucionaria asistido por algunos suboficiales y clases de tropa de ideas extremistas.

Salvo que el coronel decida unirse al movimiento, él no lo hará. Si los demás se insubordinan contra la autoridad del coronel y pretenden que él se haga cargo del mando del Regimiento, se negará y se constituirá arrestado si conviene y están dispuestos a llevar las cosas tan lejos. Si por lo menos estuviese enfermo, enfermo grave, se entiende.

El asistente, un hijo de la criada que tenían en Huesca, entra en la habitación.

—Don Ramón, del cuartel avisan que el coronel desea verle…

La radio estaba dando música de «La del Soto del Parral». Cierra el conmutador. El coronel le dijo un día secretamente que sólo se decidiría a declarar el estado de guerra, y eso en último extremo, en caso de que el cuartel fuese atacado por las turbas.

Se levanta y se sacude la ceniza del uniforme. Se mira los pantalones; la tela, rozada y brillante, forma rodilleras; en la entrepierna su mujer ha tenido que hacerle unos zurcidos disimulados. Si todo esto pasara como un mal sueño, tendrá que pensar en hacerse un uniforme nuevo.

—Dile a la señora que vendré a la hora de comer. Tú, puedes irte a paseo esta tarde, pero mejor te vistes de paisano; si algún oficial te llamara la atención, le dices que yo te lo he

recomendado. La situación está fea. Mañana ven temprano para acompañar a las niñas al colegio.

Sevilla

Al llegar a la Puerta de la Macarena, ha abandonado el coche junto a la barricada. De milagro ha salido ileso del tiroteo. Al conductor, un chófer de la Lusiana a quien no conoce, le han llevado a curar al Hospicio.

Eulogio González se trasladó el viernes a Écija; ha luchado dentro y fuera de la ciudad hasta que se ha visto obligado a retirarse. El ejército y la Guardia Civil unidos, se han hecho amos de la situación; por carencia de armas y de organización no ha podido articularse la defensa. Las noticias, inconcretas y bastante fantásticas que llegaban de Sevilla le han alarmado, y más que nada las palabras del general Queipo que ha escuchado por la radio a pesar de que los compañeros afirmaban que se trata de burdas patrañas. En Carmona se han producido escaramuzas con elementos derechistas a quienes se ha conseguido reducir. La carretera queda libre hasta Sevilla. De Córdoba llegan pésimas noticias; el desastre.

A primera hora de la mañana ha decidido regresar a Sevilla; por el camino les han tiroteado desde lejos; poco ha faltado para que dejaran los huesos en la carretera. Deben destacarse patrullas a que la vigilen mejor y la limpien de fascistas. Hacia el extremo sudeste de la ciudad, más allá de Triana, unas grandes explosiones le han sorprendido. Nadie ha sabido aclararle de dónde procedían. En cuanto ha descendido del coche le han informado de la marcha de los acontecimientos en Sevilla. Triana se mantiene; se está organizando la resistencia; y en caso de que lleguen refuerzos de los mineros de Riotinto podrá pasarse al ataque. Las autoridades de poco sirven, lo nulo de su eficacia queda confirmado; en unas horas se han dejado apresar. Eulogio González no es partidario de extremismos; las autoridades, sin meterse en nada pero manteniéndolas como mito, representaban una garantía para los timoratos. La peor pérdida ha sido la emisora de radio. ¿Cómo habrán permitido que se la arrebaten? Queipo maneja un instrumento eficacísimo, no sólo en el área de la ciudad sino en el cuadro general de la nación. En Carmona ha conseguido oír Radio Unión de Madrid. La capital se mantiene firme y leal mientras la rebelión se ha extendido por la Península; y si es cierto que hay que atender primordialmente a lo inmediato, tampoco conviene perder de vista el conjunto. Ha tratado de comunicar telefónicamente con Largo Caballero para darle cuenta de la situación y pedirle instrucciones; las comunicaciones entre Carmona y Madrid estaban cortadas.

Estos barrios —La Macarena, San Julián, Feria, San Bernardo— protegidos por barricadas, defendidos por la propia configuración de sus calles, constituyen un sólido fortín.

No les será fácil penetrar. Dado lo extenso del área que domina el pueblo, no han de faltar víveres ni se sufrirán escaseces desmoralizadoras.

El hombre que le escolta y guía se detiene junto a la cancela de una casa humilde. Lleva fusil en bandolera y cartuchera sobre la camisa desabotonada hasta la cintura.

—Aquí es, camarada.

La pequeña habitación comunica con el patio; una ventana da a la calle. Saturnino Barneto está sentado con dos desconocidos; ante ellos aparece extendido un plano de la ciudad. A la puerta monta guardia un hombre con pañuelo rojo al cuello y pistola al cinto.

—Salud…

—¿Qué cuentas, Eulogio?

—De Écija, malas noticias. Se ha perdido; hemos peleado de firme. Carmona se mantiene, la carretera es nuestra a pesar de que nos han tiroteado y herido al chófer. Convendría dar una batida o que salieran patrullas a vigilarla y despejarla.

—Bastante trabajo tenemos dentro.

—Por lo que me han contado la situación no es desesperada. Si por el momento no podemos atacar, tampoco ellos pueden hacerlo.

—Desde Madrid van a enviar aviones a bombardear a los rebeldes. Tablada se ha rendido.

—Y Rexach, ¿no estaba en Tablada?

—No se sabe; debió de escapar, porque si Queipo llega a echarle mano, con lo bocazas que es, ya hubiera empezado a cacarearlo por la radio.

—Si Rexach ha llegado a Madrid, como allá sobran aparatos, confiemos que no tardará en venir. La aviación les desmoralizaría y a los nuestros les dará coraje.

—Coraje no nos falta; armas y un poco de disciplina…

—Tendríamos que imponerla nosotros mismos; como sea. En lugar de quemar iglesias hay que organizar milicias; ésa es mi opinión.

—El entusiasmo les desborda y una rabia inconsciente les domina. La verdad es que estamos a la defensiva. En las barricadas se mantienen las guardias y desde las azoteas se les hostiga. Hemos intentado atacar el cuartel de la Puerta de la Carne; nos han hecho muchas bajas. Pero ellos, también están a la defensiva y son pocos.

—¿Y si les mandan refuerzos de Marruecos?

—Parte de la Escuadra se ha amotinado; nuestras células han funcionado a la perfección. El Estrecho no lo controlan.

—Eso es importante, podría resultar decisivo…

—Aquí, han sacado a los presos de la cárcel, media docena de señoritos fascistas, y los han armado; son cuatro gatos como te digo. No representan gran cosa.

—¿Y Triana?

—No podemos comunicar, imposible cruzar los puentes, los baten con ametralladoras.

—Yo he de ir a Triana, tengo que hablar con Gallego, ya le conoces; vino con instrucciones de Madrid y con Carlos Núñez, el de la Construcción. Trataré de remontar río arriba y encontraré alguna barca que me cruce. Después iré por los campos.

—No te fíes, puede haber parejas de la Guardia Civil, o fascistas emboscados en los cortijos.

—Lo intentaré. Si no iniciamos una acción combinada y atacamos, les permitiremos ir progresando. En caso de que vengan refuerzos de Huelva debemos intentar un golpe.

—La radio, la radio nos pierde… He dado órdenes de requisar los receptores, especialmente de los elementos derechistas. Y estamos deteniendo gente. Ha habido… ha habido algunos muertos. No puede evitarse.

—¿Qué eran aquellas explosiones, hace como media hora?

—No te lo sabría decir. Algún polvorín quizá.

—Me marcho.

—¡Salud! No digas a nadie en dónde estoy; salvo para asuntos importantes, no quiero que me importunen. Espero a Martínez, le he mandado venir a verme aquí; no quiero pasar por el Partido, hay allá demasiado jaleo. ¿No sabes que a Martínez le han matado un hijo?

—Apenas le conozco…

—Era un chaval, de las Juventudes. Llegaron hasta cerca de Capitanía, corriéndose por las azoteas, iba con Castelló.

—Estoy inquieto por los míos; viven cerca del Alcázar y me han dicho que no puedo arriesgarme por allí…

—Desde luego; si te echan mano, te planchan.

Sale a la calle. Su acompañante, un enlace de Barneto, se queda en el interior de la casa.

Desemboca en la calle del Socorro. La iglesia de San Marcos humea. Han incendiado San Gil, han saqueado San Juan de la Palma y otros templos. Por la calle mujeres, chiquillos y hombres armados a la deriva; le desagrada el espectáculo y el aire de revolución verbenera, que ojalá no termine en tragedia.

Los primeros disparos le asustaban; ya se ha acostumbrado a oírlos. Sin embargo, aunque sea por error algún proyectil puede darle; le han contado que hirieron a uno de los muchachos que se han presentado en el cuartel. Disparan al aire para probar el arma, para entretenerse; y como sobre inexpertos son temerarios, hay veces que los fusiles se disparan a destiempo y los proyectiles rebotan en la pared, se incrustan en el marco de las ventanas, o astillan las puertas.

En el cuartel del Duque van presentándose algunos falangistas; los que pueden llegar que no son muchos. Hay barrios bloqueados, otros dominados por las milicias proletarias, que patrullan o cortan las calles con barricadas, exigen la documentación y efectúan registros en las casas de los elementos derechistas. Incluso en las calles del centro, los «pacos» mantienen la alarma y la amenaza. En el cuartel se han presentado requetés, monárquicos y afiliados a la CEDA. En conjunto, los voluntarios civiles no son tan numerosos como se esperaba. El general Queipo de Llano por la emisora ha exhortado a los buenos sevillanos a que se presenten. Hace un momento se han llevado en camión a unos cuantos someramente instruidos y armados. Como distintivo les colocan un brazal con tres flechas cruzadas sobre el yugo, en lugar de las cinco de que se compone la insignia falangista; el jefe territorial, Joaquín Miranda que está en la división con el general, lo ha dispuesto así en previsión que los rojos provoquen confusión ciñéndose también brazaletes.

Un sargento, agitanado y retaco, se acerca al grupo frotándose las manos.

—Muchachos, limpiadme bien esos fusiles.

Acaban de traerlos del Parque de Artillería cubiertos de grasa. Los limpian con trapos y papeles. Nunca había tocado un fusil ni sabía bien cómo era; un arma hermosa y eficaz. Cuanto sabe de guerras, de luchas armadas, lo ha aprendido en el cine y en las novelas de Salgari; y en

películas y libros se trataba en especial de combates a la antigua. Viniendo por la calle de Tetuán, los disparos de los «pacos» le daban miedo, y acá en el cuartel cada vez que se dispara un fusil se sobresalta. En cuanto los acaben de limpiar les explicarán en cinco minutos el manejo y les mandarán hacia el río o hacia los barrios; donde hagan más falta. Entonces empezará el cacao en serio; les tirarán a dar y ellos harán lo propio. Se siente ligeramente febril, un poco fuera de sí mismo; hablando con los demás se anima.

—Estábamos ayer reunidos en casa de Pardo, y Luis Mensaque se ha quedado en Triana…

—Como le pesquen, con el cariño que le tienen… ¡Que no es empeñó en ir a su casa a avisar a su mujer para que no se inquietara, conocido ni nada en su barrio!

—Yo le desaconsejé…

—En Triana han ardido las iglesias; desde mi casa se veían las columnas de humo. En el cuartel de la Guardia Civil, resisten. Me he encontrado a José Vázquez. Con Manolo Miranda, Pepillo de las Tejas, Ramón Jiménez y otros querían intentar entrar en Triana.

—No podrán; han levantado barricadas y están bien armados.

—Muchas armas no tendrán…

—El puente no hay quien lo pase.

—Pues habrá que pasarlo.

Mientras no les manden a ellos a atravesar el puente de Triana; es de suponer que de ese menester se ocupe el ejército que tiene más experiencia. Quería haberse presentado anoche en el cuartel pero sus padres se opusieron rotundamente a que saliera de casa. Esta mañana su madre le ha hecho una escena que le ha disminuido los pocos ánimos que le quedaban. No todos van a morir. Entre los requetés descubre a Allende, un amigo suyo; le ha gustado que le vieran aquí; ni siquiera debía saber que estaba afiliado a Falange. Le complace que le vean sus amigos; ha saludado a Jacinto, así se lo contará a su hermana. Casi todos los voluntarios son mayores que él y le hacen poco caso o le gastan bromas.

—Cuando el día 9 circuló la contraorden se me cayó el alma a los pies; me había hecho a la idea, y estas situaciones no hay peor que irlas aplazando.

—Si la movilización llega a hacerse el diez, como estaba previsto, seríamos aquí más de un millar; ¡y ya veis! Quedamos cuatro despistados.

—Es que los camaradas de la provincia no han podido presentarse; las carreteras estaban vigiladas y los revolucionarios dominan las entradas de la ciudad.

Un hombre maduro, fornido de cuello y brazos, que viste camisa azul, cuenta cómo les sacaron de la cárcel.

—Después de la comida de ayer, Joaquín Miranda nos reunió; éramos cuarenta y tantos. Nos dijo: «Camaradas, ha empezado en toda España el movimiento libertador, y aquí en Sevilla también» —ya habíamos oído tiros, y teníamos miedo de que fueran a asaltar la cárcel para apiolamos— añadió que era empresa de vida o muerte para la Patria y para la Falange. Y luego mandó que agarráramos lo que fuera para defendemos si nos atacaban, que resistiéramos en cada celda, que mejor héroes que mártires si habíamos de morir. Pero no ocurrió nada, entonces.

—Hacia las seis de la tarde, fue Marcelino Pardo quien propuso iros a sacar de la cárcel. En la división dijeron que había que esperar, que no era buen momento todavía.

—Pues las pasamos negras…

—¿Y cómo acabó?

—Tragamos bastante miedo. Vinieron por nosotros un teniente de la Guardia Civil con un coche blindado, Pardo, Arboleya, Antonio García Carranza y Manuel Parias, Ignacio Cañal, Llorente. Se armó la buena; cantos y gritos. Joaquín Miranda nos pasó revista, subimos en camiones y en seguida empezamos a tiros. Sería como la una de la madrugada. Joaquín Miranda se fue a presentar al general.

—Ignacio Jiménez ya estaba en Capitanía… y Macklean.

—Lo que ocurre es que con tiros por todas partes y este desorden no te enteras de lo que pasa. De madrugada estuve disparando contra el cuartel de Asalto; algunos guardias se resistían atrincherados dentro.

En el cuartel del Duque van presentándose oficiales de complemento y militares retirados por la ley Azaña; les encargan de encuadrar a los paisanos y de formar unidades.

Les han servido un rancho, como a los soldados. El calor aprieta muchísimo; si tiene que salir a pegar tiros prefiere que sea a la caída de la tarde, sin tanto sol que hace las cosas más difíciles todavía. Antes de la noche, irá a dar un abrazo a su madre para tranquilizarla; probablemente no les permitirán quedarse a dormir en casa; si acaso en el cuartel como los soldados.

Barcelona

El Comité Ejecutivo del Partido Obrero de Unificación Marxista, en vista de que las Ramblas se veían amenazadas por los militares sublevados que ocupan el cuartel de Atarazanas y el Gobierno Militar y que en el extremo opuesto pelean en la plaza de Cataluña, ha decidido trasladarse de su local social de la plaza del Teatro a casa de Daniel Rebull, conocido por el pseudónimo de «David Rey», en una de las calles del antiguo Arrabal, que desemboca en la Rambla.

Julián Gorkin, Andrés Nin, Pedro Bonet, Enrique Adroher, José Coll y algunos otros participan en la reunión. El secretario, Joaquín Maurín, se halla en Galicia dando un ciclo de charlas políticas, Juan Andrade está en Madrid. José Rovira, con miembros directivos y más de un centenar de militantes con las armas de que han podido disponer, se ha dirigido hacia la plaza de Cataluña, en donde los afiliados del POUM luchan codo a codo con guardias de Asalto y militantes de la CNT y de las demás organizaciones antifascistas.

Tampoco está con ellos Jordi Arquer; hace un par de días que marchó a la provincia de Tarragona, donde el POUM cuenta con elevado número de militantes; esperan su regreso inmediato pues suponen que por la radio habrá tenido noticias de la lucha en Barcelona y que se presentará tan pronto como le sea factible.

A ciertas dudas que en los primeros momentos se les han planteado sobre el posible resultado de la lucha, sustituye un ligero optimismo; las informaciones que recogen son

alentadoras. Las tropas han sido rechazadas en algunos puntos. Contingentes insurrectos han sido fijados y aislados entre sí. La aviación del Prat se ha puesto a favor del pueblo. Por lo que respecta a la Guardia Civil, siempre temible por su disciplina y su capacidad combativa, hasta este instante no se sabe que haya intervenido en la lucha. Desde la estación de Francia les ha telefoneado un militante, para comunicarles que frente a la Consejería de Gobernación, se están concentrando fuerzas de la Guardia Civil. Como no son hostilizadas desde la Consejería, cabe suponer que tampoco se disponen a atacar.

Adroher y Gorkin, director del diario *La Batalla*, han hecho desesperadas gestiones durante la noche y la madrugada para conseguir armas. Fueron a entrevistarse con dirigentes de la CNT en el Sindicato Metalúrgico; les respondieron que ellos tampoco las tenían y que cuantas podían ir reuniendo las necesitaban para sus propios militantes. Uno les dio una respuesta arrogante que no ha dejado de herirles: «La CNT se basta». Ellos son de la opinión que frente a los facciosos reaccionarios y clericales deben unirse olvidando cualquier rivalidad o rencilla los miembros de todas las organizaciones obreras, los antifascistas sin distinción. Intentaron, aun a sabiendas de que las posibilidades de apoyo eran mínimas, dirigirse a la Unió Socialista de Catalunya. Como ahora los socialistas catalanes andan de acuerdo con los comunistas, se les negó cualquier colaboración. Los mejor armados son los de la pequeña burguesía. Miembros de la Esquerra de Catalunya a quienes la Generalidad ha entregado armamento. Fueron a probar suerte a la Comisaría de Orden Público. Trataron inútilmente de convencer al propio Federico Escofet. Un capitán de Asalto, le ha dicho a Gorkin: «Cuando los sublevados estén en la calle, os las daremos». «Entonces será demasiado tarde», le ha replicado.

—No nos proporcionarán armas a menos que se vean con el agua al cuello. Temen más a la revolución que a los fascistas. Las armas hemos de buscarlas nosotros mismos, arrancárselas a los militares. El asalto a los cuarteles proporcionará armas al proletariado.

—Lo más urgente —dice Julián Gorkin— es que redactemos un manifiesto a los soldados invitándoles a sumarse a la causa del pueblo, instándoles a que no se dejen engañar por unos jefes al servicio del capitalismo y del clero. Tan pronto como los soldados abandonen la lucha, el ejército será derrotado.

—Redáctalo tú mismo; después lo estudiamos entre todos.

—Sí, hazlo tú. Una cosa sencilla, breve; en un momento tiramos unos miles de ejemplares.

Llaman al timbre; «David Rey» abre la puerta. Entra Frey, que lleva un rifle en la mano y pistola al cinto. Viene demacrado, mal afeitado, por la camisa abierta le asoma la pelambrera gris del pecho.

—¡Salud!

—¿Qué hay de nuevo?

—Vengo de la plaza Universidad. Se lucha de firme, compañeros. Los fascistas se han refugiado en el edificio de la Universidad; dominan una parte de la plaza.

—¿Qué hace Germinal Vidal?

Germinal Vidal es secretario general de la Juventud Comunista Ibérica, disidente del Partido Comunista Español; esta mañana ha salido armado hacia los puntos de combate.

—¿Germinal Vidal? ¡Ah! ¿Pero no lo sabéis? Le han dejado seco de una ráfaga de ametralladora en la plaza de la Universidad cerca de los urinarios. Y a Batista que iba con él, también se lo han cargado.

Joaquín Echevarría no entiende lo que pasa ni distingue suficientemente a los amigos de los enemigos. Lo que más le desazona es que no consigue averiguar de dónde proceden los disparos; llegan de cualquier parte. Atrincherado en uno de los balcones del casino militar, tiene que mantenerse muy atento.

Por un momento, los militares se han apoderado de la Telefónica; después los guardias de Asalto han vuelto a hacerse con el edificio. Joaquín Echevarría ha cumplido diecisiete años y es jefe de una escuadra de Falange Española, de la Centuria que manda Fernando García Teresa.

Esta madrugada le han entregado un fusil; es la primera vez que lo dispara contra hombres; prácticas de tiro sí las había hecho. Cuando descubre un uniforme azul de los de Asalto, dispara; su puntería quizá no es eficaz. Tira contra todos los de Asalto, a pesar de que algunos quizá luchen a su favor; desconfía de todos ellos en absoluto. Cuando venían del cuartel de Pedralbes por la calle de las Cortes, han detenido a una camioneta de Asalto repleta de guardias armados; los oficiales que les mandaban se han abrazado con los del ejército y han continuado juntos hasta la plaza de la Universidad en donde había mucho lío. En la plaza algunos de los de Asalto ya se les han puesto en contra. Peor ha sido cuando el teniente Vizán, a Degollada, a un soldado, a un guardia y a él les ha mandado despejar una de las entradas del metro de la plaza de Cataluña desde la cual les hacían fuego unos paisanos. El guardia se les ha adelantado y una vez que ha llegado junto a los paisanos, se ha vuelto a disparar contra ellos. Han tenido que refugiarse aprisa y corriendo. Por eso, en cuanto ve un uniforme azul, dispara.

Ayer por la mañana, comprendió que habría que liarse a tiros; fue a confesarse, por si acaso. Su madre se extrañó de su fervor religioso; se inquietó y se alegró porque en los dos últimos años no lo había hecho, ni siquiera asiste con regularidad a la misa. Al despedirse, la madre le puso una medalla y le entregó un poco de dinero. Debajo de la camisa de paisano se colocó una azul, la que ahora viste, pues como hace tanto calor se ha despojado de la guerrera de uniforme que le han proporcionado en Pedralbes. No quedaba muy marcial con la guerrera, el gorro demasiado pequeño que le apretaba la frente y estos zapatos veraniegos con que salió de casa.

El fuego más peligroso es el que les hacen desde la entrada de la Rambla. Al lado opuesto de la plaza hay un automóvil averiado y los cadáveres de dos paisanos. En el centro han quedado sin recoger varios soldados muertos. Las piezas de artillería han cesado de disparar. Soldados y falangistas han ido refugiándose en el interior de los edificios. La situación no parece que les sea favorable. Durante un rato se ha oído fuerte tiroteo y cañonazos hacia detrás del teatro Novedades, en dirección a las calles de Claris y Diputación; pero ya ha cesado. Corrían rumores de que la artillería de San Andrés venía a reforzarles. No ha llegado; los alarmistas creen que les han triturado. Suenan disparos hacia la Diagonal y en dirección al puerto oyeron cañonazos a primeras horas de la mañana. Permanecen aislados; el tiroteo ha decrecido.

Un avión militar que volaba a escasa altura ametrallándoles les ha desmoralizado. La aviación no se ha sumado al alzamiento y está contra ellos. De la Guardia Civil no se sabe nada; ni a favor ni en contra. Los paisanos que les combaten les acechan por todas partes. Hace mucho calor, demasiado calor y llevan aquí muchas horas; el reloj ha perdido su sentido; ni se molesta en consultarlo. No tiene costumbre de fumar, esta mañana, sin embargo se ha fumado una cajetilla; le calma los nervios.

Un terrible golpe le estalla en la cabeza. Tras un momentáneo atontamiento nota que la mandíbula le arde. Aproxima la mano con cuidado, un dolor vivísimo le obliga a retirarla; está manchada de sangre. El brazo izquierdo se le paraliza pero no le han herido en el brazo izquierdo; es sólo una sensación. Pierde fuerzas, teme desmayarse. Abandona el balcón. Alguien le llama, le pregunta qué le ocurre; arrecia el tiroteo. Ha de descender para que le curen antes de que pierda el conocimiento. No ve a nadie; dando traspiés alcanza la sala de duchas. La sala de duchas, el calor… empieza a desnudarse.

Cae al suelo.

Calatayud-Zaragoza

Escoltados por tres policías marchan por la carretera general en dirección a Zaragoza. En la Almunia se desprende una carretera que puede conducirles por Belchite y Montalbán a Castellón, o por Alcañiz, a Cataluña. Arturo Menéndez, sentado junto a él, va silencioso y preocupado. Los policías son jóvenes y amables; se les advierte también preocupados. Por lo que ha podido deducir, la situación en Calatayud es indecisa. Ni el jefe de policía ni el de la Guardia Civil, deseaban asumir la responsabilidad de su detención; trataban de disimular que se tratara de una verdadera detención. El jefe de policía se limitaba a insistir en que cumplía órdenes del gobernador de la provincia —¿de qué gobernador?—. Juan Casanellas ha expresado su deseo de telefonear a la Dirección General de Seguridad; no se han opuesto; las líneas con Madrid estaban interrumpidas. A la comandancia de la Guardia Civil ha acudido una representación de los partidos del Frente Popular exigiendo entrevistarse con ellos; la entrevista ha sido aplazada para la tarde. Entonces es cuando han telefoneado al general Cabanellas; se ha producido un situación violenta, porque él se ha negado a ponerse al aparato, A raíz de la conversación con el general Cabanellas se ha decidido el traslado a Zaragoza.

Resulta difícil, con los escasos datos de que dispone, hacerse cargo del estado auténtico de la situación. Parece probable que Cabanellas se ha sublevado en Zaragoza, y que a Arturo Menéndez y a él les conducen detenidos; quizás en calidad de rehenes.

Le preocupan los papeles que guarda en el bolsillo interior de la americana que en un momento dado pueden convertirse en altamente comprometedores; más que su calidad de diputado y de subsecretario del Trabajo. Arturo Menéndez, a su vez, es portador de una lista de militares de confianza y de la clave secreta para comunicarse con ellos. Resulta imprescindible deshacerse de estos papeles antes de entrar en Zaragoza; o hay que tratar de no llegar a Zaragoza. Dispone de diez mil pesetas, una suma importante. ¿Por qué no tratar de convencer a estos policías que parecen complacientes y que no aparentan tener convicciones políticas? De

aceptar conducirles a Castellón o a Cataluña, él podría discretamente ofrecerles una compensación económica y prometerles que gestionará un ascenso. Aunque metido en política, pertenece por tradición familiar al comercio y las finanzas; la proposición puede plantearse sin herir a nadie en su amor propio, con habilidad mercantil. Lo imprudente es continuar inhibidos. Ignoran qué puede esperarles en Zaragoza; pero no será nada bueno.

—¿No notan ustedes un calor horrible?

—Sí; es la hora más calurosa…

—Me noto mareado; las curvas del Frasno me han descompuesto el cuerpo.

Se enjuga la frente con la mano; en efecto, suda. Exagera un malestar que en cierta medida experimenta.

—Tengo un sudor frío… ¿No les importaría detener el coche un instante?

—De ninguna manera. Llevamos prisa, pero no tanta. No van a cronometrarnos los minutos.

Descienden del coche. Arturo Menéndez se acerca a él. Junto a la carretera comienza una ligera pendiente cubierta de matorrales.

—¿No les importa que vaya…?

Los policías permanecen conversando y liando un cigarrillo en la carretera. Arturo Menéndez y él se alejan más allá de los matorrales.

—Arturo, nuestra posición es delicada. Cabanellas se ha sublevado; somos sus prisioneros. Encima llevo diez mil pesetas; podemos ofrecérselas a los policías y que nos acompañen a Castellón. Les gestiono además un ascenso.

—De ninguna manera. ¿Te has vuelto loco? No cuentes conmigo. Conozco la mentalidad de los policías. Un paso semejante, empeoraría gravemente nuestra situación.

—No te pongas nervioso… Yo sé cómo se tratan este tipo de negocios…

—Si intentas algo en ese sentido, te advierto que me desolidarizo de ti.

Mientras discuten se ha agachado y ha roto en pedazos los documentos; alza una piedra y los oculta debajo. Menéndez se retira como si fuera a hacer sus necesidades, y esconde también los papeles que lleva encima.

Observa hacia donde quedaron los policías. No les prestan atención. Menéndez y Casanellas han discutido vivamente pero lo han hecho en voz baja; los policías no les han oído.

Menéndez vuelve a acercarse, inician el regreso.

—No ocurrirá nada. El que se hayan sublevado en Zaragoza no significa que tengan ganada la partida. Llegarán a un compromiso; en poco días recobraremos la libertad. Tienen que respetarnos; les conviene respetamos.

La actitud de Menéndez es equivocada. Él solo no puede intentar el golpe. Las últimas palabras puede que ni Menéndez mismo las crea; las pronuncia para darse ánimos.

Madrid

En un maletín guarda uniforme e insignias; le han aconsejado que no se exhiba por la ciudad vestido de militar; menos aún siendo conocido y significado como lo es. Principia a desanudarse el nudo, si bien nada aparece suficientemente claro. El general Villegas, presidente de la Junta

Militar, le ha contestado que puede instalar el puesto de mando en el cuartel de la Montaña, y que tratará de que el jefe de estado mayor de la división se traslade allí. Al mismo tiempo, le han llegado emisarios del cuartel requiriendo su presencia. El general Fanjul se desplaza al cuartel acompañado del comandante Castillo y de su hijo José Ignacio, que es teniente médico. Un segundo automóvil con varios oficiales, le da escolta. Las calles desiertas no presentan el ambiente propio de un domingo por la mañana. Recelosos y vigilantes pero no agresivos, patrullan paisanos armados. En las inmediaciones del cuartel, guardias de Asalto. Nadie les molesta ni trata de impedirles el paso; pero la amenaza está patente, se masca.

Cuando el automóvil sube por la calle Ferraz, el edificio del cuartel de la Montaña se presenta imponente, altanero; infunde seguridad. A pesar de las casas de vecinos que se han construido, la gran explanada y la situación ventajosa, hacen de este enorme cuartel lugar excelente para los fines que se propone.

El centinela se cuadra. Cuando el general Fanjul entra en el patio unos oficiales le estrechan calurosamente la mano. La situación se advierte tensa. Necesita infundirles confianza a todos; a los resueltos y a los vacilantes, que también los habrá. El sol cae sobre los adoquines del patio bordeado de arcos blanqueados. No hay que confiarse excesivamente; procede estudiar con detenimiento las posibilidades del edificio. Consulta el reloj; las doce y media.

Los soldados que le reconocen se cuadran a su paso. ¿Estarán informados de que va a erigirse en jefe? Los patios presentan el aspecto de un domingo cualquiera; la vida cuartelera se desliza monótona.

Rodeado de oficiales avanza hacia Fanjul, corpulento y risueño, el coronel Serra, que manda el Regimiento de Infantería. Moisés Serra, un buenazo, antiguo compañero de las campañas de África, el mismo que ayer se negó a permitir que los cerrojos salieran del cuartel y se colocó en cierta forma en posición de rebeldía y frente al Gobierno.

—¡Joaquín! ¡Cuánto me alegro de que hayas llegado!

—¡Moisés! Aquí me tienes…

Nota el corpachón grande, sudoroso, amigo, cordial; le gana la emoción, una breve brisa de ternura antigua le conmueve. Moisés Serra Bartolomé, compañero de promoción en Toledo, muchísimos años atrás, ahora entre sus brazos.

—¡Señores! Acá tenernos al general Fanjul; todo está pues resuelto.

—Voy a vestirme el uniforme, uno no puede dar órdenes de paisano. Soy el general en jefe de la Primera División desde este mismo instante.

Barcelona

—No estaba en nuestro ánimo luchar contra la Guardia Civil, pero llegado el caso lo haremos. Y usted será el responsable.

El general Goded cuelga enérgicamente el teléfono. Alentado por la posición de inhibición que hasta el momento ha mantenido la Guardia Civil, confiaba, no sin reservas, en convencer a su jefe, el general José Aranguren. Durante diez minutos ha intentado hacerlo, presionar sobre su ánimo, ha apelado a cuantos argumentos podrían influirle. Nada ha conseguido. ¿Saldrá la

Guardia Civil a batirse contra el Ejército? Los efectivos de la comandancia de Barcelona suman unos ochocientos hombres, los del 19 Tercio, millar y medio. En su mayor parte están concentrados en la ciudad. Deben sumárseles los escuadrones de caballería… Queda una esperanza; que jefes, oficiales, suboficiales y números, desobedezcan a los mandos superiores. De las fuerzas del cuerpo que han sido enviadas a combatir al regimiento de Caballería de Santiago, unos pocos se les han incorporado y los demás se han retirado sin haberles combatido.

El general Goded examina el plano de la ciudad; le rodean jefes del estado mayor y otros oficiales. Los partes que se reciben en Capitanía son confusos y decepcionantes. De las unidades que luchan y de los cuarteles, llegan algunas llamadas telefónicas; incluso enlaces sorteando peligros han conseguido entrar en la división. Solicitan refuerzos, piden ayuda y denuncian situaciones insostenibles, que de no recibir apoyos eficaces no podrán mantenerse mucho tiempo.

El planteamiento ha sido defectuoso. Resulta evidente que se ha obrado con imprevisión, valorando con inexactitud y menosprecio la potencia enemiga; y se han producido defecciones o tibiezas. Los paisanos que han acudido a los cuarteles lo han hecho en número inferior al que se esperaba. ¿Qué ha ocurrido? Las fuerzas del Gobierno han reaccionado con energía y las organizaciones obreras se han lanzado a la calle, en masa. Sea cual sea su armamento y su eficiencia ofensiva, sumando su número a las fuerzas de orden público han logrado aislar a los combatientes del ejército, desconcertarles, y les han empujado a posiciones defensivas.

Al llegar al edificio de Capitanía, lo que no ha conseguido sin cierto riesgo, pues el coche ha sido tiroteado durante el trayecto entre la Aeronáutica Naval y la Capitanía General, lo primero que se ha visto forzado a hacer, ha sido destituir y arrestar al general Llano de la Encomienda. Resulta incomprensible que se le haya permitido seguir actuando y trasmitiendo órdenes desde su despacho, y que algunos de los que estaban a su lado colaboraran abiertamente con él. Más que incomprensible, grotesco; en el mismo despacho ambos bandos conviviendo casi pacíficamente, correctamente. El general Burriel no era persona indicada para dirigir una sublevación. Los más decididos son los capitanes de infantería, pero lógicamente resultan incapaces para dirigir. Encerrado en este edificio, asediado, se enfrenta con un fracaso que difícilmente va a conseguir remediar.

El hecho de que no se hubiesen apoderado de la emisora de Radio Associació, que era desde donde debían haberle avisado a Palma para emprender el vuelo —cosa que tampoco le hubiera sido posible efectuar antes, porque los hidros no habían llegado de la base de Mahón— le ha producido pésimo efecto. La radio es un arma poderosa para la lucha; ningún esfuerzo se ha hecho para conseguirla. En los primeros momentos, aprovechando la sorpresa y sirviéndose de hombres arrojados, que no faltan ciertamente entre estos oficiales, debieron asaltarla. Sobrevolando la ciudad ha deducido una impresión pesimista. La guardia de la Aeronáutica Naval y una sección de zapadores, le han rendido honores en el muelle, unos pocos oficiales de la marina y del ejército han acudido a recibirle. Pero los muelles, y la ciudad que se descubría a lo lejos se presentían hostiles. Uno de los oficiales de caballería llevaba el uniforme cubierto por la sangre de un compañero caído en plena calle. Le han informado apresuradamente; se

advertía en ellos desconcierto, y la necesidad de un jefe. Empieza a sospechar que el jefe les ha llegado tarde. Su ayudante, el comandante Lázaro, se ha aproximado a él y le ha dicho: «Mi general, creo que nos metemos en una ratonera». La actitud de la marinería era recelosa. ¿Contra quién disparaban las ametralladoras?

Cambia de lugar el cenicero desplazándolo sobre el plano de la ciudad. Busca hacia el norte. Están señalados unos grandes edificios: los cuarteles de San Andrés que albergan la Maestranza y el 7.º Ligero de Artillería.

—¿Aquí están bombardeando los aviones?

—Sí, mi general; y la chusma rodea los cuarteles.

—La base aérea del Prat, ¿está decididamente en contra?

—Desde primera hora los aviones nos hostilizan por todos los medios. Contábamos con elementos de confianza entre la oficialidad… pero el teniente coronel Díaz Sandino, el capitán Bayo y otros se han hecho amos de la situación.

—¿De qué efectivos disponen?

—Cuatro «breguet».

—Hay que neutralizarlos, atacarlos inmediatamente…

—¿Y la batería del Séptimo Ligero que ha salido a la calle?

—Las informaciones son confusas; no han alcanzado su objetivo, la comisaría; tampoco han podido enlazar con los del regimiento de Badajoz. Luchaban en la calle, hacia aquí, más o menos. La situación era desesperada… Los cañones, sin suficiente protección de hombres, han sido cercados.

—¡La artillería no debía haber salido en esas condiciones! También ha sido batida la de Montaña. ¿Dónde?

—Aquí, mi general. Estaban a punto de tener a tiro la Consejería de Gobernación.

Con curiosidad y desencanto se inclina sobre el mapa. En efecto, la distancia que les separaba de la Consejería es insignificante.

—¿Han conseguido replegarse al cuartel?

—Mi general, han sufrido muchas bajas, y han perdido las piezas de una batería.

—Tienen que volver a salir, sea como sea. ¿Esto son los cuarteles de Alcántara, no? Desde aquí han de salir un par de compañías a protegerles; después, juntos, atacar la Consejería.

Con el lápiz traza unas aspas sobre el edificio de la Consejería de Gobernación.

—Capitán Valenzuela, ¿cuál era la situación del escuadrón que se batía en el Paralelo?

—Mi general, hace casi tres horas que les dejé; quedaba al mando del capitán Darnell, de Asalto, que se nos incorporó. Nos habíamos apoderado del Sindicato de la Madera, y batíamos con las máquinas esta zona. Nos hostilizaban desde diversos puntos y nos han causado bastantes bajas.

—¿Cree usted que resistirá el escuadrón?

—Así lo espero, mi general; los soldados luchaban con patriotismo y con brío, al descubierto.

La situación en la plaza de Cataluña es indecisa; no han conseguido dominarla, y la Generalidad mantiene en su poder la Telefónica.

—¿Enlazamos con la plaza Universidad?

—Sí, mi general, pero con dificultad… disparan.

—¿Qué noticias hay de la caballería de Santiago?

—Pocas y no buenas. Refugiados en el Convento de los carmelitas se mantienen a la defensiva con algunos elementos de la Guardia Civil que se les han unido. Han sufrido muchas bajas; les atacaron por sorpresa.

—¿La plaza de España se mantiene firme?

—Sí, mi general; dos escuadrones y un par de piezas de montaña mantienen a raya a los revolucionarios de las barriadas extremas. Les han cerrado la entrada a la ciudad.

—¿Y el cuartel de Asalto de la plaza de España?

—Teníamos noticias de que permanecían a la expectativa. Sin embargo, algunos nos combaten.

Observa la parte inferior del plano; el puerto, el edificio de la división en donde se encuentran, la Puerta de la Paz a trescientos metros escasos de distancia, el edificio de Dependencias Militares, sólido y bien defendido; el viejo cuartel de Atarazanas con fuerzas escasas pero que resisten. Fija la atención en el cuartel y comandancia de carabineros de la calle San Pablo, a retaguardia de las Atarazanas y no lejos de donde resiste el escuadrón de Montesa.

—¿Qué hay de los carabineros?

—No puede confiarse en los números. Los que estaban en la Aduana nos combaten. La comandancia permanece neutral.

El balance es desolador. El ejército ha perdido la iniciativa; la artillería ha fracasado en la lucha callejera. Los cuarteles están asediados. Ninguno de los objetivos clave ha sido logrado. La Generalidad, la Consejería, la comisaría de Orden Público, las comisarías de distrito, la radio, Correos, Telégrafos, las estaciones, los accesos a la ciudad, el aeródromo; todo en manos enemigas.

—¿Y el castillo de Montjuic?

—La guarnición es escasa; está con nosotros…

—Bien.

No ha podido disimular un gesto de contrariedad. Cuantos le rodean, esperan de él un milagro, le han acogido victoriosamente, pero la situación es crítica y él no puede hacer milagros. Luchará para enderezar la situación; la calle, la ciudad y sus resortes pertenecen al enemigo. Debió formarse una fuerte columna, y con ella ir asaltando ordenadamente los distintos objetivos. A estas horas estarían en poder del ejército y la batalla de Barcelona decidida a su favor.

Sin perder un minuto hay que organizar un plan. No desea hacer reproches a nadie; es tarde y resultaría contraproducente. Junto a él está su hijo a quien ha embarcado en esta aventura que por momentos toma mal cariz. Desde las ventanas del edificio, soldados y oficiales disparan; la división es un puesto de mando cercado.

Empezarán por combatir el aeródromo del Prat. Cabe intentar una manera de hacerlo. Toma un papel con membrete del jefe de la división y escribe: «General Goded a jefe base

aeronaval: Me urge que los cuatro hidros que han venido conmigo se eleven rápidamente y destruyan bombardeándolos, los aparatos de aviación militar que están en el aeródromo del Prat».

—Teniente Lecuona, vaya usted a la Aeronáutica y entregue en mano esta orden al jefe. Es urgente que se cumpla. La acción de los aviones resulta desmoralizadora; a ellos en cambio les anima…

Se vuelve hacia su hijo Manuel.

—Acompaña al teniente…

Si consigue restablecer la situación enlazando las unidades que luchan dispersas, y lograr asestar algún golpe al enemigo, no es imposible que mañana llegaran refuerzos que le ayuden a apoderarse de la ciudad. En Mataró y Gerona hay artillería —la artillería es un factor decisivo y de gran influencia moral—, puede mandar venir de Palma un batallón de infantería y una batería del quince, pues la situación en la isla está asegurada. Entretanto, lo que se impone es apoderarse de la Consejería de Gobernación, probable centro de las operaciones gubernamentales. En Gobernación están el general Aranguren y el coronel Brotons. Si les echa la mano encima, la Guardia Civil o se sumará a la acción del ejército o se mantendrá al margen de la lucha.

Vuelve a inclinarse sobre el plano. Jacobo Roldán manda accidentalmente el regimiento de Alcántara. En caso de que consiga con dos compañías llegar al cuarte de los Docks —sobre el plano, por detrás del parque de la Ciudadela no parece difícil— aunque fuera abriéndose paso a tiro limpio, con un par de baterías que se le añadan puede formar una columna y apoderarse de la Consejería de Gobernación. Jacobo Roldán es amigo suyo; lo conseguirá.

—Necesito hablar con el teniente coronel de Alcántara… y también con el cuartel de Artillería de Montaña, ¿con quién conviene que hable en Montaña?

—Con el comandante Fernández Unzúe, mi general… el coronel no se muestra propicio a tomar iniciativas.

—Señores, si anulamos a la aviación y resistimos en la calle, mañana podemos recibir refuerzos de Mataró, de Gerona, de Palma. Entonces, les cogeremos entre dos fuegos.

Las galerías desiertas e iluminadas presentan un aspecto fantástico. Los raíles, paralelos y brillantes, se pierden en una curva del túnel. Marchan con las armas apercibidas, en silencio; se oyen los pasos de los guardias que procuran ser cautos. Dos compañías de Asalto, mandadas respectivamente por los capitanes Arenas y Gutiérrez, a las órdenes del comandante del 12.º Grupo, don Enrique Gómez, avanzan por las galerías del metro.

La orden que han recibido: apoderarse de la plaza de Cataluña, en colaboración con las fuerzas que allí se encuentran, irrumpiendo por sorpresa de las bocas del metro y cogiendo desprevenido al enemigo. Se les ha prometido la colaboración de fuerzas de la Guardia Civil, que hasta este momento han mantenido una actitud expectante, aparentemente leal al poder constituido.

Caminan por debajo de la ciudad, por debajo de calles y encrucijadas en que se pelea o se ha peleado. Muchos de los guardias que forman esta improvisada columna, han combatido en la Barceloneta o en la plaza de Antonio López, y aunque cansados, se muestran animosos como quien ha salido triunfante de la primera prueba.

En la comisaría de Orden Público, el presidente Companys se ha mostrado sumamente deferente con el comandante Gómez, le ha felicitado por el éxito que fuerzas de su grupo han conseguido en la avenida de Icaria y en la Barceloneta, frente a los artilleros sublevados. Si la artillería de montaña consigue apoderarse de la Consejería de Gobernación, como entraba en sus planes, hubiese cambiado el signo de la lucha. Federico Escofet, Vicente Guarner y el comandante Arrando le han agasajado y dado ánimos. El balance de la lucha se presenta favorable. A los leales les apoya el pueblo, mantienen la iniciativa y dominan las comunicaciones por el centro de la ciudad. Los guardias de la 48 Compañía continuarán batiéndose desde los muelles contra Dependencias Militares, las Atarazanas y la División, que forman el núcleo más fuerte de los sublevados. El capitán Arrando, que mandaba las 48 Compañía, ha caído muerto en el primer encuentro. Cuando en Comisaría se han entrevistado con el comandante Arrando, su palidez característica, las cejas pintadas a lápiz, la peluca asomándole bajo la gorra y la extraña mirada enmarcada por párpados desprovistos de pestañas, le han inquietado; ha vacilado antes de darle el pésame por la muerte de su hermano. Muchos han muerto hoy; muchos morirán en la jornada. Lo importante es acabar pronto.

Han entrado en el metro por la boca de la calle Junqueras, y han subido hasta la estación de Aragón, donde han cambiado a la galería que desciende hacia la plaza de Cataluña. Ignoran con quién pueden tropezar en la estación subterránea de la plaza cuya situación desconocen. ¿Se les habrá ocurrido a los militares apoderarse de la estación? En caso de que les disparen por las galerías, su situación va a hacerse apurada; este tubo ofrece mala protección y ellos son numerosos. En compensación, de no producirse un movimiento de pánico, pueden replicar con un volumen de fuego considerable, y en el combate las balas también hacen carne en el contrario, y le atemorizan.

Cuando hace un par de horas ha telefoneado a la comisaría de Orden Público comunicando que acababan de derrotar a las tropas de artillería del cuartel de los Docks, y que han hecho prisioneros incluso al capitán López Varela, que estaba herido, apoderándose de las piezas y de mucho material, no se lo querían creer, tanta ha sido la sorpresa y satisfacción que les ha causado.

El júbilo ha estallado en el barrio de la Barceloneta cuando los cañones capturados al ejército han sido arrastrados a brazo, en manifestación popular en que se confundían combatientes y espectadores, mujeres, hombres, niños, cantando, dando vivas y mueras. De los balcones salían a aplaudir. Los paisanos luchan con coraje. La idea de los cargadores del muelle de formar barricadas con las pacas de papel, ha resultado eficaz. El último asalto a los cañones ha sido emocionante; se han lanzado con pistolas, algunos desarmados. Muchos de los oficiales y soldados estaban heridos, desconcertados por la inferioridad en que peleaban; la resistencia tenía que flaquear. Una de las baterías se ha retirado al cuartel. La temprana intervención de la

aviación militar, que les ha bombardeado nada más salir y luego les ha hostilizado en el cuartel, ha contribuido a desmoralizarles.

Tan corto que parece este camino cuando se recorre en los vagones, a pie bajo los efectos del nerviosismo se les hace interminable. Ni siquiera resulta posible tratar de reconstruir mentalmente, para medir distancias, las calles de la superficie: Consejo de Ciento, Diputación, Gran Vía… En la estación de Urquinaona, y vencida una pequeña resistencia, un empleado del metropolitano ha accedido a encenderles las luces, y les ha dado breves instrucciones para evitar que se pierdan por los túneles.

En total son unos ciento veinte hombres; no muchos, pero fogueados. La lucha en la plaza de Cataluña se prolonga desde hace casi diez horas, lo que permite suponer que el agotamiento y el desánimo hayan empezado a trabajar a los soldados, y por si fuera poco, tienen en contra el enorme calor que resta energías. Los del ejército según parece han sufrido numerosas bajas, y el comandante López Amor hecho prisionero; aparte de mandar la columna era el alma de la insurrección.

La estación Cataluña la encuentran desierta. Con las naturales precauciones recorren las largas y solitarias galerías. No se descubre a nadie; parece increíble que no se les haya ocurrido vigilarlas, excepto que sea para evitar la dispersión de sus efectivos, que por las informaciones que le han dado en Jefatura son menos numerosos que en la alarma del primer momento se suponía.

Las salas subterráneas parecen mucho mayores que los días normales. Adoptan algunas precauciones y sin diseminar fuerzas vigilan las galerías que convergen en la gran sala y las correspondientes al Metro Transversal y Ferrocarriles del Norte.

Repuestos del susto que les ha dado la irrupción de los guardias, se le acercan un jefe de estación, un par de empleados y el camarero del bar. Los tenientes Sánchez Redondo, Moraleda, Gutiérrez y los capitanes les interrogan mientras otros oficiales y suboficiales mantienen la vigilancia.

—¿Ustedes conocen cuál es la situación arriba?

—Más o menos…

—Por de pronto, los sublevados no han bajado al metro. Hemos visto fuerzas en alguna de las bocas desde la que se disparaba. Pero las puertas han permanecido cerradas.

—Lo que retumbaba eran los cañonazos.

—¿Saben qué edificios ocupan los militares…?

—El hotel Colón, el casino militar, la Maison Dorée…

—En la Telefónica ya no están… Están de… de los de ustedes…

—Mire usted, comandante, en general los militares dominan la parte superior de la plaza, y la acera de la derecha —derecha mirando hacia el Tibidabo, me refiero— hasta el casino militar. Ocupaban los jardines del centro, pero por lo menos los cañones hace mucho rato que no disparan. Guardias y paisanos están en la parte baja desde la Rambla a Fontanella. Por ahí pueden ustedes asomarse sin cuidado.

—Muchas gracias. Lo que necesitamos es que nos abran ustedes las puertas que les indiquemos…

—Mire usted, comandante, nos faltan algunas llaves…

—¿Tienen las que dan a Pelayo?

—Sí, señor…

—¿Por allí está tranquilo?

—Sí…

—Usted, capitán Arenas tome una sección y procure hacerse rápidamente con el edificio de los Ferrocarriles de Sarriá.

Después de distribuir las fuerzas, un poco a la buena de Dios, el comandante Gómez García se dirige a la salida de la calle de Rivadeneyra, en el extremo inferior de la plaza. Con el mayor sigilo abren la puerta; se asoma al exterior procurando no ser descubierto.

La plaza de Cataluña está desierta. El sol cae de pleno sobre los coches averiados, material abandonado, cables rotos, caballerías muertas, cadáveres de soldados, de paisanos. La imagen misma de la desolación.

Lo importante sería averiguar cuántos hombres tienen enfrente. A Juan García Oliver le resulta difícil en medio del tiroteo formarse una idea precisa. Domingo Belmonte, del ramo de la Madera, de cuyo sindicato situado en la calle Rosal, se apoderaron por sorpresa los militares en las primeras horas de la mañana, dice que se trata de un escuadrón a pie del regimiento de caballería de Montesa y que el capitán que lo mandaba ha caído muerto, y que ahora parece que quien lo manda es un capitán de Asalto que se les ha incorporado con algunos números. Añade Belmonte que los guardias, que pertenecen a la Comisaría de Atarazanas, tan pronto como se les ha presentado ocasión, se han puesto en contra de los militares y les acosan desde la calle Cabanyes.

En el último ataque, librado hace media hora escasa, han obligado a replegarse a los soldados que ocupaban la Brecha de San Pablo. Juan García Oliver, Francisco Ascaso, Antonio Ortiz, Jover y «Valencia» dirigen la operación contra los rebeldes que ocupan la confluencia del Paralelo con la Ronda de San Pablo. Un cabo ametrallador y dos soldados de los que se han insubordinado contra sus jefes fascistas en las Atarazanas, manejan una máquina, y un crecido número de militantes, mejor o peor armados, les apoyan. Desde el terrado del último inmueble de la calle de San Pablo han conseguido batir a los soldados que ocupaban la Brecha, y del café «Pay-Pay», por cuya puerta trasera han irrumpido Jover y Ortiz con casi medio centenar de hombres armados, les han hecho nutrido fuego que les ha obligado a desalojar la Brecha y replegarse hacia el Paralelo, alrededor del chiringuito que hay frente al cabaret «Moulin Rouge», y a los soportales del bar «La Tranquilidad». En esta operación ha caído el compañero Tomé, del Sindicato de la Madera, un gallego con agallas. Muchas bajas han sufrido, principalmente entre quienes con Francisco Ascaso han tratado de cortar el Paralelo por la calle Conde del Asalto; han sido diezmados por el fuego de las ametralladoras que los militares tienen emplazadas para dominar de arriba a abajo el Paralelo.

Por la mañana, reunidos en la Rambla Buenaventura Durruti, Ascaso y él, han decidido que Durruti con los sargentos Gordo y Manzana, Ricardo Sanz y Aurelio Fernández, apoyados por los

Grupos de Defensa del Centro y militantes de los allí reunidos asaltaran el hotel Falcón, desde cuyas ventanas se les hacía fuego, y una vez despejada la situación en la plaza del Teatro, avanzaran hasta el restaurante «Casa Juan» para emplazar las ametralladoras y combatir a los fascistas atrincherados en Dependencias Militares, en Atarazanas, y Puerta de la Paz. Dominando las Ramblas en su parte media, conservarán el control de las calles transversales del casco antiguo. La inesperada presencia de tropas en el Paralelo, Ronda y Brecha de San Pablo, encrucijada verdaderamente estratégica, representa una grave e imprevista amenaza. Por eso se han trasladado ellos aquí con efectivos y armas, a combatirlas y aniquilarlas. Militantes del Sindicato de la Madera y gentes del Pueblo Seco y del Distrito V les hostilizaban desde las primeras horas de la mañana.

Un momento comprometedor se ha producido cuando el grupo mandado por García Oliver, tras de librar la primera escaramuza contra las fuerzas que ocupaban la Brecha de San Pablo, y al avanzar por la calle del mismo nombre, ha tenido que pasar ante el portalón del cuartel de carabineros. Con las debidas precauciones, pues por un instante ha creído haber caído en una trampa, ha parlamentado con un oficial y algunos números a los cuales trataba de forzar a definirse. Han contestado que los carabineros acatan solamente órdenes del Gobierno, que no pertenecen a las fuerzas de orden público sino que su misión es la vigilancia y represión del contrabando. Le han tranquilizado manifestándose contrarios a los militares fascistas y por último han dado palabra de hombres y de padres de familia de que no les atacarán por la espalda. Después, se han visto obligados a penetrar por fuerza en la cárcel de mujeres; desconfiaban que pudiera haber en el edificio un retén militar. No lo había; han hecho desalojar a las presas, que salían llorando, no se sabe si de alegría, de miedo, o por efectos de la histeria. La cárcel de la calle Amalia, en caso de que tuvieran que replegarse, sería lugar apropiado para una defensa eficaz.

Por la calle Abad Zafont se aproxima Ascaso con sus hombres. Ascaso viste un traje marrón, usado, calza sandalias y empuña la pistola, arma que prefiere a las demás y en cuyo manejo es diestro y veterano.

—Se repliegan hacia el edificio del «Moulin Rouge». Hay que darles el último golpe…

—¡Eh! ¡Vosotros! Subid a la azotea del edificio del bar «Chicago». Desde arriba podéis dispararles a placer. Vosotros también ¡arriba! Hacedles un fuego nutrido pero afinando la puntería. Cuando oigamos las descargas, cruzaremos en tromba el Paralelo y tomaremos posiciones al otro lado de la calzada.

Con fusiles, con escopetas de caza, con rifles, con pistolas, los que han sido designados se dirigen hacia la calle de las Flores para subir al terrado del bar «Chicago».

Ellos aguardan en la calle. Fuman un cigarrillo para calmar el nerviosismo de la espera. Los militares continúan disparando; los compañeros les obligarán, concentrando sobre ellos el fuego de todas sus armas, a ponerse a cubierto y no les permitirán hacer buena puntería. Apostados en las esquinas desenfiladas, esperan el momento del ataque. A pesar de lo intenso del tiroteo algunos curiosos rondan por la calle manteniéndose en la proximidad de los portales y dispuestos a refugiarse en ellos.

En lo alto, suena una descarga cerrada. Replica el prolongado ladrido de la ametralladora, el minúsculo estampido de las pistolas; las detonaciones de los rifles parecen denunciar lo mortífero de sus proyectiles de plomo.

—¡Viva la FAI! ¡Adelante!

Los líderes con federales arrancan a correr arrastrando al resto de los militantes, y disparando sus armas cruzan el Paralelo.

Una mujer, envuelta en un albornoz color rosa, con la cara pálida, desmaquillada y el rostro poco acostumbrado a recibir la claridad del día, les grita con entusiasmo agitando los brazos.

—¡Vivan los anarquistas!

Apoya la punta del cañón en el hueco del ventanuco procurando que no asome más de un par de centímetros. Por el punto de mira va siguiendo a un hombre en mangas de camisa que ha salido por la puerta del Ateneo Libertario y se encamina hacia un automóvil negro pintarrajeado con letreros revolucionarios. Cuando se detiene para abrir la portezuela, aprieta el gatillo. El hombre se tambalea y se apoya en el capó. ¡Buena puntería!

Retira rápidamente el arma, un rifle de caza de precisión que compró en una armería a raíz de la proclamación de la República, en previsión de lo que pudiera suceder. Observa con disimulo, retirado del ventanillo para que no puedan descubrirle. Los que ocupaban el coche han descendido precipitadamente a auxiliar al herido y lo han metido en el Ateneo. Al cabo de un rato han salido con más tipos armados, mirando hacia todas partes, incluso hacia donde él se halla oculto, y han empezado a disparar en varias direcciones. Están obsesionados con el campanario de la iglesia; creen que les tiran desde allí. Las personas que andaban por la calle corren asustadas y se refugian en los portales; parecen hormigas aterrorizadas.

La postura es incómoda; para disparar se ve obligado a apoyar un pie en la barandilla de la escalera, y el otro, abriendo las piernas, en un saliente de la pared. Abandona la postura y se sienta en los escalones. Encima de él, los depósitos de agua, le proporcionarían un escondite perfecto. Aunque llegaran a registrar esta escalera será difícil que le descubran. En último caso, antes de que le den caza se llevará a algunos por delante; en el bolsillo guarda una «star» con cargador largo. Nadie sospecha que dispara a tanta distancia; desde primera hora les observa registrar las casas inmediatas. Sobre todo hacen fuego contra la parroquia. Los muy necios están obsesionados ¡como si los curas fuesen capaces de manejar un arma y de hacer buena puntería! ¡Hay que ver adónde puede arrastrar el cerrilismo anticlerical! Los curas sirven para decir misa, recoger limosnas y para disfrutar de la buena mesa y de la buena cama si se tercia; a la hora de defenderse, se rajan. Y él y otros idealistas como él, tienen que sacarles las castañas del fuego.

Quimet Solé pertenece a los Sindicatos Libres desde su fundación. Trabajó como camarero en el «Lion D'Or», más adelante fue «croupier», hasta que durante la dictadura del general Primo de Rivera se prohibió el juego en España. Gracias a unos ahorros que había reunido y con el dinero que le prestó un amigo del somatén, instaló un «hotel meublé», en la parte alta de la ciudad, un hotel acreditado por su seriedad, que le deja beneficios nada despreciables.

Ayer por la tarde, un antiguo compañero del Libre le anunció que iba a producirse la sublevación militar, y que si quería salir con el ejército debía presentarse en el cuartel de Pedralbes, decir «Francisco Furriel Farriol» y que así le dejarían entrar. En Pedralbes les proporcionarían armamento, uniforme, y saldrían con la tropa. Que era cuestión de un paseo militar y que darían su merecido a los de la Generalidad y a los «escamots». A él no le interesan los «escamots», ni toda esa tramoya de la Generalidad, él quiere tenérselas a tiesas con los de siempre, con los del Sindicato Único, con los de la CNT y la FAI. A sus cuarenta y cinco años no va a hacer el ridículo vistiéndose de «caloyo» y marcando el paso; porque a los militares ya les conoce, les gustan las voces de mando, los saludos, los consejos de guerra. Eso es bueno para los falangistas, los carcas, los señorones; ellos actúan de otra manera. Se sigue a un tío, se le pegan cuatro tiros, y a otra cosa.

Enciende un caliqueño y lo fuma con deleite. Si quisiera comprar cigarros habanos podría hacerlo, dinero le sobra, pero nada supera al sabor fuerte, violento, de estos caliqueños que fumaba en su buena época. Fuera sigue el tiroteo; ya pueden ir disparando.

Por radio continúan dando noticias tendenciosas, como si el triunfo estuviera en sus manos, pero el histerismo de los *speakers* denuncia su propia falta de seguridad. Desde el amanecer se oyen cañonazos; los proyectiles a alguna parte irán a parar, y la Generalidad no dispone de cañones. Eso significa que las tropas les están arreando de firme. Una lucha a muerte está en curso; el que pierda, está listo. A Quimet Solé le conocen de sobra; si le cazan le matarán como a un perro. Pero como pierdan ellos, van a pasarlas magras. Se la tiene jurada a Francisco Ascaso; una cuestión personal que viene de antiguo; fue Ascaso quien quince años atrás liquidó en Manresa a cinco compañeros del Libre. Francisco Ascaso está en Barcelona y si triunfan los militares nadie ha de protegerle como hasta ahora lo han venido haciendo. Cuando en noviembre de 1933 se anunció en Las Arenas un mitin anarquista en que Sebastián Faure vendría de Francia para hablar, y harían uso de la palabra Orobón Fernández, Germinal, Durruti y Combina, también estaba anunciado Francisco Ascaso entre los oradores. Buena oportunidad para cargárselo, a la entrada o a la salida. Habló secretamente con el presidente del Libre, Ramón Sales, pero éste le desaconsejó el atentado y lo calificó de disparate asegurándole que no estaba el horno para bollos. Lo tenía bien planeado y estudiado, pero el mitin se suspendió o aplazó hasta el jueves. A sabiendas del riesgo de que alguien le reconociera, se presentó en Las Arenas con gafas oscuras y bigote que se había dejado crecer; para despistar más se peinó con raya. No hubo ocasión; se le llevaron los demonios oyendo despotricar a Ascaso y presenciando cómo aquella pandilla de locos le aplaudían. Si los militares triunfan, Ascaso no se le escapará. Se producirá un gran desorden, y él le buscará. Quiere darle gusto al dedo, como en los buenos tiempos. Dos de los compañeros que Ascaso asesinó en Manresa eran sus mejores amigos, uno de ellos le había sacado en cierta ocasión de un apuro serio.

Escupe y deja el caliqueño apoyado en el borde de un escalón. Como suda, se despoja de la americana y vuelve a encaramarse con el rifle en la mano. Acecha por el ventanillo. A la puerta del Ateneo dos hombres con mono de obrero, vigilan pistola en mano, mirando hacia arriba. Del balcón principal están abiertas ambas hojas; no distingue el interior pero le parece descubrir gente. Apoya el cañón y apunta hacia el balcón; se ve oscuro a través del punto de

mira. Hace tres disparos y retira el arma; el cañón quema. Los dos vigilantes se han metido en el portal y disparan en dirección distinta a la que él se encuentra. Un muchacho que pasaba por la acera se ha tirado cuerpo a tierra y se protege la cabeza tras el tronco de un árbol. El balcón se ha cerrado de golpe; han arrimado un colchón a los cristales rotos; distingue las anchas rayas azules y blancas. Desde otro balcón disparan con fusil en dirección a la iglesia. Varios hombres salen a la calle armados y se colocan detrás de los árboles; señalan hacia la iglesia, gritan; pero sus voces no llegan hasta donde está escondido Quimet Solé.

El caliqueño se le ha apagado. Saca el chisquero del bolsillo y lo enciende. El sabor del tabaco se ha hecho más fuerte.

Valencia

La mañana ha sido sumamente activa. Han recorrido diversos pueblos de La Ribera y se han detenido particularmente en Alcira, Gandía y Sueca para comprobar si se han tomado las medidas necesarias y la Alianza funciona en orden. De regreso por El Saler y el Grao, les ha complacido observar que el puerto y su zona ha quedado convertida en verdadero campo atrincherado y que los obreros de la UGT como los de la CNT, integrados en la Alianza Obrera, controlan la situación y mantienen las guardias necesarias. Pero acaban de darles una mala noticia; a Domingo Torres, secretario de la Unión de Trabajadores Portuarios, sindicalista perteneciente a los llamados «frentistas» y líder del puerto, le ha detenido y encerrado en el cuartel de la Alameda una patrulla de soldados cuando pasaba frente al cuartel. La gente está soliviantada por este motivo.

En el coche «Ardita» de su propiedad acompañan a Lucas además del chófer, compañero de la UGT, Gregori, secretario de las JSU y Martínez Dasi, también de las Juventudes, estudiante de peritaje mercantil. Lucas va provisto de una credencial de delegado de la autoridad avalada por el Gobierno Civil y por la III División Militar. Esta credencial se la han entregado a los distintos jefes de grupo que esta mañana han salido a recorrer las zonas de la provincia. Por la avenida del Puerto se encaminan a la Alameda para doblar hacia el interior de la ciudad por el puente de Aragón.

En Sueca se ha producido un serio incidente y han comprobado lo que puede ocurrir si las pasiones se desmandan y explota el odio largamente contenido que el elemento popular siente hacia la Iglesia que consideran beligerante y promotora de la sublevación, odio que viene de muy antiguo y que desde que se implantó la República se ha exacerbado por la oposición sistemática de la Iglesia al Régimen. Estaban conversando con el teniente de la Guardia Civil cuya actitud no era precisamente cordial, cuando ha llegado aviso de que estaban quemando la parroquia. Trabajo les ha costado convencer al teniente para que no saliera con diez números a reprimir a tiros el motín como se proponía hacer. Se han dirigido al Ayuntamiento contiguo a la iglesia. Habían sacado a la plaza enseres, bancos, imágenes, retablos y les habían pegado fuego mientras en el interior, otros revoltosos se aplicaban a destruir lo que podían. Como no atendían a razones se han visto forzados a sacar las pistolas y hacer fuego al aire a la puerta misma, conminando a abandonar el templo a los que estaban en el interior. Los guardias

municipales les han secundado y el alcalde y algunos concejales también. Cuando la situación empezaba a despejarse, Lucas le ha indicado al alcalde que telefoneara al teniente de la Guardia Civil para que acudiera con una pareja y un corneta y que al llegar a cierta distancia diera los toques reglamentarios de atención. Así se ha hecho y el orden ha quedado restablecido. Desde el balcón se ha dirigido a la muchedumbre que se había congregado y les ha advertido que cometer cualquier desmán equivalía a colaborar con los enemigos de la República y que por tal motivo sería reprimido enérgicamente por la fuerza pública. En cuanto al teniente, le ha indicado que el mal ya estaba hecho y que disparando contra los incendiarios hubiese corrido la sangre que era precisamente lo que a toda costa había que evitar.

Cuando el «fíat» da la vuelta por el puente de Aragón advierten que un oficial acompañado de un sargento, tres soldados y un corneta del próximo cuartel de caballería, les cierran el paso. Desde la otra orilla del Turia una patrulla de guardias de Asalto les hace señas que no consiguen entender. Cuando Lucas reconoce al oficial, comprende que los de Asalto le advertían que pasara de largo hasta alcanzar otro de los puentes; ya es tarde, desciende del coche. El teniente Blanco es uno de los oficiales caracterizados por su adhesión al falangismo que ha cundido entre la oficialidad joven. No puede decirse que sean amigos pero se conocen, y cada uno de ellos sabe a quién tiene enfrente. El teniente le habla impersonalmente:

—La documentación…

Le alarga su credencial de delegado que por ir respaldada por la autoridad militar puede surtir efecto. El teniente la lee y una vez leída se encara con él.

—Ya me extrañaba que no estuvieras tú en danza.

—Cumplo con mi deber.

Como no le devuelve el documento se lo arrebata de la mano. El teniente se dirige al sargento.

—Éstos, al cuartel, con los otros…

Comprende Lucas que la situación es comprometida; la presencia de los guardias de Asalto, aunque se hallen a la orilla opuesta del río le da confianza.

—Mira, Blanco, creo que llevas el juego demasiado a fondo y creo que es lo menos conveniente. Aquellos guardias me han visto y si antes de cincuenta minutos no estoy donde tengo que estar, vendrán a buscarme. Sabía que os encontraría aquí y desde el Grao les he telefoneado…

El teniente Blanco mira preocupado a la patrulla de Asalto bastante numerosa y advierte que no les pierden de vista.

—Bueno, sargento, déjales que sigan, que ya les llegará su hora.

—Te advierto, Blanco, que pienso ver tranquilamente las corridas de Feria y te recomiendo que no llevéis las cosas adelante porque nada vais a conseguir, y si corre sangre será peor.

Vuelven a montar en el coche; en el momento de ponerse en marcha, Lucas le habla de nuevo al teniente.

—Y ahora, dime un a cosa, ¿a quiénes tenéis presos?

—¡Hombre! Tanto como presos, no. Pero ahí están Torres y los tres que le acompañaban.

El coche arranca; los soldados se apartan para que pase el puente.

—Pues te aconsejo, Blanco, que los dejéis ir a comer, que se ha hecho muy tarde…

Ciudad castellana

Cuando va a entrar en el comedor, José, el camarero que como hoy disfruta de su día libre, viste de paisano, se le cruza en el vestíbulo, lanzando ojeadas hacia el comedor.

—Don Jaime, venga conmigo…

—Hola José, ahora voy a comer… Me he retrasado.

—Venga conmigo, don Jaime…

El aspecto del camarero es tan preocupado, que decide seguirle. Cuando llegan a la plaza, se meten en el Café Universal. En el balcón del casino «La Fraternidad» han colocado la bandera roja y negra de la Falange, después de arrojar a la plaza papeles, no pocos libros, algunos cuadros, y un busto de la República, todo lo cual han quemado con gran algazara. Entran hasta el fondo del café y eligen un lugar favorecido por la penumbra.

—Pero… se me va a hacer tarde para el almuerzo.

—Tómese un café conmigo. Si me quiere creer un consejo, no vaya al hotel; coma usted en una taberna cualquiera.

Piden dos cafés; hay poca clientela en la sala. El día ha sido muy agitado desde que una compañía de infantería con bandera y música proclamó el estado de guerra. Después se produjeron tiroteos en los alrededores de la Casa del Pueblo y en el Ayuntamiento. Están practicándose detenciones de elementos socialistas y republicanos, y el periódico local ha sido asaltado por los de la JAP.

—No se acerque por el hotel, don Jaime, por lo menos no se le ocurra entrar en el comedor.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Usted no se ha dado cuenta?

—He visto la manifestación, por curiosidad he ido a la misa y he escuchado el sermón del magistral —algo increíble, José—, pero aparte de eso… Han quemado el retrato de Pi Margall, otro de Azaña, un busto de la República y cuatro papelotes. Ya se sabe.

—Que esto no es su país, don Jaime, que acá van a empezar a repartir leña. La directiva de la Casa del Pueblo está encarcelada y les van a formar consejo de guerra. Han detenido al doctor Jiménez, a don Ruperto, al capitán López. Usted ¿no ha leído el bando? Léalo, y se enterará de lo que les va a ocurrir si les acusan de sedición. ¿No ve que son ellos mismos quienes les juzgan, les defienden, les sentencian y ejecutan?

—Exagera, José. A mí en todo caso, nada ha de pasarme.

—A eso iba. El capitán ha ido esta mañana a recoger su equipaje; abandona el hotel, se traslada a Pabellones militares. Me cuesta decírselo don Jaime, pero debo hacerlo, le tengo a usted simpatía como parroquiano que es del hotel y porque siempre me guardó las debidas atenciones. Pues vino el capitán y dijo: «Ése se va a tragar el estatuto, como hay Dios». Y don Abilio, según me ha contado el sustituto, al entrar en el comedor y ver su mesa vacía, va y dice: «Supongo que le han encarcelado. Nos va a pagar los ladridos que el sinvergüenza de Companys lanza por radio», y como don Gumersindo ha dicho que usted no se metía en

política, que hablaba demasiado pero sin mala intención, etc., don Abilio encarándose con él le ha replicado con toda la mala baba del mundo: «No le defienda usted, Gumersindo, o también se nos va a hacer sospechoso. Es un separatista, ¿le parece poco?».

Le va entrando miedo; su devoción por Companys, por la Esquerra, por el mismo Estatuto catalán, no pasa de moderada. Ni siquiera milita en el partido: se limita a votar su candidatura en las elecciones. Él vende: su misión es vender géneros; si a veces habla de política es porque le tiran de la lengua. En fútbol es partidario del Fútbol Club Barcelona, como es natural; pero no se mete en política. ¿Han declarado el estado de guerra? ¡Allá ellos! ¿Va a cambiar el Gobierno? Ya ha cambiado otras veces. Un viajante debe estar a bien con derechas e izquierdas; con quien tenga abierto un comercio del ramo. Pero como lo que le cuenta José es peligroso, lo mejor, en efecto, será almorzar en una taberna y marcharse mañana mismo a otra ciudad. Las circunstancias justifican una alteración del itinerario.

—Lo que voy a hacer, José, es marcharme; continuar el viaje. Me queda por visitar a don Emilio, el de «La Moderna»; lo dejaba para mañana lunes.

—Don Jaime, que usted no conoce el paño. De acá no sale nadie sin salvoconducto.

—¡Caray, la cosa está fea!

—Le dije a usted que mi hermano pequeño era de la Falange. Está en el cuartel; van a organizar una columna para ir a Madrid. Reclutan gente. Yo…, como usted sabe, soy socialista. He hablado con mi hermano en casa de mi madre. Me ha recomendado que me ande con ojo, que hay órdenes muy severas. Esta noche se harán detenciones. ¿Sabe usted lo que me ha aconsejado?

—Me está usted metiendo el miedo en el cuerpo, ¿sabe?

—Usted es forastero y cliente del hotel, y nos hemos de ayudar unos a otros. Mi hermana mayor está casada con un catalán, vive en Lérida, y mi cuñado, oiga, es un buen hombre, un buen hombre porque sí. Le hablo con mucha sinceridad, no me ponga en un compromiso…

—Diga lo que sea, José…

—Mi hermano el de la Falange, que manda una escuadra o algo así, me dice que me aliste en el cuartel y que me quite de en medio. Que me vaya con la columna, que más adelante, si conviene, me quede una temporada en Madrid: hay allá muchos bares y hoteles y restaurantes. Mi hermano cree que lo de tomar Madrid es cosa de días; yo no lo veo tan seguro.

—No sé, José; usted sabrá, si su hermano le aconseja así…

—Pero es que yo, a mi hermano, le he contado que en el hotel, bueno, me refería a usted, que había un catalán de derechas y que también querría formar parte de la columna ésa que va a juntarse a la de Mola…

—¡Oiga, José! No fastidie…

—Don Jaime, vayámonos los dos. Que circula por acá muy mala leche y, desde que discutieron, el capitán no se lo ha perdonado, y yo le he oído contar cosas que hizo en Asturias que prefiero no decírselas. Mi hermano es buen muchacho, aunque sea falangista; el jefe de la centuria fue compañero mío de escuela y, aunque sabe que milito en la Casa del Pueblo, hemos conservado la amistad. Está de acuerdo en que vaya con ellos, y si se tercia usted también, don Jaime. Y ¡créame!, que usted no tiene aquí amistades ni valedores.

Callosa de Segura

«La Torreta» es una finca situada en los alrededores de Callosa de Segura. Los falangistas que se han ido concentrando esta mañana, más de sesenta, han terminado de comer y, distribuidos por la huerta, se van tumbando bajo los árboles, acogiéndose a su sombra, pues el calor aprieta de firme. En autocares les trasladarán a Alicante cuando el calor remita un poco. En la capital se juntarán con camaradas de Orihuela, de Crevillente y del propio Alicante; en el cuartel les proporcionarán fusiles y ametralladoras, de acuerdo con los jefes militares, y juntos se dirigirán a la prisión provincial para libertar a José Antonio, a su hermano Miguel y al jefe regional, José María Maciá, hermano de Antonio Maciá, propietario de la finca en que se han concentrado. Mandará la expedición Antonio; Carlos Galiana será el jefe adjunto.

Con Rafael y con algunos otros camaradas están tumbados a la sombra de unos cañizos. Resulta agradable la sensación que el vino tinto, fresco y áspero, produce al pasar por la garganta. Rafael fue quien ayer vino a avisarle; tan pronto se hubo marchado, su madre, que algo sospecha, le estuvo haciendo preguntas maliciosas. Esta mañana, mientras la madre ha ido a misa, ha envuelto la escopeta, la ha metido en un saco, y en bicicleta se ha venido para «La Torreta». A una vecina le ha encargado que avise a la madre de que no regresará hasta la noche. Pasará un susto, pero él ya es un hombre y no puede detenerse en el cumplimiento de su deber por consideraciones infantiles. Van a jugarse quizá la vida; que la aventura termine con provecho es lo que hace falta, y su misma madre se alegrará de saber que su hijo ha tomado parte en la hazaña que preparan. El movimiento se ha iniciado en toda España; en pocos días habrá triunfado el nacional-sindicalismo. ¿Va entonces su madre a hacerle reproches? Estos conflictos familiares prefiere no comentarlos con sus camaradas: se burlarían de él; no es imposible que a otros les ocurra algo semejante, sea con sus madres, con sus esposas o con sus novias. Las mujeres quieren a los hombres en casita y bien guardados; y así van las cosas en España.

Rafael se ha sacado del bolsillo la pistola, que le molestaba, y se ha tumbado para hacer la digestión cómodamente. La escopeta de dos cañones, que fue de su padre, la ha dejado apoyada en el cañizo, junto a la canana con veinte cartuchos, tres de postas, los demás de perdigones. Otro de los camaradas ha traído una escopeta de un solo cañón. Los más confían en las armas que les proporcionarán en el cuartel, y uno de ellos, que ascendió a cabo durante el servicio militar, asegura que sabe manejar la ametralladora «hotchkiss».

De la casa sale uno que calza zapatos; se aproxima a ellos; se enjuga el sudor de la frente con una pañuelo.

—¿Sabes algo?

—Dentro de un rato salimos. He estado hablando con Antonio Maciá; cuenta que hace tres días estuvo en Alicante, que vio a José Antonio en persona. Con un teniente que se llama Lupiáñez, a quien conozco, y otro que no recuerdo el nombre, está todo acordado. A las cinco nos esperan en el cuartel.

—José Antonio estará contento…

—Los de Callosa somos así; mucho presumir los de Madrid y los de Valladolid, pero los que vamos a sacar al jefe de la cárcel seremos los de Callosa.

—Y los alicantinos también…

—Bueno, ya se verá…

Tiene algo de miedo; se nota desasosegado. En Alicante hay demasiados izquierdistas. Y la Guardia de Asalto y la Guardia Civil no se casan con nadie. Puede que resulte sencillo, o puede que no. Aseguran que oficiales de la prisión están de acuerdo; eso sería lo mejor. De lo que está seguro es que si el golpe tiene éxito y José Antonio se pone al frente, la sublevación marchará a pedir de boca, porque a José Antonio nadie puede vencerle.

Saca la petaca y ofrece una ronda a los camaradas. Él mismo lía un cigarrillo. Hasta que su padre falleció el año pasado, para fumar se veía obligado a hacerlo a hurtadillas.

—Oye, ¿tú sabes manejar un fusil?

—Yo no, pero supongo que se aprieta el gatillo, se dispara y andando.

—No es tan sencillo; pero confío en que en dos minutos lo aprenderéis. Hacer puntería resulta más difícil. Yo fui tirador de primera. Después me trasladaron a la ametralladora.

—Pues yo, con la escopeta, le pego a un conejo a cincuenta metros. Y si el fusil es complicado, pues me quedo con la escopeta y ¡listos!

La tierra está caliente, incluso a la sombra, pero se ha levantado un viento suave que alivia la congestión de los rostros. En lo alto se mecen las hojas de las palmeras.

José Sáenz Bernal, Mariano Sánchez, Manuel Murcia, Gabriel Ruiz, Francisco Cuneo, Miguel Marcos, Manuel Egea Marchán, Jesús Samper, Manuel Rufete, Pedro Llopis, y hasta sesenta y siete falangistas, se hallan reunidos en esta finca, esperando la hora de dirigirse a Alicante para sacar de la cárcel al fundador y jefe nacional de Falange Española.

Barcelona

El consejero de Gobernación señor España ha telefoneado dando la buena nueva: por fin, la Guardia Civil se ha decidido. Una columna formada frente a la Consejería, compuesta por fuerzas del 19.º Tercio, más una compañía de intendencia, al mando del comandante Antonio Sanz Neira, se dirigen Vía Layetana arriba hacia la plaza de Cataluña para enfrentarse con los militares sublevados. La columna la manda el coronel Escobar, de la Guardia Civil.

Es la más sensacional y alentadora noticia que se ha recibido desde el amanecer. Más importante que cuando les han comunicado que la artillería de montaña había sido liquidada en la avenida de Icaria. La Guardia Civil, como fuerza combatiente, es eficacísima; su presencia desmoralizará a los facciosos, cuya situación a estas horas comienza a hacerse precaria. En la comisaría de Orden Público se regocijan, pero no faltan quienes sin expresar su desconfianza en voz alta la reflejan en sus rostros. Casi un millar de hombres avanzan hacia la comisaría de Orden Público. ¿Y si se tratara de una añagaza? ¿Y si al llegar se revuelven contra ellos y les atacan? En ese caso no tienen escapatoria.

El comisario se muestra optimista y confiado; también lo está Vicente Guarner. Federico Escofet se siente satisfecho de ver cómo van desarrollándose las operaciones; él es militar y

sabe que el riesgo existe, pero que hay que aceptarlo. Cuando hacia las diez de la mañana (¿serían realmente las diez de la mañana?, porque este domingo no tiene horas: es una jornada larga o corta, seguida, interminable) han traído detenido al comandante López Amor, audazmente apresado en la plaza de Cataluña, él ha cogido su pistola y, con cierta prosopopeya, se la ha ofrecido al presidente de la Generalidad: «Señor Companys, para usted el primer trofeo ganado al enemigo». Mientras se la entregaba estaba pensando que también podía servirle para defenderse o para saltarse la tapa de los sesos, si llegaba el caso. El peligro parece haber disminuido: la Guardia Civil está con el Gobierno; es el resultado de sus gestiones, de sus conversaciones en días pasados, de su entrevista con el propio coronel Escobar y del tesón y las previsoras medidas del consejero José María España, manteniendo continuamente a su lado en la Consejería de Gobernación al general Aranguren y al coronel Brotons.

Alguien entra precipitadamente en el despacho y anuncia en voz alta y emocionada:

—¡La Guardia Civil viene hacia aquí!

Salen al balcón que da sobre la Vía Layetana. Al lado de Federico Escofet está el presidente; junto al diputado Terradellas, al otro lado, Vicente Guarner y otros jefes de orden público, oficiales de Asalto y amigos políticos.

Por ambas aceras de la Vía Layetana, en columna de a dos, con las armas apercibidas y marcando el paso, marchan los guardias civiles. Por el centro, el coronel Escobar al frente de la columna. Relucen al sol los tricornios. En la calle se ha hecho un silencio expectante. Llega el ruido de los disparos de la plaza de Cataluña y de otros puntos de la ciudad. A la puerta de la Comisaría, debajo del balcón al cual se han asomado, guardias, policías y ciudadanos miran hacia la columna, que se aproxima lenta, solemnemente; la columna que va a decidir la contienda.

El presidente Companys ve aproximarse a los guardias civiles. Trata de contarlos: trescientos, cuatrocientos, quinientos… Tricornios, correajes, uniformes verdosos, a paso rítmico, se pierden de vista Vía Layetana abajo; no se les ve fin. ¿Serán ochocientos o mil? Hacia la mitad de la columna se distinguen los uniformes caqui de la tropa, con casco y bayoneta calada. Companys no puede olvidar la madrugada del 6 de octubre de 1934; una inquietud que se esfuerza en disimular le recorre el cuerpo. ¿No se perderán Escofet y Guarner por exceso de confianza? A su lado, aventajado de estatura, Juan Terradellas se agarra con ambas manos al pasamanos de hierro del balcón; supone descubrir en él una inquietud paralela; ellos dos no son militares. Está agradecido a Terradellas porque esta mañana, a primera hora, y al enterarse en la Generalidad de que se encontraba aquí, ha venido a presentarse. Últimamente, y tras la escisión del partido y de la minoría parlamentaria, estaban distanciados. «¿Qué haces aquí?», le ha preguntado al llegar, simulando cierto desabrimiento. «Soy diputado y estoy contigo», le ha contestado Terradellas. Su compañía en este trance le da calor; ambos participan de idéntico desasosiego.

Con su bastón de mando en la mano, impecablemente uniformado en este día de descamisamientos, el coronel marcha por el centro de la calzada. La cabeza de la columna ya ha rebasado el Banco de España: alcanza la desembocadura de la calle Baja de San Pedro. Companys trata de desentrañar los rasgos faciales de Escobar, que empiezan a descubrirse bajo

el tricornio. Una mirada concentrada, grave, las mandíbulas firmes, la boca delgada, inexpresiva. Están llegando bajo los balcones. El presidente grita, necesita animar a los guardias, a los que le rodean; necesita, en suma, despejar la situación, descargarse de la angustia.

—¡Viva la República! ¡Viva la Guardia Civil!

—¡Viva!

Los que con él ocupan el balcón, los que se encuentran en la calle, corean sus vivas. Son pocos; los vivas suenan débiles. Luis Companys está habituado a muchedumbres delirantes. Traga saliva:

—*Visca Catalunya!*

—*Visca!*

El coronel se detiene, extiende el brazo.

—¡Aaaaltoooo!

Un taconazo múltiple se prolonga Layetana abajo. Como un eco, otros «altos» se suceden en las distintas compañías. Cesa el batir acompasado, el ruido obsesionante del paso militar.

—¡Viva la República!

El coronel Escobar da un cuarto de vuelta, se encara al balcón y se lleva la mano derecha al tricornio.

—¡A sus órdenes, señor presidente!

Zaragoza

Por las calles semidesiertas de los arrabales de Zaragoza patrullan guardias civiles y soldados. A la entrada les han detenido, pero al identificarse, los policías les han permitido pasar adelante sin más averiguaciones. Pasan unas mujeres apresuradas; más allá, algún hombre sale de un portal para meterse en una taberna próxima.

A medida que se han ido aproximando a la ciudad, la actitud de los policías ha ido cambiando; parece más hosca o preocupada. Arturo Menéndez permanece silencioso y observa de reojo a Juan Casanellas, como temiendo que estuviera enfadado. No lo está: es inútil enojarse. Casanellas se siente cansado, inseguro, desasosegado. El aspecto que presenta la ciudad no contribuye a tranquilizarle. Por culpa de la actitud irresoluta de Arturo Menéndez han perdido la última oportunidad que les quedaba, aunque fuera a cambio de correr un riesgo. Es tarde para lamentarse, es tarde para los reproches; están en Zaragoza.

El automóvil se detiene ante la Jefatura de Policía. Descienden del coche; los policías les cogen las maletas. Entran. Un oficial de Asalto que está en el zaguán se queda observando a Arturo Menéndez.

—¡Canalla, traidor!

Surgen varios guardias de Asalto. Los policías que les acompañan tratan de protegerlos y hacerlos pasar, pero se ven rodeados. Amenazan e insultan a Arturo Menéndez, tratan de agredirle.

—¡Ahora te tenemos; vas a responder de lo de Casas Viejas!

—¡Te hemos de arreglar las cuentas!…

Los policías discuten y forcejean con los guardias. Consiguen abrirse paso y abrírselo a los detenidos.

—Tenemos órdenes de conducirles ante el jefe; órdenes directas del general Cabanellas. ¡Déjenlos pasar!…

—Que pasen, pero que carguen ellos con las maletas; no van ustedes a servirles de criados.

Gritos e insultos les persiguen hasta que comienzan a subir la escalera. Ante la puerta del despacho, uno de los policías se adelanta.

—¿Da usted permiso?

El jefe de policía está hablando por teléfono. Entran en su despacho y permanecen en pie frente a la mesa. Les mira sin prestarles apenas atención y continúa su conversación telefónica.

Arturo Menéndez le roza con el codo. Cuando Casanellas le mira, observa una expresión tranquila en su semblante. Le susurra:

—Es conocido mío; todo se arreglará.

Salamanca

Muchos son los salmantinos que todavía están almorzando, otros sestean, pero también son numerosos los que se abstienen de salir o retrasan la hora del café a causa de los acontecimientos. Una sensación de temor se diría que influye sobre buen número de ciudadanos.

Cuando don Dimas desemboca por la calle del Prior a la plaza Mayor se detiene a reconstruir la escena que su hijo le ha contado. Esta mañana, después de proclamarse el estado de guerra, hecho que se ha efectuado con la acostumbrada solemnidad y sin incidentes, y con ocasión de que una compañía de soldados atravesaba la plaza, se ha entablado un tiroteo. Ha habido varios muertos y se ha producido la consiguiente alarma. Su hijo, que se ha refugiado en la iglesia de San Martín, ha visto muchos cadáveres, lo menos diez, otros aseguran que han sido veinte, y los más ponderados los reducen a cinco. Una de las víctimas, padre de una compañera de su hija, que está terriblemente impresionada, era un pacífico ciudadano que pasaba casualmente por aquí.

Quedan señales de sangre en distintos puntos, pero la plaza y la ciudad han recobrado su aspecto normal, salvo que apenas se ven viandantes. Mientras comían han oído también disparos hacia las Tenerías.

En el café se sienta junto al ventanal. El primero de los contertulios que se presenta, casi a continuación de él, es don Aquilino. Parece cansado o deprimido; se sienta, se limpia las gafas. Marcelino les sirve los cafés con leche y la botella de agua.

—¿Usted lo vio, Marcelino?

—Verlos, no. Estaba junto al mostrador. Oí la primera descarga. Dicen que empezó por un disparo de pistola, pero yo no lo oí. Sólo después de un rato nos atrevimos a asomar la cabeza…

—¿Cuántos muertos calcula usted?…

—No sabría qué decirles. En el suelo había muchos y me asusté. Varios estaban heridos; otros se habían echado de bruces por prudencia. Uno de los guardias municipales, que entró a tomarse una copa para reponerse del susto, nos dijo que habían sido seis.

—Mal empezamos.

Marcelino se retira; las manos le temblaban al servir. Uno de sus hijos es de la Casa del Pueblo y desde las elecciones de febrero se ha distinguido en diversos actos de propaganda. En estas ciudades, donde todo el mundo se conoce, singularizarse resulta peligroso.

—La verdad, don Dimas, es que no estoy nada tranquilo.

—Ni yo tampoco; pero habíamos llegado a un estado de cosas que no podía prolongarse. El desorden acarrea malas consecuencias. Usted ya sabe cuáles son mis ideas, pero, créame, el Gobierno carece de autoridad, el desorden es continuo, no se respetan las leyes, ni la propiedad; las exigencias de los campesinos, de los obreros, iban creciendo de día en día…

—Lo que usted quiera, pero los militares en el poder me dan pánico; ya sabe usted cómo son. ¿Ha leído el bando?

—Sí…, lo he leído…

—¿Y qué?

—Ya se sabe: los bandos están cortados por el mismo patrón. Su redacción tiende a atemorizar; no van a fusilamos a todos.

—No, pero dan un instrumento durísimo que puede ser manejado por manos irresponsables o crueles.

Entra García, el de Hacienda, y cuelga su sombrero en la percha antes de sentarse junto a ellos.

—¿Han visto ustedes quién está ahí?

Siguen la dirección que les señala el recién llegado. En la terraza del Novelty, casi desierta, está sentado don Miguel de Unamuno, el prestigioso rector de la Universidad salmantina.

—¿Qué me dicen?

—¿Qué hará ahí don Miguel?

—Mi hijo asegura que está con ellos, que se ha alegrado de que el ejército tome las riendas del poder, que está contra Azaña que bufa…

—¡Don Miguel, tan original como siempre!…

Marcelino vuelve a acercárseles con el servicio.

—¿Qué fuerzas proclamaron el estado de guerra?

—Una compañía de infantería, con bandera, tambores y trompetas. Han formado ahí mismo.

Garcés espera a que Marcelino, una vez servido el café, se retire.

—Mi hijo ha entrado en casa como una tromba, ni siquiera se ha quedado a comer. Mi mujer está asustada. Nos ha dicho que a Francisco Bravo le han sacado de la cárcel y que es el jefe…

—Será de los fascistas…

—Sí, de los de Falange…

—En Valladolid se sublevaron anoche y andan a tiros los fascistas con los de la Casa del Pueblo y los ferroviarios.

—Acá también se dice que ha habido lío con los ferroviarios.

—Han nombrado gobernador a Santapau, el de la Caja de Reclutas, y han hecho alcalde a otro militar.

—¿Y don Castor Prieto?

—Pues creo que ya le han metido en la cárcel.

—¡Caray!

—¿Qué dirá don Miguel de Unamuno? Son muy amigos…

—A don Castor no le va a pasar nada; esto son confusiones propias de los primeros momentos. Un hombre moderado como don Castor no tiene que temer.

—Usted, don Dimas, todo lo enfoca desde un ángulo optimista.

—Don Castor es de Izquierda Republicana, casi de derechas…

—Ya veremos en qué para todo esto.

—¿Por dónde andará nuestro paisano?

—¿Cómo, quién? ¿Gil Robles?

—No he oído hablar de él; y escucho la radio de Madrid. Desde la reunión de la Comisión de las Cortes, nada se ha sabido.

—Lo de Calvo Sotelo debió asustarle.

—Pues como esto se consolide, no tardaremos en verlo por Salamanca.

—Yo dudo que esto se consolide; es la clásica cuartelada.

—Lo que me temo, don Aquilino, es que sea la guerra civil.

—Ustedes exageran. De momento, una dictadura militar, y después ocurrirá como la vez pasada; con la ventaja de que ahora todo marcha más a prisa… Es arriesgado profetizar; más que nada, se resolverá con un cambio de Gobierno: los del Frente Popular estaban arruinando a España, y a la provincia de Salamanca en particular.

—Hasta cierto punto, don Dimas, hasta cierto punto. Las derechas no han hecho más que obstruccionar, y se hallaban en plena subversión.

—Pero la situación del campo en la provincia era lo que se dice caótica. Una verdadera ruina para los intereses locales. Semejante situación no podía seguir adelante. Una cosa son las ideas, ustedes saben que yo mismo voté a las izquierdas, pero tampoco tienen derecho a arruinarnos.

—Lo que le ocurre, don Dimas, es que usted es propietario…

Marcelino, el camarero, aprovechando la calma que hay en el café, ha hado un pitillo y lo fuma medio a escondidas. La mano le tiembla tanto que la ceniza se le derrama sobre la chaqueta blanca. Desde donde está divisa la terraza del Novelty. Descubre a don Miguel sentado, tieso, como desafiante, ante su taza de café. Recuerda al don Miguel que proclamó la República en esta misma plaza, cinco años atrás. Su hijo era un niño entonces. Masculla sin que las palabras lleguen a los oídos de nadie.

—Parece que está a favor de los militares y de los fascistas. ¡Vaya con don Miguel, siempre será el mismo!

Pamplona

Una de las más vivas impresiones de su vida —vida salpicada de emociones la del comandante aviador Juan Antonio Ansaldo— la ha experimentado hace media hora escasa cuando al sobrevolar el aeródromo de Noain, cerca de Pamplona, ha descubierto sobre la pista de aterrizaje la gran T convenida, formada por los requetés, que con la boina roja puesta se habían estirado en el suelo. Manuel Fal Conde, presidente de la Junta Nacional Tradicionalista, iba a su lado; una sacudida de emoción les ha recorrido la espina dorsal de punta a punta. Pamplona dominada; allí estaban los carlistas para demostrarlo.

Las calles de la ciudad se presentan animadas; se diría una tarde de sanfermines tocada de cierto aire bravo y militar. El automóvil se ve forzado a aflojar la marcha, tanto es el público que circula. El comandante Ansaldo acude a presentarse al general Mola, a quien han informado telefónicamente de su aterrizaje en Noain.

A Juan Antonio Ansaldo se le ha encomendado que, tras una breve escala en Pamplona, se traslade a Portugal y traiga adonde le manden al general don José Sanjurjo Secanell, marqués del Rif, para que se coloque al frente del alzamiento nacional y militar.

Ayer tarde, y para congraciarse con Dios antes de meterse en esta aventura, confesó y comulgó en San Juan de Luz. Si la comunión resultó fácil, en cambio el acto de la confesión presentó dificultades: el comandante Ansaldo es bastante sordo y los aparatos que usa no acaban de suplir el defecto que le aqueja. Y uno no puede ni debe confesarse a voces.

En la «Ferme», residencia de Jacqueline de la Gironde, ha recogido al jefe nacional de la Comunión Tradicionalista, el abogado sevillano Manuel Fal Conde. En el aeródromo deportivo de Pau, ciudad en la cual se han enfrentado con los Pirineos, barrera geográfica que les separaba de su objetivo inmediato, Pamplona, estaba camuflada la avioneta «Puss Moth», en la cual han efectuado el vuelo.

El viaje ha sido corto y emocionante. La España que divisaban desde el aire, ¿era otra distinta de la que abandonaron? ¿Por lo menos la región navarra que sobrevolaban? Hasta que no han descubierto la T formada por los requetés no las tenían todas consigo. Un alzamiento militar es un enigma; cualquier previsión puede fallar y dar con todo al traste. Pero no ha fallado.

Al pasar frente al Círculo Tradicionalista descubre en el asta, roja y gualda, la bandera que ellos consideran legítima y única.

Requetés uniformados de caqui con correajes y boina roja, disciplinados, severos, montan guardia en la comandancia militar. Hay también soldados con aire festivo. En la comandancia no ondea la bandera monárquica.

Tras una corta espera, Mola, sentado a su mesa con aspecto atareado, le recibe con la efusión de que es capaz, mientras le observa y estudia inquisitivamente.

—Comandante Ansaldo, su misión es de capital importancia. Saldrá inmediatamente para Portugal y nos traerá a Sanjurjo; le necesitamos en España; puede decirle que le esperamos con ansiedad y cariño. Le conducirá usted a Burgos; mañana por la mañana aterrizarán allí.

—Cumpliré sus órdenes, mi general…

—Habrá una señal blanca sobre el aeródromo de Gamonal si, como espero, la ciudad sigue en nuestras manos. En caso contrario, continúe vuelo hasta Pamplona, y si tampoco encuentra la señal, lo que indicará el fracaso del alzamiento, diríjase a Biarritz, comunicando desde allí con Marruecos y Sevilla.

Suena el teléfono instalado en la pared, detrás de la mesa del general. Un ayudante lo coge; su expresión parece preocupada.

—Espere un instante; hablará con el general…

Se inclina hacia el general Mola y le ofrece el aparato. El general se lo lleva a la oreja; su mirada se desvía del aviador, se concentra; las arrugas del rostro se le hacen más patentes.

—… Sí, diga, diga…

…

—¿Quiénes, los carabineros? Pues que no se anden con bromas. Se lo advierte de mi parte. Al que haga armas contra nosotros se le fusila.

…

—Resistan ustedes como puedan. Hasta mañana no puedo enviarles refuerzos. Si es necesario, mañana tienen ahí una compañía.

…

—Confío en que no sea necesario; traten de resolver la situación ustedes mismos…, ¿eh? ¿Fusiles? Ya veremos si mañana les mando los que me pide.

Cuelga el aparato. Coge un sobre que tenía sobre la mesa y se lo entrega a Ansaldo.

—Ésta es la contraseña que lo acredita cerca del general Sanjurjo. Confiamos en usted, comandante.

—A sus órdenes, mi general; mañana por la mañana el general Sanjurjo estará en Burgos.

Oviedo

Como el coronel Aranda le tiene autorizado, el teniente coronel Ortega, del estado mayor de la Comandancia Militar de Asturias, abre el telegrama que acaba de recibirse del Ministerio de la Guerra; los demás oficiales le observan impacientes.

«Del ministro de la Guerra al comandante militar de Asturias. Sírvase entregar armamento sobrante en el cuartel de Seguridad y Asalto de Santa Clara para hacerse cargo el comandante don Alfonso Ros, jefe del 10.º Grupo». El texto les produce perplejidad y temor. Una orden oficial del ministro no puede dejarse incumplida; y el comandante Ros es conocido por sus simpatías revolucionarias, sin contar que al cuartel de Santa Clara han ido a concentrarse mineros y revolucionarios ovetenses en demanda de armamento. A causa de ese mismo armamento, el coronel Aranda lleva forcejeando la mañana entera con los jerifaltes socialistas y demás elementos reunidos en el Gobierno Civil. En estas tempranas horas de la tarde, el coronel ha sido requerido de nuevo para presentarse en el Gobierno Civil. Este telegrama indica que ha perdido la partida. Se impone prevenir al coronel, anunciarle la llegada del telegrama, y que él busque la manera de eludir su cumplimiento.

El capitán ayudante se pone en comunicación telefónica con el Gobierno Civil; procura no elevar la voz para evitar que puedan escucharle los que se hallan reunidos con el coronel.

—Mi coronel… Acaba de recibirse un telegrama del ministro…

La voz del coronel, pausada, tranquila y en tono alto, contesta:

—¿Qué dice? ¿Que entregue las armas, no es eso? …

—Sí, mi coronel.

—Pues bien, capitán, venga usted aquí y tráigame personalmente el telegrama.

Unos a otros se miran, asombrados e intranquilos, pues están convencidos de que los reunidos en el Gobierno Civil le escuchaban. ¿Cuáles serán las intenciones del coronel Aranda? El capitán Loperena se coloca la gorra, guarda el telegrama en el bolsillo y sale a cumplir la orden.

En el Gobierno Civil, afiliados a partidos de izquierda y a las sindicales obreras, mineros de la cuenca, obreros endomingados, le abren paso; están enterados de que el gobernador militar se halla reunido con el gobernador civil y con diputados y personalidades destacadas.

Al gobernador civil le encuentra acompañado por las mismas personas que estaban con él por la mañana; asisten, además, a la reunión el jefe de la Guardia Civil y su ayudante. Los presentes se le han quedado mirando al entrar. Saca del bolsillo de la guerrera el telegrama y se lo entrega al coronel. Aranda lo abre lentamente, lo lee con atención. Levanta la cabeza y se dirige a todos en general y, en particular, al gobernador, señor Liarte Lausín.

—Señores, lo que tanto deseaban ya está aquí. No me opongo a la entrega. Yo respeto mucho a don Indalecio Prieto, pero el requerimiento personal que me ha hecho no podía forzarme a entregar las armas. Este telegrama es del señor ministro de la Guerra. Sin embargo, he de advertirles que es asunto grave y que, sin orden personal mía, los jefes de cuerpo no la acatarán. Debo salir y reunirles.

El coronel Aranda se pone en pie; se levanta un murmullo de aprobación y de alivio. El jefe de la Guardia Civil le observa expectante. Al retirarse hace una pequeña inclinación de cabeza ante el señor Lausín.

—Buenas tardes, señores.

Salen del despacho, descienden las escaleras bajo las miradas de los que ocupan las salas y dependencias; llegan a la calle, se dirigen al Gobierno Militar.

Mientras suben las escaleras, el capitán Loperena, preocupado ante el silencio y la impenetrabilidad del coronel, traga saliva, hace un esfuerzo y le dice:

—Mi coronel, ¡las armas no…!

Aranda, al llegar al descansillo, se detiene un instante, vuelve la cabeza y contempla severamente a su ayudante.

—Consejos, cuando se los pida.

Barcelona

Mientras va marcando los números del teléfono, los dedos le tiemblan; María Teresa no puede evitarlo.

No ha comido; nadie en la casa tenía apetito. La última noche ha sido terrible; nunca había pasado tanto miedo. Como le resultaba imposible dormir, hacia las dos trató de hablar con Fernando. De la División le contestaron que no podían localizarle. En el fondo del aparato se oyen, lejanos, los timbres de llamada; es como si ella misma, oyéndolos, se asomara al peligro.

La fatiga la rindió y acabó durmiéndose, pero a poco de amanecer le despertaron las descargas y los cañonazos. Asustadísimas se levantaron ella y su hermana. Su hijo continuaba durmiendo, pero necesitó ir a comprobar si estaba bien, tocarlo y besarlo para convencerse.

Una voz áspera pregunta:

—¿Quién llama?

—Soy la esposa del capitán Lizcano de la Rosa. Querría hablar con él; se trata de algo muy importante…

—Espere, que procuraré buscarle.

Afina el oído; cree oír estampidos a través del aparato: puede ser que se equivoque y se los haga oír la aprensión.

Nada más levantarse se asomó al balcón: no se veía nada; la calle aparecía medrosa. A medida que la mañana, muy lenta, avanzaba vieron algunos coches que pasaban rapidísimos, con banderas anarquistas. Disparos y cañonazos sonaban muy próximos hacia las plazas de Cataluña y Universidad.

Casi todos los vecinos son de derechas y están tan espantados que apenas se atreven a asomarse al balcón; algunos han hecho pequeñas incursiones por los alrededores y aseguran que guardias y anarquistas luchan juntos y que se han lanzado contra el ejército, que combate en diversos puntos de la ciudad. Lo peor es la radio; la radio, que no pueden dejar de escuchar a pesar de que les pone los pelos de punta. Piden a voces que todos combatan contra los militares sublevados y anuncia que les están derrotando. Solicitan donadores de sangre y médicos y hablan de heridos y muertos. Han pasado bastantes ambulancias en dirección al Hospital Clínico.

—María Teresa, ¿qué ocurre, dime?

La voz de su marido le ha sobresaltado: tan larga ha sido la espera que había olvidado que tenía el oído apoyado en el auricular.

—¡Femando! ¡Escucha! ¿No sabes lo que ha pasado? Por la noche han ido unos hombres a casa, a nuestro piso, no sé si serían policías o qué, lo han registrado, han roto aquel retrato del rey dedicado y creo que han encontrado pistolas. A Soledad se la han llevado detenida. Estoy asustadísima. Han cerrado el piso y, según me han contado los vecinos, lo han sellado. Y, por si fuera poco, estos tiros, y los rumores que corren…

—Tranquilízate, María Teresa. No puedo hablar contigo mucho rato; tenemos aquí un poco de jaleo. ¿Comprendes? No te apures, sobre todo no te asustes. Voy a intentar mandarte a alguien…

—Sí, estoy asustada, Fernando…

—Después procuraré llamarte; adiós, adiós…

Su voz sonaba distinta, como si hubiese perdido aplomo, como si estuviera nervioso. ¿Qué ocurrirá? Cuelga el teléfono. Está decepcionada, a pesar de que cuatro palabras parece que le hayan remontado el ánimo.

La pobre Soledad, una joven vasca que tienen de criada, está presa. Unos vecinos se lo han comunicado cuando ella, después de telefonear reiteradamente a su casa, y en vista de que no la contestaban, ha recurrido a los vecinos. Le han dicho que el perro intentó morder a los policías y que le encerraron en el balcón. ¿Y esas pistolas que han encontrado? Ignoraba que estuvieran allí; debía tenerlas ocultas Fernando.

Su hermana Pilín se ha echado un instante en la cama para tratar de descansar. Entra en la alcoba; no duerme, la mira con ojos asustados.

—¿Has hablado? ¿Qué dice?

—Que estemos tranquilas…

—María Teresa, ¿qué crees que va a pasarles?

—Fernando insiste en que no tengamos miedo…

—Todos los que nos han llamado por teléfono piensan que los militares van perdiendo; y que hay muchos muertos. Y la radio, ¡ya la oyes!

El tiroteo hacia la plaza de Cataluña arrecia; las ametralladoras parecen haber enloquecido.

Cádiz

Cádiz, encendido por el sol, aún se distingue a lo lejos; la cúpula de la Catedral, la torre de Tavira, la silueta del castillo de Santa Catalina.

El patrón que lleva la barra del timón da unas chupadas al cigarrillo que le cuelga del labio amoratado y se rasca la cabeza.

—¡Ustedes decidirán qué se hace! Gas-oil tenemos suficiente. ¿Tiramos hacia Sanlúcar o hacia Conil?

—Oiga, patrón. Usted dijo que, en caso necesario, podía llevarnos a Huelva o hasta Algeciras.

—Usted manda, brigada; lo que me digan.

—Yo no quiero para mí la responsabilidad. Aquí somos quince; digo quince, porque ese desdichado no cuenta.

Los que van a la popa miran a un hombre tumbado sobre unas redes, con el rostro cadavérico y la boca entreabierta. Herido de un par de balazos en el costado, apenas ya se queja. Los demás, sentados a proa o en el centro de la barca, no les oyen; el ruido del motor les ensordece. Cádiz queda lejos, pueden considerarse a salvo.

El brigada lleva la guerrera desabotonada y la gorra inclinada sobre la nuca. Se le nota algo mareado, aunque el tiempo es bonancible y el oleaje escaso.

—Si supiera cómo marchan las cosas tomaría decisiones, porque alguien debe tomarlas, y sin desmerecer a los demás, un servidor es el más caracterizado de los que aquí somos. Pero… ¿y si los moros han desembarcado también en Algeciras? ¿Qué? Pues que la pringamos. Si nos vemos en este apuro en defensa de la democracia, un servidor acepta desde este momento la

decisión de la mayoría. Luego, si lo deseáis, me hago cargo del mando; cuando lleguemos a tierra firme se entiende, porque en el mar quien manda es aquí, el patrón, que con tanto bien nos ha sacado.

—Pues ustedes dirán lo que se hace…

Para ponerse en pie, el brigada se apoya en el hombro de un marinero que va sin gorra y con el uniforme blanco cubierto de manchas.

—¡Eh, óiganme! ¿Qué dirección tomamos?

Muchos hablan y opinan al tiempo; con el ruido del «diesel» apenas se entienden las palabras.

—A San Femando no podemos: están los fascistas…

—Vamos a Chipiona…

—A Huelva, que la han conquistado los mineros de Ríotinto…

—Adonde quieran, pero sin alejamos de la costa más de un tiro de fusil, que si este cacharro se hunde nos vamos al fondo…

—¡Hablen por orden! ¿Para allá o para allí?

Los más se muestran partidarios de la dirección noroeste, hacia Sanlúcar y Huelva; lo expresan señalando con la mano.

—Patrón, la mayoría manda; vamos para allá.

En la proa de la barca de pesca van tumbados Ruperto Andrade, del sindicato portuario de la UGT, y Teodoro, de las Juventudes Socialistas Unificadas. Desde ayer están luchando un poco por su cuenta. A primera hora de la mañana, sus pistolas, que todavía conservan, han sido de las primeras armas que se han disparado contra las fuerzas moras que desembarcaban.

Ruperto Andrade ha sido quien ha propuesto al patrón, afiliado también a la UGT, que escaparan de Cádiz. Entre él, el brigada, que ha decidido desertar de su unidad antes de que le castiguen por sus ideas comunistas, sobradamente conocidas, y el mismo patrón, han organizado esta expedición de salvamento, pues de lo que tratan los que van armados y los que no llevan armas es de escapar de Cádiz.

—Teodoro: como no sea un torpedero, nadie nos alcanza.

—Lo malo es que yo me mareo…

—Te ocurre como al brigada; mírale qué cara descompuesta tiene. No tardará mucho en cambiar la peseta.

A media mañana, Ruperto le ha recomendado a Teodoro que cesara de disparar y que se ocultara en la azotea sin dar señales de vida. Él se ha lanzado a la calle y ha tenido que sortear numerosos peligros. Sin darle explicaciones de adónde iba, se ha despedido de su mujer; le ha entregado veinticinco duros, que es todo lo que tiene, salvo tres que se ha reservado para él; ha destruido unos papeles que supone pueden comprometerla y, dándole un beso, le ha recomendado que no haga tonterías mientras él ande ausente.

—Hemos tenido suerte; a la hora de la siesta afloja la vigilancia.

—Y los carabineros han hecho la vista gorda, niño, que si no ¿de qué?

Un hombre de cabello canoso, con la camisa abierta, un albañil sindicalista que se les ha añadido en el último momento, va armado con una bomba «Laffite» y una pistola.

—El brigada ése, lo que es un mierda… Se ha rajado y ha estado disparando contra nosotros, y ahora se larga. No lo puedo tragar…

En casa de su primo, Ruperto ha encontrado a este hombre, que ni siquiera sabe cómo se llama, que agoniza tumbado sobre las redes. La mujer de su primo le taponaba la herida con una venda hecha de una tira de sábana limpia. «Llévatelo, que si le cogen le va a ocurrir algo malo… Y como el pobre está herido…». Su primo ha dicho que se queda, que a él no ha de pasarle nada, que en la Casa del Pueblo han destruido las listas de afiliados. Escurriéndose por las callejas se han marchado; el herido no cesaba de quejarse. Por la cara que tiene, parece que no durará mucho. Si desembarcan en Sanlúcar, o donde lo hagan, habrá que llevarle en seguida a un médico. El marinero, que también pertenece a las Juventudes, y que se ha presentado con Teodoro porque se han encontrado por casualidad, le ha examinado la herida y dice que es peligrosa porque las balas quedaron dentro y no han salido.

Cádiz va alejándose por la popa; a distancia destaca sobre el cielo la columna de humo de un barco que navega rumbo al Estrecho. Vuelan, lejanas, las gaviotas. Un hombre muy flaco, negro de cabello y moreno de tez, agitanado sin llegar a gitano, con los dientes largos, se coloca la mano sobre las cejas y observa la silueta del barco.

—Ese barco es de la Escuadra.

El marinero se pone en pie y lo observa a su vez.

—Está virando.

El hombre flaco y moreno es un limpiabotas; ayer, por la tarde, con un bidón de gasolina incendió una tienda; el incendio se comunicó al edificio entero. Le vieron muchos y en Cádiz es bastante conocido. Hasta el anochecer cumple con su trabajo, pero a partir de esa hora anda borracho, dando vivas a Rusia y a la revolución social. El patrón de la barca sostiene amoríos con su hija; por ese motivo se lo ha traído.

El barco, difícil de identificar desde tan lejos, parece hacer rumbo a Cádiz; acaban desentendiéndose de lo que haga; no les afecta.

Manolo Pérez, a quien llaman «El Guayabo», es un militante de la CNT. Una bala le ha hecho una herida poco profunda y le han vendado el brazo. Conoce a Ruperto Andrade porque trabaja en el puerto. Vive en el barrio del Pópulo; se ha tropezado con Andrade en una taberna, en donde se ha metido cuando ha descubierto que una patrulla de moros enfilaba la calle. Al informarse de que la barca iba a salir, le ha pedido media hora de tiempo. Habla con Andrade, que está cerca de él.

—¿Tú estuviste en el mitin cuando vino Largo Caballero? ¡Gachó, aquello sí que fue emocionante! Largo Caballero y Vicente Ballester se abrazaron delante de todos. Así tendríamos que ir los obreros: siempre juntos, los de la UGT y los de la CNT, y no andar a la greña unos con otros, como ha ocurrido en Madrid y en otras partes.

—No estuve en el mitin, pero lo oí contar. Razón no te falta; en los momentos de apuro es cuando nos encontramos.

El marinero que va en popa alza la voz y se agita.

—Es el crucero *Libertad*: dos chimeneas y el palo a popa. No me extrañaría que ataque a los facciosos. Porque, ahora que estamos lejos, voy a contaros un secreto… Me lo ha dicho uno de

los contramaestres del *Churruca*, que es camarada mío. La marinería va a sublevarse y a apoderarse del buque; y en toda la Escuadra se producirán motines.

El brigada da un respingo.

—Oye, ¿por qué no lo decías antes? ¡Acá no creo que haya ningún chivato!

—Me ha exigido silencio. Me lo ha contado en secreto porque es paisano mío. Ya me figuro que acá no hay chivatos, pero ¿y si los carabineros nos llegan a trincar? ¿Quién me hace creer que a palo limpio alguno no se va de la lengua?

El brigada se ha callado; traga velozmente saliva. Se levanta y se abalanza contra la borda. Una rafaguilla de viento hace que se le manche el uniforme y la camisa. El patrón le agarra del brazo y le obliga a cambiar de borda.

—Hay que vomitar siempre hacia sotavento…

Oviedo

El coronel Aranda no ha descuidado nada. Después de citar a los jefes de cuerpo en su despacho de la comandancia, ha mandado telefonear al Gobierno Civil y ha requerido la presencia del comandante de la Guardia Civil, don Carlos Lapresa, pues, según ha pretextado, en su calidad de jefe de cuerpo debe asistir a la reunión.

Tan pronto como ha llegado, le ha interrogado sobre si los guardias de los distintos puntos de la provincia se hallan ya en Oviedo. Muchos han llegado; otros siguen acudiendo a la concentración ordenada.

El coronel Aranda está sentado ante su mesa; frente a él destaca el papel azul del telegrama. Los jefes de cuerpo y los jefes y oficiales del estado mayor le rodean expectantes.

—Voy a leerles a ustedes el telegrama que he recibido del Ministerio de la Guerra.

Mientras con voz clara y firme les va leyendo el texto, que algunos ya conocen, parece que se aguanten hasta la respiración.

—Señores —continúa el coronel Aranda—. Esta orden no voy a cumplirla; por tanto, desde este momento estoy sublevado contra el Gobierno de Madrid.

A través de los gruesos cristales de sus gafas se queda mirando al coronel que manda el Regimiento de Milán.

—¿Qué dice usted, coronel?

—Que estoy de acuerdo…

—¿Y usted, capitán?

El capitán que manda el grupo de artillería, algunas de cuyas piezas han sido enviadas a la fábrica de Trubia para ser pintadas, se cuadra.

—¿Contra quién hay que disparar?

—Ya tendrá ocasión de hacerlo, y pronto.

Manifiestan estar de acuerdo a medida que Aranda les va interrogando uno a uno. Coge la pluma y, con letra clara, escribe sobre el papel azul: «No cumplo la orden por ser contraria al honor militar y al interés de España». Y firma: Antonio Aranda, con rúbrica que es un fino subrayado. Alarga el telegrama al jefe de estado mayor, teniente coronel Ortega.

—Tenga usted: que se le dé el curso que corresponda.

La Coruña: Manifestación del Frente Popular pidiendo armas.

Teatro Rosalia de Castro que ocupaba la parte trasera del Gobierno Civil, tras el ataque y rendición del mismo, el 20 por la tarde.

Vigo (izquierda): Antonio Carreró Bergés, capitán del piquete que proclamó el estado de guerra. Manuel Hedilla (derecha), miembro de la Junta Política de FE, que se trasladó a Galicia para reorganizar los cuadros falangistas y reforzar los enlaces con el ejército.

Miguel González Peña (izquierda): diputado socialista; líder de los mineros asturianos. Antonio Aranda Mata (1888-1979) (derecha), coronel comandante militar de Asturias que con las escasas fuerzas a sus órdenes se apoderó de Oviedo.

Desde el primer día Oviedo quedó cercado.

Cuartel de Santa Clara de la Guardia de Asalto, donde el 19 por la tarde se produjo el primer choque.

Defensores de Oviedo durante el cerco.

San Sebastián: Manuel Irujo, diputado por Guipúzcoa del partido nacionalista vasco, que intervino activamente frente a los sublevados del cuartel de Loyola.

En Bilbao no se produjo alzamiento militar. Desde el primer momento, atendiendo al llamamiento hecho por las autoridades, los partidos políticos y las organizaciones sindicales, numerosos voluntarios acudieron a alistarse en las milicias.

Pamplona

Pamplona

Al general Mola le ha impresionado el desfile de las Juventudes Tradicionalistas, que ha presenciado esta mañana en la plaza del Castillo. Cuando ha comentado que le parecían muchos, el teniente coronel Utrilla, a cuyas órdenes directas están los requetés, le ha precisado que había unos cuatro mil, pero que mañana acudirán a Pamplona otros tantos, de acuerdo con la orden de movilización que ha cursado para toda Navarra. El general Mola no comprende ni cómo van a armarlos convenientemente ni a mantenerlos; los servicios de intendencia resultarán desbordados. «Dios, que los ha traído, proveerá». No es que él no fíe en la Divina Providencia, y menos en día tan señalado como hoy, que tan propicia se le ha mostrado; pero, como prudente que es, ha preferido que por radio se cursen avisos de que por el momento no vengan más. A algunos de los requetés, completamente uniformados, se les advertía instruidos; otros con aspecto campesino, tocados con boinas rojas y vestidos de paisano, más que soldados parecían guerrilleros. Cualquiera que sea militar ha presenciado el espectáculo de los reclutas cuando al ser quintados se incorporan a los cuarteles. Cuestión de uniforme y de marcar el caqui una temporada. En pocos días, esos mismos quintos lucen la marcialidad de los veteranos. A éstos no va a quedar tiempo de instruirlos. Buena parte de ellos saldrán para La Rioja y Madrid esta misma noche, formando parte de la columna que está organizando el coronel García Escámez. Habrá que contar con fuerzas de reserva para enviarlas a la raya de Guipúzcoa por si atacan por allí, cosa más que probable. Los fusiles que deben enviar desde Zaragoza no han llegado, ni se tienen noticias de ellos. También Dios proveerá, sin duda.

Su despacho está lleno de jefes, de oficiales, de tradicionalistas. Los teléfonos no cesan de funcionar y las dificultades se van resolviendo una tras otra. Tiene que transigir con este poco de desorden; él, con sus ayudantes, no podría atender a todo.

—Mi general, ¿qué le contestamos al coronel Aranda?

Acaba de recibir por radiograma la confirmación de que el coronel Aranda se ha sumado al alzamiento. Una baza importante que se ha ganado; un baza de la que más de uno desconfiaba.

—Póngale la siguiente contestación: «Recibido radiograma de V. E., aumenta la emoción patriótica que vengo recibiendo de todas partes y que me alienta. Fuerzas de esta división y millares de voluntarios patriotas en Navarra, Burgos, Logroño y en todas partes se unen al ejército salvador llenos ardimiento para salvar a España. Envío patriótico saludo fuerzas magníficas Asturias y a V. E. apretado abrazo cordialísimo para la Patria».

Mientras dictaba el telegrama se ha presentado un oficial; observa que en voz baja habla con otros de algo que parece preocuparles.

—¿Qué ocurre?

—Mi general… En el balcón central de la Diputación foral ha sido izada la bandera monárquica en medio de delirante entusiasmo…

Se le plantea un serio problema: la enseña oficial es la bandera tricolor de la República. Sus órdenes eran que bajo la bandera nacional se hiciera el alzamiento en toda la Península. Franco

en Marruecos ha dispuesto lo mismo. Sus forcejeos con los tradicionalistas durante los últimos días han girado principalmente alrededor de la bandera. Como monárquicos, los carlistas no aceptan otra bandera que la roja y gualda, pero él se resiste a que el movimiento presente exteriormente carácter monárquico y reaccionario. No conseguían acuerdo con Fal Conde y con el príncipe de Borbón Parma; a él se le ocurrió que el general Sanjurjo, como navarro que es y como jefe del nuevo estado, que todos están de acuerdo en reconocerle, sirviera de mediador. El acuerdo a que se ha llegado es que las unidades militares carlistas llevaran su propia bandera, y que cuando alguna unidad tradicionalista estuviera incluida en un batallón del ejército, para evitar dualidades y confusiones, que el batallón prescindiera de bandera. Una fórmula de compromiso. Esta mañana ya ha visto la bandera monárquica en el Círculo carlista de la plaza del Castillo y colgaduras en muchos balcones. En la Comandancia Militar ha hecho ondear la tricolor republicana. La Diputación foral es la más genuina representación de los navarros; la mayoría está formada por carlistas…

Ha quedado callado un instante; está seguro de que no ha podido evitar que un gesto de contrariedad se le asome al semblante. Observa que los demás le observan a él.

—Mi general, salvo mejor parecer de usted, resulta improcedente, aunque sea respetable, naturalmente. Si usted lo manda, podríamos hacerla retirar…

—Yo, mi general —exclama Ortiz de Zárate—, querría recordarle algo: que, en Marruecos, los mejores de nuestros compañeros han muerto en defensa de la Patria bajo los pliegues de nuestra sacrosanta bandera, y que envueltos en ella fueron enterrados.

Primer conflicto: disparidad de opiniones. En Pamplona, el Frente Popular consiguió en las elecciones de febrero seis mil votos. Seis mil enemigos declarados; si la bandera republicana desaparece, las diferencias se ahondarán más. ¿Y qué dirá o qué hará Franco por su parte? Hay algo fuera de dudas: Navarra quiere la bandera monárquica; él no es demócrata, pero la voluntad popular inclina las decisiones. Él está en Navarra y Navarra le apoya. Cuando, más adelante, los mandos se reúnan, decidirán la solución definitiva. Esta gente le va a proporcionar, también, muchos disgustos.

—¡Señores! ¡Hágase la voluntad de Navarra!

Madrid

Mientras las guarniciones de España se están sublevando, puede afirmarse que el Ministerio de la Guerra ha permanecido vacante, o poco menos. El general don Luis Castelló Pantoja, frente ancha, cabeza calva y mirada exaltada, acaba de tomar posesión, sin muchas formalidades y apresuradamente, del Ministerio. Hace escasamente una hora ha llegado de Badajoz, de cuya plaza era comandante militar; venía con el propósito de hacerse cargo de la Primera División Orgánica, para lo cual había sido requerido por el general Miaja, que en esos momentos ocupaba el Ministerio. A su llegada a la capital se ha encontrado con que él era el ministro. Hoy es día de sorpresas: no hay que dejarse impresionar; lo importante es empezar a actuar, poner en claro la situación de España, en primer lugar, para luego adoptar las medidas que tiendan a remediarla.

Ha ordenado que se hiciese salir del Ministerio a los paisanos, fueren quienes fueren, que acudían con exigencias, voceando, metiéndose por los despachos, presionando a tomar decisiones y medidas, solicitando armas, dando consejos, propalando bulos. En el Ministerio de la Guerra no se admite más que a quienes forman parte de la plantilla. Nadie entrará sin un permiso, que será rigurosamente exigido.

Se ha encerrado con su ayudante y con el subsecretario, el general Bernal, recientemente nombrado, pues Cruz Boullosa ya no lo es, y el general Sánchez Ocaña le ha presentado la dimisión nada más hacerse cargo del Ministerio. El desconcierto es mayúsculo, nadie sabe quién es nadie, y salvo en los casos extremos resulta difícil averiguar hacia qué lado se inclinan las simpatías de los que deben ser sus colaboradores en el Ministerio. Sobre la mesa ha extendido un mapa de España; trata de establecer inventario y balance de la situación en estas primeras horas de la tarde del domingo. Un ordenanza les ha traído unas tazas de café.

Sobre la situación de Madrid ha sido cumplidamente informado, si bien cualquier informe debe ser acogido con reservas. La situación de la guarnición es inquietante; los cantones y los cuarteles, principalmente el de la Montaña, mantienen posiciones ambiguas. Hasta el momento no se ha producido ninguna situación irremediable. Por otra parte el problema de la guarnición madrileña le atañe más directamente al general de la Primera División.

Las noticias de máximo interés en este momento y que pueden ser definitivas proceden de Barcelona. A media mañana se ha cortado la comunicación con la división; probablemente se han apoderado de ella los rebeldes. Parece que Llano de la Encomienda ha permanecido leal a la República, y que en las primeras horas ha mantenido contacto con quienes también permanecían leales. Se han sublevado algunos regimientos; parece que a costa de numerosas bajas por ambas partes, la situación tiende a restablecerse. De acuerdo con las noticias que le llegan por intermedio de la Generalidad de Cataluña, y que tampoco son bastante claras, se deduce que entre los efectivos afectos al pronunciamiento y las bajas que se están produciendo, la guarnición de Barcelona va a quedar triturada.

En el resto de Cataluña la situación resulta más confusa. En Gerona, el gobernador militar, general Fernández Ampón, ha proclamado el estado de guerra y domina la ciudad; lo mismo ocurre en Mataró, a veinte kilómetros de la Ciudad Condal, y en Lérida, de cuya oficina de Telégrafos se ha recibido un telegrama. El Regimiento 26 de Infantería, que está allí de guarnición, se ha sublevado. Se desconfía —según informes— del coronel Villalba que manda en Barbastro la media brigada de Montaña, uno de cuyos batallones, el 5.º, guarnece la Seo de Urgel. En Tarragona, parece que el Regimiento de Almansa núm. 18 permanece acuartelado; no se han registrado incidentes graves.

Hasta este momento sólo en Barcelona se está tratando de reducir la sublevación; los facciosos ocupan diversos puntos de la ciudad y se mantienen atrincherados. De Castilla la Vieja y de Aragón, cuyas guarniciones se han alzado salvo excepciones, las novedades que se reciben son desalentadoras; a pesar de que algunas fuerzas de orden público leales al Gobierno o improvisadas milicias populares luchen en las calles, puede considerarse que todo está perdido. Burgos, Valladolid y Zaragoza, así como las comandancias correspondientes a estas divisiones, o han proclamado el estado de guerra o se sospecha lo harán en las próximas horas. Los

telegramas, los partes, las noticias recogidas por radio o por otros conductos más o menos solventes, se amontonan en su mesa. En Valladolid, el general Molero ha sido depuesto y muerto o herido; de la división se ha hecho cargo el general Saliquet; en Ávila, Segovia, Soria, Salamanca, se ha proclamado durante la mañana el estado de guerra. Las guarniciones, casi con unanimidad, se han rebelado y suelen ser apoyadas por la Guardia Civil, y en bastantes lugares por la de Asalto. En Zamora, lo mismo; el Regimiento núm. 26 se ha unido a la rebelión. En León no ocurre nada; por fortuna se ha presentado allí el general Gómez Caminero. La actitud del gobernador militar, general Bosch, y del Regimiento de Burgos núm. 36, de guarnición en León y Astorga, no parecía clara. Por añadidura ha llegado a León un tren de mineros asturianos que aseguran la ciudad contra cualquier veleidad subversiva por parte de los fascistas. Gómez Caminero ha informado por la mañana, que el aeródromo también se mantendrá leal, y que ha tomado contacto con elementos de su confianza por si se produjera algún intento de rebeldía.

Por el momento el foco más peligroso de la insurrección parece situarse en Pamplona; las noticias que se captan por radio coinciden con las de los servicios del estado mayor. El plan rebelde consiste en formar una fuerte columna en Navarra, reforzada con unidades de Aragón y Rioja, y avanzar rápidamente sobre Madrid.

El general Cabanellas aunque por su republicanismo y por razones de hermandad se confiaba en que iba a permanecer fiel, ha sublevado la V División. Barruntos existían de que andaba conspirando; la información ha sido deficientemente conducida. Por la amplitud de lo que se tramaba, por el número de comprometidos, por la confusión ideológica con que se producen algunas reacciones, puede aceptarse que no resultase factible deslindar campos, aquilatar informes y en general prever cuanto iba a suceder y está sucediendo.

Miguel Cabanellas es el único de los generales de división que se ha sublevado; teniendo en cuenta la lealtad que hasta el momento mantienen Martínez Monje, en la III División de Valencia y Enrique Salcedo, en Galicia, es posible que Cabanellas constituya la excepción.

Jaca, Huesca y hasta Teruel, con unos cuantos oficinistas de la Caja de Recluta, han proclamado el estado de guerra. El general Pozas le ha comunicado que en Teruel el gobernador civil ha anulado la declaración. Sin embargo, la jugada permanece dudosa.

Si la Generalidad se impone en Barcelona, y a salvo lo que en Gerona pudiera suceder, el Levante por ahora se mantiene leal. Castellón, Valencia, Alicante, aunque de Alicante han llegado confidencias de que García Aldave parece vacilar, Murcia, Cartagena, Almería. En Málaga las tropas que se sublevaron han regresado a los cuarteles; parece que Patxot ha entrado en razón. En Cartagena hay agitación en el Arsenal, pero el aeródromo de los Alcázares se mantiene fiel, y llegan noticias, no confirmadas, de que las fuerzas leales se han apoderado de la base de San Javier, donde existía un foco rebelde. Como contrapartida, Goded se ha sublevado en Palma.

En Sevilla se lucha en las calles; forzoso es reconocer que Queipo se ha alzado con la guarnición y domina el centro de la ciudad y el aeródromo de Tablada, que sólo ayer por la mañana pudo utilizarse en acciones represivas contra Marruecos. Córdoba se halla cercada, y aunque la situación en Granada es incierta se le ha dado órdenes al general Campins para que

forme una columna con dos batallones y un grupo artillero y se dirija a Córdoba a batir al regimiento de artillería que se ha sublevado y apoderado de la ciudad.

Si la capital se halla un tanto amenazada por el norte —donde la sierra no es flaca defensa— hacia el sur, en que la gran llanura manchega resultaría más vulnerable, se halla por ahora protegida. Sólo de Albacete, ciudad en la cual no existe prácticamente guarnición, han llegado informes alarmantes sobre la actitud de los jefes de la Guardia Civil. Ciudad Real, sin novedad, y en Toledo existe conflicto con el coronel Moscardó, pues el jefe de servicios del Ministerio le ha ordenado que envíe a Madrid un millón de cartuchos que se guardan en la fábrica de armas y la orden no ha sido cumplimentada. El general Pozas, a través de comunicaciones que le llegan a Gobernación, está preocupado por una concentración sospechosa de la Guardia Civil de la provincia que él no ha ordenado; y ha añadido que ayer se produjo un tiroteo en que hubo varias víctimas.

En cuanto Badajoz, de donde el general Castelló acaba de llegar, ha quedado asegurado. A pesar de que el coronel del Regimiento núm. 16 es derechista no parece inclinado a embarcarse en aventuras. De Cáceres se dice, aunque no está confirmado, que han proclamado el estado de guerra; las noticias hasta el momento son embrolladas y contradictorias. Huelva se mantiene leal; y la posible comunicación de Cáceres con Sevilla o Córdoba está cortada.

El mal no está ahí; la situación que el mapa refleja no es desesperada. En caso de que la guarnición de Madrid no se lance a la aventura, puede con más o menos esfuerzo rechazarse cualquier ataque que venga del norte, donde la comandancia de Oviedo y la división de Galicia permanecen leales y amenazan a Castilla la Vieja; también Santander y Bilbao se mantienen leales como León, y aunque Vitoria se ha unido a los navarros, en San Sebastián, por el momento, nada grave se ha producido. El mal está en África, adonde según las últimas noticias ha llegado el general Franco para ponerse al frente del ejército. En Marruecos, la situación se ha resuelto a favor de los rebeldes; allí hay buenas unidades, entrenadas, equipadas y aguerridas.

Noticias llegadas al Ministerio por intermedio del de Marina, señalan que a Cádiz, sublevado por López Pinto y Varela, han llegado esta mañana en el destructor *Churruca* regulares de Ceuta, y que en Algeciras han desembarcado más fuerzas indígenas, escoltadas por el cañonero *Dato*. Contra ese peligro hay que luchar; si los sublevados que disponen de una cabeza de puente, consiguen pasar unidades de África a la Península, con Cádiz, Algeciras, Jerez, Sevilla y Córdoba de su parte, va a ser difícil detenerlos antes de llegar a Madrid. Con mayor motivo si en la capital —lo cual puede producirse de un momento a otro— se han alzado los cantones y el cuartel de la Montaña, y Mola, con navarros y castellanos aprieta por el norte en combinación con Saliquet.

La Escuadra tiene la palabra. Las noticias son poco claras y las conjeturas diversas. El *Cervantes* y el *Libertad*, afirman en el Ministerio de Marina que navegan por aguas de Cádiz y que tras de bombardear los objetivos bloquearán el Estrecho, junto con el *Churruca*, cuya marinería, después del traslado de los moros a la Península se ha sublevado contra sus jefes y se ha incorporado a la legalidad. En el *Almirante Valdés*, el *Lepanto* y el *Sánchez Barcáiztegui*, marineros y subalternos se han hecho cargo de las naves cuando han descubierto que los jefes

pretendían sumarse al movimiento rebelde. El ministro de Marina dispone, pues, de unidades suficientes sin contar los submarinos y el acorazado *Jaime I*, que viene a toda máquina de El Ferrol para bloquear el Estrecho. Conviene plantearse una pregunta grave. Si subalternos y marinería se han hecho con el mando de las naves, ¿tendrán éstas eficacia suficiente para la navegación y combate, la eficacia que lo delicado de la situación exige?

Se retira de la mesa y contempla el mapa en el cual ha ido efectuando señales con un grueso lápiz rojo. Quedan algunas zonas, especialmente las rurales, en que la carencia de noticias es casi absoluta, y existen guarniciones cuya actitud, más que leal, resulta equívoca. El general Pozas confía en la Guardia Civil; pero si en Barcelona según las últimas noticias está combatiendo al ejército, en diversos puntos se ha unido a los sublevados; y en los puestos rurales se halla acuartelada en actitud hostil.

La situación es incierta y complicada; no todo está perdido. Puede oponerse resistencia al enemigo y se le opondrá, pero el Gobierno, prescindiendo de las organizaciones obreras, no dispone de medios suficientes. Casares Quiroga ha perdido unas horas preciosas y se ha dejado sorprender por los acontecimientos. Hay que resolverse como sea a actuar.

Dan unos breves golpes a la puerta del despacho; casi sin esperar respuesta entra Vidarte, su sobrino, a quien especialmente ha autorizado para que permanezca en el Ministerio. Es miembro destacado del Partido Socialista, y los del partido disponen de medios de información a veces superiores a los del propio Ministerio.

—¿Qué hay?

—Nos han telefoneado del diario *Avance*, de Oviedo, que el coronel Aranda se ha sublevado, y que el cuartel de Santa Clara, en donde están los de Asalto y se habían concentrado militantes obreros, lo han atacado a tiros.

—La pelota en el tejado; ya veremos cómo se resuelve.

—Otra cosa; se ha captado un radiograma en el cual Francisco Franco vuelve a declararse jefe del ejército de África, y protesta contra los bombardeos de Tetuán…

—Ya lo sabía… ¿Más noticias de Barcelona?

—Sigue la lucha favorable a la Generalidad; pero de allá no tenemos tan buena información como de otras partes…

—Atención a Barcelona, que es plaza clave. Si la rebelión triunfa en Barcelona, habremos perdido todo Cataluña, y en ese caso, no confío bastante en la lealtad de Martínez Monje.

—Los socialistas de Valencia confían en él; afirman que no se producirá sublevación, que tienen vigilados los cuarteles, y que en Valencia no ocurrirá nada.

—Lo mismo dicen del Ministerio de Gobernación. Era un decir; la guarnición de Barcelona sufrirá su castigo.

Barcelona

Corre la voz de que viene la Guardia Civil; desde el lugar que ocupa Felipe Villaró, junto al chiringuito situado ante el edificio de la Universidad, no se les ve. Por un instante se detiene el

tiroteo. El comandante Gibert de la Cuesta está cerca de una ametralladora manejada por un brigada. La expectación y la incertidumbre les domina a todos.

Comienza a estar cansado y desalentado; las emociones han sido excesivas para un muchacho de su edad. Ha disparado, ha visto caer muertos y heridos a compañeros suyos; a su vez también ellos han matado y herido a numerosos enemigos: paisanos y guardias de Asalto. Por efecto del calor, de que no ha comido y de la emoción, nota un ligero aturdimiento. A primera hora detuvieron a un diputado sindicalista, Pestaña, muy conocido en los medios obreros barceloneses. Le han retenido algún tiempo en el interior de la Universidad, en donde se ha establecido el puesto de mando de este sector; después ha sido enviado al cuartel de Montesa. Requetés de paisano han venido a ofrecerse; les han destacado en la parte trasera del edificio, para que lo defiendan por ese lado.

Está cundiendo el desánimo; advierten que desde hace unas horas se han colocado a la defensiva y que los guardias y los anarquistas se comportan como dueños de la ciudad. Por la parte del casco antiguo, se alzan columnas de humo negro; están quemando las iglesias.

Aparecen los primeros guardias civiles con un jefe al frente. ¿Habrán decidido intervenir a su favor? ¿O vendrán a atacarles? En la aparición de estos guardias, seguros de sí mismos, revestidos del prestigio que el uniforme les da ante la gente de orden, hay como una incitación al fatalismo que anula cualquier decisión de tomar iniciativas. Si se han puesto por fin a favor del ejército, vencerán; si por el contrario vienen a atacarles, resulta inútil resistirse.

La maniobra es rápida, en pocos minutos la plaza se ha llenado de uniformes que han desbordado las primeras líneas de defensa. Imposible contarlos, son muchísimos; ni los soldados ni los oficiales han disparado un tiro.

El jefe, que lleva en la mano un bastón de mando, se aproxima al comandante Gibert de la Cuesta.

—Mi coronel, sin novedad en la plaza de la Universidad.

El coronel que manda a los guardias civiles se le queda mirando con fijeza; no sonríe, no aprueba, no hay en su mirada un destello de camaradería o de solidaridad.

—¿Qué hace usted aquí, comandante, con esta gente? ¿Por orden de quién han disparado ustedes?

El comandante, cuya fatiga se acusa en los trazos del rostro, parece perplejo.

—Por orden del coronel de mi regimiento y al servicio del movimiento salvador de España.

El rostro del coronel de la Guardia Civil se contrae; echa el brazo atrás y en gesto rapidísimo golpea con el pomo del bastón en el estómago del comandante. El dolor le dobla un instante. El coronel de la Guardia Civil se vuelve hacia sus subordinados.

—¡Detenedle, es un rebelde!

Se produce un movimiento de desconcierto. Los guardias apresan al comandante; otros se abalanzan sobre el brigada de la ametralladora y sobre los servidores. Todo ocurre muy aprisa; oye la voz enérgica del coronel.

—¡Todos presos!

Antes de que le echen mano retrocede hacia la Horchatería Valenciana cuya puerta permanece abierta. Varios soldados y voluntarios han hecho lo propio. Unos se despojan de las

guerreras, otros abandonan las armas. A oscuras suben corriendo las escaleras. La resistencia ha terminado. De las esquinas, de los jardines, de detrás del monumento al doctor Robert, de los portales de las calles de Pelayo, Tallers y de la Ronda de San Antonio van surgiendo guardias de Asalto y paisanos que corren dando vivas y agitando amenazadoramente las armas.

El cenicero ha vuelto a llenarse de colillas. Se obstina en buscar soluciones sobre el plano de la ciudad, y cada uno de los remedios que arbitra resulta impracticable. En los momentos en que le gana la fatiga mental y el pensamiento le abandona, permanece como hipnotizado con los ojos fijos sobre los trazos del plano con nombres de calles y plazas, que le son desconocidos, pero que tienen el poder de obsesionarle.

Don Manuel Goded Llopis, uno de los más brillantes generales del ejército, tiene las facciones finas, la frente más bien calva y un bigote breve sobre el labio superior. Su mirada es viva, penetrante, y cuando se separa del plano se fija escrutadora en los rostros del comandante Lázaro, su ayudante, que le ha acompañado desde Palma, del coronel Moxó, del comandante Montesino-Espartero, de los demás componentes del estado mayor de la división. Otros militares, ocupados en la defensa efectiva del edificio que es hostilizado, entran y salen del despacho para comunicar novedades o recibir órdenes. Se mantiene una actitud correcta y tranquila en el trato exterior, si bien el general descubre un punto de desesperanza en la actitud de algunos de sus colaboradores. Está convencido de que no les queda más solución que luchar hasta el fin; se ha derramado demasiada sangre sobre las calles. Una aventura como ésta no puede abandonarse frívolamente a causa de riesgos y contratiempos, de la misma manera que tampoco es permisible lanzarse a ella porque sí. Las batallas tienen alternativas; la serenidad, el tesón, y la inteligencia, juegan papel principal en cuanto a posibilidades de inclinarlas en favor propio.

Las noticias adversas han ido golpeándole una tras otra; Goded las encajaba con sólo un ligero plegamiento de la boca. Nada de lamentarse, buscar otra solución, intentarla. Su hijo Manuel y el teniente de navío Lecuona han regresado de la Aeronáutica Naval en el automóvil blindado; les han tiroteado y acosado tanto que el chófer está herido. Los hidros no pueden bombardear el aeródromo militar del Prat; han regresado a Palma en vista de que elementos de la base y la marinería se mostraban hostiles.

El coronel Roldán, del Regimiento de Alcántara, al cual como general y amigo ha telefoneado, le ha prometido ponerse al frente de dos compañías y trasladarse al cuartel de los Docks para dispersar las fuerzas que lo atacan y hostigan, y a continuación con el comandante Unzúe y sus baterías formar una columna y atacar Gobernación. Ninguna noticia se tiene; las horas van transcurriendo y se acentúa lo comprometido de la situación.

En el centro de la ciudad, las fuerzas acosadas y dispersas se muestran incapaces de agruparse. Ha decidido recurrir a las unidades de las plazas más próximas. De nuevo en el coche blindado, convertido en criba, ha mandado al teniente de navío Lecuona que se dirija a Mataró con mensaje personal para el coronel Dafó, del Regimiento 8.º Ligero de Artillería, pidiéndole que avance sobre Barcelona con las fuerzas disponibles.

Telefónicamente no ha conseguido comunicar con Gerona ni con Figueras, cuyas guarniciones están alzadas. Recurre a Palma de Mallorca; en previsión esta mañana antes de partir ha dejado órdenes al respecto.

—¿Sigue funcionando el telégrafo de la división?

—Sí, mi general…

Saca la pluma y escribe sobre un papel: «Envíen barco fuerzas convenidas esta noche, especialmente artillería pesada, acusen recibo: General Goded».

A veces le acomete un movimiento de ira; procura dominársela, resulta inútil dejarse arrastrar por movimientos apasionados. El plan militar se ha hecho sobre bases equivocadas, y la organización política ha sido igualmente errónea. Influidos posiblemente por el recuerdo del fácil triunfo militar del 6 de octubre del 34, han dado como cierto que en sacando los cañones a la calle el enemigo iba a salir corriendo. Y no ha sido así. El valor personal, la abnegación y demás son valores estimables pero insuficientes para acreditar a un buen soldado.

—¿Qué noticias se reciben de la columna de guardias civiles?

—Mi general —responde un oficial de estado mayor— no contestan de la Universidad.

Un intenso y distante tiroteo, como si la batalla se hubiese recrudecido les distrae; el ruido es acallado por el tableteo de la ametralladora que el capitán Lizcano de la Rosa maneja en lo alto del edificio para mantener a raya a los asaltantes.

—¿Disponemos de algún avión o avioneta para mandar un enlace a Gerona?

—No, mi general…

Suena imperativo el timbre del teléfono. Coge el aparato el ayudante.

—Sí… diga…

…

—¿La Guardia Civil?

…

—Imposible, capitán, imposible enviarle refuerzos, no disponemos de ellos.

…

—Resista, capitán, y buena suerte.

—Mi general, la columna de la Guardia Civil se ha apoderado de la plaza Universidad y ataca los reductos de la de Cataluña. El capitán Oller intentará defenderse.

El general Goded alza la cabeza y se queda un momento perplejo, mientras la mano se aplica en estrujar un cigarrillo a medio consumir contra el cenicero. Aranguren y sus coroneles han pasado a la acción. La partida está perdida; pero él no puede abandonarla.

—Pedía… pedía refuerzos, mi general.

Los periodistas alemanes están a punto de agotar sus reservas de carretes fotográficos; por el momento y a pesar de varios intentos no han conseguido reponerlos. Hace un par de horas les han servido en el hotel un discreto refrigerio. Los huéspedes en su mayoría están asustados; muchos han cambiado de habitación. Se comenta que en el Hotel Colón, que ocupa a pocos metros el frente de la plaza, los huéspedes deben de pasarlo peor, pues los oficiales rebeldes lo

han convertido en fortín y disparan incluso desde las habitaciones, lo cual hace que el edificio sea batidísimo por los contrarios.

Después de tomarse un descanso han descendido de nuevo a la calle; rodeando por la ronda de San Pedro y plaza Urquinaona, con los brazos en alto y un pañuelo blanco en la mano, han regresado a la plaza por la calle Fontanella. Apenas saben expresarse en español, pero ya conocen a alguno de los oficiales de Asalto, a los cuales han saludado con el puño en alto para darles a entender que están identificados con la causa del pueblo.

Los dos periodistas están sobrecogidos y desconcertados. Por ambos lados de la plaza, masivamente, han desembocado centenares de guardias civiles. Nunca los habían visto más que en fotografías; resultan extravagantes con sus gorros charolados y sus correajes anchos y amarillos.

Se reproduce el tiroteo, los guardias civiles ocupan gran parte de la plaza; advierten confusión en ambos bandos, confusión que ellos no aciertan a interpretar. ¿En favor de qué bando combaten los guardias civiles? ¿O actúan como padres severos que se presentan a poner orden entre dos chiquillos que se pelean?

En un edificio que les han dicho que es el casino o club de los militares, desde dentro del cual disparan soldados y voluntarios, han entrado los guardias sin encontrar oposición. Empiezan a sacar a algunos muchachos, en mangas de camisa y desarmados. Con ellos a un oficial que protesta y les increpa. No comprenden bien. Después observan que les llevan detenidos y que los guardias de Asalto, los de la gorra de plato y uniforme azul marino, se hacen cargo de los prisioneros y les conducen por la calle de Fontanella entre las amenazas y hostilidad del paisanaje.

Desde el Hotel Colón, desde el edificio de la Maison Dorée, y desde otros puntos, rompen fuego contra la guardia civil, contra los de Asalto que surgen de las bocas del metro y de los portales. Los paisanos que se lanzan a la carrera se ven obligados a detenerse y parapetarse.

Aprestan las «leicas» con los últimos carretes y se refugian en un portal. La plaza aparece cubierta de cadáveres de soldados, guardias y paisanos, de caballos muertos, de material abandonado o inutilizado, de hojas y ramas que los disparos han arrancado de los árboles, de automóviles averiados, de cables caídos, de cascotes.

Desde una calle ancha en la cual destaca un edificio con cúpula de unos almacenes, dispara un cañón manejado por un paisano. Los impactos que no son eficaces hacen saltar piedras y atruenan el aire, Se hace fuego desde azoteas, desde ventanas, desde la propia plaza.

Los guardias civiles han desplegado en largas líneas; buscan protección en las sillas metálicas, acá y allá abandonadas, en los parterres y árboles, en las fuentes, bancos de piedra, balaustradas, apoyan una rodilla en tierra, y efectúan una descarga. El coronel marcha a la cabeza con el bastón en la mano, dirigiendo la operación. Los guardias civiles se levantan, con la mano se sacuden el polvo de la rodilla, adelantan unos metros, buscan nuevo amparo, se arrodillan, disparan, se sacuden y vuelven a avanzar. Paisanos y guardias de Asalto, les secundan; el cañón bate la fachada del hotel desde donde los sublevados replican.

—¡Esto sería para sacar un film! ¿Te imaginas qué secuencia formidable? ¡Míralos, míralos!

—¡Lástima no haber traído máquina tomavistas!

—Es como lo de *El acorazado Potemkin*, pero al contrario, porque los guardias están a favor del pueblo…

—¡Son tan fotogénicos!

Bajo el fuego del enemigo, terca, ordenadamente, la Guardia Civil avanza hacia el Hotel Colón apretándole el cerco.

Uno de los oficiales, a quien sacan los guardias de Asalto del casino militar, se vuelve hacia la Guardia Civil, y grita desaforadamente, aunque sus gritos sólo son oídos por los que le conducen y por los periodistas, que sin entender las palabras comprenden su significado injurioso:

—¡Canallas, traidores…!

Al oficial lo arrastran a empellones hasta una camioneta descubierta aparcada en la esquina de la calle Fontanella. En la camioneta, unos muchachos detenidos también, contemplan tristemente la escena.

Somosierra

El conde de Villajimena, José Garret, ha quedado con el rifle bajo el brazo montando guardia en la carretera.

Los demás buscan afanosamente a los cuatro compañeros que quedaron de guardia en la boca del túnel de Somosierra y que han desaparecido. Salvo uno de los fusiles que falta, los otros tres los han encontrado en el improvisado cuerpo de guardia que montaron en el túnel. Les han llamado a voces, les han buscado por los alrededores; cabe pensar que hayan sido sorprendidos y secuestrados. Amigos y patriotas como son, no puede admitirse la posibilidad ni remota de una deserción.

Salieron de Madrid el viernes. Forman una guerrilla de jóvenes monárquicos afiliados a Renovación Española, pertenecientes a familias próceres, que al mando de Luis Miralles de Aymerich, con riesgo y aventura, pretenden cortar el paso a las fuerzas que partiendo de la capital suponen van a tratar de dirigirse a Castilla la Vieja, por el puerto de Somosierra. Luis Miralles con otros compañeros se han trasladado en automóvil a Burgos en busca de refuerzos.

El conde de Villajimena, exoficial de la Legión, da la voz de alarma. Dos automóviles se aproximan con precauciones.

Los del grupo aprestan las armas y se disponen a cerrarles el camino, situándose a ambos lados de la carretera. José Garret se adelanta; le sigue a cierta distancia Manuel Miralles, hermano de Luis.

—¡Altooo!

El conde de Villajimena mantiene el dedo sobre el gatillo de su rifle encarado al automóvil. Un hombre, que va sentado junto al conductor, levanta la mano armada de una pistola y dispara sobre él. Simultáneamente suena una detonación de rifle, y a continuación se inicia un tiroteo rápido y enérgico. Manuel Miralles se repliega a protegerse tras una peña y dispara a su vez.

Los del segundo vehículo se han detenido antes de alcanzar la curva. Salen de su escondite los monárquicos. El conde de Villajimena yace en la carretera con un tiro en mitad de la frente; está muerto. En el automóvil, dos heridos alzan las manos entregándose. Se aproximan al vehículo; un coche grande de color oscuro. El conductor también está herido; el que va sentado a su lado y disparó le cuelga el brazo fuera del vehículo; la pistola le ha resbalado de la mano. A pesar de que ha recibido un balazo en plena cabeza aún alienta, aunque se le advierte moribundo. A los heridos, que no lo son de gravedad, les hacen prisioneros. Se retiran conduciéndolos hacia el túnel.

Los ocupantes del segundo coche se han diseminado por el monte y les hostilizan con pistolas y escopetas de caza. Interrogan a los heridos.

—Somos de Buitrago…

—¿Qué hicisteis ayer con nuestros compañeros?

—Les sorprendimos y los aprisionamos; fueron conducidos a Madrid bajo custodia…

—¡Ya os voy a dar yo la custodia, granujas!

—¡No les hicimos ningún daño!

En un anticuado «renault» se presenta el médico de Boceguillas; le identifican tras de haberle detenido encañonándole. Le conocen; durante la noche los que no estaban de guardia han dormido en Boceguillas, y como el médico es persona de derechas han comentado con él que se proponen conservar el dominio del paso de Somosierra hasta que las columnas navarras lo ocupen militarmente.

—Llega muy a punto, doctor…

—Oí disparos y supuse necesitarían de mis servicios.

—Nuestro compañero ya no le necesita…

Se aproximan al cadáver de Garret; el médico se arrodilla y lo examina. Levanta la cabeza, les mira y hace un gesto.

—Podríamos apartarlo de la carretera… Ha muerto instantáneamente.

Mientras lo retiran, reconoce al que disparó desde el automóvil. Jadea trabajosamente; la herida, examinada a simple vista, denota que cualquier intento de cura resultará inútil.

—No tiene remedio.

Atiende a los otros heridos que le miran hostilmente. Trasladan al moribundo a la entrada del túnel y lo colocan cerca del cadáver de Garret. Se han matado mutuamente; están en paz.

Desde el monte, siguen hostilizándoles; la guardia que han dejado hace frente a los del segundo vehículo, que acaban retirándose. Les disparan con intención de alejarles lo más posible.

Se reúnen en consejo; han recogido como botín las armas de los atacantes; disponen de su coche, del «renault» del médico, y del «ford» de Miralles.

—Esos tipos van en busca de refuerzos, y aquí no podemos aguantarles.

—Nuestra arma principal era la sorpresa; dar el primer golpe.

—Pues abandonemos esto, y vayamos hacia atrás, a Burgos si hace falta a buscar a mi hermano Luis que ya debe haber conseguido refuerzos suficientes. Entonces ocupamos de verdad Somosierra. Quedamos sólo siete. La guerrilla ha sufrido cinco bajas; demasiadas.

Vigo

De lo que ocurre en la pantalla no se está enterando de gran cosa; el antiguo novio regresa de la guerra y la situación se complica. Manuel no la deja tranquila, y esa mano bajo sus faldas, que continuamente tiene que vigilar para que no avance demasiado, la perturba y complace. Su amiga Rosa, sentada junto a ella en la butaca opuesta a Manuel, aunque parece interesada en la película, puede observarla; está convencida de que cuando ha permitido que Manuel la besara, Rosa ha tenido que darse cuenta. Su amiga Rosa no contará nada a nadie; si lo hiciera, ella podría hablar. Más vale que callen; la una por la otra.

El marido de Victoria Carballo Boudiño, esta mañana ha abandonado el mostrador de la taberna y se ha marchado a la reunión de la Casa del Pueblo; todo por culpa de don Apolinar Torres a quien tanto admira su marido y porque anoche le mandaron recado de Ramón González Brunet, que es el secretario. Por culpa de su marido, ella ha tenido que despachar en la taberna y le ha molestado mucho. No ha podido oír misa, ni tampoco pasar a cobrar los cartones de «lucky» que entregó ayer al camarero del Derby. A cobrar del camarero irá mañana.

En revancha ha decidido venir al cine, para lo cual se ha puesto de acuerdo con su amiga y vecina, Rosa, que está siempre disponible porque su novio navega.

Manuel, que ayer en la terraza del Derby tomaba el vermut con otros señoritos y que la vio pasar, ha debido de seguirla esta tarde, porque es mucha casualidad que hayan coincidido en el mismo cine. Con maliciosa habilidad ha maniobrado hasta sentarse a su lado, a pesar de que el cine está casi lleno. Victoria primero ha intentado hacerse la disimulada pero Manuel se ha puesto a hablarla en voz baja y a recordarle aquel día que la acompañó, y a gastarle bromas sobre las cosas que pasaron en el portal. Para que se mantuviera en calma, ha preferido dejarse coger una mano, pero Manuel a cada momento se muestra más audaz. Y a Victoria este chico le gusta. ¡Que vaya su marido marchándose a los mítines! ¡Verá lo que va a pasarle!

La chica de la película a quien amaba de verdad se ve que era a su novio; y menudo beso se están dando, y cuando el otro, el de los automóviles de carreras, espera que se case con él, ella, que es fiel al amor, no lo aceptará. En la taberna los hombres discuten de política; aseguran que se va a desencadenar la revolución. Su marido que no se meta, que el negocio de la taberna marcha viento en popa y a ellos les basta con lo que ganan y hasta han comprado una radio y una máquina de coser. El antiguo novio, aunque usa muletas, podrá curarse; cuando antes ha estado en el hospital, Victoria no ha podido enterarse de lo que el médico ha dicho; era el momento en que se besaba con Manuel, y ha perdido un poco la cabeza.

—Victoria —Manuel habla en voz muy baja—, deja a tu amiga y vente conmigo. En mi casa no hay nadie…

—¡Estás loco! ¿Yo, voy a ir a tu casa…?

—No hay nadie, te digo…

—No, ¡que no! Si quieres, mañana nos vemos un rato, pero en la calle. Como si nos encontráramos de casualidad.

—Mañana no puedo. Ahora tiene que ser.

—¿Por quién me tomas, tú? Ya te he dicho, mañana y en la calle…

—Mañana, andaremos a tiros; ya lo verás…

—¿También tú estás con ésas? Y deja la mano quieta, que no me has de convencer.

Su amiga Rosa ha debido notar algo. A la salida le contará que es un parroquiano de la taberna, que discutían de una cuenta pendiente o que comentaban la película. Los hombres hablan de armas y de mítines, y de que los militares se han revolucionado en África. ¿Conocerá Manuel a su marido? A ella se le hace que Manuel, tal como va vestido, y siendo señorito, más debe ser de los de Gil Robles o de los monárquicos.

Resulta que el novio le confiesa a la chica que no se curará nunca de la pierna, pero ella le jura que siempre le amará y que no se casará con el rico de las carreras de automóviles.

Barcelona

Está sofocado, un poco borracho, aunque no ha bebido más que una cerveza. Orgullosamente luce el mosquetón colgado al hombro; del grupo es el único que posee mosquetón; los demás llevan pistolas y sólo uno dispone de rifle.

Cinco compañeros estaban a la puerta del bar Costa Brava, junto al cine Marina; dos son del Vulcano, otro del puerto, el cuarto un cartagenero a quien no conoce. Han venido a recordarles la consigna que han hecho circular Ascaso y Durruti, y ahora se disponen a cumplirla.

Estaba cansado y tenía ganas de ver a su mujer después de tantas emociones. El pequeño dormía mientras le contaba a su mujer cómo se lanzaron contra los soldados en la avenida de Icaria y cómo le arrancó a uno el fusil; se ha fijado en que ella andaba un poco escotada y ha recordado que desde que nació el niño, y por culpa de la cuarentena, no habían estado juntos. A Francisco Gallardo, su mujer —«compañera» cuando la nombra delante de amigos, pero es su mujer legítima que se casaron por lo civil, no por la Iglesia como ella pretendía, porque él está contra la reacción y el oscurantismo— es de todas la que más le gusta, no le sucede como a muchos que a la primera ocasión cambian de compañera. Fingiendo que era por despedirse se ha puesto a besarla; sabía lo que vendría después, y ella también lo estaba deseando, se lo ha descubierto en los ojos. Su mujer estaba enterada de que él por la mañana había peleado como un valiente; se lo habían venido a contar las vecinas, y estaba orgullosa de su hombre. Con el gusto recibido, teniéndola al lado, y por culpa del cansancio, se ha quedado dormido lo menos una hora.

Cuando en la Barceloneta han derrotado a los militares se han trasladado a la Consejería de Gobernación. En el exterior del edificio había muchos guardias civiles formados; decían que se pondrían a favor del pueblo. Con un grupo de metalúrgicos ha ido por la calle de Escudillers, porque en el paseo de Colón están los fascistas, hasta la plaza del Teatro; llevaban como trofeo una ametralladora de las que han cogido a los militares. Buenaventura Durruti se ha quedado con ella, por si los de la plaza de Cataluña pretenden juntarse con los de Atarazanas. Han levantado barricadas a la entrada de muchas calles; los militantes creen que el pueblo triunfará de sus peores enemigos.

Con Durruti, se han juntado Francisco Ascaso, García Oliver, Ricardo Sanz y lo mejor de la militancia, y han acordado ir a combatir a los fascistas que resisten en el Paralelo frente al Moulin Rouge. Ascaso ha tirado por la calle Conde del Asalto y García Oliver mandando otro grupo por la de San Pablo. A ellos les han enviado al cuartel de San Andrés, que es donde están guardados los fusiles, las ametralladoras y los cartuchos de los militares; entonces es cuando ha decidido ver primero a su mujer.

Uno que trabaja en su taller y que vive en la calle Mediana de San Pedro, frente a la casa de Vivancos, le contó que a reunirse con los compañeros acudía un oficial de la aviación, muy izquierdista, que le conocía de cuando era soldado especialista en el aeródromo del Prat. Le contó que una tarde se lo encontró en la calle; hasta le saludó; y que otro día vio a Durruti y a Aurelio Fernández. No acabó de creérselo porque muchos explican mentiras para hacerse los enterados. Debía ser verdad que allá planeaban el asalto a la Maestranza en combinación con los aviones. Durruti les ha mandado que se mantengan alerta, que hostiguen el cuartel y que en cuanto les resulte posible se cuelen dentro; que las armas que allá se guardan han de ser para la Confederación.

El cuartel a estas horas debe seguir aún en manos de los fascistas. Después de lo que ha luchado desde el amanecer, tenía derecho a comer un bocado, echar una siesta y acostarse con su mujer.

Cortando el puente de la Marina encuentran una barricada. Cuando se aproximan a ella, un hombre patizambo, en camiseta, les encañona con una pistola.

—¿Quiénes sois vosotros?

—¿Quién eres tú? Nosotros venimos de luchar, somos los que hemos dado la cara. ¿Y tú?

—¡Del Comité del Clot! ¿Pasa algo?

De detrás de la barricada salen dos hombres más. Uno de ellos, que usa corbata y calza sandalias, increpa ásperamente al patizambo de la camiseta.

—Tú, cállate y déjales pasar, ¡pareces idiota!, ¿no ves que son compañeros?

—¿Tenemos cara de fascistas? —pregunta al pasar el cartagenero.

—Pertenecemos al Sindicato Metalúrgico.

—¡Caray! ¿De dónde has sacado ese mosquetón?

Gallardo se esponja, le satisface poseer un arma que codician los demás.

—Se lo arranqué a un soldado en la avenida de Icaria, luchando cuerpo a cuerpo. Vamos hacia San Andrés; Durruti y Ascaso nos han dicho que es donde hacemos falta.

En dirección al mar, se levanta a considerable altura una columna de humo oscuro.

—¿Qué es ese incendio?

El joven de la corbata, que lleva una pistola al cinto, contesta:

—La iglesia del Pueblo Nuevo. Los curas disparaban contra mujeres y niños. Vamos a hacer un escarmiento con esa gentuza.

Una mujer gruesa, con escopeta al hombro y vestida con un mono, y otra más joven y de mejor aspecto, se les aproximan.

—¿Están las armas en San Andrés?

—Eso ha dicho Durruti.

—Pues nos vamos con vosotros, compañeros; las mujeres libertarias reclamamos armas. ¡Cómo los hombres!

A la comisaría general de orden público han conducido detenidos a numerosos militares. Unos llevan desabrochado el cuello de la guerrera, otros están levemente heridos, los hay que a pesar de la fatiga y lo comprometido del trance se mantienen erguidos, orgullosos, contrastando con quienes parecen apesadumbrados.

Federico Escofet regresa del palacio de la Generalidad adonde ha ido a acompañar al presidente Companys. Al recibir la noticia de que las fuerzas de la Guardia Civil, apoyadas por las de Asalto han conquistado la plaza de Cataluña, apoderándose del hotel Colón y los demás edificios que ocupaban los rebeldes, le ha dicho a Luis Companys: «Presidente, la rebelión está vencida». «Gracias», le ha contestado el presidente mientras le abrazaba. Entonces han decidido que podía trasladarse a ocupar su puesto en el palacio de la Generalidad.

En la Vía Layetana, frente a la comisaría, se hallan reunidas numerosas personas: guardias, paisanos de los diversos partidos políticos y organizaciones obreras. Cañones que a lo largo del día le han sido arrebatados al ejército, se alinean junto a la puerta. Uno lo han traído a rastras un grupo de obreros, ebrios de entusiasmo, seguidos de mujeres, de chiquillos; le han recordado estampas de la revolución francesa. Bastantes focos quedan por reducir; noticias recibidas en el último momento anuncian que en el Paralelo las fuerzas de caballería de Montesa que aguantaban desde el amanecer han sido dispersadas o apresadas, y que como resultado de la persecución o como represalia, arden las Escuelas Pías de San Antonio con peligro para el vecindario de la populosa barriada.

Conoce personalmente a bastantes de los oficiales que han traído detenidos; la situación resulta embarazosa, pues ante ellos, parte de la rabia que le ha dominado durante estas horas de lucha, decae.

Un brigada se aproxima y le dice:

—Estos canallas me han engañado diciendo que salíamos a defender la República.

La mirada de desprecio que dirigen al brigada los oficiales prisioneros le hace vacilar, aunque Federico Escofet tampoco pensaba contestarle ni mostrarse amable con el brigada.

—Ya veremos…

Descubre al capitán Reinlein, del Séptimo Ligero de Artillería. Es alto y usa gafas; le consta que es un republicano convencido.

—¿Tú, también aquí?

—En el regimiento se ha sometido el caso a votación; ha habido unanimidad. He querido seguir la suerte de mis compañeros.

Observa la expresión dolorida y descubre manchas de sangre en la guerrera; recuerda que alguien le había informado de que Reinlein se batía en la calle de Claris, en donde ha resistido hasta el último momento. Como cualquiera de las noticias que no afectaban directamente a la lucha, la ha eliminado de la memoria sin prestarla atención.

—Estás herido… Haré que te conduzcan al hospital militar; han de curarte…

Desde su despacho telefonea a la división.

—Necesitamos una ambulancia para evacuar a un oficial herido…

Le contesta una voz fatigada, casi indiferente.

—Imposible, no podemos disponer de ninguna ambulancia.

—¡Cómo! Comprendo que no hayan podido sofocar la revuelta, pero que no puedan facilitamos una ambulancia para un oficial herido… Eso no es una división; ¡es una mierda! Que se ponga ahora mismo el general…

—¿Qué general?

—¿Cómo?

La voz que no se había inmutado al contestar, ahora se excita.

—Oiga, ¿quién habla ahí?

—La comisaría general de orden público…

En la división le cuelgan el teléfono. «¿Qué general?». Luego hay más de un general. ¡Goded! Sólo puede tratarse de Goded. Esta mañana, de la Consejería de Gobernación le han informado del amaraje de unos hidros, y que a los pasajeros les habían ido a recibir militares y una sección de zapadores. Si el general Goded se encuentra en Barcelona, las cosas cambian.

Agarra el teléfono y vuelve a llamar a la división.

—Necesito hablar con el jefe de estado mayor, coronel Moxó…

Tardan un momento en contestarle.

—Coronel Moxó, aquí el comisario general de orden público, diga al general Goded que se ponga al aparato.

—¿El general Goded?… No… no está aquí…

—Tengo entendido que está en Barcelona…

—En Barcelona, es posible… Pero aquí, no está ahora presente.

—Dígale que se rinda; si no lo hace doy orden de cañonear el edificio de la división.

Sin esperar contestación cuelga el aparato. La presencia del general Goded en Barcelona le obliga a recapacitar; quizá la lucha no esté tan terminada como pensaba. Goded es hombre de talento y de recursos. Puede disponer de reservas que aún no haya utilizado, y a ellos en cambio se les agotan. Los guardias de Asalto y Seguridad llevan demasiadas horas de combate, han sufrido numerosas bajas y las compañías se encuentran deshechas; la noche entera la han pasado en vela, y aun las noches anteriores. Los núcleos militares que resisten le obligan a fijar las fuerzas disponibles, y han entrado en combate la totalidad de las reservas. El paisanaje, aun reconociendo que ha jugado excelente papel durante la jornada, como fuerza combatiente es indisciplinado y no puede confiarse en su eficacia. Las comunicaciones empiezan a fallarle; tal vez el enemigo las conserve. Llama a Vicente Guarner y a Jesús Pérez Salas que también está presente en la Comisaría.

—¡Goded está aquí!

—¡Caray!

—Hemos de tomar prontas medidas…

—Sí, Goded es peligroso.

—¡Me marcho a Gobernación! Quiero cambiar impresiones con José María España y con el general Aranguren. Es necesario atacar inmediatamente a la división.

Barcelona: Los anarcosindicalistas se apresuraron a levantar barricadas, fuera para controlando los movimientos de fuerzas, conseguir el dominio de la ciudad.

Numerosos muertos y heridos fueron el balance de la batalla de Barcelona. La Cru
sin distinción de bandos.

El general Llano de la Encomienda (izquierda), jefe de la 4.ª División, que se negó a sumarse al alzamiento y fue hecho prisionero a la llegada del general Goded. Federico Escofet (derecha), capitán de caballería y comisario general de Orden Público de la Generalidad, fue uno de los hombres clave de las jornadas de julio en Barcelona.

El hotel Colón, donde se habían parapetado fuerzas del Regimiento de Badajoz, apoyadas por algunos falangistas, después de su rendición.

En la plaza de Cataluña se luchó el amanecer del 19 hasta bien entrada la tarde. A la derecha, el edificio de la Telefónica, del cual no pudieron apoderarse los militares de forma efectiva, a pesar de que llegaron a entrar en él.

La Guardia Civil, que en las primeras horas adoptó una actitud pasiva, intervino después del mediodía en favor del Gobierno, decidiendo el resultado de la luche. Otro aspecto de la misma plaza después de la batalla.

Barcelona: Columna confederal saliendo para Aragón a su paso por el Arco del Triunfo: Ricardo Sanz, García Oliver, Gregorio Jover, Miguel García Vivancos, el francés Souchy y otros militantes anarquistas.

Prisioneros llegando a la Comisaria de Orden Público.

Zaragoza

Los muchachos que cargan las cajas, sudan; se han quitado las guerreras y las han dejado junto a los camiones; unos requetés les ayudan.

—¡Ánimo, que son para los navarros…!

El jefe regional de la Comunión Tradicionalista de Aragón, diputado Jesús Comín Sangües, alto, recio, tocado con una boina encamada, dirige personalmente la carga de los camiones. La tarde avanza y desearía que esta noche los seis mil fusiles y la cartuchería correspondiente lleguen a Pamplona. Tiene que recorrer muchos kilómetros de carretera, atravesar las Bárdenas, zona de tradición revolucionaria, y la ribera navarra. Ignora qué dificultades y peligros pueden presentársele en el camino; aunque él y la pequeña escolta que va a acompañarle, están dispuestos a afrontarlas a tiros, si la ocasión lo exige. El jefe de los carlistas aragoneses se comprometió con el general Mola a transportar estos fusiles, que en Pamplona resultan necesarios para armar a los requetés. Mola cuenta con ellos. Esta mañana ha comunicado con el coronel Monasterio, pidiéndoselos, pero en Zaragoza, dadas las circunstancias, existe bastante desorden y se ha hecho imprescindible cumplir pequeños trámites administrativos. También ha tenido que ocuparse de la movilización de los jóvenes y acompañarles al cuartel de Castillejos; no solamente son necesarios para restablecer la tranquilidad en la plaza sino que de Zaragoza ha de salir una columna para atacar Madrid —parece que la mandará el comandante Palacios— y los efectivos del ejército son insuficientes.

—Acomodad bien las cajas, no vayan a ir bailando por el camino…

Los elementos izquierdistas y revolucionarios a pesar de las detenciones que desde el amanecer se vienen practicando, han declarado la huelga general; el paro en la ciudad es casi absoluto. Apenas funcionan los tranvías, ni circulan vehículos; hasta los guardias municipales vacan. El jefe de los municipales, que ayer se permitió repartir armas entre los revolucionarios, ha tenido que suicidarse. En los cuarteles se están presentando bastantes voluntarios civiles; además de los tradicionalistas, mozos de Falange, de la JAP y de Renovación. Gracias a Dios, en la Aljafería, en donde están cargándose los camiones, hay fusiles y munición bastantes para armar a toda la ciudad; y ametralladoras.

—Don Jesús —le dice un oficial—, han detenido al coronel Olivares, a los tenientes coroneles Díaz y Peinado, y a diversos jefes y oficiales desafectos…

—Sí, teniente; no es oro todo lo que reluce.

Jesús Comín recuerda la borrascosa sesión del Congreso, en febrero del año anterior, cuando un grupo de diputados presentaron una proposición al Parlamento pidiendo la incompatibilidad entre la condición de masón y la de militar. De las noticias, embarulladas y no siempre alentadoras, que se están recibiendo del resto de España deduce que no les faltaba razón al formular la denuncia. Mentalmente revisa los nombres de los generales que el diputado Cano López lanzó sobre el hemiciclo, y recuerda que el entonces presidente del Consejo y el ministro de la Guerra, amparándose con diversas excusas, no asistieron a la sesión. Villa-Abrille, Batet, Llano de la Encomienda, Miaja, Molero, Pozas, Martínez Monje, Castelló,

Núñez del Prado, Gómez Caminero, Riquelme… ¿Y Cabanellas? Bueno, Cabanellas ha sido la excepción… También Romerales y Gómez Morato, pero a ésos en África no les ha valido el triángulo.

—Don Jesús: ¿Cómo va a trasladarse usted a Pamplona?

—Dispongo de un buen coche; me lo va a prestar Jesús Lacruz, que pertenece a la Comunión…

—¡Ah, bien! Porque, vayan con cuidado, que en Capitanía no hay noticias de los pueblos del camino, aunque se supone que toda Navarra está dominada.

—Los fusiles llegarán a Pamplona.

—¡Que la Virgen del Pilar les proteja…!

Barcelona

Que la suerte les está siendo adversa no necesita que se lo manifiesten abiertamente. Al teniente de navío Lecuona, enviado por el general Goded a Mataró, ni siquiera le ha resultado posible abandonar el edificio; el coche blindado tiene las ruedas reventadas; por otra parte, no hay quien pueda ni asomar la cabeza por la puerta. Muchos de los que están dentro de la división empiezan a desmoralizarse.

El brigada de la sección de destinos, Santiago Álvarez Pastor, observa cuanto puede y no sin cierta inquietud. Ignora los informes que de la lucha en la ciudad pueda tener el general o los miembros del estado mayor, pero advierte que algo no marcha como debiera, y que cada vez les tienen más apretado el cerco. Le preocupa el haber creído descubrir tricornios de la Guardia Civil entre los que les atacan, lo cual confirmaría rumores que se han filtrado de que la Guardia Civil se ha enfrentado en la calle con el ejército. Está convencido de que les han aislado en el edificio de la división. Han vuelto a escucharse cañonazos hacia la plaza de Cataluña; hace rato que han cesado. El hecho de ponerse la aviación en contra ha desmoralizado mucho; a la división no han tirado, pero han dejado caer bombas cerca, en Atarazanas; hay visto a alguno de los aviones ametrallando. Díaz Sandino ha ganado la partida en el Prat; aquí dentro se rumorea que el general Goded ha intentado mandar los hidroplanos a destruir la base militar. No ha resultado posible, cualquiera sabe por qué.

Lo que debieran de haber hecho de entrada, era trincar al general Llano de la Encomienda sin guardarle tantas consideraciones. Hasta que el general Goded se ha presentado no se han atrevido a hacerlo. El general Burriel no es persona para dirigir un pronunciamiento. Los capitanes Lizcano y López Belda, ésos hubieran actuado conforme; pero ya se sabe, donde hay patrón no manda marinero. En su calidad de brigada, lo sabe muy bien. Muchos a estas horas andan mohínos y milagro será que a todos —a los otros y a él— no les vuele la cabeza al final de esta aventura.

Con cuidado de no ser descubierto se asoma a una de las ventanas. Desde otros huecos de la fachada, protegidos por montones de legajos con los cuales han formado parapetos, los soldados que después de tantas horas presentan síntomas de agotamiento, siguen disparando.

Los hay de la plantilla de destinos a sus órdenes, y los hay de la compañía de infantería que se ha presentado esta mañana con el capitán López Belda.

Observa inquieto lo que pasa fuera; parece como si los atacantes, guardias y paisanos, se agitasen; desde hace un rato ha disminuido la intensidad del fuego. A lo largo de la cerca del muelle que corre paralela a la fachada, y tras los vagones de mercancías estacionados, se observa movimiento. Algún golpe o astucia están tramando contra ellos.

Los muchachos apenas han comido. Él ha conseguido, en una especie de tregua, que de intendencia le enviaran a media mañana un suministro de pan y latas de sardinas, que le han llegado en un camión. Este camión ha tenido que cruzar la plaza de Antonio López ocupada por los atacantes. Entregado el suministro, el camión ha regresado, no sin que el cabo de intendencia le haya exigido un vale firmado por los ranchos en frío suministrados. Una cosa es la administración y otra los tiros. Los muchachos de intendencia le han contado que ellos estaban con el Gobierno; su jefe, se entiende. Para el almuerzo de los generales y altos jefes, ha convencido al sacristán de la iglesia de la Merced, que linda casi con Capitanía, que ayudado por el cura o por quien fuera, preparara una suculenta paella para doce. Nadie ha tenido ganas de comer; apenas la han probado. Aunque sin demasiado apetito, él ha comido algo; lo peor que le pueda pasar a un militar es perder las fuerzas o que se le debiliten.

Junto al bordillo de la acera del paseo central está el cadáver de un paisano, vestido con camisa blanca, pantalón oscuro y alpargatas. Cayó recostado contra el bordillo al empezar la lucha, y como a su lado había un «Winchester», hacia las ocho de la mañana y aprovechando un momento en que el fuego casi se ha paralizado, ha mandado al cabo López Benet que saliera en una escapada y recuperara el arma. El cabo, en una carrerilla, ha cogido el rifle y ha dado con el pie al hombre para cerciorarse de que estaba muerto; y lo estaba. Resulta desagradable tener constantemente ante los ojos un cadáver; con el sol que le calienta desde hace diez horas debe estar descomponiéndose: seguro que huele mal.

En el interior de la Capitanía les han hecho varios muertos y bastantes heridos. Una de las víctimas es una de las mujeres de la limpieza; la conocía. El capitán médico Montserrat, que se ha presentado de madrugada, es quien se cuida de atender y curar a los heridos.

Apoyado en la ventana contempla el cadáver del hombre de la camisa blanca y las alpargatas. Quizás era un separatista, quizás un anarquista. Ha creído oír un estampido distante; no la explosión de una bomba, más bien como un cañón que disparara… Saltan los cristales en añicos y el edificio se conmueve. Los soldados se sobresaltan; algunos se arrojan al suelo. Humo, polvo y cascotes. Se ha quedado paralizado, mirando por la ventana; moverse ya era inútil. El hombre de la camisa blanca y las alpargatas ha dado un bote inesperado. El proyectil ha explotado contra una de las columnas de la fachada principal; a escasos metros de donde el hombre se hallaba. Ha arrancado a correr a gran velocidad y ha desaparecido de su vista. Capaz ha sido de resistir diez horas fingiéndose muerto, temeroso de que los fusiles que desde las ventanas acechaban pudieran realmente matarle. Gritos de júbilo y manifestaciones de alegría corren, como la electricidad, a lo largo del muro enrejado del puerto. Coge un fusil, apunta y dispara. Los soldados, siguiendo su ejemplo vuelven a abrir fuego.

El capitán Lizcano sube apresuradamente a buscarle.

—Álvarez; volvamos a la ametralladora.

Escucha de nuevo el estampido lejano de salida del proyectil. Explota el cañonazo con rotura de cristales y más caída de cascotes. Otro cañonazo aún; demasiado seguidos para ser disparados por la misma pieza.

—Es desmoralizador, pero menos peligroso de lo que parece.

En la terraza superior, en el ángulo defendido por una de las torrecillas que coronan el edificio, han dejado emplazadas las ametralladoras. Observan con intención de descubrir de dónde pueden proceder los cañonazos; Lizcano apunta la ametralladora en dirección a la plaza de Antonio López y aprieta el gatillo. Consume un peine entero. Suena otro cañonazo; el proyectil da en el edificio de refilón.

—Mi capitán, tiran por elevación, desde allá. Es otra pieza o batería mucho más lejana. Debe estar hacia los baños de San Sebastián.

Observan en esa dilección; nada consiguen descubrir. Es posible que les disparen desde dos puntos distintos.

Grandes humaredas se alzan sobre las azoteas de la ciudad. Uno de las humaredas corresponde a la iglesia de Santa María del Mar, otra, algo más allá, podría ser San Pedro de las Puellas. En la plaza de Antonio López se advierte mucho movimiento; descubren emplazadas algunas piezas. El tiroteo se intensifica. El capitán Lizcano toma la puntería y aprieta el gatillo de la ametralladora.

Está en una sala larga, sórdida, encalada, que da a la calle por unas ventanas defendidas con rejas. A pesar de las rejas, no se trata de la cárcel; le han traído en camilla al Hospital Militar de la calle Tallers, un edificio antiguo y sombrío que él conocía de pasar por delante. Tiene el lado derecho de la cara inflamado; ya no le duele, está como anestesiado. A ratos desvaría como si la cabeza se le fuese, pero se siente tranquilo, relativamente tranquilo. En el hospital hay ajetreo; no caben los heridos y siguen llegando más. Se ven obligados a colocarlos en el suelo, entre las camas, sobre colchones. Hace poco tiempo —¿una hora, dos?— que se halla aquí y este horror le parece normal; incluso a su propia herida se ha acostumbrado. Junto a él jadea un hombre con la cara terrosa y el vientre destrozado, mal cubierto con vendajes ensangrentados. Por los pantalones azul marino, que no le han quitado y que lleva abiertos, se descubre que es un guardia de Asalto. Un enfermero le ha despojado de los leguis; los calcetines rojos agujereados en uno de los dedos dan a los pies apariencia grotesca. El herido ha retirado la sábana y otro guardia, que lleva el brazo en cabestrillo, se ha acercado y ha vuelto a taparle. Intenta hablar, pero no le contesta. Deduce que es de los guardias que han luchado contra ellos; pero acá nadie está enterado a favor de quién luchaba él. Le han tomado por soldado; «un corneta», ha sentenciado uno de los guardias civiles que le han detenido, y él se ha limitado a afirmar. Cuando le han preguntado su nombre, apenas podía pronunciarlo, pues en la boca inflamada la lengua no le obedece. En lugar de Echevarría han anotado Esteve, y al preguntarle si se llamaba así ha afirmado con la cabeza. Lo mejor es que no le identifiquen, porque si se averigua que es falangista pueden fusilarle. Oye las peores amenazas contra

militares y falangistas y con él nadie se mete por ahora. Los militares van perdiendo; aquí dan por descontado el triunfo de la Generalidad. De momento, lo importante es salvar la vida; después, quién sabe lo que puede ocurrir. Según le han dado a entender, mientras le hacían precipitadamente la primera cura, parece que la herida no es demasiado grave; él mismo nota que no lo es.

Cuando le han herido en el casino militar ha conseguido llegar hasta la sala de esgrima, y allá, en la ducha, no se explica por qué, se ha desnudado. Ha caído desmayado; después ha tenido la impresión muy vaga de que se estaba desangrando. Los compañeros le han recogido y un médico militar le ha practicado allí mismo una cura dolorosa, que transcurrido un rato le ha aliviado. Le han cubierto con el albornoz de alguno de los socios y le han dejado extendido en un diván. Cerca disparaban con un fusil ametrallador y el ruido le machacaba en la cabeza. Más adelante han anunciado que venía la Guardia Civil y se han puesto muy contentos; él mismo, haciendo un esfuerzo, se ha levantado a verlos. Han entrado en el casino y les han cogido a todos prisioneros. En camilla le trasladaron al hospital militar. Mientras se alejaban, otra vez arreciaba el tiroteo en la plaza de Cataluña.

En la misma sala, al extremo opuesto, está otro falangista, Allegret, uno de los primeros a quienes han alcanzado los disparos en la plaza de la Universidad. Varios paisanos les han tiroteado desde detrás del monumento al doctor Robert y ellos les han replicado; procedían del local del Partido Federal Ibérico. Allegret se ha llevado las manos a la cara y ha empezado a gritar; le habían pegado un tiro en un ojo. La primera herida les ha asustado a todos. Cerca de Allegret están García Ramal y otros falangistas heridos, cuyo nombre no recuerda. Les ha saludado con disimulo; les conviene disimular y tratar de pasar inadvertidos.

Las monjas que prestan servicio en el hospital parecen asustadas; una de ellas se aproxima a la cama del guardia gravemente herido. Le observa, le toma el pulso y sale apresuradamente. El guardia tiene la cara terrosa: no parece el rostro de un hombre, más bien de un muñeco; la expresión de dolor va desdibujándose. Tampoco jadea. Vuelve a entrar la monja; le sigue el teniente coronel médico, el mismo que ha dicho que no es grave su herida. El doctor Aznar se cubre con una bata blanca manchada de sangre. Por detrás se asoma el compañero del guardia que se acercó antes a taparle. El doctor se inclina sobre el guardia; le hace un gesto a la monja. La monja levanta la sábana con la mano izquierda mientras con la derecha traza con disimulo una cruz sobre la frente. El guardia del brazo en cabestrillo se ha quedado plantado ante la cama. La monja cubre el rostro de aspecto terroso con la sábana.

—Se llama Segismundo Tardienta, es cabo del escuadrón…

El doctor Aznar se vuelve hacia el guardia del brazo en cabestrillo, que acaba de hablarle.

—Si usted conoce a la familia, puede avisarla para que venga a hacerse cargo… Puede usted salir, buscar un teléfono… En fin…

Mientras se retira apresuradamente hacia la puerta de la sala, le dice en voz alta a la monja que se ha quedado a los pies del lecho.

—Mande que vengan a llevárselo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

La monja junta las manos y se aleja con la cabeza baja; cuando pasa cerca de su cama, las faldas mueven un aire agradable que alivia lo insoportable del calor. En la sala, los demás guardan silencio.

Lo importante es salvar el pellejo, y si hasta ahora la suerte le ha acompañado, la suerte puede continuar favoreciéndole. Va calmándosele el miedo; ha habido momentos en que ha estado aterrorizado. No creía escapar con vida. Afortunadamente, ha conseguido despojarse de la guerrera sin que nadie le viera. La guerrera militar ha quedado abandonada en un portal; buen provecho le haga a quien la encuentre.

Cuando huyendo por las calles del Ensanche veía tanta gente armada, tantos coches con los cañones de los fusiles asomándose por las ventanillas, tipos revolucionarios con cascos de los soldados, colchones colocados sobre la capota de los automóviles, banderas, puños en alto y amenazas, le ha entrado pánico. No había para menos, porque José Put, veterano luchador del sindicato libre, de la peña Nos y Ego, del España Club, es demasiado conocido de los sindicalistas, de los separatistas, de cuantos en este momento son amos y señores de la ciudad; y para despachar a un enemigo no necesitan más trámite que disparar contra él.

Lo que lo conviene es acabar de serenarse, esquivar los peligros, mantenerse alerta y procurar pasar inadvertido. A sus treinta años no se infunden tantas sospechas; hoy persiguen y acechan principalmente a los militares, y él no tiene lo que se dice aire marcial, a pesar de que pegue tiros como cualquier profesional. ¿Adónde se dirige? No lo sabe; a su casa no puede ni pensar en acercarse: los vecinos le conocen, está fichado por la policía y, ahora lo recuerda, guarda ocultas unas pistolas; en casa de su novia tampoco se atreve a presentarse: no estaría seguro y la comprometería. Es difícil que por la calle le reconozcan: los viandantes caminan distraídos, asustados, de prisa; y los revolucionarios han requisado los automóviles particulares y corren a demasiada velocidad para fijarse en nadie. Mala suerte sería que algún enemigo le descubriera. Desde luego que la CNT se la tiene jurada; apenas le permiten trabajar en su oficio de cocinero: le boicotean.

Disparaba con un fusil ametrallador desde una de las ventanas de la planta baja de la Universidad; disparaba contra los paisanos que se asomaban por la desembocadura de la calle Pelayo y de la ronda de San Antonio; se le ha encasquillado. En el interior del edificio, los heridos eran numerosos y, después de tantas horas de excitación y lucha, militares y paisanos comenzaban a desanimarse.

Se ha presentado un oficial, a quien él no conocía, diciendo que los voluntarios podían retirarse. «Esto se ha acabado», ha añadido. Comprendiendo que iban a hacerle prisionero, con todas sus consecuencias, ha escapado al jardín; por la parte posterior ha saltado la verja. Unos requetés han hecho lo mismo que él. Al hallarse en la calle ha echado a correr y, en una portería que ha encontrado abierta, se ha quitado la guerrera.

De madrugada han salido del cuartel de Pedralbes muy campechanos, como si se tratara de un paseo militar. En las primeras escaramuzas, la suerte se les ha presentado favorable. Han detenido a diversos paisanos y los han desarmado. Una patrulla ha detenido a Ángel Pestaña y

a los que le acompañaban. El comandante le ha entregado un parte para un oficial de los que en la plaza de Cataluña defendían el hotel Colón; por el camino le han tiroteado; ha regresado sin una rozadura. El aspecto de la plaza de Cataluña no le ha complacido. Por asomarse a curiosear a un balcón del hotel por poco le afeitan; ha sentido la bala rozarle la cabellera.

Como al saltar la verja ha tomado instintivamente hacia la derecha, continúa caminando en la misma dirección. Si alguien le detuviera, que ya procurará que no ocurra, pretextará que se encamina a visitar a su madre al hospital de San Pablo. Hoy no perderán el tiempo en hacer comprobaciones rigurosas.

En la calle de Marina, cerca de la de Mallorca, ha cruzado de acera porque ha descubierto hombres armados, coches y animación en el Ateneo Libertario de Poblet. Frente a la Sagrada Familia también hay reunidos coches, faieros y mujeres.

Sigue andando; el cansancio se deja sentir, pero el ánimo se va serenando. Arden iglesias de barrio y conventos y en algunos lugares suenan tiros. Coches con letreros revolucionarios y banderas recorren las calles claxoneando. En numerosas calles transversales levantan barricadas que las cortan y detienen a los que circulan en coche y les exigen la documentación.

Durante los días pasados ha mantenido contactos de enlace con diversos militares y civiles. En la pensión Savoy celebraron una reunión. En general, los militares suponían que los paisanos no debían intervenir, que ellos solos se bastaban. Aceptaron la colaboración de los civiles a última hora y por condescendencia.

Estas calles están menos concurridas; se acerca a la barriada de Horta. Algunos bares han abierto. De buena gana entraría a tomarse un café con leche; pero no se atreve. A la puerta, alrededor de un velador colocado en la acera, unos vecinos juegan al dominó. La radio a todo volumen sigue chillando y tocando himnos catalanistas y revolucionarios.

Pasa junto a una casa en construcción; no ve a nadie por los alrededores; se detiene junto a la puerta y enciende el último cigarrillo que le queda. El guarda debe haber abandonado su puesto para presentarse en su sindicato; será de la CNT o comunista quizá. En un rincón han amontonado unos sacos. Entra en la obra, vigilando que nadie le descubra. Coge unos cuantos sacos. Mañana lunes tampoco acudirán los albañiles al trabajo. Sube por la escalera a medio construir; después se encarama por una escala de madera. Busca un lugar apartado y escondido. Echa los sacos en un rincón y se tumba sobre ellos. Está extenuado. La fatiga es tanta que ha superado el miedo. Dormir es lo importante, descansar y olvidar.

Pueblo cacereño

El día ha sido en extremo caluroso, pero a medida que el sol va cayendo hacia el horizonte remite el calor. Sentado en un sillón de mimbre, abierta la ventana por el lado que da a la carretera, ve proyectarse la sombra de la casa, muy alargada, sobre el reseco jardín.

Abre el ejemplar de *El Socialista*, que le ha llegado de Madrid. A pesar de que es domingo, el cartero le ha traído a casa el periódico, porque el cartero está afiliado a la Casa del Pueblo y, además, le salvó a una hija que padecía difteria.

Lee los grandes titulares: «Parte del ejército, faltando a su juramento, se ha levantado en armas contra el Estado». Y a continuación: «Pero los rebeldes están localizados, y el pueblo en armas colabora con las tropas leales en defensa de la República. Los mandos militares facciosos han sido destituidos; los soldados de las plazas sublevadas, licenciados, y las unidades de rebeldes, disueltas».

Este movimiento va a quedar reducido a otra sanjurjada; los militares son de mucho ruido y pocas nueces. Podría ser algo más grave que cuando Sanjurjo; tampoco llegará la sangre al río. Los socialistas se han colocado decidida y enérgicamente al lado del Gobierno y nada grave va a suceder. Desde ayer, en los momentos que le han quedado libres, procura escuchar las noticias de Unión Radio Madrid. Nerviosismo hay, se advierte, y malestar en las guarniciones, pero la «acción fervorosa y decidida del proletariado aplastará de una vez para siempre el fantasma del fascismo», como bien dice *El Socialista*.

El doctor —le llaman doctor, es sólo licenciado— don José García se encuentra en casa esperando la visita de don Gumersindo, propietario, prestamista y agente electorero, que en su última visita a Madrid ha contraído una blenorragia. Como médico de su fracción política y amigo, se ve obligado a curarle en el mayor secreto, dando capa partidista a sus cotidianas visitas. Ni siquiera a su mujer se ha atrevido a confesárselo, porque, como ella es muy religiosa, le acusaría de alcahuete o algo parecido. Su mujer le detesta porque, cuando en tiempo de la Monarquía don Gumersindo trabajaba para los liberales, se apropió de las fincas y de parte de los ganados de un hermano suyo, dejándole en la ruina. Es cierto que su cuñado, ya difunto, era jugador de temperamento y se pasaba las noches naipe en mano en el casino. Don Gumersindo le prestaba dinero y le exigía firmas y firmas que un día presentó al cobro.

Continúa leyendo los titulares; está cansado, va envejeciendo y las vida en este pueblo cacereño resulta triste y aburrida; embrutecedora. Cayó aquí como podía haber ido a parar a otro lugar; quedaba una plaza vacante. Se casó con una muchacha acomodada, les nacieron hijos. Ya no saldrá de aquí: este pueblo será su sepultura, y a fe que ni como sepultura le complace.

«Los aviadores leales al Gobierno bombardean a los sediciosos de Ceuta y Melilla». La cosa va en serio; abortará la sublevación en Marruecos, pues la Escuadra permanece leal. «Destitución de los generales Franco y Lara», «Nombramiento de los generales Núñez del Prado y Mena». Poco a poco sustituyen a los generales rebeldes por otro leales. «El general Virgilio Cabanellas es destituido del mando de la Primera División…», «En Pamplona, un fascista asesina al comandante de la Guardia Civil», «En Las Palmas, las fuerzas de Asalto y la Guardia Civil se baten contra las tropas insurrectas». Por eso han debido destituir a Franco: habrá intentado sublevarse en Canarias… Cuanto está ocurriendo le desazona y le produce fuerte malestar; la política, en general, le asquea. Detesta a las derechas porque son el camuflaje de los poderosos, que emplean la política para dominar y oprimir al pueblo y mantenerlo en la ignorancia y la miseria; detesta a los militares por su orgullo, su incultura y porque con su fuerza y despotismo apoyan a los grupos más reaccionarios; detesta al clero por su codicia, por su influencia desmedida, conseguida arteramente, porque predica en favor de que los acaudalados se mantengan en el egoísta disfrute de sus bienes y frenan el avance de la

humanidad; también detesta a las izquierdas por su incapacidad, por su fantochería, porque piensan en apoderarse de lo que las derechas detentan, por su ridiculez, y también, y eso no se lo confesará a nadie, aborrece a los socialistas, por envidiosos, porque buscan su medro personal, y porque en este pueblo se apoyan en don Gumersindo, y porque él tiene que soportar sus tabarras, sus quimeras, sus mezquindades. Está cansado; hoy ha hecho demasiado calor, y su hijo ha vuelto a escribirle desde Madrid pidiéndole dinero.

Una noticia le llama la atención: aparece en la segunda página, bastante resaltada por titulares y tipo de letra: «El general Queipo de Llano hace traición» — «La caballería entra en Sevilla al grito de ¡Viva la República!». Lee por curiosidad: anoche oyó por radio Sevilla a Queipo, y esta tarde ha vuelto a escucharle. Un fantoche que era republicano. Pronto su efímero virreinato se le acabará; otro Sanjurjo. Y es que los sevillanos son así de fanfarrones y amigos de cuarteladas y se embarcan con cualquier aventurero; el primero que se les presenta. «A las siete y veinte se ha radiado desde Gobernación la siguiente nota oficial (¿habrán cerrado tan tarde la edición, o será una noticia trasnochada, de ayer?): Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno de la República. Algunos núcleos en donde se iniciaba cierta inquietud han reaccionado rápidamente y se ponen decididamente al lado del Gobierno, que confía en que la subversión quede localizada en sus pequeños focos actuales. En Sevilla, donde se declaró de manera facciosa el estado de guerra por el general Queipo de Llano, se produjeron actos de rebeldía por parte de elementos militares, que fueron repelidos por las fuerzas al servicio del Gobierno. En estos momentos ha entrado ya en la ciudad, como refuerzo, un regimiento de caballería al grito de ¡Viva la República! El resto de España continúa fiel al Gobierno, que domina en absoluto la situación. Desde Huelva y la cuenca minera de Ríotinto marchan hacia Sevilla camiones con trabajadores para combatir junto a las fuerzas leales. El espíritu de los guardias de Asalto y civiles de Sevilla es magnífico. Se baten contra los sediciosos bizarramente y secundados…».

Una polvareda que avanza en dirección a la casa y el ruido de un motor le distraen de la lectura. El automóvil, un «ford» verde oscuro, describe una corta curva frente a su casa y frena de golpe. No conoce al propietario de este coche de la matrícula de Cáceres. Desciende un hombre despeinado y en mangas de camisa. ¡Su hermano Roque! Alguna desgracia puede haberle sucedido. Roque se acerca al ventanal y le grita desde el jardincillo:

—Estamos perdidos, Pepe. ¡Se han apoderado de la capital!…

—¿Qué dices? Anda, pasa…

Roque observa a derecha e izquierda; demuestra estar atemorizado. Con trabajo, pues no es demasiado joven, penetra en la sala saltando por la ventana; se sienta frente a él en una mecedora, respira con dificultad.

—¡El desastre! ¿No sabes? Vengo escapado… Hemos de hacer algo, movilizar a los compañeros… En el último momento he conseguido sacar ocho pistolas de la Casa del Pueblo y tres escopetas más… ¡Ya está allí la fuerza! Tenemos que levantar los pueblos de la provincia y organizar una columna…, o interceptar con barricadas las carreteras. Nos han traicionado, Pepe; nos han traicionado en Cáceres; puedo proclamarlo en voz alta, que me oigan…

Está agitado, crispa las manos cogiéndose a los brazos de la mecedora; las venas se le hinchan, tiene la boca seca.

—Reposa, cálmate; no comprendo bien…

—Nos han traicionado y don Miguel Canales, el gobernador, se ha dejado atrapar como un conejo. Está perdida la ciudad, nos han desbaratado. El que ha podido ha escapado. Yo he cogido este coche, que estaba frente a la iglesia de San Francisco; un compañero llevaba las pistolas en un saco y las escopetas desmontadas. Ha preferido quedarse: es un ferroviario, padre de seis hijos; cree que no ha de ocurrirle nada malo.

El doctor José García se levanta, coge un vaso y lo llena de agua de una alcarraza. Se acerca a su hermano, se lo ofrece. Roque bebe el agua de un trago.

—Le decíamos a don Miguel que nos entregara las armas, y él que no y que no, que la Guardia Civil y la de Asalto permanecerían bajo su obediencia… Ya sabes cómo es don Miguel: un iluso, un conservador. Insistía en que don Manuel Álvarez, el coronel, le había prometido que no pensaba sublevarse… Han salido a la calle hacia las once y media. Desfile con música y tambores y lectura del bando en la plaza; y han instalado una ametralladora. Y todos, todos con ellos: los de Asalto, los civiles… Teléfonos, el Ayuntamiento, Correos… Los presos fascistas, fuera de la cárcel… Y vendrán, vendrán para acá; debemos cerrarles el paso… Ya estaban deteniendo a los más significados… Romero Solano ha escapado al monte.

Puesto en pie se pasea por la habitación, agitando los brazos, golpeándose el pecho.

—¡Vamos a la Casa del Pueblo! Que se armen los compañeros. Hay que cercar el cuartel de la Guardia Civil, detener a todos los carcas, degollarles si es preciso, cortar la carretera…

—¡Cálmate, Roque, cálmate! Pensemos despacio. Acá no pasa nada: todo sigue como siempre. Acabo de recibir *El Socialista* y la sublevación ha abortado; si los del Regimiento de Argel se han vuelto locos en Cáceres, lo pagarán, no temas. Como nadie te ha visto llegar, que a estas horas están en el casino, vamos a trasladar el auto a la finca de mi mujer y esconderlo allá.

—Los de derechas se están armando y han salido ya en camiones…

—Cáceres está muy lejos y el Gobierno tiene la sartén por el mango. A Queipo no tardarán en derrotarle. En Barcelona se ha sublevado un regimiento y lo han batido. Vienes impresionado. No armemos lío en este pueblo; yo no deseo meterme en nada. Votar, bueno, pero nada más. ¿Tú sabes lo que me ocurrió con el sargento de la Guardia Civil, verdad? Pues no quiero que cumpla su promesa. Cuando redacté el certificado de los huelguistas aquellos que habían apaleado me cogió a solas: «A usted, don José, un día u otro le seguiré las costillas». ¿Y qué pasó, di, cuando fui a Madrid? ¿Qué me dijeron? Me preguntaron que si disponía de testigos; como si el sargento fuera tonto… Como ahora me coja, me he caído con todo el equipo.

Se va otra vez hacia la alcarraza, que está sobre la mesa cubierta con un tapete bordado. Llena el vaso de agua y de la alacena saca un bote de bicarbonato, se sirve con una cucharilla, lo disuelve en el agua y se lo bebe.

—¡Está bien! Haz lo que quieras. Yo me marcho a la Casa del Pueblo.

—Escúchame, Roque. Ya que has escapado con bien de la capital, ¿por qué no haces una cosa? Coge el coche, carga de gasolina en el poste, allá está Luciano que no dirá ni pío, y sigue viaje a Madrid. Esperas que las cosas se arreglen, que no tardarán… Toma por el camino de las eras y rodea… Yo espero a don Gumersindo: tengo que hacerle una cura… Una úlcera en el trasero… ¿Quieres esperarle y le preguntamos lo que más convenga?

—Don Gumersindo es un sinvergüenza, ya lo sabes… Y, además, ¿cuánto tardará?

—Depende; si pierde en el juego, viene en seguida; pero como vaya ganando, se olvida de que estoy aquí esperándole.

Barcelona

La escena, de la cual él es desdichado protagonista, le parece al general Goded que sucediera lejos, como si no participara en ella, como si ocurriera fuera de la realidad inmediata. El cansancio y la tribulación de las últimas horas, la angustia que ha culminado cuando las turbas han irrumpido en el edificio de la división, arrollándolo todo, confundiéndose paisanos con guardias de Asalto en mangas de camisa y guardias civiles que habían perdido compostura y disciplina, le han dejado una sensación de fatiga, un deseo de inhibición, que le obliga a esforzarse para no aparecer desconcertado delante de cuantos le observan y para desentrañar las intenciones del presidente Companys, que pudiera tenderle alguna mala añagaza. Él es militar, no político; y ha sido derrotado. Mejor hubiera sido morir en el combate; morir es relativamente fácil. Le espera un calvario que probablemente también acabará con la muerte. Ha sido humillado, que es lo peor; un general y de uniforme ha sido insultado, befado. Si no se lo impiden, se pega un tiro y acababa con todo; porque van a ocurrir hechos peores y más humillantes. El presidente Companys, que es un político y que en estos momentos se siente feliz, trata de convencerle de que hable por radio para que las fuerzas que aún resisten depongan las armas. En Barcelona están vencidos; aguantarán una hora o una noche, pero resulta inútil la resistencia. ¿Qué sucederá si vienen tropas de Mallorca con la batería del 15? Seguramente, que los revoltosos se apoderarán de ella. ¡La Guardia Civil! Y algunos, con aquella prisa por rendirse como si confiaran en salvarse. ¿Dónde estará su hijo? Pérez Farrás se ha hecho cargo de él, probablemente por orden del propio Companys que se reservaba la baza política. Hablará; están perdidos. Cualquier intento de resistencia se halla condenado al fracaso.

—Catalanes, españoles, el general Goded, jefe de la insurrección en Barcelona, les va a dirigir la palabra, atención, atención. Oigan al general Goded.

Que la voz no se altere; lo importante es medir las palabras. Van a grabarlas en ese disco. Al acercarse al micrófono le obsesiona una idea: medir, una a una, las palabras.

—La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo.

Abate la cabeza; nota un dolor profundo, una desilusión que le recorre las venas y le aniquila; y, al mismo tiempo, una sensación de alivio, como si se vaciara de ese mismo dolor. ¿Por qué un hombre, un militar, un general, no puede llorar? Le miran otra vez, le hacen señas;

esperan que añada algo más. ¡No! Ha terminado. ¿No ha dicho bastante? ¡Basta! Ha terminado; no tiene nada que añadir.

Companys se aproxima al micrófono; él se retira. Companys empieza a hablar en catalán. Ha ganado; es el vencedor. La voz del presidente es ronca, emocionada, habla pausadamente:

—*Catalans! Només unes paraules, perquè aquests són moments de fets i no de mots. Acabeu d'escoltar el general Goded, que dirigía la insurrecció i que demana que s'eviti el vessament de sang. La rebellió ha estat sufocada…*

La tarde va cayendo; una luz espesa entra por los ventanales que dan a la plaza de San Jaime; en el mástil ondea la bandera catalana. Le aniquila la fatiga: querría dormir, si dormir fuese posible. Dormir para siempre. Tiene que mantener la compostura, permanecer digno ante el presidente, ante sus vencedores. Aunque derrotado, es un general del ejército español. Las palabras en catalán que pronuncia Companys a su lado, junto al micrófono, suenan lejanas, inútiles.

—*… La insurrecció ha estat dominada. Cal que tots continueu a les ordres del Govern de la Generalitat i us atengueu a les seves consignes. No vull acabar sense fer un fervorós elogi de les forces que amb coratge i heroisme han lluitat per la legalitat republicana, ajudant l'autoritat civil. Visca Catalunya! Visca la República!*

Madrid

—Escúchelo usted mismo, señor presidente; han debido de grabarlo en disco.

—Pero no creo que sea la auténtica voz del general Goded; será una martingala para desmoralizar a los sublevados.

El presidente de la República acaba de oír por la radio las palabras pronunciadas por el general Goded en Barcelona y la corta alocución del presidente Companys. Cuando se lo han venido a anunciar ha corrido hasta el receptor de radio que conecta la radio barcelonesa.

—Póngame en comunicación con el presidente de la Generalidad. De ser cierta, es una gran noticia, la más sensacional… Barcelona, ¡ahí es nada!

Le alarga el aparato:

—Señor presidente: la Generalidad…

—Oiga, Companys, ¿qué es eso? ¿Es cierto lo que oigo por radio… o es que ustedes…?

…

—¡Es magnífico! Le felicito, amigo Companys; un éxito personal para usted… Seguíamos las noticias de la radio de ahí con cierta preocupación…

…

—¿La Guardia Civil? Claro…, claro. Y el pueblo, también, desde luego. El magnífico y valiente pueblo catalán.

…

—Le felicito, amigo Companys, y me felicito a mí…

…

—… y ¡Viva Cataluña! también.

Cuelga el aparato y se queda un instante en silencio; parpadea tras sus gafas.

—Es cierto, señores: el propio Goded, a quien han hecho prisionero, es quien ha hablado por el micrófono. La sublevación ha sido vencida tras encarnizada lucha en las calles. Quedan tres reductos secundarios, en donde los militares se baten a la defensiva. Los cuarteles se rinden a las fuerzas que han permanecido leales. Y la Guardia Civil, señores, ha luchado contra las tropas rebeldes. Ha habido…, ha habido muchos muertos por ambas partes.

Azaña reflexiona un momento, agacha la cabeza y se remueve en el sillón.

—Pero todo esto ha ocurrido allá, en Barcelona, lejos. En Madrid pueden ocurrir las cosas de muy otra manera, como en Sevilla, en Pamplona, en Valladolid, en Segovia, en Canarias, en Mallorca, en Marruecos…

Llevan horas forcejeando, tratando de entrar en la Maestranza y Parque de Artillería del Pacífico. De los sindicatos les han mandado aquí, porque desde primeras horas de la tarde corre el rumor de que van a repartir fusiles a los afiliados. Hay mujeres, hay niños; discuten acaloradamente. Una compañía de soldados de infantería les impide la entrada. También hay guardias civiles y de Asalto; éstos, que son los más simpáticos, les recomiendan paciencia. Algunos exaltados proponen asaltar el Parque, arrollando a la tropa. Entre el bullicio se advierten idas y venidas de militares que cabildean y discuten entre ellos.

El jefe del Parque, el teniente coronel don Rodrigo Gil, es de ideas izquierdistas. Corre la voz de que está dispuesto a armar al pueblo, pero que no viene la orden del Ministerio de la Guerra, y es que el Gobierno no sabe por dónde anda, de desconcertado que está.

—El teniente Orad, que es de los nuestros, ha mandado que nos retiremos un poco hacia afuera; promete que nos van a repartir quinientos fusiles a los de la UGT.

—Ganas de hablar; vendrán militares a hacerse cargo de los fusiles para los batallones que forman.

—¿Qué forman, dónde?

—¡Anda! ¿No lo sabes? En la Castellana. Y en la Puerta del Ángel; Mangada organiza otro batallón…

—¡Ése sí que es un militar!…

—Acá van a distribuir fusiles; bastará con enseñar el carnet.

Anoche, mientras cenaba, oyó las alocuciones que distintas personalidades políticas y obreras pronunciaban por los micrófonos de Unión Radio. En cuanto terminó de cenar se presentó en la Casa del Pueblo; encontró a varios compañeros, pero había demasiado desorden. Distribuyeron unas pocas armas; a él no le alcanzaron. En una de las dependencias, un teniente enseñaba, a quien quería aprenderlo, el manejo del fusil. Lo conoce de cuando hizo el servicio militar, hace cuatro años; no necesita que nadie se lo enseñe.

Unos camiones que se presentan con gran estruendo son ovacionados por el público. En los camiones llegan unos militares de uniforme y guardias de Asalto; les abren paso, avanzan entre la muchedumbre. Un obrero grita:

—¡Viva el coronel Mangada!

—¡Vivaaaaa! —corean cien voces.

—¡Viva la República!

—¡Viva la Revolución social!

—¡Mueran los fascistas!

—¡Abajo los traidores!

Las verjas del edificio se abren; los soldados ceden. La muchedumbre entra tumultuosamente en el patio. Los guardias tratan de canalizarla. Los camiones avanzan penosamente entre el gentío en movimiento. Los militares sudan embutidos en sus guerreras. Mangada, seco, tostado por el sol, despeinados sus escasos cabellos, con gafas y nervioso, se ha desabrochado la guerrera y ha sacado el cuello de la camisa por fuera en forma antirreglamentaria y deportiva.

Renuncia a entrar; si han de entregar fusiles, ya se los darán. No le gustan los motines; si el proletariado empuña las armas, debe hacerlo de manera seria, consciente; no en plena algarada bullanguera. Tampoco le tienta alistarse en uno de esos «batallones del pueblo». Nada de batallones; él es antimilitarista desde que hace cinco años sirvió en un cuartel de Jaén. Pegará tiros si hace falta y se jugará la vida; está dispuesto a obedecer a jefes, militares o civiles, que sepan más que él; pero no aceptará la disciplina militar: pensar en ella le revuelve las tripas.

Pasan discutiendo unas mujeres; la tez encendida por el calor, por el contacto con la muchedumbre, les da aspecto de perturbadas, que el despeinado acentúa. Una de ellas, mientras camina, se abanica con el propio escote de su vestido veraniego. Los sobacos han dejado dos grandes manchas de humedad en el género de algodón floreado.

—Chica, yo me voy; ahí se ha quedado mi hermano…

—Esas cajas eran las ametralladoras…

—Te digo que a esos chulos les van a dar más que a una estera…

Durante la noche formó parte de una patrulla que recorría los bulevares. Más de la mitad de los que la integraban iban armados de pistolas. Paraban a los automóviles, exigían la documentación a sus ocupantes. Lo mismo hacían con la gente que andaba rezagada y les parecía sospechosa. Los interrogaban. A un joven que les pareció que tenía aspecto de fascista lo retuvieron un rato; por fin le condujeron a la comisaría de Policía. El comisario le puso en libertad por falta de pruebas.

El servicio aquel le desagradaba; antes de amanecer regresó a casa y ha pasado la mañana durmiendo. Cuando se ha despertado, su mujer estaba enfurruñada con él. Desearía que él no se metiera en nada, que los otros le sacaran las castañas del fuego; eso no puede ser. O todos o ninguno.

Para complacerla y desagraviarla se ha quedado en casa escuchando la radio. Hacia las cinco se han presentado su cuñado y el Anastasio, comunicándole que en el Parque repartirían armas; acá se ha venido con ellos. Después se han separado, les ha dejado; son demasiado exaltados los dos, y gritones, que es peor.

Discutiendo en un corro descubre a su cuñado, acompañado de uno que trabaja con él en el metro y que vive en la Guindalera.

—Vente con nosotros, Mariano…

Les sigue; el grupo va engrosando, mientras se dirigen hacia un solar que dista un centenar de metros.

—¿Has traído el carnet, tú?

—Acá lo llevo…

—Hemos hablado con el teniente Vidal. Nos ha recomendado que esperemos ahí. A los miembros del Partido Socialista y a los afiliados a la UGT nos van a proporcionar fusil y munición. Primero cargarán los camiones que han traído los jefazos militares. Cinco batallones se están organizando, ¡chaval!

—Se les va a caer el pelo a esos cabrones…

—Ahí está el capitán Francisco Galán. ¿Le habéis visto?

—Me he enterado de que van a sacar hasta cañones…

—Oficiales fascistas se oponían a que se entregaran las armas al pueblo…

—Ni caso; en el Ministerio de la Guerra están Barceló, Eleuterio Díaz Tendero, el capitán Salinas; la trinca socialista…

—¡A ver!

En el solar van juntándose muchos hombres; han corrido voces de que distribuirán fusiles. El sol desaparece tras las vallas del solar. Desde los balcones, los vecinos contemplan la escena.

—El que los ha puesto sobre la mesa es el teniente coronel Gil…

—¿Quién es ése?

—¿Quién ha de ser? El jefe del Parque…

—Entendámonos; ¿no decían que los cerrojos estaban secuestrados en el cuartel de la Montaña?

—Así es. Pero acá hay cinco mil fusiles completos, gachó, que son muchos fusiles.

—¿Y los otros fusiles? Porque en Madrid, vaya, creo yo, somos más de cinco mil socialistas, y no hablo de los cenetés y de los republicanos, que también los hay…

—¿Los otros? Si los queremos tenemos que ir a buscarlos al cuartel de la Montaña. Los tienen los fascistas…

—¡Coñoooo, no dices tú nada!

En la acera de la iglesia de los carmelitas de la plaza de España monta guardia un retén de guardias de Asalto; les acompañan o refuerzan paisanos armados. Lo mejor es disimular; sea como sea han de ganar la entrada al cuartel de la Montaña, que se alza a escasos metros de distancia. Presenta el aspecto de una fortaleza con su fábrica de piedra y ladrillos, con escalinata, con tres inacabables hileras de ventanas y balcones. Les separa la arboleda, la explanada y estos guardias y paisanos que están vigilando.

—No se puede pasar por aquí. Vayan por aquella acera.

Ni siquiera responden; obedecen en seguida. Que no les corten el paso por la calle Ferraz; una acera u otra les da lo mismo.

Hacia las cuatro de la tarde le han telefoneado con orden de que avisara urgentemente a los camaradas que le fuera posible para que se concentren en el cuartel de la Montaña. Primero ha telefoneado a Gabriel Bustos, a quien a su vez ha encargado que avisara a cinco o seis más. Después de cursados los avisos se han citado en Cibeles y han decidido ir a pie al cuartel. Delante de la Casa del Pueblo había numerosos grupos y bastantes obreros armados; se les advertía también desconcertados, como ellos mismos lo están, ante lo inesperado de la situación.

Con disimulo observan hacia los guardias, que parecen haberse desentendido de ellos. La calle Ferraz y la embocadura del paseo de Rosales están solitarias. En algunos terrados destacan los uniformes azules. Probablemente vigilan el cuartel; como el pelotón de la plaza de España.

—¿Qué hacemos? Por acá nadie nos cortará el paso.

—Pero aquéllos nos ven.

—Es igual, entremos. No creo que vayan a disparar. Aceleremos el paso.

Al hallarse frente a la rampa que da acceso al cuartel descubren la garita y el centinela. Cruzan la calle con el corazón encogido. Cuando alcanzan la garita se consideran salvados, protegidos por la potencia y el prestigio del edificio. Guardias y milicianos deben haberlos visto. El centinela les mira indiferentemente; levantan el brazo y le saludan con la mano extendida.

—¡Arriba España!

Como hace calor, y cómo además han apresurado el paso, están sudorosos. En el zaguán que comunica la puerta con el patio, aprovechando la sombra y el viento que corre, un militar, sentado en una butaca de mimbre y bebiendo una gaseosa, descansa o controla a los que se presentan. Los mira complacido. Repiten el saludo falangista.

—¡Arriba España!

—¡Hola, muchachos! ¿Qué hay de bueno?

—Somos de la Cuarta Centuria…

—Muy bien, muy bien. Entrad ahí…

Un teniente se hace cargo de ellos y les conduce hacia el cuartel de Alumbrado. El edificio es grande, destartalado, con espaciosos patios, amplias calles, barracones al fondo; el sol ilumina oblicuamente las piedras y las superficies blancas.

Siguen al teniente casi sin hablar. Dos soldados que se cruzan con ellos les examinan con disimulada soma; uno le pregunta al otro:

—Oye, ¿quiénes son esos gachós? ¿Serán quintos?…

El veterano, con aire guasón, les dice, aprovechando que el teniente se ha adelantado unos pasos.

—¿Qué hay, quintos?

Les meten en una compañía; encuentran a muchos camaradas conocidos. Están vistiéndose de soldado mientras bromean unos a costa de los otros.

Encontrarse entre camaradas les reconforta. La visión del interior del cuartel y la broma que les han gastado los veteranos les había impresionado desfavorablemente.

El jefe de la centuria se acerca; resulta extraño encontrarlo aquí, en un ambiente tan ajeno a lo acostumbrado.

—¿Qué, difícil la entrada?

—Hemos pasado bien, con un poquillo de miedo…

—A otros no les ha resultado tan fácil. Incluso les han tiroteado.

—¿Han venido muchos?

—Van viniendo…

Pepe García Noblejas y Gumersindo García visten de oficiales, puesto que lo son de complemento. A García Noblejas le asoma el cuello de la camisa azul sobre la guerrera militar.

—Un sargento os tomará la filiación y os entregará fusil y la dotación de cartuchos; se os proveerá del uniforme.

—Con razón nos han preguntado si éramos quintos.

—¡Mirad, mirad! —exclama uno mientras muestra las mangas de la guerrera tan largas que le cubren las manos.

Los demás se ríen. Otro no puede abotonarse la bragueta; le viene estrecho el pantalón y le han saltado los botones. Se miran unos a otros, se mofan de la rigidez del tejido de los uniformes. Los hay que examinan complacidos los fusiles, accionan el cerrojo, apuntan hacia las ventanas o a la cabeza de los camaradas, guardan los peines en las cartucheras.

—¿Te has fijado que los uniformes no tienen insignias?

—¡Claro! Como que nosotros no somos soldados.

—Ni ganas, camarada, ni ganas. Con las armas y las municiones teníamos bastante; deberíamos haber traído nuestras camisas azules; nuestro único y verdadero uniforme.

—¡Cualquiera se aventura por las calles con camisa azul!…

Valladolid

Los racionalistas pueden creer que el tiempo se mide por los relojes y que la duración de días, horas o minutos es idéntica entre sí. Aunque futuro hombre de ciencia, como estudiante que es del cuarto de medicina, está convencido de que no es cierto, que el tiempo no tiene más que una medida subjetiva, la verdadera; por lo menos, la única válida.

Está anocheciendo; las aguas del Pisuerga se han oscurecido y dan reflejos móviles de plata. Doblan por la plaza de las Tenerías hacia el Paseo de San Lorenzo en este «buick» antiguo que les ha prestado el dueño de una fábrica de harinas amigo de Onésimo Redondo. Aprieta a fondo el acelerador; hoy les está todo permitido. Se complace en el chirrido de las ruedas al dar la curva; parece la carrera de una película de gangsters. Los dos falangistas armados de fusil que ocupan el asiento trasero del coche protestan. Ambos visten camisa azul y usan cartucheras militares; son de los que por la mañana han estado metidos en el fregado. Uno de ellos le ha contado por dos veces cómo el capitán Ganges, asomado al balcón del Ayuntamiento, ha tirado el retrato de Azaña y cómo él y otros lo han pateado y prendido fuego.

El día de hoy parece larguísimo; ha anulado o se ha sobrepuesto al de ayer, anteayer y el anterior. ¿Cuántas horas han transcurrido desde que los guardias les sorprendieron en la cárcel de Ávila cuando habían retirado la reja de la celda y estaban a punto de fugarse? A los falangistas de Valladolid presos en Ávila, Onésimo les decía que iban a matarles y el hecho

parecía posible; ahora son los amos de la ciudad. El cambio se ha producido en pocas horas, y, sin embargo, esta sensación de ir armados, de dar órdenes, de disponer con plena autoridad, se diría que fuera privilegio antiguo, como si desde siempre hubieran estado hechos para mandar así, sin que nadie les replique ni les ponga impedimentos. El falaz sistema montado artificiosamente por una burguesía pacata y liberal acaban de derribarlo ellos en un minuto; y también, que no lo olviden, el sistema egoísta y caciquil de la burguesía reaccionaria. En cuanto a socialistas, comunistas y demás ralea, ya han llevado lo suyo; y mucho peor les espera.

El viento les azota los rostros y alborota las cabelleras, ronca el motor; son jóvenes, violentos; ningún obstáculo admitirán que se les ponga por delante. Onésimo Redondo, que les ha reunido en su casa, le ha encomendado que se procure toda la tela de mahón azul que haya en Valladolid; es necesario que esta misma noche se confeccionen camisas. No hay suficientes camisas de uniforme para todos los camaradas; se están presentando numerosos jóvenes en el cuartel que les han cedido a la Falange para alistarse en sus filas. Es posible que acudan hasta algunos rojillos, pero da igual; a quien venga se le admite, se le uniforma y se le encuadra entre los buenos. De su conducta anterior, salvo en casos graves o de probada mala fe, no hay que preocuparse; de la posterior responden con la cabeza. Se ha presentado un chivato derechista a denunciar que uno era comunista; ha resultado que le conocía el jefe de centuria. Lo único que había hecho era votar a las izquierdas, ni siquiera estaba afiliado a la UGT, a pesar de que trabaja en una remolachera; su mismo patrono le ha avalado. El hombre, con «chopo» y cartucheras, está preparado para salir zumbando.

—¿Sabes que han venido a alistarse muchos de la CEDA?…

—Que vengan los que quieran; les convertiremos en falangistas, por las buenas o por narices…

—Hemos de apoderarnos de la ciudad antes que los de derechas, que son un poco perezosos y que esperan que les saquemos las castañas del fuego, se nos adelanten.

—Pues como no corran…

—No me fío demasiado de los militares; históricamente han estado aliados a la extrema derecha. Que no suceda lo mismo en esta ocasión.

—Onésimo no lo consentirá. Hay firmado un pacto entre José Antonio y los jefes militares. Esto, camarada, es la revolución nacionalsindicalista, ya lo estás viendo.

Por la mañana les han sacado de la cárcel de Ávila. Onésimo les hizo formar y les pasó revista. Se juntó gente aclamándoles; cantaron el *Cara al Sol*. Les facilitaron armas. Oyeron misa en la Catedral, porque Onésimo se pasa de religioso; y con los curas también hay que ir con tiento, igual que los militares se inclinan a la derecha. Formando una caravana de automóviles han venido a Valladolid. ¡Qué distinto camino al que hicieron a la inversa, conducidos presos en las camionetas de los guardias de Asalto! Nadie se ha metido con ellos y, en algunos pueblos, los camaradas de las JONS salían a saludarles brazo en alto. Se han detenido en varios lugares para dar órdenes a los jefes locales. Había quien proponía hacer un escarmiento inmediato con los zurdos, a ver si siguen tan jaques como de costumbre, pero Onésimo tenía prisa y ha dicho que donde convenía poner orden era en Valladolid.

—Por aquí debe de estar esa tienda; gira por esa calle.

Circula poca gente; con los tiros de la mañana, más de uno se ha asustado y se queda metido en casa. A los izquierdistas no les llega la camisa al cuerpo.

—Ahí, donde dice «Tejidos y Novedades», para.

Frenan con brusquedad y saltan a tierra ante una tienda oscura y anticuada. El dueño —¡pero si le conoce de vista!—, atrincherado detrás del mostrador, pone cara de susto.

Al entrar saludan brazo en alto con ademán agresivo.

—¡Arriba España!

El tendero, un hombre de mediana edad, corto de estatura, de tez pálida y fofa, observa los fusiles de los dos camaradas de escolta y su pistola enfundada. Tras de una vacilación, sin entusiasmo levanta la mano, una mano blanda, sin estilo.

—¿Qué desean?

—Venimos del cuartel de milicias de Falange… Usted tiene género azul oscuro.

Mira a un lado y a otro; se frota las manos, sonríe…

—¡Cómo lo siento, señores! ¡Cómo lamento no poder servirles! Tenía, sí, una pieza para confeccionar monos de mecánico. La terminé la semana pasada; hasta que vuelva el viajante no repondré existencias, y con estas cosas que están ocurriendo…

Los de la escolta, con el fusil al hombro, están revisando los géneros apilados en las estanterías. Encuentran piezas del género que buscan, pero en caqui. A uno de ellos se le caen dos piezas al suelo. Le están revolviendo todo, no se fían de este hombre; sospechan que se resiste a venderles. Un camarada les ha asegurado que tiene, por lo menos, tres piezas enteritas.

—¡Cuidado! Les he advertido…

—¡A ver si te callas!

—Pero si les digo…

—¡Basta! ¿Dónde las has escondido?…

El más joven de los dos de la escolta, un ferroviario a quien los de la UGT hacían la vida imposible y que en una ocasión lesionaron de un golpe de matraca a la salida de un mitin, ha amartillado el fusil y apoya el cañón sobre el pecho del pobre hombre. El comerciante abre mucho los ojos, levanta las manos, retrocede hasta la pared.

—Este tío, seguro que es comunista…

—¡Espere! Oiga usted, señor, me parece que… quizá…

Resulta cómico y lamentable el pavor de este desdichado; pero hay que actuar así, con rapidez y energía. Este idioma es el único idioma que entiende mucha gente. Aparta el fusil del escuadrista y disimula la risa que le da.

—Tenemos prisa. ¿En dónde ha escondido usted esas piezas?

El hombre se acerca a la estantería del fondo y retira unos géneros de señora. Como es bajo, no alcanza bien. Disimuladas tras los géneros de señora, aparecen tres piezas de mahón azul, enteras, hinchadas con muchos metros, muchas camisas.

—Les juro que ni me acordaba que estuvieran ahí. Mi señora ha debido guardarlas… Porque mi deseo era servirles…

—¡Menos cuento!

Mete la mano en el bolsillo del pantalón; saca un fajo de billetes de banco que le han entregado como fondos de intendencia.

—Vosotros. Llevad esas piezas al auto. Mirad si queda por ahí escondida alguna más.

Le muestra al comerciante el grueso fajo de billetes. A la vista de tamaña cantidad de dinero, parece que se le alivia el susto. Trata de sonreír.

—Pensaba pagarte, peseta tras peseta, pero me has resultado un falso. No te pago; pediré a la policía tu ficha, a ver si tienes antecedentes; en ese caso se te va a caer el pelo…

El hombre se queda desolado; todavía se atreve a insistir mientras ellos salen, pisoteando las piezas esparcidas por el suelo.

—Siempre he sido de derechas; en el barrio me conocen…

—Mejor para ti. En tal caso puedes estar orgulloso de prestar un servicio a la Patria. Tú no vas a ir a pegar tiros, ¿verdad? Bueno es que contribuyas con lo que puedas.

Les sigue hasta la puerta, quejumbroso.

—Los tiempos son malos, señor; el lunes me vence una letra: el banco ya me ha mandado aviso.

—Si te obstinas en cobrar, pasa por el cuartel: estamos en la Academia de Caballería. Se te pagará hasta el último céntimo, una vez que sepamos de qué pie cojeas.

El coche se pone en marcha; aceleran. Los falangistas se ríen.

—¡Qué tío!

—Para mí que es un comunista… o un judío masón.

—¡No, hombre! ¡Qué va a ser! Un meapilas; le conozco de verle en misa: se propina fuertes golpes de pecho. Seguro que es monárquico y papista.

—Peor para él…

A toda marcha enfilan una calle estrecha. Una vieja que cruzaba con un cacharro de leche da un salto para refugiarse en la acera.

En veinte minutos han cumplido la misión; si las chicas de la Sección Femenina son tan rápidas y expeditivas como ellos, a medianoche tienen una centuria uniformada. Hacia el otro lado del río suenan unos disparos.

—¿Habéis oído? Vamos para allá, que hay follón.

No afloja la marcha y continúa por el centro de la avenida a noventa por hora.

—¡Disciplina, camarada! No vamos a preocuparnos por un par de tiros. Nosotros a nuestra misión; por el momento y hasta que entreguemos estas piezas somos de intendencia.

—¡Vaya una pejiguera!

Les entran ganas de reír y lo hacen a carcajadas, mientras el «buick» descapotado continúa su alocada marcha.

Zaragoza

Nada se ha arreglado; en la cárcel de Zaragoza les han mezclado con los presos comunes. El porvenir, con la ciudad en manos de los rebeldes, se presenta inquietante.

A Juan Casanellas en la Jefatura de Policía le han tratado con consideraciones, incluso le ha dicho el jefe que por orden del general Cabanellas se veía obligado a detenerlo momentáneamente: «Le mandaré a usted a la cárcel, pues no dispongo de otro lugar». Era conocido de Arturo Menéndez, pero de nada le ha servido, pues con él se ha mostrado duro y riguroso. Resultaba indignante contemplar cómo registraban la maleta y las ropas del antiguo director general de Seguridad, las discusiones que se han planteado a propósito de la pistola que le han encontrado, cómo él mismo ha tenido que guardar en la maleta su ropa, que había quedado desparramada; el áspero interrogatorio a que le han sometido. Cuando le han comunicado que se iniciaba inmediatamente un proceso contra él, Arturo Menéndez ha empalidecido.

Lo verdaderamente penoso ha sido la salida; un calvario. Varios oficiales y números de Asalto les esperaban. Arturo Menéndez era el blanco de las iras, aunque las amenazas le alcanzaban a Casanellas como a persona que iba en su compañía. Han llegado a golpearle; si no llega a ser porque los tres policías que les han acompañado desde Calatayud han tomado decididamente su defensa, cualquiera sabe cómo hubiera acabado aquello. Estaban empeñados en meterles en un coche celular y llevárselos. Otros decían que había que fusilarlos rápidamente. Después de lamentables discusiones han vuelto a subir en el mismo coche que les ha traído de Calatayud; con ellos ha subido también un teniente de Asalto, pues manifestaban los guardias que no se fiaban de los policías. Aunque parezca extraño, el ingreso en la prisión ha representado un alivio para ellos; han tenido la sensación de que escapaban de un peligro mayor.

A la cárcel han ido llegando a lo largo de estas horas angustiosas, algunos jefes sindicales y políticos. Militantes de la CNT, socialistas de la UGT, miembros de los partidos republicanos de izquierda. Entre ellos han traído a Vera Coronel, que unas horas antes era gobernador civil y que ha sido depuesto y encarcelado, al exgobernador de Asturias, Bosque, y a otras significadas personalidades. La sensación es de caos, de derrumbe, de justificado temor.

Contempla con cierta tristeza sus ropas —a él le ha complacido y le complace vestir bien— que comienzan a degradarse desde el instante en que por cansancio ha decidido tumbarse en ese camastro, entre un estuprador y un carterista. A nadie puede apelar, nadie puede salir en su defensa, el gobierno y su autoridad están muy distantes; el sistema ha sido trastocado en unas horas. No se desnuda, le deprime esta colchoneta sucia, esta manta astrosa, esta gente que en un malhadado golpe de dados han venido a convertirse en compañeros de infortunio.

Pamplona

La despedida ha sido emocionante. Miles de pamplonicas han acudido a la explanada situada entre el cuartel en donde la columna se ha formado y la estación del Plazaola. El general en persona con cuantas personas militares y civiles componen desde esta mañana su «plana mayor» ha hecho acto de presencia. Las familias, los amigos, las novias de los voluntarios y soldados, los curiosos, los entusiastas, formaban muchedumbre.

La columna que manda el coronel García Escámez consta de ciento cincuenta vehículos, entre camiones, autocares y automóviles. Se han detenido en el pueblo de Cizur, en la carretera que por Estella, Logroño y Soria, va hacia Madrid. Cizur está muy próximo a Pamplona; han hecho alto antes de seguir la marcha para poner orden y dar tiempo a que se incorporen los rezagados.

La columna está compuesta por los siguientes efectivos: un batallón del Regimiento de América formado por una compañía de voluntarios falangistas que manda el capitán Gerardo Diez de Lastra, dos compañías de requetés al mando de los capitanes Moscoso y Vicario, una de tropa al mando del capitán Sabas Navarro y una de ametralladoras también de soldados de reemplazo, a las órdenes del teniente Belzuce. El batallón lo manda el comandante Sotelo. El otro batallón, que manda el teniente coronel Galindo, lo forman cuatro compañías: la primera, del capitán Villas, integrada por soldados; la segunda, de voluntarios de Falange, la manda el capitán Gonzalo Diez de Lastra, la tercera y cuarta, con los capitanes Rubio y Villar, son de requetés, y en la de ametralladoras va el capitán Vizcaíno. Acompañan al coronel el comandante Ibisate y el capitán Barrera. Una fuerza heterogénea en apariencia pero que inspira confianza a su jefe. Los componentes son de distintas edades, condiciones y clases sociales. Entre los voluntarios forma un diputado a Cortes: don Luis Arellano.

Todo ha habido que improvisarlo; aparte de las fuerzas directamente combatientes, a la columna se han incorporado secciones de sanidad e intendencia y una compañía del grupo mixto de ingenieros. En Logroño lo hará un arma imprescindible: la artillería ligera. El problema sigue siendo el de las armas; fusiles y cartuchos principalmente. Hombres no faltan. Los voluntarios dormitan en las butacas de los autocares. Bastantes visten de paisano; los hay hasta con corbata, algún muchacho que por la mañana se arregló para ir a misa. Las mujeres, las madres, las novias les han colocado escapularios y «detente bala», les han llevado comida fiambre como si en lugar de a la guerra fuesen a una jira campestre, les han prodigado cariñosos besos, caricias, recomendaciones; los más de ellos han confesado y comulgado, algunos son tan jóvenes que las compañías parecen bandas de cornetas. Junto a estos tradicionalistas de casta, con ideas y convicciones que mamaron desde niños, junto a estos falangistas nuevos y arriesgados, forman los soldados de reemplazo. ¿No los habrá socialistas, republicanos, comunistas incluso? Esta tropa, aun careciendo de la necesaria instrucción militar, le inspira confianza. Habrá que prestar atención a su comportamiento en el bautismo de fuego y en los primeros combates; cuando estén fogueados, todos serán uno. Conseguirlo es una de las misiones del verdadero jefe.

A la entrada del pueblo se oyen voces, y ruido de motores que se acercan. Avanzan unos faros encendidos; ante los gestos de un sargento que se ha cruzado en la carretera, se apagan. Corriendo llega uno de los tenientes, tocado con boina roja, que va con los voluntarios carlistas. Lentamente se aproxima un coche negro que se detiene.

—Mi coronel; aquí está el jefe regional de los Tradicionalistas aragoneses. ¡Ha traído los fusiles!

La noticia, que ha corrido a lo largo de la columna, provoca comentarios optimistas.

—¡Los fusiles! ¡Los aragoneses nos han mandado fusiles!

Los camiones aparcan a un lado, fuera de la carretera. Un hombre corpulento, tocado con boina roja, se apea del automóvil negro. Cuando llega al coronel García Escámez le abraza.

—¡Coronel! Aquí traigo los fusiles y la munición. No ha sido fácil el transporte. Gran parte del camino puede decirse que estaba en manos del enemigo. Pero aquí estamos.

Le devuelve el abrazo. Como militar conoce la sensación profunda y emotiva que desencadena el compañerismo en el riesgo, la generosidad con que los hombres se encuentran en el peligro y lo arrostran cuando les mueve una misma fe, o han empeñado la palabra. Entonces, aun los más duros experimentan una rara y enternecedora blandura; los brazos, el pecho, la espalda, el cuello, la áspera barba de otro hombre, brinda fugazmente la mejor de las compañías, el más emocionante de los contactos.

—¡Gracias! Confiábamos en los aragoneses.

Bilbao

El timbre de la puerta les ha sobresaltado; una llamada larga, angustiada como voz que pidiera auxilio. Josechu se ha puesto en pie y ha echado mano al bolsillo. Los demás le han visto salir de la sala y perderse pasillo adelante. Joaquín Elorrieta le ha seguido hasta la entrada del recibidor. De los cinco que están reunidos, sólo ellos dos tienen pistola. Miembros de las Juventudes Tradicionalistas se hallan concentrados desde la mañana en espera de que les llamen para acudir a los cuarteles —bien al de la Guardia Civil, bien al de infantería de Garellano— donde les van a entregar fusiles y a encuadrar.

Josechu Arana se dispone a amartillar la pistola antes de abrir la puerta; no lo hace, si vienen a detenerlos resultaría inútil disparar. Con la Gran Vía repleta de enemigos, les despacharían allí mismo. Abre la puerta con precaución.

En el rellano destaca a contraluz su primo Antón. Viste de oscuro y cubre la cabeza, como de costumbre, con boina; la camisa de «sport» abierta le da cierto aire campesino.

—Pasa; estamos ahí dentro.

Antón, que también pertenece a las Juventudes Tradicionalistas, vive en Durango. A Josechu le parece que está asustado, o por lo menos desconcertado.

—Llegué por la tarde; nos dieron orden de presentamos en Bilbao, pero veo que aquí perdemos el tiempo y corremos un peligro tonto. ¿Has visto cuánto jaleo?

—Sí, forman una columna. Han requisado camiones y automóviles. Corre la voz de que Mola con tropas y requetés navarros avanzan sobre Ochandiano.

—¿Y crees que es cierto?

—No; miedo que tienen.

—De nosotros, ¿qué hay?

—Anda, pasa, todos son amigos…

La sala está mal iluminada. No desean demasiadas luces encendidas y que los vecinos descubran reunidos a un grupo de jóvenes. En estos días cualquier reunión resulta sospechosa y los vecinos de las casas de enfrente pueden ser republicanos o nacionalistas.

Jesús Mendiola entra del balcón fumando un cigarrillo; simulaba que tomaba el fresco de la noche para observar el movimiento de la Gran Vía. Frente al macizo edificio de la Diputación se está organizando apresuradamente una columna.

—¿Cómo cuántos son?

—Imposible contarlos; muchos. Tienen hasta fusiles. Hay mujeres también.

—Los nacionalistas ¿van con ellos?

—Desde aquí no distingo.

—¡Claro que irán! Después de la alocución de la radio… —dice Elorrieta.

Antón, el de Durango, ha sido acogido amistosamente por los compañeros y se ha sentado sin más ceremonia. No está enterado de lo que los demás vienen comentando en las catorce horas largas que llevan reunidos.

—Pues, ¿qué fue?

—Una nota del Euzkadi Buru Batzar. Que ante los acontecimientos que se estaban desarrollando en España…

—No decía «en España»; ellos nunca lo dicen… en el Estado español…

—¡Es igual…! Pues que ellos, salvando sus principios, que entre fascismo y monarquía y la República, estaban con la República y la democracia «que fue lo que gobernó a nuestro pueblo en sus siglos de libertad…».

—¿De dónde se lo habrán sacado? —comenta Antón.

—Yo te cuento más o menos lo que dijo la nota radiada. Por otra parte, a nadie le ha extrañado. Los nacionalistas ponen el Estatuto por encima de cualquier otra consideración.

—Pero muchos confiaban en que a última hora demostrarían tener mejor juicio y que no se irían del brazo con comunistas, anarquistas, socialistas y esa gentecilla —dice Manolo Zugasti, el mayor de todos los reunidos.

—Si tuvieran buen juicio, ya no serían nacionalistas, ¿no lo comprendes?

Josechu saca la petaca y la hace correr entre los compañeros. Antón es el que parece más preocupado; los demás han ido quemando la impaciencia a lo largo de la espera; están cansados, decepcionados; el nervioso entusiasmo de las primeras horas se ha ido diluyendo.

—Pero ¿qué hay de lo nuestro, qué se sabe?

—Gaviria nos ha mandado un enlace hacia el mediodía. Que esperemos concentrados, que se nos avisará cuando sea el momento. El enlace, un empleado del Ayuntamiento, cuyo nombre no recuerdo, nos ha contado que ayer Gaviria tenía una cita con el capitán Ramos en La Granja, y que éste no se presentó. Hay un despiste tremendo. También nos ha dicho que se rumorea que anda por Bilbao Álvarez del Vayo, el líder socialista.

Josechu ha podido reunir en su casa a los requetés, aprovechando que su familia la semana pasada marchó a veranear a Lequeitio. Han comprado provisiones, y Manolo Zugasti, que es un cocinero *amateur* de primer orden, ha improvisado una suculenta comida. Han cenado unos bocadillos, y están dispuestos a quedarse a dormir, aunque sea vestidos, hasta que llegue la orden de presentarse en el cuartel. La calle es de los socialistas, de los nacionalistas, del Gobierno; del enemigo. Y la orden no llega. Si por lo menos fuese cierto que los navarros de Mola avanzan a marchas forzadas hacia Ochandiano…

Zugasti, para distraerse, ha cogido un libro de una estantería; no ha hecho más que ojearlo, está pendiente de la conversación. Menea la pantorrilla izquierda con un tic nervioso mientras con el tacón bate el pavimento, produciendo un ruido acompasado y suave.

—El coronel Piñerúa es una calamidad. De hallarse aquí, como cuando lo de octubre, Ortiz de Zárate, a estas horas ya habíamos formado un batallón, y una o dos compañías añadiendo los de Falange, la JAP y Renovación, más los soldados y la Guardia Civil; les íbamos a dar para el pelo a todos esos que gritan, se envalentonan, y se creen que son los amos de Bilbao.

—Y entre los de Asalto también los hay comprometidos por lo visto; los «miqueletes» se hubieran arrimado al sol que más calienta.

—El peor no es Piñerúa —tercia Elorrieta—, sino el teniente coronel Vidal, que manda el Regimiento de Garellano. El teniente Alfonso del Oso, me ha dicho que Vidal es un izquierdista furibundo y que les vigila.

—De una manera u otra, en cuanto Mola presione desde Pamplona, y si los de San Sebastián se deciden, algo tendrán que decidir a su vez los del Regimiento de Garellano…

—Lo que me intranquiliza es que las calles las tengan ocupadas ellos, que son muchos. Han venido de Bar acaldo, de Luchana, de Sestao, de Portugalete, de las minas. ¿De dónde habrán sacado tantas armas?

—Han traído pistolas de Eibar…

—¿Y los fusiles…?

—¡Cualquiera sabe!

—Y nosotros, desarmados…

—Las armas nos las darán en los cuarteles.

De la Gran Vía llega ruido de motores. El significado de los gritos no puede entenderse desde aquí.

Con precaución, Josechu se asoma al balcón; a lo lejos descubre el movimiento de camiones y el gentío que se mueve y da vivas. Llevan banderas desplegadas: banderas rojas, banderas republicanas, banderas vascas.

—La columna se pone en marcha. Que no vuelvan, eso les deseo.

Zugasti cierra el libro, se pone en pie, coloca el volumen en la estantería; con el pulgar y el índice se retuerce el extremo del bigote.

—¿A ver si resulta verdad lo que me dijeron anoche? Que en el cuartel habían detenido al comandante Fernández Ichaso, al capitán Ramos, el que tenía que entrevistarse con nuestro jefe, y a algún otro oficial. En ese caso, mal se presenta la situación.

—Nosotros hemos de obedecer y esperar; quizás estén pendientes del momento oportuno; por ejemplo, echarnos a la calle al tiempo que en Santander y San Sebastián. El mando tendrá meditados sus proyectos; no van a explicarnos a nosotros los detalles.

Antón, sentado en una butaca, juega con un cortapapeles niquelado como si se tratara de un puñal.

—Oye, Josechu, ¿me puedo quedar a pasar la noche, con vosotros? Si os avisan yo buscaré a los de Durango, y si no los encuentro, me voy adonde os manden; en cualquier lugar haré falta.

Su primo puede quedarse, será uno más. A una hora u otra les avisarán; es preferible afrontar el riesgo que esperar en la ignorancia y en la incertidumbre viendo cómo los enemigos, organizados y numerosos, ocupan las calles de la ciudad. Desalojarlos no será empresa fácil; cuanto antes se lancen, tanto mejor. De no hacerlo pronto, el miedo les irá socavando la moral.

Valladolid

Cuantos por la calle le han reconocido, le saludaban al estilo nacionalsindicalista. A él no le gusta que se califique de «saludo fascista»; fueron los de Mussolini quienes lo inventaron o pusieron en circulación, pero los castellanos le han dado un estilo nuevo, y el estilo es importante en cualquier movimiento político renovador.

Algunos de los que le saludaban, tocados con sombreros burgueses, tenían aire poco jonsista; bueno es que la gente se vaya acostumbrando a las nuevas formas que se impondrán en la vida española, que ya han comenzado a imponerse en Castilla la Vieja. Aprenderán a saludar los fabricantes catalanes, los señoritos de Bilbao, los caciques andaluces, los burócratas de Madrid, los banqueros de donde sean; porque los obreros, una vez superado el rencor sabrán incorporarse al nuevo estilo. Obreros y campesinos son gentes de buena ley. Aprenderán, aunque por el momento haya que recurrir al viejo y riguroso método de enseñanza: «La letra con sangre entra».

A buen paso, sube los escalones del edificio de Radio Valladolid. Le siguen escuadristas de confianza con la pistola al cinto. Desde hoy, desde que ha llegado a su ciudad, no necesitan ni él ni los jonsistas esconder cautamente las armas; pueden exhibirlas. De sus acompañantes alguno parece que le haya tomado demasiado gusto a ostentarlas.

Hace pocas horas que ha llegado a Valladolid; se ha visto forzado a multiplicarse organizando las milicias, reconstruyendo los cuadros; es necesario formar rápidamente una bandera y salir al encuentro de los mineros que vienen de Asturias tan amenazadores y jaques. Los militares se portan bien; los falangistas disponen de un cuartel y les han proporcionado armas. Por su parte ha juntado dinero. Los informes sobre los mineros asturianos no son claros; quien asegura que vienen por ferrocarril, y quien que se trata de una columna de camiones. Han estado detenidos en León donde parece que han achantado a los leoneses. ¡Que vengan a Valladolid!

En la emisora, camaradas uniformados le saludan brazo en alto; él les corresponde. Onésimo Redondo tiene treinta y un años de edad, es de buena estatura, delgado, con la frente despejada y el cabello ondulado. Viste camisa azul cruzada por correaje negro; no ha querido remangarse por dar mayor severidad al uniforme. Del discurso ha preparado la primera parte; expondrá las líneas generales: lo que desde esta misma noche han de saber los vallisoletanos y todos los españoles para evitar confusiones. Sobre la marcha, improvisará el resto. La radio ha anunciado que hablaría a esta hora. Miles de oídos se disponen a escucharle; los camaradas, los amigos verdaderos, que son escasos, los amigos de conveniencia, cuantos de hoy en adelante se harán pasar como tales, que serán numerosos, y los enemigos, de los cuales querría con toda el alma atraerse a los mejores.

Ha de hablar pronto, dar el golpe anticipándose a que las eternas derechas, los reaccionarios, los aprovechados, se apoderen del mando a socaire de las armas del ejército. Empieza a triunfar el nuevo estilo: «directo, ardiente y combativo». El mañana les pertenece.

Se acerca al micrófono: un silencio expectante se extiende por la sala: sabe que se hace un silencio general en la ciudad.

—«¡Atención, atención, atención! Aquí Radio Valladolid al servicio de España y de la Falange. Os va a hablar Onésimo Redondo, caudillo de Castilla. ¡Atención, atención, atención…!».

Afirma los pies en el suelo, alza las manos hasta la altura del codo; a través del cuello, que se le hincha, sale una voz juvenil, vibrante, arrebatada:

Los que me oís tenéis el ánimo en suspenso ante el desarrollo del magnífico drama que hoy vive España. Digo el ánimo suspenso no porque el resultado de la lucha sea dudoso, sino por la inquietud que quiere sembrar la radio de Madrid, a las órdenes todavía de lo que fue Gobierno. Fácil es percatarse del valor de los infundios de aquella emisora con considerar que es una radio al servicio del marxismo. La profesión más constante del marxismo es la mentira. La mentira para los marxistas es como el agua al pez, elemento necesario de vida. Con falsedades han vivido y han dañado; con falsedades mueren los que especulan con la ignorancia del pueblo.

El resultado de la lucha no puede ser incierto: es el ejército el que la conduce, y contra el ejército nadie puede. Locura y necedad es pensar otra cosa. Y al lado del ejército —anotadlo todos, anótenlo sobre todo los que alimentan la esperanza de resurgir— está FE y las JONS. Estas camisas, que se han ofrecido por millares, albergan pechos que ya no se retiran sino con el triunfo o con la muerte. Estamos entregados totalmente a la guerra, y ya no habrá paz mientras el triunfo no sea completo.

Para nosotros, todo reparo y todo freno está desechado. Ya no hay parientes, ya no hay hijos, ni esposa, ni padres. Sólo está la Patria.

Os invito a la reflexión, españoles, porque, sin duda, la emoción, la ansiedad y la alegría de los instantes no os han dado tiempo para las reflexiones políticas, que en la Falange son habituales y que nos acompañan con influjo de absoluta serenidad en estos momentos. Todo ha caído, todo ha sido rectificado y desdicho en el curso de los meses y los años, igual derechas que izquierdas; sólo la Falange permanece invariable; sólo las JONS desde hace cinco años, como guiado su dedo por el de la Providencia, ha señalado justamente lo que eran, han sido, son y serán las cosas de España.

Sabemos exactamente lo que la Patria quiere recobrar en estos instantes, que no es menos que recobrarse a sí misma. Había dejado de existir España y éramos una dependencia humillada de toda la escoria, de toda la escuela de ideologías fracasadas y groseras. Éramos una colonia de Rusia, que es como decir colonia de la barbarie organizada. La gran nación creada por Castilla era, al parecer, un espectáculo de ruinas y de fealdad.

Ahora, el ejército ha salido por España, y del brazo de la Falange, en la lucha civil de estos días, alumbramos al ser una España nueva, en la que habrá de nuevo paz, pan y alegría familiar y cristiana.

No es la inseguridad del triunfo lo que debe ocupar nuestra mente, sino la que esta tarde me manifestaba, lleno de admirable gravedad, un guardia civil: «¿Será esto para siempre?».

He aquí el pensamiento que debe asistir a los que en estos días vivimos el gozo de una victoria segura: que dure para siempre.

La Falange, curtida en el aire de todas las pruebas, espectadora inmóvil de tantos desengaños, se halla presente para que la victoria sea duradera, para conseguir la estabilidad absoluta del estado nuevo.

Para ello llevan impregnadas sus doctrinas y relleno su programa de la preocupación más profunda y extensa: la de redimir al proletariado. Aquí sí que suena bien este concepto y esta gran frase, que sirvió para tanta política, para tanto fraude: *redimir al proletariado*.

Pero redimirlo es atraerlo al ser íntimo de la Patria, del que se halla ausente. España se halla prácticamente dividida en dos mitades, y ocupa una, de modo casi total, el inmenso ejército de los que sacan su pan cotidiano del trabajo físico de sus manos, y el proletariado, en gran parte, no quiero a España; no tiene alegría de formar parte de esta ilustre nación, la más grande por su historia y sus destinos.

Devolvamos a los obreros este patrimonio espiritual que perdieron, conquistando para ellos, ante todo, la satisfacción y la seguridad del vivir diario: el pan. Volverán a ser españoles y producirán con ello la unidad cierta de la Patria y la estabilidad del Estado cuando tengan la alegría y la paz de un vivir digno, de una existencia familiar segura y numerosa.

En este sentido, España debe proletarizarse. Debe ser pueblo de ancha prole, que se multiplique en honor de la raza y en cumplimiento de sus altos destinos.

Serán traidores a la Patria, miembros indignos del Estado, los capitalistas, los ricos que, asistidos hoy de una euforia fácil, que levantando acaso el brazo como si saludasen el advenimiento de la nueva era social, se ocupan como hasta aquí, con incorregible egoísmo, de su solo interés, sin volver la cabeza a los lados ni atrás, para contemplar la estela de hambre, de escasez y de dolor que les sigue y les cerca.

El nuevo Estado nacionalsindicalista operará con rigor y acabará con las palabras vanas y las promesas nunca cumplidas.

El pan para todos y la justicia para todos es nuestro lema, y será pronto nuestra obra.

¡España, Una! ¡España, Grande! ¡España, Libre! ¡ARRIBA ESPAÑA!

Los falangistas que ocupan el estudio han coreado los gritos; se acercan, le felicitan, le abrazan.

Estoril

Las noticias, tanto las que proceden de Radio Club de Portugal como las que llegan a través de emisoras españoles, no siempre fáciles de oír en Estoril, son confusas. Desde Sevilla, Queipo asegura que un tabor de regulares ha desembarcado en Cádiz y otro en Algeciras y La Línea; también, que el coronel Aranda ha incorporado Oviedo al movimiento. Pero el mismo Queipo lanzó noticias sobre la situación de Madrid que no pueden ser ciertas, pues a su vez la radio madrileña da señales de que el Gobierno domina la situación, aunque se advierte nerviosismo en los locutores. Radio Madrid, afirma que Sevilla está prácticamente dominada por las fuerzas del Gobierno y que un regimiento de caballería ataca a los sublevados. Una serie de amigos, desde distintos puntos de Portugal, y aun desde España, le comunican telefónicamente novedades alentadoras. Resulta difícil separar la verdad de la mentira, lo ponderado de la exageración, la noticia del bulo. Por ejemplo, radio Madrid asegura con insistencia, que el general Goded ha sido derrotado en Barcelona y que los sublevados de la División de Cataluña se han rendido a las fuerzas gubernamentales.

Don José Sanjurjo Sacanell, marqués del Rif, se mantiene a la espera. El general Mola debe indicarle el momento oportuno y la manera de trasladarse a Burgos para ponerse al frente del movimiento militar. El emisario que Mola le envía acreditará su personalidad presentándole la mitad de un recordatorio del funeral de la marquesa de Villapesadilla, cuya otra mitad obra secretamente en su poder. En este chalet de Estoril, rodeado de un grupo de amigos, alguno un tanto pesado a despecho de sus ideales patrióticos, van transcurriendo estas horas de impaciencia y espera. *O Seculo* esta mañana ha publicado unas declaraciones suyas que están siendo favorablemente comentadas. Aunque el peligro es mínimo, pues en Portugal y en las esferas del Gobierno se considera con simpatía el alzamiento patriótico que se está produciendo en España, en virtud de cierta confidencia policíaca, se le han presentado unos falangistas españoles, que están rodeando el chalet, en servicio de escolta personal.

El chalet es pequeño; esta gente sin duda bienintencionada, lo ha invadido, y si es cierto que uno se siente a gusto acompañado en momentos tan trascendentales también llegan a fastidiar, en particular los aduladores.

José Sanjurjo Sacanell es un viejo soldado gran parte de cuya vida ha transcurrido en los campos de batalla; luchó de joven en Cuba contra Maceo, ha combatido largos años en África contra los rifeños y contra Abd-el-Krim, ha sido herido, posee las más preciadas condecoraciones —dos laureadas de San Fernando— y el título de marqués del Rif. Una historia

militar brillante, donde además de los naturales azares y riesgos no han faltado las amarguras; se ha visto también enfrentado con graves decisiones. Cuatro años atrás fue condenado a muerte; amnistiado, cumplió condena en el presidio del Dueso; tras este intermedio conspirativo en Portugal, se halla de nuevo dispuesto a lanzarse a la aventura que le conducirá a los más altos destinos. Fracasó en agosto de 1932, cuando después de apoderarse de Sevilla, ante el derrumbe del levantamiento en el resto de España, parte de la guarnición decidió abandonarle y volver a la obediencia del Gobierno; triunfará ahora, en julio de 1936, pues, dejando de lado rumores y confusiones, resulta demostrado que el movimiento está en marcha y que le acompaña el éxito.

Un revuelo se produce junto a la puerta de entrada. Los que se hallan cerca de la misma se ponen en pie. ¿Será que ha llegado el emisario? El comandante Ansaldo, es quien, en principio, tiene que venir a buscarle; excelente aviador, hombre de acción que en un tiempo organizó las milicias falangistas de Madrid, y las empleó hábilmente en acciones de represalia contra los enemigos del orden y la estabilidad social, contra los enemigos de Dios y de la Patria. Bravo chico.

El comandante Ansaldo entra en el comedor mirándole con sus ojillos grises; alguna frase solemne va a pronunciar delante de esta gente. ¿Qué debe hacer él? ¿Ponerse en pie? Observa a las personas agolpadas en este comedor pequeño-burgués. Para ponerse en pie de prisa, a sus años, necesitará hacer esfuerzos apoyándose en los brazos poco firmes de este estival sillón de mimbre.

Ansaldo da un taconazo. ¡Caray! Sanjurjo adopta una actitud paternal.

—A la orden de Vuecencia. Se presenta el comandante Ansaldo al jefe del Estado Español.

Cunde el entusiasmo en el comedor, en el recibidor y en las demás dependencias de la casa ocupadas por sus parciales.

—¡Viva España!

—¡Viva el invicto Ejército español!

Le hace un gesto para que baje la mano y no permanezca tan tieso mientras coge el recordatorio fúnebre que le tiende a manera de credencial. Es, en efecto, el de la difunta marquesa de Villapesadilla. Se levanta entre amistosas aclamaciones, saluda correspondiendo en plural. La estancia es reducida, el momento tiene una solemnidad cursi, como suele ocurrir en las grandes ocasiones. Estrecha la mano de Ansaldo; a este caballero portugués que no se acuerda cómo se llama, a la condesa. Sucede como en los campos de batalla; los pintores son quienes después se encargan de embellecer la escena. Le aturden un poco. Abraza a su mujer y se reproducen las ovaciones. Él, jefe del Estado Español —¡vaya por Dios!—. Aunque es lo equitativo. ¿Quién si no, podría serlo con mayor justicia?

—¡Viva el general Sanjurjo!

—¡Viva el heroico general Sanjurjoooo! —¡Viva el León del Rif!

Madrid

El paso de la batería por las calles se ha convertido en manifestación popular. Del Pacífico han subido por el paseo del Prado y por Alcalá hasta la Puerta del Sol. La muchedumbre se hacía tan compacta que se han visto obligados a detenerse. Desde el estribo de un automóvil, les ha dirigido la palabra en términos encendidos.

El teniente Urbano Orad de la Torre, por orden del teniente coronel Vidal, manda la media batería que va emplazarse frente al cuartel de la Montaña. Un hijo del teniente coronel, también oficial de artillería, le acompaña. Discusiones y dimes y diretes se han producido antes de sacar los cañones a la calle; el coronel Gil, jefe del Parque, hombre más decidido que ordenancista, se los ha entregado. Desde este momento son soldados del pueblo, pues ni siquiera dispone de verdaderos soldados para manejar las piezas. Como suboficiales trae subalternos del Parque; tendrá que echar mano de quienes, entre el gentío que marcha tras de las piezas, hayan servido en artillería y lo demuestren. Ofertas no le faltan, aunque sospecha que el entusiasmo de estos milicianos les arrastra como si los cañones fueran instrumentos de feria.

Algarabía, bocinazos, ruidos de todas clases han convertido el desplazamiento de unos «schneider» del siete y medio, en marcha triunfal del pueblo madrileño, que amalgama inconscientemente el espíritu del Dos de Mayo con el de Agustina de Aragón.

El teniente Orad de la Torre, moreno, de ojos negros y bigote recortado a la moda, lleva la gorra de uniforme más torcida que lo tolerado por el reglamento. El ruido, la popularidad le tienen un poco embriagado o sonámbulo, pero recuerda muy bien lo que debe hacer cuando llegue frente al cuartel de la Montaña.

La noche anterior fue de mucho ajetreo. En compañía del comandante Flórez, también artillero, y del capitán Núñez, de aviación, estuvieron realizando gestiones para conseguir munición de la que se guarda en el polvorín del Retamares. Se presentaron en la división y observaron que ocurría algo anormal. Con el general Miaja no pudieron entrevistarse, o él se oculta, o lo tienen medio secuestrado elementos fascistas del estado mayor. Tuvieron una escena violenta con el coronel Peñamaría, con los capitanes Julián Peña y Jover Luque. Nada sacaron en claro salvo que se oponen a cualquier medida que tienda a armar al pueblo, es decir, a salvar la República. Por todos los medios a su alcance están favoreciendo a la sublevación que de un momento a otro va a desencadenarse en Madrid. Afortunadamente nadie les hace caso a ellos tampoco; los militares auténticamente antifascistas —los republicanos, los socialistas, los adheridos a las logias, los de la UMRA— comienzan a obrar por su cuenta, y en el Ministerio de la Guerra han conseguido imponerse.

Empieza a verse gente armada. A medida que avanzan por la calle Mayor, los que andan en patrullas y los que salen de los bares, levantan el puño y saludan triunfalmente. Nada impresiona y enardece tanto como los cañones, y cuando se emplazan, se sabe que va a combatirse en serio. La presencia de la artillería demuestra la voluntad de entablar batalla.

Consiguieron que en Gobernación les cedieran unos camiones. En el Parque se disponía de cinco mil fusiles con sus cerrojos, y el coronel Gil estaba dispuesto a entregárselos a las milicias populares que se estaban organizando, principalmente a socialistas, UGT y Juventudes Unificadas. La cartuchería resultaba indispensable y en Retamares la hay abundante. Cuando la

noche pasada han invocado la necesidad de la munición para defender la República, de nada ha servido, y lo más asombroso, les han mostrado un telegrama: «Absténgase de entregar municiones al que no lleve una orden escrita y firmada por mí: general Miaja». ¿Qué ocurre? ¿Cuál es el juego que se traen en la división? Miaja firma la orden pero Miaja no recibe —o no le dejan que reciba— a unos militares de limpia ejecutoria antifascista y de probada lealtad a la República.

Cuando de madrugada, en Madrid, les han comunicado que Martínez Barrio había formado Gobierno y que el general Miaja figuraba al frente del Ministerio de la Guerra, han decidido, y él así lo ha hecho, tumbarse a dormir.

Con la formación del gobierno Giral la situación ha cambiado. Ahora está en posesión de dos cañones con su dotación de proyectiles. No podrá hacer un fuego muy seguido, pero con buena puntería —y él la tiene— va a darles un disgusto a los del cuartel de la Montaña como no se entreguen y se sometan a la ley.

La caravana llega a la plaza de España; se detienen. Orad de la Torre desciende del camión. Milicianos armados y numerosos guardias de Asalto ocupan la plaza. Muchos curiosos se aproximan a observar las piezas. Uno de Asalto, vestido con mono proletario aunque con correaje y gorra de oficial, se le acerca; es el teniente Moreno. Se abrazan efusivamente. Los últimos días no se han visto. Máximo Moreno es de los complicados, aunque indirectamente, en la muerte de Calvo Sotelo.

El segundo grupo de Asalto está concentrado en el cuartel de Pontejos, frontero al Ministerio de Gobernación. En el patio del cuartel y en la plazuela de Pontejos, los grandes autocares descubiertos pintados de color gris, permanecen dispuestos con los chóferes junto al volante para trasladarse a donde hagan falta. Los guardias disponen de fusiles, ametralladoras, pistolas ametralladoras, bombas de mano y morteros.

En el despacho del comandante Ricardo Burillo varios oficiales toman café y copa; a pesar de las ventanas abiertas el despacho está lleno de humo.

El coronel José Asensio Torrado, que asiste a la reunión, acaba de llegar de San Rafael, pueblo de la sierra de Guadarrama donde veranea con su familia; se marchó a descansar el sábado suponiendo que el peligro estaba conjurado y que la orden del Gobierno de cesar el acuartelamiento sería cumplida.

—He sido siempre partidario de cortar por lo sano; si me hubieran hecho caso, no nos enfrentaríamos con esta situación. La otra noche, Palacios, Enciso, Galán, Barceló y García Jiménez insistimos. Era tarde y la medida debió haberse tomado con anticipación. ¿Se subleva el ejército? Pues se le disuelve. ¡Zas!, de un plumazo. ¡Fuera ejército! A partir de ahí, con los jefes y oficiales que sabemos positivamente leales —que somos cuatro gatos— y los suboficiales, se organizan y encuadran milicias populares reclutando los magníficos muchachos de las organizaciones sindicales. ¡Qué ejército podría improvisarse! Se les encuadra entre vosotros, porque lo mejor que tenemos en España, lo mejorcito, es la Guardia de Asalto. Conste

que no lo digo porque estoy aquí, lo sabes tú, Burillo, es que al cuerpo ha sido destinado lo que en el ejército queda de auténticamente antifascista.

—No debe resultar tan sencillo disolver el ejército, así de golpe.

—¡Pues claro! Y se achantan. En cuanto ven que la paga les vuela, se achantan; os lo digo yo.

Entra un teniente joven con la guerrera desabotonada y la pistola al cinto. Da un ligero taconazo.

—Mi comandante, ha llegado un guardia de la plaza de España, de parte del capitán Hernández, que no hay novedad, y que se están tomando las debidas precauciones. La batería de Orad de la Torre ha llegado; van a emplazarla.

—Gracias, teniente. ¿Quiere una copa?

El comandante Burillo se vuelve hacia los demás, frotándose las manos.

—La cosa está que arde. Les tenemos apretados. Desde luego al que se asome le cascamos. Disponemos de un par de vehículos blindados. Y como entre los soldados de dentro cunde la desmoralización, van a instalarse unos enormes altavoces. Dentro de un rato se les hablará. Vamos a hacerles saber que están sublevados contra el Gobierno legítimo, que no tienen obligación de obedecer a sus jefes y, sobre todo, que han sido licenciados. Acabarán largándose todos y dejándoles en cuadro.

—¿Es cierto que entraban paisanos en el cuartel?

—Cuatro bobos; monárquicos y pistoleros fascistas. Mejor que se metan dentro; allá les cazaremos como a ratas.

—¿Y cuál es el plan?

—Primero apretarles el cerco, que no salga nadie. Establecer defensas más apartadas; es decir, una segunda línea en que pueden situarse los milicianos peor pertrechados. Después, desde las azoteas cascarles. Con las ametralladoras les dominamos; no podrán ni asomar la nariz por las ventanas. Y para irnos entreteniendo, con morteros y los cañoncitos ésos, lanzarles unas cuantas castañas. La aviación para postre…

—¿Y si salen?

—¡Hombre! En ese caso, causarles el mayor número de bajas, y practicar una defensa elástica. Ir retirando las fuerzas hasta las bocacalles desde las cuales pueda batírseles… Pero no saldrán.

—Pues si no salen, ¿para qué carajo se sublevan?

—¿Sabe usted, comandante, que los altavoces van a jugar un papel importante? Los soldados detestan a sus jefes y les perderán el miedo; y sin miedo, no hay disciplina.

—También hay fascistas entre los soldados… no crean.

—Habría que abrir una brecha con la artillería, morteros y aviación. Concentrar el poder ofensivo en un punto vulnerable. Entonces, guardias y pueblo, lanzarse en tromba y tomarlo por asalto, a puro huevo.

—Tiene usted razón, mi coronel…

—Cuantas menos bajas se produzcan, mejor será. Las fuerzas ofensivas son considerables. La Guardia Civil, que dicho entre nosotros no merece demasiada confianza, mandará medio

millar de hombres; añade los del batallón de Ferrocarriles, los milicianos que han formado batallones… Y nosotros.

—La verdad es que estoy deseando que se arme el barullo.

Antes de meterse en casa entra a tomar café en un establecimiento de la calle de Femando VI. Poca gente en el local; el dueño, que sirve en chaleco tras el mostrador, parece asustado. El cerillero está barriendo; no es tarde pero se disponen a cerrar.

Casi dos horas hace que pasea. Ha querido comprobar con sus propios ojos lo que sucede en la calle; en España existen dos lugares en donde puede tomarse la temperatura política al país, las calles madrileñas y su oficina.

El médico le tiene prohibido el café y fumar. A fumar no se atreve, pero cafés toma uno cada día a escondidas de su mujer. Hoy serán dos; tal como los acontecimientos se precipitan, lo mismo dará que a él, Lorenzo Martínez, le acometa o no un patatús. A estas horas muchos habrán caído a juzgar por las noticias que corren; cañonazos, bombardeos, batallas, fusilamientos.

—Póngame una copita de anís…

Su mujer que le espía siempre, no tardará en olerlo y le reñirá como cualquier otro día; hoy no le preocupan los regaños. Los acontecimientos son de tal gravedad que una disputa con la mujer resulta risible.

—Un momento… mejor me pone coñac.

Hace ocho meses que no cata el alcohol; la situación es tan peligrosa que se puede perder la vida en cualquier momento; y tampoco el médico le ha dicho que un café y una copa vayan a fulminarle.

Delante del cine Capítol, se ha armado un fregado, sonaban tiros a derecha e izquierda; que si le coge un proyectil allá le deja. Todo el mundo andaba con armas, guardias y paisanos.

A su lado, en el mostrador, un obrero vestido de mono habla con un matrimonio bien trajeado. El obrero usa boina; de cuando en cuando se rasca a través de ella la cabeza, se la quita un instante descubriendo una calva blanquecina, y vuelve a colocársela. A él le gusta escuchar a unos y a otros. No porque opine que todos tengan razón, sino porque es provechoso informarse.

—No sé quién era, un militar joven con aspecto de señor, de señor de verdad. Y allí subido, nos dijo: «Los militares traidores, creyendo perdidas sus preeminencias, se han sublevado contra una República que nada les quitó, y unidos a los fascistas quieren llevar a España a la ruina…». Porque, sí señor, la verdad es ésa, a ellos les convenía la Monarquía para repartirse los dineros de la nación; vino Azaña que es un tío que vale mucho, las cosas como sean que a mí no me duelen prendas, y les hizo entrar en vereda; ahora unidos a los del *ABC*, a los del fascio y toda la patulea, quieren matarnos a nosotros, a los obreros. Les digo que era un militar que hablaba como si no lo fuera. Va y nos dice: «Las armas y las municiones que necesitamos para defender a la República están en el cuartel de la Montaña. Vamos a por ellas para armar al pueblo». Y, venga a aplaudirle, y él saluda con el puño así, a lo proletario no crean. Ha añadido

que todos los obreros que quieran defender sus derechos, que vayan sin armas o con ellas al cuartel de la Montaña…

—No, si nosotros conocemos a un oficial que a republicano no le gana nadie…

—¿Qué, republicano? Éste, según me contó un gachó que estaba allá junto a mí, es de los buenos; socialista fetén.

—Entre los militares, como en los demás, hay de todo. Los hay buenos y los hay malos. ¿No le parece a usted?

Algunos califican de buenos y malos lo que otros califican de malos y buenos; esta noche lo propio es callarse. Lo que le preocupa es su hija Elvira, que estudia en la Universidad y anda con los de le FUE; no es que la chica sea de izquierdas, descreída, ni mucho menos, pero simpatiza con ellos. Y es que los jóvenes, ya se sabe, no siguen el camino de los padres. Su mujer se desespera, en particular por cuestiones que atañen a la religión; la chica es buena y, aunque moderna, tan decente como la madre, y eso es lo importante en una mujer, que luego cada época tiene sus costumbres. Le inquieta pensar que su hija, a primeros de julio se ha marchado a Navarra con sus primos, a pasar un mes de veraneo, y parece que en Navarra hay jaleo por todo lo alto.

El obrero y el matrimonio abandonan el local.

—Estoy haciendo tiempo, pero aquí donde me ven ustedes, si hay que ir a por los fascistas, pues se va; que a mí me sobra este par de manos y lo que me callo por respeto a la señora…

—Hace usted bien, yo, a mi edad… Y aquí, con la parienta nos retiramos, aunque si la República estuviera en peligro, sería el primero…

Las voces se van perdiendo; el dueño del bar, a quien no conoce porque aunque está cerca de su casa no habrá entrado más que cuatro o cinco veces, le mira y haciendo un gesto alusivo al que se ha marchado, le dice.

—Es de miedo, el tipo…

—Debe ser un extremista…

Mientras lava los vasos vuelve a hablarle como si entre ellos existiera una complicidad política.

—Pues que vayan con ojo, que en una de ésas les van a dar a ellos más que a una estera. Se creen que son los amos de Madrid, pero la pelota todavía anda en el tejado.

Hace vagos gestos afirmativos tratando de no comprometerse demasiado. ¿Cómo sabe este hombre que él es de derechas? Cuando se acerca el cerillero empujando con la escoba serrín, envoltorios de azúcar, colillas y caparazones de gambas, el dueño se calla.

Paga y se marcha. Lo mejor es regresar a casa. Ha visto y oído bastante. En la Glorieta de San Bernardo había una compañía de guardias civiles y en la acera opuesta lo menos un centenar de paisanos armados con fusiles. Ha preguntado discretamente y le han contestado que eran socialistas del centro de la calle Carranza. Paraban a los coches y pedían la documentación. Entonces él ha cruzado. Los guardias civiles no le han preguntado nada. La solución sería que a los guardias se les hincharan las narices y desarmaran a esa gentuza.

Queda poca gente por estas calles; las personas decentes tienen miedo. Nada bueno puede venir de estas revueltas. Le inquieta lo que decía el obrero del bar, un militar de uniforme por lo

visto, en mitad de la Puerta del Sol y hablando como un comunista. ¡A dónde va a parar la pobre España! Un gobierno fuerte es lo que el país necesita, un gobierno fuerte que vuelva a poner a cada cual en el sitio que le corresponde; a los de arriba, a los de abajo y a los de en medio.

Muchos van a quedar cesantes de resultas de estos desórdenes. Si triunfan las izquierdas, no está seguro de que no le hagan víctima de alguna jugarreta. No porque sea católico y vote a las derechas, que eso lo saben todos y le respetan y aprecian, sino por la envidia que le tienen algunos, entre ellos don Romualdo, que además de masón y cornudo (que lo es, las cosas como son) desde que le readmitieron cancelado lo de Asturias, se le ha movido la bilis y es capaz de una mala acción, no por masón ni por cornudo, que entre unos y otros se cuentan personas decentes, sino porque es mal nacido y a él no le perdona que al revisarle las cuentas le descubriera el pequeño desfalco.

Provincia de Alicante

Ocultando la cabeza entre las rocas ha encendido un cigarrillo. Lo cubre manteniéndolo encerrado en el hueco de la mano, mientras le da ávidas chupadas. En mangas de camisa tiene frío, y todavía no se ha quitado el susto de encima. Le duelen los pies y la fatiga le vence; se ha sentado al abrigo de estas rocas. No sabe en donde se encuentra. Las estrellas que lucen brillantes, en lugar de orientarle le desconciertan; supone que ha caminado tierra adentro en dirección opuesta al mar; lo quebrado del terreno le ha obligado a dar vueltas y no consigue formarse una idea de en dónde se halla.

Ha apoyado la escopeta en un arbusto; le quedan siete cartuchos. Los demás los ha disparado contra los guardias desde tan lejos que no cree haber tocado a ninguno; indudablemente les ha asustado, pues han abandonado la persecución y se han limitado a dispararle. Gracias a una pequeña vaguada que ha alcanzado a saltos, mientras las balas silbaban y rebotaban a su alrededor, ha conseguido escapar; cuando les ha vuelto a ver, y ellos probablemente a él, estaba tan distante que ni se han molestado en dispararle más.

La expedición de los falangistas de Callosa de Segura ha terminado en descalabro. No comprende qué ha podido suceder ni se ha detenido a pensarlo; su aturdimiento y su espanto eran tan considerables que hasta ahora sólo ha pensado en escapar. Le duelen las piernas; en su huida se ha golpeado con piedras y matorrales. ¿Qué hacer con la escopeta? ¿Dejarla escondida y regresar a buscarla cuando las circunstancias lo permitan? ¿O seguir armado? Si le cogen armado, le pueden matar. Pero el hecho de ir armado puede evitar que le cojan de la misma manera como antes ha ocurrido.

Hacia la derecha, se ve una lucecilla lejana; será alguna alquería. De buena gana se acercaría a pedir que le permitieran pasar la noche a cubierto. ¿Y si vive en ella algún socialista o un hombre de izquierdas y le denuncia? Una casa es un abrigo, si fuesen gentes de derechas, o simplemente buenos, le gustaría acogerse a esa casa, pero no se atreve a intentarlo. Tampoco sabe qué hacer, ni a dónde ir solo y perseguido.

De Callosa han salido en cuatro autocares; han pasado por la costa, por Guardamar y Santa Pola, y se han detenido en el barranco de Aguas Amargas no lejos de la playa. Antonio Maciá y Galiana, les han dejado medio ocultos en las cuevas y en las quebradas y se han marchado a Alicante a indagar la situación antes de entrar la guerrilla en la ciudad. No han regresado. Él se ha quedado adormilado; al despertarse, serían como las siete de la tarde, se ha alejado de los camaradas para hacer una necesidad. Se ha separado bastante hasta encontrar lugar en que no pudieran verle. Llevaba la escopeta porque no quería soltarla. Con sorpresa y espanto, ha advertido que en la carretera estaban estacionadas varias camionetas, y que guardias de Asalto iban rodeándoles a distancia. En ese momento han sonado los primeros disparos. Ha vacilado entre correr a reunirse con los camaradas, o por el contrario escapar del cerco; su posición favorable le permitía intentarlo.

El tiroteo ha durado bastante; las tercerolas de los de Asalto dominaban el estampido familiar de las escopetas de caza, y el sonido de las pistolas falangistas parecía infantil entre aquellos riscos.

Le han descubierto; él ha optado por disparar. Ha mantenido a raya a la pareja que le perseguía porque los guardias tenían que cruzar un terreno descubierto o dar un rodeo demasiado grande. En seguida ha apretado a correr, pero entre tanto ha podido ver cómo hacían prisioneros a muchos compañeros. Apenas tenían munición y bastantes estaban desarmados. En el cuartel iban a entregarles fusiles y ametralladoras. ¿Les habrán traicionado?

Desde una distancia considerable, cuando se ha detenido al amparo de un matorral para tomar aliento, ha visto que metían a los prisioneros en las furgonetas de Asalto; le ha parecido que algunos estaban heridos. Algo resulta evidente puesto que los guardias procedían de Alicante; o el ejército no se ha sublevado, o ha sido vencido.

Da las últimas chupadas al cigarrillo. Nota escalofríos que le recorren la espalda. Sopla una brisa que a través de la camisa le enfría la piel. Podría tumbarse a dormir y esperar que amaneciera; teme al frío y al desamparo en que se encuentra; teme estar próximo a la carretera y que mañana le cacen. Antes de anochecer ha creído divisar parejas de la Guardia Civil recorriendo la carretera en las inmediaciones de donde ha tenido lugar el encuentro. ¡Si supiera quién vive en esa alquería de la lucecilla! Les han detenido a todos; quizá les han matado. Andarán buscándole; no puede regresar a su pueblo, a su casa. Nota en la boca una sensación amarga y acuosa, una sensación que había olvidado; le recuerda su niñez. A estas horas habrá llegado a Callosa la noticia y su madre le supondrá muerto o prisionero. No está muerto ni prisionero: está abandonado en mitad de la noche y del miedo. De poco le sirve la escopeta heredada de su padre, un viejo republicano partidario de Blasco Ibáñez.

Zaragoza

Ha sonado la hora del ¡Sálvese quién pueda! Las calles desiertas resultan sumamente peligrosas; si por acá encuentran a un obrero, sospecharían que procede del Comité Regional. En la noche, los disparos suenan más recios y amedrentan, parece que todos hayan hecho blanco.

Asomado a la bocacalle vigila por si descubre alguna ronda. No se atreve a cruzar el Ebro; tiene la evidencia de que los puentes están vigilados. Si ganara el río se escondería por las orillas y quizá mañana le fuera posible refugiarse en casa de una mujer que en invierno vende castañas; le tuvo escondido en una ocasión en que las cosas se le pusieron mal y la policía le andaba sobre los talones.

Ramón Miralles lleva en el bolsillo la «parabellum» y un cargador entero de repuesto; a esas balas confía su salvación, a esas balas y a la casa de la castañera. Cuarenta y cinco años ha cumplido; hace catorce, cuando aplicaron la ley de fugas a Evelio Boal, a Domínguez y a Feliu, escapó de Barcelona. Era demasiado conocido; salió ileso por casualidad de un atentado que le hicieron los del Sindicato Libre en pleno Paralelo. Es diestro manejando la pistola; de algo tienen que servirle los muchos años que viene haciéndolo. En Barcelona se cargó a un patrono de Pueblo Nuevo, a un somatenista en Sans y a un esquirol; en Zaragoza también mató a un esquirol e hirió de gravedad en combate callejero a un policía. Tirador rápido, a pesar de la edad no ha perdido facultades; le disminuye el hecho de que no puede correr como antes por culpa del asma y la bronquitis. En sus tiempos barceloneses, más de una vez se había salvado gracias a las piernas.

Un pañuelo rojo y negro que llevaba anudado al cuello lo ha abandonado en el local de la plaza San Miguel. Es demasiado conocido; cinco veces encarcelado desde la implantación de la República; las que estuvo preso antes, cuando la Monarquía, ni se molesta en contarlas.

Cruza rápidamente la calle; si consiguiera alcanzar la plaza de las Tenerías, podría ganar las márgenes del Ebro. Estas callejas pueden convertirse en una cárcel.

Le han descubierto; oye voces de «¡Alto, alto!», y los pasos precipitados de los que corren tras de él. Le disparan; no oye silbar la bala; el simple estampido no le asusta. Corre por la calleja; en la travesía duda. Vuelven a dispararle; aparecen corriendo. Un sabor ácido le viene a la boca; la disnea le agobia. Protegido por la esquina abre fuego; les asustará. Los perseguidores se refugian en los quicios. Descargas de fusil retumban en las calles. Apunta con cuidado. Uno de los perseguidores cae gritando en mitad del arroyo; conserva el pulso. Vuelve a apuntar. Si se carga a dos o tres, los demás huirán como conejos.

Cuando se da cuenta es tarde: se le han acercado sigilosamente por la espalda. El cañón le aprieta en los riñones. No le da tiempo a girarse rápidamente y hacer fuego. Ni les ve; son varios. Está acorralado y encañonado. La «parabellum» cae al suelo; se sabe inerme.

—¡Le tenemos aquí! ¡Le hemos cazado!

Suda, jadea; no se atreve a volver el rostro. La amenaza del cañón en los riñones le descompone. El esquirol era un hombre viejo; él le obligó a meterse en el pasaje y le apoyó la pistola en los riñones. «¡No me mates! ¡Es que tengo hijos!». Levantó la pistola y se la descargó en la nuca. Un solo tiro; fue cuando la huelga de La Canadiense. Notará el arma en el cuello; después, nada. El esquirol viejo se derrumbó como si la chaqueta y los pantalones se hubiesen quedado vacíos.

Los del otro grupo han salido a recoger al herido; dos de ellos se lo llevan en volandas. El herido chilla. Un golpe violento le obliga a girarse; de un puñetazo le arriman a la pared. Le sangra el labio, va a limpiarse con el dorso de la mano.

—¡Arriba las manos!

Llegan los compañeros del herido; uno de ellos le pega con el cañón del fusil en el estómago. El más joven se agacha y recoge la «parabellum». Le cachean; no lleva más armas. Accionan el cerrojo de un fusil.

—A este hijoputa hay que pasarle por la piedra.

—Prefiero entregarlo en la comisaría; allá que hagan lo que quieran.

—No perdamos tiempo. ¡Tú! ¡Cara a la pared!

Un rostro se le aproxima y examina a la luz del farol. Los ojos iracundos, la boca le tiembla de rabia; apenas puede hablar. Le ha reconocido. No debió arrojar la pistola: preferible era morir matando.

—Pero ¿no le conocéis?

Con las manos se cubre de los puñetazos; una patada en la rodilla le obliga a doblar las piernas.

—¡Dejádmelo! ¡No me quitéis el gusto…!

Cesan los golpes; el que le ha reconocido se aparta y amartilla la pistola. Las voces de los demás resultan confusas, no las entiende. Una punzada dolorosa en la espalda al mismo tiempo que oye el disparo; se siente clavado por la cintura y cae al suelo; aún oye el segundo disparo.

El tercero se lo pega en la cabeza. El que le ha reconocido se guarda la pistola.

—¿Sabéis quién era? ¡Ramón Miralles y Treserras! Se la tenía jurada. No hará más mal a nadie; era un perfecto asesino.

—¿Os han herido a uno?

—Sí, en el muslo; le ha hecho migas el hueso.

Barcelona

Sobre la mesilla de noche hay una botella de coñac. Se sirve un buen chorro en el vaso y se lo bebe. Enciende el caliqueño que se le había apagado en el cenicero.

La alcoba está casi a oscuras, iluminada sólo por la escasa luz que entra a través del balcón abierto de par en par. Por otra puerta, también abierta, se distinguen los sillones de la peluquería, los secadores y demás enseres. Margot da media vuelta bajo la sábana y finge dormir.

Al anochecer, saltando de un terrado a otro, se ha corrido hasta el correspondiente a la casa de Margot. Después de dejar escondido el rifle en una cornisa ha descendido por la escalera, cuidando de que no le sorprendiera ningún vecino.

Así se hacen las guerras. Uno se harta de pegar tiros, después se acoge a un lugar cómodo, un inocente salón de peluquería de señoras, se atiza una rica cena, se toma su café, y a dormir con una mujer de bandera, porque a Margot, a pesar de que debe andar rondando los cuarenta, no hay pero que ponerle. Si no fuera porque mañana quiere estar en forma y ha de saltar por las azoteas, volvería a empezar dentro de un rato. Quimet Solé comienza a envejecer; le conviene economizar energías.

—Me vas a quemar las sábanas…

Hasta que se ha presentado en su casa con el rifle desmontado, disimulado en una bolsa de papel grande, hacía por lo menos tres años que no la veía. Más de diez se han cumplido desde que rompieron; Margot sigue igual, tan mujer de su casa, tan conservadora. Ya lo era cuando la sacó de la casa pública allá por el año veintitrés. Sí, hacia el veintitrés; la noche en que se cargaron a Evelio Boal; Margot trabajaba en «El Chalet Árabe». Recuerda que cuando los compañeros se despidieron, él estaba nervioso y fue a pasar la noche con ella, que era joven y andaba de costumbre muy solicitada.

—Te compraré otras de seda, mujer.

—Mientras no me busques la ruina… ¿Sabes que han estado registrando en la escalera?

—Pero acá ¿no han entrado?

—No, buscaban en el terrado; en la casa de al lado sí se han metido en los pisos. Querían matar a un viejo jubilado de la Guardia Civil.

—Yo estaba lejos; cuatro o cinco casas más allá. Mira si son idiotas.

—Ellos creen que disparan desde la iglesia. La querían quemar; como las puertas están cerradas, y no han podido forzarlas porque son de hierro, han estado disparando hacia el campanario y las ventanas; han destrozado los cristales.

—Te digo que son idiotas. El cura, que seguro que es de la Lliga, estará escondido debajo de una cama…, o encima. ¡Qué han de disparar los curas!

—No les conozco: sólo de vista. El párroco es viejo y hay otro que me mira con el rabillo del ojo, no te creas. Aunque aquí en el barrio me tienen por una señora, me da vergüenza ir a la iglesia. Si me fuera a vivir a otra ciudad, ¿ves?, sería distinto.

Le apoya la mano en la cadera, una mano peluda que luce un grueso solitario en el anular izquierdo. Como le aprieta, se lo quita y lo deja sobre la mesilla.

—Te dejo acá esto. Que no se me olvide; vale más de dos mil duros.

—Me lo podrías regalar…

—Ahora mismo: es lo que pensaba.

Riéndose le da un azote en el trasero. Las mujeres saben pedir, y ésta no es la excepción. Más le hubiera valido casarse con Margot. No lo hizo porque todos los compañeros habían estado con ella.

—Se me olvidó decirte que el general que lo manda todo se ha rendido. No sé, un nombre raro; ha hablado por radio.

—¡Trucos! Nadie se ha rendido. Que al anochecer ha debido de calmar la pelea, por eso no se oyen tantos tiros.

—He salido a la bacaladería a que me despacharan aceitunas; comentan que los militares pierden.

—Que no ganan parece más cierto, porque si ganaran ya habrían venido a ese Ateneo de mierda y no hubiesen dejado uno vivo. ¡Una cuadrilla de pistoleros! Pero yo hago mi trabajo, no creas. A uno le he herido y otro ha caído también. Les tengo a raya; van a quedarse sin munición. Si todos los tíos cacas que votan las derechas, de escondidas porque son como gallinas, hicieran lo que estoy haciendo, a estas alturas les tendríamos en el bolsillo. Corre mucho miedo, como la otra vez, que si no llega a ser por nosotros, cuatro jóvenes idealistas que

éramos, no queda un fabricante vivo. ¿Y cómo nos lo han pagado, di? Diciendo, si a mano viene, que éramos unos criminales.

—¿Y no podrías dejarlo ya? A tu edad… Que lo hagan otros.

—Mira, Margot; ellos, todos esos fabricantes y tenderos, se cagaban de miedo entonces. Después se pusieron a favor de la Dictadura, de la Monarquía, de la República; españolistas, catalanistas, lo que quieras, que así son. Cuando un hombre tiene ideas, lucha por ellas; y es que las ideas, Margot, se llevan en la sangre.

Con rabia da las últimas chupadas al caliqueño, que se le apaga, dejándole un sabor fuerte en la boca. Lo aplasta contra el cenicero. La chaqueta cuelga del respaldo de la butaca. En un bolsillo guarda la pistola con un cargador de los largos. Mañana volverá a su escondite y volverá locos a todos esos anarquistas del Ateneo Libertario. No lucha por dinero, sino por ideas. Es propietario de un negocio saneado que le permite vivir desahogadamente; podría quedarse en casa y no andarse jugando el pellejo por las azoteas. Puede caerse al saltar un patio interior y dejarse allá los sesos, o pueden descubrirle y acribillarle a tiros; y si lo cogen vivo le harán picadillo.

La mano blanda y perfumada de Margot le acaricia el vello del pecho; siente deseos de abandonarse a la caricia.

Resistir aquí es de locos y rendirse será aún mayor locura. Ramón Mola ha oído por radio la voz del general Goded; desde las ventanas de Dependencias Militares ha visto a unos tipos zarrapastrosos con los cascos de los soldados, los fusiles y las cartucheras, que confraternizaban con guardias de Asalto y hasta con civiles. Se han apoderado de los cañones, puesto que por la tarde han cañoneado la división. Todo ha terminado, pues, aunque aquí las noticias, por incoherentes, más pueden calificarse de rumores. En la plaza de Cataluña han sido vencidos y la artillería derrotada. Se sabe que los cuarteles se van entregando uno a uno. No hay engaño; para comprobar el desastre basta con asomarse al balcón. Ya lo sabía él; se lo anunció a su hermano Emilio: en Barcelona no triunfaremos. «Que cada uno cumpla con su deber». Bien. Su hermano es general y es quien dirigía todo este movimiento; ahora no puede preguntarle cuál es «su deber». Guardias civiles indisciplinados mezclados con mujerzuelas que se han vestido, mancillándolas, guerreras militares; gentuza, guardias de Asalto, anarquistas, separatistas, comunistas, juntos festejan el triunfo y afilan los machetes y los dientes. Sólo ellos resisten en Barcelona —resistirán hasta que les ataquen en regla— y, enfrente, los de Atarazanas. ¿Cuánto resistirán? Hasta la madrugada, o quizá menos; la iniciativa la tiene el enemigo, y de aquí no hay manera de escapar. Todo se hizo mal y Goded ha llegado tarde. Ha corrido demasiada sangre y no hay lugar a capitulación; las turbas no sólo les matarán, les arrastrarán. Él no tolera ni el insulto ni la humillación, y lo único que pueden esperar como prólogo de una muerte segura son insultos, humillaciones y martirios físicos y morales. Cada cual que haga lo que quiera, cada cual que obre de acuerdo con su conciencia. Su hermano Emilio —a sus órdenes, mi general— le recomendó que regresara a Barcelona, en donde estaba su puesto, y que cumpliera con su deber. Lo sabía y pensaba hacerlo así, no de otra manera.

Se oyen pocos disparos; no se percibe la calma propia de la noche, sino el acecho de las fieras que se regodean pensando en la sangre de sus víctimas. Un gran cansancio, una gran depresión, le van ganando el ánimo. La ciudad ha debido de convertirse en circo romano; a ellos les toca representar el papel de víctimas. No, no lo será; él es capitán del ejército, no cristiano primitivo; carece de vocación de mártir; quienes suponen que van a salvarse son unos ilusos. No les llegarán refuerzos de ningún sitio; la función, pues, ha terminado. ¿Perdón? Ni lo pedirá ni lo desea; ha jugado y ha perdido; eso es todo. Y, además, lo ha hecho a sabiendas. Durante un rato ha estado paseando por la amplia terraza situada sobre el pórtico del edificio. La Puerta de la Paz está a oscuras y la Rambla también. Se ha asomado; ha procurado no pensar en que cualquier tirador invisible le estaría siguiendo por el punto de mira, porque precisamente lo que deseaba, lo que buscaba, era que ese tirador invisible apretara el gatillo y que el disparo fuese certero. ¿No le han visto? ¿Esperan atraparlos vivos?

Ramón Mola entra en su despacho del Juzgado de Causas.

El ordenanza y un teniente vienen a buscarle y le hacen señas de que desean hablarle a solas. Les ve demudados. Ignora qué mala noticia pueden aún darle. Se las han dado todas.

—Don Silverio…

El coronel don Silverio Cañadas manda estas fuerzas heterogéneas —jueces militares, jefes de servicio, oficiales, soldados de infantería y de ingenieros, falangistas— que en el edificio de Dependencias Militares permanecen asediados, esperando el ataque que saben no podrán resistir.

—¿Qué ocurre?

—El capitán Mola se ha suicidado.

—¿Cómo dice, teniente? ¿Está usted seguro?

—El ordenanza ha venido a buscarme. Ha muerto de un pistoletazo, mi coronel. ¿Qué hacemos?

—¿Dónde…, dónde lo ha hecho?

—En su despacho, mi coronel. Ha quedado recostado sobre la mesa… Pero lo he comprobado: está muerto; empuña su propia pistola. Venga usted, mi coronel, lo verá…

—No necesito verlo. Usted, ordenanza, guarde el secreto; se lo mando y se lo ruego. Y usted, teniente, vaya con él, cierren la puerta con llave y me la traen. No quiero que se entere nadie; ustedes no se lo cuenten a los demás. La situación está fea, y esta triste noticia no tendería a mejorarla en absoluto.

—Descuide, mi coronel…

—Vayan y cumplan lo que les he mandado. El capitán Mola era un caballero. No puedo aprobar lo que ha hecho, pero… tampoco lo desapruebo…

Pamplona

La columna de García Escámez, con ciento cincuenta vehículos, ha salido camino de Madrid, es decir, de Logroño y Soria. Han llegado de Zaragoza armas y municiones. El diputado a Cortes y jefe de los tradicionalistas aragoneses, Jesús Comín, regresará mañana a Zaragoza para emprender un segundo viaje con más armamento. Entretanto, van a salir fuerzas de Estella para reducir a los revolucionarios que pueda haber en la Ribera, a fin de que el convoy no sea interceptado.

En Pamplona mismo, los elementos de izquierdas, que durante el día han estado desconcertados, cuando han comprobado que marchaba la columna parecen haber revivido, y en algunos barrios obreros se han producido tiroteos. El general Mola se desentiende de eso; a Beorlegui le ha nombrado jefe de Orden Público y le ha dado carta blanca. Que aplique la mano dura; los artículos del bando son suficientemente explícitos.

—Mi general; al teléfono otra vez don Joaquín Baleztena.

Tras de su mesa, en la pared está instalado el aparato telefónico. También cuelga del muro empapelado un termómetro-barómetro. En esta habitación, todo es sencillo, sobrio, impersonal. El general Mola coge el aparato que le da su ayudante. Don Joaquín Baleztena telefonea desde su casa solariega de Leiza, que desde esta mañana se ha convertido en puesto de mando del primer frente de guerra navarro, en la raya misma de Guipúzcoa. Han venido milicianos de Tolosa, y existe la amenaza de que una columna enemiga avance utilizando el ferrocarril del Plazaola. Don Joaquín, exdiputado y actualmente presidente de la Junta Foral Carlista de Navarra, auxiliado por algunos vecinos del pueblo, ha dispuesto la defensa. El comandante Tutor, de la guarnición de Valencia, que se hallaba en Pamplona con licencia, ha improvisado una pequeña columna de requetés y se ha trasladado a Leiza, por si el ataque fuera importante, evitar que los guipuzcoanos, republicanos, comunistas, nacionalistas, lo que sean, que poco se sabe, se cuelen en Navarra.

—Dígame, don Joaquín, ¿qué hay por ahí? ¿Ha llegado el comandante Tutor?

—Sí, don Emilio. Quería decirle que los rojillos y los separatistas vascos ya han llegado. Se han apoderado del cuartelillo de los Forales de Urto, a tres kilómetros escasos de aquí, y de un molino que hay. Don Venancio Tutor quería atacar y perseguirles hasta Tolosa, pero yo, que conozco el terreno y sé cómo se las gastan los tolosanos, le he aconsejado que esperemos a que amanezca. Ha montado una guardia de cuarenta hombres a la entrada del pueblo por si se decidieran a atacar ellos, que no lo creo.

—¿Está ahí el comandante?

—Ha quedado en la avanzada que le digo; el resto de la gente va a recogerse a descansar en mi casa para que mañana estén mejor dispuestos.

—Muy bien, don Joaquín; no dejen ustedes pasar a esos canallas.

—Descuide usted, mi general.

—Pues mucha suerte.

De Estella han salido fuerzas para Alsasua, nudo ferroviario con fuerte población proletaria; si el resultado de las elecciones puede utilizarse como estadística de posiciones políticas, el Frente Popular tuvo mil votos en Alsasua.

Un ordenanza se presenta y entrega un radio al comandante Fernández Cordón, que lo lee y se lo pasa al general.

Mola lee con atención; lo envía desde Sevilla el general Queipo de Llano: «Informan de Barcelona que desde azoteas hay tiroteos. Han disparado unos cañonazos. Se ataca al Gobierno Civil. Se oyen tiroteos de ametralladoras…».

Queipo de Llano es un optimista empecatado, o pretende darle ánimos suponiendo que los necesita. Las noticias que se tienen de Barcelona, desgraciadamente, son pesimistas. Por radio han escuchado la voz del general Goded; los términos en que se ha manifestado no dejan lugar a esperanzas. Su hermano tenía razón. En Barcelona está Ramón; habrá cumplido con su deber, como él le mandó que hiciera. ¿Adónde le habrá conducido el deber? En Barcelona también viven su padre, su cuñada y su sobrina. En la guerra como en la guerra.

—¡Este Queipo!

El fracaso de Barcelona, de conocerse, va a causar una impresión deprimente. Hasta el momento lo saben, o lo sospechan, quienes hayan estado a la escucha de la radio barcelonesa; no serán muchos. Conviene radiar desde Pamplona una noticia que, de empezar a correr rumores, los contrarreste.

—Que venga un escribiente; redactaremos un comunicado para que se difunda por radio inmediatamente.

Medita un instante; cuando al fin se sepa que Barcelona está perdida se habrán conseguido éxitos que compensarán la adversidad que ese fracaso representa. Y aún, ¿quién sabe lo que puede ocurrir en las próximas horas? No hay informes de Lérida, Gerona, Figueras, Mataró, Tarragona, Seo de Urgel. Podría enderezarse la situación.

El escribiente se ha presentado, papel y lápiz en mano.

—A ver, escriba: «En contraposición a la noticia completamente falsa transmitida por la emisora Radio España, según la cual el general Goded, que había desembarcado con tropas de Baleares, se había rendido a la Generalidad y hasta transmitido por radio un mensaje invitando a las demás guarniciones de España a cesar en el alzamiento, la Comandancia Militar de Navarra comunica a todos los españoles la noticia fidedigna, y recibida por conducto oficial, de que el general Goded se halla establecido con sus fuerzas en Montjuic. Y desde allí está bombardeando durante toda la tarde de hoy determinados puntos de Barcelona».

No sólo a tiro limpio se ganan las batallas; la astucia también cuenta, y el fin justifica los medios. ¡No faltaba más!

—¿Ha terminado de copiar? Que se radie por la emisora. No hemos de tolerar que las patrañas del enemigo queden sin respuesta adecuada.

—¿Manda usted algo más, mi general?

—Puede retirarse…

—A sus órdenes.

Sevilla

Mientras en zapatillas y en pijama se mantiene junto al aparato de radio en espera de noticias, su mujer, tumbada en la cama, lee una novela. Han desplazado el lecho, separándolo del balcón, porque, igual que ocurrió la noche pasada, se oyen disparos; no fuera a ser que entrara un proyectil.

Acaban de tocar el pasodoble *España cañí*; suena un toque de atención. Algún comunicado van a dar. Aumenta ligeramente el volumen para enterarse bien; escucha la voz del *speaker*:

¡Sevillanos! El ejército español, fiel depositario de las virtudes de la raza, ha triunfado rotundamente. Mas la victoria no ha de detener la labor depuradora que el país necesita, y por ello el general Queipo de Llano dicta el siguiente

BANDO

Primero. Toda persona que posea armas ha de entregarlas inmediatamente en la Jefatura de la División, en las Comandancias de la Guardia Civil, puestos de dicho Instituto o cuartel de la Alameda. Se hace la advertencia formal de que el que sea portador de un arma sin permiso de la autoridad militar podrá ser fusilado si infundiera sospecha de utilizarla en agresiones.

Segundo. Para poder distinguir a las personas de orden y amantes de la verdadera justicia, todos los que por tal se tengan deben presentarse al Gobierno civil o Jefatura de la División a ofrecer el concurso que su conciencia les dicte.

Tercero. Para facilitar la labor del ejército, se previene a todo el vecindario levante las persianas de los balcones, a fin de no dar sospecha a que de tal forma puedan encubrirse los agresores, advirtiéndoles que, de no observarse esta indicación, pueden sufrirse consecuencias desagradables.

Declarado el estado de guerra en el territorio de esta División, quedan en suspenso los permisos de verano concedidos a los señores jefes y oficiales, suboficiales y tropa, los que se incorporarán a sus destinos en el plazo más breve y por el medio de locomoción más rápido, exigiéndoseles responsabilidad a los que no lo efectúen.

¡Sevillanos! ¡Viva España republicana!

Noticias particulares aseguran que el general Mola ha entrado en Madrid, de donde había desaparecido el Gobierno.

¡Sevillanos honrados! A cuantos habéis cooperado en estos días, un abrazo.

¡Españoles! Volvamos a serlo con toda dignidad.

¡Viva España!

Cuando comienzan a sonar las notas del himno de Riego acciona el conmutador y cierra la radio. Desde la alcoba, su mujer le habla en voz alta:

—¡Qué lata! Eso ya lo habían dicho antes.

—Es para los que no lo hayan oído.

—Vuelvo a insistir en que deberías haberte presentado; los hombres han de dar la cara.

—No creas que me asustan los tiros… Aunque confieso que gracia tampoco me hacen. No deseo arriesgar la vida por una causa que no es la mía. Ya lo oyes, el himno de Riego. Queipo es republicano, lo sabemos, y aunque está llevando a cabo una labor patriótica y dando pruebas de mucho coraje, yo… la verdad… por el momento. Mañana veremos; antes de decidir sobre asunto tan grave he de cambiar impresiones con algunos amigos.

—Bien han acudido Barrau y los requetés…

—Los requetés son carlistas; que hagan lo que quieran. A mí me cuesta olvidar que Queipo se puso en contra de don Alfonso XIII.

—Lo que estás esperando tú es a que la situación se aclare.

—Y aunque así fuera, ¿qué? Los militares cobran para estos casos, son ellos quienes deben defender la patria cuando está en apuros. O va a reducirse su labor a pavonearse con el uniforme. Yo soy abogado, un hombre civil. Si creo que la patria me necesita, o que con las armas puedo servir a don Alfonso, no dudaré en alistarme. Entretanto, prefiero dar tiempo al tiempo. La bandera republicana no es mi bandera, no es la verdadera bandera española.

—Ahí llevas razón. Pero tal como está la situación, si Queipo pierde y los comunistas de las barriadas asaltan el centro, todo lo quemarán, como ya han quemado las iglesias, y a nosotras las señoras, ¿qué crees que harán con nosotras? Pues ya te lo puedes imaginar…

—No hables de eso, sabes que me disgusta.

—Son los hombres quienes han de defender la honra de sus mujeres cuando llega la ocasión. Y yo, te lo juro, si hubiera sido hombre, ayer por la mañana me voy con los Parias, Ignacio Cañal y aquellos que lanzaban gritos patrióticos. Yo no sé; tú eres demasiado prudente.

—En el café han dicho que a Chacho Benjumea le mataron ayer, conque ya ves…

—¡Qué tiene eso que ver! A las mujeres nos gusta que nuestros maridos sean… no sé como decirte… nos halaga.

Vuelve a conectar la radio; terminado el himno de Riego suenan los acordes de *Mi Jaca*. Por los balcones abiertos de par en par y con las persianas levantadas por dar cumplimiento a las órdenes, entran bocanadas de calor. Está sudando y se siente desvelado. La situación no se presenta demasiado clara. Escuchando a Queipo todo son victorias, y hasta asegura que el Gobierno ha huido de Madrid. Aprovechando que al atardecer no se oían disparos por las inmediaciones, ha bajado a la calle y como el café estaba abierto se ha quedado charlando con los camareros y los escasos parroquianos. Cada uno opina de distinta manera; pero los que escuchan Radio Madrid aseguran que el Gobierno se mantiene firme. Y así debe ser porque a primeras horas de la noche han bombardeado Tablada los aviones del Gobierno. Les han dado un susto terrible; temblaban los cristales y parecía que la casa se venía abajo. ¿Qué ocurrirá cuando las bombas caigan sobre Sevilla? Queipo no dispone de aviones ni medio para combatir los del enemigo. Un camarero cuyo hermano habita en el barrio de San Gil y que le ha telefoneado, cuenta que han matado a un cura y que lo han arrojado a la hoguera; han asesinado a otras personas de derechas. No le contará a su esposa que corre el rumor de que en Triana han violado a unas mujeres. Quizá no sea verdad; la gente se complace en hablar de violaciones, les excita. La voz de la radio le distrae.

—¡Atención, atención, sevillanos! ¡Atención, españoles!, les va a hablar el general jefe de la Segunda División, don Gonzalo Queipo de Llano. ¡Atención!

—Vuelve a hablar Queipo; algo interesante tendrá que comunicar.

La mujer abandona la novela y se incorpora en la cama apoyando el codo en la almohada.

¡Sevillanos! Soy un hombre que amo y ama sinceramente al pueblo y quiero hacerle hoy una advertencia para que no se deje seducir por aquellos que lo utilizan como instrumento de sus inconfesables apetitos.

Se me dice que los obreros de Sevilla han acordado la huelga general para mañana, lunes, y, como estoy encargado de mantener el orden a toda costa, me dispongo a combatir esa huelga general con la máxima energía. Si el derecho a la holganza puede ser sagrado individualmente, de ninguna manera es tolerable de forma colectiva y con fines político-revolucionarios de arruinar la economía del país. He dicho que estoy dispuesto a emplear las máximas energías para combatir esa huelga general, y a tal fin advierto que, en caso de que estalle, consideraré a sus organizadores incursos en el delito de rebeldía y, como a tales rebeldes, se les aplicará el castigo que marca la ley con el máximo rigor.

Caso de no ser habidos los responsables directos de la huelga general, serán pasados por las armas los comités directivos de todos los oficios que se sumen al paro.

Sevillanos: Ruego a todos que creáis en la sinceridad de mi advertencia. No soy hombre a quien le guste decir bravatas. ¡Pero soy hombre que nunca dejaré de cumplir aquello que dije! Por lo tanto, con estas palabras quedan seriamente advertidos todos los comités de los distintos oficios de Sevilla sobre la penalidad que les amenaza si secundan el criminal intento de huelga.

Ahora voy a dar otro consejo a otra clase de sevillanos. Aludo a quienes muestran su impaciencia porque no han llegado todavía las tropas de Marruecos, de que yo hablé en una de mis charlas anteriores. Cálmense los impacientes, tengan tranquilidad y prudencia. La deserción de algunos barcos de la Escuadra ha impedido el transporte de varias unidades, pero pronto se unirán a las fuerzas desembarcadas en Cádiz otras que están en camino y que llegarán mañana temprano.

Finalmente, comunico a los radioescuchas que, con objeto de dar descanso a mi garganta y para que no tengan que estar pendientes de mis emisiones sin horario fijo, en lo sucesivo hablaré tan sólo tres veces al día: a las 10 de la mañana, a las 3 de la tarde y a las 10 de la noche.

Como veis, la situación mejora por momentos, y pronto, muy pronto, será restablecida la paz en Sevilla y en toda Andalucía. ¡Viva España!

Al terminar la alocución se quedan un instante en silencio; él desconecta el aparato.

—Éste es un tío con agallas. Nada de contemplaciones con esa gentuza. Cuanto más se les da, más exigen. A ver quién es el guapo que hace huelga.

—Lo importante es restablecer el orden en la ciudad.

Oviedo

Fusil en mano hacen guardia en las galerías del cuartel que fue convento de Santa Clara. Los que con el comandante Alfonso Ros se han refugiado en el pabellón de Repuestos donde guardan las municiones y lo que es peor muchas bombas de mano, no ha podido averiguar cuántos son exactamente. Unos dicen más y otros menos. Dentro hay oficiales, guardias y también paisanos; desde hace un rato han dejado de disparar.

Por precaución y también por comodidad, se mantiene apoyado en una columna del que fue claustro del convento sin perder de vista las puertas y ventanas del pabellón protegidas por dentro con ruedas de autos y camiones. Si intentaran una salida desesperada que no le coja desprevenido. No les queda escapatoria, les tienen acorralados. Una ametralladora servida por guardias, enfila la puerta.

Junto a la puerta del almacén queda el cadáver de un guardia, que por su situación no ha sido posible retirar; lo han matado desde dentro. Dicen sus compañeros que se apellidaba Fonseca. Como el uniforme es tan oscuro y la luz escasa, apenas se le distingue, pero el cadáver produce cierta impresión, impone.

Como continuamente están entrando y saliendo del cuartel camaradas, le han ido llegando novedades de lo que ocurre en el resto de la ciudad. El comandante Caballero se ha presentado en el Gobierno Civil, ha destituido al gobernador y le ha detenido; no ha hecho resistencia. Los guardias encargados de proteger el edificio, se han entregado sin disparar. La Guardia Civil se ha apoderado de la Telefónica. En el cuartel de Infantería están presentándose voluntarios falangistas y de derechas; los militares han establecido una posición con ametralladoras en la loma de Pando.

Con los camaradas de su escuadra se reunían las noches pasadas en espera de órdenes y a comentar los sucesos en un almacén de la calle Independencia. Nada ocurría en la ciudad y el coronel Aranda les tenía desconcertados. Menos mal que se ha decidido porque más de uno empezaba a recelar de él porque se le considera republicano acérrimo. Republicano o no, ha sabido apoderarse de la ciudad y ahuyentar a los enemigos. Esta misma tarde obreros con camisas rojas, con pañuelos al cuello, con camisas azul celeste, todavía se permitían alardear.

Los que vienen al cuartel de Santa Clara aseguran que se han esfumado y que si descubren a alguno tienen orden de dispararle. Se acabó la mascarada, *La Internacional* y el UHP.

Confía en que mañana acudan más voluntarios; pocos son los que se han presentado en una ciudad como Oviedo, tan castigada el año 34; a los ovetenses no les queda más opción que jugarse la vida a cara o cruz. Se habla de sacar de la cárcel a los presos, pero la cárcel está en un barrio apartado. Detenidos están Cienfuegos y otros camaradas.

Protegiéndose en las columnas del antiguo claustro distingue a sus amigos Luis Castañón y Femando Alberti. Tenían ganas de que empezaran los tiros, más cuando se enteraron que en África había comenzado el movimiento salvador. Desde que captaron por radio, un poco por casualidad, la conversación que sostuvo el radiotelegrafista de la Alta Comisaría de Tetuán con el general Pozas que estaba en Madrid, en el Ministerio de Gobernación, la impaciencia les comía.

Desconfiaban de Aranda, afirmando que era amigo de Prieto, y que simpatizaba con los socialistas. Al coronel Aranda le encontró hace unos días frente a la taquilla del cine Toreno; él, que como periodista es indiscreto, tratando de sonsacarle le preguntó qué podía ocurrir como consecuencia del asesinato de Calvo Sotelo. Aranda, cuyo rostro es impenetrable pero la mirada expresiva y maliciosa, le contestó «Usted, Ricardo, vaya donde yo esté». Y así lo ha hecho; ha abandonado sus tareas en el periódico y aquí está, fusil al brazo, un flamante fusil de la fábrica de la Vega, montando guardia en el interior de este cuartel donde por la tarde se ha producido el primer choque sangriento. Ha disparado algunos tiros; después, en vista de que los hombres refugiados con el comandante Ros han cesado de hacer fuego, les han ordenado que tampoco disparen, y se mantengan al acecho.

Madrid

Para escribir las octavillas se han encerrado en el despacho del director de *El Socialista*.

El propio Indalecio Prieto les ha mandado que las redactaran y las imprimieran rápidamente en la imprenta del periódico. Tienen intención de arrojarlas al amanecer sobre el cuartel de la Montaña.

Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, se ha sentado ante una de las máquinas de escribir; están con él dos redactores, Albar, miembro de la Ejecutiva, y Velázquez. Redactar una octavilla dirigida a los soldados, otra a los ciudadanos en general y una tercera a los trabajadores, aunque parezca quehacer sencillo para periodistas de pluma fácil, les resulta sumamente arduo, dadas las circunstancias y el estado de ánimo en que se hallan tanto ellos como el resto de los españoles.

El humo flota en el despacho. Teclea la máquina; se oye la repetición insistente de uno de los tipos efectuando una tachadura. Los que redactan a mano sobre cuartillas corrigen a su vez.

—¿Qué os parece esto?

¡Soldados! En curso de extinción el criminal intento de la parte fascistizada del ejército, el Frente Popular, que está en un todo identificado con la República y su Gobierno, apela a vosotros para que reforcéis con vuestros cuerpos y fusiles la autoridad legítima de la República, cooperando con las fuerzas populares, que están en pie de guerra y no tienen otra divisa que la clásica: «Vivir libres, o morir». Vosotros, soldados, sois carne y sangre del pueblo. De él venís y a él será forzoso que volváis. Pensad en

vuestro mañana, soldados, si consentís o cooperáis a que el pueblo sea sumido en las más negras de las servidumbres. Se juega ahora una batalla decisiva para la libertad de España. Vuestros fusiles, soldados, pueden contribuir a romper los dogales que el fascismo está forjando para vuestros padres y para vuestros hermanos, que vencieron el 16 de febrero, y cuya victoria estáis en el deber de defender.

Soldados: ¡Ayudadnos en estas horas decisivas y sumad vuestros esfuerzos a los del Frente Popular, a los de la República, a los de España! —*El Comité de Vigilancia del Frente Popular*.

—No sé; es la primera vez que oigo una proclama semejante. ¿No debería de hablarse más claro? Lo que se pretende es que los soldados se subleven contra sus jefes…

—¡Naturalmente! Pero hay que emplear un lenguaje moderado, no se tomen el rábano por las hojas. Advierte que deben sublevarse únicamente en caso de que los jefes se pongan al lado de los fascistas.

—Es cierto; hay regimientos que permanecen leales. No pudiendo dar instrucciones concretas, resulta peligroso.

Por los balcones abiertos penetra el estruendo de una descarga seguida de algunos disparos. Abandonan el trabajo y se asoman al balcón. Nada de particular se observa; el bulevar, desierto, aparece iluminado por cuatro hileras de faroles. Un centinela con fusil que monta guardia a la puerta de la sede del Partido Socialista, se adelanta hasta el centro de la calle con el arma dispuesta. Cuando regresa a su puesto, Julián Zugazagoitia, le pregunta desde el balcón:

—¿Se ve algo?

—No, nada. Ha sido ahí cerca.

Suenan nuevas descargas que la noche y el eco multiplican.

—¡Zambomba!

Entran del balcón. Zugazagoitia encarga a un redactor que se llegue a la Glorieta de San Bernardo, donde un centenar —una compañía— de milicianos socialistas están destacados al mando del redactor Angulo, junto a otra compañía de guardias civiles. Le recomienda que trate de averiguar cuál es la actitud de la Guardia Civil; sienten hacia el Cuerpo natural recelo.

Continúan redactando las cuartillas; una onda de pesimismo ha cruzado por el despacho del director de *El Socialista*. Albar parece preocupado; se levanta y se aproxima a la mesa de Julián Zugazagoitia.

—El Gobierno se dispone a mover la aviación; lo que a estas horas ignora el Gobierno es qué harán los aviadores; si arrojarán las bombas sobre el cuartel de la Montaña o fuera de él, sobre los asediadores. La duda, desgraciadamente, parece estar bastante justificada.

Zugazagoitia le mira a través de sus gruesos cristales de miope. Albar, ha estado reunido con la ejecutiva del Partido y por tanto con Indalecio Prieto, que pasa por ser el hombre mejor informado de España. Todo pende de un hilo, la falla de cualquier resorte puede conducirles a la catástrofe.

Sobre las cuartillas vuelve a correr la pluma.

Ciudadanos: Una nueva intentona fascista, y esta vez con todas las agravantes y la máxima copia de recursos, se ha producido contra vosotros. Que ninguna consideración especiosa deforme vuestro juicio. El hecho es éste: los fascistas, auxiliados por una parte del ejército que España mantiene para que guarde sus instituciones, no para que las ataque por la espalda, se han alzado contra la República. La finalidad era sencillísima: extinguir el régimen de democracia y de convivencia civil y montar sobre vuestras cabezas el tinglado monstruoso de una dictadura de señoritos y de milites desleales. Históricamente, la traición recibirá los más acres calificativos. Porque en ella culmina, sobre una falta de sentido del deber, una

ausencia morbosa de amor a la Patria dolorida. Dos conductas ruines os darán, ciudadanos, la medida del grave delito de lesa Patria: Una, insurreccionarse frente a los indígenas, en una tierra de protectorado que Europa nos ha confiado para civilizarla; la otra, lanzar a las fuerzas regulares y del tercio contra la población pacífica de las plazas de África y pretender dirigirlas a la Península para que empleen su mercenaria ferocidad en vuestros hogares de hombres libres, como en Asturias hicieron.

Ciudadanos: No hay motivos para perder la serenidad. El Gobierno, que os representa legítimamente, tiene en sus manos los nudos de la acción de castigo, y con la ayuda magnífica de vosotros mismos está dominando, uno a uno, los focos de la rebeldía. La Escuadra, con la marinería tremante de pasión republicana, ha aislado a África y se dispone a bombardear los puertos en que se resistan los facciosos. Toda España hierve de entusiasmo civil y los ciudadanos se alistan a las milicias para imponer el orden y la ley. Vuestra ley y vuestro orden, que los traidores han querido aniquilar en aras del fascismo, que es la guerra civil, la indignidad y la muerte de vuestras viejas y hermosas libertades.

Ciudadanos: Con el corazón fuerte y la cabeza clara, defendamos el honor de España. Que no desmaye vuestra fe. El fascismo, de esta hecha, quedará aniquilado bajo la voluntad de nuestra Patria libre, de nuestra querida tierra, ensangrentada por la traición. Saldrá la República depurada de sus infortunios gracias a una ciudadanía que sólo anhela trabajar por su engrandecimiento, trabajar en paz y fecundamente. — *El Comité de Vigilancia del Frente Popular*.

Julián Zugazagoitia no consigue dominar la inquietud; las noticias que se reciben en la redacción no son optimistas, salvo las de Barcelona. Ayer, él mismo publicó que en Sevilla las tropas rebeldes estaban casi derrotadas; no es cierto. A primera hora de esta noche aviones leales han bombardeado el aeródromo de Tablada, pero su eficacia es relativa. En Madrid, nadie sabe lo que va a ocurrir si los militares actúan con energía y unidad. Cualquier conspiración tiene la ventaja del secreto; se desconocen los planes del enemigo y la fuerza con que cuentan. Si del Norte y de Castilla envían columnas sobre Madrid… Que el coronel Aranda se ha sublevado en Oviedo está confirmado, a pesar de las seguridades que daba el gobernador Liarte. ¡Qué tremendo fracaso el de estos gobernadores demócratas que impuso Casares!

Se entreabre la puerta; levanta la cabeza.

—¡Zuga! ¿Puedo pasar?

El redactor que ha enviado a la Glorieta de San Bernardo está de regreso.

—He hablado con Angulo; tranquilidad en aquel frente. Los compañeros siguen sin municiones, pero armados con excelentes fusiles.

—¿Qué eran esas descargas?

—Nadie lo sabe. Angulo me ha contado que mientras sonaban y a ellos les parecía que disparaban allí mismo, los guardias civiles permanecían impasibles sin volver siquiera la cabeza, y que los oficiales charlaban y fumaban como si no oyeran los disparos.

—¡No me digáis! Los civiles son cojonudos… De todas maneras, buen indicio… Por un momento temí que fueran ellos quienes disparaban contra nuestra milicia.

—¡Ah! Y el capitán «Kalaka» me ha recomendado que te dijera, que «siempre a tus órdenes»; se le contagia la jerga militar. Angulo es un militarista solapado.

La noticia le alivia; nada ocurre por ahora y la noche avanza. El Gobierno va extremando las precauciones, las milicias populares toman posiciones alrededor de los cuarteles. En todo caso habrá lucha, una lucha sangrienta, porque esta vez el pueblo de Madrid está dispuesto a luchar.

Coge el montoncillo de cuartillas y lee:

Trabajadores: Atenta a la voz de los organismos responsables, consciente además de sus deberes en las circunstancias actuales, la clase obrera española, sin distinción de matices, se ha puesto bravamente en pie para hacer frente con las armas a la traición de los militares que, pisoteando su juramento de honor, han querido ahogar en sangre a la República para sumimos en la dictadura ignominiosa del fascismo. El ejemplo de la clase obrera, magnífica en su espíritu combativo, es la mejor garantía de que el fascismo, pese a todas las brutalidades puestas en juego, no pasará. No pasará, porque la clase obrera le opone una barrera infranqueable, que ningún peligro hará flaquear. Contra el fascismo, camaradas, nos lo jugamos todo sin vacilaciones de

ninguna clase. Un vacilante es, en los momentos actuales, un inservible. Un cobarde, por añadidura, un traidor a su propio interés y, por consecuencia, al interés de todos, que es el que, contra todo y por encima de todo, estamos obligados a defender. A costa de lo que fuere, la victoria de la República y de la clase obrera se impondrá plenamente. ¡Camaradas! Aprestaos no a la defensa, sino a la ofensiva. Contra el fascismo no cañen blanduras. Por el triunfo de la clase obrera y de la República, cada militante necesita convertirse en un combatiente resuelto a vencer a todo trance. Corazón firme y cabeza serena. ¡Adelante, trabajadores!

Madrid, julio de 1936. — *El Comité de Vigilancia del Frente Popular*.

Julián Zugazagoitia ha añadido algunas comas a medida que leía. El encargo que le han hecho, queda cumplido; se dispone a enviar las cuartillas a la sala de máquinas. Debería estar satisfecho. Un secreto malestar le acongoja, se esforzará por disimularlo. Abate la cabeza, un minuto de calma, un minuto de silencio.

El teniente Orad de la Torre, miembro del Partido Socialista Español, a pesar de que como militar su nombre no figure oficialmente inscrito, ha instalado su media batería, dos piezas del siete y medio, en el centro de la plaza de España cerca del monumento a Cervantes. Don Quijote y Sancho Panza desde sus esculturas de bronce, parece que asistan a las maniobras. Sancho, pueblo, testigo mudo, y don Quijote levantando la mano, no se sabe si dando órdenes o protestando, pues es de suponer que no sea saludo fascista lo que hace, si bien ¡vaya usted a saber!

El cuartel de la Montaña, a un par de centenares de metros, presenta aspecto de fortaleza. No se descubre luz en las ventanas: ¿qué se maquina ahí dentro? ¿Cuáles pueden ser las intenciones de sus jefes? Algo cierto; están acuartelados y no acatan las órdenes del Gobierno. Al amanecer, de no entregarse los sublevados, se iniciará el ataque. Estas dos piezas, las únicas de que por ahora dispone el Gobierno, tendrán que rendirlos o abrir brecha para el asalto.

El teniente coronel Vidal y su hijo andan gestionando unas piezas del quince que, de conseguirlas, emplazarán junto a la iglesia de los carmelitas.

El aspecto de la plaza de España es tan animado como un día de fiesta; aunque de distinto signo; los guardias de Asalto han tomado posiciones en las azoteas próximas; con ametralladoras y mosquetones batirán las aberturas del cuartel; de otra forma si los rebeldes abren fuego bien dirigido las piezas no podrán mantenerse en el lugar que ocupan. Por precaución están levantándose barricadas. ¿Quién y de qué manera puede mandar esta fuerza entusiasta e indisciplinada? Se ignora quién dirigirá el ataque; se habla de un comandante de la Guardia Civil, se habla del teniente coronel Asensio, algunos suponen que la dirección de las operaciones la llevará el general Riquelme.

La media batería la mandará él; para evitar confusiones, no se aparta de las piezas. Desde hace un rato al teniente Orad le ha asaltado una inquietud. ¿Qué piensan los mandos de la Montaña? ¿Cuáles son sus propósitos? Quedarse dentro y permitir que alrededor se establezca un cerco en regla equivale al fracaso a corto o largo plazo; cualquier militar y cualquier civil lo saben. Han de intentar una salida. ¿Cómo, con qué medios y en qué momento? Es lo que desearía saber. En el cuartel han entrado voluntarios y de armamento no carecen; pueden efectuar una salida rápida y violenta protegida por fuego de morteros. ¿Qué ocurrirá entre los

asediantes, fuerzas diversas, indisciplinadas, entre cuyos efectivos predomina un paisanaje probablemente valeroso, pero no fogueado?

En Madrid la lucha va a plantearse en dos puntos distintos; en el cuartel de la Montaña y en los Cantones; debe evitarse que las fuerzas de ambos núcleos lleguen a juntarse. En eso consiste el plan. Si en una salida audaz los de la Montaña se apoderan de las piezas, contarán desde ese momento con un elemento del cual ahora carecen: artillería.

Al servicio de los cañones, para ayudarle en lo que convenga y como prácticos que son en el manejo de explosivos, han adscrito a la batería a unos cuantos mineros asturianos de los que esta tarde llegaron a Madrid.

—¡A ver, vosotros! Deseo que me preparéis un dispositivo por medio del cual, en un momento de apuro, supongamos que hicieran una salida esos tíos y no pudiéramos detenerles, podamos volar las dos piezas. ¿Resulta fácil preparar eso?

El más viejo, antes de contestar, examina los cerrojos de los cañones; observa el centenar de proyectiles, unos alineados y dispuestos, otros en sus cajas.

—Sí, camarada teniente. Podemos prepararlo en un momento. Nosotros tenemos mecha y dinamita. De paso se puede hacer volar, siempre que convenga, la munición, no fuera a ser que la cogieran los fascistas.

—Pues manos a la obra; pero, entendido, pase lo que pase, que nadie encienda la mecha hasta que yo lo mande.

En Vallecas, junto a la Casa del Pueblo, se organiza un batallón de milicias integrado por socialistas y comunistas. Miembros de la CNT se han presentado a reclamar fusiles; tras algunas discusiones el teniente coronel Víctor Lacalle, encargado de formar el batallón y de mandarlo, les ha cedido veinticinco, y a pesar de que han seguido protestando, han acabado por marcharse.

Los directivos de la Casa del Pueblo son los encargados de la distribución, previa presentación del carnet sindical. Disponen además de cuatro ametralladoras. En Vallecas se está procediendo a una activa requisa de coches y camiones, pues necesitan elementos móviles para trasladar el batallón a donde convenga. En principio, se les ha señalado como objetivo el cuartel de artillería de Vicálvaro. Por lo menos se impone neutralizarlo, impidiendo que en caso de que salieran las tropas puedan enlazar con los sublevados de Getafe; o cerrarles el paso a Madrid, si es eso lo que pretenden. Constantino del Moral, un suboficial que encontró en el Ministerio cuando empezaron a realizarse las gestiones, se ha convertido en su mano derecha. El entusiasmo y capacidad que Constantino pone en la organización compensa la dificultad que representa formar una unidad militar con estos militantes socialistas y comunistas.

Arengas, .sugerencias, alborotos, atruenan el ambiente. Se instruye con rapidez a los paisanos; pero al mismo tiempo ha resultado necesario organizar guardias y patrullas para asegurarse contra un posible ataque por sorpresa de los rebeldes. El batallón, mejor o peor, va formándose; todos son voluntarios y entusiastas, están resueltos a combatir, muestran deseos de hacerlo. Lo harán tan pronto como se les presente la ocasión.

El teniente coronel Víctor Lacalle, se ha quedado ronco. Las órdenes, sólo a medias obedecidas; han de darse a gritos.

La formación no es marcial en apariencia. Los milicianos fuman y charlan; más que compañías o secciones, forman corros. Algunos, regularmente veteranos del ejército o de espíritu más disciplinado, se ponen firmes a su paso en forma reglamentaria, o le saludan levantando el puño, un nuevo saludo militar recién inventado; el saludo del pueblo en armas.

—A fin de que las ametralladoras estén abastecidas, de momento, no se os proporcionará más que un par de peines por cada fusil. Por tanto, tenéis que economizar la munición y no disparar más que sobre blanco seguro. Cada disparo un fascista; ésta es la consigna.

A la luz de un farol el suboficial alecciona al «pelotón de los torpes».

—Supongamos que el blanco está a quinientos metros… ¿Qué tenéis que hacer?

En la Casa de Campo, el coronel Mangada prepara otro batallón. Su prestigio personal entre militantes obreros y afiliados a los partidos de izquierda hace que aumente continuamente el número de los alistados. En otros lugares de Madrid, el teniente coronel Marina y los comandantes Fernández Navarro y Aparicio, asistidos por oficiales y suboficiales republicanos, socialistas y comunistas, improvisan batallones. En el centro de Madrid y en sus barrios, miles de paisanos ¿veinte, treinta, cuarenta?, a estas horas de noche, bien, regular o mal armados, incluso sin ningún arma, se disponen a la pelea. Y entre esos ciudadanos no faltan las mujeres, algunas de las cuales por su cuenta o recurriendo a amistades personales o a influencias políticas, también se han proporcionado armas.

Lo más importante para que el prestigio de un jefe se mantenga intacto es dar sensación de seguridad a sus subordinados; aunque él no la tenga. El general Fanjul lleva varias horas dentro del cuartel de la Montaña, y está convencido de que se encuentra aislado. Las últimas noticias traídas por el capitán Betancourt, que ha salido y entrado varias veces en misión de enlace, son que el Gobierno con las fuerzas de que dispone, apoyadas por el populacho armado, establece un cerco en regla. Probablemente a estas horas, nadie puede salir del cuartel ni entrar en él, ni siquiera amparado en la oscuridad. Si las luces del cuartel se han apagado por precaución, los asediadores han hecho otro tanto con el alumbrado público.

Para establecer un plan y para llevarlo adelante lo primero es conocer con qué fuerzas se cuenta, y si resulta factible, tener idea aproximada de las del enemigo. Nada de eso es posible. Durante la tarde han salido con gran riesgo distintos enlaces; las noticias con que han regresado no son alentadoras. El capitán Querejeta, acompañado por un cadete, ha recibido una negativa rotunda por parte del coronel del Regimiento núm. 2 de Infantería, y el capitán Alcántara también se ha estrellado en el Regimiento de Carros de Combate. No están dispuestos a sublevarse; por consecuencia, no reconocen su autoridad sobre la guarnición de Madrid, sino la del ministro de la Guerra y la del general de la división, que ni se sabe a estas horas quiénes son. El peor golpe ha sido la defección, que ya parece irremediable, de la Guardia Civil; según le aseguran estaban comprometidos. Es posible que en las conspiraciones, los más exaltados o entusiastas cometan un error; hablar en nombre de todo un cuerpo o unidad. Y lo que resulta

más trágico es que inducen a error, al grave error de contar con fuerzas que luego no apoyan y aun que se ponen en contra.

Con Getafe, con Vicálvaro, con Carabanchel, no ha podido comunicar durante la tarde; aprovechando las últimas luces ha intentado vanamente hacerlo por medio del heliógrafo. Cuando ya desesperaba, hace un par de horas ha conseguido establecer comunicación telefónica con el campamento. Ha hablado con el general García de la Herrán. Hacia las cuatro de la madrugada saldrá el regimiento de Artillería a caballo y del cuartel de la Montaña saldrá a su vez una columna a su encuentro. No se han tratado los pormenores que se dejan para el último momento; y ahora, el general Fanjul, se pregunta si el proyecto es viable. Con las fuerzas de que dispone en el cuartel ¿puede pensar en una salida rodeados como están de ametralladoras, dos coches blindados acechándoles, y miles de paisanos que abrirán fuego contra ellos apoyados por guardias de Asalto y probablemente civiles?

Lo que cuesta es decidirse; lo cauto es hacerlo de acuerdo con las circunstancias que se den en el momento oportuno; al cuartel de la Montaña podría estarle reservado otro papel importante. Resistir, fijar fuerzas enemigas, dar lugar a que la columna del campamento avanzara sobre al ciudad y se apoderase de ella. Mientras, de Getafe y Vicálvaro se cañoneaban los aeródromos que apoyan al Gobierno. Él nada sabe, nadie le ha informado como debieran haberlo hecho, pero es de suponer que han salido hacia Madrid columnas de Burgos, Zaragoza y Pamplona, en cuyo caso la distracción de fuerzas enemigas equivaldría a abrir a esas columnas las puertas de Madrid. Para ello bastaría mantenerse a la defensiva en el interior del cuartel.

Medidas encaminadas a la defensa del edificio han sido tomadas; se han subido ametralladoras a los tejados que dominan una zona más amplia y ofrecen parapeto natural; se han protegido las aberturas con colchones y chapas metálicas; las guardias oportunas están establecidas.

La guarnición de Madrid debió haberse lanzado sobre la ciudad ayer por la mañana; ésa es la verdad. Desde los balcones no se descubre porque la oscuridad es total; pero sí se oye el rumor de una muchedumbre que rodea el cuartel. En las azoteas, en las esquinas, en las calles que afluyen, en la plaza de España, se presienten multitud de enemigos.

Tomadas las precauciones y manteniéndose alerta para lanzarse sobre cualquier oportunidad favorable que pueda producirse, lo único que puede hacer el general Fanjul es permanecer sereno, o aparentarlo.

Al volante de su coche, por la calle de Alcalá arriba tuerce hacia la Gran Vía, que aparece iluminada y desierta.

El comandante Hidalgo de Cisneros acaba de salir del Ministerio de la Guerra, en donde ha estado dando órdenes a los aviadores de Getafe precisándoles los objetivos que deben bombardear y hora en que deben iniciar el ataque. En un sobre lleva a la plaza de España las órdenes para que el ataque por tierra se combine con el aéreo, y para que conozcan los pormenores de cómo se efectuarán las incursiones de los aviadores.

Cuando su automóvil asciende por la Gran Vía iluminada y solitaria hacia la Red de San Luis, una patrulla de hombres armados se le cruza en la calzada cerrándole el paso. Da un frenazo corto. Uno de los paisanos, un obrero, abre la portezuela y le apoya en el costado una pistola ametralladora. Los otros, armados de pistolas, han rodeado el vehículo. Por los pañuelos rojinegros les identifica como anarcosindicalistas.

—¡Venga! Tú, abajo.

Con satisfacción se dirige a los demás de la patrulla.

—Ya tenemos uno.

Desciende del vehículo; es mejor no oponer resistencia. El elegante uniforme y su bigote recortado, le dan el aspecto de los militares de casta, que hace dos días se están sublevando en toda España, de aquellos a quienes el pueblo y como pueblo que son, estos anarquistas están dispuestos a aplastar. El carnet militar no le sirve para demostrar nada; de ser uno de los rebeldes llevaría idéntico documento. No posee ningún carnet político puesto que como militar, no figura afiliado a ningún partido. Sin embargo, tiene que salir de la peligrosa situación en que se halla.

—Os felicito por lo bien montado que tenéis el servicio de vigilancia; no permitáis que pase nadie sin averiguar quién es y cuáles son sus intenciones.

Procura mantener la serenidad, cualquier error puede costarle caro; están resueltos a disparar contra él.

—Ahora os ruego que no me hagáis perder tiempo; soy uno de los jefes del aeródromo de Getafe, voy hacia la plaza de España con instrucciones del Ministerio para dirigir el bombardeo aéreo contra los rebeldes.

—¿Qué documentos llevas? ¿Cómo sabemos si lo que cuentas es cierto y no eres un fascista?

—Acompañadme un par de vosotros. Allá os convenceréis; los jefes leales me conocen.

Se le quedan observando; aún desconfían. Cuando el de la pistola ametralladora baja el arma, los demás dejan de apuntarle.

—Tú, ¿qué hacemos?

Tiene prisa por salir de esta situación. Aprovechando que los anarquistas vacilan, sube al coche y pone en marcha el motor.

—Lo siento, voy en comisión de servicio; no me está permitido entretenerme. ¿Subís o no?

No se mueven, tampoco se oponen a su marcha. Cierra la portezuela y arranca. Los anarquistas se retiran y le dejan partir; les observa inquieto por el espejo retrovisor.

Aprieta el acelerador, el motor ronca por la Gran Vía arriba hasta que corona la Red de San Luis. Más allá del Capitol, las luces apagadas dan a este sector de Madrid un aspecto de ciudad en guerra.

El barrio ha quedado a oscuras; resuenan las pisadas de los de Asalto que patrullan por las aceras. Están poniéndole cerco al cuartel de la Montaña.

Mariano García, secretario administrativo de Falange Española, y Manuel Mateo, delegado nacional de las CONS, se encontraron hace unos días en la Gran Vía. Como ambos andan perseguidos y no pueden presentarse en sus domicilios, se han acogido a la hospitalidad que les han ofrecido los dueños de esta imprenta, situada en la calle Ventura Rodríguez casi junto a Ferraz.

Ayudados por algunos familiares y obreros de confianza, y fuera de las horas de trabajo, han tirado el número 4 de la revista *No importa*. Han dejado un espacio en blanco, pues José Antonio desde Alicante ha prometido una colaboración relacionada con la muerte de Calvo Sotelo, y ha mandado a Mariano García que espere antes de lanzar el número a la calle. Los acontecimientos se han precipitado; en las últimas horas, cumpliendo una nueva orden del jefe nacional transmitida por Galcerán, han impreso setenta mil octavillas con un manifiesto redactado en la prisión de Alicante, octavillas que deben lanzar sobre Madrid y otras ciudades, si conviene, algunos aviadores comprometidos.

Manuel Mateo, navarro de nacimiento, de treinta años de edad, fue secretario de las Juventudes Comunistas; hace un par de años se afilió a Falange y actualmente dirige sus sindicatos obreros. Amigo e ideológicamente próximo a Ramiro Ledesma Ramos, estuvo a punto de aliarse con él cuando el intento de escisión que terminó con la expulsión de Ramiro. Pertenece al ala izquierda y revolucionaria de Falange, pero en aquella ocasión creyó que cualquier escisión sería contraproducente y decidió permanecer fiel a José Antonio Primo de Rivera. Como su oficio es el de tipógrafo ha colaborado en la impresión de los manifiestos con los dueños del taller.

A media tarde otro falangista se ha presentado con ánimo de refugiarse en la imprenta, Vicente Gaceo, colaborador de *Arriba*, que ha intentado introducirse en el cuartel de la Montaña sin conseguirlo.

Fresca la tinta, los setenta mil manifiestos están amontonados. ¿Quién va a venir a recogerlos, rodeados como están por fuerzas hostiles? Han decidido disimularlos en espera de ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Los guardarán amontonados en distintos puntos cubriéndolos con impresos comerciales del mismo tamaño y con los cuadernillos de una biblia protestante que tienen en la imprenta pendientes de encuadernación.

Resulta difícil desde el interior del almacén averiguar de dónde proceden unos disparos que acaban de oír; cualquier ruido parece muy próximo en el silencio que domina este barrio.

A Manuel Mateo no le complace el tono en que está redactado el manifiesto. Como si José Antonio hubiese perdido el pulso, la fibra revolucionaria, que a pesar de su origen social es capaz de imprimir a sus discursos y a sus escritos. Ojea uno de los manifiestos; alguno de los párrafos le sobra.

> … Si aspirásemos a reemplazar un partido por otro, una tiranía por otra, nos faltaría el valor —prenda de almas limpias— para lanzarnos al riesgo de esta decisión suprema. No habría tampoco entre nosotros hombres que visten uniformes gloriosos del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia Civil. Ellos saben que sus armas no pueden emplearse al servicio de un bando, sino al de la permanencia de España, que es lo que está en peligro. Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario, ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja…

Manuel Mateo detesta y teme a los reaccionarios, a los derechistas blandos, y desconfía del ejército. Derrotar al Frente Popular tiene una justificación: sustituirlo para implantar la revolución nacionalsindicalista. El Punto veintisiete de la Falange es sagrado; se lo sabe de memoria:

> Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio.

¿Ha llegado la lucha final? ¿Está realmente asegurado el predominio falangista? El manifiesto está fechado en la prisión de Alicante hace sólo tres días. Fuerza es obedecer. Pero sospecha que esta sublevación militar no es la revolución nacionalsindicalista por la que se comprometió a luchar. Obedece, eso es todo, y se traga las reservas mentales.

—Dígame, Mariano, ¿quién va a venir a buscar estas octavillas? ¿Y cómo las sacamos de aquí si estamos rodeados?

—Lo veo un poco difícil… por el momento. Los del cuartel algo tienen que intentar; la situación puede resolverse en cinco minutos. Los impresos, según me dijo Galcerán, hemos de entregárselos a quien se presente con un billete de cinco duros que corresponda con la numeración que tengo apuntada.

Mariano García, único falangista a quien los camaradas llaman de usted, saca del bolsillo un papel y les enseña el número que debe corresponder con el del billete del Banco de España.

En la calle suenan pisadas que se aproximan; golpean la puerta de la imprenta.

—¿Quién hay ahí?

—¡Abran a la autoridad…!

Unos a otros se miran asustados. Las miradas se dirigen a los montones de octavillas, mejor o peor disimulados, pero vulnerables a un registro.

—¡Abran!

González, uno de los dueños de la imprenta, se dirige a la puerta. Entran dos parejas de guardias de Asalto; el primero que lo hace les encañona con la tercerola.

—Han disparado desde esta casa. ¿Quién vive en los pisos?

—Soy el dueño de la imprenta y respondo de los que están aquí conmigo; terminamos un trabajo urgente.

—De la azotea, o de uno de los pisos altos, han hecho fuego…

—Comprenderán que no hemos podido ser nosotros. Si alguien ha disparado desde lo alto, arriba estará.

—¿Responde usted de los vecinos?

—Responder, sólo respondo de los presentes. No creo, sin embargo, a los vecinos de esta casa capaces de tirar contra nadie.

Mientras el cabo interroga al dueño de la imprenta, los guardias empiezan a registrar el local.

—¡Oiga, cabo! Le agradeceré que sus guardias no me desordenen los papeles…

Uno de los guardias, despechugado y con la gorra inclinada sobre la nuca, agarra uno de los cuadernillos de la Biblia y lo agita burlonamente.

—¡Anda la hostia! Si es una imprenta de libros religiosos…

—Trabajamos en los encargos que se nos hacen. Se trata de una Biblia protestante, para que vean…

El cabo se vuelve hacia los números que registran revolviendo papeles:

—Vosotros, mirad si hay armas escondidas; lo que impriman estos señores, no nos importa, ni es de nuestra incumbencia. Además, si la Biblia es protestante…

Después de registrar armarios y rincones y al no encontrar las armas que buscan, deciden retirarse.

—Nada, señores, sigan con su trabajo; cuidado si salen a la calle.

Les oyen subir por las escaleras arriba. Se sienten aliviados. Los setenta mil manifiestos comprometedores han estado a punto de ser descubiertos. Por esta vez se han salvado.

Apenas han transcurrido cinco minutos, cuando los guardias descienden apresuradamente por la escalera; comentan algo y ríen y bromean en voz alta. ¿Habrán detenido al que disparaba?

Golpean en la puerta; de nuevo se sobresaltan. El cabo asoma la cabeza sin tratar de entrar; se ríe complacido.

—¡El despiste! ¡El puro despiste! Resulta que arriba monta guardia una pareja de la tercera compañía; son ellos quienes han hecho fuego porque han descubierto que los fascistas del cuartel emplazaban una ametralladora en el tejado.

Cierra la puerta; fuera se oyen las risas de los guardias.

—Pues es como para estar tranquilos aquí dentro; hasta en la azotea tenemos enemigos.

—Estamos en una plaza sitiada…

Manuel Mateo sabe que, en la calle, sus excamaradas, los comunistas, están armados. Todos le conocen y le detestan. Si el movimiento fracasa, de los que aquí están alguno podrá salvarse; él no. Morirá; de mala muerte le matarán. Conoce a sus excamaradas.

Carabanchel

Reunidos en corro los oficiales fuman y comentan la situación; las informaciones que se filtran son vagas, en ocasiones contradictorias; algunos jefes se cierran en el mutismo mientras que otros se muestran comunicativos y parecen hermanados con ellos en esta aventura a la que juntos van a lanzarse.

Tres baterías, con sus piezas, armones y munición están formadas. Los artilleros cuidan de las caballerías y la impedimenta; superada la emoción de los primeros momentos parecen más bien aburridos. Los oficiales, de cuando en cuando dan un paseo a lo largo de sus respectivas baterías; conviene vigilar discretamente las conversaciones; entre los artilleros los hay de filiación izquierdista, y entre los suboficiales más aún, y éstos últimos pueden resultan peligrosos. Procuran que no puedan hablar libremente entre sí, conspirar, ni forjar planes

subversivos que en un momento de indisciplina pudieran frustrar las operaciones que se preparan.

Lo que más ha alarmado y desazonado a jefes, oficiales y tropa han sido las explosiones de las bombas arrojadas por los aviones. La aviación militar de Cuatro Vientos, como ya se temía, está en contra. Mientras el general García de la Herrán visitaba el Grupo de Información y Topografía han bombardeado y un oficial ha resultado muerto.

El batallón de zapadores se halla también dispuesto con las ametralladoras y la tropa encima de los camiones. Uno de los oficiales de zapadores abandona la formación para venir a reunirse con ellos.

—¿Habéis visto al general?

—No…

—Está de regreso con el coronel Cañedo y otros jefes. Parece que cambiamos los planes, que se deshace la columna…

—¡No fastidies!…

La columna formada por el batallón de zapadores y las tres baterías, está preparada para salir hacia Madrid con el fin de unirse a los sublevados de allá, principalmente a los del cuartel de la Montaña, y apoderarse al amanecer de los puntos vitales de la capital. Estos oficiales están esperando con impaciencia que llegue el momento de ponerse en marcha. La artillería de Getafe, la de Vicálvaro, el Regimiento de Transmisiones han aceptado al general García de la Herrán como jefe de los Cantones militares de Madrid. Corren voces de que el mando supremo de la División lo ejerce el general Fanjul, que se halla en el cuartel de la Montaña en espera de apoderarse del edificio de la División en el cual, sin embargo, se mantiene por orden de la Junta el jefe de Estado Mayor coronel Peñamaría. Está esperándose la adhesión al movimiento del Regimiento de Ferrocarriles de Leganés, unidad en la cual se han producido algunas vacilaciones. En los regimientos de Madrid tampoco existe unanimidad. Nadie supone que salgan a combatir a sus compañeros de armas en favor del Gobierno; en todo caso mantendrán una neutralidad expectante hasta que el golpe se resuelva.

—El teniente coronel Álvarez Rementería ha ido a reunirse con García de la Herrán.

—A pesar de todo, deberíamos avanzar sobre Madrid. La aviación no es tan terrible. Si ahora mismo dan orden de marcha a la columna, los aviones de noche no pueden combatimos con eficacia.

—¿No estaba convenido que la artillería de Getafe abriría fuego contra el aeródromo de allá, y que aquí lo haríamos contra el de Cuatro Vientos? ¿A qué esperan para dar la orden?

—Eso se rumoreaba, y que los de Vicálvaro se apoderarían de Barajas por si han cargado bombas en los aviones civiles de la LAPE…

—Lo que hay es un gran despiste…

—En estas empresas lo peor es acojonarse. Hay que pegar pronto y fuerte. ¿Estamos sublevados? Pues ¿a qué tanta espera? Nos liamos a cañonazos con los aeródromos, y nosotros salimos zumbando sobre Madrid. ¡Veréis cómo corren los tíos de las escopetas y el puño cerrado!

—Yo, no es que esté asustado, pero he hablado por teléfono con mi mujer y me ha dicho que las calles de Madrid están llenas de tipos armados, que han repartido fusiles y ametralladoras a los socialistas y que los guardias de Asalto patrullan con ellos de un lado a otro.

—Espera que empecemos a cañonazos…

—Lo primero que habría que tomar es la Radio y la Telefónica. En seguida Gobernación y el Ministerio de la Guerra…

—Ya estarán los planes hechos; cada unidad tendrá, desde hace días, señalados sus objetivos.

—El general Villegas es quien ha hecho el plan; él sabrá cómo lo ha hecho.

—Los de Asalto, antes de atacarnos se tentarán la ropa. En cuanto se proclama el estado de guerra, pasan a depender del ejército.

El grupo se disuelve; cada oficial se reintegra a su puesto en las baterías. El de zapadores echa una carrera hasta los camiones; los artilleros permanecen en sus puestos.

García de la Herrán con los demás jefes ha salido al patio y pasa revista a la columna formada. Por medio de gestos ha indicado que no se diera la voz de «firmes». Los jefes hablan entre ellos, parecen preocupados. Requieren a los capitanes para que se presenten a dar la novedad.

El general García de la Herrán viste una guerrera de soldado sobre la cual ha improvisado un fajín de general. Ayer se presentó en el cuartel en el camión que lleva el rancho al destacamento de Retamares; lo hizo vestido de paisano y fingiéndose cocinero. La actitud agresiva de la aviación y el hecho de carecer la columna de cualquier tipo de defensa contra un ataque aéreo, le ha decidido a cambiar los planes. Tampoco ha conseguido comunicar con el cuartel de la Montaña para iniciar una acción conjunta antes de amanecer. En este caso es preferible mantenerse a la defensiva en los cuarteles y sacar un par de piezas a la carretera para empezar a batir el aeródromo, sus aparatos y las instalaciones. Si los de Getafe se deciden a hacer lo mismo, en dos o tres horas la aviación queda fuera de combate. Entonces será el momento de rehacer las columnas y de que las fuerzas de los cantones avancen sobre Madrid. Tiene advertido al teniente coronel León Trejo, que si no resigna el mando y cede el aeródromo de Cuatro Vientos a oficiales que merezcan confianza, le cañoneará sin descanso. La respuesta ha sido el bombardeo desde el aire; no ha de advertirle más a Trejo; ordenará el cañoneo.

Los capitanes saludan y regresan a sus puestos respectivos en las baterías. Los oficiales, llenos de curiosidad, se acercan a ellos.

—¿Qué sucede ahora?

—Nada, orden de disolver la columna. No avanzamos sobre Madrid…

—¿Cómo? ¿Pues qué ocurre?

—No vamos a Madrid… por ahora; más tarde veremos. La orden es de desenganchar.

—Esto es el puro despiste…

—Dos piezas se emplazarán en la carretera. En la explanada la primera batería emplazará un obús del quince y medio y otro del diez y medio. Van a planchar Cuatro Vientos.

—¡Ah, menos mal!

—El capitán López Varela ha tenido suerte. La primera batería por lo menos, va a darse el gustazo.

—Pues con esto perderemos otro día.

—¡Lo que sea será! Dad la orden a los artilleros de desenganchar.

—¡A sus órdenes!

—Yo, la verdad, no entiendo nada.

—Ni yo, pero…

Madrid

Los compañeros comentan con entusiasmo cuanto está sucediendo, o con fingido entusiasmo porque han de darse cuenta de que en el cuartel de la Montaña nadie tiene un plan organizado. Prefiere mantenerse en silencio, no está de acuerdo con ellos y ellos lo saben aunque nadie le demuestre hostilidad.

En el cuarto de banderas del Regimiento de Infantería núm. 31, están tomando café un grupo de oficiales y algunos jefes. Le ha mandado al ordenanza que le sirva un doble de coñac en un vaso. Necesita beber; lo que le convendría es coger una regular borrachera. Su situación es absurda y se ha dejado atrapar en ella. Ayer, o anteayer debió de haber tomado una decisión; abandonar el cuartel y presentarse en el Ministerio de la Guerra a ofrecer sus servicios. El compañerismo tiene límites y esta aventura de la sublevación es un desatino.

—De ser cierto que la columna del campamento avanza sobre Madrid oiríamos los disparos, porque no creo que la dejen avanzar por las buenas…

—Acá nadie sabe nada de nada…

Al batallón lo han tenido formado en el patio con el propósito de hacerle salir al encuentro de la columna de Carabanchel; después, las compañías han roto filas. Los soldados se muestran descontentos; muchos socialistas o de ideas izquierdistas cuchichean. A él se le ha presentado uno que le recomendaron unos parientes y le ha preguntado a quemarropa si es cierto que estaban sublevados contra el Gobierno. Avergonzado, no ha sabido qué contestarle; al muchacho le consta que es republicano convencido y que se significó en el ejército cuando la frustrada intentona de Jaca. Le ha contestado con vaguedades.

—Tampoco se sabe nada de la columna que avanza desde el Norte.

—Al anochecer debíamos haber salido a la calle. Ponerse a la defensiva es darse por vencidos.

—Saldremos antes del amanecer…

—Pues no sé qué esperan.

—Estamos rodeados; han emplazado ametralladoras apuntándonos desde todos los ángulos.

—Nos abriremos paso a tiro limpio.

Durante la tarde han ido presentándose falangistas en el cuartel. Se han hartado de dar vivas. Esto es un golpe fascista se diga lo que se diga. Un pronunciamiento reaccionario del más

puro estilo. Aseguran que se incorporarán elementos tradicionalistas; lo que faltaba. Y lo manda el general Fanjul, cuyas ideas cavernícolas son conocidas.

Sorbe el café y se encara con los compañeros.

—No será tan fácil. Guardia Civil y de Asalto se están concentrando en la plaza de España y han armado a las milicias socialistas…

—La Guardia Civil no hará armas contra nosotros.

—Los paisanos no cuentan; ruido y humo.

—Olvidáis que han pasado por los cuarteles y que nosotros mismos les hemos enseñado a manejar las armas.

—Sin mandos militares resultarán ineficaces.

—Tendrán mandos. Muchos militares permanecerán leales al Gobierno. Ayer se rumoreaba que organizan batallones.

—Cuatro traidores; los de siempre, que están deshonrando el uniforme…

—Yo no discuto eso…

Está convencido de que no lo dicen por herirle; conocen sus sentimientos y también saben que lealtad y compañerismo lo pone por encima de los demás valores. Está con sus compañeros a pesar de que esta historia de la sublevación, por lo menos en Madrid, le parezca descabellada; los hechos comienzan a darle razón. Tiene que evitar los comentarios; los que le salgan espontáneamente serán agrios. A uno de los capitanes, Sebastián Martínez, le han arrestado los propios compañeros. Es posible que le hayan hecho un favor, porque como entren en el cuartel los socialistas y la «chusma» como dicen, no va a quedar uno vivo; les van a arrastrar, y a él como los demás. ¿No está acaso sublevado en favor de los fascistas de la Falange, y a las órdenes del reaccionario Fanjul?

Cuando el ordenanza le acerca la bandeja con el vaso de coñac, lo coge, y dominando el deseo de bebérselo de un trago, lo hace a sorbos aparentando tranquilidad para evitar comentarios maliciosos de los compañeros.

—El jefe de los falangistas ha propuesto al general que formara una columna y que sacara de la cárcel Modelo a los falangistas que hay presos y se les trajera aquí para armarlos.

—Lo menos son quinientos.

—Pues eso no resultaría difícil. A la cárcel Modelo se llega en diez minutos; no creo que la guardia exterior opusiera resistencia.

En el cuartel debían presentarse dos mil falangistas. De meterse en el fregado, dos mil hombres encuadrados y dispuestos a luchar, eran apoyo importante. Aquí no son oficiales lo que faltan, incluso podría utilizarse a los cadetes. Entre los soldados del reemplazo no sólo no hay entusiasmo, sino por lo general hostilidad más o menos encubierta. En cuanto les han anunciado que el que quisiera pedir baja por enfermo podía hacerlo, muchos se han apresurado a presentarse a reconocimiento. De Falange han entrado al cuartel unos doscientos. Si deciden sublevarse por lo menos que lo hagan bien; quien crea que esto es un juego se equivoca; les va la vida.

—Le han propuesto al general que quemara los cerrojos aprovechando la grasa en que están envueltos. Fanjul ha replicado que lo que hay que hacer es defenderlos; las primeras columnas que lleguen a Madrid hallarán armamento en abundancia.

—¿Tú crees que el general Mola vendrá?

—Desde luego; aunque les zurremos, no somos aquí suficientes para dominar la ciudad y los barrios. La lucha seguirá unos días.

—Mola puede movilizar un par de quintas…

—Vendrá con requetés navarros.

Un general reaccionario, requetés, falangistas. ¡La reoca! Y él en medio confundido con ellos; él que se entusiasmaba con «la sagrada sangre de Galán y García Hernández mártires de Jaca». Al fin y al cabo don Alfonso XIII era un rey constitucional; en aquella época, por lo menos.

Eugenia estará satisfecha de verle en semejante compañía. Eugenia le ha acusado siempre de descreído, de revolucionario, de irrespetuoso hacia las personas, ideas y medios sociales que según ella merecen reverencia y acato de los bienpensantes.

Apura el coñac. Los compañeros siguen explicando los incidentes de la jornada de ayer; cómo los cadetes en formación, mandados por el capitán Grifoll, bajaron a la misa de los carmelitas, y cómo los guardias de Asalto que vigilaban el cuartel les abrieron paso sin rechistar. Cuentan que una madre ha acompañado hasta la rampa a sus dos hijos falangistas, que otro falangista de los que trataban de alcanzar el cuartel a última hora de la tarde, ha quedado muerto en la calle de Evaristo San Miguel. Explican el tiroteo sostenido por la guardia del cuartel de Alumbrado con una camioneta de las que hacen el servicio a la «playa» de Madrid. Son los primeros muertos y heridos que se han producido; los muertos eran paisanos revolucionarios. Dos más de ellos, uno herido, se hallan en los calabozos. El capitán Arsenio Fernández ha quedado herido y un cadete ha recibido un proyectil en plena cara.

No se despidió de Eugenia; acababa de salir a visitar a su madre y él no pudo esperarla. Creyó que podría hacer una nueva escapada desde el cuartel y no le ha resultado posible. A su hijo mayor sí pudo besarle, pero el pequeñín dormía y prefirió que no se despertara. A su casa volverá o no volverá; si lo hace, todo habrá cambiado, todo será diferente. Si estos locos tienen éxito, ¿qué va a suceder? Hablan de Sanjurjo, de Mola, de Franco, de Goded, del propio Fanjul. En el caso de que fracasen habrá que pegarse un tiro, si es que queda tiempo. Hubiese sido preferible presentarse en el Ministerio de la Guerra en lugar de permanecer pasivamente entre los sublevados. Ya está jugado; es tarde para lamentarse, está con los compañeros y correrá su misma suerte; el compañerismo es una de las formas más hermosas y limpias de la lealtad. La República y su Gobierno no están guiando a España por caminos muy brillantes. Como un César cualquiera, a nivel de capitán, y disfrutando de la menguada paga con que la Patria le exige el sacrificio de su vida, podría exclamar aquella frase que aprendió en el libro de Historia de segundo año de Bachillerato. «¡Alea jacta est!». ¡Qué bien suenan las frases en latín!

—Esperar me pone nervioso. Lo único que espero con impaciencia es salir pegando tiros contra toda esa canalla.

Día 20…

epublibre.org

Madrid

El tiroteo ha empezado de pronto; nadie podría explicar cómo. Ha disparado su pistola a pesar de que comprende la inutilidad de hacerlo dada la distancia a que se hallan los fuertes muros del cuartel. Disparaban los demás; él ha hecho lo mismo desatendiendo a los oficiales de Asalto que trataban de contenerles.

Un parapeto de sacos torreros le protege. Con él hay numerosos hombres a quienes no conoce; entre el público reunido en la plaza de España sí ha encontrado a diversos amigos, incluso a uno que trabaja en el mismo Banco en la sección de Cuentas Corrientes y del que ignoraba las ideas, pues no cotiza para la UGT.

Millares de personas rodean el edificio del cuartel de la Montaña a lo largo de las calles que desembocan en la de Princesa, por la parte de la Moncloa, del paseo de Rosales y por el terraplén de la estación del Norte. ¿Contra quién disparan? No ve a nadie desde donde está; tampoco distingue en medio de este estruendo qué disparos parten desde dentro del cuartel, pues los del cuartel contestan; ha visto cómo retiraban a unos heridos.

Algunos que habían avanzado corriendo hacia el cuartel protegiéndose en los árboles de la explanada, retroceden en desorden. Unos se parapetan detrás de los árboles, disparan y corren a refugiarse en otro tronco, acercándose a la iglesia de los carmelitas. A un obrero lo traen entre dos en la «sillita de la reina»; los improvisados enfermeros corren despavoridos, girando la cabeza hacia atrás, pues las balas deben silbarles en los oídos. Unos camilleros de la Cruz Roja exhiben entre los árboles una bandera desplegada para que no les disparen.

Se desplaza hacia el centro del parapeto; entre los árboles se descubre a varios heridos en el suelo; algunos parecen muertos. Otros se arrastran: quizá sean heridos, o tiradores que tratan de ofrecer menor blanco al fuego con que les baten.

Un oficial de Asalto vestido con mono azul, subido al parapeto agita los brazos en el aire; cuando grita, el cuello se le contrae. No se oyen, debido al ruido, las órdenes que da.

Un ciudadano con una escopeta de dos cañones, que ocupa su derecha en el parapeto, le ha dicho que vive cerca del Puente de Toledo. Abre el arma, que humea, y saca despacio los cartuchos. Es un hombre calmoso; bajo la chaqueta le rodea la cintura una canana de cazador.

—Compañero, ¿tienes por ahí un pito…? Me he olvidado la petaca en casa con las prisas; y la pólvora reseca el gaznate…

El tiroteo decae; los de la Montaña han cesado de disparar, por lo menos las ametralladoras. Suena potente la voz del teniente de Asalto.

—¡Altoooo el fuego, he dichoooo! ¡Aaltooo el fuego…!

Deja la pistola apoyada sobre uno de los sacos terreros y le alarga la petaca y el librillo de papel de fumar.

—Ése es un tío con pelotas… ¿No le conoces?

—No…

—El teniente Moreno. ¡Hombre!… Máximo Moreno. Hasta ayer no salió de la Dirección General de Seguridad… ¡Cómo que fue uno de los que se cargaron a Calvo Sotelo!

El teniente de Asalto continúa gesticulando; a desgana comienzan a obedecerle y cesan los disparos. En otros sectores va haciéndose igualmente el silencio. Más camilleros de la Cruz Roja salen hacia donde están los heridos o los cadáveres. Un comandante de la Guardia Civil, acompañado de dos oficiales del Cuerpo, se aproxima al parapeto. El teniente, que estaba subido en unos sacos, desciende, se aproxima al comandante de la Guardia Civil y se cuadra ante él. Guardias civiles y de Asalto confundidos con paisanos en mangas de camisa, con militares, con mujeres, les rodean. Cuando traen a los heridos en las camillas se acercan a mirarles. Las ambulancias se alejan tocando la campana.

Entre los que rodean a los oficiales, empuñando un fusil y gesticulando, descubre al «Manías», un muchacho muy popular, vendedor de periódicos comunistas, que padece un tic nervioso. Cuando el buque ruso *Komsomol* atracó en el puerto de Valencia, el «Manías» se trasladó a pie para ver el barco.

El ciudadano de la escopeta le devuelve la petaca y pasa la lengua por el borde engomado del papel.

—Mi yerno, casado con mi hija la mayor, está enterado de cómo ocurrió lo de Calvo Sotelo. Está destinado en Pontejos. ¡Ahí es nada! Uno de la «motorizada» se sentó en la camioneta detrás y le soltó un tiro en la cabeza. ¡Un fascista menos! Eso sí, iba vestido de uniforme; se lo proporcionaron los compañeros. Un tío con agallas, porque se necesitan agallas… ¡Y tripas!

—Voy para allá a ver qué ocurre…

Calvo Sotelo ha muerto y esta misma mañana está muriendo gente; y es cierto que los fascistas asesinaron al teniente Castillo y al capitán Faraudo, que eran socialistas; pero le repugnan los detalles y la propia materialidad del hecho. No se atreve a confesarlo en esta ocasión: para él, un tipo que le pega a otro por detrás y a traición un tiro en la cabeza no tiene ni agallas ni tripas: es un criminal, por muy de la «motorizada» que sea. El tío de la escopeta, que primero le había caído simpático, de pronto se le convierte en insoportable; le repugna.

Varios compañeros han venido juntos del Centro Socialista del Este, donde han pasado la noche. En la plaza de España se han diseminado. Uno de ellos ha dicho que se iban hacia la calle de Luisa Fernanda, pero como hablaba mientras los altavoces se dirigían a todo volumen a los soldados para incitarles a que abandonaran a los jefes, no le ha entendido bien.

Desiste de aproximarse a donde están reunidos los oficiales; les rodean demasiados curiosos. Pregunta a una mujer.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, que van a mandar un parlamentario para que se rindan.

El «Manías», gesticulando, alegre, grita con voz chillona, que hace reír a los curiosos.

—Si no se rinden les vamos a hacer mierda a cañonazos.

Cerca del monumento a Cervantes, dos cañones apuntan en dirección al cuartel. Un oficial de artillería, varios suboficiales y diversos paisanos permanecen alerta. Hombres y mujeres contemplan los cañones como si asistieran a una exposición de curiosidades.

Dos noches seguidas ha permanecido en la Prosperidad, concentrado en el Centro Socialista del Este. Dos noches de impaciencia y espera. Ayer, su madre empezó a refunfuñar. Supone que ha vuelto a fiarse con la Concha y que ése es el motivo de que falte a casa por las noches. No

quiso aclarar a su madre en dónde había estado; se inquietaría más. Ni se acuerda de la Concha; su amor duró tanto como las pesetillas que ganó de comisión cuando vendieron la finca del pueblo. Su madre, claro, ni se enteró siquiera de que él se embolsó el porcentaje aquél.

Ayer domingo lo pasó durmiendo; esta madrugada, en cuanto se han enterado que había jaleo en la Montaña, él y cuatro amigos más, dos jóvenes, uno casado y con hijos y otro bastante viejo, chófer de profesión, han agarrado el primer auto que han encontrado y han venido a toda prisa cuando no había empezado a amanecer.

El sábado por la noche, mientras montaban retén en el patio situado detrás del local de la Prosperidad, se presentó un viejo militar, a quien por lo visto expulsaron del ejército por sus ideas socialistas, vistiendo el uniforme del año de Maricastaña: pantalones listados y guerrera azul. Le pareció una máscara, pero a otros se les antojó enternecedora la actitud del pobre anciano. Sólo faltaría que hiciera aquí su aparición con tan estrafalario atuendo.

Observa un movimiento de expectación; se abre el corro. Por la calle de Ferraz en dirección al cuartel de la Montaña avanza un obrero con un trapo blanco desplegado en la punta de un palo. Detrás marchan otros paisanos dándole escolta. Desde el cuartel le han visto y le esperan.

Es un hombre joven, de facciones enérgicas. Viste una camisa veraniega de punto; los pantalones anchos se agitan al caminar. Calza alpargatas valencianas; usa cartucheras, pero no se le ven armas.

Francisco Carmona Martínez asciende la calle Ferraz en dirección al cuartel de la Montaña. Rezagados le dan escolta unos compañeros, pero él se siente solo. Lo que va a decirles a los militares lo ha pensado; no sabe, en cambio, cómo debe presentarse a ellos en circunstancias tan anormales. Carmona es portador de una embajada de las fuerzas que atacan al cuartel; no está seguro de si el mensaje procede del legítimo Gobierno de la República o del pueblo en armas.

El teniente Máximo Moreno acaba de decirle que tiene orden del Ministerio de la Guerra de conminar a la rendición a los sublevados, que éstos deben salir desarmados y brazos en alto dándose como prisioneros, que serán tratados con respeto y juzgados de acuerdo con las leyes vigentes.

Enfrentarse con los militares le intimida un poco. Carmona ha sido testigo de los preparativos para el ataque; los cañones, dos coches blindados, ametralladoras en los tejados, morteros, la aviación que ha hecho su primera pasada lanzando octavillas, los altavoces que se dirigen a los soldados y que socavarán la moral de los que están dentro; ha visto dispuestos a los de Asalto, a la Guardia Civil y a miles de hombres, compañeros de la CNT, socialistas de la UGT, republicanos, comunistas, personas de distintas clases sociales, paisanos y militares, que rodean el cuartel. Sabe que actúa de emisario de un poder considerable.

Atraviesa la explanada y asciende por la escalinata exterior. El edificio es enorme, de color rojizo y cantería gris. Centenares de ojos hostiles le observan, los cañones de las armas enemigas apuntan hacia él, las adivina tras las ventanas protegidas por colchones y sacos

terreros, sobre los tejados, en la terraza. Avanza con el trapo blanco en alto; no cree que disparen contra él. Un ligero temor le sobrecoge de cuando en cuando; se ha hecho un grave silencio, del cual él es protagonista. Detrás van sus compañeros, obreros como él mismo, solidarios pero indefensos; no se vuelve a mirarlos, quiere dar a unos y a otros sensación de seguridad, de coraje.

La puerta de la izquierda se ha abierto; aparecen unos militares, aparentemente sin armas. Al asomarse al exterior y darles la luz, les distingue las caras. Con la gorra puesta, el correaje y la actitud normal, le producen el efecto de que hoy sea para ellos un día cualquiera. Le miran; cuando llega a una distancia prudente, se detiene. Los que le acompañan se detienen pocos pasos detrás de él. Carraspea para que la voz no le falle; nota seca la garganta. La bandera blanca la mantiene en alto.

—Deseo hablar con el jefe de ustedes…

—¿Quién es usted? ¿Quién le envía?

—Vengo en representación de las fuerzas militares y civiles que cercan el cuartel. ¿Desean saber mi nombre…?

—No es necesario; entre, pero usted solo.

Da la vuelta y se encara con sus compañeros.

—Vosotros, esperad aquí…

Penetra con los militares en el zaguán; la puerta se cierra tras él. Le examinan con curiosidad, con altivez; no descubre en ellos intenciones hostiles.

—Espere ahí; no se mueva.

Dos de los oficiales desaparecen en el interior del edificio; los demás se quedan cerca de él, aunque sin decirle nada. Fingiendo ignorarle, le observan a hurtadillas, de la misma manera que él les observa a ellos. Nada anormal se advierte en el cuerpo de guardia. Al fondo ve el patio; unos camiones están arrimados a unos arcos. No se oye un disparo, la tregua se respeta. Le sudan las manos; se las limpia disimuladamente en el pantalón. Los militares se muestran tranquilos, van normalmente uniformados, afeitados. Se ve a sí mismo mal vestido y despeinado; es un obrero, un hombre del pueblo de Madrid, y está respaldado por una fuerza considerable que le da autoridad, sea cual sea su aspecto exterior.

Regresan los dos oficiales y se acercan a él. El más alto de ellos sostiene en la mano un trapo blanco.

—Va a recibirle a usted el coronel. Tenemos que vendarle los ojos.

—Sí, sí; como quieran.

Por la memoria le pasa el recuerdo de una fotografía de alguien a quien iban a fusilar; un hombre como él, mal vestido. Militares rígidos y vagamente deferentes le vendaban los ojos. Aguanta la respiración. El nudo aprieta sobre el cogote.

—Venga con nosotros.

Oye los pasos de los oficiales. Uno le sujeta del brazo y le guía. Tras la primera vacilación les sigue confiado. Sus pisadas no suenan: calza alpargatas. Suben una escalera, marchan a lo largo de un corredor. Está seguro de que pasa ante personas que le miran en silencio. Ante una puerta se detienen y le retiran el trapo de los ojos. El despacho está en penumbra; muebles

antiguos que le parecen solemnes. Un militar corpulento, rubio, de aspecto bondadoso y paternal, está frente a él; no acierta a distinguir si le observa con benevolencia o con sorna. Es un coronel; en la bocamanga exhibe tres estrellas grandes. El oficial que le ha acompañado permanece apartado; también un comandante asiste a la entrevista.

—Usted dirá…

Vacila; no sabe si ha de saludarles deferentemente o no. Y si ha de darle algún tratamiento. ¿Cuál? ¿Señor o mi coronel?

—Vengo en representación de las fuerzas militares y civiles que han puesto cerco al cuartel. Les transmito, asimismo, las órdenes del Gobierno. Deben ustedes rendirse antes de que transcurran diez minutos. El cuartel se halla rodeado por efectivos muy importantes y con medios poderosos. El pueblo de Madrid está en armas en apoyo del legítimo Gobierno de la República. Apelo a sus sentimientos para evitar el derramamiento de sangre que va a producirse si ustedes resisten, sangre de hermanos que ya ha empezado a derramarse…

La actitud paternal del coronel le desconcierta; no tiene idea de qué va a responderle. Aquí todo respira tranquilidad, como si estuvieran seguros del triunfo. El reloj, cuyo tic-tac llena el despacho, señala las siete menos cinco.

—… en fin, coronel, espero su respuesta…

—Ya que ha venido, voy a pedirle un favor. Usted ha llegado como parlamentario y como a tal se le respeta, a pesar de su condición civil. Dentro de un momento saldrá del cuartel el camión que va a buscar el suministro de pan; hagan el favor de no hostilizarle y permitirle que regrese. En mi nombre y en el de mis oficiales, les doy palabra de que no probaremos ese pan. Como usted sabe, tenemos aquí muchos soldados; no deben quedar privados de su ración. Nosotros, el ejercito, somos la más genuina representación del pueblo; no deseamos enfrentarnos a quienes son tan españoles como nosotros. Los militares amamos al pueblo, más y mejor que unos cuantos dirigentes que lo engañan, que lo azuzan contra nosotros como si fuésemos sus enemigos. Hágame usted ese favor que le pido; le quedaremos agradecidos.

—Entonces, ¿no se rinden ustedes?

—¡Exactamente! Comunique a quien le haya enviado que resistiremos mientras quede un hombre vivo. Si ustedes se empeñan, nos mataremos como hombres.

Cuanto ocurre resulta sorprendente. El aplomo de este militar, su aspecto bondadoso, su pausada manera de expresarse.

—Yo reconozco su valor, pero querría que se diera cuenta de que va a arrastrar a los soldados a una muerte inútil, a un sacrificio…

El coronel, por medio de un ademán, le advierte que la entrevista ha terminado. No le cubren los ojos. Por la galería que da al patio no descubre nada anormal. Recuerda que la enseña de parlamentario quedó apoyada en la pared junto a la puerta de entrada. El oficial camina a su lado silencioso. Desde el otro lado de la galería, unos militares le observan; no hacen comentarios. Habrá que luchar duramente para conquistar este cuartel.

—¡Caaarguen!

Nunca supuso que iba a hacer sus primeros disparos de verdad ante público tan numeroso y entusiasta. Excepto el maestro Capel y otros del CASE, los demás artilleros son aficionados; tampoco los del Cuerpo Auxiliar de Subalternos del Ejército tienen por misión específica el manejo de las piezas. Por ahora no lo han hecho mal; voluntad no les falta.

La expectación que se produce es tanta que comprende se impone pronunciar unas palabras antes de romper el fuego.

—¡Compañeros! Este primer disparo vamos a brindarlo a la memoria del capitán Faraudo, muerto gloriosamente por la República… Primera pieza, ¡fueegoooo!

El estampido retumba en toda la plaza de España. Un brevísimo instante de estupor y todos prorrumpen en vivas y aclamaciones, centenares de puños se levantan. Los mineros venidos de Asturias, y agregados al servicio de la batería, se abrazan gozosos. Los que disparaban desde la barricada, desde las esquinas, desde detrás de los árboles, dejan de hacerlo. En las ventanas, en las azoteas de los áticos, guardias de Asalto saludan con el puño en alto o agitando el fusil.

Vuelve a hacerse el silencio alrededor; el teniente Orad prosigue:

—El segundo disparo lo ofrecemos a la memoria del heroico teniente Castillo, asesinado por los enemigos del pueblo.

Suena un viva unánime; alzando más la voz, da la orden.

—Segunda pieza, ¡fueegooo!

El entusiasmo se reproduce. Para festejarlo, algunos disparan locamente sus armas. Zumban las ametralladoras. Acuden más curiosos al espectáculo de los cañones haciendo fuego.

—¡Carguen!

A las dos piezas las han cambiado de emplazamiento: están al fondo de la plaza, cerca de la calle del Reloj. El comandante Flórez, artillero también, se acerca a ver cómo funcionan las piezas. Orad de la Torre se lleva la mano a la visera y le sonríe.

—Este tercer disparo es para conminarles por última vez a que se rindan. Primera pieza, ¡fueegooo!

De nuevo los gritos y las muestras de alegría. El teniente Orad se vuelve hacia el comandante Flórez; los demás le escuchan.

—Ahora vamos a tirarles en serio; les voy a cascar a base de bien.

Los artilleros esperan órdenes. Se aproxima a una de las piezas. Corrige el alza.

—Tened preparada la munición. Les haremos creer que dispara una batería completa. Cada pieza, dos disparos a toda velocidad. Tenéis que daros maña. Vosotros, los cargadores, tened preparado el proyectil en la mano. ¡Atención al tiraflector! Que nadie se duerma.

Tiene que afinar la puntería; miles de ojos le observan, miles de hombres confían en él y en los dos únicos cañones de que dispone el Gobierno. La artillería produce considerable efecto sobre los combatientes. A los de dentro del cuartel también les hará efecto; les asustará. Pueden los disparos causarles bajas y sembrar el desorden.

—¿Preparados?

Los sirvientes permanecen tensos esperando las órdenes.

—¡Carguen!

Los curiosos se retiran. Suenan disparos de fusil y ametralladora; pero muchos, tanto curiosos como combatientes, están mirando a las piezas.

—Primera pieza, ¡fuego! Segunda pieza, ¡fuego! ¡Carguen! ¡Fuego!

Los estampidos se suceden tan rápidos que cada uno se superpone al anterior antes de que el eco se haya extinguido. Huele a pólvora. El humo de los fogonazos se disipa rápidamente. En la fachada del cuartel saltan cascotes y polvo. Los cristales de algunas ventanas caen destrozados. Examina con los gemelos desde un lugar en que los árboles no le priven de la visibilidad. Entre los atacantes cunde el regocijo. Los cañonazos han pegado en la fachada del cuartel de Infantería. Un proyectil ha arrancado el quicio de una de las ventanas.

—Con la misma alza. ¡Carguen! Preparados los cargadores, atentos… ¡Fuegoooo!

La fachada del cuartel desaparece en gran parte, envuelta en humo y polvo. Las ametralladoras disparan desde las azoteas, desde los parapetos, desde las ventanas. Disparan fusiles, carabinas, pistolas. Los defensores del cuartel contestan, a su vez, con fuego nutrido.

—¡Muy bien, muchachos! ¡Muy bien!…

El tiroteo no les asusta —¿no era precisamente lo que deseaban, lo que han venido a buscar?—; tampoco deja de intranquilizarles. Por el momento, y por la parte del edificio que ellos defienden, los disparos son escasos. La inquietud procede de que no descubren enemigos sobre quienes ejercitar la puntería. A última hora de ayer, un sargento les dio lecciones de manejo de fusil; los primeros disparos que han hecho cada uno les han sobresaltado. No se descubre al enemigo, le presienten acechando; conviene mantenerse ocultos, parapetados tras estos colchones colocados en los balcones.

Los falangistas de la Cuarta Centuria, distribuidos por los balcones del cuartel de Alumbrado, alejados del patio del cuartel y de la fachada delantera, en donde la lucha se desarrolla con encono a juzgar por los estampidos que de allá proceden y que parecen cañonazos, permanecen un tanto aislados e ignorantes. El rumor de esa lucha contribuye a mantener un cierto nivel de alarma y nerviosismo.

Pepe Otero recuerda nuevamente la broma de los soldados cuando les calificaron de «quintos». Las ropas mal acomodadas a su cuerpo y al de los demás camaradas, y el apresto que las mantiene tiesas, les da aspecto de reclutas, pero la veteranía en la guerra —y que en guerra están lo acreditan los disparos— se gana en unas horas.

La noche ha transcurrido tranquila, si de tranquila puede calificarse la noche en que unos jóvenes se han metido en un cuartel a punto de sublevarse y a sabiendas de que van a luchar contra fuerzas numerosas, decididas y pertrechadas. Han dormido a ratos y a ratos se han desvelado. Unos cuantos camaradas, mandados por oficiales, han salido de patrulla exterior por la parte que el cuartel da sobre la estación del Norte. Han regresado sin ser hostilizados. Al romper el día les han servido café con leche en un plato de aluminio y les han suministrado un chusco por barba. Café con leche es un decir: lo que los militares entienden por café con leche; pero se lo han bebido con gusto. Un oficial les ha arengado brevemente. Comenzaban los tiros y les han distribuido en estos balcones.

—¿Habéis oído lo que ha dicho el militar? Una columna de Ciudad Real viene para acá.

—También han de salir los del Campamento con artillería. Me lo ha contado un teniente a quien conozco; vecino de mi familia.

—Saldrán los del Campamento y los de Getafe, y es posible —lo he oído comentar— que nosotros vayamos a su encuentro.

—Esta noche han corrido voces de que íbamos a la cárcel Modelo a liberar a los camaradas.

—Eso es lo primero que deberíamos haber hecho. Están allá expuestos a que les asesinen.

Unas detonaciones interrumpen el diálogo.

—¡Mira! En aquellas buhardillas se esconden unos de Asalto.

—Ya los veo; y paisanos.

—Pero ¿dónde? ¿Dónde decís?

Disparan sobre una casa lejana. Si hubo en ella enemigos, han desaparecido.

—¿Qué se sabe de la Guardia Civil?

—En el cuartel no hay ni uno de muestra.

—Cuando ayer venía para acá pasaban dos escuadrones del Tercio Móvil a caballo por la calle Ferraz. Los de la guardia y unos oficiales salieron a la puerta y dieron vivas a España. Muchos de los guardias correspondieron; parecía que estaban con nosotros.

—Yo levanté el brazo y les saludé; más de uno, desde el caballo, me contestaron con la mano abierta, igual que yo lo hice.

—Un oficial salió del cuartel y habló con un teniente. No sé qué tratarían. Continuaron por Ferraz hacia Palacio. Aprovechando la confusión, me metí en el cuartel.

—A la Guardia Civil se le ha asignado como misión mantener el orden en la capital; sobre todo en los suburbios.

—¡Pues sí que lo hacen bien! Las Juventudes Socialistas, los anarquistas, los republicanos y los comunistas se exhiben armados, patrullan, registran, se incautan de coches que no les pertenecen. ¡Bonita manera de vigilar!

—Espera que empiecen a zurrarles; ya sabes cómo se las gasta la Guardia Civil.

—Mientras no se pongan a zurrarnos a nosotros…

—¡No fastidies!

En este momento no se oyen disparos; parece haberse tranquilizado la situación, incluso por la fachada principal del cuartel de Infantería, que es donde el combate suena recio. Desentendidos de lo que ocurre al exterior, los falangistas conversan. De pronto, uno que permanecía vigilante les grita:

—¡Eh, mirad, mirad a ése! ¡Un desertor!

El recluta, que ha saltado de una de las ventanas bajas, alcanza la cerca de piedra y se encarama en ella. Disparan apresuradamente y sin afinar la puntería. Las balas provocan minúsculas erupciones sobre el polvo. El soldado, que por un instante les ha mirado con ojos aterrorizados, desaparece; habrá ganado la calle. El tiroteo se reaviva. Los proyectiles enemigos estallan contra el muro, contra el marco de los balcones. Los falangistas disparan, ocultando la cabeza, asomándola y volviendo a meterse.

—¡Canalla!

—¡Sería algún comunista!

—Mejor que haya escapado; que dentro, por lo menos, no haya traidores…

—¡Mejor hubiera sido acertarle en la cabeza!

Decrece el tiroteo; pero a lo lejos zumba un motor, un ruido terco, amenazador, que se aproxima.

—¡Aviación, aviación!

El estruendo crece en intensidad. Sobre sus cabezas pasa un avión a escasa altura. Sin advertirlo, todos se han encogido.

—Es un «newport»…

—¡Qué va! Un «breguet»…

—¡Tú qué sabes!

Llegan órdenes apresuradas de no se sabe dónde ni por qué conducto, pero están dispuestos a admitirlas.

—Si vuelve el avión, hay que dispararle. Es enemigo. Está arrojando sobre el cuartel octavillas revolucionarias con el fin de soliviantar a la tropa. De madrugada hizo otra pasada.

Sobre el tejado vuelve a oírse el ruido. El edificio entero parece temblar. Aprestan los fusiles.

—Disparad delante del motor…

—¡Ojo! Son un par esta vez los aviones…

Dos enormes explosiones les conmueven; en seguida, una tercera. Se arriman a las paredes hasta que comprueban que no estallará una cuarta. En seguida, con rabia, asoman medio cuerpo por el balcón y rompen fuego contra los aviones, que evolucionan a escasa altura sobre los tejados madrileños. El tiroteo, que les ensordece y excita, excluye el miedo.

—¡Economizad munición!

—¡Apuntad a las hélices!

Los aviones se alejan del cuartel y el ruido de los motores se va perdiendo. Cesan de oírse los disparos; sólo algunas voces vienen de la calle, del otro lado de esta alta cerca que les aísla de la ciudad hostil.

Tan pronto como ha oído los cañonazos se ha asomado al balcón. Estaba despierto desde que al amanecer ha entrado la primera luz. Anoche no conseguía dormir; pasó horas y horas antes de lograrlo, dando vueltas en la cama que su prima y la criada han improvisado para él en el sofá del gabinete.

Las detonaciones suenan hacia el cuartel de la Montaña. ¿Quién dispara? Aviones militares han bombardeado; es posible que estén atacando el cuartel. Al atardecer pasó por la calle de la Princesa y la plaza de España hasta la Gran Vía; observó las precauciones tomadas por el Gobierno y cómo se disponían a la defensa o al ataque.

Con estruendo de claxonazos pasa un coche, que desde lo alto parece de juguete; por las ventanillas asoman unos fusiles. En este barrio se ve a poca gente por las calles; cuando ha sonado el estampido de los primeros cañonazos, varios vecinos, en pijama los más, se han

asomado asustados a los balcones. En la casa próxima comentaban, de ventana a ventana, que el Gobierno atacaba a los sublevados de la Montaña. Suenan nuevos cañonazos con solemnidad distante.

Tendría que estar dentro del cuartel de la Montaña. Debería estar allí con sus camaradas. Es un cobarde; nada puede hacer a estas horas por enmendarlo.

Le advirtieron que permaneciera en casa, que recibiría órdenes. La orden sólo podía ser presentarse en el cuartel en el momento en que fuera a iniciarse la sublevación. En lugar de quedarse en casa, pretextó que tenía que terminar unos trabajos en la oficina y marchó a la calle, advirtiéndole a su madre que, si telefoneaban preguntando por él, averiguara de quién se trataba. En el Palacio de la Prensa proyectaban *El ángel de las tinieblas*, de Frederich March y Merle Oberon; dos veces seguidas vio el programa, aunque la desazón apenas le permitió enterarse de lo que sucedía en la pantalla.

Los últimos meses han sido terribles; no resistía más. Primero mataron a Pacorro. Más adelante empezaron las detenciones. Precisamente, a él no le ha ocurrido nada, pero desde hace dos meses no consigue dormir una noche seguida, temiendo que se presente en casa la policía; y por la calle, a cada instante cree ser víctima de un atentado súbito. Los camaradas le acusaban de tener miedo, hasta se burlaban de él, porque los hay duros e insensibles. Lo tenía, aunque no se lo pudiera confesar a nadie. Las sensaciones que le acongojaban eran puro miedo; por vergüenza, ni en la mente admitía la palabra, la rechazaba.

Desde el vestíbulo del cine telefoneó a su casa. Deseaba, mientras marcaba el número, que la policía hubiese acudido a detenerle, a registrar; que hubiera sucedido algo, que su ausencia quedara justificada por una casualidad peligrosa. Su madre le comunicó que por tres veces le había telefoneado un amigo llamado Rodríguez, que demostraba vivo interés en verle, pero que se resistió a dejar ningún recado. No existe el tal Rodríguez: se trataba del jefe de centuria. ¿Cómo podía darle el recado a su madre, si se trataba de la orden de presentarse en el cuartel de la Montaña? Sometidos al bombardeo, al cañoneo, allá estarán sus camaradas: Carlos, Manolo, José María, Andrés… ¿Qué comentarios habrán hecho sobre su ausencia? Si murieran todos, nadie sabría nada; si los militares triunfan, si es cierto que avanza una columna del Norte o de Aragón, ¿cómo conseguirá justificar el hecho de no hallarse en casa, sabiendo, como sabía, que iban a transmitirle la orden? Podrá pretextar que la policía fue a buscarle y que él escapó por el patio; en ese caso tendrá que pedir a su madre que mienta, que se convierta en cómplice del engaño y encubridora de su cobardía.

Después de cenar se presentó en casa de su tío; le mintió contándole que le habían avisado de que la policía iría a detenerle a su casa. Le prepararon cama en este gabinete. Sus primos le miraban con disimulada hostilidad; no se meten en política, pero se inclinan hacia las izquierdas; le tienen antipatía desde que se afilió a Falange. Jacinta, su prima, durante la cena se mostró hiriente y agresiva hasta que su padre la obligó a callar. Cuando después de cenar se quedaron solos en el balcón tomando el fresco junto a las macetas de albahaca, Jacinta se arrimó a él y le rozó la mano. Entonces le dijo: «Haces bien; no te metas en líos, que va en serio. Esta vez no terminará como un juego».

Las sábanas han caído al suelo; el terciopelo del sofá es áspero. Un pijama que le ha prestado su tío le deja las pantorrillas y brazos al descubierto.

Se asoma nuevamente al balcón. Los tejados de las casas más bajas y antiguas, constreñidas por edificios recientes, se iluminan con el sol. En el cielo evolucionan dos aparatos. Estampidos de artillería, mucho más potentes que los anteriores, han empezado a resonar. De las iglesias que arden se levantan nubes de humo y el viento trae, según sopla, ráfagas con olor a quemado.

Muchos vecinos, asomados a los balcones, comentan los sucesos. El balcón contiguo, que corresponde a la misma casa, se abre; aparece su tío, despeinado, con unos gemelos colgando del cuello.

—¿Has descansado?

—No muy bien, tío; estaba inquieto.

—Una insensatez encerrarse en un cuartel. Les darán para el pelo. No es época de cuarteladas. El Gobierno dispone de importantes medios de combate. Por si fuera poco, la caballería en la calle no puede maniobrar ni ir a la carga. Lo saben hasta los niños. ¡Ya el pueblo de Madrid derrotó a la caballería de Murat!…

—¿Se ha sublevado la caballería?

—¡Yo qué sé! Pero los militares confían siempre en la caballería, como si fuese el arma por excelencia, y en el interior de las ciudades carecen de espacio para la maniobra. Contra la caballería el pueblo levanta las barricadas…

El tío gesticula, observa por los anteojos hacia los campanarios envueltos en humo, saluda a algunos vecinos, trata de cerrarse el pijama que, carente de botones, se entreabre por la bragueta.

—En caso de que tropas del Campamento, apoyados por artillería y carros de combate, avancen sobre nosotros, sería otra cosa. Si, como se asegura, vienen columnas desde el Norte, Aragón y Levante, una operación militar de tanta envergadura daría distintos resultados. Madrid no está dispuesto para resistir un asedio en forma: carece de fortificaciones idóneas. Pero cuarteladas, no.

Escupe, se rasca, vuelve a observar por los gemelos.

—En Barcelona han aplastado la intentona de esos locos; los catalanes no son pueblo belicoso ni militarista, pero son prácticos en la lucha callejera; se parecen en eso al pueblo madrileño. El general Espartero tuvo que bombardear Barcelona en 1843, o cuando fuera, no me hagas caso…

Jacinta sale al balcón pasando a través del gabinete en donde él ha dormido. Lavada, peinada y arreglada, viste una breve bata de verano sobre la carne.

—Buenos días. ¿Pasa algo?

—Suenan muchos cañonazos y la aviación ha bombardeado…

El cuerpo de Jacinta se ha arrimado al suyo. El tío continúa perorando y observando por los gemelos; trata de seguir el vuelo de los aviones que bajan con el fin de ametrallar. Hacia la parte de atrás de la casa se oyen unos tiros; nadie sabe de dónde proceden. Los vecinos afirman que se trata de «pacos».

La mano de Jacinta se agarra a la suya y tira de él hacia el interior del gabinete.

—Entra; vamos a escuchar la radio. A estas horas podemos coger emisoras extranjeras. O Radio Sevilla, que está en poder de los fascistas. Nos enteraremos de algo.

En el interior del gabinete, que se halla en penumbra, Jacinta se arrima a él y le agarra por los brazos. Se miran a los ojos.

—No tengas miedo. Te quedas aquí, con nosotros. No te pasará nada. Papá siempre fue republicano; y yo tengo muchos amigos. En casa no molestas nada, al contrario…

El cuerpo de ella está rozándose con el suyo. Desnudos bajo la levedad de las ropas, los cuerpos hablan un idioma ajeno a las palabras que pronuncian.

—Si ganaran los fascistas, también me hubieras escondido en tu casa, ¿verdad?

Empiezan a besarse; descubre en la penumbra el piano y recuerda que ha dejado escondida la pistola en el piano de su casa, bajo la tapa del teclado. Debe telefonear sin pérdida de tiempo a su madre y prevenirla para que se desprenda inmediatamente del arma, que puede comprometerles. Por su parte quemará el carnet de afiliado a Falange…

Iba a separarse de Jacinta para dirigirse al teléfono: no es capaz de hacerlo. Ambos caen sobre el sofá, sobre las sábanas en desorden.

Hacia la plaza de España retumban los cañonazos. Una de las piezas produce un sonido más violento y rotundo. Un cañón mayor, sin duda de efectos más mortíferos.

La pieza del quince y medio que maneja el teniente Vidal está demostrando la eficacia de su calibre. Su formidable estampido enardece a los miles de hombres que acosan el cuartel de la Montaña. Los destrozos en la fachada son muy visibles, y cada cañonazo que dispara, impacto seguro. Al teniente Orad de la Torre le han suministrado más munición. Ha vuelto a cambiar de lugar sus piezas; una de ellas la ha emplazado en la calle de Luisa Fernanda. La aviación está haciendo migas a los sublevados.

—¡Camaradas, el pueblo es invencible! Madrid emula a Leningrado. ¡Viva Rusia! Camaradas…

El «Manías» se siente excitado. El fusil que dispara desde primeras horas del amanecer se lo entregó el propio Pepe Díaz, secretario del Partido Comunista: «Manías —le dijo—, a ver si te luces; esto es un arma mejor que la pistola, camarada». Le conocen todos: es el más entusiasta vendedor y voceador de *Mundo Obrero* y miembro de las Juventudes Comunistas; ha sido capaz de utilizar la pistola cuando ha sido necesario. Al principio le daba miedo y un tanto de repugnancia; después ha encontrado satisfacción en matar a los enemigos, a los fascistas, a los opresores del pueblo. Su célula ha dado matarile a cuatro; a uno de ellos lo encerraron y le propinaron una fuerte paliza antes de ejecutarlo. Leyeron en los periódicos lo que se contó del suceso; nadie supo quiénes fueron los autores; tomaron cumplidas precauciones.

Del cuartel no escapará nadie vivo. Ni guardias civiles, ni siquiera los de Asalto le merecen confianza; en lugar de atacar decididamente, lo hacen con guante blanco. En el último momento protegerán a sus compañeros de armas, a los militares felones, de la justa ira del pueblo, que quiere darles con las propias manos el castigo que merecen por traidores y por

opresores de la clase obrera. Entre los guardias de Asalto hay algún militante del Partido, y bastantes de ideas socialistas o republicanas; pero entre los civiles, ninguno. Colaboran con el pueblo por miedo o por disciplina; de buena gana estarían disparando en favor de los fascistas, y lo harían con mejor voluntad. Tiran con desgana, pero el Gobierno de burgueses no va a durar mucho; el pueblo en armas no va a resignarse a que le arrebaten la victoria.

El «Manías» dispara sin preocuparse de hacer puntería. Un tic nervioso que padece no se lo permite; se emborracha con el olor de la pólvora y con el ruido de los disparos. Hubiera deseado tirar de la cuerdecita de los cañones y se ha acercado a pedir que se lo permitieran. Uno de los sargentos que hay junto a las piezas le ha ahuyentado con malas maneras.

Querría enfrentarse ahora con el melenudo y cegato camarada Jesús Hernández, que le echó un pesado discurso advirtiéndole que el Partido proscribía el atentado personal y amenazándole con expulsarle si con los de su célula seguía entregándose a acciones de represalia por su cuenta e iniciativa. De haber eliminado uno a uno y por la espalda a los fascistas que están atrincherados en el cuartel, no morirían los bravos soldados del pueblo y las armas estarían en poder de quien corresponde: del mismo pueblo, dirigido y encuadrado por el partido de la Revolución, por el único partido auténticamente proletario, el partido de la Revolución Internacional.

—¡Eh! Bandera blanca. ¡Sacan bandera blanca!

—Sí, allí asoma…

—Esos cobardes se rinden… ¡Vamos a hacer un escarmiento!

Un trapo blanco cuelga de una de las ventanas del cuartel, pero el tiroteo no ha cesado. Discuten si es cierto que se rinden o no; hay disparidad de opiniones y desconcierto.

Sí, se rinden, se han rajado; son una partida de cobardes y los cañonazos les han aterrorizado como a mujerzuelas. Hay que correr a darles su merecido, adelantarse a la Guardia Civil, que protegerá a sus compañeros, porque los militares entre sí, aunque parezca lo contrario, se ayudan y se protegen; figurando en ambos bandos terminarán ganando siempre y engañando al pueblo.

El «Manías» se agita, coloca un peine en la recámara del fusil, se dirige a los que le rodean, alguno de ellos camarada de su propia célula.

—¡Vamos para allá! A cascarles, que son unos cagones.

Muchos paisanos, disparando o con los fusiles en alto, han comenzado a correr en dirección al cuartel. Corren también algunas mujeres tras las banderas rojas desplegadas. Los guardias civiles, más cautos, esperan recibir órdenes.

El «Manías» y los más arriesgados emprenden una desatada carrera hacia las escalinatas del cuartel.

—¡Viva Rusia!

—¡UHP!

—¡Ya son nuestros!

—¡A por ellos, camaradas!

—¡Viva la República!

—¿Dónde están los hombres? ¡Maricón quién se quede atrás!

Corre, corre resollando, desea llegar el primero; no permitirá que se le escapen. El pueblo asalta el cuartel baluarte de la reacción, del clericalismo, del fascio criminal, de la burguesía capitalista.

Caen varios hombres; suenan blasfemias y gritos. Las ametralladoras de la Montaña han abierto fuego; desde las ventanas, los fusiles disparan. Los fascistas asoman medio cuerpo para hacer mejor puntería contra los asaltantes.

—¡Traición! ¡Traición!

Al «Manías» se le cae el fusil; continúa corriendo, dando traspiés, con ambas manos extendidas, palpando el aire como un ciego. Se derrumba y queda hecho un ovillo en el suelo. Le agitan unos espasmos; después estira las piernas y se queda quieto, mientras los atacantes retroceden despavoridos.

Desde anteayer, el régimen de los detenidos en la galería de políticos de la cárcel Modelo se ha alterado y endurecido. En los últimos momentos parecía incluso que les iban a dejar salir. Uno de los guardianes, Florencio Batista, les entregó un aparato de radio para que escucharan las noticias de la sublevación. El propio director, Elorza, por intermedio de un emisario, les comunicó que, si llegado el momento salían a la calle, lo hicieran con orden y sin escándalo, y que se abstuvieran de vestir camisas azules.

Los falangistas se han impuesto una especie de uniforme carcelario: mono azul marino y alpargatas. También se han impuesto un reglamento personal en el cual entra el fútbol, la discusión política, el ajedrez y la lectura; y una limpieza personal exagerada que garantiza al preso la conservación de una moral elevada.

Raimundo Fernández Cuesta es secretario general de Falange Española y notario de Cifuentes. En marzo, cuando el frustrado atentado contra Jiménez de Asúa, fue encarcelado; había conseguido, más adelante, que le pusieran en libertad provisional a causa de una otitis que padece y él exageró ante el médico. La noche en que mataron al teniente Castillo le convocaron en la Dirección General de Seguridad; de allí le mandaron nuevamente a la cárcel.

Hay que reconocer que la galería de políticos es un lugar privilegiado; en España, siempre han sido necesarias estas celdas, relativamente cómodas; por ejemplo, hace cinco años, de estas celdas salió el Gobierno Provisional de la República para ocupar los Ministerios.

Desde la noche del sábado les tratan con mayor severidad, como si hubiesen recibido órdenes al respecto; y les retiraron el aparato de radio. Noticias contradictorias se filtran a través de los presos y los guardianes. Cada cual opina lo que está más de acuerdo con sus tendencias políticas. Mientras unos afirman que el Gobierno domina la situación, que se ha apoderado de Sevilla y bloquea Marruecos con la Escuadra, otros dicen que el general Mola está en la Sierra, a las puertas de Madrid, y que Franco, al mando de las fuerzas de Marruecos, ha pasado Despeñaperros.

Que en Madrid se lucha es evidente; desde la cárcel se oyen los estampidos del cañón y el tableteo de las ametralladoras. Pero ¿qué ocurre? Los guardianes parecen desconfiados o recelosos. Se ha sublevado el cuartel de la Montaña, pero ¿quién utiliza la artillería? ¿Y las

fuerzas del Campamento? Desde las ventanas ha visto aviones y ha escuchado los bombazos. ¿Contra quién los descargaban? ¿Contra los militares? ¿Contra el Ministerio de la Guerra?

Ayer se presentaron en la cárcel unos anarquistas y sacaron a los que estaban presos. De las noticias se enteraron a medias palabras y de manera confusa; no sucede como en días anteriores, en que los propios guardianes les informaban libremente.

Aún no les han abierto las celdas; se sienta en el catre. La soledad martiriza la fantasía. Desea cambiar impresiones con Fernando Primo de Rivera, con Víctor Salazar, con Julio Ruiz de Alda, con Manolo Valdés; pudiera ser que uno u otro tuvieran noticias o que, analizando juntos la situación, llegaran a conclusiones lógicas. La lucha se prolonga desde hace por lo menos dos horas; esta falta de noticias es enervante e irritante.

Mientras disfrutaba de libertad provisional visitó a Barrado en la calle de Fuencarral; le aseguraba éste que Fernando Primo de Rivera, con el coronel Muñoz Grandes y con Álvarez Rementería, iban a movilizar en Madrid tres mil falangistas, que se contaría con unos mil quinientos requetés y con bastantes monárquicos. Fernando no se muestra ahora tan optimista con respecto a la movilización. En la segunda galería se encuentran detenidos unos quinientos escuadristas, y entre ellos muchos de los mejores y más decididos, y otros muchos se han visto forzados a ocultarse para no caer en manos de la policía.

Nota apetito. ¿Qué ocurrirá hoy con la comida? Tuvieron ayer que contentarse con el infecto rancho; falló el suministro de la taberna de Ananías Calzón. Es curioso que en ocasiones como la presente se experimente, por ejemplo, hambre; la inquietud se disfraza y adquiere a veces apariencias físicas.

A media semana consiguió enviar a sus hijas y a su suegra a Santiesteban, en Navarra. Allá estarán tranquilas. Aunque Mola se haya alzado en Pamplona, en los pueblos navarros nada ocurrirá. Su mujer ha preferido quedarse en Madrid para atenderle; que Dios les proteja a los dos.

Se entretiene en repasar los lomos de los libros *Años decisivos*, de Oswald Spengler; *Los nueve puñales*, de Ximénez de Sandoval; *El conde-duque de Olivares*, de Marañón. Los ha leído y, aunque así no fuera, tampoco en este momento tiene ganas de leer; no podría concentrar la atención.

José Antonio escribió en una carta que llegaría al parque del Oeste, desde Alicante, en una avioneta. ¿Respondería a un plan bien urdido, o se trata de una fantasía o un deseo? Han corrido rumores de que desde el cuartel de la Montaña saldrían a liberarlos de la cárcel. Ayer cambiaron la guardia exterior; la hacen los del regimiento de Wad-Ras, que son los más adictos al Gobierno.

Miembros de la junta política de Falange Española ocupan estas celdas, situadas a poco más de un kilómetro de donde se desarrolla la batalla. Fernando Primo de Rivera, hermano menor de José Antonio, que ejerce la jefatura en ausencia de su hermano, es uno de los presos de la galería de políticos.

Los cañonazos, que se repiten con machacona insistencia, carecen de firma.

A la entrada del Ministerio de Fomento, llamado ahora de Obras Públicas, monta guardia un piquete de la Guardia Civil. Julio Just, director general de Obras Públicas y Puertos, ha pasado la noche en el Ministerio de Marina. Con el nuevo presidente del Gobierno y ministro de Marina, don José Giral, un grupo de significados republicanos y socialistas, Indalecio Prieto, el doctor Negrín, el ministro de Justicia, Blasco Garzón, el de Trabajo, Lluhí Vallescá, el de Estado, Augusto Barcia, Carlos Esplá y algunos más, han permanecido reunidos prestándole colaboración en estas horas difíciles y demostrándole solidaridad.

Ahora que la batalla ha comenzado en Madrid; ahora que se está luchando en el cuartel de la Montaña y se han sublevado los Cantones, Julio Just acude al Ministerio de Fomento, pues ignora qué puede ocurrir si se sublevan más cuarteles o los elementos derechistas irrumpen armados en la calle.

La situación en España es más que caótica; si en la propia capital no resulta clara para nadie, más difícil se hace concretar qué ocurre en el resto de la Península. En el Ministerio de Marina, sobre el mapa, han tratado de ir señalando las provincias controladas por los militares sublevados; poco o nada se sabe de los pueblos y las ciudades pequeñas. Las noticias más importantes que se están recibiendo, se refieren a la escuadra. La flotilla de destructores de Cartagena, formada por el *Lepanto, Sánchez Barcáiztegui* y *Almirante Valdés*, se han puesto abiertamente en favor del Gobierno, adueñándose del mando los subalternos en vista de la posición facciosa de la oficialidad, salvo en el *Lepanto*, que continúa a las órdenes de don Valentín Fuentes. Algo ha ocurrido en el *Churruca, Cervantes* y *Libertad*. Los informes de lo ocurrido son más bien confusos, pero el control de la escuadra permitirá establecer una eficaz barrera entre Marruecos y la Península, impidiendo el traslado de efectivos.

Personalmente ha conseguido comunicación telefónica con Barbastro y ha hablado con el coronel Villalba, jefe de su guarnición, sobre cuya lealtad se hacían conjeturas poco halagüeñas. Villalba es un hombre emotivo; Just ha llegado a la conclusión de que no está decidido a sublevarse; con mayor causa habiendo llegado informes a la Presidencia de que en Lérida, que durante ayer domingo se mantuvo sublevada, está restableciéndose la situación en favor de la legalidad, hecho que no puede dejar de influir en el ánimo del coronel Villalba. Con el triunfo de la Generalidad, la incógnita se despeja en Cataluña; Barbastro es una cuña metida en Aragón que apunta hacia Zaragoza, Huesca y Jaca, ciudades donde se han sublevado las respectivas guarniciones.

El alcance de este complot es mucho más importante e imprevisible de cuanto habían supuesto los más pesimistas. Y nadie está en condiciones de prever qué coletazos dará. En Valencia mismo, en su tierra, se están produciendo anormalidades en la guarnición, cuya actitud es dudosa. Martínez Barrio, fracasado el intento de formar Gobierno, se ha trasladado a Valencia, y Martínez Barrio puede ejercer en Levante presiones no sólo sobre el general Martínez Monje, sino sobre otros militares, aunque no hay que confiar demasiado, porque en estas circunstancias cualquier tipo de presiones o influencias pueden fracasar.

El despacho del ministro de Obras Públicas permanece vacío. Nadie sabe dar cuenta de dónde se halla el titular de la cartera, ni siquiera si existe ministro de Obras Públicas. Julio Just ha decidido instalarse en su despacho con el fin de dar la máxima sensación de normalidad. Mientras, tomará algunas providencias para asegurar la defensa del edificio por si fuera atacado, cosa no improbable, pues en este barrio se están produciendo tiroteos aislados, sobre cuya significación y alcance resulta difícil hacer cábalas.

Su amigo y exdiputado Osorio le ha ofrecido esta noche facilitarle un servicio que puede resultar útil al Gobierno y ayudar a que se completen las informaciones que el colapso de algunos medios de comunicación hace dificultosas; se trata de utilizar la red telefónica de los ferrocarriles. En este momento, Julio Just desea comunicar con el gobernador de León, amigo suyo, para comprobar cuál es la situación en aquella zona, en donde ayer estaba el general Gómez Caminero, inspector del ejército, hombre de prestigio y energía y probado antifascista. León es plaza importante; respaldará al resto de Asturias contra los sublevados de Oviedo, aislándolos de los de Valladolid, Burgos y demás poblaciones castellanas en franca rebeldía. León enlaza con Bilbao por el ferrocarril minero de La Robla.

La sublevación militar se ha corrido por Castilla la Vieja; recuerda que ayer, domingo, él debía haber presidido en Medina del Campo un congreso de regantes del Duero. Fue el propio Indalecio Prieto quien le aconsejó no moverse de Madrid al tiempo que le anunciaba la sublevación en África. Se hubiera metido en la boca del lobo.

Las gestiones del amigo Osorio dan resultado; la red de estos teléfonos puede conectarse con la red general, como ahora acaban de hacerlo.

—Don Julio, tiene al aparato el Gobierno Civil de León…

Se pasa la mano por el cabello para alisarlo y se apoya en la mesa. La fatiga le rinde; trata de no abandonarse para evitar el mal ejemplo. A pesar del calor que hace, no se quita la americana, y antes de salir del Ministerio de Marina se ha rehecho cuidadosamente el lazo de la corbata.

—¡Oiga!… ¡Oiga!… Francés…, ¿es usted?

—¿Quién habla?

—Soy Julio Just; le llamo desde Madrid, desde el Ministerio. ¿Cómo van las cosas ahí? Hemos estado reunidos esta noche con algunos ministros y con Indalecio Prieto y se ha comentado que en el aeródromo habían ocurrido incidentes… Y los mineros asturianos, ¿qué hacen?

—Salieron ayer noche hacia Zamora; se les proporcionaron algunos fusiles; no muchos. Hubo cierta resistencia por parte de los militares. Yo no intervine; estaban en León el general Gómez Caminero y el general Ramírez.

—¿Y la situación en la ciudad?

—Excelente; la presencia de los mineros representaba un alarde de fuerza y un aviso para la guarnición y para los carcas de acá. Los socialistas han declarado la huelga general; en mi opinión, resultaba superfluo, aunque bueno es que los enemigos encubiertos se sientan amenazados.

—Y Caminero, ¿sigue ahí?

—Pues no sé. Acaban de informarme de que se ha marchado; y me extraña. Pero oiga, Julio, dígame ahora a mí: ¿qué hay por Madrid?

—Perfectamente; el Gobierno controla la situación. A los del cuartel de la Montaña, que hacían el tonto, se les ha conminado a que se rindieran. No lo han hecho y se les cañonea y ataca por aire. No tienen escapatoria. En Carabanchel hay un poco de fregado. Pero el Gobierno está firmemente mantenido por parte del ejército, por las fuerzas de orden público y por las organizaciones obreras, que están mostrándose sumamente eficaces en su apoyo.

—Le tendré a usted al corriente…

—Hágame el favor. Personalmente le voy a comunicar al señor Giral lo que me ha contado.

—Hasta luego, Just…

—Hasta luego.

La provincia de León, que se mantiene leal, domina en Astorga la carretera general de Galicia y la línea férrea. En cuanto a los mineros asturianos, pueden constituir una fuerza que obligue a entrar en razón a los militares y a los fascistas de Valladolid.

Cada vez resulta más incomprensible la inconsciencia en que vivía Casares Quiroga, más aún considerando que en el Ministerio de la Guerra disponía de las claves de la información. No hace muchos días fue a visitarle a la Presidencia del Gobierno. Como amigos, se tratan con confianza, pero a él siempre le gusta mantener una actitud respetuosa. Le manifestó que, a través de un militar valenciano amigo suyo, poseía noticias de que la conspiración era vasta e importante. Casares se indignó y llegó a rozar la grosería.

—¿Cuál es su cargo?

—Director de Obras…

—Pues, amigo Julito, siga siéndolo; y yo, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra.

Viose forzado, ante tan descomedida frase, a contestarle que dimitía de su cargo, pero que continuaba siendo diputado, condición ésta que le permitía hablar con libertad. Acabaron haciendo las paces; pero, como a los demás que le traían noticias relacionadas con la conjura, tampoco le prestó oídos.

Julio Just se recuesta en el sillón; no permitirá que le derrumbe el cansancio; debe mantenerse vigilante, como el resto de los españoles. No obstante, se pregunta cuál es exactamente la misión y las funciones de un director general de Obras Hidráulicas y Puertos, metido en un Ministerio tan desierto que carece de ministro y subsecretario, en un momento en que los cañonazos retumban por la ciudad y sus alrededores y media España está sublevada contra su Gobierno legítimo.

Madrid: Cuartel de la Montaña, donde los sublevados a las ordenes del general Fanjul se acuartelaron el día 18.

General Joaquín Fanjul Goñi (1880-1936).

Al amanecer del lunes 20, se inició el ataque contra el Cuartel de la Montaña. Dos piezas del 7.30 dispararon durante varias horas sobre sus muros. También fue cañoneado por una pieza del 15 y bombardeado por la aviación.

Madrid: El Cuartel de la Montaña estaba prácticamente sitiado desde el domingo 19, y durante la noche el cerco fue apretándose. El teniente de artillería Urbano Orad de la Torre (abajo derecha), a cuyas órdenes estaba la media batería del 7,5.

Una de las baterías que participaron en el combate cambia de emplazamiento escoltada por un carro blindado.

Cañón del 15, que mandaba el teniente Vidal, haciendo fuego sobre el cuartel.

Madrid: Asalto al Cuartel de la Montaña.

Alicante

Cuando entra del balcón se siente atrozmente deprimida. En Alicante ha debido de estallar la revolución. Por el paseo desfilaba una columna de camiones con guardias de Asalto y paisanos en mangas de camisa, con mantas, cartucheras y fusiles. Llevaban desplegadas banderas rojas y republicanas y lo que cantaban le ha parecido que era *La Internacional*. Daban vivas a la República y a la Revolución. ¿A dónde irían? ¿Qué está ocurriendo en Alicante? ¿Y en el resto de España? ¿Qué suerte le espera a Miguel?

Entra angustiada en la alcoba y entorna las persianas. A la tía «Ma», a Carmen Primo de Rivera y a ella, las han reunido en esta alcoba que les sirve de prisión, no demasiado incómoda, pero que las hace sentirse deprimidas, nerviosas y asustadas. Le preocupa la suerte de José Antonio, su cuñado, a quien admira y estima, pero más le preocupa la de Miguel con quien hace poco se ha casado. Encerrado con José Antonio en la cárcel y con el odio que les tienen los izquierdistas, teme por su vida y seguridad personal. La revolución en Alicante parece desencadenada. Los guardias iban destocados, otros con el correaje sobre la camisa, y levantaban el puño, con lo cual ni parecían verdaderos guardias ni daban la sensación de que fueran capaces de mantener el orden ni de garantizar la seguridad de los presos.

La tía «Ma», que es madrugadora, se peina ante el espejo. Ella se ha envuelto en la bata; todavía no se ha lavado. La inquietud la desvela, y como duerme mal y hace calor, siempre anda con sueño. El hecho de no poder abandonar la habitación hace que las horas transcurran de manera desconcertante.

—¿Qué era ese alboroto?

—¡No sé! Camiones con gentuza armada, como si fueran revolucionarios…

—Habla más bajo; Carmen todavía duerme…

Carmen se revuelve bajo la sábana y se incorpora.

—¡Qué voy a dormir!

La camarera que anoche les subió la cena, les dijo muy aprisa y seguramente con miedo, que trajeron presos unos fascistas (la chica les llamaba así) de Callosa de Segura, que habían sorprendido ocultos en los barrancos de Aguas Amargas, y que hubo tiros y muertos. Es horrible; deben ser los camaradas que venían con Maciá con la misión de sacar de la cárcel a José Antonio y a Miguel. Ha debido de fracasar el golpe de mano.

Suenan unos tímidos golpes en la puerta. La tía «Ma», se aproxima. Es muy temprano, y la camarera cuando les sirve el desayuno llama de distinta manera.

—¿Quién es?

Al otro lado de la puerta una voz de hombre, sorda, trata de que no le oigan demasiado en el corredor.

—Un amigo; no se preocupen. Cojan el papel que les paso y léanlo.

Al mismo tiempo, por debajo de la puerta se desliza una hoja de papel escrita a lápiz.

—Hagan el favor de romperlo después, no me comprometan.

No les da tiempo a contestar; oyen los pasos que se alejan nerviosos y precipitados.

De momento, por culpa de la agitación no aciertan a leer. Carmen se ha levantado del lecho; se aproxima al balcón y entreabre una de las persianas. La letra es grande y para ellas desconocida, como desconocida les resultaba la voz.

El general Queipo de Llano habla desde Sevilla por radio. Da buenas nuevas. Asturias, que parecía contraria al movimiento salvador de España, se ha puesto a nuestro lado. El coronel se ha apoderado de Oviedo. En Madrid, el Gobierno ha armado a los extremistas, pero los cerrojos de los fusiles están custodiados en el cuartel de la Montaña, donde los patriotas se han sublevado. En Carabanchel y Getafe se ha alzado la artillería. En Albacete, la Guardia Civil es dueña de la población contra el Gobierno. De Huelva enviaron una columna de guardias civiles contra Sevilla y, al llegar a la capital andaluza, se pusieron a favor de Queipo; una columna de mineros ha volado y les hicieron muertos y prisioneros. El tabor que desembarcó en Algeciras ha ocupado La Línea. Éstas son las últimas noticias; ya deben de saber lo de Navarra, Aragón y Castilla la Vieja. Un amigo.

P. D. Por favor, rompan este papel en cuanto lo lean: podrían comprometerse y comprometerme. Gracias.

Las noticias no son pesimistas; ellas ignoran lo sucedido en Navarra, Aragón y Castilla la Vieja, pero adivinan que por allá las cosas deben presentarse favorables. Margot Larios piensa que si Algeciras y La Línea están dominadas por el ejército, su familia se hallará a salvo, aunque quién sabe lo que ha podido ocurrirles entretanto. Menos mal que su hermano Pepe está en Londres.

Unas a otras se miran. Carmen se coloca una bata y la tía «Ma», que vuelve a peinarse ante el espejo, se encara con Margot.

—Una idea se me ocurre. Hay que procurar que estas novedades lleguen a José Antonio, ¿no os parece? A ti te han autorizado para enviarle a Miguel, jabón, pañuelos, ropa. Escondamos estas noticias; les consolarán.

—Por de pronto habría que copiar esto en un papel de fumar, un papel de fumar se esconde en cualquier parte.

—Lo encontrarán, tía, y será peor.

—Es cuestión de pensar… Yo tengo papel de fumar; lo compré para ellos. Si sacamos una hoja de en medio y volvemos a colocarla en el librillo…

—¿Y si lo notan? Son listos; los carceleros están avezados a esta clase de trucos.

La tía «Ma» da el último retoque al peinado, y se sienta junto al balcón en un silloncito de mimbre. Entorna las persianas bajas para protegerse del sol. Carmen coge su cepillo y el tubo de pasta y empieza a limpiarse los dientes. De pronto escupe la pasta en el lavabo, y muy alegre exclama:

—¡Lo tengo! No lo encontrarán nunca. ¡En el tubo! En el tubo introducimos el papel de fumar enrolladito; metemos luego un poco de pasta de otro tubo para taparlo… Bueno, os lo explico mal, pero me entendéis.

—Con mucho cuidado podemos vaciarlo a medias.

—Tendremos que escribir con letra muy chiquitita.

—¿Pero cómo se dará cuenta Miguel de que dentro va el mensaje?

—En cuanto vea un tubo de pasta notará algo anormal. Hace cuatro días que le mandé uno grande de «listerine» y sospechará; en cuanto aprieten, aparecerá el mensaje.

—Manos a la obra, pues. ¡Ay! Estos chicos en qué líos me meten; a mis años haciendo el papel de espía…

Sevilla

El ruido es intensísimo y el fuselaje del «fokker-F-VII» retiembla. Los nueve legionarios sentados, amontonados, con las cartucheras puestas, las bombas colgadas, los fusiles entre las manos apoyan las espaldas en las mantas dobladas que llevan en bandolera.

El avión ha dado un brinco y gana altura. El teniente Gassols, de la 5.ª bandera, sentado detrás del piloto aviador, observa cómo éste garrapatea unas líneas en un papel. El piloto le entrega el papel; resulta inútil hablar aunque sea a voces.

El teniente Gassols lee el mensaje, que el aviador confirma con gestos. «Hacen fuego muy peligroso ¿Aterrizamos?». Un fuerte contratiempo; el general Queipo de Llano domina la Capitanía de Sevilla, los cuarteles y el centro de la ciudad; las noticias que han llegado a Tetuán es que también dominaba Tablada y ahora por lo visto les tiroteaban desde el aeródromo. Trata de asomarse por una de las ventanillas pero nada distingue ni puede distinguir. El avión sobrevuela a bastante altura el Guadalquivir, que dibuja una amplia curva sobre los campos tranquilos.

La Legión no retrocede, los compañeros le han envidiado esta singular misión, él no regresará rabo entre piernas. Así es que aterrizarán en Tablada; si el enemigo ocupa el aeródromo, con sus nueve hombres entrará en combate. Saca un lápiz y en el mismo papel escribe la contestación: «Aterrice. Por las buenas o en paracaídas». Mientras entrega el papel al piloto le sonríe con su rostro ancho, enseñando los dientes bien alineados. La Legión no se raja, la Aviación tampoco puede rajarse. El aviador hace un gesto afirmativo y levanta la mano derecha en señal de aprobación.

Puede ocurrir que se trate de un error; ninguna señal lleva el aparato que permita identificarlo. En Tetuán, a través de las emisiones de Radio Sevilla se ha sabido que el aeródromo de Tablada ha sido atacado y bombardeado varias veces. Si así fuera, deben andar recelosos. Bien es verdad que si por error les acribillan, de poco les servirá que las balas sean amigas; lo mismo hacen pupa.

Vuelve el rostro hacia el legionario más próximo y le hace seña de que se acerque. Junto a la oreja le grita:

—Disparan de abajo. Es posible que los rojos tengan el aeródromo. Preparad los fusiles y las bombas, y en cuanto aterricemos, mucha atención a mis órdenes. ¡Qué circule la consigna!

El legionario tiene las córneas ligeramente rojas, es flaco y el cabello se le revuelve bajo el gorro muy ladeado sobre la oreja; aprieta los labios, se palpa las bombas colgadas del correaje, y se vuelve hacia su compañero más inmediato a quien repite las palabras del teniente. Los demás tratan de escuchar en vano; uno a uno son advertidos del peligro y enterados de la orden del oficial.

Pierden altura; los legionarios están dispuestos. En el momento de tocar tierra caen en desorden unos sobre otros. El avión se mueve dando saltos; permanecen echados con los fusiles en la mano derecha, en la izquierda aprietan una bomba Laffite. El avión disminuye de velocidad a lo largo de la pista de aterrizaje. Cuando está a punto de detenerse, el piloto hace

un gesto al teniente Gassols, que salta sobre la puerta, acciona el mecanismo de apertura y, pistola en mano, se lanza al campo antes de que el aparato haya frenado completamente.

—¡Abajo todos!

Uno a uno saltan al suelo con el fusil presto a disparar y la bomba dispuesta.

—¡Desplegad! ¡Y que ninguno dispare sin orden mía!

Por el momento nadie les ataca ni hostiliza. Un grupo de pilotos militares avanza hacia ellos desde los hangares. Vienen a paso rápido; no se les descubren armas.

El teniente Gassols se adelanta hacia los oficiales de Tablada. Empuña la pistola; hace un gesto a los legionarios para que se tranquilicen y depongan las armas.

—¡Viva la Legión!

Los aviadores del grupo que se aproxima, oyen el grito y, agitando las manos, responden:

—¡Viva!

El equívoco se ha deshecho; estos oficiales no pueden, ni en supuesto caso de mala fe, tenderles una trampa; estarían en desventaja. El teniente Gassols, va a su encuentro, y se cuadra ante un comandante uniformado de blanco.

—A sus órdenes; el teniente Gassols, de la 5.ª bandera de la Legión.

El comandante le estrecha la mano, los demás oficiales también.

—Soy el comandante Azaola; bienvenido, teniente.

Los oficiales bromean con el teniente legionario.

—Creíamos que se trataba de una nueva incursión del enemigo; os hemos zumbado.

—¡Caray, que si zumbabais!

—Esta mañana, a primera hora, nos ha visitado un «douglas» y nos ha planchado. Pero apenas ha causado daños y ninguna víctima; nos ha fastidiado el desayuno.

—Mi comandante. Vea ese trimotor que se aproxima; que no le disparen, sobre todo. Son diez legionarios más con un sargento. Como verá usted, toda la legión está llegando a Sevilla.

—Vamos para allá; lo primero que hemos de hacer es telefonear al general. Se va a poner contento porque no le sobran efectivos.

—El comandante Castejón vendrá hoy mismo con más legionarios.

—Lo primero es comunicárselo al general. La situación no es tan optimista como él declara por el micrófono.

—Tomaremos medidas para que los demás aterrizajes se realicen sin dificultad.

Las contraventanas entornadas mantienen la sala en fresca penumbra. Sentado en una butaca ha estirado las piernas abandonándose al descanso. Desearía quedarse aquí, junto a su madre, en casa; dormiría en esta misma butaca sin descalzarse, sin quitarse la ropa, entre estas paredes y estos muebles. Le rodean los retratos del bisabuelo, el fanal con la Virgen y su manto azul celeste bordado de oro, la lucecilla que perpetuamente alumbra la imagen bailando en el aceite de la lamparilla, el espejo con marco dorado, la caja adornada con corales y caracolas, la panoplia sobre cuyo paño rojo cuelgan los sables, pistolas y charreteras del abuelo, el piano, los dorados candelabros, la marina que representa veleros desarbolados por el temporal, las

paredes empapeladas imitando damasco, salpicadas de miniaturas ovaladas de tíos y tías, viejos todos aunque las imágenes pertenezcan a jóvenes, tíos muertos o muy ancianos, irreconocibles. Y su fusil que todavía suelta grasa y que ha dejado apoyado en la pared con cuidado de no manchar la tapicería del sofá. Su fusil aparece insólito en este cuadro familiar; lo contempla como instrumento extraño a pesar de que hace veinticuatro horas que se lo entregaron y es suyo; él responde de esta arma que corresponde a un número que anotó el brigada cuidadosamente. Esta noche ha disparado, tendrá que irse acostumbrando a su presencia, pero al descubrirlo en la sala familiar se le aparece como objeto extravagante que ni siquiera hace juego con las armas del abuelo que desde muchos años atrás han adquirido inofensiva calidad de panoplia.

Amortiguados por los edificios que se interponen, se oyen disparos por la parte del Guadalquivir. Un cabo de la Guardia Civil que manda el pelotón de voluntarios, que parapetados entre las vías de los muelles disparan hacia Triaría y vigilan el puente, le ha dado permiso para que venga a desayunar a su casa a condición de que la ausencia no se prolongue más de media hora. Como no tardará ni tres minutos si aprieta el paso, agota los instantes esperando que el reloj de la media, una campanada suave, la intimidad de cuyo sonido le es bien conocida. Su madre se ha empeñado en prepararle una tortilla y un filete empanado porque anoche se quedó sin cenar, salvo un bocadillo que fueron a buscar a una taberna; le ha puesto entre las provisiones dos botellas de tinto manchego para que invite a los compañeros. Su madre pretendía que Flora, la criada, vaya a acompañarle llevándole la cesta con las provisiones. Se ha negado, no quiere que se rían los compañeros y tampoco quiere llevar él la cesta. Bonita pinta haría con fusil y cesta al brazo. Le pondrá todo en un paquete.

—Ya está dispuesto.

La madre es joven, viste de verano, escotada. Peinada y compuesta aparenta ser más joven de lo que es. Sus amigos le dicen que es hermosa y a él le desagrada que sus amigos hablen de su madre como de una mujer; es decir, que les guste como mujer, pues es su madre.

—¡Cómo va a sentir tu padre no verte! Ha ido a presentarse a Capitanía.

La sirvienta entra en la sala con un paquete cuidadosamente atado con bramante.

—Señorito; puedo acompañarle hasta el paseo…

—Gracias, Flora; es que disparan y resulta peligroso.

—No tengo miedo de los disparos. También le pueden dar a usted y bien va.

—No, Flora, es distinto, yo…

Coge él paquete. Su madre le abraza y le besa. Su perfume y una blandura femenina le rodean. Su madre está emocionada, si bien la desesperación de ayer, gracias a Dios, no se reproduce; a él le dan ganas de llorar.

Atraviesa el patio, oloroso de flores, blanco, verde, rosa y rojo; sale a la calle en donde el sol luce con intensidad cegadora. Cuelga el fusil al hombro y sujeta el paquete bajo el brazo izquierdo. Los disparos suenan más próximos, más secos y amenazadores bajo el sol que en la oscuridad de la noche. Aprieta el paso; como alfilerazos, se oyen tiros de pistola, es lo que el cabo de la Guardia Civil califica de «paqueo»; anarquistas y comunistas que acechan ocultos en las azoteas.

A la carrera cruza el paseo. Humean las iglesias de Triana. En los muelles los compañeros se protegen tras una barricada formada con montones de mercancías de un barco de cabotaje atracado algo más lejos.

—Tú, por lo menos, has debido desayunar como corresponde.

Deja el paquete en el interior de la casilla que hay junto a la barricada. Los compañeros lo observan pero nada comentan. El cabo de la Guardia Civil ha apoyado el fusil contra unos sacos de algarrobas y observa con fijeza una ventana a la orilla opuesta del Guadalquivir. Se ha despojado del tricornio; da calor y con su brillo ofrece demasiado blanco al enemigo. Está tenso, al acecho, como el cazador en su puesto.

—Hemos ido por tumos a la taberna; no tenían más que café solo y pan duro. Hoy no han trabajado los panaderos.

—Como se empeñen en hacer huelga les huele la cabeza a pólvora. ¿Oísteis lo que les advirtió el general anoche por la radio?

—Podrían traernos chuscos los de intendencia. ¿Somos soldados o no lo somos?

Protegidos del fuego de la orilla opuesta por el casco del barco, una pareja de hombre mayores, con chaquetas de dril blanco, brazaletes verdes y gorro militar, montan guardia. Pertenecen a unas milicias ciudadanas recién creadas.

La detonación les asusta; estaban distraídos.

—Le cacé; estoy seguro que me lo he cargado.

El cabo de la Guardia Civil acciona el cerrojo; salta el casquillo del máuser y tintinea sobre los adoquines.

—Como un tonto estaba asomado a la ventana; la camisa blanca le delataba. Tenía tomada la puntería. Os apuesto lo que queráis a que ése no se asoma más. Me parece que le di en mitad de la frente.

Desde la otra orilla del río contestan con descargas. El cabo se sienta protegido por los sacos, y se abanica con el tricornio.

—Ahora, que los compañeros del difunto se desbraven.

Las balas saltan sobre el empedrado; algunas que pegan en los raíles, los hacen sonar como campanas rotas.

—¿Alguno de ustedes tiene un pito? Creo que me lo he ganado.

Su madre le ha llenado los bolsillos de cajetillas «Gener» de las que guarda en reserva su padre. Abre una y le ofrece al guardia civil.

—Puede quedarse con la cajetilla; tengo más.

Desde el parapeto observa con precaución la ventana de la casa situada al otro lado del río que ha señalado el cabo de la Guardia Civil. No se distingue a nadie en ella.

Suenan detrás disparos de pistola; uno de los paisanos militarizados que estaban en el muelle junto al barco comienza a gritar y se desploma. Su compañero inicia una carrera; pero se detiene desconcertado.

El cabo de la Guardia Civil se pone en pie y le grita con rabia:

—¿A dónde va usted, desgraciado?

El que corría se aproxima al compañero caído cuya americana blanca se mancha rápidamente de sangre.

El cabo, con el fusil en la mano, protegido por la esquina de la caseta, comienza a observar una por una las casas del paseo y de las callejas que desembocan cerca.

—¡Vaya usted y entre los dos tráiganse al herido! Le han disparado desde ahí. Me jugaría la paga de un mes a que en esa casa baja hay escondido un paco.

Él sale corriendo, agachado; sus compañeros, por orden del guardia, disparan en dirección a la casa en donde supone se oculta el paco.

No acierta a coger al herido que se queja; tiene un balazo en la espalda. El compañero del brazalete verde está descompuesto, no puede ni hablar. Ha dejado abandonado el fusil en mitad del suelo.

Cuando consiguen levantarle, el herido se queja terriblemente; aprietan a correr conduciéndolo en volandas sin demasiadas consideraciones al dolor que le causan. Dos proyectiles les silban cerca; les disparan ahora desde la orilla opuesta. El terreno descubierto es corto; ya están amparados por la barricada.

Uno de los voluntarios falangistas, que estudia segundo de Medicina en Cádiz se aproxima al herido y le levanta la americana. El herido gimotea; el muchacho apenas sabe qué hacer. El cabo de la Guardia Civil se vuelve hacia ellos.

—Hemos de ir a por ese paco; si no, se nos va a cargar uno a uno. Usted trate de cruzar con la obligada precaución al café, y telefonee que envíen una ambulancia.

Se echa el fusil a la cara y efectúa unos disparos contra una azotea adornada con macetas de geranios. El herido continúa quejándose; nadie acierta a aliviarle; le han apretado un pañuelo contra la herida. Se fija en el rostro del compañero de la chaqueta de hilo que formaba pareja con el herido; ha adquirido un color ocre; el hombre suda copiosamente. Con ambas manos se sujeta el vientre. Huele mal. El voluntario mira aterrorizado hacia los lados y se desabrocha precipitadamente el cinturón. El cabo de la Guardia Civil se ha vuelto hacia él y le observa con desaprobación; le dice agriamente.

—Aléjese usted hacia detrás de esos toneles. No tenga miedo, que el paco por ahora no va a disparar; se ha escondido. Pero no se nos cague aquí, amigo, que luego no hay quien soporte el perfume.

El del brazalete verde, que ahora ha empalidecido, sale corriendo hacia los toneles alineados en el muelle. El mal olor persiste todavía un instante. El estudiante de Medicina que ha ido a telefonear al café, atraviesa en cuatro zancadas la zona batida, y se coloca junto a ellos.

—Mandarán la ambulancia.

Trata de comunicárselo a voces al herido, que no parece enterarse; la hemorragia ha cedido.

—Esperaremos la ambulancia. Usted, vigíleme esa terraza a ver si observa algo anormal. Ustedes dos seguirán aquí, con el otro, si es que se le arregla el vientre. Los demás, conmigo, vamos a cruzar para allá. Al hijoputa ése le vamos a cazar; ya he estudiado el procedimiento.

El fusil del herido y el de su compañero han quedado abandonados en el suelo, en el lugar del muelle donde la pareja estaba haciendo guardia. El cabo de la Guardia Civil se dirige en voz alta hacia el que está detrás de los toneles.

—Y usted, amigo, cuando termine, vaya a recoger los fusiles y tráigalos; no se abandonan las armas, nunca, pase lo que pase. Y esto que le advierto, no lo olvide usted. Por ser la primera vez, vaya y pase, pero que no se repita o daré de usted un parte por escrito como corresponde.

—Escuche, Cuesta; se me ha ocurrido una idea. Hemos de levantar el ánimo de los sevillanos que por ahora no demuestran estar muy en forma.

El general Queipo de Llano, que viste americana blanca de paisano y lleva la camisa abierta y desprovista del cuello postizo, está sentado en su despacho del edificio de la Capitanía frente al comandante de Estado Mayor.

—En cuanto lleguen esos legionarios, que no son más que veinte y un teniente, usted me organiza un carrusel. Me los distribuye en tres o cuatro camiones, en cada camión que suban además unos soldados, guardias civiles y algún paisano de los uniformados. ¿Usted sabe lo que hacen con los comparsas en las zarzuelas? Pues igual vamos a hacer nosotros. Anunciamos que ha llegado a Sevilla la Legión: los camiones, ligeramente distanciados se lían a dar vueltas a la máxima velocidad, los muchachos van cantando y dando voces; y el público, que los ve pasar varias veces, se cree que son muy numerosos, se enardece y los aplaude. Y vuelta a empezar.

—Buena idea, mi general.

—Usted piense un itinerario relativamente corto; que desfilen por la Campana, por la calle Tetuán, que den vuelta por la entrada de la calle de las Sierpes…

—Eso lo organizamos en un momento.

—A las diez hablaré por radio. Voy a anunciar a los sevillanos que la columna de Mola llega a Madrid, eso les animará. Al fin y al cabo un día u otro llegará; tengo derecho a anticipar las buenas noticias. ¡Ah! Voy a dar un toque de atención a los empleados de Ferrocarriles. Pienso concederles un plazo de dos horas para que se presenten en sus destinos, al que no lo haga se le aplicará con todo rigor el código de justicia militar; ellos saben lo que eso significa. A esos tipos no se les puede tratar con guante blanco, están demostrando su mala condición.

Parapetado en la esquina, está con el fusil dispuesto. Dos compañeros, voluntarios como él, saltan por el tejado. El cabo de la Guardia Civil, con otros dos, con las armas aprestadas han subido escaleras arriba, y junto a la cancela ha quedado uno para vigilarla. Las mujeres que han encontrado en la casa, y que parecen sirvientas, están en el patio de cara a la pared y con las manos en alto. Los tres voluntarios restantes rodean el edificio con cautela. El paco no tiene escape; conviene estar prevenido, pues va armado y puede tener cómplices en otros edificios de los contornos.

Por la parte trasera de la casa se oyen gritos y dos disparos de fusil. Un hombre viejo, flaco, en mangas de camisa y calzado con alpargatas, aparece corriendo por la esquina a pocos

metros de él. Varios proyectiles se estrellan contra la pared produciendo desconchados. «¡A ése…!, ¡a ése!». El hombre le mira aterrorizado; se detiene, da media vuelta y sale a todo correr en dirección contraria. Él, se ha llevado un susto, reacciona y se echa el fusil a la cara. Por el punto de mira le apunta a la cabeza; el hombre corre en línea recta, gritando algo que no le entiende. Dispara, el retroceso casi le tira de espaldas. El hombre ha caído de golpe en medio del arroyo. Resollando se presenta el cabo de la Guardia Civil y los falangistas que rodeaban la casa. Todos se acercan al hombre tumbado sobre los adoquines. Los otros voluntarios van saliendo de la casa. Algunos vecinos, tímidamente, se asoman tras las celosías o a las ventanas.

El cabo de la Guardia Civil le aparta un poco con el pie; no ofrece resistencia, es una masa inerte.

—Éste no ha necesitado confesión.

Está desconcertado; se aproxima poco a poco. No podrá escaparse de verlo, no querría verlo a ningún precio. Ha apuntado cuidadosamente pero ni pensó en que pudiera acertarle; él no sabe disparar; le da miedo la detonación.

—¡Muchacho! Eso es puntería.

—¡Caray, y decía que no sabía tirar!

Le felicitan, le dan golpecitos en la espalda. El hombre está de bruces contra el adoquinado. El cogote cubierto por una sangre oscura que se mezcla con la cabellera mal cortada. Alrededor de la cabeza se extiende un charco. Él se siente enfermo; no sabe qué decir y sonríe haciendo un tremendo esfuerzo.

—El tío iba jurando que no era él quien disparaba.

—Pero ustedes —pregunta el guardia civil a los que rodeaban el edificio—, ¿le vieron salir?

—Yo salir no le vi; le sorprendimos junto a una ventana abierta y apretó a correr en cuanto le encañonamos. El tío corría que se las pelaba.

—Muchachos, éste no hará más daño a nadie.

Uno de los falangistas, monosabio en la plaza de toros, le levanta la cabeza. Está a punto de gritar de espanto; en la frente se abre un enorme boquete y el rostro está cubierto de sangre. A la boca muy abierta asoman los dientes como si sonriera.

—Buen trabajo, amigo.

—Vámonos ya; vendrán a recogerle.

De las casas próximas han salido algunos vecinos que se aproximan al cadáver. El monosabio, que ha registrado los bolsillos del muerto, enseña un carnet.

—Armas no llevaba, ni munición tampoco. Pero esto es un carnet de afiliado a la UGT.

—Pues ¿te parece poco?

Regresan en grupo hacia la posición del muelle. Al atravesar el paseo de Colón les tiran desde la orilla opuesta; las balas deben pasar distantes, ni las oyen silbar.

El voluntario del brazalete verde, se ha desabotonado el cuello de la camisa y se ha aflojado la corbata. Está muy pálido y la frente se le ha cubierto de gotitas de sudor. Al herido lo ha evacuado una ambulancia de la Cruz Roja. Los dos fusiles están apoyados en unas cajas de mercancías. Al acercarse al voluntario el mal olor le rechaza, pero le mira con tal expresión de vergüenza y súplica, que disimula y se abstiene de cualquier comentario.

Dentro de la caseta, deshace el paquete que le ha preparado su madre. Descorcha una botella de vino tinto, y metiéndose en la boca el gollete, bebe la mitad. ¿Cómo puede contarle a su madre que acaba de matar a un hombre? Le tiemblan las manos y le cuesta trabajo respirar. No se ha acordado de quitar el casquillo de la recámara del fusil. Cuando salta el cartucho al suelo, suena como una campanita de juguete.

Los compañeros efectúan algunos disparos contra las casas de Triana. El cabo de la Guardia Civil se abanica con el tricornio y se pasa un pañuelo por la frente y el cogote. El voluntario se mantiene alejado lo más posible; la mancha oscura en la trasera de los pantalones trata de cubrírsela tirando de los faldones de la americana blanca.

Desde un ventanillo situado al fondo de la caseta, ve un grupo de gente en la esquina de la calle en que él ha disparado. Unos tiros que proceden de la parte del río, obligan a la gente a dispersarse. Al cabo de un momento se presenta una ambulancia que poco después se aleja sonando una sirena. De nuevo los vecinos han rehecho el grupo. No quiere salir de la caseta; le avergüenzan las miradas de sus compañeros y los comentarios despiadados del cabo de la Guardia Civil.

Un paisano, bien trajeado, con sombrero flexible de paja, cruza el paseo, salta las vías y se aproxima al cabo de la Guardia Civil. Comprende que comentan lo sucedido con el paco. Procurando que no descubran su presencia, se aproxima a la puerta y afina el oído. Las palabras llegan claras hasta él.

—… ¿Y qué le vamos a hacer? Que no hubiera salido corriendo. Le advierto que se le ha encontrado un carnet comunista.

—Los vecinos dicen que de donde tiraban era de la manzana de al lado…

—Dígale a la mujer que lo siento, y que a lo hecho pecho. Se le dieron los tres altos reglamentarios. Su obligación era levantar las manos y quedarse quieto…

No quiere oír más, piensa en su madre y le entran ganas de llorar. Agarra la botella y acaba de beberse el vino que quedaba. Coge el fusil y sale a reunirse con los compañeros.

La Coruña

Después de dos noches sin dormir, se había retirado a descansar cuando le han despertado. Apresuradamente se ha presentado en su despacho. Continúan congregados los miembros del Comité que representa a los partidos del Frente Popular y a las organizaciones obreras, comité que fue constituido el sábado.

El gobernador de La Coruña, Francisco Pérez Carballo, abogado, profesor auxiliar de Derecho Romano en la Universidad de Madrid, de veintisiete años de edad, antiguo militante de la FUE, ha permanecido atento a cuanto sucede en La Coruña y en el resto de España, y ha procurado mantener relación directa con el Gobierno de Madrid, especialmente mientras ocupó la Presidencia del mismo el señor Casares Quiroga, amigo personal suyo.

La causa por la cual le han hecho comparecer en su despacho, es un telegrama que se ha interceptado, dirigido por el jefe del estado mayor de la División, teniente coronel don Luis Tovar, a las guarniciones de Lugo, Orense, Pontevedra, Santiago y Vigo, anunciándoles que a las

catorce horas se declarará el estado de guerra en La Coruña, cabeza de la 8.ª Región Militar. Proclamar el estado de guerra significa sumarse a la rebelión. Don Enrique Salcedo, general en jefe de la División, hombre de ideas conservadoras y derechistas, se mantiene fiel al Gobierno de la República, y el general don Caridad Pita Romero, gobernador militar de la plaza, ha reiterado con insistencia su adhesión y la de la guarnición entera. El general Pita, convencido antifascista, es persona que merece absoluta confianza.

En el Gobierno Civil se dispone de informaciones procedentes de diversas fuentes, que coinciden en destacar la actitud insurgente de ciertos militares, entre ellos del propio teniente coronel Tovar, del coronel que manda el Regimiento de Infantería núm. 8, y de diversos jefes y oficiales del 16 Ligero de Artillería, en contra de la posición leal de su coronel don Adolfo Torrado. En combinación y de acuerdo con los representantes de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales, así como del jefe de los guardias de Asalto, señor Quesada del Moral, han tomado medidas tanto para la eventual defensa del edificio del Gobierno Civil, como para movilizar fuerzas ciudadanas en caso de que tuvieran que oponerse a un levantamiento militar. La Guardia Civil parece que se pondrá al lado del Gobierno, tanto por las noticias que él tiene de aquí, como por las que le han sido transmitidas desde Madrid de parte del general Pozas, director general de la Guardia Civil y desde ayer ministro de la Gobernación.

El capitán de Asalto, Tejero, y el de la Guardia Civil, Ríos, asisten a la reunión. Al primero se le encomienda, si la temida ocasión se presenta, la defensa del edificio.

—Yo, don Francisco, colocaría sin más tardanza en ventanas y balcones los sacos terreros que tenemos preparados. Emplazaría una ametralladora encima del Salón París para cortar las calles Riego del Agua y Bailón.

—Nosotros —dice Ramón Maseda Reinante, presidente de la Agrupación Socialista— tenemos a la gente en la calle y dispuesta. Nuevamente insisto en que lo único que necesitamos son armas. En la estación de mercancías hay un vagón precintado que contiene armamento y munición.

Francisco Mazariegos, que representa a la UGT en el comité; Eladio Muiño, de oficio tranviario, que representa a la CNT; Jacinto Méndez Esporrín, por la FAI, y el doctor Rodríguez Bilbao, que habla en nombre de los comunistas, se muestran de acuerdo con Maseda.

Basta con que suenen las sirenas de los barcos pesqueros para que los militantes obreros, ya advertidos, se lancen a la calle, como lo han demostrado por dos veces en estos días cuando se ha dado la señal de alarma. Todos están dispuestos a la lucha, y en la Casa del Pueblo y en las demás sindicales, se mantienen retenes. Escasean las armas; algunas pistolas, los rifles que fueron cogidos en el vapor *Magallanes*, cierto número de escopetas de caza, y otras armas que con apuros se han ido proporcionando, resultan insuficientes para enfrentarse con una situación de verdadera gravedad.

Sobre la conveniencia de armar a los obreros, no todos están de acuerdo; ni siquiera el propio gobernador desea hacerlo. Supone dar una fuerza enorme a las organizaciones extremistas que, una vez armadas, se harán dueñas de la ciudad.

En el edificio del Gobierno Civil existe cierto desorden; son muchas las personas que se han presentado y que permanecen, bien en el despacho reunidos con el gobernador, bien en la

antesala. Los guardias de Asalto, ayudados por algunos paisanos, construyen parapetos de emergencia. Cuentan con ametralladoras, morteros, municiones en abundancia. Continuamente acuden gentes con noticias alarmantes. El jefe de policía y varios inspectores, en periódicas salidas, recorren la población para comprobar si los obreros, muchos de las barriadas extremas y aun de los pueblos próximos que se han concentrado en La Coruña, promueven incidentes. Les han denunciado que grupos incontrolados hacen registros en los domicilios de personas derechistas con el pretexto de que esconden armas. Dentro de la incertidumbre y el desconcierto la ciudad desarrolla sus actividades sin graves incidentes. Una armería ha sido asaltada, pero nada más.

En la antesala, el alcalde, señor Suárez Ferrín, conversa con el concejal Martín Ferrero. A causa de las obras que el Ayuntamiento está efectuando en el parque Joaquín Costa, dispone de cierta cantidad de dinamita. El concejal, acompañado de una brigada de obreros municipales ha recogido las cajas de explosivos y las han depositado en el propio edificio del Gobierno. Por un lado se evita que los extremistas puedan apoderarse de los explosivos; están muy excitados y son capaces de cometer una barbaridad; por otra parte la dinamita puede en un momento resultar útil para la defensa del edificio.

A Suárez Ferrín le preocupa la manera como los acontecimientos se desarrollan.

—Nos encontramos ante un dilema, entre la espada y la pared. Si armamos al pueblo, ¿quién es capaz de contenerle? Si no le armamos, ¿qué va a ser de la República? Cada acción, cada medida que uno toma implica el planteamiento de un caso de conciencia.

—Señor alcalde, yo quisiera manifestarle algo al respecto. Usted tiene explosivos en el laboratorio, ¿no es eso?

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—Median avisado que grupos de obreros se los están llevando.

La noticia impresiona al alcalde, que es además propietario de unos laboratorios. Desea que el orden sea mantenido por quienes están encargados de hacerlo; por las legítimas autoridades.

—¿Está usted seguro?

—No podía detenerme porque transportaba las cajas; la noticia es cierta…

—Entonces tengo que marcharme; no puedo tolerar que caigan en manos irresponsables. Podrían producir mucho mal a la ciudad.

—Que llegue usted a tiempo, señor alcalde.

Un oficial de ingenieros se presenta en el Gobierno Civil. Le hacen pasar inmediatamente a presencia del gobernador. Están en el despacho los diputados Somoza, Guzmán y Joaquín Maurín, que ha venido a Galicia procedente de Barcelona para pronunciar unas conferencias, casi todos los representantes del Comité, y Francisco Prego, Joaquín Martín, secretario del Ayuntamiento, Leovigildo Taboada y otras personas afectas. La entrada del militar provoca expectación.

—La sublevación en La Coruña es un hecho, señor gobernador. El general Caridad Pita acaba de ser detenido en el cuartel de infantería. En la División ha sido destituido y apresado el general Salcedo. El hombre no ha opuesto resistencia. Quien dirige el complot es el coronel

Martín Alonso; pero por ser el jefe más antiguo, se ha hecho nominalmente cargo del mando el coronel Cánovas Lacruz. Van a proclamar el estado de guerra.

—Entonces, usted supone que la cosa no tiene remedio…

—Señor gobernador, he venido a informarle porque creo que ése es mi deber.

—Ya lo han oído; tenemos que disponernos a hacer frente a los acontecimientos.

Las voces suenan confundiéndose; algunas apasionadas, otras temerosas, las más resueltas.

—¡Qué toquen las sirenas!

—Que se repartan todas las armas de que se dispone.

—Capitán Tejero; los guardias que ocupen sus puestos y mantengan la vigilancia.

—Como dije oportunamente, era partidario de tomar la iniciativa y haber atacado los cuarteles cuando todavía les cogíamos desprevenidos. Ellos se nos van a adelantar.

El diputado de Izquierda Republicana, Manuel Guzmán, se coloca ante la mesa del gobernador.

—Si no te parece mal, voy a telefonear a los alcaldes de los pueblos para que envíen las fuerzas de que dispongan y estén dispuestas a defender la República.

—Que requisen los camiones que sean necesarios; hemos de dar sensación de fuerza y de energía.

Muchos de los reunidos salen del despacho para dar órdenes, tomar medidas, ponerse en contacto con las fuerzas que están en condiciones de movilizar. Montando guardia junto al gobernador quedan unos cuantos. Pérez Carballo siente una aguda inquietud; suponía que la rebelión no podría llevarse a efecto, confiaba en los generales. El cuartel de artillería también va a sublevarse; el coronel no será capaz de impedirlo.

—Que se repartan las armas disponibles. Por mi parte voy a dirigirme por radio al pueblo coruñés. Los efectivos de la guarnición son escasos como ustedes saben. Disponemos de las fuerzas de orden público y, con armas o sin ellas, el pueblo está en la calle y el pueblo es invencible.

Oviedo

Los compases un poco jaraneros del himno de Riego, himno oficial de la República Española, suenan en La Escandalera, encrucijada y centro de la ciudad. Formada con bandera y música, una compañía del Regimiento de Milán presenta armas. Por las calles no circula mucho público; los sucesos de ayer y de esta noche han hecho que numerosos ovetenses, por precaución, se hayan abstenido de salir. Otros, obreros principalmente, escaparon ayer al monte. Los servicios públicos se hallan desatendidos. Sin embargo, la mayor parte de los comercios han abierto tímidamente sus puertas. Miedo, expectación y perplejidad, son las sensaciones que dominan en la capital de Asturias.

Unos militares que pasaban por la calle Uría, al escuchar el himno, se han cuadrado reglamentariamente. Los escasos paisanos que usan sombrero en esta época del año, se han descubierto. Él es uno de ellos, aunque monárquico, se cree obligado a acatar las leyes y descubrirse si tocan el himno nacional. Una novedad sorprende; algunos jóvenes escuchan el

himno con el brazo en alto, saludando al estilo fascista. De haberlo hecho hace dos días, hubiesen sido linchados o detenidos. Algo ha cambiado en Oviedo.

Un capitán de facciones fuertes y enérgicas, sostiene en la mano un largo papel. Cuando termina el himno de Riego suena un toque de atención. A los balcones se asoman los vecinos; en estas calles del centro han aplaudido a la compañía, a la cual seguían paisanos y chiquillería. Se aproxima para escuchar el texto del bando; resulta curioso que él, un monárquico, se sienta desde ayer tarde identificado con un coronel como Aranda, reputado como republicano acérrimo. Los ovetenses han de agradecerle que haya despejado la ciudad de la canalla que la invadía y mancillaba, y que esté dispuesto a poner su uniforme y su autoridad al servicio superior de la Patria común. Observa al abanderado, un teniente que se mantiene en posición de firmes; lamenta que estos soldados sirvan bajo la bandera tricolor, con franja morada en lugar de la auténtica y tradicional bandera española, la roja y gualda, la única desde tiempos inmemoriales, la del Dos de Mayo, la de Lepanto y Otumba.

Don Antonio Aranda Mata, coronel de Estado Mayor, comandante militar de Asturias, hago saber:

Que, vista la dejación de la autoridad ante los manejos de los enemigos de la República y de España para apoderarse de los resortes del mando, he resuelto asumir el de esta provincia, y, por tanto,

Ordeno y mando:

Artículo l.º Queda declarado el estado de guerra en toda la provincia de Asturias.

Artículo 2.º Conmino a todos los que tengan armas y explosivos los entreguen, en el improrrogable plazo de veinticuatro horas, en los cuarteles de Pelayo o de Santa Clara, o en el Gobierno Civil, bien entendido que, pasado dicho plazo, a quienes se les encuentren armas o explosivos se les aplicará la pena de muerte.

Artículo 3.º Toda agresión a fuerzas del Ejército, Guardia Civil, Carabineros, Seguridad, Asalto y fuerzas militarizadas, cualquiera que sea el arma o medio empleado, se castigará con pena de muerte.

La voz del capitán suena fuerte, resulta mejor decir amenazadora; así ha de sonar la voz de la autoridad, con mayor motivo en una ciudad como ésta, en que la chusma se ha ensoberbecido, donde no se respeta a las personas honorables, donde desde hace años los sembradores de doctrinas disolventes han subvertido los valores tradicionales en que reposa la Religión y se asienta la Patria, donde el mito de la igualdad ha traído la anarquía y el libertinaje. Hace años que en esta noble ciudad, en la cual la sombra de Pelayo debería ser altísimo ejemplo, no sonaba, apoyada por la razón y la fuerza de las bayonetas, una voz autorizada. Lo único que siente es que sea un coronel republicano quien haya dado el alerta, y que esta solemne ceremonia pierda nobleza y categoría presidida por la enseña republicana, corta de aliento patriótico, y por culpa del bullanguero himno de Riego, suplantando la solemne Marcha Real, que enciende y anima los corazones de los españoles patriotas.

Artículo 13.º La difusión de cualquier rumor o alarma que tienda a producir quebranto en el espíritu público será considerada como sedición y juzgada con arreglo a los preceptos del Código de Justicia Militar.

Artículo 14.º La declaración de cualquier huelga ilícita que se declare a partir de las ocho horas de hoy será considerada como un delito de sedición. Los que den la orden serán considerados como promotores y jefes de la misma e incurrirán en la pena de muerte. Y los que secunden sus órdenes sufrirán las que se establecen en el repetido Código de Justicia Militar.

Espero del patriotismo y sensatez del pueblo asturiano que, con su conducta leal y sensata y obediente, evitará el empleo de las rigurosas medidas que anteceden y que dicto para la seguridad de las personas honradas y salvación de la República, y en cuya aplicación seré inexorable. — Oviedo, 20 de julio de 1936. — El coronel comandante militar, Antonio Aranda.

Cuando el capitán da fin a la lectura, y mientras un cabo y unos soldados que llevan un bote de engrudo pegan en la pared una copia impresa del bando, la música vuelve a tocar el himno de Riego. Terminada la música, desde algunos balcones aplauden; en la calle se dan vivas a

España. Los pocos obreros que se han detenido a escuchar la lectura del bando se alejan con gesto hosco, si bien se abstienen de hacer comentarios.

España es así cómo ha de gobernarse; a estacazo y tente tieso. Y, desde luego, justicia igual para todos, y que cada cual ocupe el lugar que le corresponde en la sociedad, sin envidias y sin injusticias. Así hizo Dios las cosas, a unos les dio fortuna, a otros acomodo, y a los demás, pobreza; a unos les hizo señores y a otros pobres diablos, a unos talentudos y a otros ignorantes. A todos Dios les concedió un alma igual; en la otra vida es donde hallarán según sus merecimientos la verdadera igualdad. Pretender otra cosa es ofender a Dios.

El público se disuelve mientras la compañía se aleja a tambor batiente. Al final de la calle de Uría se alza la silueta del monte Naranco. Se cubre con su jipijapa y se dirige hacia el café Peñalba. A esta hora no encontrará a los conocidos, pero a él, que es rentista de profesión, le agrada sentarse en una mesa junto a los ventanales y observar a la gente que pasa, principalmente a las mujeres, que en esta ciudad tienen merecida fama de hermosas.

Un camión con guardias civiles, corre hacia la estación de los ferrocarriles «vascos»; muy distantes se oyen disparos. Si los signos no engañan, el orden en Oviedo, el orden que Dios ha establecido, el orden de la tradición cristiana y española, va a restablecerlo un republicano, según rumores sospechoso de masón. Y es que los caminos del Señor son inescrutables.

La situación comienza a estabilizarse. Durante la noche ha mandado que algunas fuerzas ocupen las posiciones previstas de antemano; y así se ha hecho. Le llegan noticias de escaramuzas, que no son sino tanteos, encuentros previos al establecimiento de unas líneas. No ha empezado el ataque; hay que contar que lo llevarán a cabo en los próximos días, y con violencia. No se resignarán a la pérdida de Oviedo, la ciudad santa de la Revolución de Octubre. La carencia de armas y lo inesperado del golpe habrá causado cierto desorden en las filas revolucionarias; vendrán a la carga, ¡y con qué ímpetu! Disponiendo de fuerzas escasas tendrá que hacer frente a una avalancha, y situado en el interior de una ciudad cuya población en su mayor parte estará colocada sentimental y activamente, si la ocasión les es propicia, en favor del enemigo.

El coronel Aranda, sentado ante la mesa de su despacho de la Comandancia Militar de Asturias, examina el plano de la ciudad y sus alrededores. Hace dos meses que estudia la defensa de la ciudad.

—¿Da usted su permiso?

—Pase usted…

—Mi coronel, hasta el momento se han presentado ochocientos cuarenta y seis voluntarios, principalmente en los cuarteles de Pelayo, Artillería y Santa Clara. Más de seiscientos de ellos son falangistas.

—No es mucho; menos de mil hombres…

—Mi coronel, esta mañana están compareciendo más que anoche. Se les arma y se les instruye. La mayor parte son muy jóvenes, no han servido en filas.

Cuenta con unos dos mil quinientos hombres, y salvo que pueda enlazar con Gijón, tendrá que resistir un auténtico asedio; le sitiarán. Las líneas defensivas, pues, tendrán que ser cortas; el casco de la ciudad y algunas posiciones avanzadas. Se verá forzado a prescindir de pasar la línea defensiva por la cumbre del monte Naranco.

Hasta el momento las operaciones se van cumpliendo con precisión de la cual no puede quejarse; si es cierto que muchos aspectos estaban planeados de antemano, otros ha habido que improvisarlos sobre la marcha.

La concentración en Oviedo de la Guardia Civil de la provincia ha sido un éxito; le proporciona un importante núcleo de defensores organizados, disciplinados y eficaces en el combate. Faltan noticias de dónde pueda hallarse la Guardia Civil de Sama de Langreo; y por lo que respecta a la de Avilés, anoche, cuando llegaba a Oviedo, y debido a la oscuridad, al desconcierto y al nerviosismo, se produjo un choque con los que empezaban a establecer avanzadillas en los lugares previstos. Hubo alguna baja, y si bien es verdad que cierto número de guardias de Avilés se han incorporado a la guarnición de Oviedo, otros retrocedieron y nada se sabe de ellos.

El comandante Caballero, que había mandado el grupo de Asalto y se hallaba retirado, le ha prestado muy útiles servicios. Ayer, en afortunado golpe de audacia, se adueñó del cuartel de Santa Clara. Se habían reunido allí bastantes elementos revolucionarios y el comandante Ros y otros oficiales izquierdistas pretendían entregarles armas. Por minutos les ganó la mano. De un momento a otro espera que le comuniquen que el comandante Ros y los guardias y paisanos que resisten a la desesperada en el almacén, se han entregado. Les tienen vigilados y cercados; no tienen salvación. De todas maneras conviene liquidar rápidamente esos focos de resistencia que en un momento de crisis o desorden pueden extenderse y resultar peligrosos.

La guarnición de Gijón no responde como él hubiese deseado. El coronel Pinilla debió de haber proclamado el estado de guerra y sacado las tropas a la calle cuando se lo mandó. Gijón es ciudad con alto censo proletario, predominantemente anarcosindicalista. Si la guarnición de Gijón consiguiera dominar la ciudad y el puerto del Musel, y si lograran enlazar con Oviedo, conseguirían un área operativa importante. Numéricamente en cualquier caso quedarán sumergidos; habrá que esperar los acontecimientos porque quizá la mejor defensa consista en reducir las líneas, en crear algo así como un blocao en cada ciudad.

La Telefónica fue ocupada sin dificultad; ni siquiera en el Gobierno Civil hubo resistencia. El propio comandante Caballero se encargó de resolver la papeleta.

La defensa de la ciudad de Oviedo transformada en blocao puede prolongarse tal vez un mes o más, hasta que de León, Madrid, Navarra, de donde sea, acudan columnas a romper el cerco. En Oviedo dispone de numerosos fusiles y ametralladoras, y de gran cantidad de munición. Cuenta también con abundantísimas provisiones; las suficientes para hacer frente a un auténtico cerco. Los almacenes de comestibles están abastecidos de conservas, legumbres, arroz, bacalao, vinos, harinas. Le falta artillería; dispone de pocos cañones, y la actitud del coronel de la fábrica de Trubia no está clara. No le ha enviado los cerrojos de las piezas como le tenía mandado, con lo cual el riesgo que corren en este momento, no sólo es de quedarse sin

artillería para la defensa de la ciudad, sino que el enemigo pueda contar con los cañones de Trubia.

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

—Mi coronel, le traigo este telegrama que acaba de recibirse.

El coronel toma entre sus manos gruesas el papel azul, y lo lee calmosamente:

> Acuso recibo su telegrama, felicitándole como a las tropas por brillante actuación, teniendo la seguridad de que ante tal jefe y tan brillantes tropas se han de estrellar esfuerzos de rebeldía. Un apretado abrazo y un enorme Viva España. General Francisco Franco.

Una vez leído el telegrama lo coloca sobre un extremo de la mesa, sobre otro telegrama que ha recibido del general Mola.

—Mi coronel, si me permite, querría decirle…

—Diga, diga…

—Acaban de notificarme que al diputado socialista Graciano Antufia, secretario del Sindicato Carbonero, acaban de detenerle.

—Bien, gracias…

Situación singular, España dividida por un alzamiento militar contra un gobierno tambaleante que no ha sabido imponerse ni ofrecer garantías suficientes a los ciudadanos. Esta situación, que por ahora es difícil de precisar por lo incompleto e inexacto de los informes que se reciben, puede degenerar en guerra civil. En Oviedo ya se han producido muertos; la cárcel está repleta. Él mismo ha estampado su firma al pie de un bando en que la pena de muerte aparece a lo largo de todos sus párrafos. Singular situación la de Oviedo, la ciudad roja por excelencia, de la cual él, con un puñado de hombres decididos, se ha apoderado en unas horas. Singular situación la suya, el coronel republicano a quien acaban de comunicar que son precisamente los muchachos fascistas los únicos que le apoyan. Él defenderá siempre el orden contra el desorden, la autoridad contra la anarquía. Mientras tenga gente que le obedezca, mientras no le falten armas ni municiones, Oviedo no padecerá un segundo Octubre. El coronel Aranda se ha sublevado contra el legítimo Gobierno de la República, y forma un apretado frente con monárquicos, con fascistas, con reaccionarios. Un vago malestar le conmueve; sabe que no puede perder el tiempo en lucubraciones inútiles, que tiene que obstinarse en hacer frente a cuantos problemas se le están presentando y que en las próximas horas van a agudizarse. Baja la mirada hasta fijarla sobre el plano que tiene extendido ante él.

Repasa mentalmente nombres, edificios, lomas, accidentes diversos, barrios, líneas de comunicación; lo que él ha recorrido, estudiado. Conoce el sistema defensivo de la ciudad que él manda y se dispone a defender a cualquier precio. La Argañosa, Los Arcos, Pando, manicomio de la Cadellada, Tenderina Baja, el cementerio, San Lázaro, el depósito de aguas, Buenavista…

Alrededores de Oviedo

Hasta ayer mismo Javier Bueno era director del diario *Avance*, órgano del Partido Socialista asturiano y de la Unión General de Trabajadores. Ayer tarde tuvo que abandonar el periódico a uña de caballo. Ha escapado con lo puesto, con papeles que no desearía cayesen en poder de la policía al servicio de los fascistas (muchos papeles, demasiados, han quedado en la ciudad), las armas que guardaban en *Avance* y el dinero. La noche la ha pasado al aire libre con algunos redactores que le han acompañado, con obreros de los talleres, con militantes socialistas que se han venido con él. Para descansar se ha metido en casa de un paisano que le ofrecía, en cuanto le ha conocido, su propio lecho de matrimonio. Agradeciéndole el gesto, no ha aceptado la cama; hasta que reconquisten Oviedo, nadie tiene derecho a dormir en cama, a comer en manteles, a descansar, a respirar siquiera. Junto a él está el fiel Jesús Ibáñez, que fue lazarillo de su padre ciego, y se formó a sí mismo en dura lucha; Jesús Ibáñez, que confía en él, sin saber que, como todos, está terriblemente desconcertado.

La carretera la han interceptado con piedras, han hecho una pequeña trinchera y han establecido unas guardias. Por sacudirse la rabia, más que por sus efectos prácticos, han efectuado unas descargas simbólicas contra la ciudad que les han arrebatado. Las han hecho por encima del barrio de San Lázaro, en donde todos son amigos. Siguen llegando, huidos, muchachos de los arrabales extremos, mineros de la cuenca que ayer acudieron ilusionados a la capital, militantes obreros. Vienen huyendo, pero dispuestos a apoderarse de Oviedo, a entrar por la fuerza en la ciudad. Por el momento se carece de armas, de efectivos. González Peña está en Sama. Ambrona, el comunista, ha ido a Trubia; todos se movilizan para traer gente, para hallar armas, para organizar fuerzas. Él no; se quedará aquí, en esta posición, primera que se establece para ponerle cerco a la ciudad maldita.

Se nota febril, desasosegado. Para sí se ha reservado uno de los fusiles; esta madrugada ha disparado contra unos guardias de Asalto que ha divisado por un camino, entre los árboles; ni siquiera le han contestado, sospecha que se han establecido en una casilla respaldada por una fuerte cerca de piedra. Por la carretera ha marchado una patrulla de descubierta; a nadie han encontrado, pero al llegar cerca del fielato les han recibido a tiros y han tenido que escapar. Imposible les ha resultado después precisar desde dónde les disparaban.

Los que escapan de la ciudad aseguran que mataron a muchos compañeros en el cuartel de Santa Clara, y que la cárcel la están llenando con los mejores oficiales de Asalto, militantes socialistas y republicanos; y que los señoritos fascistas y monárquicos se presentan en los cuarteles donde les arman y equipan, pues los soldados se niegan a hacer armas contra el pueblo.

Aranda lo pagará; él nunca confió en Aranda, «el militar de la República». A los hombres se les conoció en Octubre, en aquella ocasión cada cual demostró quién era, y la medida válida de su amor al pueblo. El coronel Aranda pagará su engaño, su traición, y Oviedo recibirá su castigo, el que merece.

Belarmino anda también por ahí reclutando gente. Caerán sobre Oviedo los cargadores de Musel, los hombres de las minas, los paisanos del campo, los metalúrgicos, los ferroviarios. Los de Sama y La Felguera, los de Mieres, los de Ujo y Olloniego, los marineros y pescadores de Pravia, de Candás, de Ribadesella; vendrán los de Turón, los de la fábrica de Arnao, los de

Llanes; la Asturias proletaria y campesina caerá sobre la capital y la dinamita volverá a ser, como en las gloriosas jornadas de Octubre, arma de guerra y castigo.

Descubre la parte superior del edificio socialista donde tenía instalada la imprenta y la redacción *Avance*, donde él mismo vivía. Le parece lejano también en el tiempo. Ocho linotipias, una rotativa, una estereotipia, el servicio de fotograbado. Excelente botín para los fascistas; pero no podrán disfrutarlo mucho tiempo y responderán con su cabeza del mal que hayan podido ocasionar a sus máquinas. Los fascistas, oscurantistas y enemigos de todas las formas de cultura son capaces de destrozarle la imprenta; odian la lectura, odian la prensa, odian cualquier medio que contribuya a que la verdad se abra paso. *Avance*, su periódico, era paladín de la verdad.

Sobre los tejados antiguos de un rojizo desteñido se alza la empinada torre de la Catedral que da personalidad al perfil urbano. Oviedo no es la capital roja, no es la ciudad socialista que creían; al primer envite se ha hundido como castillo de papel. Oviedo es la ciudad levítica, hipócrita, reaccionaria, ése es su auténtico fermento; ésa es la verdadera característica de la ciudad que ayer resucitó de su podrida fosa. Habrá que hacer un escarmiento, y los mineros, los obreros, los campesinos, los pescadores lo harán.

Barcelona

A cierta distancia de la ventana, amparándose en la penumbra de esta dependencia del convento de las padres carmelitas, descubre buen trecho de la Vía Diagonal y de la calle Lauria. El convento está rodeado. ¿Cuántos forman este cerco que desde la mañana de ayer se prolonga? Muchos, muchísimos. Por rutina sus hombres disparan para evitar que los atacantes se aproximen demasiado al edificio. De noche, amparados por la oscuridad y por culpa de la relajación de algún centinela, les han colado bombas de mano por las ventanas bajas y les han causado más heridos. En el interior del edificio hay varios muertos y muchos heridos. A algunos de los que cayeron en la calle, ni siquiera han podido recogerlos. Desde que ayer al amanecer fueron agredidos por sorpresa cuando por la calle de Córcega estaban a punto de desembocar en el llamado Cinco de Oros, la suerte les ha sido adversa. Fueron replegándose y en este convento, en donde los padres carmelitas les acogieron fraternalmente, instaló su puesto de mando, y su hospital. Dejó unos pelotones en el exterior pero se vio forzado a mandarles replegar también; desde que se encerraron, la lucha se prolonga sin esperanzas. El comandante Recas y el capitán Pin, haciendo honor a su palabra, se les han incorporado con seis números más de la Guardia Civil; seis solamente. Un gesto con valor de tal, pero que como auxilio efectivo poco cuenta.

De madrugada se ha presentado a parlamentar un oficial de Asalto. Le conminaba a rendirse asegurando que al general Goded le tenían prisionero y que el ejército sublevado había sido derrotado en Barcelona y en el resto de España. La respuesta al parlamentario ha sido negativa; su deber es resistir; pero ¿tiene eficacia, ni siquiera sentido, una defensa numantina?

Numerosos paisanos, guardias y hasta algún soldado rondan por las esquinas, a prudente distancia, extremando cada vez menos las precauciones, lo cual indica que se mueven con

seguridad. Coches con banderas, con paisanos y guardias de Asalto que alzan el puño circulan por la Diagonal. Descubre indicios inequívocos del descalabro del ejército. Los paisanos, incluso mujeres, exhiben cartucheras, cascos y mosquetones que pertenecen a la tropa. Los guardias de Asalto dan muestras de indisciplina; se advierte en ellos la alegría de los triunfadores. Hasta los guardias civiles, poco numerosos pero presentes, no se dan de menos en confraternizar con los revolucionarios. Desde ayer no ha vuelto a sonar el cañón y salvo los pequeños tiroteos que ellos sostienen, en el resto de la ciudad se ha hecho el silencio. Los que les asedian poseen muchas ametralladoras, tantas que resulta imposible intentar silenciarlas.

El coronel Lacasa, del Regimiento de Caballería de Santiago, ha confesado esta mañana con uno de los padres de la comunidad. Los carmelitas, que posiblemente están asustados, como humanos que son, se portan caballerosamente con ellos, les ayudan a cuidar a los heridos y les han auxiliado material y espiritualmente.

Nota un desfallecimiento físico producido por el cansancio de estas cuarenta y ocho horas de inquietud e insomnio. No siente miedo, a despecho de que la actitud del paisanaje que les rodea sea intranquilizadora, y la de los guardias venga a agravarla, pues la fuerza pública no aparece como mantenedora del orden, sino que hace causa común con los revolucionarios de la ciudad. La derrota está a la vista; ha fracasado él, su regimiento, el ejército español. Nadie ha acudido a auxiliarles, nadie ha dado señal que les permita concebir esperanza. El sentimiento que le domina es la melancolía; salió a la cabeza de sus hombres, muchos de ellos han muerto, otros están heridos. ¿Qué suerte les espera a los demás?

Unos pasos se aproximan por el corredor. La calzada central de la Diagonal va siendo ocupada por paisanos con arreos militares, armados de mosquetones que avanzan desconfiados, en actitud expectante. Centenares, miles quizá rodean el convento. Guardias, mujeres, personas en actitud pacífica, meros espectadores posiblemente.

—Mi coronel, abajo, frente a la puerta de la iglesia se ha presentado un coronel de la Guardia Civil con bandera blanca, que desea parlamentar con usted.

El oficial tiene el semblante fatigado, la barba crecida, lleva el uniforme reglamentariamente abrochado, las botas limpias, el correaje en su sitio. Le contempla con cariño; estos hombres merecían otra suerte; nada tan amargo como la derrota.

—Que espere; ahora bajaré.

Hubiese preferido que esta absurda situación se prolongara, que no tuviera fin, que los relojes del mundo entero se hubiesen paralizado, saltar de esta celda a la eternidad.

Sanjoderse cayó en lunes y en la función de hoy no se salva ni el apuntador. Los curas han salido corriendo y les han dejado encerrados en el coro. La iglesia va a arder por los cuatro costados y a ellos les van a achicharrar dentro. Por haberse metido en camisa de once varas, por haberse jugado el tipo en defensa de Dios, de la Patria, del Ejército y de lo que se tercie.

Apoyado contra la pared mira cómo los compañeros tratan a empujones de forzar la puerta. Le han pegado un par de tiros y al caer se ha roto además la muñeca. Le duele tanto el cuerpo, que ya no le duele el dolor. Bonita hazaña la del guardia civil que ha tirado al blanco sobre él.

Premio para el caballero. Desde la espalda al pecho le ha atravesado, y una pierna por añadidura. El tercer disparo, el muy hijoputa lo ha errado. Iba dirigido a la cabeza. La hemorragia se ha detenido un poco, pero no puede menear la mano izquierda y si camina es gracias a que la bala no ha debido alcanzarle el hueso.

Cuando ayer tarde se rendía la División, ellos tres habían pasado haciendo equilibrios sobre unos tablones de las obras de reparación del puente que comunica la Capitanía General con la iglesia de la Merced. Por el puente donde los capitanes generales de la muy gloriosa Monarquía española iban a oír solemne y devotamente sus misas en los tiempos en que el capitán general no era un Llano de la Encomienda cualquiera, los curas no escapaban rabo entre piernas dejando indefensos a quienes les han defendido a tiro limpio, y los guardias civiles no se aliaban con los anarquistas y tiraban al blanco sobre los patriotas indefensos, preguntándoles antes si están armados para que la impunidad quede garantizada. El guardia y los bandidos que le acompañaban, han pasado desde Capitanía por el mismo puente de tablas que ellos improvisaron ayer, y cumplida la hazaña de disparar a un hombre que estaba desarmado y con las manos en alto, se han vuelto satisfechos por el mismo camino. Ayudado por sus compañeros ha conseguido alcanzar esta puerta, que si logran derribar antes de que lo rocíen todo con gasolina y les conviertan en Juanasdearco, se les ofrecerá a sus ojos el espectáculo de la gentuza que ahí fuera vocifera, blasfema, insulta. Pueden confiar en que les harán un excelente recibimiento. El recibimiento que por tontos y quijotes se merecen.

Consiguen con apuros pasar a través de la puerta rota; ambas hojas de la gran puerta que da a la calle están abiertas. Su aparición provoca un movimiento de expectación y estupor; la chusma reacciona y se lanza sobre ellos.

—¡Aquí la palmamos…!

A sus compañeros les sacan a empellones y culatazos; él se desploma a la primera acometida.

—… ¡Un cura! ¡Un cura, de los que disparaban contra el pueblo escondidos en el campanario!

—¡Dejadlo dentro! ¡Quememos de una vez la iglesia con los curas dentro!

—¿A qué esperáis? Pegadle ahí mismo cuatro tiros…

Le golpean, lo arrastran, le han sacado a la calle, a la plazuela que hay ante la iglesia. Ni un rostro amigo, ni una mueca de compasión. Tiene el pecho cubierto de sangre, el brazo le cuelga. Han debido de tirar de él, pues ahora está en pie. Nota el aliento homicida de quienes le rodean. Los compañeros han desaparecido; se los han llevado. Tiros no ha oído; por lo menos sabe que a tiros no les han matado. Los cañones de fusil y de pistola apuntados hacia él han dejado de asustarle; como las heridas han dejado de dolerle.

—¡Tú eres un maldito cura!

—No soy ningún cura…

—¡No lo niegues, cabrón!

Con la mano derecha, esforzándose, saca la cartera del bolsillo zaguero del pantalón. La abre; su mujer y sus hijas le miran desde el retrato. La cédula personal dice «Comerciante». No

es ningún cura, aunque ellos, enfurecidos, se nieguen a creerlo. En la cartera guarda doscientas cincuenta pesetas en billetes de banco.

—Si yo fuera cura, no estaría casado…

—Los curas como tú, tienen mujeres e hijos; eso no nos prueba nada.

Un tipo con mono caqui y fusil al hombro le echa mano a la cartera y se la arrebata. Los demás le insultan y amenazan; él insiste con débil terquedad.

—No soy cura… no lo soy.

El hombre del mono caqui registra la cartera; simula leer con atención la cédula y un recibo del inquilinato. Coge los billetes y se los guarda bonitamente. Le devuelve la cartera.

—¡Camaradas! Este hombre tiene razón. No es tal cura…

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

El del mono caqui vocifera y se indigna; a empujones separa a los que están más próximos al herido.

—Os lo digo yo, y ¡basta!

Le arrastran; el tipo trata de protegerle. Le conducen hasta un automóvil lujoso. Un joven en camiseta se coloca al volante. A empujones le meten dentro. De nuevo le duele horriblemente la herida del pecho, o de la espalda, que es la misma herida. Desea que acaben pronto porque la cabeza anda confusa.

Se sienta a su lado un viejo con pistola al cinto, y al lado opuesto, una mujer con correaje militar.

—No temáis, que no se nos escapa.

—Hay que llevarle a la casa de socorro —dice aún el del mono caqui.

—¡Qué reviente!

El coche se pone en marcha. La mujer huele a sudor.

—Te llevaremos al Morrot; allá te vamos a limpiar los forros. Porque si no eres cura, entonces eres fascista, que tan malo es lo uno como lo otro.

Desearía tener la cabeza despejada para inventar una mentira que justificara los motivos por los cuales estaba dentro de la iglesia de la Merced. ¡Si supieran que ayer bajó desde el cuartel de Pedralbes con la compañía de López Belda hasta la División! Menos mal que no le entregaron pantalones de soldado; si se los llegan a dar, ahora no tendría salvación. A sus cuarenta y tres años, difícil le resultaría convencerles de que era un soldado del reemplazo y que le obligaron a salir los militares sublevados.

Cuando el automóvil tuerce por la calle de la Unión comprende que le conducen a la casa de socorro. Algo le aliviarán si le curan, y si pensaran de verdad matarle, no le curarían antes.

El olor os lo que más le molesta; olor a sala de curas, a desinfectantes, a cloroformo, a lo que sea; olor a heridos, a muertos, a enfermos. Le han tumbado sobre la mesa de curas. Le rodean otros heridos; un guardia, paisanos; uno de ellos va vendado y las vendas rezuman sangre fresca.

Un anciano con gafas y bata blanca se inclina sobre él.

—¿Cómo se llama? Necesito anotar su nombre en el registro.

La lengua le trabaja con dificultad; pronuncia su nombre y sus dos apellidos como cuando pasaban lista en el colegio, igual.

El anciano de la bata blanca se echa hacia atrás y le observa a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¡Tú eres Enriquet!

Cree reconocerle; es el doctor Doménech, el antiguo médico de la familia. Era titular de esta casa de socorro. El anciano se vuelve y empieza a gritar a los que andan por la sala de curas.

—¡Fuera, fuera! ¡Despejen la sala! En estas condiciones me resulta imposible trabajar. ¡Fuera!

La mujer del correaje, que ha entrado para vigilarle, se resiste a salir y forcejea con el médico.

—Doctor, ¡es un capellán!

—¡Calle! ¡Qué va a ser un capellán! Le conozco desde niño. Tan cura es él como usted y como yo.

Tiene que empujar a la mujer. Cierra la puerta, se aproxima, le da un golpecillo cariñoso en la mejilla.

—Enriquet, has tenido suerte; no te había reconocido. Llevo aquí destinado muchos años y conozco a la gente del barrio. Buscaré un par de anarquistas de confianza y les mandaré que te conduzcan al hospital. Te arreglaré los papeles como si te hubieran herido en la calle, por casualidad.

—Es que yo…

—No me expliques nada; prefiero no saberlo…

Le hace la primera cura; los dolores se renuevan.

—Has tenido suerte, mucha suerte en todo. Dos bonitos balazos; pero curarás…

Le meten en otro coche; continúan las discusiones a la puerta. El doctor Doménech les increpa; a dos amigos suyos de los que llevan armas les ha recomendado que si alguien trata de atacarle que disparen. Que él responde por el herido, y basta. Al doctor Doménech le respetan en el barrio; la mujer del correaje protesta, insistiendo en que está convencida de que es un cura.

El automóvil sube, claxonando, Rambla arriba, por en medio del paseo reservado a los peatones. A su lado, los dos milicianos armados le vigilan o le protegen. Uno de ellos le ha metido un cigarrillo entre los labios y se lo ha encendido. Si tuviera aún las doscientas cincuenta pesetas aquéllas, de buena gana se las regalaría para que se las repartieran.

Le vence el sueño y el cansancio le inhibe. El tabaco sabe bien y le afirma en la idea de que está vivo.

El «Gravat» se encasquetó ayer un gorro de soldado que se dejó olvidado su hijo, que sirve en África, cuando estuvo de permiso; y se anudó al cuello un pañuelo rojinegro. Su rostro oscuro, picado de viruelas y malicioso, le ha hecho popular en la barriada de Sans.

Cada vez que recuerda que ayer, cuando estaba en la calle de Cruz Cubierta, haciendo frente a los soldados de caballería que ocupaban la plaza de España, un obús vino a explotar en una barricada que él mismo había construido, y que los sesos de una mujer le fueron a parar al rostro, le dan ganas de arrojar. Ocho muertos contaron y muchos heridos. El «Gravat» no figuró entre ellos porque se había retirado en aquel instante; la metralla le respetó. Una esquirla de adoquín le hirió levemente en el muslo.

En el asalto al cuartel de Montesa, en la calle Tarragona, consiguió un cinturón con tahalí y funda para machete y un mosquetón; le resultó imposible hacerse con un machete. A su casa se llevó medio saco de garbanzos y latas de conserva del almacén y se calzó las botas que luce; pero como el cuero es basto y el calor aprieta, le molestan y le hacen sudar los pies.

Por la noche estaba cansado y, como además se emborrachó para celebrar el triunfo del pueblo, se acostó a dormir, y cuando esta mañana se ha enterado en el barrio de que en este convento de la Diagonal estaban encerrados militares de caballería y frailes, se ha venido para aquí. No tiene cartucheras ni munición; no puede disparar. Lo que busca con mayor ahínco es un machete. ¡Con el tahalí y la funda vacíos comprende que hace el ridículo!

Su propósito era hacer un escarmiento con los militares sublevados, pero los del cuartel se rindieron a la Guardia Civil y les condujeron custodiados. Perramón, que aunque anarquista fue sargento en la Legión, les convenció de que había que respetar a los prisioneros y que sólo los fusilarían después de pasar por consejos de guerra. Perramón, en el fondo, es un sargento, por muy anarquista que sea. Él no ha hecho el servicio militar; es de la quinta del trece; libró por hijo de viuda.

Entre los que rodean el convento descubre a un muchacho con un machete al cinto; un mozalbete que no pasará de los catorce años.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces con eso?…

—¡Es mío!…

—Entrégame ahora mismo ese arma… Está prohibida la tenencia de armas.

Pretende asustar al chico, para lo cual descuelga el fusil del hombro.

—¡Es mío! Ayer se lo quité a un soldado que hirieron en aquella esquina.

El «Gravat» ha echado mano al machete y forcejea con el muchacho.

—¡Enséñame tu documentación! Se me hace que tienes cara de fascista.

—¿Yo fascista? Trabajo de aprendiz en una cordelería de Badalona…

—¡Los papeles!…

—No llevo; en Badalona me conocen…

Ha hecho tanta fuerza que el muchacho se ha visto forzado a soltar el machete. El chico se echa a llorar; unas mujeres pretenden intervenir en su favor.

—¡Las armas son para los hombres! No son juguetes, chaval.

Coloca el machete a manera de bayoneta en el cañón de su mosquetón y lo contempla complacido. Mete la mano en el bolsillo, saca un duro y se lo alarga al muchacho.

—Ten y calla… ¡Y lárgate!

El muchacho coge el duro y se aleja refunfuñando.

Una sección de guardias civiles se ha formado a la puerta del convento. Los militares y los frailes se han rendido. Hace rato que no disparan.

—¡Van a abrir la puerta!

—¡Van a salir los presos!

—¡A por ellos!

Centenares de personas, entre las cuales se mezclan combatientes y curiosos, cruzan las amplias calzadas de la Diagonal; se forma un revuelo; gritan mueras e insultos. La puerta se ha abierto; aparecen unos hombres pálidos, en mangas de camisa, uno de ellos herido. La muchedumbre se arremolina, la confusión es total, forcejean los guardias civiles; los prisioneros se ven rodeados, impotentes. El público corre de un lado a otro. Los curiosos, asustados, se retiran.

El «Gravat» corre con los demás hacia donde están los prisioneros; descubre uno alto, ligeramente calvo, que al verse atacado se cubre la cabeza con la guerrera que llevaba en la mano. Caen sobre él, desaparece; los que le rodean se agitan entre gritos e injurias. No consigue acercarse; ve al hombre sangrando en el suelo; todavía trata de cubrirse la cabeza con la guerrera; una mano se la arranca.

Empuñando el fusil con la bayoneta calada corre hacia el convento. Está borracho como si hubiese bebido. Un militar joven, cerca de la puerta, se defiende; ha conseguido, a golpes, abrir un espacio a su alrededor. Usa botas altas, brillantes; es de caballería, como los que disparaban en la plaza de España, como los del cañonazo de los ocho muertos. Un obrero grueso y velludo, con una pistola en la mano, pide a gritos que le hagan un hueco para dispararla contra el militar; los que le acometen no lo permiten disparar. Entonces, el «Gravat» se abre paso apartando a la gente con el fusil.

—¡Dejádmelo a éste!

Primero nota una breve resistencia; después, el machete se hunde y la sangre brota. Tira fuerte del fusil; cuando trata de hundir otra vez el machete, una mujer se ha abalanzado sobre el herido y le golpea con un martillo en la cabeza, mientras otro hombre lo hace con la culata de una escopeta. Consigue clavarle la bayoneta, esta vez en el pecho; pero tropieza con algo duro, no penetra hasta el final.

Con el machete ensangrentado se precipita hacia el interior de la iglesia, donde están los frailes. A la entrada hay atravesado un cadáver, que todos pisotean. A un viejo en mangas de camisa le tiene cogido por el cuello un mocetón rubio y congestionado; le apoya la pistola en la frente y le dispara.

Mucha gente se agita en el interior de la iglesia semioscura. Agachados, rodeando un cadáver extendido en el suelo, varios hombres se ríen. Una mujer joven, con una gorra de oficial sobre la cabellera suelta, les grita:

—El caso es caparlos vivos; después de muertos no tiene gracia.

Braceando, se abre paso un señor con chaqueta y corbata que ostenta un brazal con la bandera catalana; levanta las manos y exclama:

—¡Basta, basta! Se habían rendido…

Le da coraje que defiendan a los militares y a los frailes que han estado asesinando a mansalva al pueblo indefenso.

—¿Y qué, que se hayan rendido? Les vamos a dar caramelos…

Guardias de Asalto con el fusil en la mano se abren paso a empellones y tratan de librar a un militar herido. El del brazalete catalanista intenta ayudarles. El «Gravat» le da un empujón.

—Tú eres un fascista camuflado.

—¡Calla!

—Ayer disparaban desde la plaza de España; una pandilla de asesinos. Les conozco muy bien; tú no l$s conoces porque no estuviste allá dando el pecho…

—¿Tú qué sabes lo que yo hice o dejé de hacer?

—Dispararon un cañonazo y mataron a ocho compañeros, y hasta a una mujer. Éste era uno de ellos. ¡Estoy seguro!

—¿En la plaza de España? ¡Si éstos son los del cuartel de la Travesera!…

—Bueno, ¿y qué? Todos son iguales.

El «Gravat», que trabaja de peón en Fomento de Obras y Construcciones, perteneció desde muy joven a los Sindicatos Únicos. Cuando al advenimiento de la Dictadura las cosas se pusieron feas, el «Gravat», cuyo nombre es Ramón Súñer Expósito, se pasó a los Sindicatos Libres. Perramón no se lo ha perdonado nunca; a pesar de que cuando cayó la Monarquía le readmitieron en la CNT. Ayer, para humillarle, en lugar de entregarle uno de los fusiles que repartía, le obligó a construir una barricada.

Juan Matas tiene veinte años; después de seguir unos cursillos intensivos, patrocinados por la Generalidad de Cataluña, le han otorgado el título de maestro. Es alto, desgarbado, flaco, pecoso. En la Consejería de Cultura, de orden de Ventura Gassol, le han entregado credenciales y oficios autorizándole para salvar los objetos de valor artístico de las iglesias que el populacho está quemando.

Arde el Pino, cuyo magnífico rosetón gótico amenaza con pulverizarse. Arde, desde ayer, San Pedro de las Puellas, la más antigua de las iglesias barcelonesas; arde Belén, en la Rambla, la mejor iglesia barroca de la ciudad. Está ardiendo la Merced; arden casi todas las iglesias de los barrios, incluso, según le han informado, la diminuta joya románica que es San Pablo del Campo. Pero, lo que es más triste, ayer comenzaron a destruir Santa María del Mar, la reina del gótico catalán.

En la plazuela de Monteada observa revuelo. Queman en mitad del arroyo muebles, libros, papeles, ropas. Alrededor de la hoguera, chiquillos, mujeres, hombres armados, vecinos con expresión de espanto. Algunos protestan débilmente. Asomados a un balcón, unos hombres arrojan más libros, papeles, imágenes, sillas.

—¿Qué pasa?

—¿Qué va a pasar? Que ahí vivía el cura, y suerte ha tenido de escapar a tiempo.

En el paseo del Borne se ha reunido también mucho público. La puerta del ábside de Santa María del Mar está abierta. La pira es mayor. Montones de imágenes, casullas, candelabros,

cuadros, bancos, han formado una inmensa hoguera, que recuerda las de San Juan; como alguno de los objetos son de combustión difícil, las llamas no se elevan demasiado.

Junto a un coche de correos volcado, una pareja de la Guardia Civil contempla el incendio. Unas mujeres protestan, otras lloran; a las que lloran, que tienen aspecto de señoras, las insultan, calificándolas de beatas. Un joven de elevada estatura, vestido con el mono blanco de los aviadores, lleva un brazo en cabestrillo; la venda rezuma sangre reciente.

Suenan disparos; miran hacia arriba. Los poseedores de armas las disparan contra los terrados, hacia el cielo, sin saber a dónde. Contestan otras detonaciones; el tiroteo se generaliza en el barrio. Los curiosos corren a refugiarse en los portales o en algunas tiendas que han abierto esta mañana. Las mujeres que forman cola ante la puerta de una panadería aguantan; pero acaban refugiándose donde pueden. Los que disparan se protegen en las esquinas.

Juan Matas se arma de valor y penetra en la iglesia; está convencido de que, frente a los incendiarios, sus oficios y credenciales son papel mojado. El incendio empezó ayer.

La iglesia está oscura, llena de humo; en algunos altares se han encendido hogueras. Disparos efectuados desde el interior han causado desperfectos en las vidrieras policromadas. Varios hombres están dedicados afanosamente a formar altos montones de elementos combustibles, que una vez prendidos harán que arda el órgano, la tribuna real y los altares, en su mayor parte barrocos. Junto a las modestas sillas de madera y enea han arrojado cuadros, imágenes de talla, hermosos libros corales con grandes hojas de pergamino, manuscritos, incunables, legajos y casullas, sobrepellices, damascos, gonfalones, roquetes, estolas. Un hombre de rostro amarillento se ha colocado un bonete y una casulla negra y finge bailar un tango, que termina con acrobáticas zapatetas y cortes de manga que remedan bendiciones. Vasos sagrados, cristos, joyas, relicarios, son amontonados en unos cajones.

Pasan unos hombres semidesnudos que transportan unos cuadros de ornamentado marco; les siguen otros con un par de pequeñas tallas bajo el brazo. Está tan sorprendido, tan desbordado, que no acierta por dónde debe empezar su labor.

—¡Vosotros! Un momento… ¿Quién manda aquí?

—Aquí no manda nadie. ¡Ni Dios!

Para congraciarse con ellos finge celebrar el chiste irreverente. Exhibe con fingida autoridad sus papeles.

—Vengo comisionado por la Consejería de Cultura de la Generalidad, con orden de incautarme de los objetos que tengan valor artístico…

—Todo esto no vale un pito. Cacharros de curas y monjas. Hay que quemarlo.

—Traigo órdenes de Ventura Gassol…

—¡Aquí no hay órdenes que valgan!

El de la casulla y otros se aproximan. Matas, entre tanto, intenta examinar el cuadro que conducían. Tiene mucho interés en salvar las siete pinturas de Viladomat, lo mismo que las de Tramullas y Lorenzale. Sin darse apenas cuenta de lo que hace, les cierra el paso.

—Quita de delante, y no fastidies.

Les muestra los papeles. El de la casulla los coge y los examina con cuidado.

—Este cuadro no se puede quemar; es de mucho valor…

El de la casulla se despoja del bonete y lo lanza por el aire; le devuelve los papeles con una burlona reverencia.

—¿Has leído? Vengo a salvar las obras de arte.

—No me interesan los papeles; además, no sé leer. Ni ganas. Mi oficio es sepulturero. La letra se me atraganta.

Consigue que depositen el cuadro en el suelo. Están coronando a Jesús de espinas; soldados romanos hacen guardia.

—¿Veis la firma? Un pintor importante del siglo diecisiete.

—Cosas de curas…

Se interpone entre los hombres y el cuadro y vuelve a mostrarles los papeles, agitándolos ante sus ojos.

—Yo, con esos papeles me limpio el culo, y si son de la Generalidad, mejor.

—¡Escuchad! El cuadro será llevado al museo para que el pueblo tenga ocasión de verlo cuando le plazca.

Ha llegado un miliciano con un gorro militar bufo hecho con papel de periódico y el fusil en bandolera. Tiene prestigio entre los demás porque se distinguió en el asedio a Capitanía.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que este seminarista pretende incautarse de estas porquerías.

—Yo no soy seminarista, ni siquiera católico. Soy maestro y, como tal, defiendo la cultura.

Le enseña los papeles al recién llegado, que los examina con interés; una vez leídos, se los devuelve.

—Bien, ¿y qué quieres?

—Los cuadros como éste, por de pronto. Y cuanto tenga algún valor artístico. La Generalidad desea enriquecer los museos, que son lugares en que el pueblo adquiere cultura y afina el gusto artístico.

—¡Sea! Vosotros, dejad ahí ese cuadro y buscad los que él os señale; que no se quemen.

—¡Gracias! Voy a buscar yo mismo.

—Pero te advierto una cosa, porque pinta de seminarista sí que tienes. Que no trates de salvar más de lo justo, o te puede costar caro por mucho que vengas de parte de la Generalidad.

Dando vueltas por la iglesia, discutiendo, acalorándose, ha conseguido salvar cuatro de los cuadros de Viladomat. Los otros sospecha que han sido quemados en el exterior. Ha salvado esculturas de Amadeu y tallas más antiguas que no consigue identificar. También ha reunido algunas pinturas de autor anónimo que le han gustado. Para no hacerse sospechoso se ve forzado a recurrir a la blasfemia y a la irreverencia. Lo da por bien empleado.

Unos hombres amontonan bidones de gasolina en una de las capillas. El sarcófago que guardaba el cuerpo de San Pancracio lo han profanado. A un Cristo lo han arrancado de la cruz y le han colocado un fusil en una de las manos y un casco en la cabeza.

—El que no quiera morir abrasado que salga inmediatamente de la iglesia. Vamos a pegarla fuego. Hay que purificar el aire: apesta a incienso.

Impotente para trasladar al exterior tantos cuadros, tantas imágenes, recurre a quienes andan por allí.

—¿Me quieres ayudar, camarada, a sacar esto? Traigo órdenes…

—¿Camarada de qué, granuja? No te conozco ni soy camarada tuyo… Y, además, ¿qué haces acá con estos cuadros?

—Represento a la Generalidad de Cataluña…

—¡Anda! ¿Qué estás de coña? ¡Hombre! Te voy a ayudar.

—Gracias. Dejadlos depositados ahí fuera; junto a la droguería de Vidal y Ribas.

—Compañeros, ayudemos a este señor, que representa a la Generalidad y quiere salvar la chatarra…

Unos jóvenes y dos hombres mayores cargan con cuadros e imágenes y los trasladan hacia la puerta que da al paseo del Borne. Juan Matas carga con uno de los cuadros de Viladomat y los sigue.

Antes de llegar a la puerta se le interpone el hombre de la cara pálida, que se ha despojado de la casulla y va en camiseta.

—Oye, tú; a mí no me convences. Continúo creyendo que eres seminarista o que te han pagado los curas. No sé leer, como te he dicho, pero enséñame tu carnet sindical; eso sí que lo conozco.

—Yo soy maestro de la Generalidad; no pertenezco a ningún sindicato.

—Escucha, maestrillo de mierda. Te doy diez minutos de reloj, y si dentro de diez minutos no estás pegando tiros en Atarazanas, en donde quedan fascistas, te voy a hacer el paquete. Conque enterado, ¿eh? Aquí, poca Generalidad, ¿entiendes? Te lo dice «El Alegre Divorciado», católico, apostólico, romano y enterrador, para servirte.

Dejará depositados los cuadros en cualquier almacén de por aquí y regresará después con un camión para cargarlos. Él pretendía venir escoltado por mozos de escuadra, pero en la Generalidad no pueden prescindir de ninguno. En la Generalidad están asustados; por orden del consejero de Cultura custodian la catedral, que por ahora han respetado los incendiarios.

Al salir a la calle le deslumbra el sol. Busca con la vista a los que han colaborado con él para salvar los cuadros. No ve las obras de arte rescatadas en el lugar que les había indicado que las depositaran: en la esquina de la calle Vidriería. De la hoguera sale un humo oscuro y maloliente. Encima de la pira descubre sus cuadros, sus imágenes; los que fingieron ayudarle ríen groseramente al observar su turbación. Agarra el cuadro que había dejado apoyado en el suelo y corre hacia la hoguera.

—¡No tenéis derecho a quemar esos cuadros!

Chamuscándose manos y pestañas, consigue arrancar uno que arde por un extremo. Lo retira del fuego y lo aparta. Salva una cruz de madera convertida en tizón y avanza el pie para tirar de otro de los cuadros, que comienza a arder; pero el marco se engancha en algún lugar y la tela se rasga. Todavía podrá restaurarse. Satisfecho por haber rescatado por lo menos tres de los cuadros, se limpia el sudor y se vuelve. Advierte que de nuevo se mofan de él. Los cuadros han vuelto a la hoguera y arden sin remedio. Agarra con ambas manos el que acaba de salvar,

rompe el lienzo de una patada y lo arroja a la hoguera. Da media vuelta y se aleja por la calle Vidriería.

Los chiquillos y los mayores le gritan riendo.

—*¡Mestré Titos! ¡Mestré Titéees!*

Uno de los espectadores, vecino del barrio, compungido, le dice, solidarizándose con su actitud, que por temor no ha secundado:

—Son como salvajes…

—No se apure… —le consuela otro.

—¡Dios les castigará!… —exclama una señora, levantando los ojos al cielo.

Juan Matas se aleja solo, desconsolado, llorando, hacia la Consejería de Gobernación, en cuyo balcón principal ondea al sol la bandera catalana.

Se ha sentado de tal manera que la baranda de obra de la azotea le proteja y oculte a la vista de los demás. En la mano sostiene la pistola. Cinco balas le quedan; cinco tíos que se llevará por delante si llega el caso. El caliqueño se le ha apagado; no se atreve a encenderlo, no vaya el humo a delatar su presencia. El fuerte y acre sabor que al masticarla deja la colilla le consuela.

Quimet Solé ocultó el rifle en su escondrijo, de donde se ha visto forzado a escapar al ser descubierto desde una casa de enfrente hace una media hora. Saltando de una azotea a otra, ha dado con este nuevo escondrijo, que por ahora le parece seguro. Hasta él llegan voces de sus perseguidores, que dan una batida por los terrados y los pisos altos. Cuando se cansen de la búsqueda aprovechará para descender por la escalera; en la calle se confundirá con los demás. De ser posible, ganará la peluquería de Margot; hará que le prepare en un momento un pañuelo rojo y negro con dos telas cualquiera, se lo pondrá al cuello y se marchará tan tranquilo. El «Gravat», que milita en las filas anarquistas, pero que fue confidente de la policía en tiempos, le proporcionará papeles falsos o le esconderá. Al «Gravat» tendrá que vigilarle, no vaya a eliminarle para borrar una pista de su pasado. No abandonará la pistola, la maneja bien y en cualquier circunstancia es un argumento convincente; el «Gravat» sabe que él no anda con bromas. A Margot no quiere comprometerla; pasados unos días, volverá; ella puede ocultarle hasta que termine este estado de cosas, que no puede prolongarse.

Por encima de la baranda, el sol se ve redondo y mate tras la humareda del incendio de la iglesia. Los faieros han creído desde ayer que les disparaban desde la iglesia y han terminado quemándola. La equivocación que ha provocado él mismo tiene gracia; por una iglesia más o menos no van a arruinarse los curas.

Quimet Solé se incorpora alarmado. Las voces suenan próximas. Después callan; pero les oye avanzar con sigilo. Pueden descubrirle; están muy cerca. Apoya el índice sobre el gatillo. Surge primero el cañón de un fusil, detrás asoma el hombro de alguien que viste de oscuro. Dispara; oye un grito. De un brinco se asoma al terrado. Son cuatro; descarga la pistola rápidamente sobre el más próximo, que trata de retirarse; cae al suelo. El del fusil, que ha arrojado el arma, corre herido aguantándose la sangre que le mana del brazo. Contra él apunta

el cañón de un rifle; madruga, y otro que suelta el arma. El tercero se le escapa. Dos balas le quedan. Necesita abandonar inmediatamente este escondite. Un proyectil de pistola, disparado desde otro terrado situado a nivel más bajo, le silba cerca de la cabeza. Desde distintas azoteas, hombres con armas largas o con pistolas avanzan contra Quimet Solé. Retrocede; por lo menos se cubrirá las espaldas. Varios proyectiles se estrellan contra el muro que le respalda.

—¡Alto!

—¡Entrégate, o te mataremos!

Si se entrega, le matarán también. Dos únicas balas le quedan en el cargador. ¡Ha disparado tanto!

—Venid a por mí si tenéis cara. ¡Cobardes!

Les oye cuchichear muy cerca; deben estar urdiendo un plan para atacarle. La sombra delata a uno que va a asomarse, y en la sombra descubre que lleva dispuesta la pistola. Calcula el momento justo en que va a aparecer y hace fuego. La sombra se retira de golpe. Los demás se ríen, probablemente del susto que el compañero ha recibido.

—¡Idiota! Fascista tenías que ser…

Ha llegado el momento. Esta última bala se la va a dedicar al que sea, al primero que asome la nariz o al que él elija porque sí. Quimet Solé es perro viejo; conservará los colmillos hasta el último momento; no lamerá las manos a nadie.

Se desliza hasta la esquina que forma la caja de la escalera; aguanta la respiración. Advierte la presencia de ellos, agazapados a un par de metros escasos de distancia. De un salto se les planta delante; son varios, dispara a quemarropa y uno cae. Arroja la pistola y les acomete; derriba al primero de un cabezazo y trata de arrebatarle el arma. Un culatazo en la cabeza le abate; le dan una fuerte patada en las partes, el dolor le obliga a encogerse, varios brazos le agarran y le inmovilizan; los golpes ya no le duelen. No entiende las palabras, insultos, amenazas; uno dice que se aparten para dispararle a gusto, otro lanza alaridos mientras le patalea el vientre. Le arrastran por el suelo. Unos brazos forzudos le alzan y le apoyan sobre la baranda. Sangra por las cejas, por la frente, apenas puede ver; descubre al fondo, muy distante, la calle y cómo la gente que está abajo se aparta y abre un amplio hueco. Gira violentamente sobre sí mismo, los rechaza, apoya los lomos en la barandilla, lanza una patada y le pega a uno de ellos en la boca. Ante él surge el cañón de una pistola, nota un gran dolor en la oreja. Se lleva la mano: una masa sanguinolenta se escurre dolorosamente entre los dedos. De nuevo le sujetan y le alzan. Agarra convulsivamente el brazo de uno de ellos, se siente suspendido, fuera; la calle está abajo. Los dedos se engarfian asidos a la tela; la manga de una camisa. Le sueltan, la manga arrancada se queda en su mano; siente el vértigo de la caída más fuerte que el dolor.

Cuando asomada al balcón ha oído comentar que habían descubierto al paco ha salido a la calle despavorida. El humo la hace toser. Dan gritos, la gente corre y ella corre detrás sin saber a dónde van. Da la vuelta a la esquina; los que corren se detienen de pronto; se oye un golpetazo como de un muro que se derrumbara. Una mujer se cubre los ojos con la mano y

huye gritando aterrorizada. En lo alto de una casa se asoman unos hombres armados; los de la calle miran hacia ellos.

Un trapo blanco, la manga de una camisa, desciende planeando como los aviones de papel que lanzan los niños.

El corro está apretado, pero Margot se abre paso a codazos. Necesita verlo; convencerse de si en verdad es él.

Está tumbado bocabajo, la cabeza destrozada, sanguinolenta. De uno de los brazos rotos, que ha quedado extrañamente doblado, cuelga una mano engarfiada, velluda, sangrante. Un grueso solitario adorna uno de los dedos. Alrededor del cuerpo se forma un charco de sangre, que se extiende por momentos. No se le ve el rostro. Unos pies calzados con alpargatas, de algún curioso, pisan y deshacen la colilla de un caliqueño.

Los comentarios de los que miran hipnotizados el cadáver se superponen.

—Era el cura que disparaba desde la iglesia.

—Mejor hubiese sido atraparlo vivo.

—Tenía puntería el puñetero.

—Éste no molesta más…

—¡La puta que lo parió!

—No diga eso; es un difunto…

—¿Un difunto? Un canalla fascista no merece respeto, y me extraña que lo defienda nadie.

La vista se le nubla; va a derrumbarse. Apoya la mano en el hombro del que está junto a ella; un brazo fuerte la rodea el talle.

—¿Qué le ocurre?

—Abran paso…

—Se ha asustado…

Dos hombres la acompañan hasta un bar próximo.

—Es la peluquera de ahí.

—Pues no está buena la tía, ni nada…

Siente una náusea y una debilidad que la paralizan. La meten en el interior del bar y la sientan en un silloncito de mimbre. Conoce al camarero que le sirve una copa de coñac. Uno de los hombres que la ha acompañado le desabotona el vestido. Su mano áspera le recorre los pechos; carece de fuerzas para protestar.

—¡Tú! Déjala, no la magrees…

—Si era por ver cómo le funcionaba el corazón.

El coñac la reanima. Quiere huir, ocultarse en su casa, que no la vea nadie, llorar, morirse.

—¡Gracias! Me encuentro mejor.

La mano del hombre la palpa ahora por detrás.

—¡Déjeme, tío guarro!

—¡Mira ésta! Todavía que uno la ayuda, aún protesta. ¿Qué se habrá creído?

Desde la puerta, cuando se dispone a salir, oye la voz del dueño del bar:

—No fastidies, que es una vecina.

En el respaldo de una silla cuelga la chaqueta de Quimet. Tendrá que esconderla o destruirla, no vayan a registrarle la casa. Saca la cartera: dos billetes de mil pesetas y cuatro de cien. Encuentra un retrato de Quimet, un retrato de hace años: peinado con raya en medio, sonríe mostrando los dientes. No puede dominar la pena; se sienta, respira anhelosamente.

Tenía que acabar así: Quimet Solé anduvo siempre metido en malos pasos. Margot le quiso porque se portó con ella como un hombre de bien y la sacó de la casa pública. Gracias a Quimet es ahora mujer de provecho. Era un verdadero macho, como hay pocos, como ahora no quedan; lo demostró siempre, lo mismo frente a los hombres que en la cama. Esta misma noche parecía que tuviera veinte años.

Coge un pañuelito y se limpia apresuradamente el rímel. Rompe a llorar mientras estrecha contra su pecho la cartera con las dos mil cuatrocientas pesetas y el retrato de Quimet Solé.

Don Manuel Irurita Almandoz, de sesenta años de edad, natural de Larrainza, Navarra, desde hace seis años es obispo de Barcelona. Antes de abandonar sus habitaciones particulares, y a despecho de la precipitación con que se ve forzado a hacerlo, se mira al espejo. Nunca ha sido orgulloso; si ha aceptado la pompa externa aneja a su jerarquía, lo ha hecho por acomodarse al mandato de la Iglesia. De haber sentido vanidad de su rango, de las vestiduras episcopales, de bordados, joyas y mitras, en este instante se le hubiera derrumbado como el más deleznable de los castillos en el aire. El espejo le ha devuelto la imagen de un hombre envejecido, más bien grueso, vestido con una bata de las que usan los tenderos y artesanos de estos barrios antiguos que circundan el palacio episcopal. Disimulado en un bolsillo guarda su anillo con gruesa amatista, no por el valor intrínseco de la joya, sino porque, a pesar de su aspecto menestral, no está dispuesto a abdicar de su dignidad episcopal.

Estos pensamientos acuden a su imaginación de manera desordenada, fugaz y confusa, porque don Manuel Irurita, obispo de Barcelona, se dispone a abandonar el palacio episcopal, invadido por las turbas. Tiene ahora que afrontar el mayor peligro entre los muchos que lleva corridos en esta trágica media hora. Más que el peligro, le confunde la zozobra propia de quien en veinticuatro horas ha ido recibiendo, una a una, la noticia de cómo ardían las iglesias de su diócesis y de cómo están siendo sistemáticamente saqueadas y profanadas.

Abre la puerta del archivo y desemboca en el patio. Le ciega la luz del sol y le ensordecen las voces. El desorden que presencia le angustia; las piernas se niegan a avanzar. Hombres y mujeres, muchos de ellos armados, vestidos otros de maneras estrafalarias, han levantado en mitad del patio un montón formado por libros, imágenes, casullas, documentos, muebles, pinturas, objetos de culto, tapicerías, cojines. Descubre un teléfono arrancado, y se horroriza ante un cristo colocado, por escarnio, en lo alto de tan sacrílego calvario. Está a punto de descubrirse al tratar de salvarlo. Recobra conciencia de su situación y trata de ganar la calle. Nadie advierte su presencia, a pesar de que lo limpio y abotonado del guardapolvo caqui le da aspecto de pequeño comerciante conservador o de criado de convento.

Un hombre con los faldones de la camisa al viento, sudoroso y con la cabellera alborotada, sostiene una máquina de escribir en lo alto de la escalera, y grita hacia los que están abajo.

—Compañeros, ¿qué hago con este trasto?

Salta una voz del patio:

—No la tires. Esa máquina, que ha sido instrumento para la propagación de las mentiras oscurantistas, puede resultar útil para demostrar su falsedad en mano de los escritores del pueblo …

Las opiniones se dividen; comienzan a discutir y a mostrar tendencias opuestas.

—¡Tírala! Hay que destruirla. Fabricaremos máquinas de escribir nuevas. ¡Al fuego!

—Si me la entregas a mí, la llevaré al Sindicato… Nos será útil allí.

—¡Fuera! ¡Destruyámoslo todo, compañeros!

—¡Nada queremos de los curas! ¡Está contaminado!

El hombre de la camisa al viento vacila; levanta la máquina con sus brazos nervudos.

—A ver si os ponéis de acuerdo, que este cacharro pesa…

—¡Tírala ya!

—¡Al fuego!

Observa a unos y a otros como tratando de recontar votos; por fin, la arroja. La máquina cae al patio y se estrella contra las losas, produciendo un ruido metálico.

No desea ver más, que Dios se apiade de ellos. Advierte que sus alpargatas están demasiado limpias y que, a pesar de su caracterización precipitada, nadie puede confundirle con estos obreros cuya ira destructora no se satisface. De buena gana se santiguaría; no se atreve a hacerlo. Rezando mentalmente un padrenuestro se dirige hacia la verja, abierta de par en par, que separa el patio de la calle. Tropieza con mujeres, con niños, con hombres sudorosos. Se escurre entre pistolas, fusiles, blasfemias y sacrilegios; nadie advierte el paso de Su Ilustrísima, ninguno le ve, ninguno le mira.

En la calle, que precisamente se llama del Obispo, numerosas personas contemplan desde fuera el espectáculo. Un pelotón de mozos de Escuadra protege el edificio de la Catedral. No sabe qué camino tomar para escapar a este horror. Un hombre le observa; en su mirada no hay odio; comprende que le ha reconocido. Su Ilustrísima suda de calor, de angustia, de miedo, de incertidumbre. El hombre, que no usa corbata, se le acerca, vigilando con desconfianza a su alrededor.

—Ilustrísima…

Inicia una imperceptible reverencia. A punto ha estado de darle a besar la mano, pero se contiene. La mirada dolorida del hombre le emociona y restituye algo de la perdida confianza; no desea disimular más. Ha alcanzado el límite de la resistencia.

—Ilustrísima; soy un católico… Me llamo Francisco Tort y habito aquí cerca, en la calle del Cali. Yo y mi familia nos sentiríamos sumamente honrados si Su Ilustrísima aceptara nuestra hospitalidad…

—¡Hijo, hijo! ¡Es demasiado peligro el que vais a correr!…

—Ilustrísima, más es el peligro para usted si le descubren de la misma manera que yo le he reconocido…

—Dios te ampare y me ampare a mí también. La verdad es que, en esta ciudad, su obispo no sabía a dónde encaminarse.

Echan a andar juntos. Su Ilustrísima camina con pasos cortos y fatigados; sus alpargatas blancas avanzan silenciosas sobre los adoquines de la calle. Tuercen por la bajada de Santa Eulalia, que está menos concurrida.

—¡Qué desgracia, hijo mío! ¡Qué castigo nos ha enviado Dios!

Ciudad castellana

El sargento, un cuarentón de cuello robusto y nariz rojiza, suda a pesar de que se ha desabrochado la guerrera.

—Un, dos; un, dos; un, dos. ¡Oído a la pisada, voluntarios! Sin saber marcar el paso no se puede ir a pegar tiros.

A la sombra está formada una centuria; el jefe provincial, con camisa azul y correaje negro, pasa revista. Junto al jefe, un falangista casi adolescente comprueba uno a uno los nombres en una lista escrita a máquina.

José, el camarero del hotel Moderno, viste la camisa azul que le ha prestado su hermano menor y se ha endilgado unas cartucheras nuevas que le han entregado en el almacén. La cabeza se la cubre con una boina; le han advertido que no es cubrecabezas reglamentario, pero como es calvo, la boina contribuye a desfigurarle; así es menos probable que le reconozcan los enemigos. No le cohíbe que los amigos le vean entre ellos; se han alegrado de que un rojillo se decida a alistarse para la conquista de Madrid. Saben que es socialista de ideas, pero igualmente le aprecian; su hermano es muy estimado entre los falangistas; se habla de hacerle subjefe de una de las centurias que se tratan de organizar.

Descubre a don Julián Rebolledo, que está fumando mientras revisa unos papeles que lleva en la mano. Debe cuadrarse ante él y saludarle brazo en alto; le da vergüenza hacerlo.

—Oiga, don Julián…

—¡Camarada! Debes tutearme…

—Es que así, de pronto, se me hace difícil…

Julián Rebolledo es un abogado joven, hijo del dueño de la fábrica de azúcar de remolacha y jefe de la centuria en que José se ha alistado, la misma a la cual pertenece su hermano menor.

—Quería decirle que ahí está el catalán de que le he hablado: un viajante, hombre de derechas, que desearía alistarse para demostrar su patriotismo.

—José, ¿no me engañas? ¿No será compañero tuyo?… De tu cuerda, quiero decir…

—¡Don Julián! Le conozco del hotel hace años; me consta que es de derechas y buen español. La prueba es que quiere combatir a nuestro lado.

—Tutéame, José, que desde esta mañana somos camaradas…

Rebolledo le mira indulgente, con simpatía. Un militante de la Casa del Pueblo, donde puede estar hoy tranquilo, es alistado entre los voluntarios de Falange. Les ha sido necesario completar centurias con algunos voluntarios dudosos, sin prestar demasiada atención a sus antecedentes políticos.

—Procuraré acostumbrarme.

—Dirígete a tu hermano; que él mismo se encargue del alistamiento.

—¡A tus órdenes…, camarada!

Don Jaime, el viajante, por recomendación suya no ha dormido en el hotel, sino en una pensión modesta próxima a la estación, en donde han quedado como únicos huéspedes unos cómicos de la legua que andaban de gira, porque el tráfico ferroviario está interrumpido. Esta mañana se ha presentado la policía en el hotel Moderno para registrar la habitación que ocupaba don Jaime. En el hotel han declarado que ignoraban a dónde se había marchado, pero suponían que abandonó ayer la ciudad en el último tren. Don Abilio ha debido denunciarle.

El aspecto de don Jaime no es precisamente marcial. En el cuartel existe tanto desorden que nadie presta atención a la presencia un poco inesperada del viajante, que se ha despojado de la corbata y carga con una pequeña maleta en que ha guardado lo que él considera más indispensable para una campaña. El resto del equipaje y el muestrario los ha dejado depositados en casa de José, bajo custodia de su madre. En cuanto termine el jaleo podrá recogerlo y continuar el viaje; don Jaime asegura que se tomará unas vacaciones en Barcelona, o en una playa próxima, para resarcirse de estos sustos y malos tragos.

—Don Jaime, cosa hecha. Está usted admitido.

—Mucha gracia, que digamos, no me hace; mejor estaré aquí que en la cárcel. Confío en que el follón se acabará antes de que peguemos un tiro. Estas algaradas no pueden durar mucho. Usted, José, saldrá fiador de que me alisté voluntario, obligado por las circunstancias…

—Voy a buscar a mi hermano para que le apunte; ya sabe usted que tiene que levantar el brazo y tutear a todos. ¡Ah! Y lo siento: usted y yo tenemos también que tuteamos. Desde este momento le apeo el don.

José, el camarero, se sonríe; está excitado, pero conserva el buen humor. Jaime, el viajante, parece más preocupado.

Celestino, hermano mejor de José, a quien en este momento acaban de proponer como subjefe de la centuria que se está formando, cruza el patio.

—¡Celestino!

—¿Qué hay?

—Ahí está ese amigo mío. Ven que te lo presento. Don Julián ha dicho que te ocupes tú mismo de alistarle; él da su conformidad.

José, sin que su hermano lo advierta, hace señas al viajante para que salude. Jaime lo hace, levantando el brazo con la mano extendida con escasa energía y cierta timidez.

—Escucha, Celestino: aquí, mi amigo, es un catalán, buen español, de derechas de toda la vida…

Celestino le mira; después observa, contrariado, la maleta que ha quedado en el suelo.

—¿Cómo te llamas?

—Jaime Prat Pujol, para servirle.

Saca un bloc del bolsillo delantero de la camisa y un lápiz; se pone a escribir.

—Pu… ¿Cómo se escribe? ¿Con ch?

—No, señor: con j.

—Entonces será Pujol… —pronuncia exagerando la / castellana.

—Sí, señor; es que allá lo pronunciamos así… en catalán.

—Bueno, pero aquí lo pronunciamos en castellano.

—Como usted mande.

—Hemos de tutearnos; somos camaradas. ¿Perteneces a la Falange de Barcelona?

—No; un servidor soy de derechas… Votaba por Cambó y la Lliga.

—Pero ¿ésos no son separatistas?

—No, señor; muy de derechas… Gente más bien de dinero y de misa.

José se impacienta; no querría que su hermano le cogiera antipatía a don Jaime. Interrumpe:

—Mi amigo Jaime, en las elecciones de febrero, votó a los de la CEDA. ¿No es así?

Jaime le mira asustado; la CEDA no tiene partidarios en Barcelona; cree que ni se presentó a las elecciones. Por suerte, Celestino se ha desentendido de la conversación y anota cuidadosamente el nombre en el bloc.

—Anda, José, acompáñale al almacén y que le equipen. Esa maleta me temo que no podrá llevársela.

Le estrecha la mano; Jaime, al retirarse, responde otra vez con timidez al saludo brazo en alto que le hace Celestino, subjefe de su centuria.

—Don Jaime, tiene que prestar más atención a lo que dice. A los de la Liga aquí se les tiene considerados como separatistas; nadie les puede tragar.

—¡Ésta sí que es buena! Allá, en Barcelona, les consideran medio fascistas; son los peores enemigos que tenemos los de la Esquerra.

Celestino se vuelve hacia ellos.

—¿Has servido en el ejército, por lo menos?

—De cuota; en la quinta del veintiocho…

—¿En qué arma serviste?

—Mire, la verdad: estuve de escribiente en la Capitanía; como había hecho la teneduría de libros… Mi familia conocía a un coronel, y ¡claro!…

—Cuando termines en el almacén ven a reunirte conmigo. Estoy ahí dentro. Te nombraremos escribiente de la plana mayor. Creo que lo harás bien; ninguno de los estudiantes que se alistan quiere cubrir la plaza de escribiente.

—Muchas gracias, jefe. Un servidor sí prefiere hacer de escribiente; y entiendo de números.

Vigo

—Tendré que darte diez duros de plata; los otros veinte, en un billete.

—No importa; he traído el monedero.

El camarero del bar Derby le entrega un billete de cien pesetas y a continuación, sobre la mano extendida de Victoria Budiño, va depositando los diez duros de plata, mientras los cuenta uno a uno.

De la calle llega mucho ruido, como de una manifestación. En Vigo, estos días la gente anda nerviosa. Algunos parroquianos del Derby se asoman a la puerta. Victoria guarda

cuidadosamente su dinero y cierra el bolso, asegurándose de que el cierre funciona normalmente.

Cuando sale a la calle, la gente la rodea y arrastra. Forasteros de los que han llegado de Bouzas, de Redondela, de Calvario, Toural, Laje, Rande, Cabanas, Porriño, Marcosende, o de las aldeas próximas, a causa de la efervescencia política; pescadores, obreros de las conservas de Cangas y Moaña; obreros metalúrgicos, textiles; operarios de las industrias cerámicas, calafates y serradores, forman parte de la manifestación.

Tarda un instante en darse cuenta de que el motivo del jaleo es una sección de soldados del Regimiento de Mérida con bayoneta calada y al mando de un capitán. No comprende lo que ocurre, ni a favor de quién están los soldados. Victoria Carballo Budiño se pasa el día oyendo hablar de política a unos y a otros, pero acostumbra desentenderse. Los manifestantes levantan el puño, un saludo que a ella le disgusta, porque parece una amenaza.

Manifestantes y curiosos andan confundidos con los soldados; algunos de éstos corresponden a los vivas y mueras que lanzan los demás. Le resulta difícil atravesar esta masa humana; se deja conducir estrechando el bolso contra el cuerpo, porque de estas apreturas siempre se aprovecha algún ratero.

El capitán que manda la tropa da la orden de alto; los soldados se detienen y reorganizan las filas. Algún revuelo se produce cuando los soldados rechazan a los que se les están echando encima, empujándoles con los fusiles. Victoria también se retira; sin darse cuenta, ha quedado en primera fila. Detrás de ella, el público está tan apretado que le resulta imposible escapar. Los más exaltados insultan a los soldados; ella advierte que los muchachos se ponen nerviosos. Desearía escapar; lo que está ocurriendo ante sus ojos la disgusta y atemoriza.

Un capitán alto y fornido despliega un papel y se coloca ante la tropa. Suenan gritos de «¡Traidor es!», imprecaciones, vivas a la República. Otros machacan con el «UHP».

No se entiende lo que lee el capitán; la confusión es tremenda. Una piedra lanzada desde detrás de ella rebota contra el hombro de uno de los soldados. El soldado pone cara de dolor; en seguida iba a echarse a la cara el fusil. El capitán, que ha debido de notar lo que ocurre, vuelve los ojos hacia el soldado y le mira con severidad; el muchacho, contrayendo los labios, continúa presentando armas. Un joven que se apellida Lence, a quien Victoria conoce, acompañado de un amigo, se adelanta hacia el capitán, le arrebata el papel y lo rasga. Uno de los soldados le clava la bayoneta en el pecho. Horrorizada, trata de huir; los que están detrás de ella la empujan y pretenden arrojarse contra los soldados. Victoria se debate, forcejea; la voz del capitán la enloquece de terror.

—¡Fuego!

Primero, un pistoletazo; después, una terrible descarga que ensordece. Aprieta el bolso, tropieza, cae sobre un hombre que sangra por la cara. Continúa corriendo como puede; todos se atropellan. Delante corre un capataz, parroquiano de la taberna de su marido, a quien llaman Taboada. Huele a pólvora, se oyen denuestos, súplicas, quejidos, llamadas de auxilio. Un golpe en la cintura la hace caer al suelo. La mano que le queda libre se la lleva a los lomos. Suenan más disparos. Retira la mano cubierta de sangre: está herida; pero apenas le duele. Para ponerse en pie se apoya en un hombre que de rodillas grita, agarrándose el cuello, por

donde se desangra. Trata de correr y consigue apenas andar despacio. Un viejo con boina, vestido de azul como los pescadores, ha sacado una pistola y dispara en dirección a los soldados. La Puerta del Sol se va despejando. El bolso se le cae y, al choque, se abre; los duros de plata ruedan. Un mareo, una náusea la derriban. Alguien que pasa corriendo le pisa la mano; la mano no le duele.

Madrid

El cuartel de la Montaña no podrá resistir mucho tiempo. Los cañonazos están causando importantes destrozos en la fachada, ocasionan bajas entre los mejores de sus defensores, que son los que ocupan ventanas y tejados, y acaban de desmoralizar a la tropa, que bastante lo estaba de suyo. Paralelamente, la labor que entre soldados y clases desarrollan los numerosos comunistas e izquierdistas que hay en el cuartel, principalmente entre suboficiales, cabos y tropa, se intensifica. La acción de la aviación es desalentadora y eficaz; las bombas, aunque pequeñas, o estallan en los edificios, causando destrozos, o explotan en los patios empedrados, diseminando peligrosamente la metralla. Con fusilería y ametralladoras tienen acribillados a los defensores; algunas máquinas que se hallan emplazadas en terrazas o azoteas dominan el edificio y parte de los patios interiores.

Entre los defensores del cuartel predomina una sensación de desconcierto; la certeza de que los jefes navegan a la deriva empieza a dominarles. El general Fanjul, militar con prestigio, españolista y valiente defensor de sus ideas derechistas, se ha mostrado en todo momento animoso, ha dado impresión de seguridad, ha prometido ayudas: una columna que al mando del general Mola ha llegado a la Sierra y avanza a marchas forzadas sobre Madrid, otra columna con fuerte artillería que viene del Campamento de Carabanchel. Ninguna ayuda ha llegado, ni se han observado siquiera indicios de que se aproxime. A la larga, el optimismo exagerado conduce al desaliento. Han transcurrido cinco horas largas desde que se produjeron las primeras escaramuzas y desde que se inició el cañoneo y el ataque en regla. Las bajas son numerosas; el que a los enemigos se les hayan causado más es débil consuelo, pues esa superioridad en el daño obliga a suponer que se hallará más enfurecido. El número de atacantes no decrece y el empeño con que acometen, tampoco. A quien haya seguido con atención crítica las órdenes que se dan, y no siempre se cumplen, no puede pasarle inadvertido que la iniciativa pertenece al enemigo y que el cuartel se defiende por las buenas, de manera intuitiva e improvisada.

Los primeros disparos de la pieza del quince y medio han causado destrozos de importancia; levemente ha resultado herido el general Fanjul en la cabeza, y el coronel Serra en el brazo. El despacho de este último, donde habían instalado el puesto de mando, ha resultado deshecho. Poco después, unos soldados, cerca de los cuales ha explotado una granada, se han alarmado, suponiendo que les habían gaseado al confundir los efectos de la trilita con los gases asfixiantes.

El coronel Serra pugna desde hace una hora por formar compañías, incluso un batallón, para intentar una salida. Cuando las fuerzas están formadas, la metralla las dispersa. Ha

intentado una salida por la puerta del cuartel de Zapadores, pero los hombres se han visto forzados a retroceder ante una cortina de balas. El enemigo tiene emplazadas armas automáticas y tomada la puntería; imposible intentar una salida sin arrostrar un enorme número de bajas; además, habría que exigir a la tropa un espíritu de sacrificio heroico. Un oficial le ha propuesto abrirse camino a golpe de bombas de mano; los soldados que se preparaban para salir no saben manejarlas, los granaderos del Regimiento se hallan de permiso, o figuran entre los que, medio amotinados, van de un lado a otro del cuartel o se reúnen con fines subversivos. El altavoz instalado por el enemigo, de una potencia tal que se superpone al ruido de las explosiones, no cesa de machacarles con su propaganda disolvente: «¡Soldados del cuartel de la Montaña! Os engañan los que os mandan, porque no quieren salvar la República, sino hundirla, y, además, porque carecen de mando sobre vosotros…». A voces anuncian el licenciamiento de tropas y tratan de inducir a los soldados a abandonar el cuartel, prometiéndoles que les mandarán licenciados a sus domicilios.

Los destrozos son considerables; cada vez mayores. Algunos muros se cuartean; se han derrumbado tejados, el polvo y los cascotes desparramados causan pésimo efecto. Jefes, oficiales, cadetes, falangistas, se defienden a la desesperada; pero la voluntad de resistencia decrece en la mayoría de los hombres. Bastantes no la han tenido en ningún momento, por ser contrarios a cuanto aquí está ocurriendo.

Error ha sido dejarse arrastrar a tan descabellada aventura, reñida con sus ideas; sin embargo, ¿acaso no debe un militar mantenerse fiel a sus compañeros y obedecer a su coronel? El coronel Serra es una magnífica persona. El general Fanjul se ha nombrado a sí mismo jefe de la división y, por tanto, es un faccioso. Los atacantes actúan en nombre del Gobierno, del ministro de la Guerra, de la legalidad. ¿Cómo podrá él defenderse, si llega a comparecer ante un consejo de guerra? Sus compañeros, los que están convencidos de que luchan por la razón, por la patria, por el orden, por la religión, pueden defenderse y pueden afrontar con altivez y serenidad el pelotón de ejecución. Es cuestión de dominar los nervios un cuarto de hora; no debe resultar demasiado difícil. Pero él, ¿por qué va a morir? Y jurar que le han engañado, con el fin de excusarse ante los jueces, no lo hará.

La compañía que consiguió formarse en el patio se ha disuelto definitivamente. Nadie espera salir de este cuartel; y si nadie piensa en salir, ¿a qué esperan?

Un cabo de su compañía se aproxima; viene sudando, se encamina hacia la puerta de Infantería, cubierta de escombros, con las cartucheras repletas de munición y cuatro paquetes más, que lleva en ambas manos.

—Mi teniente, en el comedor unos soldados con un sargento cantan *La Internacional*. Aseguran que hay que rendirse, que nos van a matar a todos y que no están dispuestos a tolerarlo. Les he contestado que entregaré el fusil, pero por el cañón, y que si había algún guapo entre ellos que se acercara.

—Bien, muchacho.

Casi sin darse cuenta de lo que hace, sigue al cabo. Avanzan trabajosamente entre los escombros. Un cadete, otro cabo y dos falangistas manejan un fusil ametrallador.

El cabo se arroja sobre los escombros y busca protección tras una piedra de la jamba derribada.

El enemigo avanza; semiocultos por los árboles se descubren tricornios de la Guardia Civil. Unos camilleros de la Cruz Roja están recogiendo heridos y retirándolos hacia la plaza de España.

—Mi teniente, hasta la Guardia Civil se nos ha puesto en contra…

El fuego de los defensores por esta parte del cuartel de Infantería se va debilitando, languideciendo.

Mientras uno de los coches blindados abre fuego desde la estatua del aviador Cassola, el paisanaje se lanza en avalancha contra el cuartel de Infantería. Bastantes han caído; los defensores continúan disparando, aunque cada vez con menos intensidad.

Jesús López, guardia de primera de la Benemérita, con otros guardias de su misma compañía, han avanzado en línea sobre el cuartel. Después de defenderse en la rampa han conseguido alcanzar la maltrecha fachada. El asalto se ha combinado y un teniente coronel, que manda milicias ciudadanas, intentará el asalto por el talud que da a la estación del Norte. Simultáneamente se intensificará el fuego por los demás puntos.

Desenfilados del fuego enemigo, con cautela van tomando posiciones para poder disparar contra los que en el interior del cuartel de Infantería aún se defienden. Por las ventanas rotas, van observando la mejor manera de sorprender a los defensores. En el interior tabletea una máquina, pero la confusión es tanta que resulta imposible averiguar contra quién dispara. A ellos no les llegan las balas.

—López, ¿oyes? Eso que cantan es *La Internacional*. ¿Qué ocurrirá dentro?

Su compañero, que tenía el fusil a punto de disparar, lo ha levantado y alarga el rostro para prestar mayor atención. Llegan rumor de cantos y vocerío ininteligible. A uno de los balcones laterales se asoman soldados que saludan con el puño cerrado.

—¡El cuartel es nuestro, camaradas!

Algo anormal está ocurriendo en el interior del cuartel, pero los disparos no cesan por completo. El sargento les hace señas con la mano de que adelanten con precaución. Sorteando cascotes, saltando, con los fusiles preparados, atraviesan hasta alcanzar una ventana, por la cual pueden asomarse al patio.

En la galería del primer piso, protegida por un parapeto de colchones, una máquina dispara hacia uno de los ángulos; oficiales y soldados, protegidos detrás de las columnas o echados en el suelo, descargan sus fusiles como si concentraran el fuego en un punto situado a la parte derecha de donde ellos se encuentran.

Los guardias civiles toman posiciones en las ventanas interiores que dan al patio. Por su izquierda avanzan guardias de Asalto al mando del teniente Moreno, y numerosos paisanos, que vitorean a Ricardo Zabalza, diputado socialista, que ha sido el primero en entrar en el recinto del cuartel.

Abren fuego contra los sirvientes de la ametralladora. Por la izquierda del patio desemboca un grupo de soldados con un capitán, destocado, que levanta el puño. Los soldados gritan: «¡Rendición! ¡Rendición!». Como se les ve desarmados, no les disparan. Unos levantan ambas manos; otros, sólo un brazo con el puño cerrado.

De nuevo disparan contra los sirvientes de la ametralladora, que parecen desconcertarse.

Un proyectil va a estrellarse contra el marco de la ventana.

García, su compañero, se agacha protegiéndose; el disparo les ha pillado desprevenidos. Tres balazos más se cuelan por la misma ventana a que ellos están asomados. Corren agachándose a lo largo del muro en busca de lugar más seguro. Casi frente a ellos, en ventanas semejantes a las que ocupan, descubren a unos soldados cuyos fusiles asoman de cuando en cuando y se retiran humeantes.

—Ésos nos disparaban.

García es buen tirador y zorro viejo. Protegiéndose en el ángulo para ofrecer el menor blanco posible, apunta cuidadosamente. Cuando aprieta el gatillo cae uno de los de enfrente. Los que ocupaban las ventanas desaparecen; un minuto después, una descarga silba junto a su cabeza.

El sargento pasa por detrás de ellos; anda recorriendo la línea de guardias civiles.

—Preparados. Vamos a atacarles cruzando el patio. No hay que temer: la resistencia se derrumba.

Voces y disparos se confunden. Milicianos y guardias dé Asalto inician el ataque cruzando el patio, corriendo en diagonal. Los soldados amotinados salen a su encuentro; se abrazan. Por una puerta sacan a unos oficiales con las manos en alto, seguidos por paisanos que les encañonan.

Uno de los sirvientes de la ametralladora la levanta en alto y, arrojándola sobre la barandilla, la estrella contra el patio; a continuación lanza y dispersa los peines de la munición. Algunos de los que estaban con él todavía disparan. En el patio, un oficial con la pistola en la mano se dispone a defenderse de los soldados insubordinados que le acometen. No se decide a disparar; acaban desarmándole.

—¡Adelante!

Ellos dos, con el cabo Manuel Linares, que acaba de unírseles, saltan por la ventana aprovechando el desnivel de una mesa que han arrimado al muro. Con los fusiles apercibidos, treinta guardias avanzan lentamente por el patio confundidos con los paisanos. Efectúan algunos disparos contra el tejado, desde donde parece que les hacen fuego, y contra una de las ventanas del dormitorio de la galería.

Desde lo alto del vecino cuartel de Zapadores se les hostiga; ellos contestan. La ametralladora de Asalto emplazada en mitad del patio les lanza una rociada de balas y los de Zapadores cesan de hostilizarles.

Del cuarto de banderas sacan a empellones a unos oficiales con las manos en alto. Por las galerías corren paisanos armados, se asoman por las ventanas que dan al interior de las compañía y disparan fusiles y pistolas. A la puerta de una de las compañías aparecen soldados dando vivas a la República.

—¡Todos los soldados estáis licenciados; podéis iros a vuestras casas! —les grita un sargento de Asalto.

A través de la puerta principal, semicubierta de escombros y por las ventanas, entran multitud de paisanos, que una vez en el interior persiguen a los militares, les acorralan, encierran e insultan. Otros se abrazan con los soldados, otros se dedican a recoger armas, correajes; las mujeres se apoderan de las gorras de los oficiales y se las colocan torcidas sobre la cabeza.

Un grupo de soldados vitoreando la República y la libertad, y alzando el puño, desgreñados y en mangas de camisa, abandona el cuartel.

Al guardia López se le acerca un soldado muy excitado.

—Camarada guardia: que algunos de ésos no son soldados, que son fascistas de los que vinieron ayer. Hay que detenerlos, hemos de cargárnoslos aquí mismo.

Los militares han obrado ilegalmente al sublevarse contra el Gobierno legítimo, aunque sea un mal Gobierno, como el del Frente Popular; pero él, que les está combatiendo, les tiene mil veces más estima que a este traidorzuelo y chivato que le ha calificado de camarada.

—Camarada guardia, cumple con tu deber, no les permitas escapar…

El soldado, dominado por la excitación, le ha cogido violentamente por el brazo. El guardia López se revuelve contra él y le pega un fuerte culatazo en las costillas.

—Tú me parece que eres el fascista. ¡Cochino soplón!

El soldado, desconcertado, corre palpándose los ijares con expresión dolorida en el rostro.

Se le acerca García, que ha presenciado la escena sin comprender lo que sucede.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada! Uno de los facciosos que pretendía darme órdenes. ¡Figúrate! Un simple soldado permitirse darnos órdenes a nosotros. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

A García no puede contarle la verdad; a pesar de la amistad y compañerismo que les une. Venancio García era ya republicano antes del año 1931.

—Vayan a hacerse cargo de los detenidos; o va a producirse una matanza.

El teniente, que empuña la pistola, pasa dando órdenes a los guardias. Los guardias están rodeados de paisanos, hombres y mujeres de todas las edades, que les aíslan, les cercan, les disminuyen.

En el cuartel de Zapadores arrecia el tiroteo.

A través de la puerta de la sala de suboficiales, en la cual han venido a refugiarse momentáneamente, han presenciado cómo los asaltantes entraban en el patio y han conquistado el cuartel de Infantería. La resistencia continúa en el de Zapadores y en el de Alumbrado; no puede durar mucho, se ha derrumbado.

Estaba convencido de que así iba a suceder; nadie le forzó a adoptar una resolución. Dos días atrás pudo abandonar el cuartel y presentarse al Ministerio de la Guerra; estaría entre los vencedores, no entre los vencidos. Con los asaltantes hay militares, oficiales de Asalto y de

infantería; pero eso no es un ejército, más parece partida de facinerosos. Él es republicano, pero ante todo militar.

—No tardarán en venir por nosotros; en cuanto se den cuenta de que estamos aquí.

El teniente que le acaba de hablar se ha quitado la gorra y se enjuga el sudor; ha pasado la mañana en una de las ventanas altas, manejando un fusil ametrallador.

—¡Cuidado! ¡Mirad lo que pasa!

Un grupo de paisanos empuja a unos oficiales y a varios cadetes que avanzan con los brazos levantados hacia un extremo del patio. A su espalda está emplazada una ametralladora, y un guardia de Asalto con la gorra torcida parece disponerse a accionar el gatillo. La ametralladora comienza a trepidar; los militares se desploman. Cesan las ráfagas. A tiros de fusil rematan a algunos heridos que se agitan en el suelo. Los que están en el patio, que se habían alarmado por lo imprevisto de los disparos, se acercan a contemplar los cadáveres.

El guardia de la gorra torcida que ha disparado la ametralladora pide silencio con gestos ampulosos.

Con voz potente grita:

—¡Ésta es, camaradas, la justicia del Pueblo!

Mira al teniente; observa que está pálido y que se retuerce los dedos de las manos. Los demás oficiales se han quedado silenciosos. Uno de ellos, sin convencimiento, dice en voz alta:

—Levantemos una barricada a la puerta y liémonos a tiros contra esa canalla; luego, defendámonos hasta morir.

—Estoy demasiado fatigado —susurra el teniente.

De buena gana abriría la cartera que guarda en el bolsillo de la guerrera y contemplaría el retrato de Eugenia y de sus hijos; no se atreve a hacerlo. Rompería a llorar, y está rodeado de compañeros.

Se abotona la guerrera, se ajusta el correaje. Desenfunda la pistola y la amartilla. Los ojos del teniente le están mirando con suave reproche, con miedo, con angustiado compañerismo. ¿Dónde se da mayor compañerismo que en la áspera vida de las armas? Por compañerismo está aquí entre amigos, como él mismo, condenados a muerte.

—Lo siento; no estoy dispuesto a soportar todo esto; es demasiado desagradable e irremediable.

Bruscamente apunta el cañón de la pistola a la sien y acciona el gatillo mientras cierra con fuerza la boca.

En el cuartel de Zapadores, el desorden es tremendo. Afirman unos que el general Fanjul ha decidido rendirse, otros insisten en que deben resistir hasta el fin. El cuartel de Infantería lo ha tomado la chusma por asalto. Por ventanas y galerías van apareciendo paisanos armados, guardias de Asalto y civiles. Los últimos defensores se baten en retirada; algunos son alcanzados y muertos por disparos a quemarropa.

Corriendo despavorido, con un fusil en la mano, llega otro cadete que estuvo con él a primera hora disparando desde la explanada.

—¡Hemos de escapar! ¡En Infantería, las turbas están ametrallando a los prisioneros!

No se detiene; continúa corriendo en dirección a las compañías; trata de ganar el cuartel del Alumbrado, en donde se resiste.

Milicianos y guardias avanzan por el patio con las armas dispuestas. Del cuarto de banderas sacan a unos oficiales; les empujan, les insultan, les golpean con los fusiles.

Enfunda la pistola y agarra una bomba de mano que había guardado de reserva en el bolsillo del pantalón. Se arrima contra la pared. Un cadete no se rinde; en muchas horas de lucha ha visto caer a compañeros, a jefes, a oficiales, a soldados. No se rendirá; no desea verse humillado; se niega a morir con las manos en alto. Mientras esté vivo nadie le tocará. Ha cumplido dieciocho años; es un hombre.

Arrancan a correr contra él; uno de los que le ataca le dispara el fusil mientras corre. Tira de la anilla y les arroja la bomba; se agacha. Los paisanos retroceden cuando estalla; algunos caen al suelo y él mismo se tambalea. Una bala se estrella junto a su hombro. Retiran a los heridos. Vacía el cargador de la pistola sin apuntar apenas. Un dolor agudo le obliga a llevarse la mano al cuello. Una ráfaga que recibe en el vientre le dobla sobre sí mismo; cae de bruces, golpeando con la frente en las losas.

Los cañonazos han cesado de oírse; por ese sector del cuartel de Alumbrado, el tiroteo durante toda la mañana ha sido más bien escaso. De los voluntarios falangistas ha ido apoderándose una desazón, como si presintieran que está ocurriendo algo irremediable, a pesar de la aparente tranquilidad y de que los aviones no han vuelto a bombardear.

Demudado, llega el jefe de la centuria; la voz le sale enronquecida por efecto de la emoción.

—¡Todo está perdido! Hemos de rendimos.

—Pero ¿qué ocurre?

—Han entrado en Infantería y en el cuartel de Zapadores; no tenemos defensa.

Los falangistas arrojan las armas con rabia. Pepe Otero separa el cerrojo del fusil y lo golpea contra el suelo con intención de inutilizarlo. Bustos le mira interrogante, como si él pudiera darle respuesta o solución válida. Quisiera decirle algo a este muchacho; nada tiene que decirle; siente su mismo miedo, y está convencido de que no podrán escapar a esta sensación de derrota, de incertidumbre.

Los falangistas, sin que nadie se lo mande, se han despojado de las guerreras y en fila se dirigen hacia la entrada que comunica con el cuartel de Zapadores, desandando el camino recorrido quince horas atrás. Pepe Otero reza mentalmente el «Yo pecador»; cree presentir su fin; desea ponerse a bien con Dios, hacer borrón y cuenta nueva, sentir tranquilidad en la conciencia, pues conseguir otra tranquilidad no le resulta posible.

Desembocan en el patio de Zapadores; nadie les presta atención. El patio está cubierto de cadáveres, de muebles rotos, de cajas vacías, de papeles, de cascotes. Mucha gente se mueve y agita en medio del más desordenado barullo; los paisanos se prueban cascos, cartucheras o prendas militares y disputan por apoderarse de un fusil o de unas botas. Pasan por uno de los lados del patio desconcertados. Han levantado las manos en señal de rendición; tienen miedo a

que les disparen; les confunde que nadie se ocupe de ellos. Apenas se atreven a volver la cabeza; en el extremo opuesto del patio suenan disparos; los paisanos acosan a alguien que se defiende a la desesperada.

Arredondo, un falangista de su centuria, se tambalea como sonámbulo o borracho por el patio, cogiéndose el costado ensangrentado.

—¡Arredondo!

—Me han herido…

Abandona la fila para acercarse a Arredondo; se dirige a Bustos, que marchaba detrás de él.

—¡Ayúdame!

Arredondo les pasa los brazos por el cuello; se desentienden de los demás; y nadie les dice nada, ni les obligan a continuar en la fila de prisioneros. Conduciendo al herido se abren paso hacia la puerta de salida.

—¡Un herido! ¡Dejadnos pasar!…

Muchos ni les miran y algunos hacen comentarios mientras se apartan; oyen algún insulto y amenazas dirigidas a ellos. Arredondo se queja débilmente. A la puerta del cuartel hay reunido un gentío. Hallarse fuera del cuartel, en la calle, no le produce el alivio que esperaba; todos los rostros son hostiles; el público les chilla e insulta.

—¿Dónde podemos llevar a este herido?

—¡Sois unos fascistas! ¡Canallas! ¡Asesinos!

Una mujer se lanza contra ellos y pretende pegarles. Un miliciano muy bajo, con un máuser casi tan alto como él, intercepta a la mujer y la obliga a retroceder.

—Tú…, ¡atrás!

Otra mujer flaca, que parece horrorizada y se agarra al brazo de su marido, al verles tan jóvenes se compadece.

—Vayan corriendo: en la cuesta de San Vicente hay una pequeña clínica de urgencias. Ya han llevado a otros heridos.

Procuran alejarse, aprovechándose de la barahúnda. La otra mujer sigue insistiendo con voz destemplada:

—Lo que habría que hacer con ellos es pegarles cuatro tiros…

—¡Señora! No ve que uno de ellos es un niño, y los otros dos, casi, casi…

—A mí no me llame usted señora…

Forcejeando contra quienes tratan de agredirle descubren a Pepe García Noblejas, que se desprende de los que le sujetan y viene hacia ellos. Lleva puestos los pantalones militares y el torso completamente desnudo. Un brigada, con la guerrera desabrochada y sin gorra, se les añade. La gente allí reunida les mira, pero nadie les interrumpe. El miliciano de corta estatura, que viste mono azul de mecánico bastante sucio y lleva colgado en bandolera un macuto militar, en cuyo interior tintinean los cartuchos, camina a su lado.

—Vosotros no me engañáis; sois fascistas…

—¿No ves que llevamos a un herido?

—También fascista; yo os acompaño, no creáis que vais a escapar.

No hay odio en la actitud ni en las palabras del miliciano; sólo una obstinada voluntad de cumplir con su deber. Camina junto a ellos casi deferente. Les cede el paso para descender la cuesta que entre pinos desemboca en el paseo de San Vicente.

El brigada y García Noblejas se detienen a hablar con unas mujeres que les señalan la casa de una comadrona que podría curarles las heridas. García Noblejas les hace un leve gesto para despedirse. En su rostro hay un expresión dolorosa y una exhortación al ¡sálvese quién pueda!

Cuando desembocan en el paseo vuelven a oírse disparos en el cuartel. Curiosos, personas de condición modesta, se acercan a ellos.

—Nos han dicho que hay por aquí una clínica de urgencia…

—Pero ¡si son fascistas!…

—¡Míralos!… ¡Granujas! ¡Señoritos!

Se le ocurre señalarles a manera de excusa al miliciano que les acompaña y que no pronuncia palabra. Sin embargo, los que les increpaban, al comprobar la presencia del hombre del mono azul y sugestionados por la autoridad que le confiere la posesión de un fusil, callan y les abren paso.

Cuando los tres entran en la sala de curas, el silencio y la fresca blancura de las paredes les alivian. El miliciano cierra la puerta tras él.

—Ustedes no se muevan de aquí mientras voy a telefonear. Están detenidos.

El médico hace que se desnude Arredondo y le examina la herida. Arredondo se muerde los labios para no chillar. Bustos está asustado; se sienta en un taburete metálico y se enjuga el sudor con la manga. Hace mucho calor; hasta este momento no lo había advertido.

—Verá, doctor, estamos en un apuro…

—Ya lo comprendo. No sé qué podremos hacer. Ya ven ustedes la gente arremolinada a la puerta. Son como fieras. Me encargaré personalmente del herido.

El miliciano vuelve a entrar tímidamente después de avisar con los nudillos.

—Usted perdone, doctor, pero a estos dos he de llevármelos.

—El herido tiene que quedarse acá; ha recibido un balazo y está grave.

—Lo que usted diga, doctor.

Se aproxima a Arredondo, que le mira con expresión de dolor y susto.

—Adiós…

Bustos sale detrás de él. A la puerta les espera un automóvil de color claro, que está rodeado de gentes excitadas. Con el del mono azul ha venido otro miliciano en mangas de camisa, con brazalete rojo, mosquetón y cartucheras negras de las que usan los guardias de Seguridad y Asalto.

—¡Canallas!

—¡Hay que acabar con todos los fascistas!

Recibe algunos golpes; y, sin volver la cabeza, adivina que Bustos lleva la peor parte. El miliciano de poca estatura empuja a los que se arremolinan y abre la portezuela del coche.

—¡A este crío habría que matarle!

—¡Déjele ya! ¡No le maltrate!

Suben al coche; junto al conductor se coloca el de las cartucheras negras. El miliciano de corta estatura se sienta a su lado. Bustos queda junto a la ventanilla. Al coche le cuesta arrancar.

—¡Asesinos!

—¡Bandidos!

Una mujer mete el puño por la ventanilla y golpea a Bustos en la cabeza. El coche arranca; el público tiene que apartarse. El que va al volante vuelve el rostro.

—¿Adónde los llevamos?

—¡Pues no sé! No sé dónde hay que entregar los detenidos.

—A la cárcel será…

El coche sube por la cuesta de San Vicente hacia la plaza de España. El chófer y los dos milicianos discuten. No saben qué hacer con ellos.

Lo mejor es poner fin a esta situación antes de que se complique más. Si se atreviera, les pediría que les dejaran marchar a su casa. Pero este hombre pequeño, obstinado y serio, no lo tolerará. Investido de autoridad, busca a tientas cómo y de qué manera ha de cumplir su deber. En la calle de Leganitos hay una Comisaría de Policía; que les dejen allá de una vez y que sea lo que Dios quiera. Han perdido; les han hecho prisioneros, hay que aceptar las leyes del juego.

—Oiga, aquí cerca, en Leganitos, hay una Comisaría de Policía. Digo yo que sería buen lugar, si les parece a ustedes.

—Tiene razón el chico. Les llevamos a Leganitos y que la policía se las componga con ellos. La policía sabrá lo que le corresponde hacer. Nosotros, con entregarlos, hemos cumplido.

Vuelve a tirar de la cadena del *water*, pero el agua sale precipitadamente y rebasa la taza; los papeles sucios y mojados se han convertido en un amasijo que gira con el remolino del agua. Se consume de impaciencia esperando a que vuelva a llenarse el depósito. Corre a la cocina, coge un cubo y lo llena en la fregadera. Lo arroja con fuerza en la taza. Algunos de los papeles rotos han pasado y el agua corre al fin. Son muchos setenta mil manifiestos para ser destruidos sin que nadie lo advierta.

Manuel Mateo pasa su mano húmeda alisándose el pelo rizado, que por efecto del sudor se le ensortija cada vez más. Tratan por todos los medios de destruir los manifiestos firmados por José Antonio Primo de Rivera, que han tirado clandestinamente en esta imprenta de la calle de Ventura Rodríguez. Coge otro montón; por cuadernillos los va rasgando y arrojando al *water*. El retrete que hay en las oficinas está definitivamente atascado; el agua ha inundado el despacho y da un olor pestilente.

El dueño de la imprenta y Mariano García han encendido la cocina económica y se apresuran a quemar manifiestos. La chimenea se ha puesto al rojo vivo y todavía quedan montones y montones de impresos.

Toda la mañana han estado oyendo los cañonazos, el bombardeo de la aviación. Uno de los cañones ha debido de estar emplazado muy cerca. Cada vez que hacía fuego retemblaba el establecimiento y parecía que iban a saltar hechos añicos los cristales. Frecuentemente se

asomaban para inquirir noticias, pero éstas eran desastrosas. Los del cuartel no han conseguido salir; han perdido la iniciativa. Así, las fuerzas del Gobierno y las milicias populares han conseguido machacarles. Mateo no puede ni asomarse a la calle; en el ataque habrán participado los afiliados al Partido; a él le conocen demasiado. Gaceo se ha marchado al amanecer. Ocultos tras las ventanas han visto salir diversos prisioneros. A dos de ellos los han fusilado en la calle. La misma suerte le espera a él en cuanto le cojan; y si se contentan con fusilarle, les quedará agradecido.

Después de reintegrar las piezas al Parque de Artillería, el teniente Orad de la Torre se ha trasladado en auto al cuartel de la Montaña. Animadas manifestaciones recorren las calles, proclamando con júbilo la victoria popular sobre los insurgentes. Muchos balcones, sin embargo, permanecen con las persianas entornadas: nadie se asoma a ellos.

Aparca el coche junto a la rampa. Milicianos y mujeres le reconocen y aclaman. Cruza la explanada y entra por el cuartel de Infantería. El efecto del bombardeo ha sido eficaz: paredes cuarteadas, brechas, ventanas destrozadas. Un hormiguero humano se agita; hombres y mujeres, con insignias de organizaciones sindicales o de partidos políticos, entran y salen, se reparten armas y municiones, gesticulan y vocean. Parecen ebrios. Han sido retirados los muertos y heridos del asalto. El cuartel de la Montaña ha cambiado de fisonomía; ha sido él quien lo ha hecho cambiar. Más que los destrozos de la fachada, lo que modifica el aspecto del edificio es que ha perdido su austera solemnidad, su empaque orgulloso de reducto de casta. El verdadero cambio que se observa es la invasión por el pueblo del caserón y la evidencia de la derrota, del cambio que en breves horas se ha operado en la marcha de la historia de la nación.

Para llegar al patio pasa junto a la sala de suboficiales; una relativa oscuridad le alivia la vista de la luz cegadora de la calle. Distraído, al pasar ha creído ver a algunos militares sentados en extrañas posturas y otros caídos en el suelo. Retrocede y entra decidido. Cadáveres en mangas de camisa o con uniforme están amontonados en un rincón. Les han agrupado y ametrallado por la espalda, obligándoles a arrimarse a la pared. Huele a sangre, huele como en una carnicería, como huelen las naves de un matadero. Los cadáveres en distintas posturas, acribillados, carecen de solemnidad. Uno de ellos tiene la camisa chamuscada por el fogonazo y un amplio agujero sanguinolento en el centro del pecho.

Los ojos se acostumbran a la penumbra; entre esta concurrencia espantosa no hay ni un solo vivo; nadie siquiera se asoma a contemplar este horror, a reconocerse en este horror. Sobre la mesa descansa el torso de un comandante, como si se hubiese dormido, ha caído de bruces sobre ella. Un agujero en la sien y lo natural de la postura indican que se ha suicidado. En una silla, junto al comandante, un teniente con la guerrera abrochada y el correaje ajustado presenta también un agujero en la sien; la sangre, que le ha resbalado desde la mejilla al pecho, aparece negruzca, coagulada. Un cadete con rostro de niño, enseña los dientes, parece que sonríe: se ha disparado en el corazón. Después de muertos, a manera de único responso, les han quitado las armas y registrado los bolsillos.

Vuelve a observar el rostro del teniente. Le conocía; se casó muy joven. Hace tiempo que no se veían; supo que tenía dos hijos. Era republicano convencido; cuando la sublevación de Jaca se puso en evidencia ante sus jefes monárquicos; no recataba sus ideas. Le palpa el bolsillo, del cual ha saltado el botón, por si halla algún documento o carta hacerla llegar a su destino: está vacío. Al arrimarse advierte que en los pies sólo lleva los calcetines, uno de ellos presenta un largo zurcido. También le han robado las botas.

Junto a un armero vacío están tirados en el suelo tres cadáveres más; uno de ellos de un muchacho muy joven con la cabeza rota por la nuca, otro con el pecho abierto por varios disparos.

Antes de que el mareo le domine sale al patio. Nunca había visto tantos cadáveres; aparecen extendidos a todo lo largo del patio, bajo la luz implacable del sol. Echados en el suelo, bocarriba o bocabajo; hay jefes, capitanes, tenientes, suboficiales, soldados, en las más variadas posturas; es como un muestrario del horror a pleno sol. Entre los muertos, sorteándolos para no tropezar con ellos, andan los curiosos; unos apenas les prestan atención; otros les examinan como si trataran de identificarlos. Bajo los arcos, a la sombra, descubre paisanos armados, guardias civiles, soldados del batallón de Ferrocarriles que charlan y descansan.

Oye gritos, vivas, cantos. Unos treinta soldados precedidos de un capitán con la guerrera desabrochada, que lleva en alto, desplegada como trofeo, la bandera del Regimiento de Infantería número 31, entonan *La Internacional*. Con el puño en alto, seguidos de milicianos y de unos cuantos guardias de Asalto con las guerreras abiertas o en mangas de camisa, desfilan hacia la puerta del cuartel. Pasan sobre los cadáveres, saltando, sorteándolos, dándoles de lado.

—¡Viva la República!

—¡Viva la Libertad!

—¡Abajo los tiranos!

—¡Mueran los traidores!

Los que no se incorporan a la manifestación saludan puño en alto a la bandera y a los héroes de la jornada, a los paisanos armados que han asaltado el cuartel, a los guardias, a los soldados que se resistieron a combatir contra sus hermanos y se amotinaron contra los jefes, en quienes se ha hecho tan terrible escarmiento.

—¿Adónde vais?

—A que todo el pueblo de Madrid sepa que hemos vencido a los fascistas.

—Llevamos esta bandera al Ministerio de Gobernación.

—¡Viva la República!

Cuando pasa la manifestación por delante de él, Urbano Orad de la Torre no siente deseos de levantar el puño; lo ha levantado demasiadas veces desde ayer por la tarde. Intenta contar los muertos. Cuarenta, cincuenta, ochenta… Comprende que en los demás patios, en otras dependencias de este enorme cuartel, debe de haber muchos más. Son —eran— militares como él, aunque estuvieran en desacuerdo político. Fueron compañeros de academia, de guarnición, vestían su mismo uniforme. Han peleado contra él; él mismo les ha lanzado ciento

ochenta cañonazos, pero le causa un agudo malestar verles ahora como les ve, despojados de solemnidad, muertos.

Hace tanto calor y la luz es tan viva que el espectáculo parece irreal. Antes de echarse a llorar da media vuelta y escapa del cuartel; necesita refugiarse en su casa, con su mujer, con su familia; olvidar que lo que está viendo es cierto.

A su amigo el teniente Máximo Moreno, al teniente coronel Moriones, a Zabalza, al escultor Quintanilla no les ha saludado: también escapa de ellos; no desea abrazarles ni ser abrazado. Prefiere no hablar del triunfo que esta mañana han obtenido juntos porque, en presencia de estos cadáveres, la alegría se le hiela.

A la puerta de la Comisaría de Leganitos, un viejo guardia de Seguridad, de los pocos que quedan de la época de la Monarquía, está de puesto con la tercerola al hombro.

En el interior, el calor aprieta y el comisario les hace esperar; han deducido que está acostado. Un policía en mangas de camisa copia en un grueso registro datos que saca de un montón de oficios apilados sobre la mesa. Los milicianos y ellos dos han quedado al lado de fuera del mostrador, sentados en un banco que corre a lo largo de la pared. Pepe Otero y Gabriel Bustos, juntos, y en ángulo con ellos los dos milicianos, que sostienen los fusiles. Ni a Bustos ni al miliciano del mono azul y el macuto repleto de cartuchos les llegan los pies al suelo; uno y otro los balancean. Pero mientras que Gabriel tiene catorce años, el miliciano habrá cumplido los cuarenta.

Los dos detenidos no se atreven a moverse ni a hablarse. Pepe procura no pensar en nada: observa las paredes desnudas, manchadas, sórdidas. En un cuadro, colgado al fondo sobre una puerta, una matrona con gorro frigio sobre la melena suelta y uno de los pechos al aire representa la República. El policía se ha desentendido de ellos; se acerca los papeles a los ojos porque, además de ser corto de vista, la luz que penetra por una ventana que da a un patio es escasa.

Otero recuerda que guarda una cajetilla de tabaco en el bolsillo del pantalón; cigarrillos que compró el sábado. Apenas fuma, pero creyó que la ocasión sería oportuna para hacerlo. Fumó un cigarrillo ayer y dos esta mañana, mientras guardaba una de las ventanas del cuartel. ¿Qué debe hacer en estas circunstancias? ¿Cuál es su relación personal con los dos hombres que les custodian?

—¿Quieren fumar ustedes?

El miliciano bajo alarga la mano y coge el cigarrillo. Saca una caja de cerillas y le ofrece fuego a Pepe Otero. Éste, que se ha levantado, regresa al banco y con la punta del cigarrillo le enciende el suyo a Bustos.

—Tú, peque, no deberías fumar… —le dice paternalmente el del mono azul.

Bustos, como si le hubieran sorprendido en falta, retira el cigarrillo de la boca e insinúa un ademán de arrojarlo al suelo.

—Por mí haz lo que quieras… Lo decía por…

El muchacho sigue fumando con avidez; cuando tiene la boca llena de humo lo arroja de un soplido.

Desde el despacho del fondo, una voz requiere al funcionario. El policía se levanta calmosamente y desaparece tras la puerta entornada. Instantes después vuelve a salir, se aproxima al mostrador y levanta la trampa que cubre la abertura de comunicación con el vestíbulo donde ellos están esperando.

—Vosotros, los detenidos, pasad aquí dentro con el señor comisario. Y ustedes dos, como no han traído ningún oficio, no puedo extenderles recibo de los detenidos; pueden marcharse.

Los cuatro se levantan cohibidos. Se miran; de nuevo, duda sobre lo que procede hacer. No le guarda rencor a este hombre, que por la edad podría ser su padre; a este miliciano bajo de mirada ingenua, vestido con un mono sucio, armado de un fusil demasiado largo y el macuto tintineante. Se ha familiarizado con él, conoce sus facciones, sus gestos, sus reacciones. Le mira sin antipatía, casi como a un amigo de quien tuviera que despedirse. El miliciano avanza hacia él un poco avergonzado, excusándose con la mirada de haberlos detenido, de haberlos traído aquí. Se estrechan la mano; los otros hacen lo mismo.

—… Que todo les salga a ustedes lo mejor posible…

—Adiós; y, en fin, si nos encontráramos en otra ocasión, que fuera para bien.

El funcionario se impacienta ante la despedida, que le parece inoportuna.

—Pasen, que el señor comisario les está esperando. Por ahí…

El comisario tiene la barba crecida; ha debido pasar aquí muchas horas y se habría propuesto descansar. Hoy no se cometen delitos en la capital; el concepto delito ha sido modificado. A los presos políticos les conducen directamente a la Dirección General de Seguridad, a la cárcel, a Prisiones Militares; o les matan.

—¿Qué ha ocurrido? Cuéntenme la verdad… En buen lío se han metido. Y tú, chaval, ¿crees que a tu edad?…

Parece agotado, no les amenaza; les reprende sin acrimonia. Anota su filiación; les toma declaración con cansancio formulario. Bustos a hurtadillas observa interrogante a su compañero; no era esto lo que esperaban cuando han escapado del cuartel. ¿Qué suerte habrá corrido García Noblejas, y Cogorro, y los demás? ¿Y Arredondo? La herida era fea, pero no parecía profunda, y el médico ha prometido ocuparse personalmente de él.

—Muchachos. Tenéis que ingresar en el calabozo. No estaréis del todo mal; por lo menos, hoy está vacío. Os encontráis metidos en un mal paso; os prometo que procuraré que vuestra ficha no salga de aquí. Escribiré en ella lo que han dicho esos tipos que os han traído: «Detenidos en los alrededores del cuartel de la Montaña». De lo demás que me habéis explicado no tengo obligación de hacer uso. Me limito a consignar lo que han manifestado quienes os han conducido hasta aquí, lo que han manifestado los nuevos representantes de la autoridad, o los representantes de la nueva autoridad, que no me han comunicado oficialmente lo que son.

La noticia del asalto y conquista del cuartel de la Montaña ha producido en el ánimo de Julio Just, director general de Obras Hidráulicas y Puertos, un considerable alivio. A la tensión insostenible de la noche y la mañana ha sucedido una relajación placentera. En Madrid, los militares están perdiendo una tras otra todas las jugadas; no es fácil que los fascistas y demás elementos de derecha intenten un golpe por su cuenta. El Gobierno, los partidos políticos y las organizaciones obreras han sido dotados de medios suficientes para aplastar cualquier tentativa facciosa.

Las novedades se han ido sucediendo, traídas por personas que llegaban al Ministerio o que las comunicaban por teléfono. De común acuerdo con el hijo del general Vedia, jefe de la Sección Motorista del Ayuntamiento, han convertido el sólido edificio del Ministerio de Fomento en fortín, por si se vieran en la necesidad de defenderlo.

Recuerda que a primera hora de la mañana ha acordado con su amigo el gobernador de León que se pondría en contacto con él. Desea darle noticia del triunfo que el Gobierno y el pueblo de Madrid acaban de obtener contra los facciosos. Pide la comunicación. Suena el timbre y coge él mismo el aparato.

—Aquí el Ministerio de Obras Públicas; deseo hablar con el señor gobernador…

—Aquí no hay ningún gobernador. Aquí quien manda es el general Bosch…

—No le conozco a ese señor, ni reconozco más autoridad que la legítima; y le digo, además: ¡Viva la República!

—Y yo le contesto: ¡Me cago en la República!

—¡Usted es un traidor!…

—¡Y usted un mamarracho!

Cuelga violentamente el aparato. Los fascistas se han apoderado de León; no cabe duda. Recuerda mentalmente el mapa que estudiaban esta noche en el despacho que ocupa don José Giral, presidente del Consejo, en el Ministerio de Marina. Una banderita más que colocarán; otra plaza perdida. Esto puede desembocar en una auténtica guerra civil.

Madrid: Un joven se asoma a uno de los balcones del edificio recién asaltado.

La derrota de los sublevados del Cuartel de la Montaña, tuvo trágico epílogo; numerosos jefes, oficiales, soldados, cadetes y voluntarios falangistas fueron muertos.

Fotografía de la entrada de los atacantes; en el fondo puede verse a los defensores. Soldados y suboficiales (abajo) que se rindieron.

De este oficial en mangas de camisa, rodeado por los asaltantes, se sabe que salvó la vida. Momento en que es detenido un suboficial (abajo).

Vigo

Cumpliendo las órdenes que han recibido, una vez declarado el estado de guerra los falangistas vigueses, que no son muy numerosos, van presentándose en el cuartel de la calle del Príncipe, en el batallón del Regimiento de Mérida, que manda el comandante Sánchez Rodríguez.

Ramón Núñez Saavedra ha abandonado su casa en Lavadores; allá han quedado sus padres y dos hermanos. Le acongoja cierta intranquilidad; le han dicho que algunos de los revolucionarios, a quienes la actitud del ejército y de las fuerzas de orden público, que se han puesto a favor del ejército, han desconcertado, se proponen concentrarse en Lavadores precisamente. Lavadores es barrio de fuerte densidad proletaria y, por tanto, de carácter predominantemente marxista. Su familia es allá conocida; no han de faltarles enemigos políticos y personales.

A la entrada del cuartel saluda brazo en alto; el cabo de guardia le hace señas de que entre.

En el patio descubre a varios de sus camaradas; unos visten camisa azul, otros de paisano. El señor o camarada Pasaván, que el sábado le citó en el hotel Moderno y después se entrevistó con ellos en el Derby, el mismo que acompañó a los padres capuchinos, está hablando con Rodríguez Tajuelo y con el capitán José Pavón, ayudante del comandante militar.

Cuando Pasaván ve que se acerca, le sonríe. Ambos se saludan brazo en alto. Pasaván le dice amablemente:

—Soy Manuel Hedilla…

—¡Y nosotros que desconfiábamos!

—Habéis obrado cuerdamente no fiándoos ni siquiera de mí.

Almería

Si los militares y los derechistas se sublevan, se les dará la oportuna réplica. Gabriel Pradal, arquitecto, diputado por Almería del Partido Socialista Obrero Español, recibió ayer una importante confidencia. Bajo palabra de honor de no revelar a nadie su nombre, un suboficial le aseguró que la guarnición de Almería, incluyendo la Guardia Civil y las fuerzas de Carabineros, estaban prácticamente sublevadas y sólo esperaban el momento oportuno para sacar las tropas, proclamar el estado de guerra y apoderarse de los edificios públicos, empezando por el Gobierno Civil. Hoy por la noche en el cuartel de la Guardia Civil se celebrará una última reunión convocada por el gobernador militar y jefe del Batallón de Ametralladoras número 2.

Desde hace un par de días y por iniciativa propia están presentándose en la capital gentes de la provincia, pero ayer, después de oír al suboficial y en vista de la inminencia del alzamiento y previa reunión con Bartolomé Montañés, Pedro Moreno, Cayetano Martínez, Rafael García y Joaquín Alonso, ingeniero geógrafo y comandante de estado mayor supernumerario y excandidato socialista a diputado, decidieron convocar a los mineros y campesinos de Serón, Gádor, Purchena, Benalux, Pechina, Rioja y otros pueblos, de ideas socialistas arraigadas y

dispuestos a la acción. Los mineros son gente bronca, práctica en el manejo de la dinamita, avezados al riesgo; están en la Casa del Pueblo fabricando bombas rudimentarias, introduciendo los explosivos que se han traído en tubos, cerrándolos por uno de los extremos y colocando al otro unos pasadores metálicos. Los mineros son una fuerza combatiente de primer orden; han venido provistos de hondas de esparto para arrojar las bombas; además ha podido armárseles con algunas escopetas y pistolas y los guardias de Asalto les proporcionarán, llegado el caso, unos cuantos fusiles. A la fuerza de los militares, Pradal está dispuesto a oponer la fuerza revolucionaria de los militantes socialistas y de los demás proletarios que quieran colaborar con ellos.

El gobernador don Juan Peinado Vallejo, un señorito de Ronda perteneciente a Izquierda Republicana, confía demasiado en que nada va a suceder en Almería, donde el predominio izquierdista es aplastante, la guarnición poco numerosa y los elementos de derecha que pudieran ser de acción han sido desbaratados, perseguidos o encarcelados. Cuenta con la colaboración del teniente coronel de Carabineros Isaac Llopis y con la compañía de Asalto, pero en caso de lucha armada una compañía será insuficiente; el ejército posee ametralladoras y disciplina. Para que la situación sea más desconcertante, Pradal sabe que incluso algunos militares de ideas liberales y hasta masones están dispuestos a unirse a la rebelión de Marruecos y Sevilla.

Gabriel Pradal, que junto con el diputado comunista por Córdoba (cuyo gobernador también se ha dejado sorprender) Romero Cachiñero, y otros elementos afectos, estaban reunidos con Peinado Vallejo, han abandonado la reunión cuando se han presentado de improviso a visitar al gobernador el comandante militar, Juan Huertas Topete, y el de la Guardia Civil, teniente coronel Vázquez Moscardó. ¿Qué querrán decirle al gobernador? ¿Le presentarán un ultimátum? O, por el contrario, ¿formularán nuevas protestas de lealtad al Gobierno? En cualquier caso él sabe a qué atenerse.

Un ordenanza le requiere; el señor gobernador desea hablarle. Gabriel Pradal se dirige a su despacho. Gabriel Pradal es un hombre delgado, de temperamento nervioso y enérgico, pero su carácter trata de templarlo con unas maneras corteses, mientras las circunstancias lo permitan y no exijan lo contrario.

—Amigo Pradal, tengo que hablarle de un asunto delicado. Usted es hombre ponderado y creo sabrá comprenderlo.

Observa que el gobernador se halla preocupado después de recibir la visita de los jefes militares.

—Usted me dirá…

—Tanto el teniente coronel Huertas, como el jefe de la Guardia Civil, que como usted sabe, y en contra de lo que está ocurriendo en muchas otras guarniciones, incluso en la propia Andalucía, permanecen fieles al Gobierno de la República, se muestran sumamente dolidos, indignados diría, a causa de los paisanos armados que patrullan por la ciudad. Se han enterado de que en la Casa del Pueblo se están fabricando bombas caseras… Es necesario, amigo Pradal, que usted se imponga a esas gentes y que les ordene cesar en semejante actitud, incluso le ruego que les haga regresar a sus pueblos, pues su presencia aquí, además de innecesaria,

resulta peligrosa; los militares han advertido que no están dispuestos a tolerar semejante situación.

Peinado Vallejo se le queda mirando. Pradal traga saliva; desea reportarse, contestar con mesura.

—Ese hombre ponderado, es quien precisamente ha hecho venir a los mineros, y ese hombre ponderado es quien les ha dado la orden de fabricar las bombas y mantenerse alerta. Me consta, señor gobernador, que los militares van a sublevarse; sólo esperan la oportunidad, y recibir la orden…

Barcelona

Han resuelto dar el asalto final a las Atarazanas y al edificio de Dependencias Militares.

Cautamente, por la Rambla de Santa Mónica abajo, han ido avanzando los anarcosindicalistas, a quienes corresponde la iniciativa de este ataque. Por la Puerta de la Paz forman frente, con los de la CNT, algunas fuerzas de orden público y paisanos de distintas ideologías, agrupados bajo el título de antifascistas.

Con Francisco Ascaso, que empuña una «astra» del 9 largo, en cuyo manejo es sumamente diestro, avanzan, protegiéndose con los corpulentos árboles del paseo, los miembros del Comité de Defensa Confederal: Durruti, Ortiz, Valencia, García Oliver y otros distinguidos militantes obreros: Correa, del ramo de la Construcción; Yoldi, Barón, del Sindicato Metalúrgico; García Ruiz, de los tranviarios, y sus dos hermanos Domingo y Joaquín Ascaso. En un camión, que adelanta con precaución por el centro de la Rambla, han instalado una ametralladora sobre la cabina, a la cual atienden Ricardo Sanz, Aurelio Fernández y Donoso. No son ellos solos: cientos de hombres se han puesto en movimiento, resueltos a librar la batalla definitiva; son lo más escogido de la militancia barcelonesa.

A medida que se aproximan a los edificios, el avance se hace más difícil y peligroso; los fuegos cruzados de los sublevados, parapetados en ambos fortines, les amenazan. Desde los balcones del Sindicato del Transporte y desde el Centro de Dependientes hay compañeros que hacen fuego, y en avanzadillas improvisadas durante la noche, protegidos por muebles, colchones y bobinas de papel, que han traído del periódico *Solidaridad Obrera*, militantes armados hostilizan a las fuerzas rebeldes.

Abandonan la protección de los árboles del paseo, y cruzando el arroyo continúan por la acera derecha. La calle de Santa Madrona es ancha y carece de protección; pueden batirles tanto desde Atarazanas como desde Dependencias Militares. Hacen un alto protegidos por las barracas del mercadillo de libros viejos.

Mientras Durruti, García Oliver y los demás aprietan a correr para alcanzar pronto la protección de una pared que cerca la parte del viejo edificio de las Atarazanas que ha sido derribada, Francisco Ascaso ha descubierto que desde una de las ventanas que da a la calle de Santa Madrona, frente a la de Montserrat, un tirador cubre el sector y hace puntería sobre quienes avanzan por la Rambla.

Francisco Ascaso, seguido de Correa y de algunos otros militantes, se desplaza por detrás del mercadillo de libros. Como Durruti y los demás se vuelven hacia él interrogantes, les hace señas de que se desentiendan. Es necesario que haga callar ese fusil ametrallador que dispara desde una ventana. Estudia la situación; casi frente a la ventana queda aparcado un camión. Entre el último barracón del mercadillo y el camión hay un espacio descubierto. Francisco Ascaso está convencido de que, si consigue protegerse con el camión, es capaz de introducir una bala por la ventana que queda a escasa distancia y hacer blanco en el tirador. Con pistola, nadie le gana a puntería.

Agachado, arranca a correr; repetidos impactos en el muro demuestran que el tirador fascista le ha descubierto. Necesita obrar rápidamente; madrugar. Antes de alcanzar la protección del camión apoya la rodilla en tierra, apunta y dispara. Cuando se dispone a alzarse y ganar el camión, un golpe en la frente le derriba.

Los compañeros le han visto levantar ambos brazos y caer contra el suelo, en donde queda bocabajo inmóvil.

En la amplia balconada que hay sobre el porche de Dependencias Militares ha aparecido un trapo blanco a manera de bandera. El teniente de artillería José María Colubi de Chánez, que dirige la defensa de las Atarazanas, ha comprendido que, una vez rendido el edificio de Dependencias, cualquier resistencia por su parte es inútil.

Hace treinta horas que con una sección del Regimiento de Infantería de Badajoz y dieciocho soldados de ingenieros, que ayer por la mañana le cedió de su compañía el capitán Bruses cuando se dirigía a Dependencias Militares, ha defendido los destartalados edificios de los viejos cuarteles, cuya demolición ha comenzado.

Combatido activamente, atacado por la aviación, desde esta mañana está siendo cañoneado. Si los defensores de Dependencias Militares, que con sus fuegos le protegían barriendo la Rambla, se han rendido, él con el corto número de hombres de que dispone no puede continuar la lucha. Que el movimiento ha fracasado en Barcelona se advierte por la proporción en que ha aumentado el número de enemigos, por el armamento de que disponen, por los cascos con que muchos paisanos se cubren, por las intimidaciones que se le hacen por teléfono, porque los atacantes disponen de piezas de artillería y los regimientos de artillería se habían sublevado.

La rendición que se les exige es sin condiciones; han de abandonar las armas y presentarse a la puerta; la única condición aceptada es que se hagan cargo de ellos fuerzas de orden público. A los paisanos les han causado demasiadas bajas. Hasta hace cinco minutos eran enemigos; y en el combate al enemigo se le hacen bajas.

El cigarrillo le deja en la boca un sabor amargo. La sensación que le domina es la de cansancio, una fatiga depresiva; la fatiga correspondiente a dos días enteros de tensión que han culminado en la desesperada defensa a que se han visto forzados esta mañana. Los hombres están deshechos; han combatido con coraje, con abnegación. Cuesta darse cuenta de que las

cosas han terminado así y que en los próximos minutos tendrán que afrontar una situación humillante, peligrosa y nueva.

Ayer por la mañana fue sorprendido y apresado cuando menos lo esperaba; algunos suboficiales, cabos y soldados se insubordinaron contra él y le capturaron junto con el alférez Alpiste, momentos después de haber hecho otro tanto con varios oficiales de la plana mayor de la brigada de artillería. Mientras le sacaban del edificio, disparos efectuados desde Dependencias Militares desbarataron el grupo insurgente; logró escapar y regresó al interior del edificio de las Atarazanas.

Los soldados se van reuniendo; han abandonado los fusiles; le miran como si él pudiera darles una solución. El oficial, una vez depuestas las armas, no puede hacer nada por su gente; es uno más entre ellos. No podrá defenderlos; en cuanto salgan por esa puerta habrá perdido toda autoridad, será el último, el más indigno. Le acompañan el teniente de Oficinas Militares Caldero y los sargentos Arroyuelos y Girón. Si no le miraran, si no le interrogaran sin hablarle, si no esperaran aún sus órdenes, se derrumbaría. Treinta horas de lucha son muchas horas para proclamar su inutilidad; él les ha dado órdenes, él les ha animado, él ha dirigido la más desventurada de las aventuras.

Un cabo que vigilaba asomado a una de las ventanas viene corriendo despavorido.

—Mi teniente, al salir los prisioneros de Dependencias Militares se ha armado revuelo, han sonado tiros, el populacho se arremolinaba. Algo horrible ocurre; me temo que les están linchando.

—No será tanto; hemos luchado limpiamente, deben respetarnos… Las leyes de guerra nos protegen.

Se oyen gritos que proceden del patio. Un soldado que conserva el fusil en la mano, corre hacia ellos.

—¡Los anarquistas han entrado! ¡Han saltado los muros! ¡Están dentro del patio!

El momento ha llegado; hay que afrontarlo; no por cumplir con un gesto valeroso, sino porque no queda otra salida.

—Abran las puertas. Vamos a salir… ¡Ánimo todos!

Querría dar solemnidad al momento, mantener la compostura. El griterío denota que son muchos los que les esperan. Les ve; son ellos, los paisanos mal vestidos, calzados con alpargatas, sin afeitar, empuñando de cualquier manera armas que no les pertenecen, indisciplinados, vengativos. Les reconoce: son los mismos contra quienes han disparado dos días seguidos. Los cañones de los fusiles se levantan, las pistolas apuntan. Él es el protagonista, el capitán; aprieta los puños y los dientes; se alza ligeramente sobre las puntas de los pies. El humo le nubla la vista, las detonaciones le retumban en el interior del cráneo; nota como si le empujaran con palos puntiagudos en el pecho, en las rodillas, en el vientre.

Las palabras —injurias, amenazas apresuradas, insultos— no las ha oído o no las ha escuchado: no podían herirle; se ha rendido, está desarmado y, por tanto, inmunizado contra las palabras.

—¡Viva la FAI!

—¡Viva la Anarquía!

—¡Viva la CNT!

—¡Compañeros! ¡Hemos triunfado, hemos derrotado al fascismo; el pueblo de Barcelona, los militantes obreros, hemos vencido al ejército!…

—¡Viva la República!

—Sí… ¡Viva también la República!

La lucha en Barcelona ha terminado. Dependencias Militares ha capitulado; poco después, el cuartel de Atarazanas ha sido asaltado y se ha rendido. Sudorosos, riendo, gritando, roncos, los combatientes del pueblo se abrazan unos a otros. Alzan las armas, alzan los puños, vitorean a los líderes.

Rotos, deshechos, ennegrecidos, en mangas de camisa, con las manos en alto y el susto en los ojos, rodeados de armas amenazadoras, de insultos, de pasión, caminan los prisioneros de Atarazanas. Nadie sabe adonde van; ni ellos ni quienes les conducen. García Ruiz, un tranviario, se dirige a Juan García Oliver.

—¿Qué hacemos con éstos?

Han triunfado; los pobres, los perseguidos, los que nada podían, los que tenían que vivir ocultos y acorralados, los despreciados, los de abajo, han triunfado, son los amos, acaban de demostrar su fuerza, su omnipotencia. Ni guardias civiles, ni guardias de Asalto, ni políticos, ni policía, ni nadie da aquí órdenes. Los de los uniformes orgullosos, los de las voces de mando, los de los pompones, las medallas, las charreteras y los sables, los poderosos, los arrogantes, están ahí: vencidos.

—¡Llévalos al Sindicato de Transportes y que queden presos! Veremos luego qué se decide.

Durruti ha contraído las cejas, se han abrazado, se han besado, juntando hermanados jadeo y sudor, empuñando las armas todavía calientes. A Durruti se le llenan los ojos de lágrimas. Jover guarda silencio. Querrían decir algo, la alegría ha cedido para dar un salto atrás. Francisco Ascaso, el compañero de tantos años de lucha, el compañero aún más hermanado en este larguísimo día que comenzó el viernes, un día larguísimo, alucinante, un día único en la historia, acaba de morir; no saben si murió hace un instante o hace años.

—¡Pobre Paco!

No hay que dejarse vencer por la melancolía, por el dolor, ni por la nostalgia. Sobre muertos se han abierto camino. No es hora de sentimentalismos: es hora de acción. Empieza en este momento el porvenir. Jover, Ortiz, Valencia, permanecen silenciosos.

—¡Vamos ya! —dice García Oliver—. Esto se ha acabado. ¡Hemos triunfado!

El general Aranguren, que por orden del Ministerio de la Guerra ha asumido el mando de la 4.ª Región Militar, le ha encargado que busque, por los procedimientos que sea y en donde se hallen, alimentos para los jefes y oficiales de la guarnición de Barcelona que en número difícil

de establecer, pues continuamente va en aumento, pero que no baja de los doscientos, se hallan detenidos en la Consejería de Gobernación. La mayor parte de ellos llevan más de treinta horas sin comer.

La 4.ª Región Militar no existe; desde ayer se trata de reconstruirla con los escasos elementos de que se dispone. Con el general de la Guardia Civil colaboran los coroneles Brotons y Escobar, los tenientes coroneles Lara y Suero, todos ellos de la Benemérita; el comandante de intendencia Sanz Neira, que ha tomado parte activa en la lucha contra los sublevados, el oficial de aviación Servando Meana y algunos más que se han ido presentando. El general Aranguren le ha pedido a él, primer oficial de complemento que se presentó ayer por la tarde, atendiendo al requerimiento que se hizo por radio, que se quede formando parte de este pequeño grupo, núcleo de la desorganizada 4.ª División Orgánica.

Ha conseguido un camión y que le acompañen o escolten un pelotón de soldados de intendencia. Para estar a tono con las circunstancias y evitar equívocos, se ha vestido con un mono azul, en cuyo cuello ha prendido las insignias del arma de caballería, a la cual pertenece, y se ha ceñido el correaje y la pistola reglamentarios.

La situación en la ciudad es caótica. Por todas partes detonaciones; se ignora quién inicia los disparos; se asegura que son elementos fascistas que tratan de atemorizar a la ciudad mediante el paqueo. Lo cierto es que los guardias que patrullan de manera un tanto indisciplinada y que los paisanos poderosamente armados con las armas que han sacado de los cuarteles, y principalmente del Parque de San Andrés, responden a los supuestos pacos con un volumen de fuego desordenado y desproporcionado; quizá lo hacen por el simple afán de disparar. Las calles resultan peligrosas; dominan la ciudad tipos totalmente revolucionarios, deseosos de darle gusto al gatillo, si es posible disparando contra carne humana.

Lo difícil para él es averiguar dónde puede hallar algo que puedan comer los oficiales presos; empresa difícil, pues para acabarlo de complicar en la Consejería de Gobernación no existen cocinas apropiadas, ni hay cocinero, ni orden, ni platos y cucharas para servir las raciones. A pesar de todo, debe cumplir con la orden del general, tanto por sentido de disciplina como por elementales razones de humanidad.

El mercado del Borne permanece cerrado; ni verdura, ni fruta, ni ningún género comestible; desde el sábado no han acudido los proveedores. Aparte de las dificultades que pudiese acarrear su condimentación, no puede pensarse en carne ni en pescado; el matadero ha permanecido inactivo y los pescadores de la Barceloneta no han salido al mar; en cuanto a los camiones que llegan del Cantábrico no lo han hecho, dadas las condiciones en que se encuentra España entera. Algunas tiendas de comestibles han abierto sus puertas por la mañana; han despachado poco y casi exclusivamente a sus parroquianos. Como se han producido algunos saqueos por parte de elementos armados e incontrolados, que se han convertido en amos de la ciudad, los comerciantes se han apresurado a cerrar, o se han quedado sin género. Los panaderos no han hecho hornada en los dos últimos días; si alguno se ha decidido a trabajar será con ánimo de atender a su clientela y habrá agotado las existencias.

Mientras, a la buena de Dios, sentado junto al chófer que conduce el camión, por si descubre algo, alguna idea útil le acude a la cabeza, o tropieza con quien pueda orientarle,

pasea por esta ciudad que es la suya y que le parece desconocida. Si alguien circula por las calles desiertas lo hace atemorizado, con las manos en alto y un pañuelo blanco colgando de una de ellas. Por contraste, otras calles están invadidas por los habitantes de los suburbios, mujeres desgreñadas, hombres descamisados con fusiles o pistolas que visten absurdas prendas militares, exhibidas más a manera de trofeos que como signos de uniforme. Circulan automóviles requisados o camiones, cubiertos con colchones a guisa de elemental blindaje, con arrogante y amenazadora exhibición de toda clase de armas, apuntando a los balcones, en cuyas barandas han colgado trapos blancos de significado un tanto ambiguo. Las iglesias, los conventos, los oratorios, salvo contadas excepciones, arden. Muchas calles están interrumpidas por barricadas de adoquines; montan guardia paisanos que exigen la documentación a los escasos viandantes, a quienes dirigen preguntas que denotan, más que prudencia vigilante, desconfianza. Cables del tranvía caídos, edificios cañoneados, banderas rojas y negras, letreros de CNT-FAI, POUM, escritos a brochazos; banderas catalanas y republicanas las hay en los edificios oficiales; parece que cuelgan flácidas, languideciendo con timidez, sumergidas por la ola revolucionaria que domina la calle.

En la plaza de Cataluña, en la calle Diputación y en otros lugares, cadáveres de caballos y mulos comienzan a pudrirse bajo el violento sol. En la ciudad huele a humo, a sangre y a muerte.

Descubre unos grupos de personas, entre las cuales bastantes mujeres, que saquean unos importantes almacenes establecidos junto a la plaza de Cataluña. En la acera, varios autos aparcados; hombres armados aparecen con máquinas fotográficas, artículos sanitarios o del hogar, embutidos, latas de conserva, botellas de champaña, géneros de perfumería y muy diversos objetos. Recuerda que en estos almacenes existe una bien surtida sección de comestibles; manda detenerse el camión. Las puertas metálicas han sido reventadas. Los saqueadores ni advierten su presencia o no les preocupa. Ha de tomar una resolución y tratar de imponer un mínimo de orden y de respeto; ni siquiera la revolución puede significar el saqueo y el despojo en beneficio personal de nadie.

—¡Muchachos, atentos! Hemos de expulsar a toda esta gente; por las buenas o por las malas.

Con ademán decidido va contra uno que sale por la puerta del establecimiento con una caja de pastillas de jabón y le detiene por el brazo.

—¿Quién te autoriza a llevarte esto?

—¡Suéltame! Aquí no manda nadie, y tú menos.

Dos soldados acuden en auxilio del teniente y arrebatan la caja al díscolo. Una pareja, apuntando con el fusil, se aproxima al automóvil.

—¡Largo de aquí!

Seguido de los soldados se mete en el interior. Mujeres encaramadas en el mostrador se apoderan de máquinas fotográficas de una estantería alta, que desvalijan por completo.

—¡Todo el mundo fuera de aquí!

Los soldados comienzan a expulsar violentamente a los saqueadores. Algunos protestan y se resisten; uno de ellos, amenazador, les planta cara. El cabo, que es un veterano madurado a

fuerza de reenganches, le larga un culatazo; el otro hace ademán de sacar la pistola. Él mismo le detiene el brazo mientras el cabo le pega un segundo culatazo. Gritan las mujeres, les califican de fascistas y les lanzan otros insultos que no escuchan.

—Como alguien se resista, le pego aquí mismo un tiro. Esto es un robo, y ¡se acabó!

Los soldados empujan a los que se niegan a abandonar el local, se producen choques que se resuelven a golpes. Escapan con los objetos que tenían en la mano, y otros, al escapar, agarran de paso cualquier cosa: un cubo, un farol, una herramienta.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Un hombre con gafas de concha, de mediana edad, que no lleva corbata porque se ha despojado de ella para disimular su condición mesocrática, se adelanta hacia él. Está sudando, desconsolado, con el rostro descompuesto por el miedo y el sufrimiento.

—Gracias, señor teniente. Esos desalmados se lo llevaban todo. Soy uno de los encargados de esta casa; he acudido tan pronto como ha acabado la lucha para comprobar si el establecimiento estaba en orden. ¡Ya ve lo que me ha ocurrido! Pistola en mano me han amenazado. Que desde ahora imperarán en la ciudad los métodos revolucionarios, me decían, y hasta me han levantado la mano porque un servidor protestaba.

—Ve usted que mientras nos sea posible lo evitaremos.

—Pero dígame, teniente: ¿quiénes son ustedes, a qué bando…?

—Pertenecemos al ejército de la República…

—¡Ah! Es que, verá usted, hay tanta confusión que, la verdad, uno no entiende…

—Quiero advertirle que la misión que me trae, además de poner orden cuando sea preciso, es conseguir suministro para los militares que están prisioneros y que no han comido desde ayer o anteayer…

—Lo que usted mande; puede disponer, no faltaba más. Tenemos garbanzos, alubias, pasta…

—Por el momento no podré pagarle. Haremos una lista por duplicado, se la firmaré y en el momento oportuno se les avisará a dónde deben pasar a percibir el importe… Todo anda un poco desorganizado; lo principal y urgente es dar de comer a esos hombres.

—Como usted diga; en las circunstancias por que atravesamos debemos contribuir…

—Necesito otro tipo de alimentos que no requieran ser cocinados; algo así como galletas, miel, conservas…

—De todo eso tenemos, teniente. Venga conmigo.

Ayudados por el encargado de los almacenes, los soldados van metiendo en sacos cajas de galletas, botes de mermelada, latas de melocotón en almíbar, tarros de miel, salchichones, sardinas en aceite, espárragos en conserva.

—Será una comida un tanto extraña, pero creo que mejor es esto que nada. No hallo manera de hacer un verdadero rancho.

—El género de la casa es de buena calidad, teniente; ha de gustarles a esos señores.

Barcelona: Los capitar arriba), Fernando Lizcano de la Rosa (izquierda arriba) y el comandante José López-Amor (izquierda parte activa en la preparación del movimiento en Barcelona.

Los soldados licenciados desfilan por delante de la Generalidad.

Barcelona: Después de la toma de Capitanía desfile por la calle Ancha.

El viejo edificio de las Atarazanas, último reducto de la sublevación, fue asaltado por anarcosindicalistas en la mañana del 20. Frente a sus muros cayó muerto Francisco Ascaso, miembro del Comité de Defensa Confederal.

Altavoces en la Rambla dan noticias del resto de España.

Al día siguiente de terminar la lucha se formó el Comité de Milicias. Tres días después salió la primera columna confederal para Zaragoza.

En el crucero *Sánchez Barcáiztegui*, como en otros buques de la Escuadra, subalternos y marinería se amotinaron contra sus jefes partidarios del movimiento militar.

Marinería de un torpedero.

Bilbao

El Frente Popular de Vizcaya, de mi mando, con la colaboración del Partido Nacionalista Vasco y Solidaridad de Trabajadores Vascos, ha iniciado también la organización…

Los cuatro se han inclinado sobre el aparato de radio, mientras Antón corre por el pasillo hacia las habitaciones del fondo.

—¡Josechu, ven! El gobernador está hablando…

Una voz soñolienta le contesta desde una de las alcobas.

—¡Que se vaya a la porra! ¡Es un fanfa!

—Hablará algo de la columna que salió ayer…

—Ya me contarás lo que diga: ¡Embustes!

… de la primera columna, que en la noche de ayer salió al límite de la provincia y conjuntamente con la que sale en estos momentos de Éibar y San Sebastián, al mando de fuerzas de Asalto y Guardia Civil y otros leales, formada por voluntarios al servicio de la República, entrarán en. Vitoria en la noche de hoy…

—Sí, hombre, te creemos —exclama Elorrieta con soma.

Zugasti, con ambos codos apoyados en las rodillas y los puños cerrados bajo el mentón, menea ambas pantorrillas y el movimiento se comunica al resto del cuerpo.

—¡Quién sabe! No me gusta esto…

El Gobierno está dispuesto a yugular el movimiento y castigar severamente a los desleales y traidores a la República. Ahora, voluntarios al servicio del Gobierno legalmente constituido, atended lo que el Frente Popular, bajo mi mando, ordena…

—Este tío es un piernas…

Josechu, en mangas de camisa y con el pelo revuelto, se aproxima al aparato de radio. Viene ajustándose el cinturón, del cual cuelga la funda de cuero de la pistola.

A las cuatro de la tarde, los voluntarios con armas largas rayadas estarán concentrados en el edificio del distrito. Los ciudadanos armados con armas cortas o largas sin rayar se presentarán en sus respectivos centros, a fin de recibir instrucciones y estar en todo momento a disposición del gobernador civil…

Estira el dedo medio de la mano derecha mientras contrae el anular y el índice y sacude la mano frente al aparato; los demás se ríen.

… y el incumplimiento de estas órdenes significa el inmediato desarme del desobediente e incluso su prisión. Los servicios de transportes, al objeto de regularizar todos los coches requisados, se presentarán en el Gobierno civil, con la advertencia de que queda prohibida la circulación de aquellos coches requisados que no tengan el volante necesario…

Un sonoro bostezo les hace volverse hacia Zugasti, que se estira ostensiblemente sobre uno de los sillones.

—¡Calla, que no nos dejas escuchar!…

—Estoy que no me tengo en pie. Esto se ha ido a hacer gárgaras. ¡Ojalá que no nos avisen ahora!

El timbre del teléfono está sonando en el despacho contiguo. El ruido de la radio ha hecho que no lo advirtieran; debe sonar hace un instante. Josechu corre hacia el aparato; los demás se miran interrogantes y temerosos. Antón, el de Durango, se dirige maliciosamente a Manolo Zugasti.

—No me extrañaría que fuese la orden de concentración…

—¡Mal momento habrán elegido! Han instalado ametralladoras en los edificios públicos, patrullan por las calles, disponen de armamento.

> … que entreguen víveres en el Ayuntamiento y en la Diputación, que son los puntos donde se atiende al avituallamiento de las columnas que se formen…

Con el auricular apretado, Josechu Arana mira impaciente por la ventana: tras los chubascos de ayer noche, el día vuelve a estar claro. La voz desconocida de un hombre que parece mayor ha preguntado por él.

—… no puedo decirle más, ni quién soy; le advierto que antes de diez minutos se presentarán en su casa a detenerle. ¡Escape inmediatamente! Y, lo más rápidamente que pueda, destruya cualquier papel o documento de compromiso que tenga. Imposible añadir nada más. ¡Suerte, amigo!

Han colgado el aparato. Palpa la pistola que lleva en el costado derecho; le correspondió entre las que distribuía Ignacio Olañeta, de Ermúa. Nubes blancas desfilan por el cielo. En su casa están concentrados cinco compañeros del requeté, esperando la orden de presentarse en los cuarteles; la orden debe proceder del mando, concretamente de Pedro María de Gaviria, su jefe. Llevan treinta y tantas horas esperándola.

Por la puerta de la sala, que ha quedado entreabierta, penetra la voz del gobernador de Vizcaya, señor Echevarría Novoa.

> … lugares ya mencionados. Y nada más por ahora. ¡Gora Euzkadi! ¡Viva la República! ¡Viva el Gobierno legítimo!

Madrid

Con su hermana Rosa cogida al brazo caminan despacio hacia la salida entre una doble fila de cadáveres de los muchos que están expuestos en el depósito judicial. Apenas una hora habría transcurrido desde que el teniente Orad, rendido por el cansancio, se había acostado cuando han telefoneado para comunicarle que su hermano Manuel, ingeniero del Canal de Isabel II, y Jorge, su hijo, han sido muertos de un cañonazo en Carabanchel mientras atacaban

los cuarteles. Su sobrino pertenecía a las Juventudes Socialistas, tenía quince años; su hermano Manuel militaba en el Partido Socialista.

Acaban de pasar por el dolorosísimo trance de la identificación; se encaminan a las oficinas del hospital para enterarse de qué providencias deben ser tomadas para el entierro y evitar que en la confusión del momento sean arrojados a la fosa común. El olor es irrespirable; está casi mareado. Prescindiendo de la aflicción personal, el espectáculo resulta espeluznante y desolador. Los cadáveres se amontonan en todos los lugares; como no se dispone de espacio suficiente, les han distribuido en camillas o colocado en el suelo, tirados en las más diversas posturas, que de no ser trágicas resultarían grotescas; los hay con heridas, con mutilaciones, con expresiones en el rostro que van desde el espanto hasta la risa. El calor agrava lo agobiante y doloroso del lugar.

Se detiene ante un militar con la guerrera desabrochada y un tiro en mitad del cuello, los pies abiertos en postura antirreglamentaria de dejadez y abandono. Juntos estudiaron en la Academia de Segovia; era bromista, risueño, bebedor, buen artillero. Estaba destinado en Carabanchel.

A su hermana, que se le ha adelantado, se le acerca una muchacha bien vestida, con el rostro dolorido y asustado.

—Usted perdone. Sabe…, ¿sabe si los del cuartel de la Montaña están…?

—Hacia allí; había muchos, mi hermano me lo ha dicho…

La muchacha le mira. En el mono, insignias y correaje descubren su condición de militar antifascista. Vuelve a hablarle a la hermana.

—Es que yo… me refiero… a los otros.

—Aquí están reunidos. No deseo ser indiscreta, pero ¿a quién busca?

—A mi hermano.

—¿Militar?

La muchacha niega con la cabeza; luego, como si tratara de que él no lo oyera, exclama, bajando la voz:

—Paisano… falangista…

Rosa coge a la muchacha suavemente por el brazo. Él no acierta a comprender qué actitud debe adoptar. Lo que ocurre es alucinante, una situación totalmente inesperada; no existen reglas ni legales ni morales para comportarse con lógica, serenidad y equidad.

—¡Estoy tan desconcertada! Mi madre quería venir cuando se ha enterado de la desgracia; no se lo he permitido. Esto es espantoso; no lo resistiría. Yo estoy a punto de marearme.

—Si quiere, la acompaño.

También desearía acompañar él a esta muchacha que le mira con recelo, pero sin rencor, quizá porque no le conoce. Siente deseos de acompañarla, le duele pensar que el hermano de esta muchacha haya muerto precisamente a causa de un proyectil de artillería.

—¿Y por qué cree usted que su hermano pueda estar aquí?

—No sé si hago bien contándoselo… Los guardias civiles que llevaban detenido a mi primo le han permitido telefonearnos y nos ha dicho… que seguramente le encontraríamos aquí.

La muchacha comienza a llorar; su hermana Rosa trata de consolarla y a su vez llora.

—Acompáñala, Rosa; yo te espero ahí fuera.

Da media vuelta y se aleja hacia la puerta. Unas mujeres obreras acaban de reconocer a un muchacho que tiene el cráneo deshecho y la masa encefálica sobre el mármol de la mesa. Se abrazan a las piernas, lo mueven, lo tocan, dan terribles alaridos.

Fuera, unos mozos cubiertos con blusas claras, sucias como las de los matarifes municipales, sacan en angarillas ataúdes de madera sin pintar y los van cargando en un camión. Veinte, treinta, cuarenta; muchos. Cuidadosamente los apilan para trasladarlos al cementerio; el calor en Madrid es excesivo y comienzan a descomponerse. Se da primacía a los identificados o a aquéllos que por estar demasiado mutilados no es fácil que lleguen a serlo, que además se hallan más expuestos a una rápida descomposición. Y otra razón decisiva: falta espacio.

Recuerda a su hermano, a su sobrino; anteayer hablaron por teléfono comentando la situación. Parece imposible, como si estuviera ocurriendo en un plano irreal, en una pantalla cinematográfica. ¿Siente con bastante intensidad la muerte de su hermano? ¿O están embrutecidos, con los mejores sentimientos anestesiados, sonámbulos?

Un algodón sanguinolento le cubre la boca y las narices. Ella no se atreve a levantarlo, sospecha que bajo ese algodón debe abrirse un espantoso hueco: la herida mortal. Retirar el algodón no la ayudaría a identificarle. La frente muy blanca y el nacimiento del pelo le recuerda a Mariano, pero el cabello de este hombre, que lleva cinco minutos examinando, ha perdido su calidad, parece una peluca; imposible reconocerlo, aunque sea de color castaño como el de Mariano. Revisa unos zurcidos de la camisa; podrían ser hechos por ella. Las manos aparecen engarfiadas y ennegrecidas. La parte alta de los pómulos que quedan al descubierto y los párpados están tumefactos, desfigurados; nada le dicen. Representa ser algo más bajo que Mariano, pero echado sobre esta mesa de mármol resulta difícil comparar estaturas. Las alpargatas son todas semejantes y están manchadas de sangre.

Varias horas lleva buscando a su marido. Anteanoche estaba cenando mientras ella cosía. Con sacrificios han comprado una radio a plazos. Daban discursos y discursos y órdenes del Gobierno y de los sindicatos y noticias de la sublevación. Entonces se puso a hablar una mujer a quien llaman La Pasionaria. Mariano terminó de cenar, se levantó y dijo que iba a presentarse a la Casa del Pueblo. No apareció en casa hasta la madrugada. Ayer por la tarde vinieron a buscarle su cuñado y un amigo a quien ella no conoce. Tuvieron una pequeña discusión porque ella no quería que se marchara. Se fue enfadado y ni siquiera se despidieron.

A media mañana, Ginés, el tabernero, ha subido y ha llamado a la puerta. Ha presentido inmediatamente la mala noticia. Ginés retorcía el delantal de rayas verdes y negras y se expresaba con torpeza. Ha empezado a contarle que unos compañeros habían avisado para que le advirtiera a ella que a Mariano le habían malherido y que seguramente lo encontraría en el hospital de San Carlos. Ella le ha preguntado si no sería que estaba muerto, pero Ginés ha contestado que no, que el que telefoneaba ha dicho que grave sí lo estaba, pero no muerto; y que había ocurrido en el paseo de Rosales.

Ha tenido que venir a pie; no circulan tranvías. Caminaba sin prestar atención a los disparos; en la plaza de Antón Martín unos hombres la han agarrado del brazo y la han metido en un portal. Han empezado a requebrarla, pero cuando les ha dicho que buscaba a su marido han detenido un automóvil y han hecho que la trajeran hasta el hospital.

Todos los obreros usan pantalones parecidos de mahón azul, pero ella los examina cuidadosamente. Mientras lo hace observa que en una de las perneras, por el lado contrario al que ella ocupa, junto al cadáver de un hombre grueso que tiene tres agujeros en el pecho y una medalla al cuello ennegrecida por el sudor, descubre un trozo de papel prendido con un imperdible. Con dificultad, porque no lee muy bien y está escrito con apresuramiento, deletrea un nombre: Cipriano García Revuelta. No es, pues, Mariano; no es, pues, su marido.

Continúa la búsqueda; uno a uno va mirándolos; le fascinan, le horrorizan, pero no puede dejar de contemplarlos y sabe que las imágenes se le quedarán fijas como si en el interior de la cabeza llevara una máquina fotográfica. Un soldado, con el pelo negro y rizado, se agarra con ambas manos crispadas los lados de la camisa; una herida enorme con los bordes quemados se abre en mitad del pecho; se fija en los pantalones de soldado con su hilera de botones en las polainas; le han quitado las botas. Los ojos están demasiado abiertos, parecen de cristal apagado. Más allá, un hombre que podría haber sido comerciante o sacerdote aparece totalmente desnudo. El rostro tumefacto, azulenco, y una herida profunda en el cuello con la sangre reseca en los bordes. En el vientre obeso, tres incisiones, más profundas y amoratadas; la carne blancuzca se abre como si fuesen labios; las partes se las han cubierto con un enorme algodón; las piernas ligeramente abiertas, fláccidas.

Ha recorrido las salas del hospital en medio del mayor desorden. Todas las camas están ocupadas, hay heridos en el suelo, algunos sobre una manta, otros en camillas; en el patio, un soldado sangrando pedía agua a gritos. Ni médicos ni enfermeras podían atenderle; andaban afanados, enloquecidos. Ha encontrado a un vecino del barrio con quien nunca había hablado; llevaba la cabeza vendada y estaba muy pálido sentado en una silla. Le ha reconocido porque su madre se hallaba sentada junto a él. Al preguntarle por Mariano no le recordaba; repetía monótonamente: «¡Ha sido un estrago, un estrago!». Interrogaba a las Hermanas de la Caridad; de una sala la mandaban a otra. Le han dicho que pudieran haberle conducido al hospital nuevo o a un sanatorio particular. Más de una hora ha pasado vagando de un lugar a otro cuando un señor bien trajeado, después de que ella le ha explicado lo sucedido, con muchos miramientos le ha recomendado que bajara al depósito, porque le ha advertido que están llevándose rápidamente cadáveres al cementerio y que los irán enterrando en la fosa común sin ceremonia.

No se detiene ante los que tienen colocado el letrerillo: ésos se sabe ya quiénes son. A muchos no pueden identificarlos a causa del cráneo destrozado o el rostro deshecho. Uno tiene una mancha roja oscura e informe en el hombro y le falta el brazo entero. Otro está casi partido por la mitad; su carne es de un blanco de sábana, pero en el rostro la expresión parece de reposo. Obreros, militares, guardias, niños, mujeres que parecen impúdicas a causa de las posturas, por el abandono de los cuerpos tumbados, por la posición de las piernas; están todos alineados o amontonados.

Sigue revisando una de las hileras. Dos señoras jóvenes lloran junto al cadáver de un muchacho bien peinado, de manos finas, en mangas de camisa y pantalones de soldado; tres diminutos agujeros le atraviesan el pecho. La más joven de las señoras, que es la que aparece más confundida, le besa desesperadamente la frente. Puede ser su hermana o su novia. Para pasar junto a ellas tiene que retirarse hacia atrás y roza con la espalda las botas de un militar calvo, con el cuerpo curvado y una hendidura en la frente, la guerrera desgarrada y muchas heridas por el pecho y el vientre. La mandíbula rota, colgando, le da una expresión inquietante que la obliga a apartar la vista.

Aquí no está Mariano, ninguno de éstos es Mariano. Quizá no haya muerto, quizás esté grave en algún hospital, en otro lugar cualquiera. Ella le buscará; no sabe dónde.

Ante la puerta pasea un oficial joven, moreno, vestido con un mono azul, en cuya manga hay cosidas dos estrellas; en el cuello, las bombas de la Artillería. Parece distraído, pensativo o triste. Se acerca a él; debe de ser uno de los militares que han luchado en defensa de la República; lo conoce porque viste el mono y porque, si no fuese así, estaría preso.

—Perdone, busco a mi marido. ¿Usted sabe dónde puedo hallarlo? En el hospital no lo encuentro y nadie me sabe dar cuenta de él. Pero aquí abajo tampoco lo he encontrado. He mirado a todos, uno por uno…

El militar la mira con ojos compasivos; bajo los ojos tiene dos ojeras azules, profundas, dolorosas. Le apoya una mano en el hombro; ella no hubiese tolerado que ningún hombre le apoyara la mano en el hombro, pero este militar le inspira confianza; se abandona a él.

—Venga conmigo a las oficinas, buscaremos a alguien que pueda informarnos. Aquí se ha formado mucho desconcierto.

—Me dijeron que estaba gravo; puede ser que aún esté vivo.

—¡Claro que lo estará! ¿Por qué no iba a estarlo? Las heridas, aun las más graves, se curan. Vamos a ver si nos informan.

—Es que nadie me ha sabido dar razón.

—A mí me harán más caso. Ya lo verá usted. Yo también tengo que hacer preguntas; hemos de averiguar qué debemos hacer para enterrar a mi hermano y a mi sobrino, que están ahí dentro.

El despacho del ministro de la Guerra, general Castelló, está silencioso. Los balcones que dan sobre el jardín permanecen entornados; a pesar de ello, la luz es violenta. Hace mucho calor en estas primeras horas de la tarde. El general Riquelme recuerda que dos días atrás estuvo en este mismo despacho con Casares Quiroga; hace sólo dos días, podría hacer mucho más tiempo, si bien desde entonces ha dormido, o dormitado, breves horas.

—Pase, Riquelme; me alegro de que haya venido. No podemos tomarnos ni un minuto de descanso; los sucesos se encadenan y debemos acudir a todas partes con diligencia.

El general Castelló tiene la frente surcada de arrugas, la cabeza calva, el mirar inquieto.

—Me han comunicado que quería verme…

—Siéntese; no gaste cumplidos. Le explicaré en un momento. Necesitamos multiplicarnos, atender a todo, y no disponemos de gente. El ejército está triturado; hemos de reconstruirlo como sea y mantener la iniciativa, a pesar del recelo con que se nos mira por determinados sectores políticos y por parte de quienes deberían apoyamos.

El general Riquelme agradece la blandura del sillón en que se hunde. El cuerpo descansa; ha de esforzarse por mantener lúcida la cabeza. La molicie y el calor invitan al sueño. Endereza la espalda para no adormilarse.

—Andamos mal de municiones y, por otra parte, las noticias que nos llegan de Toledo son alarmantes. Desde ayer se está insistiendo cerca del comandante militar de la plaza, coronel Moscardó, para que nos envíe la mayor cantidad de municiones de la fábrica de armas y de los talleres de recarga. Sin negarse abiertamente a cumplir la orden, se resiste. Por su parte, Pozas se muestra inquieto por la situación de Toledo. El gobernador civil parece que no demuestra suficiente energía y hay dificultades políticas en la ciudad. Anteayer se produjo un choque en pleno Zocodover entre guardias civiles y paisanos armados; tres guardias resultaron heridos y seis paisanos muertos. También a Gobernación han llegado noticias de que los guardias civiles de los puestos de la provincia se están concentrando en la capital; y del Ministerio no ha partido orden en tal sentido.

—En una palabra: que se teme que Toledo esté a punto de sublevarse…

—O que esté ya sublevado. Anoche, desde aquí mismo, telefoneó Hernández Sarabia al coronel Moscardó y volvió a exigirle el envío de las municiones, a lo que contestó con nuevas evasivas y dilaciones. Como usted sabe, Toledo es ciudad de fácil defensa y, a pesar de que la guarnición es escasa, pueden incorporársele los guardias, personas de derechas y fascistas. Sarabia se dirigió entonces al coronel Hernández Soto, de la fábrica de armas, y le mandó que requisara los camiones necesarios y que enviara para aquí la munición custodiada por doscientos guardias civiles. Con eso no solamente dispondremos de abundante cartuchería, sino que les privamos a ellos de munición y de posibles auxiliares si decidieran sublevarse. Ni las municiones han llegado ni tenemos noticias de que estén en camino.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Organizar una columna y estar dispuesto para marchar sobre Toledo en caso de que el comandante militar no modifique inmediatamente su actitud…

—¿De qué fuerzas puedo disponer?

—De las que usted consiga, Riquelme. Conoce tan bien como yo la situación en que nos hallamos. Déjenos usted en Madrid suficientes guardias para mantener el orden público, que está seriamente amenazado; reúna unos centenares de milicianos, si puede ser encuadrados por mandos leales; movilice los restos del Batallón de Ferrocarriles, busque camiones, llévese medio centenar de guardias civiles. Llegado el caso, procuraríamos conseguir que la aviación lo apoyara.

—La gente está exhausta, pero lo intentaré.

—Tendrá usted todo el apoyo que necesite y le pueda ser prestado por parte del Ministerio de la Guerra. Es posible, y así lo deseo, que no sea necesario entrar en combate; las noticias de

Madrid y el anuncio de que sale una columna contra Toledo pueden hacer entrar en razón al coronel Moscardó y a los que le secundan.

El general Riquelme se pone en pie. Buscará la manera de reunir fuerzas, hombres, armamento, intendencia; no va a resultar sencillo. El coronel Mangada ha empezado a organizar una columna para dirigirse a la Sierra y cortarles el paso a los facciosos que vienen de Castilla al mando del general Mola en persona. Madrid puede ofrecer hombres y entusiasmo; no organización ni efectivos suficientes.

—A sus órdenes. Voy a ponerme en campaña; le informaré de lo que consigo.

—A las suyas, Riquelme. Confío en que me resolverá la papeleta de Toledo.

En esta calle poco concurrida ha encontrado abierto un café. Los cierres metálicos estaban a medio echar; sirven un camarero y el dueño, que atiende a la cafetera exprés y a la caja.

Escasea el público; una pareja de enamorados de edad madura se arrulla con las manos cogidas y se besan con disimulo cuando suponen que nadie los ve; un hombre sin corbata, con expresión de susto, que observa a los demás con desconfianza y fuma sin descanso, y una mesa ocupada por un señor con chalina, con la pluma estilográfica en la mano y las cuartillas ante él. El camarero, cuando no sirve, se queda a darle conversación. En el extremo opuesto, una dama pintarrajeada, con el pelo teñido, las piernas cruzadas, que parece suripanta venida a menos desde antiguos esplendores, lee los periódicos del sábado, como si nada importante hubiese sucedido desde entonces.

Elige una mesa cercana a la que ocupa el escritor de la chalina; está más próxima a la calle y corre un leve viento que alivia del calor. El camarero le sirve un café con leche; se observa el calzado: está sucio.

—¿Anda por ahí el limpia?

—Señor; el limpiabotas de la casa está luchando por la causa del pueblo…

El camarero, de unos cincuenta años, tieso, calvo, flaco, con el cuello de la camisa bastante sucio y el lacillo negro caído, se expresa con seriedad, pero cree percibir un tono de burlona ironía en su palabra y actitud.

—¡Gran pueblo el de Madrid! Gran pueblo éste en que hasta los limpiabotas truecan el cepillo de sus humillaciones por el fusil, que les devuelve el pleno sentido de su dignidad —exclama el de la chalina.

—Lleva usted razón, don Luis —dice con prosopopeya el camarero.

—El pueblo de Madrid está dando al mundo un altísimo ejemplo, sólo comparable al de los ciudadanos de París cuando la toma de la Bastilla, o a los obreros y soldados de San Petersburgo…

Se cree obligado a intervenir; republicano de toda la vida como es, no desearía que le tomaran ahora por un carca.

—Usted me disculpará, señor; pero Madrid ha sido siempre un pueblo heroico; lo demostró el Dos de Mayo cuando hizo morder el polvo a la caballería de Murat, a los mamelucos, que se creían invencibles.

Entre ambos se interpone el camarero, que tercia en la conversación.

—Tiene usted pero que mucha razón. El pueblo de Madrid es invencible. A pecho descubierto, el 14 de abril proclama la República y con las armas en la mano derrota a los cincuenta mil hombres de la guarnición.

—¡Hombre! ¡Cincuenta mil! No serían tantos; pero muchos sí eran.

Ante la puerta, un automóvil da un frenazo violento. Las portezuelas se abren; descienden siete hombres armados. Entran precipitadamente en el café y se alinean ante el mostrador.

—¡Eh, tú! ¡Ponnos unas cañas de cerveza!

Uno de ellos usa canana y un revólver al cinto, como en las películas del Oeste; otro, con pañuelo rojo al cuello y gorra torcida a la manera de los antiguos organilleros, empuña un fusil ametrallador pequeño. Los demás van con fusiles o pistolas.

—¡Anda, tú, que llevamos prisa!

Les miran con miedo, salvo el poeta, que les contempla con orgullo, y el camarero, que lo hace con severidad, con la boca contraída, avanzando el labio inferior, que le tiembla.

El cliente de la actitud medrosa se levanta con precipitación y se dirige hacia los servicios; al hacerlo tropieza con una silla.

Los del automóvil hablan a voces, turbando la tranquilidad de este café de barrio.

—Tenemos que dar con ese coche; el tío niega, pero estoy seguro que lo guarda escondido. Le he dado así, un revés; pero jura que lo dejó metido en el garaje.

—Es que si disponemos de otro coche iremos más cómodos y cumpliremos mejor nuestro cometido.

—Hay que registrar casa por casa. Fascistas emboscados son los que disparan. Nada de miramientos con ellos; y, sobre todo, nada de entregarles a la policía. Les encerramos y, por la noche, les llevamos a dar un paseo.

No comprende bien el sentido de la frase; pero la actitud de estos hombres le espanta y desagrada. Recuerda que a su casa ha venido a esconderse su sobrino, afiliado a Falange Española, a quien la policía persigue. Si estos hombres le encuentran, algo grave les ocurriría a todos. Y estos hombres van haciendo registros por las casas. Su sobrino ha quedado durmiendo la siesta porque no se atreve a salir a la calle; él ha aprovechado para venirse a tomar un café: en casa pega demasiado el calor. Su hija Jacinta se ha quedado también a escuchar la radio; conoce el aparato y consigue captar noticias de distintas emisoras que ni sabía que existieran. A sus hijos no les ve desde la madrugada, en que se han marchado; a sus hijos no les resulta simpático el primo fascista y Jacinta tampoco le puede tragar; durante el almuerzo ni le ha dirigido la palabra. Este chico tendrá que buscar la manera de ausentarse de Madrid por algún tiempo; en una casa como la suya puede convertirse en un peligro.

—¿Cuánto se debe, camarada?

El dueño les mira por encima de sus gafas; está pálido y los labios le tiemblan al hablar.

—Nada, camaradas; la casa se complace en invitarles.

—Gracias, y ¡salud!

—¡Salud!

Salen levantando el puño; uno de ellos, después de saludar, se limpia la espuma de la cerveza con el dorso.

—¡He aquí los salvadores de Madrid, los verdaderos héroes de la jornada, la flor y nata del pueblo español! —exclama el camarero.

El señor que escribe en la mesa observa al camarero con desconfianza, pero el otro permanece imperturbable. Hace una leve afirmación con la cabeza, se inhibe de los demás y continúa escribiendo sobre las cuartillas.

Mirando hacia el mostrador y la puerta con desconfianza sale de los servicios el hombre que no usa corbata.

El coche arranca precipitadamente; los estampidos del escape de gases se pierden a lo lejos.

La suripanta pintarrajeada, que luce en el cuello y en los dedos joyas de bisutería chillona, requiere al camarero con desmayado ademán.

—¿Tienen el *ABC*?

—Doña Anita, el *ABC* es un diario faccioso; en esta casa jamás ha tenido entrada y, si la tuvo, desde hoy no la tendrá más.

En el mostrador, el dueño se sirve una copa de coñac y se la bebe de un trago.

De buena gana regresaría a su casa, porque la ciudad presenta un aspecto desagradable; no puede andarse por la calle sin peligro, debido a los tiroteos que hay por todos sitios. Pero aquí, en esta semipenumbra, se está fresco, y en su casa el sobrino estará durmiendo la siesta, y con su hija tampoco podrá hablar porque nunca le hace caso. Sus hijos acudirán a la hora que les dé la gana, y tampoco le prestan atención. Desde que murió su esposa se encuentra solo. Lo que ocurre desde ayer le inquieta y desazona; le asusta. Él ha sido siempre republicano, pero ama el orden, la compostura, la justicia y que cada cual se mantenga en el lugar que le corresponde. Políticamente simpatiza con don Melquíades Álvarez. ¿Qué pensará don Melquíades de cuanto está ocurriendo en Madrid?

Ha tomado un café puro para no abandonarse al sueño. Desea dejar terminadas «las coplas del día» para acostarse tranquilo. Pasada la medianoche se presentará en la redacción de *La Libertad*; allí se informará de las noticias y entregará las «coplas» al director. Mañana, sus rimas causarán efecto; le han salido bordadas. Madrid entero está pendiente de sus coplas, que glosan la actualidad con sentido popular, no exento de belleza. Es el poeta del pueblo, porque está junto a él; no es de esos pelmazos vanguardistas que se titulan poetas del pueblo y sólo son leídos por cuatro amigotes que ni les entienden, porque además no tienen nada que entender: no dicen más que bobadas.

Con algunas correcciones, el poema puede darse por terminado. Lo repasa con complacencia. De buena gana lo leería en voz alta a este caballero que ha dicho, y con acierto, que el pueblo madrileño había derrotado a la caballería de Murat como hoy ha vencido a los facciosos del cuartel de la Montaña, situado en el mismo lugar en que los franceses fusilaron a los patriotas, la Montaña del Príncipe Pío, inmortalizada en su célebre cuadro por el genial pintor demócrata don Francisco Goya. Trata de establecer un paralelo mental, pero fracasa. En

rigor, no puede afirmarse que los soldados de Napoleón representaran al oscurantismo y la reacción, ni que los patriotas madrileños defendieran la Libertad, tal como modernamente se interpreta; lo que defendieron, más bien, fue a los infantes de la Casa de Borbón… Mejor no «meneallo»; aunque, sea cual sea la verdad histórica, los soldados napoleónicos parecen encarnar el más detestable espíritu reaccionario, por lo menos en el cuadro del Museo del Prado.

A esa suripanta de las joyas falsas no le leería sus poemas; acaba de pedir el *ABC*, periodicucho que nunca más volverá a publicarse.

Llena la copa de agua y se la bebe: «Ni el faccioso capitán, *ni el regular musulmán,* ni el que paquea en desván, *ni el señorito holgazán,* ni el banquero gavilán, *ni el mitrado, ni el deán,* ni el cura, ni el sacristán, *ni los que con ellos van:* No pasarán». Suena bien; lo de gavilán es un poco ripioso, pero el ripio es válido si se pone al servicio de la idea. «… Pueblo, ¡a luchar con afán! / ¡Y alerta! ¡No pasarán!».

Dobla las cuartillas y se las mete en el bolsillo. Sobre el velador deja una peseta con veinte céntimos. Se levanta.

—Salud, señores… y ¡Viva la República!

Durante el día 19, el presidente de la República encargó la formación de nuevo gobierno a José Giral, que lo constituyó exclusivamente con elementos republicanos afectos al Frente Popular, pero contando con el apoyo de las organizaciones obreras.

Comandante detenido en el Cuartel de la Montaña.

Madrid: Francisco Largo Caballero con un grupo de las milicias socialistas.

El general Sebastián Pozas Perea (1876-1946), inspector general de la Guardia Civil y luego ministro de Gobernación.

Dolores Ibárruri, La pasionaria (1895-1989), miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, que el 18 por la noche pronunció por la radio un discurso.

La bandera del Regimiento de Infantería n.º 31 paseada triunfalmente por la Gran Vía tras la toma del Cuartel de la Montaña.

El general Riquelme, destacado militar, que en la tarde del 20 fue encargado de formar una columna para atacar Toledo.

Valladolid: El ejército y las milicias falangistas se disponen a salir para el Alto del León.

La Coruña

A Juanita Capdevilla, esposa del gobernador Pérez Carballo, hace un momento que el alcalde Suárez Ferrín la ha sacado del edificio del Gobierno Civil y la ha dejado refugiada en una farmacia próxima. En el edificio no queda más mujer que esta abnegada y esforzada Pepiña, que desde que ha comenzado el ataque se afana por auxiliar a los heridos.

En el momento en que la artillería ha empezado a disparar desde lo alto del Parrote ha comprendido que la resistencia va a hacerse difícil. Un proyectil le ha destrozado el despacho; por fortuna, no se hallaban reunidos allí. La mayor parte de los diputados, miembros del Comité de representantes del Frente Popular y las sindicales obreras, políticos, correligionarios y oficiales de orden público se muestran partidarios de continuar resistiendo; sin embargo, le parece advertir que se expresan en esos términos más por compromiso, por aguantar el tipo, que por convicción y que sobre el resultado final se muestran pesimistas. Los guardias de Asalto, principales defensores del edificio, dan señales de desfallecimiento, de escaso entusiasmo; se han filtrado rumores de que algunos se han entregado en la calle a los rebeldes sin oponerles resistencia. En el propio Gobierno Civil se ha producido una situación confusa, y hasta que el capitán Tejero no lo ha ordenado de manera tajante, los guardias no han disparado ni con los fusiles ni con los morteros de que disponen.

Las malas noticias han ido sucediéndose sin descanso. Correos y Telégrafos, la Telefónica, la Emisora de Radio, han caído en manos de los rebeldes. Lo más grave es que, tras un fuerte tiroteo, que no sabían cómo interpretar, les han informado de que la Guardia Civil atacaba a los sindicatos, y en seguida se ha iniciado el ataque contra el Gobierno Civil, que queda aislado al ser atrapado entre dos fuegos.

Francisco Pérez Carballo, gobernador civil de La Coruña, está convencido de que nadie puede venir en su auxilio, de que nadie vendrá en su auxilio. Los militares sublevados comienzan a dominar las calles; poca oposición pueden hacerles los ciudadanos, los obreros, los pescadores, los campesinos que acuden de pueblos y aldeas, los mineros que confiaban en el poder de la dinamita. La partida se ha perdido. Las actitudes numantinas no tienen otro valor que el que pueda atribuirse a los gestos destinados a la exaltación de temperamentos románticos. Para que las actitudes numantinas puedan cumplirse, y no degeneren en tragedia bufa, es imprescindible que todos, unánime y espontáneamente, estén dispuestos a secundarlas.

Lo difícil es tomar determinaciones; averiguar cuál es el momento preciso de tomarlas y ponerlas en práctica. ¿No extremarán el rigor los vencedores cuanto más larga y sangrienta sea la resistencia? ¿Cuál será la medida que aplicarán los vencedores y cuál el grado de rigor que se atribuyen el derecho de aplicar? ¿Y por qué han de usar rigor con quien, de acuerdo con las leyes y con las obligaciones que le impone su cargo, ha cumplido con su deber?

Los interrogantes se encadenan; Francisco Pérez Carballo no acierta a responderse a sí mismo satisfactoriamente. Está convencido de que sus respuestas no coincidirán con la realidad de los hechos que está viviendo. Lo urgente es tomar una decisión, aunque desea consultarla

con los demás. Ha llegado el momento de rendirse, de resignar el mando; la fuerza es la más poderosa de las razones, o de las sinrazones.

Desde el Parrote, la artillería continúa disparando con lenta y obstinada regularidad.

El Ferrol

Los buques de guerra surtos en la dársena de El Ferrol han arbolado bandera de combate. En el Arsenal, el caos es tan completo que nadie tiene clara noción de lo que está ocurriendo. La marinería, apoyada por muchos de los oficiales auxiliares y subalternos, se ha insubordinado y amotinado contra los jefes y oficiales del Cuerpo General y contra quienes les apoyan, que desean por su parte proclamar el estado de guerra y sacar fuerzas del Arsenal para unirse al ejército que se ha sublevado contra el Gobierno. ¿Quiénes son, pues, rebeldes? ¿Quién se halla dentro de la legalidad? ¿A quién corresponde obedecer si se desea cumplir con la disciplina y con la ley?

A Pachín Urízar García, marinero de segunda, le han añadido a un retén que tiene encomendada la guardia de unas instalaciones e impedir el paso de los oficiales del Cuerpo General que con infantes de marina pretenden salir del Arsenal por la puerta del Parque.

Lo que Pachín desearía es no meterse en nada y que alguien le precisara cuál es exactamente su obligación. Antes, los mozos llamados a reemplazo servían al rey; ahora, sirviendo a la República, no se sabe a quién se sirve. Según asegura el cabo que manda el pelotón, ni el vicealmirante jefe de la Base, ni el contraalmirante Azarola, comandante mayor del Arsenal, se han alzado contra el Gobierno: quienes lo han hecho son los jefes y los oficiales; por tanto, la marinería se ha amotinado contra quienes se hallan sublevados. Así lo ha explicado el cabo. Los hechos se han producido de golpe, sin que nadie supiera bien lo que hacía. Han roto la formación, han comenzado a vitorear a la República y al pueblo, y los más exaltados, abalanzándose sobre el oficial, lo han desarmado.

A Pachín le complace mantenerse alejado de los buques, que es donde el jaleo es mayor y donde continúan los tiroteos. Y, más grave aún, en los barcos han resultado muertos en el motín algunos oficiales. El comandante del *España* se rumorea que es uno de ellos. Nadie sabe quién va a salir triunfante; después, según quien venza, se exigirán responsabilidades. Si el Gobierno triunfa, los oficiales sublevados serán sometidos a consejo de guerra; pero si quien resulta vencedor es el ejército y los jefes y oficiales del Arsenal, y en el resto de España ocurre otro tanto, ellos serán acusados de motín y tratados como rebeldes. Fusilarlos a todos no lo harán, pero la actitud de la marinería va a ser juzgada con sumo rigor. Desea no significarse, obedecer a quien sea; en este momento, al cabo Amoedo, su superior inmediato. Por obedecer, que es lo único que le han enseñado, nadie tiene derecho a castigarle.

El crucero *Almirante Cervera*, que está en el dique seco, como el acorazado *España*, carecen de munición porque ambos se hallan en lo que llaman «situación dos». Trabajan para ponerlo a flote y poder utilizar su artillería contra los edificios que ocupan los oficiales y también contra los militares que se han sublevado en El Ferrol.

El motín de la marinería ha comenzado en el acorazado cuando desembarcaba una compañía para intervenir en la lucha que se está sosteniendo en la ciudad. Un tercer oficial de artillería, Dionisio Mouriño, ha preguntado adonde se les llevaba, pues ha comprendido que conducían a la marinería a combatir contra el pueblo y las autoridades ferrolanas. Al producirse el chispazo se han cruzado disparos y ha muerto un teniente de navío, han herido a otro oficial y los demás han quedado prisioneros. Mouriño se ha erigido en jefe; están obligados a acatar su autoridad mientras no se presente quien haya de ejercerla en nombre del Gobierno.

El motín se ha corrido a los demás buques y ha prendido en tierra. En este momento, en el Arsenal, nadie sabe lo que ocurre; se duda de quién se inclina hacia un bando u otro. Salvo los más exaltados entre los marineros, los demás están dispuestos a acatar a quien les mande; lo que desearían es que no les metieran en líos peligrosos. Mejor que en esta zona no haya tiroteos; el cabo Amoedo, que es muy gallito, parece que lo esté deseando, y les obligará a ellos a disparar, con el peligro correspondiente y con las responsabilidades que después les pueden exigir. Por el momento tienen arrinconados a los oficiales y dominada la mayor parte del Arsenal; a la larga, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Un oficial es un oficial, y, salvo unos cuantos revolucionarios, los demás no se atreven a disparar contra los oficiales, por lo menos desde cerca; menos aún osarán ponerles la mano encima, y ni siquiera desobedecerles.

Pachín Urízar nació en Baracaldo. Cumple en el Arsenal del Ferrol el servicio; no desea complicaciones; se propone, durante el servicio, no efectuar más disparos que los correspondientes a la instrucción. Lo mismo le da el Gobierno que hay que cualquier otro; a su padre le ha oído comentar desde niño que todos son igual de malos. ¿Por qué le meten en este lío? ¿Ha de arriesgar su vida porque a unos oficiales se les antoje derribar al Gobierno, o porque Mouriño y otros de izquierda se empeñen en sostenerlo?

En la Marina sirve no por gusto, sino porque le obligan; de buena gana seguiría viviendo y trabajando en Baracaldo. Tiene novia, ha seguido unos cursillos de tornero; su padre trabaja de contramaestre en Altos Hornos, y él estuvo empleado de aprendiz. En la empresa tiene asegurada una plaza conveniente. Una vez en Altos Hornos, si hay que hacerse de la UGT porque todos los obreros deben sindicarse, pues se afilia y a otra cosa.

En el Arsenal ha corrido la sangre, y eso es malo; lo ha oído repetir a los viejos. Al abuelo Antón, que anduvo con los carlistas porque en el valle donde nació todos lo eran, siempre le oyó decir que cuando corre la sangre le cuesta detenerse. Después de lo que ha ocurrido habrá fusilamientos; ya se sabrá a quiénes les toca la china: si a los oficiales sublevados o a los que se han sublevado contra los sublevados. Pachín Urízar cobra cincuenta céntimos diarios, aparte de la manutención; no acepta responsabilidades por tan mísero jornal.

Sevilla

—El avión en que venía de Canarias el general Franco aterrizó ayer hacia las siete de la mañana; yo no estaba en Sania Ramiel, que es el aeródromo de Tetuán, me lo contaron. Nosotros ya nos habíamos trasladado a Ceuta. En la noche del viernes al sábado salimos del Zoco al Arbaa de Beni Hassan. Íbamos en plan de guerra, nos habían anunciado que podía haber

barullo. Avanzábamos en columna por la carretera, con la bayoneta calada, dotación completa de campaña y bombas de mano. Estábamos satisfechos de pensar que habría tomate; para eso nos habíamos enganchado en la Legión y muchos de la Bandera no habíamos disparado ni un verdadero tiro, sólo ejercicios de puntería, nada, bagatelas…

—¿Y el general Franco, qué hizo, hijo?

—Le esperaban en las pistas el coronel Sáenz de Buruaga y otros jefes. Cuando aterrizó, fue el delirio. Marruecos entero estaba a esas horas en nuestro poder, sólo restaban operaciones de limpieza que aún no han terminado, pero en África no había un jefe, lo que se dice verdadero jefe. Y ese jefe, todos lo sabíamos, era Franco, el general, el legionario.

Aprovechando una oportunidad, Gerardo García Pérez de la Hermosilla, «caballero legionario», que acaba de llegar a Sevilla formando parte de los escasos efectivos que al mando del comandante Castejón, jefe de la 5.ª bandera del Segundo Tercio, han sido trasladados hoy por el aire desde Tetuán, ha hecho una breve escapada para visitar a su tía abuela, doña Juanita de la Hermosilla, de la cual estaba distanciado desde la desaparición de un valioso pendentif del joyero de la dama, hecho que ocurrió poco antes de que el joven Gerardo, abrumado por deudas de juego, por talones bancarios sin fondos y otras travesuras, decidiera alistarse en el Tercio de Extranjeros. Doña Juanita, que, a pesar de lo ocurrido, quiere mucho a su sobrino, ha recibido tan viva emoción al verle aparecer inesperadamente en su casa, que para reponerse está tomándose una taza de tila. Gerardito ha dicho que prefiere café, pero a manera de complemento se ha servido una copa de coñac, pues ha manifestado que venía desfallecido. Como la botella ha quedado sobre la mesita, se sigue sirviendo copas. Al pendentif no se le ha mencionado.

—El general Franco se dirigió a la Alta Comisaría de Tetuán y allá se reunió con los jefes libres de servicio.

—Entonces, ¿tú crees que Franco es quien manda?

—¡Desde luego…!

—Tú debes estar enterado puesto que estás metido de lleno…

Gerardo no sabe nada. El mismo sábado les llevaron de Tetuán a Ceuta por ferrocarril, allá se disponían a embarcar con la bandera de Vierna y el 3.er tabor de Regulares del comandante Amador de los Ríos para trasladarse a Cádiz o Algeciras. Hicieron preparativos, estaban prontos y pertrechados, se rumoreaba que no había barcos, salvo el *Lázaro* que carecía de escolta, que los gubernamentales dominaban el Estrecho; el gran despiste. Rumores sí que corrían muchos. Que la escuadra amotinada por los comunistas huía de Melilla, que la aviación había bombardeado Tetuán causando gran mortandad, que los moros se amotinaron, y que gracias al Gran Visir las turbas volvieron a la calma.

—A Franco le vi de muy cerca cuando por la tarde vino a Ceuta; los de la 5.ª le dimos escolta. ¡El despiporren! Nos costó trabajo abrirle camino, la gente gritaba ¡Franco, Franco, Franco! El hombre parecía satisfecho. ¡Un gran recibimiento! Militares, paisanos, cristianos y hebreos, soldados, legionarios. Todos le aclamaban. Tuvo que asomarse al balcón de la Comandancia. El coronel Yagüe estaba a su lado. El despiporren ¡vaya…!

—¿Quién es ese coronel Yagüe?

—¿No le conoces? ¡Ahí es nada! El jefe de la Legión; un tío con un par de… con mucho… con mucho coraje…

—A estos militares de ahora, apenas les conozco. ¿Ves? Franco, por ejemplo, sé quién es. Un hombre famoso ya cuando la guerra de Marruecos, como su hermano el aviador del *Plus Ultra*… Yo recuerdo a los de mis tiempos: al general Margallo, a Silvestre, al general Cavalcanti que todavía debe ser joven…

—Donde fue el acabóse es cuando se trasladó a Dar Riffien. El general quiso visitar el campamento de la Legión. Le auparon en volandas. Habló a los legionarios como él sabe hacerlo; lo primero fue anunciarles que desde aquel día quedaba la paga aumentada en una peseta para los individuos de tropa. ¡Una peseta más de sobras, no está mal para empezar! La Legión desfiló ante él y ante Yagüe su jefe. Nosotros, los de la 5.ª bandera, no estábamos allí. Luego regresó a Tetuán para condecorar al Visir. Franco va a ponerse al frente del ejército de África y pasaremos todos a la Península. En dos patadas echamos a la gentecilla ésta. Lo que pasa es que no hay barcos suficientes ni de escolta, que es peor, y que los aviones nos joroban.

—¿Habéis tenido buen viaje vosotros? ¿Es muy arriesgado ir por el aire?

—Veníamos como sardinas en lata, pero en avión el viaje se te hace corto. El general Queipo nos necesitaba. Somos cuatro gatos los que hemos venido; nos han paseado por Sevilla como si fuésemos coristas. Vamos ahora a operar en Triana; entraremos a punta de cuchillo. Bandidos y asesinos se han apoderado del barrio; nuestro comandante no es manco. Peco a poco, en avión, pasará toda la bandera, entonces operaremos en la provincia.

—La llegada de la Legión ha causado gran júbilo en Sevilla, hasta a una vieja como yo, que vive retirada, han venido a comunicármelo…

—No somos muchos; cuando esté aquí toda la bandera, verás lo que es bueno.

—Y Franco, ¿cuando viene para aquí?

—Cuestión de horas. Tiene que organizar las columnas para marchar sobre Madrid.

—Por radio han comunicado que el Gobierno había huido de la capital…

—Si no huyen, nosotros les echaremos.

No es mal muchacho, Gerardo. Su padre fue incapaz de educarle como debía; su padre era un hombre vulgar, un comerciante forastero que engatusó a su sobrina, tan fina ella, tan bien criada; tuvo la desgracia de morir joven, y el chico se educó en Madrid, con la familia del padre, unos García cualquiera.

—¿Y has tenido que entrar en fuego?

—Hasta ahora, la verdad es que no. A punto sí hemos estado. El sábado, al amanecer, rodeamos la Alta Comisaría, en Tetuán. Si no llegan a rendirse tomamos el edificio por asalto. Acechábamos desplegados por los jardines. Primero salió en coche, la mujer del Alto Comisario. Más tarde él, un capitán masón, a quien Sáenz de Buruaga conducía detenido a la Alcazaba. La Guardia Civil se nos había rendido sin un disparo.

—Hijo… ¿Cómo se vive en el campamento? No comprendo por qué hiciste esa locura.

—La inexperiencia, tía, la inexperiencia. Allá no estoy mal, sólo que la paga, la del legionario raso, se entiende, es corta, y una peseta más al día no nos aliviará gran cosa. En la Legión hay de todo, tía; para un pastor de Extremadura, pongo por caso, para un ferroviario de Venta de

Baños, para un destripaterrones gallego, para un obrero sin trabajo, o para un carterista en derrota, es suficiente lo que nos pagan, pero verá, cuando se trata de alguien como yo, que tengo que alternar de vez en cuando, y quedar como un señor…

—Tienes razón, mucha razón: Aunque García sea tu apellido, eres un Pérez de la Hermosilla, y eso obliga.

—Voy a contarte algo para que veas la fuerza de los apellidos. Como en la bandera hay muchos García, y bastantes Pérez, casi todos me llaman Hermosilla…

—Muy bien, hijo. Me pones contenta; en la guerra el militar puede dar lustre a los nombres. Uno de nuestros antepasados, don Ramiro de la Hermosilla y Argüelles, murió en la batalla de Bailén.

A su tía no puede explicarle con qué retintín le llaman Hermosilla; no lo entendería. Tampoco conviene contarle que a más de uno ha tenido que partirle la boca por tal motivo.

Doña Juanita de la Hermosilla le prende a su sobrino en la camisa verde una medalla de la Virgen de la Esperanza y le pone en la mano, con disimulo, unos billetes arrugados, que él desliza en el bolsillo con idéntico disimulo.

—Guapo eres, hijo. ¡Si no hubieses sido tan golfo…!

—En la Legión, tía, no hay pasado, «nada importa tu vida anterior». El valor, el desprecio a la muerte, es la verdadera virtud de los hombres Tu apellido quedará en el lugar que merece; te lo juro por esta medalla que me prendes, y que no me quitaré del pecho ni vivo, ni muerto.

La tía, emocionada, le acompaña hasta la puerta. No ha hecho comentarios sobre un tatuaje, que a pesar de que Gerardo ha tratado de ocultar bajándose la manga, se le descubre en el brazo izquierdo: una mujer que, accionando la musculatura convenientemente, ejecuta movimientos obscenos. La tía no ha conseguido examinarlo con detalle; en ciertos aspectos, tratándose de hombres jóvenes y solteros, se siente bastante tolerante, particularmente con los soldados si llega a haber guerra como puede suceder.

Le besa y abraza repetidamente derramando algunas lágrimas, y cuando Gerardo, a quien se le han humedecido los ojos, atraviesa la cancela, le dice en voz no muy alta, para que la camarera no pueda oírla.

—Para tranquilidad de tu conciencia, te comunico que el pendentif lo recuperé entonces, pagando al prestamista…

Pronunciadas estas palabras de media vuelta y cierra la puerta; desea evitar a su sobrino cualquier motivo de bochorno.

Gerardo, a quien la noticia no le afecta, se mete apresuradamente la mano en el bolsillo. Son tres billetes de a cien. ¡Menudas juergas si hay suerte y los hombres de Castejón se quedan en Sevilla unos días! Se habla de operaciones en la provincia una vez terminada la limpieza de Triana. Mejor que esperaran unos días, porque aunque se disparen tiros por las azoteas, no faltará donde divertirse y gastarse alegremente los sesenta machacantes de la tía Juanita. Acelera el paso, no vaya a ser que le echen en falta y le metan un paquete; corrían voces de que el general Queipo de Llano quería pasarles revista. Desprende la medalla del pecho y utilizando el mismo imperdible se la prende por la parte interior de la verde camisa de legionario.

Cascaes

Está nervioso; las más pequeñas contrariedades le irritan. Se ha visto obligado a andar de un lado a otro resolviendo las dificultades que se presentan para despegar de un aeródromo portugués y trasladar a Burgos al jefe del Estado nacional español: el general don José Sanjurjo. Lo que le hubiese agradado verdaderamente al comandante Ansaldo es permanecer, hasta el momento del despegue, haciéndole compañía al general, formando parte del grupo de leales, verdadera corte que alrededor del ilustre personaje se ha formado en Estoril.

El comandante Juan Antonio Ansaldo, que aterrizó ayer en Lisboa, ha vivido durante los dos últimos días una auténtica aventura; lo que más le complace, dado su temperamento inquieto y arriesgado.

Las noticias que en Lisboa y Estoril le han dado son contrapuestas. Enterarse que el general Franco se ha puesto al frente del ejército de Marruecos resulta tranquilizador. Pero le han informado al mismo tiempo de que numerosas unidades de la Escuadra, en las cuales marineros y suboficiales se han amotinado y dominado a los jefes, bloquean el Estrecho. Podrían los españoles estar viviendo el principio de una guerra civil de tres o cuatro meses de duración, en vez de un golpe militar que va a resolverse en pocas horas, como creen los patriotas refugiados en Portugal.

El avión, un «Puss Moth» deportivo, ha tomado tierra, aunque el campo de aviación, que llaman de la «Marinha», no es tal campo, sino hipódromo.

Conduce el aparato hasta situarlo frente a una especie de tribuna donde están reunidos los españoles y portugueses amigos, que le saludan y aplauden.

Desciende de un salto, avanza hacia la tribuna; se cuadra. Procura dar cierta solemnidad a estos actos, que después la historia se encarga de inmortalizar.

—¡A las órdenes de Vuecencia! Presto para partir.

Inician las despedidas, desbordan los comentarios entusiastas. Las señoras se muestran emocionadas. Al aviador le presentan unas damas; se inclina a besarles la mano. Después del general, Ansaldo es el héroe de la jornada.

En la cabina se disponen a cargar una maleta de tamaño grande que, a juzgar por el esfuerzo que requiere su manejo, debe ser pesada. El campo no es apropiado para el despegue y viene a empeorarlo la dirección del viento, que le forzará a hacerlo bruscamente por la parte en que se alzan unos árboles. Obligado a cargar a tope los depósitos de combustible en previsión de que hubiera que alargar el trayecto, de acuerdo con lo que el general Mola le advirtió en Pamplona, el avión ha de soportar mucho peso.

—¡Oigan!… ¿Esa maleta? No es recomendable cargar tanto el aparato…

—Comandante; son los uniformes de Su Excelencia. No va a presentarse en Burgos sin nada que ponerse en vísperas de su entrada triunfal en Madrid…

Tantas veces ha despegado y en tan difíciles condiciones que por una maleta más o menos no va a provocar una cuestión, y más teniendo en cuenta que un jefe de Estado conviene que se presente con cierta pompa externa.

Mientras el general Sanjurjo, después de abrazar a su esposa, sube al avión, los reunidos lanzan vítores entusiásticos, a los que el general corresponde con la mano.

—¡Viva España, señores!

El «Puss Moth» rueda por el campo hasta situarse en el extremo opuesto al viento. Los de la tribuna aplauden; el general vuelve a saludar agitando la mano.

—Mi general, tendrá que hacerme el favor de alzarse un poco del asiento hasta que hayamos despegado. Es para que la cola levante mejor.

—Como usted diga, Ansaldo. En el avión, usted es quien manda.

Arranca el aparato; rueda sobre el campo, acelera la velocidad. Fija los ojos en el cuentaquilómetros; no quiere elevarse hasta que la aguja señale diez o quince kilómetros más de la velocidad de sustentación. Los árboles del fondo se aproximan con increíble rapidez. Siente un golpe y una fuerte trepidación. ¿Una piedra, una rueda rota?… En Burgos aterrizará como sea, sobre una sola rueda si es preciso, y que allá compongan la avería. Roza los árboles; la trepidación se acentúa, la velocidad disminuye…

El pastor Pires ha oído cómo roncaba el motor de un avión en la «Marinha». Desentendiéndose de las ovejas que pastan, observa hacia lo alto y ve cómo se acerca una avioneta a escasa velocidad, metiendo un ruido extraño, irregular, como a sacudidas. La marcha se hace tan lenta que el aparato pierde altura. Comienza a caer; como sigue una trayectoria que lo aparta de donde él está, no existe peligro inmediato para las ovejas.

La avioneta desciende planeando; probablemente intenta aterrizar en un campo; una cerca de piedra le intercepta la trayectoria. El choque es violento; el aparato queda montado sobre la cerca a medio derruir. Corre hacia el lugar del accidente para prestar auxilios al aviador, pues el golpe ha sido violento y el aparato ha sufrido importantes desperfectos. Comienza a humear. El aviador salta de la cabina y cae al suelo. Se levanta, trata de aproximarse al aparato humeante. Aumenta el vigor del fuego y crecen las llamas. Pires llega sin resuello. El aviador, con el mono chamuscado, se aparta.

—¡Eh! ¡Eh!

Parece mareado; se tambalea y cae. En el interior de la cabina ha quedado un señor con bigote que tras el cristal de la ventanilla parece sonreír, desentendiéndose de lo que está sucediendo, del gravísimo peligro que corre. Llamas largas comienzan a salir del aparato. Intenta aproximarse; le resulta imposible alcanzar la portezuela. Arde la gasolina, se produce una explosión; el fuego rodea el avión. Al señor del bigote no podrá salvarle; le ve inmóvil como si fuese una estatua, como si el calor no le afectara; como si estuviera muerto. Lo extraño es que sonría. El aviador tiene el mono quemado y sangra; las llamas se le acercan y el humo le envuelve. El calor es fortísimo. Lo retira de la proximidad del aparato, arrastrándolo sobre la hierba. Suenan unos cláxones anhelantes, apresurados: varios automóviles se aproximan velozmente. A través de los campos, hombres y señoras corren gritando horrorizados. Los coches dan bruscos frenazos; bajan muchos señores con cara de espanto. Unos se dirigen a

auxiliar al aviador herido, otros intentan con los extintores de los automóviles atajar el fuego; el aparato se ha convertido en una antorcha.

—¡Qué horror!

—¡Qué horror!

—¡Dios mío!

A una señora que se desmaya se la llevan a uno de los automóviles.

Le interrogan precipitadamente; apenas les entiende en español cómo hablan. Un oficial portugués que va con ellos le pregunta:

—¿Y el otro señor que iba dentro, dónde está?

—Ardía el aparato y él estaba quieto, sin moverse, como si sonriera. No he llegado a tiempo de salvarle; yo estaba allá con las ovejas y he acudido corriendo, pero ya ardía la gasolina; ni acercarme he podido. Ver, sí lo vi bien; el aviador trató de sacarlo de dentro, pero tampoco lo consiguió. Creo que el aviador está herido; se le han quemado las mangas.

El oficial se desentiende del pastor Pires y se vuelve hacia los demás, que han formado un semicírculo alrededor de la fogata, tratando de mirar entre los restos.

—El general Sanjurjo, señores, no ha podido ser salvado.

Las señoras lloran, llevándose los pañuelos a los ojos. Los presentes están consternados; uno de ellos, histéricamente, grita.

—¿Es que no puede hacerse nada? ¿Hemos de contemplar inactivos cómo se abrasa?

Señores bien trajeados, tocados con sombreros de fina paja y bastón en la mano, y señoras perfumadas, le preguntan medio en portugués medio en español; Pires, una y otra vez, repite lo mismo: lo que ha visto.

Al aviador le conducen a uno de los coches para trasladarle al hospital de Cascaes.

Por lo que llega a comprender resulta que el que ha quedado dentro abrasado es un general español muy importante, y la señora que se desmayó, su esposa. De haber apacentado el ganado un poco más cerca, quizás hubiera podido salvarlo; le hubiesen dado una recompensa y una cruz.

872-1936) debía volar desde Lisboa a Burgos para asumir allí a jefatura del Estado
saldo iba a trasladarle. Poco después de efectuar el despegue en Cascaes y por causas
. Sanjurjo murió carbonizado. A la izquierda (abajo) se ve, aunque confusamente, el cuerpo del general.

La Veu de Catalunya

diari d'avisos i notícies

El respecte a la llei

La SESSIÓ DE DIMECRES A LA DIPUTACIÓ PERMANENT DE LES CORTS

Llegeixi el text íntegre del discurs del senyor VENTOSA I CALVELL

La constitució dels Ducats

Text de la Convenció aprovada en la Conferència de Montreux

Diario Regional

EDITORIAL · PATRIA · ORDEN · TRABAJO

Ya no es delito gritar

¡VIVA ESPAÑA!

El Frente Popular se ha derrumbado bajo el peso de sus propias iniquidades

La sangre de Calvo Sotelo, mártir de España, ha librado de sus enemigos a la Patria

Las fuerzas subversivas del Ejército, amalgamadas con el pueblo

¡Viva España, Arriba España, España sobre todas las cosas, y sobre España, Dios!

DIARIO DE NAVARRA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

¡Viva España!

El General Mola declara el estado de guerra en toda Navarra

Hoy, a las diez de la mañana, el General Mola dirigirá una alocución a España, desde Radio Navarra

SOLIDARIDAD OBRERA

AIT

CONTRA EL FASCISMO, SÍ; PERO TAMBIEN CONTRA CUALQUIER CLASE DE DICTADURA; PORQUE LA DICTADURA ES TAMBIEN EL FASCISMO, LA EJERZA QUIEN LA EJERZA

El proletariado se batirá contra el fascio pero no aceptará la dictadura, del color que sea

El jefe de Acción Popular tiene ALJOFAR

Una noche que debe señalarse inmediatamente

El semanario del Puerto y Arte

EL SOCIALISTA

Parte del ejército, faltando a su juramento, se ha levantado en armas contra el Estado

Pero los rebeldes están localizados, y el pueblo en armas colabora con las tropas leales en la defensa de la República.—Los mandos militares fascistas han sido destituidos; los soldados de las plazas sublevadas, licenciados, y las unidades rebeldes, disueltas

La acción fervorosa y decidida del proletariado aplastará de una vez y para siempre el fantasma del fascismo

Con voluntad de defensa, el pueblo es invencible

Un manifiesto de las Ejecutivas de los Partidos Socialista y Comunista

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

ABC

VIVA ESPAÑA

EL GENERAL QUEIPO DE LLANO SE ENCARGA DE LA JEFATURA DE LA DIVISIÓN Y DECLARA EL ESTADO DE GUERRA. DIVERSAS MANIFESTACIONES POR RADIO. RECTIFICADAS SOBRE INFORMACIÓN DE MADRID. ORDENES A LA POBLACIÓN CIVIL. OTRAS NOTAS

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

ABC

POR LA SALVACIÓN DE LA PATRIA

GUERRA A MUERTE ENTRE LA RUSIA ROJA Y LA ESPAÑA SAGRADA

EL SOCIALISTA

LA GRAN TRAICION

El fascismo, derrotado por la República

La aviación, la guardia civil, las guardias de asalto y seguridad y las milicias del pueblo aniquilan la rebeldía en Madrid y provincias.—Los rebeldes chacados en Algeciras.—La marina, absolutamente

la humanitat

NO HAN PASSAT!!!

Les tràgiques jornades de Barcelona

Les masses populars i la força pública, capitanejades pel Govern de Catalunya, amb heroisme de [illegible] barraren el pas a les tropes sublevades i esclafaren el moviment dels assassins feixistes [illegible] no purgaran mai prou

Para ponerse al frente del ejército español de Marruecos, el día 19, el general Franco llegó a Tetuán procedente de Las Palmas. Se trasladó a Ceuta donde fue escoltado por legionarios.

Barcelona

Ordenes oportunas han sido cursadas para conseguir que mañana, martes, funcione el servicio de recogida domiciliaria de basuras en la ciudad y para que los empleados municipales encargados de estos servicios retiren de las calles los mulos y caballos muertos, algunos de los cuales, por iniciativa de cualquiera, han sido rociados de gasolina y quemados, lo que hace que esparzan un olor pestilente en muchos metros a la redonda. Por medio de la apertura de créditos de cinco mil pesetas por distrito, destinadas a la distribución de alimentos básicos —pan, arroz, patatas, bacalao y aceite— entre las personas más necesitadas de cada barriada, se tratará de paliar la situación provocada por la carencia de suministros. Serán tomadas diversas medidas para que los niños de las Colonias escolares, que en estos días han de regresar a la ciudad, lo hagan con la debida seguridad y sean convenientemente atendidos.

La plaza de San Jaime, o de la República, que de ambas maneras se la llama, presenta un aspecto de anormalidad inquietante. Mozos de Escuadra y pelotones de Asalto montan guardia, pero sin la tranquilizadora actitud de los días normales; se les advierte agotados, relajada la disciplina, indiferentes o irritados. Los transeúntes son escasos; quienes pasan por obligación o curiosidad lo hacen atemorizados. Aún se escuchan detonaciones, pero se diría que el ruido de los disparos es normal en la ciudad, hasta tal punto los oídos se han acostumbrado. Coches que llevan pintadas las iniciales de las organizaciones anarcosindicalistas atraviesan la plaza cargados de milicianos armados. Se reciben avisos de que se están levantando nuevas barricadas de adoquines en plazas y calles: en el Paralelo, frente al «Moulin Rouge», una de ellas corta la circulación de tan importante vía; en la Rambla, junto a la calle del Hospital, en los barrios antiguos y en las barriadas obreras, en las entradas a la ciudad. Estas barricadas, controladas por los anarcosindicalistas, y el hecho de que se han apoderado de los fusiles y municiones de la maestranza de San Andrés y de casi la totalidad de los medios de transporte, les dan el dominio sobre la ciudad. Numerosos establecimientos comerciales permanecen cerrados: los proveedores no han acudido al mercado del Borne ni al central de pescado; en el Matadero no han entrado reses; no se ha cocido pan en los hornos y los transportes públicos se hallan paralizados. Concejales y funcionarios van presentándose en el edificio municipal; poco pueden hacer de tantísimo que por hacer hay. A los presos comunes los han soltado y andan desmandados por las calles; los barceloneses no salen de sus casas; muchos balcones, a pesar del calor, permanecen cerrados; en otros se han colgado trapos blancos, cuya significación nadie acaba de comprender.

Don Carlos Pi y Sunyer, vestido con un temo bien cortado y corbata de lazo, está asomado al balcón y observa la plaza de la República; enfrente se halla el palacio de la Generalidad, donde se han reunido, con el presidente, consejeros y personalidades políticas de significación izquierdista o catalanista. El cielo, tan azul y despejado de costumbre, aparece oscurecido y sucio; el humo de numerosos incendios se alza por encima de las azoteas. Don Carlos Pi y Sunyer siente una vaga depresión, casi una congoja: es el alcalde de la ciudad.

Trata de representarse la escena y no lo consigue; no puede comprender que Fernando, que ayer le habló un instante por teléfono, que anteayer la acompañó en el coche y comió con ella, esté muerto. Tiene que ser un error; otro cualquiera puede morir, pero él no. Si fuese cierto que ha muerto, qué extraño resulta que nada note, que ella misma continúe viviendo.

Han llegado visitas, su madre las atiende; María Teresa prefiere permanecer tumbada en la cama, a oscuras, esforzándose por dormir. Nada la consuela; las palabras cariñosas que le prodigan contribuyen a irritarla o entristecerla; la presencia de su hijo Fernandito aviva la impresión de amargura. Quisiera dormir y tardar diez años en despertar, porque la idea de seguir viviendo cada día la horroriza.

Anoche llegó una visita a casa de su madre; oyó cómo la tía María, hermana de su abuelo, cuchicheaba con los visitantes; no entendía las palabras, pero le llenaban de inquietud, presentía que se trataba de una mala nueva. Cuando se quedaron solas, la tía le dijo que se mostrase valerosa, que ocultar la verdad era inútil, y que conviene enfrentarse con los hechos por duros que sean. Comprendía que algo terrible iba a comunicarle, pero hasta que lo oyó confiaba en que el hecho terrible no fuera, por lo menos, irremediable. La tía, cariñosamente, con la dulzura que puede emplearse en casos semejantes, le confesó que le habían contado que en el momento de salir detenidos de Capitanía habían pretendido linchar a Fernando y que éste, en un arranque, se había pegado un tiro. Desde aquel momento no ha tenido descanso, ni desea tener descanso, porque en el dolor hay por lo menos una cierta presencia.

Suena el timbre de la puerta: nadie acude a abrirla. Cuando está tendida en la cama piensa que si se levanta se le aliviará el dolor, y cuando está levantada se acuesta pensando que echada se adormilará y sufrirá menos.

Con los dedos se peina un poco. Abre la puerta. Ante ella aparece un militar con correaje, pistola y gorra, pero vestido con un mono; se echa hacia atrás, casi ha lanzado un grito.

—¡No se asuste! Soy Federico Escofet, amigo de su marido; vengo a darle noticias de Fernando.

—Pero… entonces ¿vive?

Como si el pecho se le abriera y empezara a entrarle aire, vuelve a respirar a placer. Escofet afirma con la cabeza. Pase lo que pase, sea como sea, Fernando está vivo, y ella se siente revivir.

—Entre, por favor, le he dejado en la escalera y es que no sé dónde tengo la cabeza.

Entran a una salita próxima al recibidor. Federico Escofet la contempla gravemente. Ella no sabe qué decir; se le ha enturbiado el entendimiento.

—Está preso en el castillo de Montjuic…

Rompe a llorar; llora con alegría, liberándose de la angustia; llora con ganas de reír.

—Esté usted tranquila; por la mañana he visitado a los detenidos; la entrevista ha resultado violenta para ellos y para mí. Fernando estaba preso; yo lo sabía. Le he preguntado si podía hacer algo por él; me ha contestado que viniera a visitarla a usted. Por eso he venido; usted sabe que somos amigos…

—Sí, me había hablado de usted; pero ¡oiga!, ¿podría verle en Montjuic?

—Hoy no es posible; pero, descuide, que, en cuanto lo sea, yo mismo en persona me encargaré de acompañarla para que lo visite. Quizá podamos mañana o pasado…

Federico Escofet se pone en pie; es de estatura aventajada. A María Teresa, acostumbrada a los uniformes de Fernando, este mono de mecánico, en el cual han cosido apresuradamente insignias y estrellas, le resulta extraño y la atemoriza.

—La dejo a usted; estamos muy ocupados. Ha sido tremendo cuanto ha sucedido.

Acompaña a Escofet hasta la puerta y le estrecha efusivamente la mano.

—Si por casualidad viera a Fernando, dígale que yo…

—No es fácil que le vea hasta que vaya con usted. La avisaré.

—¡Muchas gracias, Escofet!…

Cierra la puerta; otra vez comienza a llorar; pero el llanto la ayuda, la consuela, la suaviza. Fernando está vivo, y eso es lo único importante. ¡Vivo!

Logroño

Desde que al amanecer ha entrado en Logroño, procedente de Pamplona, la columna de García Escámez ha quedado detenida. La situación en la capital de la Rioja a su llegada se presentaba un tanto ambigua, pues, aunque se había proclamado el estado de guerra y nombrado nuevas autoridades, las antiguas quedaban en libertad y seguían dando órdenes. Muchos obreros están en huelga y en la Rioja existen núcleos enemigos que no pueden dejarse a retaguardia sin reducir. Alfaro, en donde republicanos y socialistas se han hecho fuertes; Castejón, enlace ferroviario, en que también los socialistas tienen considerable fuerza; Calahorra. Dentro del propio Logroño, sólo hace un rato se ha reducido a cañonazos un grupo que se había atrincherado en el sólido edificio de la fábrica de tabacos.

La causa de esta situación mal definida debe atribuirse a la falta de energía del general Carrasco, gobernador militar de la plaza, cuya actitud no comprende y con el cual ha sostenido una fuerte discusión. No es momento de vacilaciones ni debilidades; ha decidido destituir al general y detenerle junto con el gobernador civil, el alcalde y cuantos cabecillas enemigos encuentre.

García Escámez desea comunicar al general Mola la decisión que acaba de tomar. Convenía cortar por lo sano; nada más peligroso que las situaciones ambiguas. Hay que resolver la situación de la Rioja y continuar sin más interrupciones hacia Soria para ocupar los puertos de Somosierra; y de ahí a Madrid. La columna puede ser reforzada en Logroño con artillería, un par de compañías de voluntarios, más alguna unidad del ejército, ya se decidirá cuál, tan pronto queden solucionados los problemas pendientes. A la compañía de voluntarios falangistas del Batallón de América la ha enviado a Santo Domingo de la Calzada para que traigan custodiadas en convoy las municiones que hay en aquella plaza. Suena el teléfono.

—Mi coronel, voy a ponerle con la comandancia de Pamplona.

—¿El general Mola? Soy el coronel García Escámez…

—¿Qué hay por ahí?

—Mi general, quería darle cuenta de que me he visto obligado a tomar medidas rigurosas. He destituido al general Carrasco y lo tengo preso; también al gobernador Novo, al alcalde, al teniente coronel de la Guardia Civil…

—Muy bien hecho, don Curro. Así se hace; aprobado. Y no se olvide: envíeme a esos señores convenientemente escoltados, como se merecen.

—He nombrado para sustituir a Carrasco al coronel Martínez Zaldívar… ¿Aprueba usted el nombramiento?

—¡Perfecto, don Curro!… Pero ahora no se entretenga; a Somosierra…

—A Madrid, mi general…

De buen humor debe andar el general Mola cuando insiste en llamarle don Curro, aunque el buen humor no indica nada. Mola es hombre difícil de comprender.

Puerto de Leitariegos

A medida que ascienden el puerto de Leitariegos, la niebla se va espesando. Siete entre camiones y autobuses de línea forman la caravana; la expedición de mineros asturianos que permaneció ayer en León hasta el anochecer se ha disuelto. El tren se espera que llegue a Ponferrada; ellos no han querido perder tiempo esperándolo. Tienen prisa por regresar a Asturias para atacar Oviedo. La noticia de la sublevación del coronel Aranda y de la guarnición ovetense les ha llegado a primera hora de la mañana. Estaban perdidos en una tierra que, según los síntomas, les es hostil. En Ponferrada, un auto con ferroviarios socialistas que procedían de León les ha anunciado que en la capital se habían sublevado los tropas y el aeródromo; también en Zamora cunde la rebelión militar.

En Benavente, la Guardia Civil se hallaba acuartelada; los socialistas parecían dueños del pueblo. Les hicieron un entusiasta recibimiento. Hubo quien asaltó los estancos para obsequiarles con tabaco. Los campesinos se mostraban partidarios de atacar el cuartel de la Guardia Civil, tanto para despejar la situación como para apoderarse del armamento de los guardias; los dirigentes recomendaron calma. Ignacio, que en León abandonó el tren y subió en uno de los autobuses que forman la caravana, ha dormido en Benavente, pero de mañana han seguido viaje hasta Ponferrada. En Ponferrada, la Guardia Civil se halla acuartelada; no en actitud de hostilidad, más bien como si no quisiera provocar incidentes o se mantuviera a la expectativa.

A Ignacio, en León, le proporcionaron un fusil y seis peines que ha guardado en los bolsillos de la chaqueta. Les ha entrado el deseo de regresar a Asturias, desentendiéndose de cuanto sucede a su espalda; les espolea el ansia de apoderarse de Oviedo, la ciudad que les ha sido arrebatada a traición.

—Uno de los ferroviarios que venían en el coche me aseguró que en Gijón también se habían sublevado los fascistas.

—Sí, pero lo grave es Oviedo; nuestros compañeros combaten en las calles, los de Asalto se mantienen firmes en diversos puntos.

—¿Qué se habrá hecho de los compañeros que viajaban en el tren?

—O regresan a León a poner orden y escarmentar a los militares, o en Ponferrada tendrán que abandonar el ferrocarril y tomar camiones.

—Que regresen a Asturias; con quienes hay que hacer un escarmiento de los gordos es con los de Oviedo.

El camión se detiene. Conversando, no han advertido que apenas se ve de tanto como ha cerrado la niebla.

Ignacio viaja en uno de los tres coches de línea requisados, que con cuatro camiones más forman la expedición. Aproximadamente la mitad de los que la componen van armados de fusiles; el resto ha tenido que conformarse con armas cortas y algún rifle o escopeta. Son unos doscientos cincuenta; todos ellos empiezan a convencerse de la inutilidad de este viaje, en que no han hecho más que recorrer kilómetros estéril y agotadoramente, mientras en la propia Asturias fascistas y militares, envalentonados por su ausencia, se han apoderado de la capital y quizá de Gijón.

El que conduce el autocar, un mocetón de Candás que se dedica al transporte de pescado, se vuelve hacia ellos.

—Imposible seguir: hemos de esperar que escampe la niebla. Si alguno de vosotros quiere subir al capó y hacerme señales, podríamos intentar pasar el puerto, muy despacio y con precaución.

—¿Qué hacen los demás de la caravana?

—Al que marcha en cabeza le he perdido de vista. Detrás, un camión ha frenado y se ha detenido; lo he oído, pero no lo veo.

—Mal sitio éste en que estamos, ¿no?

Ignacio se ofrece voluntario para guía.

—Me sentaré en el guardabarro del lado de afuera. Tú pones atención a mi mano. Pero no corras: no vayamos a irnos por un despeñadero.

Dispuesto estaba a abandonar el fusil, dejándolo en el asiento, pero le ilusiona notarlo en las manos. Nadie ha de agredirles acá, en plena montaña. Desea convencerse a sí mismo de que pudiera ocurrir y que su misión, aparte de vigilar que el autocar no se salga de la carretera, consiste en prevenir a los compañeros contra cualquier sorpresa de enemigos, que evidentemente existen, y que después de dos días de perseguirlos no ha conseguido ni siquiera ver.

Muy lentamente, el autocar se pone en marcha. La niebla humedece la ropa y agarrota la garganta. Con los ojos muy abiertos, se esfuerza por penetrarla. Algún mojón, el borde del asfaltado, cualquier indicio lo utiliza para averiguar si la dirección en que marchan es la adecuada.

Aparece ante ellos una mole oscura; descubre unas figuras que se mueven. De momento se alarma; cuando ya están encima advierte que es otro de los autocares de la caravana que se ha detenido. Los mineros han descendido; mientras unos fuman o estiran las piernas, otros aprovechan el alto para orinar. Ha hecho un ademán al chófer, que ya había advertido la presencia del autocar y que se ha desviado del centro de la carretera. No se detienen; al pasar,

los que permanecen dentro se asoman a las ventanillas y los que están en tierra les saludan; dos o tres levantan el puño.

—¡No os quedéis a dormir! Que cuando lleguéis a Oviedo será nuestra.

—¡Adelante! ¡Pasad primero si tanta prisa tenéis!

—¿Qué hacéis aquí? ¿Esperáis que salga el sol?

El autocar continúa su marcha. Ignacio descubre un gran mojón: «Provincia de Oviedo». Jubilosamente empieza a agitar los brazos para atraer la atención de los compañeros. Es como si hiciera mucho tiempo que hubiera abandonado su tierra y se reintegrara a ella. Los miedos, el cansancio, la inconsecuencia de marchar de un lado a otro recibiendo noticias adversas, sintiéndose amenazados, pisando terrenos desconocidos, ha terminado. La carretera es idéntica y la niebla no ha decrecido. De hallarse el cielo despejado, el paisaje no sufriría alteración, y resultaría imposible descubrir a través de prados y montes la línea fronteriza. Regresa; Sama se halla del lado de allá de este mojón. También del lado de allá de este mojón está Oviedo. Capaces se sienten de combatir y asaltar Oviedo; no sabían cómo hubiesen combatido en los llanos y trigales de Valladolid.

El chófer, confundido por las señas que le hace y temiendo la aparición de algún peligro, ha frenado. Saca la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué pasa ahora?

—Que ya estamos en Asturias. ¿No viste el mojón?

—¿Y eso qué importa? No me hagas más señas si no ocurre nada importante.

Los de dentro del autocar se animan al enterarse de que están en su tierra. Uno de ellos saca del macuto una botella de tinto leonés, le da un trago y la pasa a los compañeros. Los que iban en la parte zaguera del vehículo, medio dormidos, se espabilan y arrancan a cantar:

Asturias, patria querida…
Asturias de mis amores.
Quien estuviera en Asturias
en algunas ocasiones.

Almería

La situación empeora por momentos y la actitud que Gabriel Pradal suponía iban a adoptar los militares se confirma. En el cuartel de Carabineros ha ocurrido un violento incidente, pues su jefe, el coronel Toribio Crespo, se ha quitado la careta, en vista de lo cual el teniente coronel Llopis ha abandonado el cuartel seguido de varios números y se ha presentado en la Casa del Pueblo. El teniente coronel Llopis, que es amigo personal suyo, ha contribuido a la organización de los paisanos que han sido distribuidos para vigilar el cuartel de Infantería, el de la Guardia Civil, la estación militar de radio de la Alcazaba y el puerto, donde hay un destacamento de carabineros mandados por un oficial fascista.

El viernes ancló en el puerto el destructor *Lepanto* que procedente de Cartagena se dirigía a Marruecos con órdenes del Gobierno. Ha oído decir que el navío lo manda un capitán de fragata llamado don Valentín Fuentes ¿será el mismo Valentín Fuentes a quien él conoció cuando ambos eran muchachos? En todo caso ni siquiera sabe que fuera marino; las últimas

noticias que tuvo de él es que se preparaba para ingeniero geográfico. El hecho de que el *Lepanto* fondeara en Almería y la proximidad de Cartagena en cuya base naval, según las últimas noticias, ha sido reducido un conato de sublevación en el Arsenal y se mantiene así como la ciudad fiel al Gobierno, le hace concebir una idea, pues está firmemente decidido a que Almería y su provincia no se sumen al movimiento militar; solicitar del Gobierno un buque de guerra, que pueda decidir a la guarnición a no romper el fuego, o en caso de hacerlo, sea capaz de contrarrestarlo y que mediante intimidación o bombardeo reduzca la radio de la Alcazaba y deje incomunicados a los militares.

Conoce personalmente a don José Giral, nuevo jefe del Gobierno y ministro de Marina y ha solicitado una conferencia telefónica para exponerle la situación.

—¡Señor presidente! Ante todo le felicito a usted por su nombramiento y todos confiamos en que su gestión será decisiva en horas tan difíciles…

—Gracias, amigo Pradal…

—Yo le llamo como a ministro de Marina; la situación en Almería es delicada, salvo la Guardia de Asalto, las fuerzas armadas se mantienen acuarteladas, en actitud hostil y estamos convencidos de que tan pronto como reciban la orden van a sublevarse. ¡Necesito un barco…!

—¡Hombre, un barco…!

—No lo pido para mí; es para salvar a Almería…

—Amigo Pradal, por el momento me es imposible atender a su petición. Marruecos atrae toda nuestra atención y por otra parte en la escuadra se están produciendo algunas vacilaciones… Va usted a hacer una cosa. En caso de sublevación, telefonee de mi parte al comandante don Juan Ortiz, de la base de los Alcáceres, y él le enviará algún auxilio aéreo. Téngame informado de lo que ocurre ahí.

No se ha conseguido un buque de guerra, quizás era mucho pedir; sin embargo, alguna asistencia recibirá de fuera. En el edificio del Gobierno Civil se han tomado toda clase de precauciones. No les sorprenderá el enemigo. Cuenta con catorce guardias de Asalto de plena confianza, pero a algunos otros les ve fríos.

—¡Don Gabriel! ¡Don Gabriel!

El telefonista de la centralilla entra precipitadamente.

—Llama, preguntando por usted, el alcalde de Adra; dice que es un asunto urgente, importantísimo.

Corre hacia la centralilla.

—¡Dígame!

—Tenemos cortada y vigilada la carretera y hemos interceptado el paso a dos camiones con soldados de aviación que vienen armados. Les manda un brigada, y les acompaña un capitán médico; se dicen leales al Gobierno. Han escapado del aeródromo de Armilla, en Granada y quieren dirigirse a Almería por si ahí les necesitan ustedes.

—A usted ¿qué le parece? ¿No se tratará de una estratagema, y esas fuerzas estarán sublevadas y pretenderán reforzar a la guarnición de aquí que está acuartelada?

—Don Gabriel, es difícil en estos momentos responder por nadie, pero a mí me parece que estos soldados, igual que los suboficiales y el capitán Bort, son convencidos antifascistas por la forma en que se expresan. Llevan además una ametralladora.

Gabriel Pradal reflexiona un momento. Una ametralladora es un excelente refuerzo; merece la pena arriesgarse.

—¿Cuántos son?

—Unos sesenta. Perfectamente armados.

—Que pasen; aquí vamos a necesitarles.

San Sebastián

A través de las persianas pintadas de blanco, que permanecen entreabiertas, descubre la bahía. El monte Igueldo se alza verde, fresco, tocado por el sol, que inicia el declive. La isla de Santa Clara se tiñe de bellos matices. En el cielo se agrupan algunas nubes que podrían acabar descargando.

Tomará otra copa de «martel»; la cuarta o la quinta. Esta tarde, el coñac ha perdido su sabor, por lo menos su aroma. Sólo el perfume del cigarrillo «camel» le consuela. Una tristeza total y absorbente le domina y abate. Cuando esto termine tendrá que visitar de nuevo al médico. El estado de enervación en que se halla es excesivo, anormal; una enfermedad sin nombre y sin medida.

Concha se ha empeñado en salir a visitar a su madre. Él se ha resistido; la calle está llena de gamberros desatados: socialistas, comunistas, anarquistas; la gentuza anda suelta, impone su ley a la ciudad. Le ha pedido que, por lo menos, averigüe las noticias que circulan, tanto de San Sebastián como del resto de España. En Madrid, acaba de oírlo por radio, los militares han sido derrotados, y el general Fanjul hecho prisionero; otro general ha sido muerto en Carabanchel.

Muebles oscuros, macizos, decoran la estancia; el sillón en que está sentado es cómodo; sin embargo, cambia de postura a cada instante, le duelen los huesos. De las paredes cuelgan cuadros de Zubiaurre, de Echevarría, de Darío Regoyos.

—Señor, su sobrino, el señorito Enrique, está aquí…

Cualquier voz, cualquier movimiento, le sobresaltan, incluso la tan familiar de la camarera. Está asustado, ésa es la verdad que no quiere confesarse; está asustadísimo.

—Tío Iñaqui, vengo a que me prestes veinte duros…, o cuarenta si puedes…

—¿Qué me dices? ¿Para qué quieres dinero precisamente hoy?

—Tío Iñaqui, a ti voy a confesártelo: me escapo a Navarra; no aguanto más aquí. Van a cazamos uno a uno…

—¡Pero, Enrique!…

—¡Qué me voy, tío!

—¿Y por qué no te ha dado dinero tu padre?…

—No se lo he pedido ni le he dicho palabra. Ya sabes cómo es; armará un drama. No pienso ni despedirme. Me marcho ahora; por la noche estaré en Navarra. Me voy con un chófer de la agencia; no me ha dicho por dónde vamos a pasar la raya.

—Os detendrán. Los caminos están vigilados. Gente armada ocupa las carreteras y la Guardia Civil se ha puesto a favor de esta gentuza.

¡Un desastre! La Guardia Civil y los nacionalistas, del brazo con la canalla marxista.

—El chófer está afiliado a la UGT, y tiene los papeles necesarios para circular. Me hará pasar por hijo suyo.

Enrique viste pantalón azul de mecánico, camisa clara remangada y calza alpargatas. Es alto, fuerte, rubio. Desde hace ocho años cursa leyes en Madrid; nadie sabe en qué año de los estudios anda. Es un buen pelotari, excelente nadador, amigo de las faldas, montañero de mérito, futbolista cuando se tercia. Educado en una familia cristiana y pudiente, pertenece al Partido Tradicionalista.

—Escucha, Enrique, las últimas noticias que corren permiten deducir que Vallespín va a sublevarse en Loyola. Con un par de cañonazos bien tirados despeja la situación. Marcharse así, con uno de la UGT por más señas, me parece imprudencia.

—Mira tío, el camionero es de la UGT como pudiera no serlo. Le recomendaron que se afiliara y lo hizo por razones de trabajo. Es navarro; tiene a su mujer allí. Del frontón le conozco… Un zaguero de mérito.

—¿Qué vas a hacer en Navarra?

—Alistarme. ¿No has oído la radio de Pamplona? El general Mola ha enviado una columna hacia Madrid. Dentro de cuatro días, los navarros estarán también en San Sebastián.

—Enrique, mañana parte de aquí una columna para Mondragón. Marcharán en ella los extremistas y los traidores, que también los hay. Entonces, los de Loyola se apoderarán de la ciudad. Los jóvenes haréis falta.

—Estoy harto de esperar. Llevamos dos días esperando órdenes y las órdenes no llegan. En Navarra, ejército y carlistas en pie de guerra están.

—Acabo de oír malas noticias de Madrid. El populacho, en contubernio con los guardias, ha descalabrado al ejército. El Gobierno es dueño de la situación.

—El general Mola envía gente a Madrid. Y si los de Loyola no se deciden, mandará tropas aquí; yo vendré con ellos. No soy bueno para quedarme escondido.

—No es que no se decidan: es que al comandante Carrasco lo tienen preso en el Gobierno Civil. Ya sabes cómo son los militares: si no llegan las órdenes de arriba, pues…

—Tío Iñaqui, estoy decidido. Me espera con el camión dentro de media hora.

La chaqueta cuelga del respaldo de la silla; saca la cartera. Separa dos billetes y se los entrega a su sobrino.

—¡Gracias, tío! Ya te los devolveré. Es que, aunque uno esté de soldado, conviene disponer de algún dinero. Cuando lleguemos a Pamplona, quiero hacerle al chófer un regalo a base de bien.

—No te doy más porque hoy no han abierto los bancos, y si la situación se prolonga, cualquiera sabe cuándo volverán a funcionar. Los descamisados andan sueltos por la ciudad; las personas decentes no nos atrevemos ni a salir de casa. ¡A esto hemos llegado en una ciudad como San Sebastián!

—Me marcho pitando. A mi padre le he dejado una carta cariñosa. Esta noche la encontrará; yo habré cruzado la raya de Navarra.

Cuando consigue levantarse, dispuesto a abrazar a su sobrino, Enrique ha desaparecido de la habitación. Estos jóvenes salvarán a España, aunque sean exaltados, aunque sean tradicionalistas, incluso falangistas. El ejército necesitará hombres, soldados.

Enciende otro cigarrillo. Su primo obró cuerdamente largándose a San Juan de Luz; allá estará tranquilo. Algo debía barruntar cuando decidió escapar con toda la familia; los madrileños suelen estar mejor informados. Y Juan es un zorro de cuidado. Ni a cenar quiso quedarse; llevaba prisa.

Concha le ha dicho que iba a visitar a su madre. ¡Cualquiera sabe a dónde va! A él ha dejado de preocuparle; si le engaña, ¡allá ella y su conciencia! Mientras guarde las apariencias, él no la exigirá cuentas. Lo que no la perdonaría es que le engañara con el mamarracho de Zaldúa; si ha de llevar cuernos, que sea por lo menos de una persona decente, de un hombre cabal, no de un nacionalista de mierda.

Apura de un trago la copa de coñac. Mejor será que se subleven los de Loyola y que los navarros se queden en su tierra, porque los navarros son unos bárbaros y su sobrino Enrique un insensato. ¡Tan bien que se vivía en España hace unos años! ¡Tan contentas como estaban las personas de orden con la Monarquía! ¿Por qué meterse en líos de sublevaciones y de revoluciones, que llevarán al país a la ruina?

Valladolid

Las personas de derechas han reaccionado como Dios manda; el entierro del abogado Estefanía, que murió cuando el general Saliquet se posesionaba de este mismo despacho, ha sido prueba concluyente.

Mientras las fuerzas de orden público, en colaboración con el ejército, dominaban la ciudad y están dominando rápidamente la provincia, las organizaciones civiles han manifestado vitalidad y no se dejan acoquinar. La Falange Española y su jefe, Onésino Redondo, están demostrando ser importantes auxiliares, tanto para mantener la vigilancia y pacificar la ciudad, cuestión prácticamente conseguida, pues salvo los pocos emboscados que hacen fuego, y que cu la estación los ferroviarios se han declarado en huelga, el resto permanece tranquilo y sometido a la autoridad militar. No sólo colabora la Falange, sino también los miembros de la llamada Milicia Ciudadana, a los cuales ha hecho distinguir con un brazalete de aspas verdes.

Considerando que puede contar con la cooperación ciudadana para el restablecimiento del orden en la provincia, ha llegado el momento de organizar la columna militar que debe marchar sobre Madrid, empezando por ocupar el alto del León, en la sierra de Guadarrama.

Las noticias que de Madrid se reciben son pésimas. Por mucho que se asegure que el Gobierno miente, y no cabe duda de que lo hace, el golpe militar en Madrid ha fracasado; parece cierto que a Fanjul le han hecho prisionero y que García de la Herrén ha sido vencido y muerto en Carabanchel. La alternativa se presenta clara: o desde Castilla se va sobre la capital, o los de la capital pasarán los puertos y vendrán sobre Castilla. El adagio «quien da primero da

dos veces» es, militarmente, más válido que el de «reirá mejor quien ría el último». En cualquier caso, hay que procurar cumplir con ambos adagios: dar el primero y reír el último.

Si Burgos y Navarra envían gente a Somosierra y Navacerrada, como así parece que se disponen a hacer, y Cabanellas desde Zaragoza puede desplazar tropas a Guadalajara que enlacen con quienes allí y en Alcalá se han alzado, Madrid y su Gobierno van a verse metidos en un aprieto. Según se deduce de los comunicados leídos por las emisoras, la guarnición de Madrid ha quedado pulverizada; escasas son las unidades que han permanecido adictas. Con paisanos, por muy armados que estén, no se defiende una ciudad. Un inconveniente al que hay que prestar atención: parte importante de la aviación se mantiene fiel al Gobierno. Por dos veces, los aviones gubernamentales han sobrevolado Valladolid; se ha visto forzado a montar ametralladoras en la torre de la catedral y en la propia Capitanía. Pero los aviones de que el Gobierno puede disponer son pocos, aunque ellos no cuentan con ninguna arma antiaérea, ni para defender la población y los cuarteles, ni para proteger a las columnas. Habrá que fastidiarse, y si atacan aviones, hacerles frente y hostilizarles con medios improvisados; si no combatirla eficazmente, se logrará reducir su poder destructivo y desmoralizador.

Para organizar la columna, lo primero que necesita es proporcionarse material de transporte: camiones para trasladar los soldados, piezas de artillería y escalones de amunicionamiento, provisiones, la cartuchería. Los falangistas han prometido los hombres que sean precisos, tanto para completar los efectivos de las compañías de infantería como para formar centurias de voluntarios con sus propios mandos.

Por el momento no dispone de bastantes hombres de tropa; las unidades están flojas de efectivos y la situación viene agravada por el considerable número de permisos de verano que se habían otorgado, posiblemente con la malévola intención por parte del Ministerio de disminuir la potencia de cada uno de los regimientos.

La columna contará incluso con transmisiones y sanidad. Para mandarla, nadie tan caracterizado como el general Ponte, tanto por sus dotes de mando como por la sólida preparación militar que le acredita.

De las guarniciones de Levante no se reciben noticias; tampoco de Castilla la Nueva, ni de algunas de Andalucía; pero, poniéndose en el peor de los casos, que esas guarniciones se inclinaran de parte del Gobierno, tampoco es de creer que el esfuerzo que puedan prestar a la defensa de Madrid sea demasiado importante. La acción de las columnas tiene que ser rápida y enérgica; no darle tiempo al Ministerio para llevar a cabo una reorganización de las fuerzas.

Encima del mapa extendido sobre la mesa destacan unas cuartillas en las que ha tomado diversas notas: «Un grupo artillería, transmisiones, un escuadrón de Farnesio con ametralladoras, un batallón de infantería. ¿Qué efectivos se dispone? Intendencia, sanidad, voluntariado: Falange y Juventudes de Acción Popular…».

—¡Comandante! Cíteme para dentro de una hora al general Ponte y a los jefes de Cuerpo.

—Sí, mi general.

—¿Estuvo usted esta mañana en el entierro de Estefanía?

—Aquello no parecía un entierro, mi general, sino una manifestación patriótica. Hacía muchos años que no veíamos algo tan verdaderamente emocionante. En Valladolid puede

haber mucha rojez y mucho puño cerrado, pero también hay muchas personas dignas y de un españolismo a toda prueba. Y lo están demostrando.

—Falta que se normalice la vida de la ciudad, que se abran todos los establecimientos y que los obreros se pongan a trabajar como es debido, porque, al que no lo haga, habrá que sentarle la mano.

—Mi general, el bando del señor gobernador ha causado efecto favorable entre los vallisoletanos, y es que, como muy acertadamente se decía en él: «En pocas horas está quedando en España roto el mito y desvanecido el fantasma amenazador del marxismo y los sin patria. Ha bastado el gesto del Ejército español, maravillosamente secundado por grupos patriotas, para lograr tal efecto». Eso es lo que ha ocurrido en esta ciudad.

—Nuestro objetivo ahora es el Alto del León, y después Madrid.

Aranda de Duero

Carlos Miralles, nombrado por el general Mola capitán honorario, regresa a Aranda de Duero con sois camiones, en donde van los componentes de la compañía de voluntarios que ayer domingo salió de Burgos a ocupar el puerto de Somosierra en espera de que llegue la columna militar.

No se siente tan optimista como cuando ayer por la mañana, con una gran bandera monárquica desplegada, recorría esta misma carretera en compañía de sus amigos madrileños de Renovación Española. Además de un camión cargado de armas, municiones y bombas de mano, le acompañaban un grupo de treinta falangistas burgaleses que le cedió el jefe provincial, mandados por el exlegionario Juan Mingo, y una docena de guardias civiles a las órdenes de un cabo. El hecho de llevar desplegada su bandera, la primera que ondeaba en aquel territorio teóricamente republicano, y saber que era precisamente él quien mandaba aquella fuerza, muy a vanguardia de cualquier otra, le hacía sentirse feliz y confiado y respirar a pleno pulmón.

Al pasar por Lerma, camino de la Sierra, un pequeño tiroteo con que fueron hostigados les obligó a entrar desplegados en guerrilla. En Aranda de Duero también cambiaron algunos tiros; aquello les servía para foguearse. En El Milagro se reunieron con su hermano Manuel y los que con él se habían replegado. Le dieron cuenta de la muerte de Villajimena y de cómo los otros habían sido sorprendidos y hechos prisioneros. Antes de amanecer coronaron el puerto y alcanzaron la boca del túnel. El herido enemigo todavía no había expirado; su vista les impresionó desfavorablemente. En otro orden de sentimiento, también les emocionó el cadáver de Villajimena, que fue trasladado a Aranda para ser enterrado con los debidos honores. En cuanto al comunista, o lo que fuera, que parecía próximo a expirar, acordaron dejarlo alojado en una caseta de peones camineros. Desde allí mismo telefoneó al alcalde de Buitrago, avisándole su inmediata llegada. No consiguió comunicar con el jefe de puesto de la Guardia Civil. Telefoneó a Robregordo, al puesto de la Guardia Civil, conminando a su jefe a que se pusiera a sus órdenes en favor del movimiento iniciado para la salvación de España. El hombre vacilaba; acabó diciéndole que él no atendería más que a requerimiento de mandos de

la Benemérita o del ejército, no de elementos civiles. De todas maneras, anunció que no les atacaría; pensaba retirarse a Buitrago y a Madrid, de acuerdo con órdenes recibidas de la capital.

Poco después hicieron prisionero a un motorista de la Guardia de Asalto; probablemente un enlace. Dos más consiguieron escapar. Al interrogatorio contestó que, por la mañana, los cuarteles de Madrid estaban cercados y eran atacados con artillería y aviación y que su asalto o rendición eran inminentes. En ese preciso momento ha comenzado a fracasar la expedición. El cabo de la Guardia Civil se ha descompuesto y ha desmoralizado a otros guardias, comentando con acento derrotista que los de Madrid atacarían con fuerzas importantes y que era suicida permanecer allí con efectivos tan reducidos, sin apoyo de artillería ni disponer siquiera de ametralladoras. Los falangistas burgaleses, salvo Mingo y algunos otros, también daban muestras de desasosiego e indisciplina. La idea de ser atacados por fuerzas organizadas les inquietaba. Es posible que se hayan mezclado puntillos de índole política y que incluso desconfiaran de sus dotes de mando, y que aquella soledad, en tierra de nadie, les impusiera. Ha decidido retroceder hasta Aranda de Duero o hasta donde encuentre la columna militar que viene a las órdenes del coronel del Regimiento de San Marcial, José Gistau. Reorganizará su compañía con bases más sólidas; el coronel no dudará en proporcionarle los elementos necesarios, puesto que, en definitiva, va a ser vanguardia destinada a sacarle del fuego las peores castañas.

El automóvil de Carlos Miralles marcha delante de los demás. Al doblar una curva de la carretera, un soldado con el arma al brazo les hace señas de que se detengan. Frena en seco y levanta la mano para indicar a los camiones de la columna que frenen a su vez. Una escuadra, que debía montar guardia, despliega con las bombas de mano prevenidas, pero la bandera monárquica y los tricornios de los guardias parecen tranquilizar al cabo, que recomienda a los soldados que se mantengan en calma.

—Soy Carlos Miralles, capitán de esta compañía de voluntarios. Deseo entrevistarme con el coronel Gistau. Supongo que ésta es la avanzadilla de su columna.

—Sí, señor; pero el grueso queda en Aranda de Duero. Ayer fuimos atacados por un avión y ametrallados; el coronel ha decidido no continuar el avance hasta que anochezca.

—¿Dónde podremos encontrar al coronel?

—No se lo puedo decir. Sigan por la carretera hasta Aranda.

Continúan a poca velocidad; descubren una compañía camuflada bajo los árboles; al pasar, unos y otros se saludan y cruzan algunos vivas.

Junto a Carlos Miralles, que conduce el automóvil, va sentado Juan Satrústegui.

—Es absurdo que una columna, motorizada además, marche con semejante lentitud porque un solo avión les haya ametrallado. A este paso pierden un día entero; podrían hallarse en lo alto y haberse apoderado de esos pueblos; la Guardia Civil del puesto de Robregordo y de otros se quedaría, en lugar de replegarse hacia Madrid. Una columna y su coronel tienen autoridad suficiente para que los jefes de puesto les obedezcan.

—Quedarnos nosotros allá era inútil. La mayor parte de nuestros hombres, por unas u otras causas, van desmoralizados; y de un soldado desmoralizado es mejor deshacerse.

—Pienso pedir al coronel Gistau que me proporcione una sección, por lo menos, de ametralladoras. Y que me autorice a licenciar al que, por lo que sea, no desee venir conmigo. Ese cabo de la Guardia Civil no me gusta cómo se comporta. O manda él, o mando yo. Los que por cuestiones políticas no quieran sumarse a nuestra compañía y luchar bajo nuestra bandera que se queden encuadrados en la columna; en ella pueden representar un buen papel.

—Mingo me parece buen elemento; algunos de los falangistas, también. ¡Pero los otros!…

—Ésa es la pega cuando los voluntarios se señalan a dedo.

Al entrar en Aranda ven establecidas guardias; aflojan la marcha. Ante un centinela detienen el automóvil.

—Soy el capitán Miralles; deseo presentarme al coronel Gistau.

El soldado requiere al cabo de guardia, que se aproxima al coche, les observa y se cuadra sin convicción.

—Mejor es que les acompañe a ustedes un enlace.

Un soldado en mangas de camisa, que sube en el estribo del coche, les mira un poco extrañados. Carlos hace señas a los camiones de que se coloquen en lugares que resulten poco visibles para el caso de que volviera a atacar la aviación. Cuando el automóvil arranca, el soldado se inclina hacia él.

—Tome por esa calle; luego tuerza a la derecha.

Barcelona

El trayecto que separa el Sindicato de la Construcción, donde acaba de celebrarse la reunión del Comité Regional, del Palacio de la Generalidad de Cataluña es muy corto, pero los miembros del Comité de Defensa han decidido recorrerlo en automóvil. A los coches que ocupan les sigue una pequeña caravana a manera de escolta. Los del Comité y los que les escoltan, armados con toda clase de armas, fusiles, pistolas ametralladoras, pistolas y hasta bombas de mano, desean hacer un alarde de fuerza y al mismo tiempo precaverse —¿por qué no?— contra una improbable pero posible encerrona.

Buenaventura Durruti, a pesar de que en innumerables mítines en los cuales ha tenido que intervenir ha usado con soltura la palabra, se considera fundamentalmente hombre de acción. Fía en su palabra, pero más confía en la pistola que lleva al cinto y en el fusil sujeto entre las rodillas.

Los miembros del Comité de Defensa se sienten hermanados de antiguo, pero su hermandad ha quedado definitivamente sellada en estos tres días de lucha, riesgo, fatiga y gloria. En estos tres días han jugado fuerte y han ganado más de lo que esperaban, porque la ciudad les pertenece. Falta uno de ellos, su camarada más querido: Francisco Ascaso. Durruti no suponía que pudiera amarse tanto a un compañero. Juntos vivieron una existencia azarosa de peligro y acción, en España —Zaragoza, Gijón, León y otras ciudades— y en París, Argentina, Uruguay, Paraguay, Cuba, Chile, Méjico, compartieron las mayores aventuras y sortearon los mayores peligros, testimoniando con su mutuo compañerismo, con su decisión y coraje en pro de la causa del anarquismo. Y ahora Ascaso ha muerto. Sustituyéndole les acompaña su

hermano Joaquín. Buenaventura Durruti, que desde siempre se ha jugado la vida y que ha sabido matar con pulso firme, al recordar a su compañero vuelven a llenársele los ojos de lágrimas.

Cualquier pasión de orden sentimental debe ser desterrada; hay que luchar contra ella; los momentos son decisivos: la CNT y la FAI son dueños de Barcelona y de Cataluña entera. Ha sonado la hora del anarquismo. Companys, honorable presidente de la Generalidad de Cataluña, desea hablar con ellos. ¿Qué pretenderá? ¿Qué proposiciones va a hacerles a los de la CNT y la FAI, a los perseguidos, a los que gobernadores de su camarilla, agentes de su policía, guardias a sus órdenes han estado machacando implacablemente; a quienes ayer aún les negaba o regateaba las armas cuando se trataba de luchar contra enemigo común? Ellos van a mostrarse firmes y a exigir lo que en derecho y por la fuerza les corresponde: la facultad de llevar adelante la revolución obrera, la única, la que no admite politiquerías ni mixtificaciones. Ellos no aspiran a gobernar, pero la posición conquistada por la revolución anarcosindicalista no piensan dejársela arrebatar: la defenderán con la palabra y empuñando las armas. Nadie es más fuerte que ellos. La Guardia Civil tardíamente ha tomado partido por el Gobierno y ha luchado a su lado; a estas horas, los números están desconcertados y han perdido su eficacia como cuerpo de represión. De los de Asalto muchos se sienten de corazón con el pueblo. El ejército queda triturado; las pocas unidades que no se han sublevado y los jefes y oficiales antifascistas no serán capaces de reorganizarlo eficazmente. Los Mozos de Escuadra son escasos; nada más que una guardia presidencial. En cuanto a los paisanos catalanistas y de partidos pequeñoburgueses que pretendieran enfrentarse con ellos, no les causan el menor miedo. No es únicamente en la debilidad del enemigo donde se forja el origen de su confianza, sino en el poder propio. El proletariado barcelonés alzado en armas, se mantiene vigilante; se han improvisado barricadas, se han fortificado centros y sindicatos. Los militantes están dispuestos a no dejarse arrebatar por políticos burgueses la victoria tan difícilmente conquistada.

Mientras se hallaban reunidos en el Sindicato de la Construcción, convertido en un blocao y cuartel general, con Marianet, Santillán, Souchy y con otros militantes, ha sonado una llamada telefónica. Marianet Vázquez ha cogido el aparato; ha puesto cara de sorpresa: «Sí, aquí el secretario del Comité Regional». Con los ojos iluminados por la alegría, pero con expresión zumbona, ha seguido: «Sí… sí… sí, muy bien. Vamos a estudiarlo ahora mismo». Se les ha quedado mirando uno por uno; y lentamente les ha comunicado: «Companys ruega que una delegación del Comité Regional acuda a entrevistarse con él». La sorpresa ha sido mayúscula. Antes de que nadie tomara la palabra, el propio Mariano Vázquez, que es templado cuando el momento lo requiere, ha dicho: «Compañeros, se reúne el Comité Regional con asistencia de todos los componentes del Comité Confederal de Defensa, aquí presentes».

La reunión ha sido larga y agitada. Nadie estaba de acuerdo con los demás, todos discutían; proponían unos no acudir, a varios les parecía que era buena ocasión para destituir al presidente de la Generalidad y proclamar en Cataluña el comunismo libertario, recelaban otros que se tratara de una emboscada. Con la voz enronquecida, los reunidos se sostenían a fuerza de nervios, de tabaco y de café.

La caravana armada asciende por la calle de Jaime I camino del palacio de la Generalidad; han acordado acudir a la entrevista. Aunque no ha resultado factible aunar las posiciones, se ha impuesto un criterio moderado. García Oliver ha planteado el dilema: o colaboración, o dictadura anarquista. Lo que se proponen es averiguar la actitud de Companys; han decidido permitirle hablar sin dejarse envolver ni intimidar. Antes que aceptar acuerdos precipitados es preferible escudarse en que a las organizaciones les corresponde decidir. Conviene desde el primer momento dejar constancia ante Companys de que la fuerza está en manos anarcosindicalistas, y que se harán respetar en cuanto a su derecho de avanzar sin descanso por las vías de la revolución. Con esa condición y colaborando con quien sea para proseguir la lucha antifascista hasta la total derrota del enemigo, pueden entenderse en la base. Los hombres necesitan un descanso, un brevísimo descanso, el justo para recuperar fuerzas; es un deber ineludible acordarse de los compañeros de Zaragoza, sorprendidos y atrapados por el golpe de audacia fascista. Rápidamente hay que disponerse a ayudarles; a vengarles si resulta tarde para la ayuda. Los confederales deben formar columnas para acudir a Aragón; a quienes se titulan Gobierno, compete facilitar los elementos necesarios, muchos de los cuales se hallan en su poder.

Los automóviles frenan en medio de la plaza de la República. En el balcón principal de la Generalidad ondea una gran bandera catalana. Un retén de Mozos de Escuadra vigila la puerta. Las bocacalles aparecen tomadas por guardias de Asalto y paisanos con brazaletes de los colores catalanes.

Los representantes de la CNT y la FAI, formidablemente armados, descienden de los coches; los Mozos de Escuadra permanecen tranquilos. Un comandante, que debe ser su jefe, se adelanta hacia el grupo que a la misma puerta han formado Durruti, García Oliver, Joaquín Ascaso, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Gregorio Jover, Antonio Ortiz, y «Valencia».

—Somos los representantes de la CNT y la FAI; Companys nos ha llamado y aquí estamos. Ésos que nos acompañan son nuestra escolta.

Madrid

Don Manuel Azaña Díaz, presidente de la República Española, ha aprovechado un momento de calma para retirarse a sus habitaciones; se ha despojado de los zapatos, de la americana, se ha quitado el cuello y la corbata y se ha tumbado sobre el lecho. Se siente aniquilado, en el límite mismo de sus fuerzas físicas. Una opresión dolorosa le martiriza en el lado izquierdo del pecho; y aunque la siente hueca y como desequilibrada, sólo la cabeza se mantiene lúcida. Pero tampoco puede fiarse de ella si no se recuperara con el descanso; alucinaciones, ideas, imágenes, recuerdos, fantasías, se cabalgan unas sobre otras, se atropellan, amenazan con confundirse en el caos. Una actividad mental irritativa, que apenas puede controlar, le produce temor, casi vértigo. Desearía dormir, más que nada dormir, para descansar, para calmarse, para restablecer el equilibrio amenazado, para olvidar, para escapar siquiera por unas horas de esta realidad que le acongoja y amedrenta. De las últimas sesenta horas apenas ha dormido cuatro, y estas sesenta horas han sido las más dramáticas, intensas y peligrosas que ha vivido en su

larga y experimentada existencia, y han sido peligrosas, intensas y dramáticas, porque se ha visto obligado a tomar decisiones gravísimas, frente a su conciencia y frente a su responsabilidad de jefe de Estado, decisiones que influirán en la historia de España; y no siempre las resoluciones que ha adoptado estaban de acuerdo con su libre voluntad ni con lo que a su conciencia le parecía mejor. Ha decidido acuciado por presiones externas, arrollado por las circunstancias, influido por el apremio, tratando de elegir, no el bien sino el mal menor, porque las puertas del bien, de lo mejor, se le habían cerrado a machamartillo, y entre dos males se ha visto obligado, sin tiempo siquiera para meditar serenamente, a escoger el que ha creído menos millo.

Quiere dormir, desea dormir, se esfuerza por dormir, pero la voluntad se le disuelve; mentalmente repasa los acontecimientos de estos tres días, que no sabe si ha sido un solo día, un día terrible, largo, oscuro, como será el del juicio final. Después, cuando el vértigo le domina, cuando cree notar que la cabeza no descansa sobre la almohada y le parece que el cerebro «va a estallar», pues no halla mejor expresión que la trillada frase hecha, trata de relajarse, de borrar el pensamiento como quien pasa un trapo por la pizarra escolar, pero tan pronto como se inicia un pequeño alivio, la actividad mental se desencadena irrefrenable. Ni él mismo es capaz de reconstruir los hechos tal como se han ido produciendo. Las noticias del levantamiento en África, primero confusas, como carentes de trascendencia, después afianzándose en su importancia cuando la Alta Comisaría y los resortes del mando pasaban a manos rebeldes. Más adelante, rumores, adopción de medidas, la rebelión de Queipo de Llano, donde menos se esperaba, coronada por un éxito inicial, y Franco en Canarias, que al proclamarse jefe del movimiento africano daba la medida de la extensión del golpe militar. La tensión en Pamplona y en Burgos, las presiones políticas para armar al pueblo, las dudas sobre la lealtad de los mandos militares, sobre la disciplina de las fuerzas de orden público, la desconfianza irrumpiendo por doquier, filtrándose como elemento disolvente. Valladolid, otra plaza que se pierde, y Zaragoza, a despecho de la gestión de Núñez del Prado en que confiaba Casares. Casares Quiroga primero tan seguro y a medida que transcurren las horas van dominándole los nervios, la irritación, para acabar destruido, desfondado. Y de nuevo los interrogantes: ¿qué es en realidad la conspiración? ¿Quiénes son los comprometidos? Presidente de una República en crisis total, terrible y nunca prevista crisis, lo ignora todo porque no halla informador objetivo y cada cual le aconseja o trata de influir de acuerdo con sus previas posiciones políticas. Parece que puede conjurarse la sublevación, que pueda pactarse. Se busca a Sánchez Román; Miguel Maura reclama una autoridad para propugnar soluciones que Largo Caballero y los partidos obreros se niegan a concederle, ni siquiera aceptan colaborar con él. La República se tambalea entre dos amenazas; dictadura militar y revolución. Diego Martínez Barrio aporta toda su influencia personal dispuesto a jugar las importantes cartas que tiene en sus manos; los republicanos le apoyan, no muy convencidos, bastante atemorizados. La calle presiona, la Casa del Pueblo amenaza, los rebeldes no admiten tregua ni diálogo previo. El general Mola se subleva en Pamplona. Martínez Barrio fracasa y abandona decepcionado. La sangre ha empezado a correr. Desembarcan moros en Cádiz y Algeciras, los facciosos se apoderan de Córdoba. Indalecio Prieto renuncia a su postura de

templanza. Las consultas resultan agobiantes; él se esfuerza por mantener la legalidad. Madrid vive bajo la impresión de que es inminente que las tropas amotinadas pasen al ataque; ni siquiera el Palacio de Oriente está seguro, se halla a tiro de cañón del cuartel de la Montaña. En lo personal y en lo político, Madrid es la pieza maestra. Resulta difícil hacerse cargo de la situación; crisis de gobierno, crisis de autoridad, crisis de confianza, la verdad está en crisis, los acontecimientos se precipitan, cuando llega una información y se comprueba su veracidad, ya ha venido corregida por distintas circunstancias que le dan nuevo valor o la despojan de su validez. Giral forma gobierno con hombres republicanos de buena voluntad, cuenta con el apoyo de los socialistas, que tras las disensiones internas del partido, parecen haberse puesto de acuerdo, tácita o expresamente. Además de Indalecio Prieto, por la ejecutiva del Partido Socialista, ha creído indispensable consultar con Largo Caballero como representante de la UGT, consulta insólita dentro de las normas constitucionales, pero que la ocasión hacía indispensable. Y las noticias siguen precipitándose, martilleando con la lógica de los hechos cumplidos: la guarnición de Barcelona se apodera del centro de la ciudad, las fuerzas de orden público y el pueblo catalán presentan batalla. Sublevación en Asturias, en Málaga, en Granada, en Cáceres, en Zamora, en Salamanca, Ávila, Segovia… De nuevo se plantea agudizada la cuestión de las armas y la formación de batallones de voluntarios socialistas. A media tarde, la noticia más esperanzadora; el general Goded hecho prisionero en Barcelona se ha rendido; sólo algunos núcleos rebeldes desmoralizados se mantienen a la defensiva. Con el hundimiento de la rebelión en Barcelona, la capital arrastra a Cataluña entera. Ha recibido la visita de los artilleros que se disponían a cañonear el cuartel de la Montaña, ha recibido a un soldado que desertó del cuartel, ha oído los cañonazos, los bombardeos, las detonaciones ininterrumpidas desde el amanecer hasta la hora del almuerzo, ha visto el humo de los incendios de las iglesias, ha sufrido la amenaza de las tropas de Carabanchel, ha recibido comunicados, sobre nuevos pronunciamientos en Galicia, de que la situación se complica en Levante, del alzamiento en Albacete, de que Toledo amenaza. Los nacionalistas vascos apoyan al gobierno, pero en San Sebastián se acuartela la guarnición. A su alrededor ha percibido confianza, indecisión, miedo, arrojo. No puede ignorar que su autoridad se ha debilitado, que la República pasa a convertirse en símbolo y nombre, que puños en alto y banderas rojas dominan, que la Escuadra en poder de subalternos y marineros amotinados que remedan la revolución soviética ha perdido eficiencia combativa. Muertos y muertos, y amenaza de más muertes; se han apoderado de la fuerza quienes no les importa que se derrame sangre.

Se incorpora y toma una segunda pastilla; es necesario que duerma, que descanse, no puede quedarse en la cuneta; está en el baile y ha de bailar a pesar de que no tenga ganas ni sepa llevar el ritmo. ¿Qué se ha hecho de los miles de cerrojos custodiados en el cuartel de la Montaña? ¿Quiénes se armarán con ellos? Milicianos y militares reunidos salen para la Sierra y en dirección a Alcalá y Guadalajara; a Riquelme le han mandado organizar una columna para atacar Toledo. El enemigo está a las mismas puertas de Madrid, y aun dentro de Madrid puesto que el tiroteo envuelve a la capital en una red peligrosa. Ha firmado decretos y decretos; nombramientos, destituciones, leyes. Los soldados han sido licenciados, pero ¿no será una medida contraproducente que privará de ejército regular a la República? Los soldados

encuadrados en las unidades rebeldes, no se aprovecharán del licenciamiento en zonas en que la República es desacatada; los militares saben mantener la disciplina. España partida, España dividida. Fascistas, requetés, militares, socialistas, comunistas, anarquistas, y un Gobierno de republicanos. España es todavía una República y él, Manuel Azaña su presidente, aunque sobre el mapa y con las dudas consiguientes a una información defectuosa, parece perfilarse que sólo es presidente de una mitad; y aún en esa mitad, y en zonas donde se debate la suerte, su autoridad ha quedado sumamente limitada. Le están arrinconando, le arrinconarán, le dejarán como símbolo para cuando les convenga utilizarlo.

¿Quién tiene enfrente? Manuel Goded ha sido hecho prisionero, informes de última hora, transmitidos desde Lisboa, anuncian la muerte de Sanjurjo; en el Ministerio de la Guerra informan que Mola encabezaba la conspiración, pero el general Franco se ha puesto al frente del ejército más temible y dirige manifiestos a los militares y a la nación entera; incluso ha enviado un radiograma al presidente del Consejo protestando por el bombardeo aéreo de Tetuán, amenazando con exigir responsabilidades e intimidándole a la entrega del mando. ¿Quién tiene enfrente? ¿Está España entrando en el horror de una guerra civil? Lo que ocurre desde hace tres días, ¿es el planteamiento de una guerra civil? ¿Qué sucederá en tal caso? ¿Podrá resolverse el conflicto, atajarse el daño? ¿Cómo? ¿Quién es capaz de ponerle el cascabel al gato? ¿Predominará la voluntad de acometida, de homicidio, de lucha, que hoy parece plebiscito adónde han acudido a depositar fratricidamente su voto los españoles? Manuel Azaña, Presidente de la República Española, no sabe darse contestación a estas preguntas que le conmueven, turban y espantan.

Los pensamientos van perdiendo intensidad, dejan de dolerle, comienzan a confundirse, a debilitarse; la segunda pastilla se muestra eficaz. Manuel Azaña, se adormece.

Sobre los tejados madrileños suenan detonaciones aisladas. Las golondrinas vuelan altas sobre la plaza de Oriente, sobre el Campo del Moro, sobre la Casa de Campo. Por encima de la capital, el humo de los incendios pone una nota inquietante en la tranquilidad indiferente del crepúsculo.

Notas

[1] Por considerarlo caso marginal y aparte, deseo hacer constar excepcionalmente y con amistosa complacencia que sin la colaboración y el aliento que en todo momento, y por encima de a lo que un contrato podía obligarles, me han prestado los editores españoles de esta obra, llevarla a cabo hubiese exigido de mí una dedicación aún mayor de tiempo y esfuerzo, que habría hecho el trabajo más penoso y personalmente menos grato. <<

[2] Julián Zugazagoitia, que había sido director de *El Socialista*, escribió en Francia una notable *Historia de la guerra en España*. En ella atribuye considerable importancia a la manera de morir de los que eran sus enemigos, a los cuales trata con respeto y aun admiración (Fanjul, Ruiz de Alda, Goded, Fernando Primo de Rivera y algunos otros). He preguntado expresamente a personas que podían estar bien informadas; Julián Zugazagoitia murió con la entereza que había admirado en sus enemigos. <<

[3] Deseo citar a Manuel Tuñón de Lara en su libro *La España del siglo xx*, publicado recientemente en París: «Debiera ser innecesario recordar que conmociones como las guerras de religión, la Revolución Inglesa, la Revolución Francesa, la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, la Comuna de París y su represión, la guerra civil rusa, etc., fuesen acompañadas de violencias análogas. Nada digamos de las invasiones hitlerianas, ni de los exterminios colonialistas durante decenios y decenios. En verdad, si en aquel verano de 1936 se perpetraron en España crímenes execrables, hay que decir que los criminales fueron una exigua minoría. No era eso lo que caracterizaba a los españoles, y si pasión había —que sí la hubo— se manifestaba en el arrojo, en la valentía, en el heroísmo. En ambos bandos hubo muchos más héroes que criminales». <<

[4] En el último momento, leo el *ABC* de Madrid del 18 julio 1954, un artículo en que Joaquín Drake de Alvear trataba de este tema polemizando con Madariaga y Martínez Barrio. Nada queda incuestionablemente aclarado por lo que respecta a la oferta por parte del jefe del Gobierno nonato al general Mola del Ministerio de la Guerra. Que sostuvieron, sea una sean dos conferencias telefónicas, sí parece cierto. El señor Drake aporta el testimonio de Iribarren en *El General Mola*, libro que conozco. Pero el señor Iribarren en la mañana del 19, no formaba parte todavía de la secretaría del general; no fue pues testigo presencial, o auditivo. Más convincente me parece el señor Drake, cuando transcribiendo palabras del propio general Aranda, niega que éste (coronel en aquel momento), esperara a dar la orden de levantamiento a que fracasara el gobierno Martínez Barrio, como él supone, aunque no aporte datos de por qué lo supone así. <<

[5] A este respecto resulta interesante la nota aparecida en *El Socialista* del 24 de julio. Se refiere a cómo los componentes de la Olimpíada Popular se concentraron en la plaza de la República ante la Generalidad a cuyo balcón se asomó el presidente Companys y fue vitoreado. «Del entusiasmo de estos elementos —dice *El Socialista*— se puede juzgar diciendo que ha llegado al extremo de que muchos de ellos que formaban parte de las delegaciones extranjeras de atletismo se han alistado a las milicias ciudadanas que se ofrecieron para formar una de las columnas que habían de ir sobre Zaragoza». La palabra «muchos» es relativa, y se utiliza aquí, probablemente, con fines propagandísticos. <<

[6] *Nota de última hora*. Estando ya compaginado este volumen, leo en la prensa diaria que don Luis Bolín ha publicado en Inglaterra un libro con el título: *Spain: The vital years*. En la corta referencia periodística hallo un dato importante. Parece que el señor Bolin publica un documento firmado por los generales Franco y Sanjurjo, *fechado el 19 de julio*, en que se le acredita para realizar gestiones en Roma a fin de conseguir ayuda italiana. Esta circunstancia no altera sustancialmente lo que digo en el texto. Sabía del viaje realizado por el citado señor, si la memoria no me falla en el propio *Dragón Rapide* el día 20 o 21, vía Biarritz, y a ese viaje aludo.

Me hubiese interesado leer la obra del señor Bolin. Para los capítulos que se refieren al vuelo del entonces general Franco de Canarias a Tetuán, he consultado y seguido en mayor medida que en el resto del libro, los textos que pueden calificarse de oficiales. En lo esencial, no hay contradicciones; sólo en algunos aspectos accesorios, diversidad en los detalles (vestido, qué se hizo con el uniforme, afeitado del bigote…). Por lo demás carecen de importancia y pueden calificarse de anecdóticos, aunque a estos detalles suelo otorgar bastante atención. Particularmente he recogido algunas versiones, de tipo más bien pintoresco y curioso, sobre la estancia en Las Palmas del avión y de sus pasajeros, pero que por tratarse de cuestiones marginales no han tenido entrada en las ya apretadas páginas del libro. <<